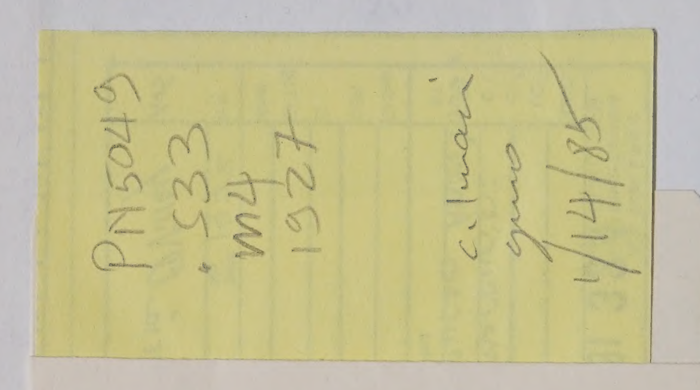
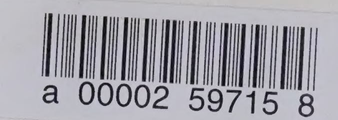

PN5049
.S33
M4
1927


a 00002 59715 8

JOSE PELAEZ Y TAPIA

Historia del Diario EL MERCURIO

OBRA PREMIADA EN EL CONCURSO ABIERTO PARA CONMEMORAR SU PRIMER CENTENARIO.

SANTIAGO DE CHILE

MCMXXVII

HISTORIA DE EL MERCURIO

1827 - 1927

Obras del autor

Castillo Interior. Poemas. — *Valparaíso, 1914. (Edición agotada).*

El Príncipe de los Ingenios Españoles. *Esta obra obtuvo el premio único en el tema "Vida y Obras de Miguel de Cervantes Saavedra", del Certámen de los Juegos Florales Cervantistas celebrados en Valparaíso el año 1916.*

El libro de los Juegos Florales Cervantistas. *Reseña de esta fiesta y antología de las poesías premiadas en el certámen. — Valparaíso, 1917.*

Más fuerte que la Raza. Comedia en un acto. — *Santiago, 1919.*

El primer viaje alrededor de la Tierra. — *Valparaíso, 1920. (Edición agotada).*

Corona fúnebre a la memoria del Excmo. señor don Fernando Rioja Medel . — *Valparaíso, 1923.*

Biografía del primer Conde de Rioja de Neila. —*Valparaíso, 1923. (Edición agotada).*

Bosquejo histórico de la Prensa Chilena.—*Valparaíso, 1924. (Edición agotada).*

DE PROXIMA PUBLICACION

Los innovadores de la poética de habla española.

Iberiadas. *Poemas hispano-americanos.*

La voz de la raza. *Ensayos críticos sobre la colonización española en América.*

UN SIGLO DE PERIODISMO CHILENO

HISTORIA
DE
EL MERCURIO

POR

JOSE PELAEZ y TAPIA

Obra premiada en el concurso abierto
por la Empresa de este diario

Talleres de "El Mercurio"
SANTIAGO DE CHILE
1927

ES PROPIEDAD



Bases del Concurso

Con motivo de enterar "El Mercurio" el 12 de septiembre de 1927 un siglo de existencia, se convoca a un concurso público para premiar la mejor Historia de este diario que a tal certamen se presente, dentro de las bases siguientes:

1.a La obra será una historia completa y detallada de esta hoja periodística durante su primer siglo de vida, marcando especialmente la relación que haya tenido con las distintas actividades nacionales y su influencia en el crecimiento del país, de su cultura y de su riqueza.

2.a Las obras deberán ser enteramente inéditas; estarán escritas a máquina, y habrán de entregarse bajo recibo a la Dirección de "El Mercurio", en Santiago, antes de las doce de la noche del 31 de marzo de 1927 (*). Cada obra deberá estar firmada con seudónimo y estará acompañada de un sobre cerrado que tendrá en la cubierta el seudónimo y en el interior el nombre del autor.

3.a El jurado estará compuesto por tres personas designadas "ad libitum" por la Dirección de "El Mercurio" en el momento de cerrarse el plazo para la admisión de las obras, y expedirá su fallo en el término de tres meses, recomendando para el premio a la obra que juzgue mejor de todas las presentadas al concurso.

4.a La Empresa de "El Mercurio" adquiere el derecho de publicar en sus ediciones la obra premiada y, además, se reserva el derecho de propiedad de la primera edición de ella, en caso de que resolviese editarla en esa forma, dentro del año siguiente a la fecha del concurso.

5.a El autor de la obra recomendada por el jurado recibirá como premio la suma de diez mil pesos.

Santiago, 23 de julio de 1924.—LA DIRECCION.

(*) Fué aplazado hasta el 30 de mayo.

Informe del Jurado

Para contribuir a la celebración del primer centenario de la fundación de "El Mercurio", que se cumplirá el 12 de septiembre de este año, se abrió el concurso destinado a premiar la mejor historia que, desde un punto de vista documental, relatara la vida del diario en su primer siglo de existencia.

Una vez cerrado el plazo establecido en las bases del certamen, el jurado, compuesto por los infrascriptos, recibió el original titulado "Historia del diario "El Mercurio" (1827 - 1927)", suscripto por Bibliófilo, *que cumple con los propósitos establecidos en las bases de dicho concurso.*

Se trata de una obra de aliento, prolijamente documentada, que los firmantes han estudiado pacientemente, estimándola acreedora a la recompensa estipulada por la Dirección del diario.

Su autor denota un conocimiento cabal de la materia que ha sido objeto de sus investigaciones, y sus propósitos han excedido a cuanto se pueda intentar al respecto. En efecto, investigando en las propias colecciones del diario y utilizando cuanto se ha dado a la estampa hasta el momento en lo que se refiere a libros y periódicos, ha logra-

do agotar su investigación, recurriendo a toda clase de testimonios particulares, llevando sus exploraciones por el terreno de los archivos privados, por el de la propia documentación oficial y por el de los registros notariales. De esta manera su Historia cumple con el propósito inicial que ha de trazarse un investigador en el sentido de agotar, en lo posible, las fuentes informativas no siempre al alcance del estudioso.

La primera parte de su obra arroja luz definitiva sobre los primeros años del periodismo porteño, y aclara para siempre el hasta ayer obscuro capítulo de la fundación de "El Mercurio". Partiendo de hechos concretos y con abundancia de testimonios irredargüibles, establece todo cuanto se relaciona con el nacimiento del periódico y con la persona de su fundador, cuya biografía rehace sobre la base de noticias incontrovertibles.

En torno a la existencia y a la acción de los primeros años de "El Mercurio", hilvana la historia de su desenvolvimiento paso a paso, con extricto rigor documental y claro don animador, colocando en su sitio a cuantas personas concurrieron a su prosperidad.

Impugnando a los propios escritores de la época, a los cronistas posteriores y, a veces, hasta a cuantos tuvieron que hacer directamente con la propiedad misma del periódico, logra así escribir la historia de los primeros años del diario con tal acopio de hechos netos, que la verdad histórica fluye fácil y terminante.

En este sentido merece la labor de Bibliófilo *un especial encomio porque denuncia un esfuerzo ejemplar tan lleno de buenas lecciones para cuantos cultiven análogas disciplinas.*

Demandaría muchas carillas el análisis somero de lo que significa esta obra tan prolija cuyo texto les será dado gustar a los lectores de este diario en su cotidiana próxima publicación. Dada su extensión, sólo les es posible a los firmantes, al fundar el presente informe, aducir un ligero juicio sobre las materias principales que en ellas se narran, con un estilo sencillo, muy propio de un relato de esta índole.

Resulta de suyo escabrosa la reconstitución de una historia, ya centenaria, de un periódico en cuyas columnas todo lo que se ha publicado se ha regido por el más estricto anonimato. Sin embargo Bibliófilo, *como el personaje de la novela pícara, llega a poseer, en fuerza de escudriñar los hechos, el secreto de lo que el tiempo ha lapidado para siempre. En este sentido merece un elogio especial cuanto se relaciona con la existencia de "El Mercurio" en su primer cuarto de siglo de vida, porque logra establecer hasta los hechos menos importantes, aquellos que sólo debían ser objeto de interés particular del negocio; sin embargo, si logra entrar en tales detalles, es para basarse en ellos a fin de estudiar la proyección de interés público que surge de tales circunstancias. Así logra inducir el significado que tuvo para el periodismo nacional el hecho de la adquisición del periódico por el inmortal editor español don Manuel Rivadeneyra, y luego lo que representó para la incipiente cultura nacional su compra por don Santos Tornero, padre de los editores chilenos, a cuyo celo se debió que "El Mercurio" acrecentara sus actividades fundando esa sección editorial que fué pródiga en la impresión de toda clase de libros, desde los populares almanaques hasta los volúmenes sencillos de las vie-*

jas novelas románticas, de los grandes poetas coetáneos y de los mejores pedagogos europeos y americanos.

Siguiendo paso a paso la vida del diario hasta en sus menores incidentes, logra reconstruir Bibliófilo *uno de los aspectos menos estudiados de "El Mercurio": la continuidad de su programa; la integridad de sus propósitos, puestos siempre al servicio de los intereses nacionales; su independencia, mantenida a pesar de todos los eventos a que no puede menos de estar expuesto un órgano de opinión, de suyo determinado a las contingencias de la marcha de una nación joven que acababa de cimentar sus instituciones públicas. En este sentido algunos de los capítulos de esta obra son un dechado de labor, de estudio inteligente, de lógica bien fundada.*

Por fin, será menester puntualizar la importancia que ha de tener esta obra en cuanto toca a la relación que hace su autor sobre el desenvolvimiento material del diario: he ahí el aspecto heróico, que podría decirse, de "El Mercurio". En años difíciles, escabrosos para la mantención de cualquiera empresa de este orden, el periódico, según nos lo muestra Bibliófilo, *navega a través de los años desafiando las iras de las circunstancias, sobreponiéndose a los accidentes de la vida pública, renaciendo muchas veces de catástrofes como los incendios que, en más de una ocasión, le reducen a cenizas. En su vida se da un sino providencial que parece guiar, como estrella cierta, la mano de los constantes timoneles del diario.* Bibliófilo *hace resaltar en su cabal importancia y alcance este esfuerzo que, toca repetirlo, constituye la parte heróica, animadora y vital en la vida de "El Mercurio".*

Acaso sería posible establecer algún reparo a esta His-

toria, por lo demás inevitable en empresa tan vasta, que reclamaría más de una voluntad para alcanzar la perfección de su intento: estiman los infrascriptos que la acción espiritual del diario exigiría un estudio más amplio de su desenvolvimiento, y es que, tal vez, reclamaría otro volumen, tan extenso como el presente, la historia de la acción cultural de " El Mercurio"; el proceso de su influencia sobre la vida nacional, que, en algunos de los capítulos de esta obra, como los consagrados a Sarmiento y a Blanco Cuartín, hace resaltar muy bien su autor; las grandes campañas del diario; su contacto con el sentir colectivo en los días de la Guerra del Pacífico; su defensa de la nueva era de vida pública en que entraba el país después de la Revolución de 1891; lo que siempre hizo por todas las reformas constitucionales, administrativas, financieras y económicas, colocando al frente de su redacción a los valores más destacados del país.

Pero, según lo aseveraba el maestro de los filósofos cristianos, no es dable pedirle a un hombre ese don de perfección que sólo le está deparado a quien rige los destinos humanos. El solo hecho de lo que importa el esfuerzo conseguido, de lo que vale el trabajo suscripto por Bibliófilo, *justifica con creces las razones que dieron origen a este concurso, bien logrado con haber dado origen a una obra de tal aliento y de tal magnitud.*

Abierto el sobrescrito contentivo del nombre del autor de este trabajo, el jurado se informó que correspondía a don José Peláez y Tapia, antiguo redactor de nuestra edición de Valparaíso. — Santiago, 25 de julio de 1927. — Carlos Silva Vildósola. — Julio Pérez Canto. — Armando Donoso.

DEDICATORIA

Señores

Don AGUSTIN EDWARDS MAC-CLURE
Don GUILLERMO PEREZ DE ARCE.

He querido que sus ilustres nombres encabecen las humildes páginas de esta historia en testimonio de mi admiración por el uno y de mi gratitud para con el otro.

De mi admiración por usted, don Agustín, ante la magnitud de su obra de renovación total de la prensa chilena por medio de "El Mercurio", de esta ilustrada prensa que está a la altura, en todos sentidos, de la grande de Europa y América, y que es la honra y el orgullo de Chile.

De mi gratitud para con usted, don Guillermo, por haberme admitido en el dignísimo cuerpo de Redacción de nuestro amado diario el año 1910 en que aceptó mis modestos servicios en la confianza de que respondería a la prueba del ensayo con que, como único título o mérito, apoyé mi atrevida solicitud de ingresar en "El Mercurio".

J. Pelaez y Tapia.

Valparaíso, 12 de septiembre de 1927.

Preliminar

Vamos a relatar sucintamente los cien años de existencia de un periódico americano que nació en los albores nebulosos de la vida soberana de su patria; de un periódico que apareció cuando apenas se formalizaba en Europa el periodismo de partido, que en América era entonces un embrión informe, y mucho antes de que en el mundo se formara el diario de empresa que es el que hoy predomina; de un periódico que se presentó en el estadio de la prensa con carácter independiente en política pero sin prescindir de ocuparse con el mayor interés de la cosa pública.

Es la historia de una publicación que fué en sus comienzos una verdadera **gazeta** veneciana; que más tarde tuvo que tomar el matiz de periódico político, y que es hoy un diario informativo de último estilo moderno, más atento a la opinión pública que a la de partido, y defensor genuino, por la naturaleza de su índole primitiva, de los intereses generales de su país.

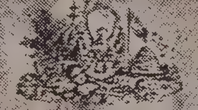
Pero si por su carácter invariable se destaca su historia de la de la mayor parte de los periódicos noticiosos que cuentan hogaño con más de un siglo de existencia, por su vida doméstica y por su vida pública es su historia la más gloriosa de periódico alguno porque ha vivido tan íntimamente ligado a la existencia de su país desde que éste ocupó un lugar en el concierto de las naciones libres, que los esfuerzos que representa ahora su progreso material y espiritual

son los mismos gigantescos esfuerzos que ha hecho Chile, su patria, para llegar a ser una nación poderosa y fuerte dentro de su reducido número de habitantes.

Ha sido para Chile el severo mentor que ha ido señalándole constantemente la senda estrecha del deber, y ha sido a la vez el sagrado druida que le ha estimulado en las luchas que ha sostenido para alcanzar los grandes triunfos que, en muchos órdenes de cosas, le han conquistado el respeto y la admiración del mundo.

Y su voz, no sólo ha sido oída en su país con el respeto que merecen los doctos varones, sino también en gran parte de las naciones del Pacífico, en donde algunas veces se han producido, al mismo tiempo que en Chile, idénticos casos dignos de su sabio consejo, de su ecuánime censura o de su desinteresada alabanza. Porque **El Mercurio** de Valparaíso, periódico nacido en humildísima cuna en 1827 y cuya historia es la que vamos a relatar en este libro, ha sido internacionalista desde su aparición, no sólo porque fué redactado durante más de medio siglo por ingenios sobresalientes de la mayor parte de la América Española y tuvo por propietarios a españoles y americanos en casi igual interregno, sino porque en el esbozo del programa que se trazó en 1833 ya despuntaba ese espíritu universal que más tarde se declaró sin embigüedad con las siguientes memorables palabras estampadas en un editorial de 1843, época en que ese esbozo estaba completamente desarrollado y definido:

"**El Mercurio** de Valparaíso es un papel americano, que cuando aboga por los progresos de la industria, del comercio, de la libertad y de la educación en Chile, aboga por intereses que son comunes a todo este continente, intereses que más o menos tarde están llamados a triunfar de los obstáculos y de las resistencias que le oponen la ignorancia y los vicios de las sociedades americanas. Y esta es verdad que, a nuestro juicio, debería estar siempre presente a los que trabajan para la prensa entre nosotros, no con el fin de fastidiar con molestas declamaciones, sino con el de es-



MERCURIO DE VALPARAISO.

PERIODICO MERCANTIL Y POLITICO.

NUM. 1. SETIEMBRE 12 DE 1827. TOMO 1.

IMPRENTA DE WELLS Y SILVA.

[illegible]

EN LA IMPRENTA [illegible]

EL MERCURIO.

¿ Era ó no, ultrajante al honor y dignidad nacional, la escandalosa y horrible escena que presenciamos la noche del 9 del corriente ?

Es la importante cuestion, que, en nuestro concepto, va á quedar difinitivamente resuelta con solo la sencilla é imparcial relacion de los hechos que presentamos á la consideracion de nuestros compatriotas.

HECHOS.

1.° El Comandante de la guardia del teatro es asesinado, en su mismo puesto, por un oficial de la marina británica.

2.° Una partida de tropa inglesa desembarca y principia á avanzar sobre la poblacion.

3.° Segundo desembarque de la misma, en actitud mas hostil.

Si los hechos precedentes son incuestionables, por que fueron presenciados por la mitad de Valparaiso; su pormenor no hará mas que [illegible] la criminalidad de ellos, por el modo, lugar y circunstancias en que se efectuaron.

Antes de principiar este prolijo detalle, permitasenos protestar, que no somos impelidos á escribir por el innoble deseo de promover [illegible] y excitar á una venganza, que habria sido mui facil conseguir en el acto mismo de la ofensa, y que contribuimos á evitar. No [illegible] que pretendamos disculparnos [illegible] á quienes pueda desagradar [illegible] de este articulo: nuestro unico objeto es, el de obtener una justa reparacion de [illegible] inferidos á la nacion, y no cesaremos de clamar por esto, mientras no tengamos la satisfaccion de conseguirlo.

DETALLE DE LOS HECHOS.

Iva á principiarse el cuarto acto de la sublime tragedia, cuya bien desempeñada representacion habia fijado la atencion de todos los espectadores que se disponian á compadecer la injusta muerte del virtuoso Juan de Calas, y la desgraciada situacion de su infeliz familia; cuando inopinadamente es sustituida aquella tierna y triste escena, por la escandalosa y horrible que tuvimos el pesar de presenciar.

Mr. Fullarton oficial de la marina de S. M. B., con un tono insolente y amenazador, mandó á un ciudadano que se levante del asiento que ocupaba para colocarse él: este contesta negandose á obedecerle, como era natural, pero en sus espresiones no se separó de la moderacion y decencia debida al lugar: Fullarton le replica á puñadas [illegible] y preparando al mismo tiempo una pistola con la cual lo habria asesinado, si [illegible] no se hubieran interpuesto al acto [illegible] dispararla, el comandante de [illegible], y [illegible] de artilleria don Pedro Gazitua.

El desorden, entretanto, se propaga [illegible] la mayor rapidez; era ya indispensable [illegible] medidas vigorosas para tratar de [illegible] Entonces el mayor de plaza ordenó la [illegible] del delincuente, y dos soldados destinados al efecto, son obligados á retirarse arredrados [illegible] los repetidos gritos de—fuera tropa, fuera [illegible] Se encarga de nuevo la ejecucion de la orden al comandante de la guardia, sargento de artilleria José Maria Muñoz, quien apenas se aproxima al criminal para intimarsela, cuando este lo asesina de un pistoletazo. El asesinato aumenta mas y mas el desórden: á su favor logra escaparse el asesino, y como nadie lo conocia, ni [illegible] lo habian visto fugar, se creyó que fuese uno de los cuatro ó seis compatriotas [illegible] que [illegible] allí despues del hecho; se procede por consiguiente á [illegible], cuyo acto restableció una parte del orden.

En este estado se hallaban las cosas cuando llegó el [illegible] Gobernador militar, y en seguida los SS. Consul [illegible] de la fragata Doris, con el objeto de [illegible] de todo lo acaecido; y sabida por el ultimo la prision de algunos de sus oficiales, reclamó la libertad de ellos al primero, quien [illegible]

Facsímil del primer número de "El Mercurio"

timular los conatos de los que quieren alcanzar la quietud, las garantías y los derechos de que nosotros ya gozamos."

Este periódico que nace modestísimamente en una época en que le es difícil mantenerse por sí misma durante uno o dos años a cualquiera publicación chilena que no se abandera, y que cuando cristaliza su amplio programa se hace paladín de todas las nobles causas del continente, ocupa en la actualidad el primer lugar cronológico en la América Española. (*)

Pero si consideramos la influencia que hoy, como ayer, ejerce en los destinos de su país, y también se tiene en cuenta su importancia indiscutible dentro de la prensa chilena, no se le puede negar el primer puesto, también, entre los periódicos de esta América Ibérica que han dado en llamar "latina" con harta impropiedad.

Aunque parezca increíble, la verdadera historia de este venerable y popularísimo papel público ha sido ignorada por propios y extraños.

Todas las monografías que de este diario se han escrito desde el comienzo del presente siglo se han basado en dos célebres artículos que se publicaron en el propio periódico el 12 de septiembre de 1877 — cuando **El Mercurio** cumplía cincuenta años —, uno de don Manuel Blanco Cuartín sobre la vida pública, y otro de **San Val** (don B. Vicuña Mackenna), relativo a la privada, y en el libro no menos célebre y curioso que don Santos Tornero escribió y publicó el año 1889 con el título de **Reminiscencias de un Viejo Editor**.

Esas tres autorizadas fuentes que han servido de guía están, por desgracia, plagadas de errores de bulto. Hay anacronismo patentes, inexactitudes incomprensibles, omisiones imperdonables y apreciaciones inverosímiles.

(*) En el Brasil existe "El Diario de Pernambuco", fundado el 7 de noviembre de 1825 por don Antonio José de Miranda Falcao. Este periódico no ha tenido ni tiene en su patria la influencia espiritual ni el desarrollo material que **El Mercurio** ha tenido siempre en la suya.

Estos tres autores escribieron sobre referencias ajenas, recuerdos propios y suposiciones de hechos que, en la apariencia, parecían verídicos o verosímiles. Ninguno trató la vida de **El Mercurio** a base de documentos; ninguno se tomó interés por verificar en las mismas páginas del diario cuanto le dijeron o recordaron, y ninguno tuvo la intención de trazar una ordenada crónica de los acontecimientos más notables de este periódico tan rico en sucesos de trascendencia.

Sin embargo los tres, por los largos años que vivieron con y de **El Mercurio,** pudieron haber escrito esas obras más dentro de la verdad y de la historia que de la fantasía y el recuerdo momentáneo, en particular el señor Tornero, que habiendo tratado a tantos periodistas y literatos ilustres que redactaron el diario con gran lucimiento, entre ellos Miguel Piñero, Juan García del Río, Félix Frías, Demetrio Rodríguez Peña, Juan Carlos Gómez, Juan Ramón Muñoz, Jacinto Chacón, Santiago F. Godoy, Ambrosio Montt, Hilarión Nadal, Guillermo Carmona, Martín Palma, Isidoro Errázuriz, Benjamín Vicuña Mackenna y otros escritores de renombre en el mundo hispano parlante, debió haber trazado las semblanzas de ellos aunque hubiera sido únicamente desde el punto periodístico, que era el que le correspondía, y haber mencionado, además, todas las vicisitudes y todos los triunfos que, durante los veintidós años que **El Mercurio** fué de su exclusiva pertenencia, tuvo este periódico tan combatido por los que no veían bien claro y los que no comprendían la razón de que mantuviera con perseverancia y firmeza un programa independiente que no convenía de ningún modo a los partidos políticos y a veces ni a los gobiernos que se desviaban de los buenos propósitos con que comenzaban sus labores. Su libro, más que reminiscencias de editor de un diario famoso, parece el de recuerdos de un señor particular que quiso referir en él, a los ochenta años de edad, los sucesos de otra época que le parecieron más notables de la vida de Chile, de Valparaíso y de su propia vida. Pudo hacer un inagotable te-

soro para la historia de la prensa y también de la literatura chilenas, y sólo hizo unas curiosas memorias que podrían tener hoy relativa importancia histórica si las hubiera escrito con más serenidad y más olvido de las ofensas.

Con respecto a don Benjamín Vicuña Mackenna, el ilustre historiador que tanta luz ha dado a los fastos de Chile con sus investigaciones históricas y sus numerosas obras, tenemos que decir con pesar que es culpable de que durante medio siglo se hayan dado continuamente noticias inexactas respecto a la fundación de **El Mercurio**, y de su primer redactor. El fué el único que pudo describir con claridad minuciosa la crónica de este trascendental suceso que últimamente se había convertido en verdadera leyenda. De él trató de una manera tan superficial en el artículo citado, que de sus noticias vagas han nacido los cuentos, algunos hasta fantásticos, que han dado a la estampa cuantos escritores se han ocupado de la vida del diario. Si; él, mejor que nadie, conoció la verdad puesto que no pocas serían las ocasiones en que su señor padre, don Pedro Félix Vicuña, se la referiría desde su infancia; él no pudo desconocer el escrito que éste, también ilustre hombre, publicó en El Mercurio del 15 de julio de 1870 referente a la fundación del periódico, y que fué reproducido, con otros, en un folleto aparecido poco después, y, por último, él no ignoró las memorias que dejó inéditas su progenitor y en las cuales se detallarían con toda clase de noticias las circunstancias de la instalación de la primera imprenta que tuvo Valparaíso en 1824 y que sirvió para fundar la de **El Mercurio** con el nombre de "Imprenta de Wells y Silva".

Al señor Blanco Cuartin únicamente hay que disculparle la ligereza con que apreció la labor de tal o cual redactor y de algunas omisiones en la revista crítica que hizo de ellos, puestos que sus apreciaciones no fueron basadas en detenidos estudios de la actuación que cada uno tuvo en el diario.

De los tres autores han partido los demás que han tratado algún aspecto de nuestro periódico; pero todos con tan

poco acierto y tanta precipitación, que a la hora de ahora están completamente desfiguradas tanto las noticias falsas como las verídicas que contienen esas fuentes.

Nosotros nos hemos apartado, en nuestra larga y minuciosa labor, del camino trillado que todos los historiadores han seguido hasta ahora. Nos pareció más prudente y lógico, aunque menos fácil y cómodo buscar, cuanto dato y noticia hemos necesitado, en las páginas de **El Mercurio**, en los libros de su administración y en documentos notariales, que tomar esas informaciones tal y como las ofrecen, con patente autorizada, los señores Blanco Cuartín, Vicuña Mackenna, don Santos Tornero y otros, toda vez que habíamos notado en ellos, desde que empezamos a preparar los materiales de nuestra obra, esas incongruencias, contradicciones, vaguedades, anacronismos y omisiones que han hecho de la historia de este diario una leyenda confusa.

Nadie hasta hoy había intentado reunir y ordenar cuantas noticias se conocen y cuantas se podían averiguar de la vida de **El Mercurio** para trazar una reseña histórica sin vacíos notables y de bastante amplitud desde la fundación del periódico hasta nuestros días. Nosotros somos los primeros que hemos acometido esta empresa; mas no tenemos ni la pretensión de suponer que hemos hecho una labor completa, puesto que la materia es de suyo inagotable y el tiempo señalado en las bases del concurso no ha permitido abarcarla en mayor extensión, ni creemos tampoco que nuestra modesta obra esté exenta de defectos de forma y fondo. Pero estamos seguros de haber echado las bases, con las noticias verídicas conocidas y con las desconocidas hasta ahora que ella contiene, para que en lo sucesivo puedan hacerse investigaciones completas sobre algunas cuestiones importantes y poco estudiadas hasta hoy de la historia de Chile y también de la de **El Mercurio,** puesto que las apreciaciones que contiene nuestro libro sobre materias tan interesantes y a la vez delicadas como la historia, la política, la literatura, el periodismo, la sociabilidad, las artes, la industria, el comercio, etc., de Chile,

están basadas con todo rigor en las opiniones emitidas por el propio diario en todo tiempo, y las noticias y comentarios que damos por nuestra cuenta acerca de algunas actividades del país que tienen relación directa con las de las mismas índoles de las de **El Mercurio**, se sujetan y encuadran a la única condición impuesta en el concurso de que la obra sea "una historia completa y detallada de esta hoja periodística durante su primer siglo de vida, **marcando especialmente la relación que haya tenido con las distintas actividades nacionales y su influencia en el crecimiento del país, de su cultura y de su riqueza.**"

En ningún momento hemos olvidado que la historia que estábamos escribiendo era la de un periódico y, por consiguiente, cuantos asuntos, materias y cuestiones de índole nacional, internacional o personal hemos tratado, han sido siempre vistos desde el punto del criterio de **El Mercurio**. Sus redactores y editores han sido siempre mirados por nosotros como meros traductores espirituales del programa del diario; pero de los más notables ya desaparecidos hemos agregado, a las reseñas de sus labores en él, las semblanzas que le hayan merecido al periódico. La biografía completa de cada uno es materia ajena a la naturaleza de esta historia.

A todo lo dicho huelga añadir que este trabajo ha sido escrito sin ningún apasionamiento. Alejado su autor de los círculos políticos y de los cenáculos literarios que dividen a los hombres en banderías agresivas que les privan ver todas las cosas con el despego que da la experiencia, de las inquietudes y ansiedades momentáneas que arrebatan y ciegan, sus parcos comentarios y apreciaciones sobre partidos, escuelas y hombres basados en un criterio independientes, imparcial y ecléctico.

Desde luego, esta obra no es un conjunto de misceláneas. Las miscelánea nada enseña y solo satisface la voluble curiosidad de los espíritus superficiales que quieren enterarse de muchas cosas diversas sin deseos de aprender cosa alguna. Tampoco hay en este trabajo gran número de anéc-

dotas, pues si es verdad que éstas recrean y suelen poner, en los relatos largos de materias serias, notas de ingenio que, a manera de ventas de camino, dan al lector que viaja por el campo espiritual de una historia, un descanso agradable, ellas no añaden mayores conocimientos del alma de los hombres o de los sucesos.

Cada capítulo de la primera parte trata de distinto asunto y todos tienen continuaciones en los de las demás partes, de manera que en esta obra hay tantos libros como capítulos contiene cualquiera división de ella.

Trazado ya en líneas generales el método que hemos seguido en nuestra labor, únicamente nos queda por advertir que hemos dividido nuestro trabajo en tres partes porque en la vida económica, tipográfica, artística, literaria, social y política de **El Mercurio** se notan a simple vista, por lo bien marcadas, otras tantas evoluciones que constituyen verdaderas épocas.

Aunque las tres evoluciones de todos sus aspectos no se efectuaron simultáneamente, hemos creído lógico tomar el económico para abrir cada parte. Así la segunda comienza en 1842 porque, al pasar la imprenta y el diario a manos de don Santos Tornero, cambió por completo de rumbo la vida de **El Mercurio,** y damos comienzo a la tercera en enero de 1880, porque el nuevo dueño, don Agustín R. Edwards Ross, salvó de la muerte al periódico y le convirtió en empresa exclusivamente periodística al desprenderse del departamento editorial.

EL AUTOR.

Valparaíso, 30 de mayo de 1927.

Primera Parte
1827 - 1842

CAPITULO I

LA PRENSA CHILENA EN EL PERIODO 1812-1842

Como han tratado los historiadores la primera etapa de esta época. — El carácter doctrinario y educativo del período embrionario de la prensa. — Los precursores de los publicistas de la segunda etapa. — La desorientación de la prensa a partir de la caída del poder del general O'Higgins. — Número de periódicos que se publicaron desde 1812 hasta 1827. — Las publicaciones más dignas de mención de ese interregno. — La extraordinaria cantidad de hojas sueltas y periódicos que vieron la luz. — Las publicaciones más notables de ese lapso. — Lo que era la prensa nacional chilena desde 1828 hasta 1840, según "El Mercurio" de 1841. — La noble y altruísta actitud de nuestro diario durante este turbulento período.

Los pocos escritores que hasta hoy se han ocupado con alguna extensión y con detenimiento de la historia de la prensa chilena, no han prestado mucha atención al nacimiento, desarrollo y progreso de los primeros periódicos de Valparaíso, a pesar de que en esta ciudad fué en donde apareció el primer diario de Chile—trece años y medio ante que en Santiago—; donde el periodismo nacional tomó carácter de profesión productiva y honrada, y, en donde, entre otras excelencias, el periódico se impuso a la opinión pública, se hizo respetar de los gobiernos por la independencia de su programa y su juicio sereno, y por la calidad de las talentosas plumas que tuvo a su servicio.

Toda la atención de los historiadores se concentra en Camilo Henríquez y en su periódico "Aurora de Chile", y después se pára a considerar unas cuantas decenas de publicaciones sucesoras de ésta, pero de vida tan efímera como pobre, que no tienen hoy otro interés que el de la curiosidad momentánea que despierta un objeto, una costumbre, una ley o un suceso de otro tiempo y

que no dejó, al caducar su época, marca que constituyera una tradición ejemplarizadora o gloriosa para el futuro.

Muy merecidos son los elogios que se tributan al padre de la prensa chilena por su talento, su valentía y su patriotismo; mas si su primer periódico tuvo una sagrada misión que cumplir, no todos los que nacieron en el lapso de 1812 a 1842 tuvieron la independencia de criterio ni la suficiente firmeza de ideales para orientar la opinión pública en cuestiones nacionales de capital importancia.

El carácter inconstante, fogoso, libertario y a las veces libertino de la prensa en ciertas etapas de esta época está justificado, en parte, examinando el período infantil de la instrucción pública, que fué a la vez el embrionario de la literatura propiamente chilena, y también reflejo del estado de gestación de los partidos políticos que algunos años después de la abdicación del director don Bernardo O'Higgins entraron en el palenque con los bríos de la juventud y la intransigencia de lo nuevo. Estos partidos, que se denominaron **pelucón** (conservador) y **pipiolo** (liberal), se trataron con la hostilidad propia de los que miran más los intereses particulares de partido que los generales del país, y de ahí que los periódicos de cada bando fueran barricadas colocadas una frente a otra, desde las cuales se hacían contínuos fuegos.

Si los primeros periódicos hicieron la revolución espiritual y fueron los que alentaron con ardor a los patriotas para que prosiguieran la lucha, los que le sucedieron se apartaron de la nobilísima misión que señaló la "Aurora de Chile" en su breve existencia.

Mucho se le debe a los escritores que, por medio de folletos primero y en periódicos después, sembraron en los espíritus ideas de soberanía nacional. Don Juan Martínez de Rozas con su "Catecismo Político Cristiano" en el que se definía de una manera clara y sencilla el derecho ciudadano; fray Camilo Henríquez con sus publicaciones valientes y pletóricas de un ardoroso patriotismo, y los escritores chilenos don Manuel de Salas, don Juan Egaña, don Manuel José Gandarillas, el argentino don Bernardo de Vera y Pintado, el guatemalteco don Antonio José de Irisarri y otros más, nacionales y extranjeros, que, en prosa y en verso, escribieron para el pueblo en hojas sueltas y en periódicos, fundaron la prensa chilena doctrinaria. Estos desinteresados y patrióticos periodistas fueron seguidos por el español don José Joaquín de Mora y el venezolano don Andrés Bello, quienes a la vez que organizaban la instrucción secundaria y escribían las constituciones políticas y los códigos bases de los actuales, intentaban

darle a la prensa un carácter literario con tendencias científicas y sociales con ayuda de un selecto grupo de devotos discípulos chilenos.

Por desgracia para la cultura, el órden y el bienestar del país, las sendas trazadas por las dos falanges de precursores fueron abandonadas porque los nuevos periodistas degradaron la prensa al ponerla al servicio de las banderías politiqueras, y de esta manera bastardearon los principios democráticos y educativos de los maestros.

La mayor parte de las publicaciones nacidas en el interregno 1812-1842 fué escrita al calor del proselitismo personal. El número de esta clase de periódicos puede contarse "por el de motines, rebeliones, alzamientos militares, candidaturas políticas y ensayos constitucionales que precedieron a las constituciones de 1828 y 1833", como dice don Jorge Huneeus Gana.

Hubo excepciones, como lo hace notar don Julio Pérez Canto en el siguiente párrafo de su interesante folleto "El periodismo en Chile":

"La Prensa chilena sufrió un eclipse con la reconquista de 1814 y más tarde, proclamada la independencia, se vió solicitada por los varios intereses y caudillos de la revolución, sin que lograra destacarse con personalidad propia. Fué la época de los periódicos de guerrilla y de existencia efímera. No hubo sino una escepción y ésta fué "El Araucano", fundado por don Andrés Bello, asociado a don Manuel José Gandarillas, bajo el patrocinio del Gobierno. Tres años antes había sido fundado "El Mercurio" por don José Ignacio Silva y don Tomás G. Wells. Estas dos hojas fueron durante mucho tiempo, la una en Santiago y la otra en Valparaíso, los más genuinos representantes del periodismo nacional y sobresalían, en medio de una multitud de periódicos más o menos bien escritos, de mayor o menor vida, por la moderación de su lenguaje y su alejamiento de las luchas de partido. Andando el tiempo debía quedar "El Mercurio" solo en la liza".

Cerca de ochenta fueron los periódicos que vieron la luz desde 1812 hasta el 12 de septiembre de 1827, fecha en que apareció el primer número de **El Mercurio**, la hoja noticiera comercial que primero había de marcar en nuestra prensa un rumbo determinado y serio: la que luego secundó la renovación literaria de Chile que comenzó en 1842, y la que después quedara para siempre como modelo de carácter sensato y de forma siempre moderna.

Este número se descompone, por años, en la siguiente forma:
1 en 1812; 3 en 1813; 2 en 1814; 4 en 1817; 2 en 1818; 3 en

1819; 2 en 1820; 3 en 1821; 4 en 1822; 15 en 1823; 4 en 1824; 8 en 1825; 9 en 1826 y 20 en 1827.

Estas publicaciones fueron unas veces de tendencias patriotas y otras realista durante la lucha por la independencia, y órganos del gobierno o de índole educativo en tiempos de la dictadura del general O'Higgins; pero a partir de la abdicación de éste, se hicieron todas políticas.

Los periódicos de tendencias doctrinarias o de útiles propósitos en literatura, ciencias y comercio que duraron más de medio año, fueron estos pocos:

1812.—"Aurora de Chile", redactado por fray Camilo Henríquez. Colaboraron en este periódico: don Agustín Vial Santelices, don Juan Egaña, don Hipólito de Villegas, don Anselmo de la Cruz, don Manuel de Salas, fray José María Bazaleuchiascua, el guatemalteco don Antonio José Irisarri; el argentino don Bernardo de Vera y Pintado y el español don Manuel Fernández Hortelano. Salieron 58 números.

1813. — "El Monitor Araucano", segundo periódico que redactó fray Camilo Henríquez, y que, por sus tendencias, fué sucesor del anterior. Era semi diario y salió 183 veces.

1814.—"La Gaceta del Gobierno de Chile", órgano oficial de los realistas. Se publicaron 173 números.

1817. — "Gaceta de Santiago de Chile". órgano oficial del gobierno patriota. Salió 343 veces.

1819. — "El Telégrafo". periódico bisemanal, redactado por el colombiano don Juan García del Río, y del cual salieron 75 números.

1820. — "La Gaceta Ministerial Independiente". Salieron 47 números.

1822.—"El Mercurio de Chile", el primer periódico que se publicó en el país con carácter de revista científica, literaria y económica. Su redactor fué fray Camilo Henriquez. Era mensual y salieron 25 números.

1825.—"El Correo de Arauco", órgano del gobierno. En él se publicaban los documentos oficiales y artículos de diversa índole. Salieron 167 números.

1826. — "El Correo Mercantil e Industrial". Salieron 74 números

1826. — "El Patriota Chileno". Salieron 85 números.

1826. — "El Telégrafo Mercantil y Político", el primer periódico de Valparaíso, editado y dirigido por don Pedro Félix Vicuña. Comenzó a salir el 3 de octubre. Su tamaño era de una ho-

ja de papel florete, doblada en pliego. Se publicaron 89 números.

1827. — "La Clave". Salieron 211 números.

1827. — "El Valdiviano Federal", periódico que nació a los dos meses de haber salido **El Mercurio** de Valparaíso, y del cual se publicaron 206 números. Fué fundado y redactado por don José Miguel Infante.

1827. — "El Verdadero Liberal", segundo periódico de Valparaíso fundado y editado por don Pedro Félix Vicuña, y redactado por éste y por don Pedro Chepuis, don Melchor José Ramos y don Bruno Larraín. Fué fundado el 4 de enero y salieron 79 números.

1827. — "El Observador de Valparaíso", tercer periódico porteño, editado y redactado también por don Pedro Félix Vicuña. Salieron 4 números.

De entre los hombres de letras que fundaron o colaboraron en los periódicos precursores de **El Mercurio**, debemos citar, por no haberlos mentado en lo que va de este capítulo, y porque merecen gratitud por la sana labor educativa que hicieron, a don Antonio de Rozas, al canónigo don Manuel Verdugo, don Santiago Muñoz Bezanilla, don José Diego Benavente, don Pedro Trujillo, don Joaquín Campino, el doctor Luna Pizarro, don Manuel y don Ramón Rengifo, don Francisco Fernández, el padre Fariña, don Victorino Garrido, y otros que se iniciaron como periodistas en esta etapa pero que brillaron en la subsiguiente.

Desde 1828 hasta 1842, salieron en todo el país más de ciento cincuenta publicaciones de todo género, o sea doble número que en los quince años de la etapa anterior. De esa cantidad, unos dieciseis vieron la luz en Valparaíso.

No hubo año sin que apareciera alguna hoja más o menos periódica, como se ve por este detalle:

18 en 1828; 19 en 1829; 25 en 1830; 3 en 1831; 4 en 1832; 7 en 1833; 4 en 1834; 5 en 1835; 8 en 1836; 3 en 1837; 8 en 1838; 10 en 1839; 16 en 1840; 13 en 1841 y 7 en 1842.

En este último año salió "El Progreso", segunda publicación diaria de Chile, la primera de Santiago, redactada en su primer tiempo por don Domingo Faustino Sarmiento.

La mayor parte de esas publicaciones fueron tan efímeras, que apenas si alcanzaron a salir cinco o seis números. He aquí las pocas que vivieron más de medio año:

1828. — "El Minero de Coquimbo". Se publicaron 101 números.

1828. — "Registro Municipal". Salió 57 veces.

1828. — "El Sepulturero". Se publicaron 27 números.

1830.—"El Araucano", órgano oficial del gobierno. Colaboraron en él, entre otros notables escritores, don Ventura Marín, el canónigo don Juan Francisco Meneses, el dramaturgo español don Rafael Minvielle, don Felipe Pardo, y sus dos fundadores ya mentados antes

1830. — "La Opinión". Salieron 33 números.

1832. — "La Lucerna". Se publicaron 32 números.

1834. — "El Minero". Salió 115 veces.

1835. — "El Día", fundado por don Pedro Chacón. Salieron 37 números.

1836. — "Registro Municipal". Se publicó 170 veces.

1839 — "El Diablo Político". Salieron 31 números.

1841. — "Gaceta de los Tribunales". Se publicó 912 veces.

1842. — "La Gaceta del Comercio". Salieron 1572 números.

1842. — "El Semanario de Santiago". Salió 31 veces.

1842. — "El Museo de ambas Américas", importante revista mensual dirigida por don Juan García del Río. Salieron 36 números.

1842. — "El Telégrafo de Concepción". Salieron 287 números.

1842. — "El Progreso", diario de noticias y político, cuyo primer número apareció el 10 de noviembre. Salieron 2.739 número .

La lista que se podría formar con los publicistas y literatos que se iniciaron en el periodismo de esa segunda etapa sería bastante extensa; únicamente anotaremos algunos nombres no citados aún, dejando para la segunda época, que fué la de la renovación literaria de Chile, los de los que merecen el verdadero calificativo de periodistas por haber ejercido la profesión con la competencia necesaria. He aquí los nombres de los que descollaron: Pedro F. Vicuña, José Ignacio Zenteno, Nicolás Pradel, Juan Nicolás Alvarez, Domingo Frías, Juan Francisco Meneses, José Victorino Lastarria, Ladislao Ochoa, José Luis Calle, Pedro Godoy, Gaspar Candamo, Juan Francisco Zegers, Domingo Oros, Martín Zapata, Vicente Fidel López, Juan José Cárdenas y Juan Napomuceno Espejo.

Cerraremos este capítulo con la opinión que, de esta etapa de la prensa nacional, dió editorialmente **El Mercurio** el 16 de septiembre de 1841:

"Por diversas y repetidas ocasiones hemos llamado la atención de nuestros lectores sobre el diarismo, presentándolo como uno de los medios más eficaces de progreso en una nación que se precia de ser libre y de aspirar al mayor grado de cultura. Asi mismo hemos lamentado y lamentamos siempre el poco interés

con que se miran las publicaciones periódicas; y por más que nos esforzamos en citar ejemplos de otros pueblos en que los diarios gozan de toda su importancia; de aquellos pueblos en que son una fuente constante de que se surten sin cesar el saber y el espíritu público; de aquellos pueblos, en fin, en que son una especie de resorte que tiene comprimidos en la esfera de sus deberes a los funcionarios públicos y a cada uno de los miembros de la sociedad, nada hemos podido obtener de positivo a este respecto. "El Mercurio" desea tener compañeros en la carrera que sigue; trata de excitar a los políticos y literatos a que concurran con él a la útil, aunque difícil tarea de difundir las luces, y a poner así en contacto a los hombres con su siglo.

"Por desgracia son todavía muy estériles los deseos que nos han animado y las repetidas manifestaciones que de ellos hemos hecho.

"Las prensas de la capital han dado a luz, sin embargo, algunas publicaciones, para cuya justificación no han sido ni serán jamás bastante poderosos los esfuerzos de raciocinio de sus autores: jamás podrán convencer de que son de interés nacional; pero esto nada sería aún si ellas mismas no se declarasen como el oprobio de nuestras luces y de nuestra moralidad; los intereses personales o de partido son siempre el único blanco a que se dirigen estas fugaces producciones; y por más que se diga que su objeto es ensalzar la virtud, aplaudir el mérito, atacar los abusos y deprimir los vicios, siempre se les ve incurrir en los mismos inconvenientes, y ellas son la más elocuente refutación de sí misma. ¡Tanto es fácil el verse traicionado por las mismas precauciones que se toman para encubrir intenciones mezquinas y miserables bajo el velo de la hipocresía!

"¿Podremos decir que el diarismo se halla estacionario o va en decadencia entre nosotros? ¿Habrán suficientes datos para decidir esta cuestión? En nuestro concepto el mayor mal que resulta de esta clase de publicaciones es la depravación del gusto nacional, y este es precisamente el escollo en que fracasan los periódicos. Si los primeros que hemos tenido hubieran podido trazarse una marcha constante y segura, y si los demás que les sucedieron hubiesen continuado bajo los mismos principios, ¿tendría la prensa chilena de qué avergonzarse? No fué así; se apoderaron de la prensa espíritus fuertes e inquietos, que parecían desbordarse como un torrente que arrastra en su curso cuanto en él encuentra; estallaron en invectivas, insultos y sátiras groseras contra toda clase de personas, y aún contra las más respetables, y aún se llegó a hacer alarde de no conocer ninguna clase de respetos. No se

perdonó el órden público, ni la religión misma que era atacada con descaro y sin ningún miramiento a las terribles consecuencias que estos escritos podían acarrear a la sociedad. Durante este desórden no hubo medio alguno de represión; se decía: **"hay imprenta libre, la libertad de imprenta es un derecho sagrado"**, y se carecía de toda regla que pudiese hacer provechosa esta libertad cuya ventaja es reconocida de todos. No existía ley de imprenta; los abusos quedaban impunes y sólo hasta el año 1829 se vino a tener un freno, si tal puede reputarse la ley que actualmente rige, a la licencia que caracterizaba a las producciones de la prensa".

El triste cuadro que ofrecía el carácter de la prensa chilena antes y después del nacimiento de **El Mercurio**, lo podríamos haber trazado por nuestra cuenta con mayores detalles; mas como todas las cuestiones nacionales de aspecto histórico deben ser vistas y consideradas en este libro por el criterio de nuestro diario, por eso se han copiado los párrafos sustanciales de ese artículo que encerraba dos propósitos: el de estimular a los periodistas a que hicieran labor seria, honrada y patriótica, y el de refrendar la conducta que él siguió desde que apareció en el estadio, como podrá apreciarse por estos otros acápites:

"Nosotros, con el fin de facilitar a los escritores los medios de hacer generales sus ideas, les hemos franqueado las columnas de nuestro diario; pero ¿cuál es el uso que se hace de ellas? Rara vez vemos un artículo de correspondencia calculado para el bien público: una vez que otra se hace alguna disertación literaria o científica, y aún muy de tarde en tarde se presenta alguna obra en que reluzca un deseo de mejorar nuestra condición o en que se trate de promover alguna mejora en los infinitos ramos que abraza la economía social. Lejos de esto, frecuentemente nos vemos obligados a rehusar la publicación de muchos artículos que se resienten de los defectos que hemos apuntado anteriormente; de manera que no puede tratarse de las cosas sin atacar y zaherir implacablemente a las personas. Nos hemos obligado a prestar a los escritores las facilidades posibles, mas ellos por su parte no corresponden a nuestras filantrópicas intenciones".

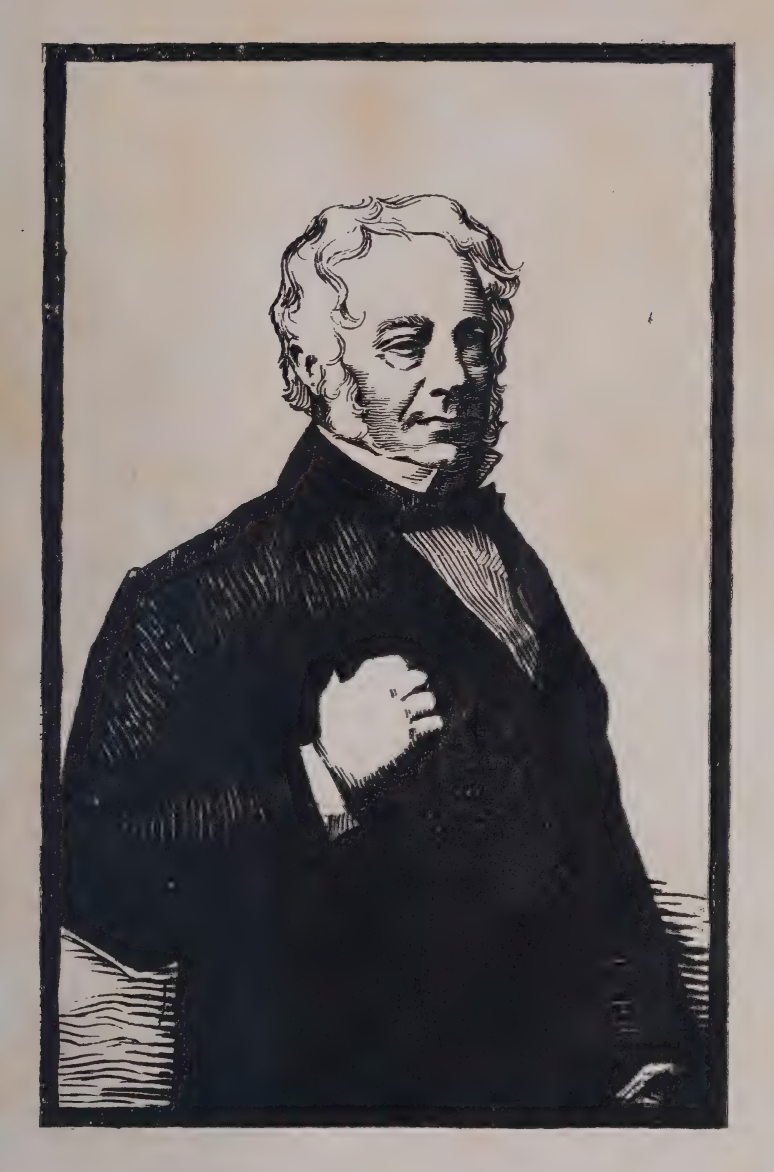
¿Qué hacer ante esta modalidad? Seguir por el camino trazado, y, consecuente siempre con su programa, agrega el diario: "Declaramos con la formalidad debida que nos abstendremos de publicar todos aquellos artículos que carezcan de los requisitos antedichos, y mucho más los que se dirijan contra persona de cualquier clase o condición que sea, ya haciéndola aparecer en ridículo, ya atacando su conducta pública o privada de cualquier modo".

Y desde entonces puso más de relieve su seriedad ante los partidos políticos y la ecuanimidad patriótica con que ha tratado siempre las cuestiones nacionales sin introducirse jamás en el terreno privado de nadie ni descender al arroyo de la vía pública para insultar y calumniar como era ley, más que costumbre en la prensa chilena, hasta muy cerca de la mitad del siglo XIX.

El fué el único periódico que, desde su primer número, se hizo notar por esa rara modalidad con la que se haría extraño, monótono e insulso a los espíritus atrabiliarios amigos de las improvisaciones, el escándalo y la anarquía, pero en cambio aparecería noble, culto y prudente ante los amantes de la moralidad, el órden y la paz.

Y fué también el primero y el único que mantuvo ese su peculiar carácter con celo firme y sereno durante el período de desorientación del periodismo nacional.

Todos los periódicos tomaron a **El Mercurio** por blanco de sus tiros de despecho cada vez que este diario no se mostraba consecuente con opiniones y actos de gobernantes y gobernados que no redundaban en beneficio positivamente honrado de la patria. Pero él prosiguió impertérrito su camino de independencia, con el que se libró del desprecio y salvó su vida.



D. PEDRO FELIX VICUÑA
Fundador y primer redactor de "El Mercurio"

CAPITULO II

FUNDACION DE "EL MERCURIO"

Los primitivos periódicos de Valparaíso marcaron el carácter del periodismo nacional. — Errada interpretación de un concepto del editor don Santos Tornero. — Las exageraciones de un historiador fascinado por el espejismo de la leyenda y el oropel del extranjerismo. — La suerte de un modesto tipógrafo norteamericano que hizo una fortuna en poco tiempo y se marchó a su tierra "ni envidiado ni envidioso".—La primera imprenta que se instaló en Valparaíso, que fué en 1824, sirvió para imprimir "El Mercurio". — Don Pedro Félix Vicuña, comerciante, impresor y escritor, y sus primeras empresas periodísticas en Valparaíso. — "El Telégrafo Mercantil y Político" fué el inspirador del programa de "El Mercurio". —El verdadero fundador de este periódico según un documento auténtico. — Sin don Pedro Félix Vicuña, los señores Wells y Silva no le hubieran dado vida a "El Mercurio".

Aunque en Valparaíso no hubo prensa hasta doce años después de haber salido en Santiago el primer periódico chileno, y aunque siempre ha sido muy reducido el número de éstos en aquella ciudad y numerosísimo en ésta, el diarismo porteño se destacó desde el primer momento por su elevado espíritu patriótico y su carácter independiente en política de partido. Andando el tiempo fué el que marcó la idiosincrasia de la prensa nacional.

Este periodismo precursor y fundador no se derivó de la primitiva prensa seudo-doctrinaria, combativa, politiquera y un tanto procaz de Santiago: nació de una necesidad noble y elevada que miraba al porvenir y a la grandeza material del país; de la necesidad perentoria de fomentar el comercio, impulsar la industria y estimular al trabajo, las tres cualidades que ya se diseñaban como virtudes en el carácter peculiar de la laboriosa ciudad marítima que se ha convertido en la primera de la nación por su propio esfuerzo.

De la escasa atención que articulistas e historiadores han puesto en el período evolutivo de la prensa de Valparaíso, han nacido las erróneas noticias que, al desgaire y sin el exámen previo de hombres y costumbres con que debe escribirse la historia, se han estampado en periódicos, folletos y libros acerca del nacimiento de **El Mercurio**, de sus editores y primeros redactores.

Están muy generalizadas, y, por tanto, son creídas, las afirmaciones de que los fundadores de este periódico fueron únicamente los señores Tomás G. Wells e Ignacio Silva; que la imprenta fué, desde un principio, del Sr. Wells; que la redacción de la hoja estuvo a cargo, en los primeros meses o años, o del general José Ignacio Zenteno o del influyente político y ministro Diego Portales pues hay diversidad de opiniones al respecto, todas infundadas.

Al margen de estas noticias se han formado conceptos definitivos con caracteres eternos e incontrovertibles; se han atribuído méritos excesivos a quienes no hicieron otra cosa que cumplir con sus deberes o trataron solamente de defender sus intereses materiales o su crédito político; no se han reconocido por desidia o por ignorancia inexplicable los trabajos, esfuerzos y sacrificios de quienes miraron más las conveniencias ajenas — que en este caso eran las del público — que las propias, y se han tributado imprudentemente elogios y honores que han creado valores que ya es tiempo de que se revisen, sospesen y aquilaten a la luz serena de documentos examinados tras los cristales de las costumbres de la época con criterio imparcial formado por la ciencia histórica.

Casi todos los autores que se han ocupado de la historia de este periódico se han basado en las noticias que, en su interesante libro "Memorias de un Viejo Editor", escribió y publicó en 1889 don Santos Tornero, quien, en el capítulo II, página 15, dice que "había sido establecida dicha imprenta (la de **El Mercurio**) en septiembre de 1827 por el norteamericano don Tomás G. Wells y el chileno don Ignacio Silva". El célebre editor quiso decir, sin duda, que en tal mes y año fué fundado el periódico, puesto que, a renglón seguido, manifiesta que conoció al señor Silva "de empleado de Aduana y él me facilitó un ejemplar del primer número de "El Mercurio", que lleva la fecha del 12 de septiembre del expresado año". Y no pueden interpretarse aquellas palabras en el sentido en que se han tomado, ya que el señor Tornero, como perito en tipo-

grafía, no ignoraba que era casi materialmente imposible armar una imprenta en unos cuantos días y menos si se considera que el prospecto que los fundadores lanzaron al público tuvo necesariamente que imprimirse una quincena antes, por lo menos, de la salida del primer número del periódico.

Y su hijo don Recaredo, en su célebre libro "Chile Ilustrado", dado a luz en París el año 1872, es más claro y terminante en este concepto porque dice que **El Mercurio** "fué fundado por don Ignacio Silva Medina en compañía de un norteamericano señor Wells, siendo su redactor el hoy respetable anciano don Pedro Félix Vicuña". A este caballero lo elimina por completo de la lista de los fundadores para darle un puesto secundario que puede hacer sugerir la idea de que pudo ser un simple empleado de esos señores.

Otro historiador, don Manuel de Arana, en un artículo publicado en **El Mercurio** de Santiago del 12 de septiembre de 1900, aseveró que "Los empresarios de este periódico fueron don Tomás G. Wells, norteamericano, y el ciudadano chileno don Ignacio Silva, quienes aportaron por mitad el capital necesario, en efectivo y en crédito, hasta la suma de diez mil pesos".

La fantasía de este autor es de índole monetaria; ¿calculó el señor de Arana el valor que, en moneda de a fines del siglo pasado, representaban diez mil pesos del año 1827? ¡Estamos seguros que se hubiera asustado al presumirlo!

El señor Tornero pagó por la gran imprenta que ya tenía el diario, por la librería y el almacén de artículos surtidos que él fundó varios años antes de adquirir **El Mercurio**, la bonita suma de doce mil pesos, la que, dividida por tres, le tocaba a la imprenta unos cuatro mil pesos.

Pero de entre los autores que han tergiversado el concepto de don Santos Tornero con una ligereza verdaderamente extraña, descuella don Bernabé F. Anguita, quien en un curioso y extenso artículo publicado en **El Mercurio** del mes de septiembre de 1897 y reproducido en parte en un folleto de propaganda salido a luz en 1913, llega a colmar la medida del equívoco colocando al señor Wells en la categoría de providencia redentora en los siguientes párrafos:

"Un yanqui, Mr. Tomás Wells, tipógrafo de profesión, y hombre audaz y emprendedor como todos los de su raza, había llegado a Valparaíso trayendo entre su equipaje una pequeña imprenta. Esta, muy pronto, fué la base de la sociedad que formó Wells con los chilenos don Ignacio Silva y don Pedro

Félix Vicuña para editar "El Mercurio" y disipar con él las tenebrosidades coloniales que envolvían a la sociedad de este puerto. Fundar un periódico en aquella época de preocupaciones y porfiado oscurantismo era empresa sólo digna de la mirada de águila de un yanqui."

Si el señor Anguita agrega unas cuantas palabras más, seguramente que hubiera colocado a Wells por encima de Camilo Henríquez y sus ilustres continuadores en el propósito de hacer triunfar la independencia inculcando en el espíritu público ideales democráticos. Ni el tipógrafo y comerciante norteamericano pensó en "disipar tenebrosidades" algunas porque las tendencias de **El Mercurio** primitivo no eran doctrinarias ni políticas, como se verá más adelante, ni fué cosa difícil la fundación de un periódico puesto que ya habían salido a luz en Valparaíso tres y más de ochenta en el resto del país desde la publicación de la "Aurora de Chile" hasta la de **El Mercurio.** Además, desde 1826 contaban ya los editores de periódicos con la suscripción del gobierno que les ayudaba a pagar la mitad, por lo menos, de los gastos de material e impresión. No era empresa tan aventurada como supuso el señor Anguita.

El señor Wells fué un industrial con suerte que encontró en los dos chilenos mencionados, en particular en el segundo, la base principal para un negocio muy lucrativo del que sacó a los cinco años y medio treinta mil pesos, con los cuales se consideró rico y regresó a su patria sin haber visto jamás las **preocupaciones y porfiado oscurantismo** de un país cuyo gobierno le había pagado con bastante regularidad un buen número de suscripciones durante algunos años.

¡Cuántos nacionales y extranjeros no fracasaron en empresas similares, antes y después, por falta de apoyo y no de audacia, energía, "vista de águila" y otras cualidades tan excelentes como las del referido norteamericano!

La verdad escueta acerca del nacimiento de **El Mercurio** está en la historia de los tres primeros años de residencia en Valparaíso del ilustre publicista y político don Pedro Félix Vicuña, padre del célebre y fecundo escritor D. Benjamín Vicuña Mackenna, la que vamos a referir someramente porque tiene relación directa con la fundación de la imprenta del periódico y de la primera redacción de éste.

Don Pedro Félix Vicuña de Aguirre, hijo del prestigioso estadista don Francisco Ramón, que ocupó dos veces provisio-

nalmente la vice-presidencia de la República, se estableció en Valparaíso, en asuntos mercantiles, a mediados de 1824, cuando apenas había cumplido los veinte años de edad y cuando acababa de terminar en Santiago la carrera del comercio.

Llegó a Valparaíso con una imprenta, la primera que en esta ciudad funcionó, y en ella compuso e imprimió hojas sueltas y boletines con las noticias más importantes que llegaban a Chile de algunos de los países hispano-americanos.

Aficionado a las letras; adicto a un partido político de ideas avanzadas, y en propiedad de una imprentita capaz para confeccionar un noticiero de las dimensiones que por aquella época se usaba en todo Chile, lanzó el 3 de octubre de 1826 el primer periódico que se publicó en Valparaíso, denominado "El Telégrafo Mercantil y Político", del que salieron ochenta y seis números. (*) Esta publicación, como su título lo indica, fué la precursora de **El Mercurio** en lo que respecta a su carácter comercial, de manera que si el señor Wells no le dió otro, en el caso de que él hubiera sido (que no lo fué) el iniciador de la fundación, fué porque no convenía a los intereses de los socios de la Empresa ocuparse en política en una ciudad netamente mercantil. Sin duda alguna que don Pedro Félix y don Ignacio Silva así lo determinarían al decidirse a publicarlo en unión del tipógrafo norteamericano por la experiencia que ya tenían ambos con los fracasos de "El Verdadero Liberal", fundado el 4 de enero de 1827, del que salieron setenta y nueve números, y del sucesor de éste, "El Observador de Valparaíso", que únicamente alcanzó a salir cuatro veces.

Don Benjamín Vicuña Mackenna, refiriéndose a "El Telégrafo Mercantil y Político" de su señor padre, decía en un artículo del año 1877 que "era regente de esta hoja suelta un modesto empleado de Aduana, aficionado a tipógrafo", y que "al refundirse las dos imprentas en una sola (la de don Pedro Félix y la del norteamericano) llamóse la firma social y mercantil "Wells y Silva". Esta razón social estuvo apareciendo en el periódico hasta el 4 de abril de 1829, y el joven a quien se refiere era don Ignacio Silva Medina.

(*) Este periódico dejó de pertenecer a don Pedro Félix Vicuña el 19 de abril de 1827, y desde esa fecha "ha dejado también de ser político. El comercio será, en adelante, el exclusivo objeto de este papel."

Este ingresó, al dejar la imprenta y la sociedad editora, en el cuerpo de empleados de Aduana. Ocupó un buen puesto en la de Caldera, y poco después fué nombrado alcaide de la de Valparaíso, cuyo cargo tenía cuando falleció el 22 de mayo de 1863.

El señor Silva fué suegro del escritor Octavio González y Raymundis, que hizo célebre el seudónimo de "Juan de la Roca" en las columnas de **El Mercurio** con sus crónicas desde París.

Con respecto a don Tomás G. Wells, pocas noticias se saben también de su vida, y quieren todos los historiadores, empezando por Vicuña Mackenna, que llegara a Valparaíso, procedente de Nueva York, en el mes de agosto de 1827, Esto está por averiguar; mas como no es de trascendencia el dato, únicamente lo dejamos consignado sin objeción. Lo cierto acerca de este señor es que era un buen tipógrafo en su época, superior a los discípulos del primer impresor chileno don José Camilo Gallardo, como puede comprobarse examinando los impresos del uno y los de los otros.

Las únicas noticias que sobre algunas modalidades del carácter de este industrial conocemos, se encuentran en diversas cartas que el periodista chileno don Ladislao Ochoa envió a don Diego Portales cuando este influyente político inspiraba a **El Mercurio.** En varias de ellas hay párrafos como éste: "Mi compañero, a quien sólo mueve un sórdido interés, me abruma con repetidas preguntas sobre la suscripción prometida, etc., etc.". o como este otro: "Mi compañero me abruma con sus desconfianzas norteamericanas sobre la suscripción prometida del Gobierno, etc., etc."

El 8 de marzo de 1833 salió en **El Mercurio** un aviso de don Tomás G. Wells en el que se declara que, habiendo vendido su negocio y teniendo intención de ausentarse del país, rogaba a las personas que tuviesen cuentas pendientes con él en pro o en contra, se sirvieran arreglarlas cuanto antes.

El 10 de abril del mismo año se embarcó Wells para su patria en la goleta norteamericana "Illot", que zarpó con rumbo a Centro América.

Desapareció el ídolo del señor Anguita sin que Chile lo echara de menos ni le reconociera su **gran obra de luciérnaga** ni sus exclusivas cualidades de raza. Por supuesto que el yanqui no se acordó más del país que lo había enriquecido.

Resumiendo todos los datos apuntados, puede formarse la ver-

dadera y sencilla historia del nacimiento de **El Mercurio** de la siguiente manera:

El comerciante y periodista don Pedro Félix Vicuña, que desde 1824 poseía una imprentita, publicó sucesivamente en Valparaíso, en el interregno de dos años, tres periódicos de índole mercantil y de tendencias políticas que no tuvieron el éxito deseado, quizás por insuficiencias materiales. En ese taller hacía de tipógrafo el joven don Ignacio Silva Medina, de casi la misma edad que el dueño. Este, probablemente, le enseñaría a Silva los rudimentos que poseía en el arte de Gutenberg que había practicado por afición.

Don Pedro Félix, en su deseo de difundir ideales políticos — que fué el anhelo y la práctica de toda su vida — y de servir al comercio porteño por medio de la prensa, tropezaría con no pocas dificultades, dado que él se dedicaba con frecuencia a negocios mercantiles y no a la industria editora. Entre los diversos inconvenientes que tuviera, el mayor, indudablemente, sería el de no encontrar un tipógrafo de profesión que se consagrara por entero al arte o tal vez quisiera hacerse cargo de su taller.

Este hombre apareció un buen día en Valparaíso, procedente de Estados Unidos, y no sólo reunía las condiciones profesionales que el joven escritor deseara, sino que traía consigo una colección de tipos y no una imprenta como aseguran, pues faltaba la prensa. ¿Qué hizo entonces el señor Vicuña? En vez de comprarle el material que traía y de poner a su servicio al artesano, como hubiera hecho quien no tuviera miras más elevadas que las de consagrarse a la industria y el comercio, pensó que sería mejor juntar las dos imprentas para publicar un periódico de doble tamaño de los que hasta la fecha había dado a la publicidad su "Imprenta del Comercio". Y, en efecto, las fundió "y ambas cupieron en una pieza redonda alquilada a la subida de la Matriz, en una de cuyas callejuelas acababa el joven tipógrafo y comerciante chileno de fundar su dulce hogar". (B. Vicuña Mackenna).

Es probable que los tres socios se distribuyeran los puestos en la siguiente forma: don Pedro Félix se haría cargo de la redacción; el señor Wells de los talleres, y el señor Silva de la administración.

Don Pedro Félix Vicuña se había casado en 1826 con doña Carmen Mackenna, hija del general don Juan Mackenna y O'Reilly, y desde este momento trascendental se decidiría a

darle a su vida una orientación más elevada en consonancia a su ilustre prosapia y en conformidad a su gran afición a las letras y a sus entusiasmos políticos. Y a partir de entonces se le ve abandonar la carrera del comercio, y durante el resto de su larga existencia "fué un periodista laborioso y un escritor patriota, que vivió con el oído atento a todas las grandes cuestiones que interesaban al país para sus progresos generales", como dice con mucho espíritu de justicia Pedro P. Figueroa en su "Diccionario Biográfico de Chile".

Consecuente con el propósito de lanzarse a la vida pública, se trasladó a Santiago, en donde fundó "El Censor del año 28" y luego "La ley y la justicia", hasta que fué elegido diputado en 1830, cuyo puesto no ocupó entonces. De otros detalles de su vida, en particular de los de escritor, trataremos en otro lugar, porque ahora debemos dar fin a este capítulo presentando un precioso documento que, durante más de medio siglo, ha permanecido ignorado de historiadores, periodistas y aún de los propietarios de **El Mercurio.**

Nos referimos al en que se declara fehacientemente quién fué el fundador del diario.

No lo hemos copiado antes porque deseábamos que fuera precedido de algunas consideraciones que debieron de haber sido tenidas en cuenta por cuantos publicistas han descartado siempre al que lógicamente tenía que ser su único iniciador y fundador

Este documento es contundente y no necesita de paleógrafos, de peritos calígrafos ni de exégetas que aclarèn su escritura, verifiquen su autenticidad o descifren su sentido.

Fué publicado en la tercera columna de la segunda página de **El Mercurio** correspondiente al 15 de julio de 1870.

He aquí los párrafos pertinentes a este asunto:

"A los señores editores de "El Mercurio":

"Os doy las gracias por vuestra contestación de que siempre para mí estarán abiertas las columnas de "El Mercurio". A más de vuestra buena voluntad tengo algunos títulos que el tiempo ha hecho desaparecer y quizás ignoráis. YO FUI EL FUNDADOR DE ESTE DIARIO Y DI LA MITAD DE LOS FONDOS SIN INTERES ALGUNO PARA ESTABLECERLO".

Estos párrafos están en el preámbulo de la primera carta política de una serie que publicó en **El Mercurio** don **Pedro Félix Vicuña,** firmante de ellas.

El señor Wells no hubiera podido ser el iniciador ni el

fundador al mes de su llegada a Chile sin conocer el idioma, sin tener somera idea de la idiosincrasia del país y sin más capital que una imprentita insuficiente para fundar un periódico de carácter local. Si **El Mercurio** hubiese aparecido un año después, cuando menos, de la llegada del tipógrafo norteamericano, no dudaríamos en darle toda la gloria de fundador, puesto que durante ese tiempo habría conquistado crédito con su profesión y habría adquirido los conocimientos necesarios del carácter, las costumbres y la situación comercial de Valparaíso para emprender con acierto un negocio en que se necesitaba, ante todo y sobre todo, conocer el espíritu de la plaza como lo conocía el periodista y comerciante chileno don **Pedro Félix Vicuña.**

CAPITULO III

EL PRIMER REDACTOR DEL PERIODICO

Suposiciones lógicas acerca de la constitución de la sociedad editora "Wells y Silva". — Por qué el general don José Ignacio Zenteno no fué el fundador ni menos aún el primer redactor de "El Mercurio". — Pruebas que demuestran que don Diego Portales no pudo ser el redactor de los primeros números del periódico. — Las razones del por qué tuvo que ser su primer redactor don Pedro Félix Vicuña, fundador de la publicación. — Lo que dicen al respecto don Benjamín Vicuña Mackenna y don Pedro Pablo Figueroa. — Las supuestas redacciones de don José Miguel Infante y de don Ignacio Silva Medina. — Documento en que se declara quién fué el primer redactor. — Extracto de la biografía que publicó el diario en 1847 de don Pedro Félix Vicuña. — La extensa labor literaria y política de este ilustre hombre público.

En el capítulo anterior hemos destacado, del grupo de fundadores de **El Mercurio,** la personalidad de don Pedro Félix Vicuña para presentarla como la única iniciadora y alma de la fundación de la imprenta de este periódico.

Pero hay un punto obscuro en la formación de la sociedad editora, el cual intentaremos poner en claro para demostrar luego que el señor Vicuña pudo ser, como fué efectivamente, el primer redactor de este periódico y no don Diego Portales ni menos el general don José Ignacio Zenteno, como suponen algunos historiadores incurriendo en lamentables anacronismos.

En la firma social aparecen únicamente los nombres de los señores Wells y Silva durante año y medio, a contar desde el primer número, y no el de don Pedro Félix, que era dueño de parte de la imprenta primitiva. Esta omisión habrá dado origen, sin duda alguna, a que los escritores modernos no lo consideren como el primer redactor de **El Mercurio,** aunque pocos de

ellos se olvidan de incluírlo en la lista de los colaboradores, como también lo fué durante muchos años.

Sobre esa omisión se pueden hacer varias conjeturas, todas muy probables, entre ellas la de que don Pedro Félix nombrara apoderado de su propiedad a don Ignacio Silva, o la de que le cediera la imprenta para recompensarle de los servicios prestados en las anteriores publicaciones. En uno u otro caso se deduce que al distinguido escritor le pudo convenir estar desligado o aparecer estarlo de la empresa comercial para asi escribir con mayor independencia. A nuestro juicio, es muy posible también que, habiendo pensado fijar su residencia en Santiago poco antes de la fusión de las imprentas para dedicarse por completo al periodismo político, no quisiera figurar en una sociedad que tendría que dejar muy luego, y vendiera a plazos su parte a su buen amigo. Mas sea como fuere el caso, lo cierto es que el señor Vicuña estuvo encargado de redactar y de revisar cuanto se insertó en **El Mercurio** durante el resto del año 1827 y quizás algunos meses del subsiguiente.

Don Pedro Pablo Figueroa afirma que el general don José Ignacio Zenteno "fué el primer redactor" del periódico; pero el más autorizado de los biógrafos del ilustre prócer, don Antonio García Reyes, nada dice al respecto en el artículo biográfico que escribió para la "Galería Nacional de Hombres Célebres de Chile" publicada en 1854, ni tampoco lo considera así **El Mercurio** del 19 de julio de 1847 al dar cuenta del fallecimiento del benemérito patriota, ocurrido en Santiago tres días antes de esa fecha.

¡No podían darle ese título porque cuando nació **El Mercurio** estaba el general Zenteno desterrado en el Perú por el gobierno del general Freire, y no volvió a Chile hasta 1828, allá por el mes de septiembre, según se consigna en una de sus cartas!

En cuanto al segundo de los supuestos redactores fundadores, se ha dicho que "hay quién cree que el primer artículo que trae el número inicial es de don Diego Portales, y esa opinión es la del que fué erudito e ilustrado director de nuestra Biblioteca Nacional, señor don Luis Montt, quien nos proporcionó documentos de su archivo particular, como son una curiosa colección de cartas de don Diego Portales y de los señores Ochoa, Calle y Lavalle, que tienen relación íntima con **El Mercurio** de 1830 a 1836", como se dice en el número de este diario correspondiente al 18 de septiembre de 1910.

El artículo a que se refiere ese párrafo contiene un detallado relato del crimen cometido en la noche del 9 de septiembre en el teatro Valparaíso, y del cual vamos a copiar fielmente sus primeros párrafos, en los cuales se detalla con cierta elegancia el suceso, para que se vea que fué escrito por una pluma acostumbrada a relatarlos con alguna maestría, impropia de un hombre de negocios como lo era el futuro y poderoso ministro:

"Iba a principiarse el cuarto acto de la sublime tragedia, cuya bien desempeñada representación había fijado la atención de todos los espectadores que se disponían a compadecer la injusta muerte del virtuoso Juan de Galaz, y la desgraciada situación de su infeliz familia, cuando inopinadamente es substituída aquella triste y tierna escena, por la escandalosa y horrible que tuvimos el pesar de presenciar.

"Mr. Fallarton, oficial de la Marina de S. M. B., con un tono insolente y amenazador, manda a un ciudadano que se levante del asiento que ocupaba para colocarse él; éste contesta negándose a obedecerle, como era natural, pero en sus expresiones no se separó de la moderación y decencia debida al lugar; Fallarton le replica a puñadas, sacando y preparando al mismo tiempo una pistola con la cual lo habría asesinado si felizmente no se hubieran interpuesto al acto de dispararla, el comandante de serenos, y el capitán de artillería don Pedro Gazitúa.

"El desorden, entre tanto, se propagaba con la mayor rapidez: era ya indispensable ocurrir a medidas vigorosas para tratar de sofocarlo. Entonces el mayor de la plaza ordena la prisión del delincuente, y dos soldados destinados al efecto, son obligados a retirarse arredrados por los repetidos gritos de "¡fuera tropa, fuera tropa!" Se encarga de nuevo la ejecución de la orden al comandante de la guardia, sargento de artillería José María Muñoz, quien apenas se aproxima al criminal para intimársela, cuando éste lo asesina de un pistoletazo, etc., etc."

Además de que el estilo de ese largo artículo es verdaderamente periodístico y distinto al de don Diego, nos parece, por otra parte, impropio en un importante miembro de la Comisión Consultiva del Gobierno, como lo era el señor Portales desde 1825, hacer el oficio de gacetillero o reportero, como se dice ahora impropiamente. No podemos negar que tuvo relación con los redactores de **El Mercurio**, que influyó en el espíritu del periódico desde 1830 a 1836 y que en los primeros años de este período le consiguió un subsidio fiscal a uno de sus redactores; mas de esto a que él fuera redactor, como aseguran, existe mucha diferencia.

Don Diego Portales, como político de miras elevadas, siempre vió en la imprenta la palanca más poderosa para orientar a la opinión en las cuestiones políticas, y por eso le vemos en 1828 dirigir—y no redactar—"El Vigia", periódico semanal que empezó a publicarse el 3 de junio del indicado año redactado por don Gaspar Candamo. Como esta publicación fué fundada por el célebre político, es posible que algunos historiadores hayan confundido "El Vigia" con **El Mercurio.**

También hay otro candidato a ese título, aunque tiene pocos partidarios, tal como el tribuno e ilustre periodista don José Miguel Infante, que fundó el 1.o de diciembre de 1827 "El Valdiviano Federal", que redactó hasta su muerte.

Esta suposición se debe a que en el segundo número hay un artículo sobre federalismo, por cuyo tema se le atribuye.

Otros más podríamos citar, entre ellos don Ignacio Silva Medina, socio del señor Wells, quien probablemente escribiría algo, pero sin trascendencia y no en calidad de redactor, en la acepción que por entonces se le daba a esa palabra, pues no poseía la preparación literaria ni tenía el prestigio social y político suficientes para tan importante cargo.

Descartados los mencionados señores, a quienes no queremos despojar de la categoría de primeros colaboradores, sólo queda don Pedro Félix Vicuña como el único habilitado para asumir un puesto que le correspondía por derecho, dada su capacidad intelectual y la intervención tan directa que había tenido en la fundación de la empresa de **El Mercurio.**

Importa aclarar este punto, como otros confusos de la vida de **El Mercurio,** con el fin de dar a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César; que no es justo que se escriba su historia a base de versiones que no tienen más fundamento que la ligereza en tomarlas y en la negligencia de no verificar las que se han publicado y están en contradicción, al menos, con la cronología. Importa poner en claro este punto porque aunque parezca que la redacción de **El Mercurio** no tuvo durante los primeros meses de su existencia importancia de consideración por la escasa responsabilidad que entrañaran las noticias de los movimientos marítimos y aduaneros de Valparaíso y las que extractaba de la prensa de Europa y América, sí la tenía cuando comentaba las disposiciones y actos del gobierno, las decisiones de las cámaras y las luchas de los partidos políticos, como lo hizo la de 1827 y parte de la del subsiguiente año.

Los tres periódicos que don Pedro Félix Vicuña sacó antes que **El Mercurio** le debieron servir de mucho para prepararse

como publicista político. En la cuarta publicación ya estaría en condiciones para entrar en lucha, y sin duda gozaría de prestigio, puesto que fué incluído en la lista de candidatos a diputados suplentes según se ve en un remitido firmado por "Los liberales de Valparaíso", publicado en **El Mercurio** del 16 de enero de 1828, y en cuya lista aparece don Pedro Félix Vicuña en el segundo lugar. En esta ocasión se presentaron tres candidatos a diputados y tres a suplentes. En aquel tiempo únicamente eran elegidos un propietario y un substituto.

Antes, en noviembre de 1827, había sido propuesto candidato a regidor de Valparaíso.

Este y otros detalles que podríamos dar, demuestran que el señor Vicuña fué el único redactor del periódico durante cinco o seis meses, por lo ménos, a contar desde el 12 de septiembre de 1827.

Mas si todo eso no fuera suficiente, reproduciremos el resto del párrafo de la carta que ya hemos copiado en el capítulo que trata de la fundación del periódico y que ha permanecido ignorada hasta hoy durante más de cincuenta y siete años, y en la cual se declara don Pedro Félix, además de fundador, el primer redactor de **El Mercurio**:

"EN MI JUVENTUD YO REDACTE LOS PRIMEROS NUMEROS Y LO BAUTICE CON EL NOMBRE QUE LLEVA; he sido en todas épocas su constante colaborador, y mis hijos y yo sufrimos acusaciones en defensa de la justicia que sus columnas registraban, de las que salimos siempre victoriosos".

En cuanto a que era capaz de escribir editoriales instructivos sobre una multitud de cuestiones delicadas y de interés general, lo pregonan sus obras y los importantes cargos públicos que después desempeñó. A continuación copiamos algunos párrafos de la biografía suya que publicó **El Mercurio** en el mes de mayo de 1874, con ocasión de su fallecimiento:

"Hizo sus primeros estudios en el aula de Santo Domingo, y fué uno de los alumnos designados para pronunciar loas patrióticas en la plaza de Santiago el día de la jura de la independencia, 12 de febrero de 1818.

"Sin terminar la carrera de las leyes, adoptó la del comercio, estableciéndose en Valparaíso bajo los auspicios de un opulento hermano materno, don Luis de Aycinena.

"Sin embargo, desde 1824, el señor Vicuña comenzó a darse a conocer como publicista, fundando primero "El Telégrafo", hoja mercantil de Valparaíso, y en seguida "El Mercurio", el diario más antiguo de la República.

"Encontrábase ejerciendo su giro en Santiago, cuando estalló la revolución de 1829, que tuvo por resultado la deposición del mando supremo de la República que desempeñaba entonces su propio padre, como presidente del Senado.

"En aquella crisis el señor Vicuña redactó dos periódicos: "El Censor de 1828", y "La Ley y la Justicia". En 1830 fué electo diputado por tres departamentos, pero le cupo en su carácter de tal un honor aún mayor: el ser expulsado de aquel Congreso reaccionario en 1831, junto con los ilustres patriotas don José Miguel Infante y don Carlos Rodríguez".

Entonces se retiró a trabajar al campo, mas sin desentenderse de la política. En 1836 sacó a luz el periódico "La paz perpétua a los chilenos", para oponerse a la reelección del presidente don Joaquín Prieto, y al año subsiguiente publicó el folleto "Unico asilo de las Repúblicas Hispano-americanas" para proponer la idea de una liga de los países españoles del continente regida por un congreso general compuesto por los estadistas más notables, por lo que resulta que el señor Vicuña fué el precursor de los que, ochenta años después, pusieron en práctica la misma idea en Europa.

"En 1841 el señor Vicuña inició y sostuvo la candidatura liberal del general Pinto, publicando con este fin "El Elector" y "El Verdadero Liberal", periódicos políticos. Combatió la fusión que llevó a la presidencia al general Bulnes; pero aceptada aquella por todos sus colegas, se retiró de nuevo al campo.

"Siempre constante en combatir la administración del partido conservador, fundó en 1845 "El Republicano" y acaudilló una fuerte oposición en Santiago, sosteniendo al general Freire como candidato del partido liberal. Esta campaña política terminó con la prisión del señor Vicuña el 8 de marzo de 1846 y su subsiguiente destierro al Perú. En Lima publicó un manifiesto en vindicación de los principios que había sostenido, y a su regreso dió a luz, al principio de 1847, una serie de cartas familiares sobre el Perú, algunas de cuyas provincias había visitado".

Continuó en sus luchas políticas, y en el año 1850 sostuvo la candidatura liberal de don Ramón Errázuriz en su periódico "La Reforma"; luego fué en Concepción uno de los más entusiastas organizadores del movimiento revolucionario que acaudilló el general Cruz en 1851, por lo que fué perseguido, y desde entonces hasta 1863 se consagró a rehacer su fortuna y a escribir algunos importantes libros que después publicó.

"En 1864 fué electo diputado por el departamento de La Serena; y en las primeras sesiones del Congreso presentó tres

mociones importantes: la primera sobre la reforma de la Constitución de 1833, Código que combatió sin tregua desde su promulgación; la segunda sobre el establecimiento de un Banco Nacional, tema favorito de sus elucubraciones financieras, y la última sobre el establecimiento de un tribunal de minería, a cuyo gremio perteneció como uno de los más antiguos explotadores de minas de cobre de la provincia de Aconcagua.

"En 1867 fué elegido diputado por Ovalle y presentó la importante moción aboliendo la prisión por deudas, cuya obra de justicia y de caridad se debió a sus constantes esfuerzos durante tres años.

"En 1871 fué nombrado senador, y desde esa misma época comenzó a declinar notablemente su robusta salud".

Además de los libros que se han citado en los párrafos anteriores, escribió y publicó los siguientes:

En 1843, el folleto "Elogio histórico del Ilustrísimo señor don Manuel Vicuña".

En 1845, el libro de finanzas públicas "Cartas sobre Bancos".

En 1846, el folleto histórico "Vindicación de los principios e ideas que han servido en Chile de apoyo a la oposición en las elecciones populares de 1846".

En 1849, el folleto "Rasgos biográficos del señor don Francisco Ramón Vicuña".

En 1852, el libro filosófico "El porvenir del hombre".

En 1862, el folleto "Apelación al crédito público".

En 1866, dos folletos: "Guerra inevitable entre la Europa y la América" y "Verdadera situación de la Hacienda Pública".

También dejó escritas sus "Memorias", libro que no llegó a publicarse.

Para que pueda apreciarse mejor el carácter de este prohombre singular, vamos a copiar a continuación los párrafos principales de la semblanza que de él trazó **El Mercurio** del 27 de mayo de 1874 por la pluma de don Manuel Blanco Cuartín:

"Cuarenta y siete años ha un joven casi adolescente, pero de anticipada madurez y ardoroso entusiasmo por la cosa pública, fundaba el diario mismo que tenemos la honra de redactar.

"El Mercurio", como puede comprenderse, no sólo fué fruto de una atrevida especulación industrial, sino la muestra de una audacia literaria a favor de la cual no podía invocarse otra disculpa que la respetabilidad tradicional del apellido de su fundador.

"Empero el joven de que hablamos y que no era otro que el señor don Pedro Félix Vicuña, que acaba de bajar al sepulcro entre las lágrimas y las preces de la sociedad de Santiago, no tardó en manifestar en sus improvisadas tareas las prendas de carácter y de espíritu que le hemos visto desplegar con invariable constancia hasta el día de su fallecimiento.

"Amor al progreso, entusiasmo por toda idea nueva, profunda convicción en la perfectabilidad humana, y sobre todo, desinterés a toda prueba en el éxito de sus principios, fueron las dotes que desde luego se notaron en los escritos del fundador del "El Mercurio".

"Hemos leído los pocos artículos de aquella fecha que se conservan en nuestra Imprenta, y podemos asegurar que a la curiosidad sucedió en breve la veneración, ese respeto que inspiran siempre la buena fe, la constancia y las profundas convicciones no obstante de ser éstas a veces de polo a polo opuestas a las nuestras.

"Los biógrafos del señor Vicuña, al referirnos su vida política, han hecho precisamente hincapié en lo mismo que vamos diciendo; pero, sentimos decirlo, sin hacer reflexión alguna sobre el espectáculo singular que ofrecían las virtudes cívicas de aquel anciano en un tiempo como el presente, destituído de fisonomía propia, y destituído aún de la sinceridad que lleva consigo la fija precisión de los principios.

"Muchas veces leyendo los escritos y los discursos del señor Vicuña, nos dijimos entusiasmados:

—"Este es el hombre de Montaigne"; otras, "Este es tipo perfecto de los utopistas"; y otras, en fin, "He ahí el último soldado intrépido de la falange liberal de 1828".

"Efectivamente, en aquel hombre había la buena fe antigua que no transije con la adulación, ni con la mentira. Había así mismo la utopía, esa obligada compañera de las almas que sufren con el dolor ajeno, no pudiéndose explicar en su nativa bondad cómo puede el hombre padecer por el culto y profesión de los más notables principios.

"Pensando en esto, la vida política del señor Vicuña se comprende toda entera sin necesidad de señalarle capítulos. En Freire ama la bizarría del soldado de la independencia, y ciego con el resplandor de aquella espada que reflejaba todos los matices de la gloria de esa época, no ve que a su sombra se cobijan mil ambiciones bastardas que, abusando de la lealtad del sencillo guerrero, habrán luego en la hora de la prueba, de abandonarle a los remordimientos de su confianza magnánima. En Pin-

to respeta el saber, aprecia la suavidad de carácter, aplaude la atrevida concepción de las reformas; pero ni mira tampoco el círculo que le rodea amenguando día por día su poder en provecho de sus pretensiones, ni menos calcula que la sociedad desquiciada por el prurito de innovaciones inconsultas, va a encontrarse en breve en la necesidad de querer un Gobierno firme, despótico, si se quiere, pero Gobierno al fin, capaz de encadenar los elementos del orden social desparramados temerariamente a la eventualidad de la fortuna.

"Esta ceguera, que indudablemente es una virtud en la religión de los partidos, no permitió, como era natural, al señor Vicuña, estudiar al Partido Conservador bajo la luz de un juicio imparcial y severo. No, el Partido Conservador no fué estudiado ni comprendido por él, pues al haberlo sido, estamos seguros que habría sabido rendirle el homenaje que le corresponde. La Constitución de 1833, que anatematiza hoy el liberalismo con la misma furia con que la anatematizó el liberalismo de 1828, no fué la obra caprichosa de los conservadores, fué el resultado lógico de los sucesos que, impulsados por las fuerzas irresistibles de las circunstancias, impusieron el modo de su política a una sociedad conmovida y despedazada. Los hombres no imponen a los pueblos instituciones duraderas; ellas son la obra de los hechos sociales o mejor, el reflejo de las ideas, preocupaciones, sentimientos, costumbres que, como se sabe, forman la estructura más o menos perfecta de una civilización.

"La Constitución de 1833 no simboliza, pues, para el filósofo el autoritarismo pelucón, el retroceso y las venganzas de un partido adueñado del poder por la corrupción y sobre charcos de sangre liberal. No, y mil veces no; lo que representa esa carta tan odiada como mal comprendida, es el triunfo del órden sobre la revolución, del reposo sobre las convulsivas agitaciones de la plaza pública, la victoria, en una palabra, de la propiedad, de las creencias, de las tradiciones, sobre las intemperancias del espíritu pervertido por la licencia.

"Pero dejemos este capítulo y volvamos al ilustre patriota, objeto de estas líneas:

—"¿En dónde están los liberales que fueron sus colegas? ¿En dónde aquel partido que, derrotado en Lircay, sufrió las inclementes proscripciones de Portales? En ninguna parte: sus últimos representantes tiempo há que no son más que polvo, y polvo del que no podría decirse, copiando a Mirabeau, que se ha formado un marco reconstructor del edificio en ruinas.

"Empero, al pie de las columnas del templo derribado, ha

podido verse hasta ayer en pie, firme, siempre animoso y resuelto, al último de sus sacerdotes; sí, al último de sus verdaderos sacerdotes, que tal lo era el señor don Pedro Félix Vicuña.

"Esta imagen no puede rechazarla la historia, porque es la genuina expresión de la verdad; y verdad amable, consoladora; puesto que nos prueba que todavía se puede rendir culto en esta época de hierro a la caballerosidad de los sentimientos y a la incontrastable firmeza de los principios.

"Y no es poco venerar el pasado en el presente, en que todo cambia y evapora como el humo, ofreciendo así las cosas como los individuos el espectáculo tristísimo de la instabilidad, enemiga mortal de los grandes hechos y de los grandes hombres.

"Si pudiésemos trasladar al papel la fisonomía moral del señor don Pedro Féliz Vicuña, según se nos representa a la imaginación, la trazaríamos completa; pero la pluma no obedece a nuestra voluntad si no prestando muy mediana expresión a lo que sentimos. No obstante, ella nos permite la satisfacción de decir que fué el hombre del trabajo, de la fe, del sacrificio y de la fidelidad. Que prestó a su patria cuanto tuvo: talento, labor, fortuna.

"Su hogar fué el hogar de todo desgraciado; su corazón el nido de grandes y nobilísimos afectos. Su misión era darlo todo en este mundo; así, dió con prodigalidad su pluma al pueblo, sus ternezas a la familia, su bolsa a los pobres.

"¡Bellísima alma! ¡Hermosa figura la de aquel hombre! No tuvo más defectos que los de su bondadosa naturaleza; creer demasiado en los demás; escasamente en sí propio, y esperar para la humanidad una perfectabilidad incompatible con su perecedera envoltura".

Todo lo transcrito en este capítulo acerca de la vida y del carácter de este ilustre patricio, será suficiente para formarse una idea de sus méritos como patriota, escritor y político. Si los que durante tanto tiempo han mantenido la creencia de que los señores Zenteno y Portales fueron los fundadores y primeros redactores de **El Mercurio** por la única razón de ser ellos grandes figuras de la historia de Chile, no tendrán ahora a menos en restituirle ambos títulos al señor Vicuña, que, además de corresponderle por derecho propio, fué un hombre de la talla de los mentados.

CAPITULO IV

EDITORES PROPIETARIOS DE "EL MERCURIO"

Disolución de la sociedad editora "Wells y Silva". — Don Tomás G. Wells queda como único propietario de la imprenta y del periódico. —Ingeniosa combinación del señor Wells para convertir a "El Mercurio" en diario. — Vende el número a mitad del precio anterior y gana el triple. — En septiembre de 1832 la firma editora se denomina "Tomás G. Wells y Compañía". — El nuevo socio fué el periodista don Ladislao Ochoa. — La imprenta pasa a poder de don José Luis Calle en marzo de 1833. — Nueva sociedad en la que aparece como gerente y apoderado de la Empresa don Bernardo Pery-Etchart, de nacionalidad francesa. — Separación de los negocios de imprenta y librería por venta de este último. — Adquiere la Empresa el tipógrafo español don Manuel Rivadeneyra. — Con él inicia el diario una era de innovaciones artísticas y literarias que sirven de guía a la prensa del país. — Breves noticias biográficas de este célebre editor.

Como se ha visto en otro capítulo, la primera firma comercial de **El Mercurio** se denominó "Wells y Silva".

Esta cambió por la de "Tomás G. Wells" al año y medio de fundada aquélla, según el siguiente extracto de escritura pública insertado en la segunda columna de la tercera página, con cuerpo ocho y sin título alguno, en el número correspondiente de la data que se indica:

"Valparaíso, abril 4 de 1829. — Con esta fecha queda disuelta la compañía de esta imprenta que ha existido bajo la firma de Wells y Silva, por mutuo consentimiento de ambos, debiendo continuar en lo sucesivo todos sus negocios y periódicos bajo la del señor Wells."

"Necesitando cancelar nuestras cuentas a la mayor brevedad, suplicamos a las personas que tengan algunas pendientes con dicha compañía, se sirvan cubrirla luego que se les presenten las planillas y ocurrir si somos deudores. Del mismo

modo suplicamos a los señores suscriptores de "El Mercurio" y "La Gaceta".

"El que se separa se halla en la más grata obligación de dar al público las más expresivas gracias por la honrosa acogida que ha tenido el establecimiento en el período de su permanencia en él".

Al mes de esta publicación el señor Wells resolvió convertir **El Mercurio** en diario, y así lo anunció a los lectores el sábado 2 de mayor en un "Aviso importante" insertado en la primera columna, que dice así:

"El dueño de la imprenta de este periódico, deseoso de servir del mejor modo que sea posible a los señores suscriptores del "Mercurio", en lo relativo a las noticias importantes mercantiles, ha dispuesto dar a luz un diario de medio pliego, por ahora, bajo el mismo título de "Mercurio de Valparaíso", y sin más alteración que la referida. Si la suscripción se aumentase hasta dejar una utilidad con que subvenir a los gastos que demanda un pliego diario, se publicará tan luego como ésta se reconozca."

A continuación se explicaba el programa que iba a cumplir, que era síntesis del que contenía el prospecto de 1827, y terminaba de esta forma:

"El periódico se publicará todos los días a las 11 de la mañana. Los números sueltos se venderán a medio real; y la suscripción se despachará a casa de los señores suscriptores con toda exactitud, por el precio de tres pesos cada cincuenta números, cobrables cuando éstos se enteren.

"El martes de la semana entrante saldrá el primero, y se despacha en esta imprenta, y en la tienda de don José Alejo Hontaneda.

"El público, a quien somos deudores de la más generosa protección, le suplicamos admita nuestro pequeño sacrificio."

La combinación que hizo el señor Wells en esta ocasión fué verdaderamente ingeniosa al mismo tiempo que bien lucrativa. Cuando sacaba **El Mercurio** dos veces por semana, daba al mes trece números de a pliego por doce reales (peso y medio), y luego que lo hizo diario vendía cincuenta números, de a hoja, o sean veinticinco pliegos en dos meses, por tres pesos. Es decir, que tanto antes como después, el precio del pliego suelto fué de a real. Pero el negocio estuvo en la diferencia de trece a cincuenta en lo que se refiere al espacio de los anuncios.

¡Treinta y siete medias páginas, cuando menos, que, pagado el aviso a razón de "un peso por las tres primeras inserciones y un real por cada una de las sucesivas, siendo de tamaño regular", representaban una pingüe utilidad líquida cada dos meses, toda vez que el tamaño del anuncio era generalmente de dos a tres centímetros de alto por columna, y ésta era de 26 centímetros.

Así se justifica que el señor Wells pudiera irse a su patria, a los cinco años y medio de residir en Chile, con un capital de treinta mil pesos.

A este industrioso impresor se le debe el establecimiento de la primera publicación cotidiana del país, y el haber introducido la costumbre del reparto de periódicos a domicilio.

Esta gloria no puede escatimársele al ingenioso norteamericano que, si no dió las luces que presumía su panegirista señor Anguita, se fué alumbrado con el brillo del respetable montón de onzas que se ganó con laboriosidad.

El 28 de agosto de 1832 la firma comercial de **El Mercurio** se denominó "Tomás G. Wells y Compañía". El socio fué el periodista chileno don Ladislao Ochoa, protegido de don Diego Portales.

Esta sociedad duró muy poco tiempo, puesto que desde el 1.o de enero de 1833 volvió a denominarse la razón industrial "Tomás G. Wells".

A pesar de esto, hay autor que asegura que el señor Ochoa, y no el señor Wells. fué quien hizo el traspaso de la Empresa en marzo de 1833. Nosotros podemos afirmar que el señor Ochoa quedó desligado por completo de los negocios de la Empresa, ateniéndonos al siguiente aviso publicado el 22 de diciembre de 1832:

"Desde nuestro número de ayer la redacción de este periódico ha tomado otra dirección en virtud de haberse disuelto la compañía que ha girado este establecimiento quedando encargado de todos los negocios, como lo estaba antes, Tomás G. Wells".

El señor Ochoa, que por ese tiempo llevaba una vida política muy agitada. se trasladó a Santiago tan pronto como se disolvió la sociedad, según se deduce por un aviso de venta de la "Imprenta Republicana", de la capital, publicado en el mes de febrero de 1833.

Ignoramos si don Ladislao seguiría siendo redactor; lo único que se sabe es que, al vender el señor Wells la imprenta,

cambió la redacción como lo declara el siguiente "Aviso Editorial" publicado el 4 del mes y año indicados, inserto a continuación de las tarifas de suscripción y avisos:

"Habiendo pasado a otras manos desde esta fecha, la redacción de este diario, no deberá clasificarse como inconsecuente en adelante, la divergencia que pueda alguna vez advertirse en los principios y opiniones de los antiguos y nuevos redactores."

Al día subsiguiente se repitió el aviso seguido de este otro:

"La imprenta conocida en esta plaza por de "Tomás G. Wells" se denominará en adelante "Imprenta del Mercurio" y deseando el nuevo propietario sostener las relaciones que ha adquirido, invita a sus corresponsales (o colaboradores) a mantenerlas, sirviéndose rotular sus comunicaciones "Al Editor del Mercurio de Valparaíso".

Y así continuó denominándose hasta el 30 de septiembre de 1840.

Don Benjamín Vicuña Mackenna decía en 1877 en su artículo "El semi-centenario" al tratar del retiro del señor Wells: "Pasó por este motivo la propiedad, administración y redacción de "El Mercurio" en 1833 a un negociante argentino llamado don José Luis Calle, natural de San Juan, y desde entonces y por más de veinte años este diario se vistió con las mejores plumas del Plata de ganso y de avestruz".

En cambio don Santos Tornero, en su libro de memorias "Reminiscencias de un Viejo Editor", dice que el señor Calle había comprado la imprenta en 1833 a don Ladislao Ochoa, quien la había adquirido del señor Wells, y que "al cabo de un año la vendió al citado don Luis Calle".

Estos dos autorizados historiadores están contestes en que don José Luis Calle adquirió la imprenta a principios de 1833, época en que ésta dejó de llamarse de "Tomás G. Wells".

El lector ya sabe a qué atenerse por los diversos avisos que, acerca de don Ladislao Ochoa como socio del señor Wells y como redactor del diario, hemos copiado anteriormente.

Don Benjamín Vicuña Mackenna, en el artículo ya varias veces citado, sólo nombra al señor Ochoa como escritor, en la siguiente forma: "Alternábase con el nuevo dueño de la Empresa en la redacción de "El Mercurio" un personaje que no sabemos con exactitud si fuese hijo de Santiago o Mendoza, pero del cual sabemos que habiéndose casado en Buenos Aires, olvidósele ir

a echarse las bendiciones, y cuando todos los convidados y parientes de la novia salieron en afanosas bandadas a buscarlo, le encontraron en un café jugando tranquilamente al billar, como si tal cosa... Su nombre era Ladislao de Ochoa, y ha dejado un bonito artículo humorístico sobre el "cigarro", como pudo dejar probablemente otro mejor sobre el "billar".

A principios de 1838 hubo una modificación en la sociedad editora, según este "Aviso al Comercio" publicado por primera vez el 28 de marzo de ese año:

"Habiendo pasado a otras manos la Oficina de "El Mercurio" desde el 15 de febrero próximo pasado, se avisa al comercio que los pagarés por compra que hiciere este establecimiento serán firmados por don Bernardo Pery-Etchart, director de la Oficina de "El Mercurio" y socio de la compañía a que pertenece este establecimiento."

Antes de esta modificación había ocurrido otra no menos importante al terminarse el año anterior: la separación de los negocios de imprenta y librería. La primera se trasladó "a la Plazuela de San Agustín, en los altos de la casa del señor Lorca", en donde los "señores suscriptores del diario o cualquier individuo que quisiese dar órdenes, enviar avisos o comunicar noticias a dicha oficina, podrá ocurrir al local indicado", y la segunda quedó "en el mismo local que ha ocupado por cinco años consecutivos, y en donde se vendían "libros y de todos los demás objetos que ha tenido en venta", entre ellos "pólizas, manifiestos, conocimientos, etc.", y se recibirá también los avisos para **El Mercurio.** Esta librería había "pasado a otras manos", según aviso publicado al mismo tiempo que el anterior. De ella trataremos en otro capítulo, pues tuvo más importancia de la que se le ha atribuído.

El aviso que menciona la fecha del traspaso de la oficina de **El Mercurio,** nos sugiere dos suposiciones: la de que se vendió la imprenta a una sociedad en la que entró don Bernardo Pery-Etchart, y la de que este señor "desde 1838 administraba el establecimiento, no sé si como su propietario o como socio del señor don Luis Calle", según dice don Santos Tornero.

El señor Pery-Etchart era de nacionalidad francesa. No sabemos cuando llegó a Chile; lo único que podemos asegurar es que dejó aquí una larga y distinguida descendencia, y que falleció en Montevideo.

Fuera o no propietario exclusivo en 1840, como quieren

algunos historiadores, lo único que aparece cierto es que el señor Pery-Etchart fué el que vendió en dicho año la Empresa al tipógrafo español don Manuel Rivadeneyra, como lo declara este aviso:

"La Imprenta de "El Mercurio", que hasta la fecha ha corrido a cargo del infrascripto, ha pasado a manos de don M. Rivadeneyra, cuyo nombre tomará en adelante. Con este motivo se invita a las personas que tengan cuentas pendientes con el establecimiento, se sirvan presentarlas a la mayor brevedad, para su chancelación".

"Valparaíso, octubre 1.o de 1840. — Bernardo Pery-Etchart".

Este traspaso se efectuó en septiembre, apareciendo la razón comercial como pie con el nombre de "Imprenta de M. Rivadeneyra" desde la fecha que se indica en el aviso hasta el 24 de agosto de 1842.

Este señor Rivadeneyra es el célebre editor de la monumental "Biblioteca de Autores Españoles", quien, procedente de Buenos Aires, llegó a Santiago en 1839 con una carta de recomendación de un amigo de don Diego Antonio Barros, padre del ilustre historiador señor Barros Arana.

Don Diego lo recibió con todo cariño y lo puso al frente de la imprenta en donde se imprimía "El Araucano", diario oficial del gobierno, y entonces fué cuando el invento de Gutenberg en Chile salió de la vida rutinaria en que se encontraba desde que en 1812 hubo imprenta autorizada para el servicio público. En ese periódico y después en **El Mercurio** hizo primores que llamaron la atención. Por esto todos los historiadores chilenos están de acuerdo en considerarlo el renovador del arte tipográfico del país.

El señor Barros fué un verdadero protector del señor Rivadeneyra. Cuando éste se decidió a comprar la imprenta y el diario de **El Mercurio**, aquél le prestó el dinero que necesitaba, cuya suma le fué devuelta poco a poco por medio de un poder que le autorizaba para cobrar ciertas cuentas, como se desprende del siguiente documento extendido ante el escribano público Victorio Martínez:

"En la Ciudad y Puerto de Valparaíso, a veinte y seis días del mes de diciembre de mil ochocientos cuarenta años, ante mí el escribano y testigos pareció don Manuel Rivadeneyra, vecino de esta ciudad, a quien doy fe y conozco, otorga: Que da y confiere todo su poder especial bastante cual en derecho se re-

quiere y es necesario para valer a don Diego Antonio Barros, vecino de Santiago, para que a nombre del otorgante cobre y perciba de la Tesorería General de la Capital o a donde convenga, las cantidades de dinero que al presente se le estén adeudando y en lo sucesivo se le adeuden a la imprenta y litografía del Gobierno, según los recibos o planillas que le remitirá, como asimismo puede recibir adelantos de dinero por cuenta de dichas obras, firmando los respectivos documentos o recibos que se ofrezcan, lo que desde ahora y para siempre aprueba y ratifica el otorgante, etc., etc."

Firmaron como testigos don Pascual del Fierro y don Julián Chaparro.

El Sr. Rivadeneyra ganó bastante dinero, pues conocida de todos su competencia en el arte tipográfico, se le encomendaron muchos trabajos delicados y de importancia que antes se encargaban al extranjero.

Aunque fué dueño de la imprenta sólo un año y once meses, parece que su intención era, al establecerse, la de estar en el país más tiempo del que estuvo, puesto que por escritura extendida ante el escribano Martínez, alquiló la casa de la imprenta por el término de "cuatro años forzosos" que principiaron a contarse desde el 1.o de abril de 1841. El arriendo era de 1,600 pesos al año, debiendo pagar uno por adelantado y, terminado ese plazo, debería hacer el abono por trimestres, también adelantados.

Este ingenioso e infatigable hombre se fué de Chile el 2 de octubre de 1842 con dirección a su patria, dejando gratísimos recuerdos entre las gentes que le trataron.

"El Progreso", de Santiago, a propósito de haber establecido el señor Rivadeneyra una fundición de tipos en Madrid, decía en el mes de octubre de 1844:

"Don Manuel Rivadeneyra, impresor español distinguido por sus talentos, ha practicado largos años su profesión en ambos mundos, y sus manos no han tocado los tipos sin que en pos hayan quedado algunos progresos en el arte, fruto de su experiencia y de su ingenio inventivo. La imprenta en Barcelona le debe en mucha parte su actual adelanto, y es fácil reconocer en Chile la época en que le dió a la imprenta del país la perfección de resultados que ofrece de pocos años a esta parte. Conocedor de las necesidades americanas en la materia, nadie mejor que él puede obviar los embarazos que para la provisión

de tipos, causa a cada paso la diferencia de idioma de los pueblos de donde ordinariamente nos proveemos."

Por su parte, don Manuel decía en la circular o prospecto que de su "Imprenta, fundición, politipia y esterotipia" envió a los impresores americanos: "El arte de la fundición de tipos, descuidado en España desde muchos años, va a renacer de nuevo en mi establecimiento. El metal que emplearé, sobre ser superior al francés y alemán, no le cederá en nada al inglés Un variado surtido de caracteres, adornos de toda especie y jeroglíficos, todo de lo más moderno, me ponen en el caso de surtir completamente una imprenta".

Don Manuel Rivadeneyra llegó a Chile a los treinta y cuatro años de edad, después de haber recorrido algunos países hispano-americanos y antes muchos europeos, entre ellos Francia, Suiza, Bélgica, Holanda, Inglaterra y Alemania trabajando en su oficio y sin más recomendación que "la prueba del ensayo" de su manera de trabajar.

El señor Rivadeneyra estudió sin esfuerzo alguno la carrera de piloto, que abandonó para tomar por ardiente vocación el oficio de tipógrafo, como rehusó también por él varios magníficos empleos en secretarías de diplomáticos y literatos.

En 1823 entró de cajista en la Imprenta Real de Madrid; en 1824 ejerció su oficio en París; después en Londres, cuyos periódicos "le concedieron señalada preferencia porque componía casi taquigráficamente", como dice uno de sus biógrafos; luego, en Alemania, donde maravilló a los maestros del arte tipográfico, y en todas partes estuvo siempre haciendo concienzudos estudios que más tarde le sirvieron para renovar la tipografía española.

El "Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano", de donde tomamos estos apuntes biográficos, dice que el señor Rivadeneyra, "como impresor, llenó su tiempo. Perfeccionó la caja, la caja que llaman francesa, nombre impropio y usado sin considerar que lleva en sí manifiesta contradicción, puesto que el alfabeto francés tiene más letras que el español, y también más signos ortográficos. Digno sucesor de Aguado y de Burgos, cambió la dirección del arte, y en vez de contentarse con los progresos de las razas latinas, buscó en los pueblos germánicos semilla para su patria".

Cuando hizo el primer viaje a América, ya había concebido la magnífica idea de fundar la "Biblioteca de Autores Españoles". "obra de honra y de provecho, y he aquí el título de su gloria;

treinta y seis años de esfuerzo, de perseverancia y de lucha, constituyen el diploma de su nobleza".

Desde Chile regresó a España para poner en práctica su gran idea, la que empezó a realizar en 1845 asociado con don Buenaventura Carlos Aribau.

Su segundo viaje a este continente lo hizo en 1848 para buscar suscriptores de su "Biblioteca". "Durante dos años y medio recorrió a caballo toda la América desde la Patagonia hasta el lago Hudson".

El señor Rivadeneyra murió en Madrid el 1.o de abril de 1872.

Con el célebre tipógrafo y editor salió **El Mercurio** de su precaria infancia. Este diario, hasta entonces, era tipográficamente pobre y estaba descuidado, aparte de que llevaba una vida rutinaria y sin interés, en lo que respecta a su redacción. El señor Rivadeneyra, con los mismos tipos viejos, con igual prensa anticuada y con idéntico papel de mala calidad, presentó un periódico absolutamente cambiado, completamente moderno, al propio tiempo que le dió vitalidad poniendo al frente de la redacción a don Domingo Faustino Sarmiento que le inculcó a **El Mercurio** el espíritu fogoso y la bizarría combativa que tanto le sirvió pocos años después para sostener a pie firme y sin decaimiento una larguísima era de tenaz y heroica lucha.

Rivadeneyra y Sarmiento fueron los zapadores de la senda por la que marcharon desde entonces todos los valientes editores y los ilustres periodistas que le han dado a este diario una sólida y gloriosa existencia.

CAPITULO V

NACIMIENTO DEL PROGRAMA DEL DIARIO

En el prospecto de "El Mercurio" no se indicó programa. — El propósito del periódico era únicamente servir al comercio sin miras políticas. — Fué la primera publicación periódica que se marcó un rumbo determinado en la prensa de Chile. — Desde un principio puso coto a la libertad de lenguaje del comunicado — Al transformarse en diario, refrendó su propósito de fomentar e "inspirar el amor al trabajo y al comercio." — Una muestra curiosa de los comunicados de índole personal que estaban en boga en esa época. — En 1831 publicó un esbozo de programa político y social. — Dos años después le da forma don José Luis Calle. — Este programa es la base fundamental del que hasta hoy ha mantenido con rara entereza. — Glosa del programa del señor Calle. — La seriedad del diario se confirma en 1835 con la declaración de mantener sin debilidades el programa trazado en 1833.

Expuestos ya en otro capítulo los diversos períodos del carácter de la prensa durante la primera época literaria de Chile, que precisamente abarca unos veinte años a contar desde 1812, entraremos ahora a estudiar el nacimiento y el desarrollo del programa de **El Mercurio** hasta el momento en que iba a quedar completamente definido bajo la dirección de don Santos Tornero.

El Mercurio, por más que se calificó desde su salida de "periódico mercantil, político y literario", era en su primer tiempo enteramente lo primero, nada en absoluto lo segundo y algo de lo tercero desde la mitad de su primera época.

No podía ser de otra manera si quería vivir en medio de la batahola política que reinaba.

Su fundador y redactor, don Pedro Félix Vicuña, había fracasado en su intento de arraigar en Valparaíso el periódico po-

lítico con todos los que había creado ante que **El Mercurio.** Se convenció al fin de que una ciudad dedicada exclusivamente al comercio y a la industria no podía ocuparse de la cosa pública que, a la vez que era afición de gente desocupada y ambiciosa de mando, entrababa las actividades de los que deseaban hacer de Valparaíso, por medio del trabajo, la primera ciudad marítima y mercantil del país.

Hemos dicho en diversos lugares de esta obra, cada vez que la ocasión lo ha requerido, que **El Mercurio** ha sido el precursor en Chile del periodismo serio, útil y necesario, porque su redacción fué siempre escuela de periodistas, en la acepción profesional que hoy se le da a esta palabra, y fué también el orientador de la prensa nacional que sólo se ocupaba de personalismos politiqueros rechazando todo cuanto fuera de interés público y del bienestar general del país.

Su programa primitivo, si de programa podía calificarse sus propósitos de entonces, era limitado, pues aunque se denominó **político**, la política fué materia extraña, durante sus primeros años, a su índole exclusivamente comercial. No podía ser de otra suerte en una época en que cada periódico era un pasquín procaz e impudente que no respetaba ni la vida privada del más modesto ciudadano ni la de las personas dignas de toda clase de respetos y de consideraciones por sus méritos en cualesquiera de las actividades que daban lustre a la nación o por sus cargos públicos que desempeñaban con toda honradez.

Apelaban a la razón de que había "libertad de imprenta" para entregarse al más deplorable libertinaje de prensa.

No hemos encontrado historiador antiguo ni moderno que haga referencia al prospecto en que **El Mercurio** anunció su próxima salida a los vecinos de Valparaíso, ni que haya hecho un breve resumen de su contenido en algún escrito.

Es muy probable que su tirada fuera reducida, como la población de entonces, y ello debió ser la causa de que no cayera un ejemplar en poder de algún bibliófilo curioso.

Cuantos como nosotros hayan echado de menos ese precioso documento o no hayan encontrado referencia de él en obras histórica, pensarán quizás que no se publicó, lo que constituiría un caso verdaderamente raro en los anales de la prensa universal.

El Mercurio lanzó su prospecto como lo hizo la "Aurora de Chile"; lo hicieron todas las publicaciones sucesivas; lo están haciendo los diarios y revistas de nuestro tiempo, y como lo ha-

rán los periódicos futuros. Es costumbre tan necesaria como inevitable.

Si no queda un ejemplar ni existen referencia, de que se publicó hay constancia en el número 5 de nuestro diario, correspondiente al 26 de septiembre de 1827, en la siguiente nota puesta al pie de un comunicado:

"En el prospecto de este periódico se anunció que se insertarían gratis todas las comunicaciones que se le dirigiesen para ilustración del público; y las que fuesen de intereses particulares pagarían una cosa moderada: esperamos, pues, que el público cuando nos favorezca con sus comunicados no se desentenderá de este aviso."

Esta nota viene a dar una explicación convincente a los que encuentran raro que en el primer número del periódico aparezcan varios comunicados sin que le precediera el consabido prospecto.

Como la calidad de las colaboraciones que se recibían no encuadraba en el programa moral del prospecto, los editores publicaron el 29 de diciembre del mismo año este aviso que lo determinaba:

"Con el fin de evitar toda equivocación en lo futuro, respecto a la inserción de **Comunicados** en nuestro periódico, avisamos respetuosamente al público que en adelante ejerceremos plenamente el derecho que tenemos como Editores, de admitir o no cualquiera comunicación que pueda ser remitida a nuestra oficina para que sea publicada".

Con una norma exclusivamente comercial y guardando la moral más estricta en sus publicaciones se mantuvo el periódico saliendo dos veces a la semana hasta el 2 de mayo de 1829 en que el dueño, "deseoso de servir del mejor modo que sea posible a los SS. suscriptores de "El Mercurio" en lo relativo a las noticias importantes mercantiles", determinó publicarlo todos los días, menos los festivos, y creyó conveniente hacer con tal motivo una exposición más explícita de su propósito, quizás ampliacion del que se consignó en el prospecto, en esta forma:

"Su objeto, como queda dicho, solo es el servicio público; no se perdonará medio alguno para adquirirse todas las noticias, ya exteriores, o ya del interior, que tengan una tendencia directa cor el comercio, y no más. No se admitirán comunicaciones, se repite una y mil veces, que ataquen a las personas. Esto, como es visto, destruye la moralidad en los hombres; se incitan los rencores, y se provoca a las venganzas: fuera de esto, un periódico que es puramente para inspirar el amor al trabajo y al comer-

cio, en una palabra, es muy justo se desentienda de todo espíritu de partido. La felicidad de la patria en que con honor respiramos, y el respeto a las leyes únicamente, será nuestra divisa. Sin embargo todo papel que se quiera imprimir, bajo la firma de su autor, no habrá ningún embarazo para ello, no siendo, como hemos dicho, en el diario".

Desde entonces data la existencia del suplemento.

Como se habrá observado en los avisos y gacetillas copiados, nunca faltaron en ellos la advertencia de que no se admitirían escritos que contuvieran injurias a personas o a entidades de cualquiera clase o condición.

Durante esta época se hizo con mucha frecuencia esta observación para recordar a los autores de los comunicados soeces, injuriosos o insultantes que con frecuencia y en gran cantidad se recibían en el diario, que no podían publicarse por no estar concebidos en la forma correcta y en el fondo moral que imponía la seriedad y el crédito del periódico. Por esta causa los editores fueron objeto de frecuentes censuras y duros ataques por los comunicantes que no se les complacía. Creían todos que por el hecho de obligárseles a pagar una tarifa tenían derecho a hacer uso de esa mal entendida "libertad de imprenta" tan en boga en la prensa de entonces.

Se tenía la firme creencia de que el único oficio de los periódicos era el de insertar cuantos desahogos se le ocurriera a cualquiera persona contra otra, de la misma manera que cierto público de ahora no concibe inmoral el hecho de que una publicación noticiera publique extensamente, sin omitir detalle por repugnante que sea, el relato de un crimen espeluznante. A esta clase de público no se le alcanza el daño que esa relación criminal puede causar en las mentes y en los sentimientos de la infancia. Pero los editores de **El Mercurio** no se apartaron jamás de su laudable norma de conducta, y eso que la inserción de comunicados, sin la previa censura de ellos, hubiera sido, como lo era, y bien lo sabían, una mina riquísima e inagotable. No fueron pocos los editores americanos de entonces que se enriquecieron explotando el infame comunicado.

Pero como a veces los editores de **El Mercurio** no podían desentenderse por completo de la publicación del escrito en que se defendía una persona ofendida públicamente y, como por otra parte, no querían quebrantar su propósito de librar las columnas de su diario de tales manchas ni ocuparlas con dimes y diretes personales por inocentes que fuesen, inventaron el **Suplemento de "El Mercurio" N.o 000**, que era una hoja de cualquier tama-

ño, por lo general el mismo del diario y costeado por el comunicante que se defendía por su cuenta y riesgo librando al editor de las responsabilidades consiguientes.

A veces la defensa era tan breve y de tan escasa importancia, que no merecía la pena de gastarse un dineral con un suplemento, y, como por otra parte, no podían rechazarla, la colocaban en la página de los avisos en calidad de tal. A título de curiosidad y para que se vea la especial susceptibilidad de las gentes de aquella época en lo concerniente a la **negra honrilla,** vamos a copiar uno de estos comunicados, modelo de los que se usaban:

"AVISO.—A consecuencia de varios insultos que gratuitamente me dirigió doña Jesús Espinoza el día 6 del actual; insultos que en lugar de denigrarme se vuelven contra quien los profirió, tuve que entablar una demanda ante el inspector a quien correspondía, el que falló en justicia lo siguiente:

"CERTIFICO: Que ante mí puso demanda doña Dolores Quadros en contra de doña Jesús Espinoza por haberle tratado de criada de las Parracias, y después de haber discutido largamente y que resultó haber sido equívoco semejantes dichos, fué mi dictámen que fuese puesto en "El Mercurio" el caso y se hiciese ver a las personas que dudasen sobre el señorío de la Quadros; y de este modo satisfacer que es una señora, y no lo que por equívoco se le dijo. Y no habiéndose conformado con esto, pasen donde les convenga, para lo que doy éste. Cuartel 6.o en Valparaíso, enero 6 de 1833. — **Guillermo G. de Hontaneda.**

"El público se persuadirá por este documento que la desenfrenada lengua de una mujer, sin siquiera el menor rasgo de educación, sentenciada en la presencia pública indicando el ningún pudor que tiene, no merece otra cosa que el desprecio a que su loca pasión por ser **señora** la ha conducido, y por esta ridícula farsa poder tomar y quizás usurpar el nombre respetable de nuestras matronas. Yo por ahora ruego a Dios que a esta **señora** le conserve sus pergaminos, títulos de grandeza y de... sea una actriz de primer orden en el teatro de las señoras. — **D. Q.**"

A pesar de que únicamente se ocupaba de cuantas noticias tenían **"una tendencia directa con el comercio, y no más"**, de vez en cuando se ocupaba de política de una manera parca y mesurada por considerarla materia muy vidriosa.

En una ocasión, cuando **El Mercurio** mostraba de vez en vez el espíritu ampliamente liberal que le había dado su fundador y primer redactor don Pedro Félix Vicuña, se atrevió a censurar con bizarra altivez el bando del gobernador de la plaza que prohibía, no sólo la publicación de ciertas noticias políticas que

circulaban, sino el simple comentario de ellas. El periódico consideró que tal órden era arbitraria porque venía a poner "una mordaza a todos los pipiolos", e invocaba el derecho sagrado de hablar porque se vivía "en un país libre y republicano".

Por estos y otros conceptos del mismo tono, fué amenazado severamente por la autoridad, y como era la época en que la lucha entre liberales y conservadores estaba en su punto culminante (era la víspera de Lircay), determinó no publicar información alguna aunque la tuviera de buen origen. "Para las noticias que comunmente hemos dado en este periódico, decía, se ha investigado bastante la verdad de ellas, ya por las cartas de Santiago o por otros conductos; si algunas han carecido de una parte de la verdad (esto muy rara vez), todas las demás han sido confirmadas del modo más satisfactorio".

Pero llegó el 5 de abril de 1831, día en que fué elegido vicepresidente de la República don Diego Portales, el verdadero hombre de la situación gubernativa e inspirador de la conducta política de **El Mercurio,** y entonces se decidió el diario a entrar más o menos de lleno en la lucha sin afiliarse a partido alguno, según lo confiesan los siguientes párrafos insertos en lugar preferente en el número que salió a los dos días de haber entrado el nuevo período presidencial:

"Desde hacía algún tiempo nos habíamos retraído de ocupar las columnas de "El Mercurio" con asuntos nacionales, temerosos de aventurar juicios, que comunmente descarrían la opinión: porque carecíamos de datos para hacerlo de un modo acertado. La situación en que se halla hoy colocada la república requiere que la prensa haga su deber, ya para mantener en todo vigor el espíritu público, ya también para demostrar la falsedad de un aserto que se circula con validez: de que se trata de ponerle silencio de un modo simulado en la persuasión de que se estiman perjudiciales las publicaciones periódicas". Luego se ocupaba de la situación del momento con relación a la prensa opositora al gobierno.

Y llega el 1.o de septiembre de 1832 en que el diario comenzó a publicarse en dos hojas del tamaño anterior, y entonces el editor cree conveniente recordar sus propósitos intentando conciliar la tendencia mercantil con la política de una manera insinuante como si tanteara el terreno:

"No juzgamos inoportuno anunciar a nuestros lectores: que al variar de forma nuestro periódico se adaptará en su redacción al mismo método que se observaba en 1830 y parte del 31. Firmemente convencidos de que el libre uso de la imprenta es la sal-

vaguardia de las libertades públicas, podemos asegurar a nuestros conciudadanos que en "El Mercurio" encontrarán un periódico pronto a publicar todo reclamo que por su mediación quiera hacerse contra abusos de autoridad o de cualquiera otra clase que agravian los derechos del ciudadano o del hombre; y que por nuestra parte nada más exigiremos cuando tal cosa quiera hacerse, sino que el idioma de los escritos sea decente y que se nos entreguen con una firma responsable para si fuere necesario sostener un juicio de imprenta".

A continuación, y separado por una raya o pleca, iba éste otro párrafo en que declaraba terminantemente su decisión de tratar ciertas cuestiones de capital interés público:

"No estamos al cabo de las razones que hayan inducido a nuestros coescritores a echar en olvido el discurrir sobre los asuntos de la república que no carecen de importancia: **la reforma de la constitución** por ejemplo y otros de este tenor. No los imitaremos porque los periódicos deben al público, al informarlo de cuanto pueda serle útil, sobre todo abrirle dictamen en materias de grande interés nacional a fin de disponerlo a considerarlas, medio por el cual se obtiene, se conduzcan los negocios públicos con el mayor acierto posible. Mucho hay que decir sobre lo que apuntamos; el material además de ser abundante es lucido y nos proponemos ocupar algunas columnas de los números subsiguientes con él".

Cuando el diario determinó ocuparse de vez en cuando de los asuntos nacionales o políticos asumía el puesto de redactor don Ladislao Ochoa, protegido de don Diego Portales, quien comenzó sus tareas iniciando la campaña en pro de la reforma de la constitución de 1828.

En 1833 pasó la imprenta y el diario a manos del argentino don José Luis Calle, quien al comprar la Empresa le cambió la forma al periódico y publicó este programa, resumen de todos los propósitos anteriores, que apareció el 4 de marzo del indicado año:

"Los intereses del comercio de esta plaza reclaman desde mucho tiempo un plan más completo en la redacción de este diario, y los nuevos editores se han propuesto emplear todos sus esfuerzos para llenar el que se han trazado. Muy breve se hará una diaria exposición de todos los datos relativos a la estadística en general, comprendiendo los de la capital para que pueda presentar algún interés a nuestros lectores; pero entre tanto, se encontrarán aquellos más esenciales que pueden dar una idea del movimiento mercantil. Deseando facilitar el conocimiento de muchos datos in-

teresantes, hemos franqueado nuestras páginas a todo aquel que de cualquiera de los puntos de la república quiera dirigirnos sus avisos. No pudiendo regularizar por algún tiempo nuestra correspondencia, y deseando por otra parte no aventurar juicio alguno que pueda comprometernos, hemos puesto todos los medios necesarios para conseguirlos, y rogamos a nuestros lectores que disimulen la esterilidad que por ahora advertirán en las producciones editoriales. En la estrechez actual de nuestras páginas, procuraremos después de llenar los objetos que hemos indicado, poner en cuadros abreviados algunas ideas sobre el estado político de la república, de las demás naciones americanas y de la Europa. Los pequeños vacíos que dejen estas materias, serán llenados con rasgos ligeros de literatura y las noticias industriales de más interes que podamos obtener".

Aquí está esbozado modestamente todo un gran programa que tenía que ser desarrollado y cristalizado en la segunda época de **El Mercurio**, y que es la base del que tiene actualmente. Como se ve, su naturaleza es comercial pero sin desentenderse desde esta fecha de la política o asuntos nacionales, como él decía, y que ya había ensayado con prudencia y raro tino.

Lo nuevo que contiene este esquema del programa que se llevó a la práctica a su debido tiempo, es la cuestión internacional. Esta materia fué desde entonces, después de la mercantil, la preferida por el diario. De todos los periódicos que venían de América y de Europa copiaba o extractaba las noticias políticas y comerciales más importantes de cada país, con las cuales los lectores estaban al corriente de lo que ocurría en el mundo.

Otra novedad en el esbozo copiado es la introducción de trabajos literarios. La literatura tomó bastante espacio a fines de este período. En el resto del periódico se insertaban todos los días trozos selectos de literatura clásica española con trabajos escogidos de la hispano-americana coetánea. Junto con la literatura la historia universal tomó también un lugar proponderante.

De la promesa que se hace de dar las noticias industriales de más interés que pudieran obtenerse, ella se cumplió ampliamente adornada con las científicas más nuevas que traía la prensa extranjera.

Y de tal manera se cumplió todo lo ofrecido, que durante años enteros de la primera época el periódico se parecía más a un "magazine" científico-histórico-literario de estos tiempos que a un diario político y mercantil de aquéllos. Su misión pedagógica fué, en verdad, tan completa como utilísima.

De vez en cuando trataba los asuntos nacionales con una independencia, una serenidad y un juicio admirables. Libre como estaba de compromisos con partidos políticos, emitía su opinión en las cuestiones trascendentales sin eufemismos ni requilorios. unas veces a favor y otras en contra de los gobiernos, según convenía a los intereses generales del país.

La prensa opositora no veía con buenos ojos esta rara integridad y arremetía contra **El Mercurio** tildándolo de ministerial cada vez que apoyaba los actos y las ideas gubernamentales.

Con muestra de estos ataques y porque en la defensa está el espíritu del programa político de nuestro diario, leánse los siguientes párrafos del editorial del 15 de diciembre de 1835:

"Los artículos editoriales del "Mercurio" se redactan sin sujeción a otra influencia o poder, que el de las leyes establecidas en Chile, que garantizan y determinan las libertades de la prensa periódica· por lo tanto y para que no se crea por algunos que con nuestro silencio intentamos atribuirnos al honor de ser considerados como órganos del ministerio, no siéndolo realmente, y que consentimos, por consiguiente en la idea de ser mirados sobre ese falso concepto, lo cual sería muy ridículo, hemos trazado los renglones que preceden.

"Si el autor del aviso ha querido únicamente, al llamar periódico ministerial al "Mercurio", manifestar el convencimiento de su adhesión al actual ministerio, se ha fijado en una idea bien pequeña, por cierto. El "Mercurio" ha tratado los asuntos del país con la prescindencia de intereses de partido que todos sus lectores imparciales conocen, y si ha opinado en favor de las miras y el espíritu que anima al Ministerio actual, esa opinión se funda en su convencimiento de la patriótica y elevada disposición que en su concepto caracteriza hoy día a los miembros del gabinete, es decir, que la esperanza que abriga de los beneficios importantes que el país puede prometerse de sus esfuerzos, le ha decidido a emitir una opinión, en la que ya le ha precedido la parte más numerosa y sensata de los habitantes de la República."

Con todo lo expuesto queda suficientemente delineado el carácter de **El Mercurio.** Este fué cristalizado en su segunda época en duras luchas, de las que siempre salió victorioso.

CAPITULO VI

LA ETAPA DE "EL MERCURIO" PERIODICO

El estado político de Chile en la epoca del nacimiento de "El Mercurio". —Este periódico no se afilió a ningún partido político, por más que se dió el calificativo de tal. — Cómo era Valparaíso material y culturalmente en ese tiempo. — El primitivo carácter de "El Mercurio" fué exclusivamente mercantil. — Independencia, y "solo al servicio público" cuando "tenga una tendencia directa con el comercio, y no más" — Siempre liberal y propicio en todo momento a cualquier ideal progresista. — En el editorial del primer número se abogaba por la creación de una academia náutiva en Valparaíso. — Se hace partidario del sistema federativo de Gobierno. — Sus opiniones sobre la Constitucion del año 1828 — Defiende los derechos del comercio en contra de ciertas disposiciones gubernativas. —Sus llamados a los chilenos a una paz duradera para asegurar la prosperidad de la patria.

Conocidos del lector el ambiente periodístico del tiempo en que nació **El Mercurio**; las circunstancias de su fundación; la índole de su carácter primitivo, y el esbozo del programa que más tarde desarrolló, vamos a diseñar ligeramente la situación política de Chile en los momentos de la aparición de este periódico, el estado material y espiritual del Valparaíso de entonces y la conducta que observó mientras estuvo apareciendo dos veces a la semana, o sea, desde el 12 de septiembre de 1827 hasta el 4 de mayo de 1829.

Desde el 2 de mayo del año de la aparición de **El Mercurio**, era presidente de la República el general don Francisco Antonio Pinto. El país se regía entonces por las bases de una Constitución improvisada el año 1823, a raíz de la abdicación forzosa del director supremo don Bernardo O'Higgins.

Desde el instante en que los elementos que aspiraban a regir los destinos de la nación se vieron libres del dictador con-

tra quien habían conspirado, comenzó una era de anarquía política y gubernativa que duró hasta fines de 1829.

En este interregno se formaron los partidos políticos. Estos, en sus comienzos, más se asemejaban a banderías a las órdenes de un caudillo que a agrupaciones disciplinadas a la devoción de un ideal.

La anarquía producida por las luchas de los partidos trajo por consecuencia una desorganización tan grande, que el país se estaba precipitando al abismo. Los presidentes se sucedían unos a otros antes de que se dieran cuenta de la misión que tenían que cumplir. Don Bernardo O'Higgins fué reemplazado por el general don Ramón Freyre, quien se mantuvo tres años en el poder; le sucedió el almirante don Manuel Blanco Encalada, que sólo gobernó dos meses; después tomó el gobierno don Agustín Eyzaguirre, que apenas si alcanzó a conservarlo cinco; luego volvió a la presidencia el general Freire para, al trimestre de ocuparla, entregársela al general don Francisco Antonio Pinto, quien la sirvió en dos etapas hasta el año 1829.

La política "era en aquellos días, dice don Manuel Blanco Cuartín en un artículo relacionado con la vida de **El Mercurio** y publicado en 1877. un terrible juego de azar que había arruinado por completo la reputación de las mejores doctrinas y de los mejores estadistas. La fabricación de un gobierno cortado sobre el patrón del **Contrato Social** era ya un desengaño para cuantos habían esperado ser los constructores afortunados y gloriosos del soñado edificio

"El país sufría moral y materialmente. Había esperado constituirse y sólo veía en el horizonte las nubes precursoras de su total desquiciamiento.

"En esta crisis, ¿cómo habría podido **El Mercurio** ofrecer al pueblo consuelos que él no tenía ni podía tener y al Gobierno consejos y advertencias sabiendo que no estaba ni en posición y en ánimo de recibirlos?

"Por esto se explica perfectamente que el señor Vicuña, don Pedro Félix, que fué su primer redactor, no pudiese escribir sino artículos insubstanciales sobre los pocos problemas políticos que estaban en tabla. Y no era el señor Vicuña tan escaso en letras que no hubiera podido hacer editoriales medianamente instructivos. No; sabía lo suficiente para desempeñar su tarea; pero, como ni la opinión le marcaba el rumbo ni los sucesos le permitían iniciar uno propio, tuvo que constreñirse a tomar por pie de sus escritos algunos hechos locales que hoy no prestarían tema ni a los más desprovistos gacetilleros".

Don Pedro Félix se cuidó de que **El Mercurio** se preocupara con preferencia del fomento mercantil de Valparaíso y del adelanto local y nacional en cuestiones educativas y urbanas que no de política, por más que todos sus entusiasmos juveniles estaban en ella.

Era el señor Vicuña en esa época de espíritu inquieto, combativo y de ideas avanzadas, pero supo amoldarse al ambiente. Bien sabía, por experiencia propia, lo vidrioso que era introducirse en terreno político en una ciudad en que nunca hubo fanatismos partidaristas. Esto sería probablemente lo que le obligó a no aparecer en la firma de la sociedad impresora y periodística que él había formado para proteger a dos jóvenes tipógrafos emprendedores e industriosos, y también la que le impulsaría a trasladarse a Santiago donde sus bríos juveniles podrían exteriorizarse ampliamente y en donde sus ilusiones de periodista y sus ambiciones políticas le ofrecían un campo ilimitado para hacer brillar sus dotes intelectuales y triunfar en las esferas gubernativas con la fe que tenía en la bondad de sus ideales, en tanto que Valparaíso le brindaba únicamente una gran fortuna pecuniaria con el trabajo obscuro pero remunerativo de la industria o del comercio.

Es imposible indicar con exactitud el número de vecinos que tenía Valparaíso en 1827, porque el primer censo general de población que se hizo en Chile se le dió término en 1832, ni tampoco se puede fijar su movimiento marítimo, que entraña el mercantil, ni agregar a esos datos otras particularidades que darían en conjunto una idea casi exacta de la importancia de la ciudad en esta época de la aparición de **El Mercurio**; pero se puede hacer un cálculo aproximado de ella con las siguientes noticias que el gobernador de la plaza y general don José Ignacio Zenteno expuso en un escrito suyo del año 1822:

"El número de habitantes es hoy triple del que era en 1810 (en este año no pasaba de cinco mil), contando sobre ellos 3,000 extranjeros, de los cuales gran parte ha obtenido la ciudadanía. Se han fabricado en los cinco años últimos cerca de doscientas casas, entre ellas algunas de tres o cuatro pisos e innumerable multitud de habitaciones pajizas, que ocupan los contornos de toda la población. Existen treinta y una casas de comercio por mayor, fuera de innumerables tiendas de mercaderías, baratillos y puestos de ventas de todas clases, que forman de este pueblo una continua y dilatada lonja. Entre cafés, fondas, billares y posadas, se encuentran veintiséis, a más de cuatro fábricas de salar carnes. El arsenal, aunque todavía en

los primeros lineamientos de su existencia, ha sido bastante para carenar completamente en repetidas ocasiones los buques de la escuadra y para dar auxilio a cuarenta embarcaciones que ya cuenta nuestra marina mercante. Agrégase a estos dos o tres mil consumidores que pueblan la bahía en sesenta y tantos buques de guerra y mercantes que por lo común hay al ancla entre nacionales y extranjeros, presentando estos últimos la más agradable e interesante perspectiva en el conjunto de las banderas inglesa, norteamericana, francesa, portuguesa, sueca, holandesa, peruana, argentina y a la vez otras varias que incesantemente frecuentan el surgidero".

Con respecto al estado cultural del puerto en la época de referencia, tenemos que contentarnos con los datos que da don Roberto Hernández en unos "Apuntes históricos sobre el movimiento literario" de esta ciudad, publicados en la revista "Zig-Zag" del año 1921:

"El 3 de junio de 1822 se abrió en Valparaíso, con grandes solemnidades, una escuela lancasteriana que había patrocinado el gobernador don José Ignacio Zenteno. La escuela llegó a tener 130 alumnos y como se trataba de los métodos innovadores que ponía en práctica don Diego Thompson, discípulo del inglés don José Lancaster, creador del sistema, hubo en las mismas salas en que funcionaba la escuela — el edificio que había ocupado el Hospital de San Juan de Dios — conferencias periódicas que se llamaron literarias, aunque se referían principalmente a lecturas y explicaciones de la Biblia. Sea como fuera, se habló entonces de constituir un círculo de estudios, aunque, como primera iniciativa, sus frutos no aparecen durables".

Así debió ser, puesto que de esta institución docente y de otras de carácter instructivo o literario no dió noticias **El Mercurio** en los tres o cuatro años que siguieron al de su nacimiento, por lo que es de suponer que, si existían en ese tiempo, sus actividades debieron ser insignificantes.

Considerando, pues, el carácter de esta ciudad, eminentemente cosmopolita en esta época, más dado al trabajo físico que al estudio de las ciencias, las artes y la literatura y a la preocupación de la cosa pública, no pudo estar el señor Vicuña más acertado al no afiliar al cuarto de los periódicos que aquí había fundado a ninguno de los bandos que luchaban a sangre y a fuego. Y su resolución debió ser firme, puesto que durante los cinco o seis meses que lo dirigió y redactó daba cabida en sus columnas a las fórmulas y programas de los partidos político del

país y del extranjero, a las noticias oficiales del gobierno y las que tenían relación con las actividades de los partidos, pero siempre a título de información únicamente. Sus comentarios a la labor gubernativa estuvieron en todo momento dentro del más acendrado patriotismo con prescindencia absoluta del color político de los gobernantes.

Don Pedro Félix, como ya hemos indicado en otro lugar, pertenecía al partido denominado "pipiolo", por el cual luchó como un apóstol; mas a su periódico no le impuso trabas con un programa político que era difícil de cumplir y que, por de pronto, no necesitaba, dada su índole meramente mercantil.

Así como la primera imprenta que adquirió el poder chileno se destinó al laudable propósito de publicar un periódico **"para uniformar la opinión a los principios del Gobierno"**, así también el primer taller tipográfico que se estableció en Valparaíso, que fué en 1824, con el nombre de **Imprenta del Comercio**, sirvió para imprimir **El Mercurio**, cuyo objeto principal, según lo anunció en su prospecto y luego lo corroboró el 2 de mayo de 1829, al iniciar su publicación diaria, **"sólo es al servicio público"**, sin perdonar **"medio alguno para adquirirse todas las noticias, ya exteriores o ya del interior que tengan una tendencia directa con el comercio, y no más"**. Completó tal propósito con esta línea de conducta moral que se proponía seguir: **"La felicidad de la patria en que con honor respiramos, y el respeto a las leyes únicamente, será nuestra divisa"**.

Sin embargo, **El Mercurio**, en el fondo, era liberal; pero liberal independiente abierto a toda idea progresista como convenía a una publicación dedicada exclusivamente a fomentar el comercio y la industria, actividades que en todos los tiempos han estado sedientas de libertades para desarrollar con amplitud la riqueza y el engrandecimiento de cualquier país. Ellas fueron las causas esenciales de la independencia de todo el continente americano.

En efecto, cuando se estaba estudiando, por una comisión del congreso nacional, el proyecto de la constitución que en la historia de Chile se denomina del año 1828, y se puso en discusión en la prensa la cuestión de la forma de gobierno que se debía adoptar, **El Mercurio**, desde su segundo número, se declaró abiertamente partidario del sistema federal, no sólo porque una ley del 14 de junio de 1826 así lo autorizaba, sino porque "es ya un principio en la política, decía, que las leyes y su administración están siempre vacilantes sin el apoyo de las fuerzas; y si ésta se consigna en uno que quiera constituirse en déspota,

¿qué importará el corto período de su gobierno? ¿Qué las responsabilidades? ¿Qué la recta administración de justicia? ¿Ni qué un cuerpo legislativo, guardián de las leyes protectoras? Estamos convencidos, que todo gobierno en el día que ha querido implantar sus caprichos contra las ante dichas garantías, ha triunfado impunemente, porque a su disposición están todos los elementos que le aseguren el éxito. No así en el sistema federal en cuyas autoridades provinciales consignada la gran fuerza moral y física de la milicia oponen una fuerza imponente, y hace sumiso a la ley al gobierno que intente hollarla".

Pero téngase presente que si fué partidario de ese sistema de gobierno por el orden y la garantía de libertades individuales y regionales que entrañaba, no perteneció jamás al partido que acaudillaba don José Miguel Infante, como han creído algunos historiadores. Además, en su calidad de periódico de tendencias progresistas, tenía que mostrarse consecuente con los federales de la provincia de Aconcagua (a la cual pertenecía entonces el puerto de Valparaíso), quienes habían elevado al congreso un proyecto de ley en el que se declaraba dicha provincia "constituída bajo el sistema representativo Federal, obedeciendo la base en que declaró el Estado al Congreso Nacional, y de contado dando la obediencia que debe a la primera autoridad de la Nación en general".

Todos los publicistas que se han ocupado de la fundación de **El Mercurio** han denominado impropiamente artículo editorial al relato que en la primera página del número inicial se inserta sobre el alevoso crimen cometido por un oficial de la marina inglesa en la persona del comandante de la guardia de Valparaíso.

Si a esa información se le dió el lugar de honor, fué por ser un suceso policial que conmovió al tranquilo vecindario. El escrito, que tenía todos los caracteres, en su fondo y en su forma, de artículo editorial, iba en las últimas páginas del periódico por los motivos circunstanciales que exponemos en el capítulo correspondiente al estudio de la tipografía de **El Mercurio.**

En ese artículo, escrito en forma de comunicado, se proponía la creación en Valparaíso de una academia náutica "como uno de los objetos más preciosos y asequibles, bajo cualquier aspecto que se le mire". Lo firmaba "El Pescador", seudónimo que encubría el nombre de don Pedro A. Pozo, prestigioso político, culto vecino de Valparaíso y asiduo colaborador de **El Mercurio.**

En él decía que "el Perú, Colombia y México, aún en medio de sus convulsiones políticas, supieron formarlas del modo más sistemado, y hoy están recogiendo con placer los preciosos frutos que con una rapidez increíble han producido. Esta última República, no sólo ha fijado su atención en la academia náutica, sino que con un espíritu ilustrado y generoso se ha procurado un Observatorio Astronómico, cual se puede desear. ¿Y será posible que Chile, destinado por la naturaleza a ser el país más comercial de Sud América, carezca del establecimiento que debe poner a sus hijos en aptitud de fomentar su comercio, su crédito y su felicidad? ¿Acaso esos otros países son llamados mejor que éste a poseer una numerosa marina mercante? Las ricas producciones de que abunda, ¿no deben ser transportadas a otros climas, y de ellos traer en retorno las que nos hacen falta? Y, sobre todo, ¿quién duda que la principal y más respetable fuerza, con que en todo caso debemos contar para la protección del comercio y seguridad de la República, es la marina de guerra? Aún en la hipótesis de que ésta no constituya nuestra defensa en las presentes circunstancias, es urgente que se formen hombres para lo futuro, pues no se podrá negar que entonces será utilísima y necesaria en todos respectos. Servidos por chilenos dispuestos siempre a hacer los más grandes sacrificios en obsequio de su propia patria, tendremos fijamente dobles motivos de gloria, de seguridad, de verdadero entusiasmo, y de acrisolado espíritu público. Ellos serán ocupados con ventaja, darán lustre a su nación entre las extranjeras, se estimularán con su ejemplo, cultivarán sus despejados talentos, y en fin, serán el firme sostén de la independencia".

Más adelante decía que si se objetaba que el gobierno carecía de fondos para fundar y mantener ese establecimiento, era pretexto porque "para todo alcanza, y que lo que únicamente falta es la buena distribución de las entradas y el buen manejo".

A continuación exponía un reducido presupuesto de gastos para la fundación y mantenimiento de esa academia, el cual si apenas "alcanza a invertir 1,176 pesos todos los años, fuera de los 69 (importe del menaje) que se emplearan en una sola vez".

Y, finalmente, decía: "Que el Supremo Gobierno carezca de arbitrios para atenderla, en la presente favorable variación de los ingresos, es una quimera, como dejamos expuesto, que no tiene lugar entre los nombres sensatos. Luego se halla en el caso de ocuparse con preferencia de este objeto, y no atormen-

lar nuestros oídos con ese idioma fastidioso de exhaustez de erario, falta de fondos".

No podía comenzar mejor un periódico que abogaba de manera tan razonablemente patriótica en su número inicial por la creación, en el que ya era el primer puerto de la república, de un centro docente tan necesario en donde se daría preparación adecuada a los futuros defensores de la patria y a los hombres de trabajo que la engrandecerían por medio del comercio marítimo. Este modelo de editorial, breve y contundente como los de hoy, está lleno de videncias que se han cumplido.

En el segundo número comienza la serie de artículos sobre la forma de gobierno, de que ya hemos tratado antes, en la cual se insertaron las mociones de las provincias de Valdivia, Aconcagua y Maule declarándose partidarias del sistema federativo.

El tercer número estaba dedicado a conmemorar la gloriosa efemérides del primer cabildo abierto del año 1810, fecha en que, "trayendo hoy a la memoria los principios de la revolución, y extendiendo la vista sobre nuestros progresos, encontramos tantos objetos dignos de atención, tantos motivos de regocijo, que nos sentimos detenidos al hacer su descripción. Chile victorioso e independiente; Chile respetado y protegido de grandes naciones; Chile establecido sobre instituciones que hacen el honor de la humanidad; Chile sostenido por las luces e incrementado por ellas: he aquí en compendio los resultados del 18 de septiembre".

En el cuarto número inició, en la sección editorial, la crítica de un decreto que acababa de expedirse y en el cual se ordenaba el arreglo provisional de las aduanas marítimas, "y aunque en él distinguimos el mejor deseo, decía, por arreglar nuestra hacienda, encontramos, no obstante, algunas faltas inseparables del que no conoce el régimen administrativo, y el curso que debería darse al despacho de las mercaderías".

El objeto principal del decreto era el de poner coto al contrabando; mas como parece que las medidas adoptadas serían inútiles, **El Mercurio** proponía, como única solución del difícil problema, la rebaja de los derechos de entrada. Sostuvo esta opinión con multitud de razones durante varias semanas, censurando al mismo tiempo al gobierno por sus desorientaciones económicas.

Poco después elogiaba con entusiasmo un decreto del 28 de noviembre que daba impulso a la instrucción pública por me-

dio de la fundación de una escuela de niños en Santiago, y la traída al país de profesores europeos.

Allá por el mes de enero de 1828 comenzó la campaña para las elecciones de diputados. **El Mercurio** aplaudía la designación de don Francisco Fernández, el primero de los candidatos por la provincia de Aconcagua, porque era "un triunfo de que debe congratularse todo chileno verdaderamente liberal". Entre los candidatos a suplentes de diputados se encontraba, en segundo lugar, el redactor de nuestro periódico don Pedro Félix Vicuña.

En estas elecciones tuvieron mayoría los liberales, y ello fué causa de las luchas de partido que sobrevinieron inmediatamente y que impidieron que el general Pinto acabara de desarrollar sus planes de mejoramiento de la administración pública y de fomento de la instrucción.

En febrero publicó un largo e interesante artículo sobre las ventajas que traería un tratado comercial entre Perú y Chile con el cual se afianzarían la prosperidad comercial y "la unión y fraternidad de ambos Estados si se adoptan sus planes".

En varios números de marzo insertó íntegro el mensaje que el vicepresidente de la República, don Francisco Antonio Pinto, envió al nuevo congreso nacional. El periódico decía que ese documento era "digno de la reputación bien acertada que goza su autor", y recomendaba que se leyera con detención y luego se hiciera circular "así en el país como por fuera, tan extensivamente como es posible"

En ese mismo mes inició la publicación de las sesiones del Congreso Nacional Constituyente.

En junio insertó el informe entero de la comisión que estudió el proyecto de la nueva constitución. Esa comisión la componían don Francisco Ramón de Vicuña, don Francisco Ruiz Tagle, don José María Novoa, don Melchor de Santiago Concha y don Francisco Fernández.

El 9 de ese mes comenzó en el Congreso la discusión de dicho proyecto, y desde entonces **El Mercurio** inició una interesante serie de escritos en la que comentaba los artículos de mayor importancia.

En el número correspondiente al 12 de julio se dió esta noticia que reproducimos por entero porque en el comentario se ven los ardientes deseos de paz de **El Mercurio**:

"Corren rumores de nuevos trastornos del órden, que recientemente han sucedido en Aconcagua y San Fernando. ¡Triste es el cuadro que nuestro periódico presenta hoy de los

nuevos Estados de América! El patriotismo, la virtud de nuestros padres, ¿ a dónde se han volado? ¿Se ha sacudido el yugo extranjero, sólo para que seamos víctimas, devorándonos unos a otros? Si los pueblos no quieren contentarse bajo formas liberales de Gobierno, serán desde luego los miserables esclavos de un despotismo de fierro".

Se refiere al levantamiento de don Pedro Urriola, en San Fernando. **El Mercurio** se limitó a publicar cuántas noticias oficiales y particulares pudo, pero no comentó el suceso; únicamente se limitó a decir poco después que "Urriola se ha entregado a las órdenes del Gobierno, bajo garantías"; a felicitar a los lectores por la vuelta a la paz, y a insertar en el número correspondiente al 27 de agosto el manifiesto que lanzó al público el cabecilla de la sublevación explicando los motivos que le impulsaron a tal acto.

El 30 de julio abogaba **El Mercurio** porque se dictaran leyes que asegurasen la prosperidad de Chile. Entre otras cosas, decía:

"Chilenos: Desengañémonos, es preciso que conozcamos nuestros derechos; es preciso eludir de entre nosotros toda idea de que no somos capaces de enrolarnos en el rango de las naciones republicanas.

"El Soberano Congreso está ya al borde de presentarnos la Constitución, esa Constitución por la que tanto hemos suspirado, y la que tanta sangre nos ha hecho derramar: no déis oídos a los sediciosos que os quieren envolver en los horrores de la anarquía para que nunca salgáis del pupilaje y de la vil esclavitud a que, con el velo de la libertad, os quieren arrastrar. A la vista tenéis los ejemplos: ayer no más fuistéis testigos de lo que es no tener leyes. Mañana se levantará un tirano que os ponga la Segur en la garganta si no queréis obedecerle. Es, pues, ya llegado el caso que olvidando todo espíritu de partido oigáis los clamores de la posteridad legando a vuestros hijos una paz inalterable a la sombra de una Constitución liberal; buena, en fin, en todos respectos.

"Tended la vista por un momento por toda la extensión de la República, y veréis las artes en el más completo abandono, la agricultura en el más miserable estado, la viuda llorando la pérdida de su marido, el huérfano, el hijo, etc., todos a una dicen: Chilenos, ya es tiempo que nos constituyamos para que podamos vivir tranquilos y hacer florecer las artes, bajo la égida de una libertad bien constituída".

En el mes de agosto fué aprobada la nueva Constitución

de Chile, llamada de 1828, la cual "no es federal en toda la extensión de la palabra, pero está confirmada en un medio que concilie al unitario con aquél", como decía **El Mercurio** del día 13.

No estaba muy conforme con ese carácter híbrido; pero al preguntarse "¿cuál es el Gobierno que más conviene a los Estados?", se respondía: "Aquel que está más conforme con las costumbres y educación de los gobernados". Y despues de algunas consideraciones de órden moral, terminaba diciendo:

"Sea, pues, en hora buena restablecida la paz y reconciliados los partidos, que son los que han sostenido la guerra de principios erróneos en nuestro país. No se oiga más que la unísona voz de la razón y la libertad. Constitución y leyes, es lo único que necesitamos para ser felices: éstas se nos presentan por el órgano legítimo de la Nación — ¿en qué trepidamos? — el campo está expedito,—¿qué nos detendrá? Nada. Pues si nuestra suerte esta en nuestras manos, aprovechémonos de ella: no sea que cuando más entretenidos estemos en nuestros caprichos, perdamos hasta la libertad".

Esta constitución, que fué escrita por el literato y profesor español don José Joaquín de Mora, estaba saturada de los conceptos liberales más avanzados de aquella época.

Si era parco, moderado y pacifista en las contiendas políticas, se mostraba lato, tenaz e intransigente cuando tomaba la defensa de los intereses industriales y comerciales, no solamente de Chile, sino los de los demás países del continente. Con motivo de la inserción del reglamento de comercio de la República de Colombia volvió a insistir en la rebaja de los derechos de internación, porque "lejos de ver prosperar el comercio en los nuevos Estados Americanos, a quien los Gobiernos debieran haber prestado todo su auxilio y protección, lo vemos sumido bajo mil trabas reglamentarias y al borde del precipicio; han creído que con el aumento de derechos se aumentarían las entradas nacionales, y por consiguiente, cubrir el contingente de sus gastos. Este ha sido un error político en que han caído, sin advertir que el contrabando debía substituirle". Más adelante agregaba: "Se dirá que el objeto es que por este medio prospere la industria del país. No es este el medio de hacerle prosperar: el más seguro es, o privar enteramente la introducción de toda manufactura que pueda hacerse en él, o rebajar esos derechos poniéndolos en un término que no puedan competir con el contrabando".

Después de las cuestiones comerciales se preocupó siempre

de la instrucción pública. En el mes de diciembre publicó íntegro el plan de estudios del Liceo de Chile que había de inaugurarse el 1.o de enero de 1829. "Es digno de todo elogio, decía, el empeño de nuestro Gobierno y de algunas personas benéficas, que toman por los adelantamientos nacionales. ¿Qué hombre libre de las pasiones que inspiran los partidos o el espíritu de zizaña, no se exaltará de gozo cuando se trata de adelantar la educación de nuestra juventud? ¿Será posible sea tanta nuestra antipatía que queramos desechar todo lo que se hace porque no está al paladar de éste o de aquél? Es preciso dejar al tiempo las reformas que necesitamos, puesto que no se puede hacer todo de un pronto, ni al gusto de todos".

Los profesores de este Liceo eran don José Joaquín de Mora y don Andrés Gorbea, también de nacionalidad española.

Durante esta breve etapa, **El Mercurio** constaba de cuatro páginas. En ninguno de sus números faltaron las inserciones de los decretos y disposiciones del gobierno, los datos aduaneros y los del movimiento marítimo y una lista completa de los precios corrientes en plaza.

Si sobraba espacio se le ocupaba con cuantas noticias de política contenían los periódicos de América y las colaboraciones espontáneas que se le mandaban en forma de comunicados sobre asuntos locales o de interés general.

Durante esta breve etapa no tuvo **El Mercurio** redactores fijos, pero sí colaboradores asíduos, entre ellos el diputado don Francisco Fernández, quien le enviaba correspondencia desde Santiago; don Pedro A. Pozo, que escribía comunicados sobre muchos tópicos con bastante frecuencia, y probablemente colaborarían también algunos de los escritores que ayudaron a don Pedro Félix Vicuña en sus tres primeros periódicos, entre ellos don Pedro Chapuis, don Melchor José Ramos, don Bruno Larraín y quizás don Juan Cándamo, aunque por muy poco tiempo, porque en noviembre de 1827 se trasladó a Lima para sustituir a su hermano don Gaspar en el puesto de ministro de Chile.

El señor Wells, a poco de quedar como dueño exclusivo de **El Mercurio**, decía que su diario lo redactaban diversas personas de distintas opiniones en varias materias, como era costumbre en todos los periódicos de su misma índole, porque los propietarios de estas publicaciones "se ven precisados (como él se veía) a insertar como editoriales cuantos artículos les suministran sus amigos. El resultado de estas contingencias es la diversidad de opiniones contradictorias que se notan en las materias que publican".

CAPITULO VII

LA INFLUENCIA DE "EL MERCURIO" EN LA CONSTITUCION DEL AÑO 1833

"El Mercurio" inicia en mayo de 1829 su publicación diaria. — La crítica situación del país obliga al editor Wells a prescindir del comentario político.—Las luchas entre liberales y conservadores.—Los combates de Ochagavía y Lircay. — El triunfo de los conservadores y el comienzo del más estricto régimen de autoridad. — "El Mercurio" acepta las inspiraciones de don Diego Portales. — El periodista Ochoa inicia una audaz campaña contra la Constitución de 1828 y pide su urgente reforma. — Análisis crítico del proyecto de la Constitución de 1833, hecho por "El Mercurio". — Este diario influyó poderosamente al establecimiento de esa Constitución.

El martes 5 de mayo de 1829 comenzó **El Mercurio** a salir todos los días, excepto los festivos, a las once de la mañana, gracias a la plausible ocurrencia del señor Wells de dar semanalmente seis números con tres pliegos de papel.

Con esta innovación salió ganando el comercio de la plaza porque así tuvo cotidianamente noticias completas de los movimientos marítimo y aduanero, y datos de las fluctuaciones del mercado.

En esta época llevaba el señor Wells más de año y medio de residencia en Valparaíso, tiempo suficiente para que cualquier extranjero pueda darse cuenta de la situación política de Chile, de la idiosincrasia del vecindario porteño y de las necesidades de su plaza comercial. Por eso, al decidirse a convertir el periódico en diario, creyó necesario rectificar el carácter de él, incompatible con sus intereses. El laborioso tipógrafo miraba a su industria por el lado material, con exclusión absoluta de idealismos y sentimentalismos que no reportaban beneficios.

Hasta entonces no se había pensado en Chile en que el periódico podría ser un negocio más o menos lucrativo. Se le fundaba para propagar o defender un ideal político, y cuando el

caudillo de una bandería fracasaba o dejaba de costearlo, moría "sin pase del cura" como hubiera dicho don Benjamín Vicuña Mackenna. A nadie se le ocurría buscar, fuera del ambiente político, lectores interesados por una publicación noticiera.

Aunque **El Mercurio** tuvo en sus primeros números el carácter de aquellas gacetas que se publicaban en Venecia en el siglo XV, insensiblemente y al calor de las grandes y enconadas luchas de los nacientes partidos había tomado cierto matiz político que no podría convenir a su dueño puesto que el periódico no se hallaba afiliado a ninguno de los bandos militantes.

La situación del país no podía ser más grave. Los liberales, triunfantes en las elecciones, no sólo habían escalado el poder, sino que hasta impusieron una Constitución encuadrada en su credo, a despecho de la gran fuerza conservadora. Pero ésta no se dió por vencida, y a poco se levantó para contrarrestar a sus enemigos, combatirlos sin tregua y destruirlos después en la memorable batalla de Lircay (17 de abril de 1830).

Al hacerse el señor Wells dueño exclusivo de **El Mercurio** pensaría que, para salvarse de aquel naufragio político, debía desviar el rumbo que don Pedro Félix Vicuña le había trazado al periódico en los comienzos de 1828, y al convertirlo en diario lo quiso consagrar enteramente a "inspirar amor al trabajo y al comercio" desentendiéndolo "de todo espíritu de partido", como decía en su programa del 2 de mayo de 1829, ya transcrito en otro capítulo.

Esto no impedía que estuviera dispuesto a permitir que inspirara sus columnas algún político influyente, como sucedió cuando don Diego Portales comenzó a destacar su gran figura de estadista.

Inició, pues, su era diaria insertando documentos del gobierno, noticias del extranjero e informaciones imparciales de la situación política, comentándolas de tarde en tarde con espíritu cohibido, pero independiente. El tiempo no estaba para otra cosa.

Como muestra de cómo se luchaba en aquella época, léanse estos párrafos de una correspondencia de Santiago, publicada en la primera página del 7 de mayo de 1829, en vísperas de elecciones presidenciales: "Ya habrán llegado a sus manos algunos folletos de la multitud que todos los días se publican, y que yo también le he procurado remitir. Amigo, a mí me parece que con tales papeles lo que conviene hacer es mandarlos al archivo sin leerlos: la razón véala Ud. aquí. —La elegancia de los escritos es lo que comunmente forma el buen gusto de los lectores:

los escritos inmundos y soeces, y sus autores, sólo deben merecer el desprecio de los hombres sensatos. En la historia como en los escritos debe reinar siempre la moral, como que se escribe para la instrucción de los hombres. Sin dar lecciones de moral ha de manifestar siempre el historiador o escritor respeto a la virtud e indignación contra los vicios". El corresponsal terminaba su escrito deseando "que nuestros conciudadanos chilenos mirasen con más delicadeza el país que habitan, y el honor exterior de la República."

En estas elecciones eran candidatos don Francisco Antonio Pinto, don Joaquín Vicuña y don Francisco Ruiz Tagle. **El Mercurio** no apoyó ni atacó a ninguno, sólo se redujo a publicar de vez en cuando breves noticias de la marcha de las elecciones.

En el mes de septiembre se efectuó "el escrutinio de Presidente y Vice de la República, habiendo recaído el primer cargo en el deseado de los pueblos y de los buenos patriotas, en el señor don Francisco Antonio Pinto. El segundo en el señor don Joaquín Vicuña."

El Mercurio, como se ve por este párrafo, mantenía su espíritu liberal.

El general Pinto, que durante algún tiempo ejercía el mando supremo con el carácter de vice-presidente, no aceptó el puesto que por segunda vez se le ofrecía porque "algunas de las primeras operaciones del Congreso, decía el ilustre estadista, adolecen en mi concepto de un vicio de ilegalidad que extendiéndose necesariamente a la Administración que obrase en virtud de ella, o que pareciere reconocerla, la haría vacilar desde los primeros pasos, y la despojaría de la confianza pública."

Esta renuncia fué el principio de la catástrofe liberal. Inmediatamente sobrevino la revolución promovida por los conservadores, a cuyo frente se puso el general don Joaquín Prieto, quien desde Arauco se dirigió a Santiago; pero habiéndole salido al encuentro el ejército del gobierno en las inmediaciones de la capital, sostuvieron ambas fuerzas un combate que no dió a ninguno la victoria.

El Mercurio publicó varios artículos condenando estos movimientos que "rompían los vínculos que unían a la sociedad chilena" y que hacían presentar a Chile en el extranjero "como una horda de salvajes foragidos."

Ya se sabe que este primer choque serio entre liberales y conservadores terminó con un tratado firmado en Ochagavía, el 16 de diciembre, por el cual ambos ejércitos enemigos, ya reconciliados, se pusieron a las órdenes y mando del capitán general

don Ramón Freire, quien convocaría y presidiría una nueva elección presidencial.

Mas no por esto terminó la guerra civil que tanta sangre costaba, pues a poco de haber nombrado el congreso vice-presidente de la República a don Tomás Ovalle, se encendió de nuevo y con mayor encono la lucha fratricida a causa de que Freire, del partido liberal, no quiso reconocer la autoridad del nuevo jefe supremo. Pero habiendo sido vencido este general por don Joaquín Prieto en la encarnizada batalla de Lircay, quedaron los conservadores por dueños absolutos del poder propuestos a cambiarlo todo, como así lo hicieron, iniciando una férrea éra de autoridad cuya alma fué don Diego Portales, ministro del presidente Ovalle.

El Mercurio, que hasta entonces se había limitado a lamentar tanto extravío, tuvo que hacer un cambio en redondo en aquella angustiosa hora en que era horrendo delito ser liberal. Como la situación era de vida o muerte, aceptó el apoyo que le ofreciera don Diego Portales, y héte aquí que por primera vez tuvo el diario un redactor fijo y competente con don Ladislao Ochoa, buen periodista y político de tercer orden que fué más tarde diputado suplente del propietario don Martín Manterola, por Valparaíso.

Nuestro diario continuaba desentendiéndose de la cuestión política, cuando un buen día, el 6 de septiembre de 1830, apareció en su primera página un extraño artículo cuyos párrafos principales decían así:

"Siempre que las circunstancias lo han permitido, hemos sentado como base de nuestras opiniones políticas sobre los asuntos de la República, que el régimen constitucional es gérmen de anarquía, si no se predispone a la nación de antemano para que lo adopte sin estorbos. Las Constituciones, son incuestionablemente, los pactos que celebran los pueblos con los administradores de sus negocios; y admitiendo este principio, parece a primera vista: que una Constitución debe ser el fundamento de la existencia política de una nación; mas no es así desgraciadamente, porque estos pactos no se hallan en el mismo caso que los comunes que hacen los hombres en sus transacciones: o los Gobiernos son los que primeramente los violan o los pueblos por las vías de hecho los destruyen siempre que no se predisponen a que se rijan por él vinculando los intereses o medios de subsistencia de cada individuo con los del Estado; en otros términos, el régimen constitucional, para que sea sólido requiere en las Repúblicas de América, que los que lo planteen no lo hagan

de golpe sino por leyes sueltas, a fin de que se acostumbren a respetarlas y no se repitan esas escenas escandalosas que estamos ya cansados de presenciar. Refiriéndolo a nuestro país haremos mérito de lo que acaba de suceder con nuestra Constitución. La República no tenía un Poder Ejecutivo medianamente organizado; no tenía nada, los Congresos y las elecciones habían desmoralizado a los hombres que se dedican a la vida pública; y de golpe se éntra en el régimen constitucional. Esta súbita mudanza, la prosperidad del partido que iba a poseer la Administración constitucionalmente; la dificultad de que en nuestras provincias se lleven a efecto muchas prevenciones importantes del Código; y el poder de los opositores del Gobierno, lo echaron por tierra. Lo mismo sucederá si se trata de plantearlo de nuevo; convencidos de esta importante verdad somos de opinión que no se debe pensar en hacer elecciones constitucionales, sino primeramente en disolver el Congreso de plenipotenciarios y convocar a la elección de un nuevo Congreso, bajo de ciertas bases que le sirvan de ley orgánica o de pauta que arregle su conducta, a fin de que no se erija en todopoderoso; esta base puede fijarla el Congreso de plenipotenciarios en su ley de disolución. Instalado el nuevo Congreso, deberá ocuparse de que se crea un Poder Ejecutivo nacional, dándole una ley de atribuciones y deberes, como si fuese constitucional, y dejando al poder indiciario enteramente en el estado en que se halla. Por los medios indicados se conseguiría una administración legal, casi constitucional que debe ocuparse en disponer a la nación a que éntre en el régimen constitucional. Todo pende en la ley orgánica de la creación del Congreso en la cual se le deberá fijar el tiempo que han de durar sus sesiones, los trabajos de que debe ocuparse y el modo cómo debe renovarse en el caso que en el tiempo que se le demarque no los concluya. Un Poder Ejecutivo, que casi reviste el carácter de provisorio, debe ocuparse de sistemar toda la administración, arreglar la Hacienda y tomar todas las medidas que produzcan el orden, la paz y prosperidad en la República, y sobre sus trabajos y los del Congreso se establece el régimen constitucional que se podrá plantear sin obstáculos, supuesto que los pueblos no varían de régimen sino que consolida el que ya conocen."

. . . .

"La nación no puede permanecer más tiempo en el estado en que se halla, exige ya imperiosamente que el Gobierno se ocupe seriamente de adoptar medidas que la saquen de la posición difícil en que se encuentra, y sería muy duro sumirla de nuevo

en los horrores de una guerra civil desaprovechando una buena coyuntura y desoyendo las repetidas lecciones que nos da la experiencia. De todos modos es preciso someterse a los azares de nuevas elecciones, y al emprenderlas es preciso calcular produzcan los resultados mas ventajosos que puedan obtenerse."

Así comenzó este periodista a preparar la opinión para la gran reforma constitucional que se avecinaba.

Este artículo causó gran revuelo entre los lectores del tranquilo y parsimonioso periódico. "Algunas personas de ésta, decía Ochoa en carta del mes de octubre a don Diego Portales, están sumamente enojadas con el "Mercurio" y despellejan a su pobre editor sin compasión; pero, o podrá muy poco ante el oficio, o antes de dos meses todo el mundo me piense de un modo diametralmente opuesto al que ha pensado hasta aquí".

En otra carta que le envió siete días después y que lleva la fecha del 18, daba cuenta de sus propósitos en la siguiente forma:

"Lo que me he propuesto es dar a conocer a los hombres pensadores de la República que su creencia es la más solemne quimera que pueda abrigar la imaginación de un hombre.

"La doctrina del "Mercurio" me lisonjea: será doctrina dominante en el Nuevo Mundo antes de mucho tiempo, porque es imposible que los políticos, después de tantos reveses, dejen de indagar las causas que producen los efectos fatales de la doctrina constitucional.

"La diferencia esencial que hay entre la doctrina del "Mercurio" y la constitucional, hablando políticamente, es la de que la primera se propone combatir la anarquía o el efecto de la reacción de un establecimiento político, en su origen, es decir, al abrir los cimientos y no después de haber sido levantado.

"Yo no sé cuál sea la opinión de usted sobre esta importantísima cuestión; mas casi estoy inclinado a persuadirme que no podemos discordar atendiendo que la opinión del editor del "Mercurio" se funda en el resultado que dan las más escrupulosas indagaciones sobre la materia, sin intervención de caprichos reiterados.

"La doctrina del "Mercurio" no habrá causado un efecto instantáneo, estoy seguro, pero debe causarlo indispensablemente tan luego como los hombres pensadores hayan tenido tiempo de considerarla y compararla.

"Las observaciones que Ud. me haga sobre ellas las recibiré siempre con gusto para considerarlas y rectificar los errores en que pudiere haber incurrido."

Pasó el resto del mes de septiembre sin que Ochoa tratara este tópico. Quizás estuvo esperando el efecto producido en el público para comenzar su campaña encubriéndola un tanto para no escandalizar a los lectores que no vieron bien el cambio de opinión del diario. En efecto, el 11 de octubre inició la publicación de una serie de articulos largos que llamaron la atención.

Descansó en el mes de noviembre y en el subsiguiente volvió con el mismo tema, autorizado y asesorado quizás por don Diego Portales. En el número del 9 de diciembre abrió de nuevo el fuego con un largo escrito que contenía párrafos como éste:

"Volviendo a repetir lo que estamos cansados de decir y lo que acaba de decir muy bien uno de nuestros coescritores: ¿Para qué sirve una Constitución que produce resultados diametralmente opuestos a los que se apetecen? Tal es la Constitución que nos rige, y conformándonos con su opinión, somos de sentir que es de absoluta necesidad reformarla por las vías que indica, las más adecuadas, porque seguramente introducen en nuestro país esa práctica racional, ilustrada, humana y benéfica, digna de su inventora, la Inglaterra, de mejorar las instituciones viciosas por medios pacíficos, que eviten la anarquía y sus desastrosos horrores, sin tumultos, sin desórdenes que asolan inútilmente a los Estados muchos más a aquellos que, como el nuestro, necesitan hombres. Si ya los chilenos están convencidos de que esa institucion es el gérmen del mal, sería absurdo postergar su reforma hasta la época que ella prefija, sería preferir los efectos saludables del remedio específico a la lánguida prolongación de la enfermedad, y si como es evidente, se conoce el mal, no debe esperarse que en él se halle el específico de la curación. La Constitución prefija el año de 36 para que una convención nacional la reforme: conociéndose y conviniendo en que es indispensable necesidad reformarla, no se debe poner la consideración en que se acelere el período fijado para verificarlo. porque no habiéndose establecido aún la solidez del Código, vinculada en las ventajas que su estricta observancia debe producir a cada individuo del Estado, la anticipación de la reforma no importa su destrucción, sino, al contrario, los medios eficaces que han de producir la estabilidad que se apetece, etc., etc."

Y de esta manera resuelta continuó Ochoa su campaña a favor de la reforma, de modo que cuando la cámara de senadores trató en junio de 1831 esa cuestión, manifestaron "los oradores el celo que los domina por el bien del país y el empeño con que se esmeran en satisfacer las confianzas de sus dignos representantes", como decía "El Araucano" de esos días, agregando

que "toda la sala está convencida en la necesidad de que la Constitución se reforme, y en que para ello se debe mandar reunir cuanto antes la gran Convención establecida por ese mismo Código en el artículo 133". Poco después tomaba la cámara de diputados la misma determinación.

Pero no le bastaba las decisiones del congreso, quería convencer a todo el país, y continuó escribiendo hasta el cansancio de la repetición. A primeros de julio de aquel año decía:

"Desde 1818 hasta ahora se han hecho, promulgado y jurado ocho constituciones que jamás se han observado. Luego que se han puesto en práctica se han notado los vicios de que adolecían, y para sepultarlas en el olvido ha sido necesario una guerra civil o desórdenes degradantes que la equivalen".

Y más adelante agregaba: "Lo que se hace no es más que constituciones de partido que no duran más tiempo ni aún tanto que el que dura el partido que las hace. Para que la reforma que la constitución que se medita hacer sea buena y admisible, es necesario hacerla con independencia de ideas sugeridas por espíritu de partido, consultando siempre los intereses nacionales; y propendiendo a que el pueblo sepa con antelación sobre que principios se va a fundar, para que no se le sorprenda, se le irrite y se le obligue a emprender un sacudimiento violento que acarrearía males de la mayor consideración. Es necesario no olvidar que en este siglo se miran los derechos de los pueblos como inenagenables en la práctica y que no es posible enagenarlos aún cuando se valgan de las más refinadas y exquisitas astucias. El poder de los gobiernos en los países libres en el día no es otro más que el poder de una opinión muy cautelosa que confía con recelo y desconfía con facilidad".

No podía escribirse con mayor lógica, con más conocimiento de la ciencia política ni con talento tan claro y elevación de espíritu.

En el mes de septiembre de 1832 se publicó el proyecto de reforma, y **El Mercurio** se apresuró a hacer un análisis de él en el número correspondiente al 26 de aquel mes, y del cual copiaremos los párrafos más substanciales:

"El proyecto de reforma que acaban de dar a luz los comisionados de la Convención, encargados de trabajarlo, no requiere más sino de que se lea para aprobarlo en sus tres cuartas partes. En él se ve bien descripto al ciudadano y sus derechos, bien delineadas sus garantías y tan liberalmente como se podría apetecer, bien organizado el Poder Legislativo y lo mismo el de eje-

cutar. Sólo encontramos nosotros algunas superfluidades que lo hacen defectuoso, y que suprimidas, dejarían a los chilenos la mejor Constitución que se ha dado a las nuevas Repúblicas, sin excepción. Como tal estimamos la creación del Consejo de Estado, órgano que si se examinan bien las funciones para que se le destina no tan sólo es inútil, sino lo que es peor perjudicial, porque no sirve más que para embarazar la acción del Presidente de la República, que debe ser libre y sin más traba que la que se le impone de hacer efectiva su responsabilidad y la de sus Ministros ante el Poder Legislativo, que es el mejor Consejo de Estado o en su defecto la Comisión Conservadora."

A continuación explicaba las funciones de este cuerpo y continuaba demostrando su inutilidad, para añadir luego:

"No hay despotismo en dejar expedita la acción del Poder Ejecutivo, sin embarazo ni estorbo alguno, cuando hay responsabilidad efectiva como la hay muy bien establecida en el proyecto de reforma de que nos ocupamos, y en sus funciones privativas, para que las desempeñe bien, se le debe dejar obrar discretamente adoptando los medios que crea más conducentes al lleno de ellas.

"Suprimiendo el Consejo de Estado y cuanto tenga relación con él en todo el proyecto, será indispensable introducir un artículo que provea "que no podrá el Presidente de la República declarar en estado de sitio un territorio de la República, ya sea por hallarse ocupado por enemigos exteriores o por conmoción interior, sin permiso del Congreso o en su receso de la Comisión Conservadora: firmando el acta que así lo declare todos sus Ministros", para que asi sea más solemne la declaración y no la refute el pueblo inconsiderada, prematura o de otro modo desventajosa al crédito del Gobierno."

Más adelante indicaba que los obispos diocesanos no deberían ser senadores natos porque la "Iglesia no se ha de erigir en cuerpo político entre nosotros, ni darle margen para que lo presuma". En cambio quería que fueran senadores por derecho "los Presidentes de la República que concluyan legalmente su Gobierno" por la utilidad que reportarían en la cámara sus sabios consejos, hijos de la experiencia en la gobernación del país.

En otro lugar desaprobaba el artículo en que se decía que las leyes sobre reforma de la Constitución "sólo pueden tener principio en el Senado", porque, según su opinión, "la atribución de iniciar una reforma no debe ser privativa del Senado, sino común a ambas Cámaras del Congreso, porque no hay ningún

riesgo en ello desde el momento que una y otra tienen que decidir si hay o no lugar a la reforma propuesta."

Igualmente ponía reparos a los artículos sobre la elección de presidente de la república por el congreso a falta de candidato con mayoría absoluta de votos; al que indicaba la perpetuidad de los magistrados de los tribunales superiores y los jueces de primera instancia; al referente a quién correspondía proponer la creación de municipalidades; a los que indicaban la forma de nombrar intendentes y gobernadores, y la manera de averiguar la conducta de ellos en el desempeño de sus cargos.

Después de exponer algunas consideraciones sobre otros artículos que tenían cierta relación directa e indirecta con los mentados, decía:

"Creemos que haciendo en el proyecto las alteraciones que apuntamos o según su espíritu las que la Convención estime convenientes, se dará a la República una excelente Constitución, cual no se ha dado a ninguna de las nuevas Repúblicas, exenta de gérmenes de anarquía, duradera por su carácter y que promete paz y adelanto a los chilenos. Siempre seremos de opinión que la guerra civil, más que a ninguna otra causa, debe su origen a las malas provisiones constitucionales o a las malas leyes en general".

Luego de hacer el elogio del proyecto por considerarlo "bueno y muy bueno, muy liberal y fundado sobre doctrinas de política constitucional indestructibles", terminaba su largo comentario con estos entusiastas párrafos:

"Nosotros creemos de nuestro deber hacer justicia a los que han trabajado el proyecto de reforma, no obstante las superfluidades que tenga, asegurándoles: de que jamás tendrán que arrepentirse de haberlo trabajado, y de que algún día sus conciudadanos les darán gracias por sus desvelos, cuando las ventajas que de él deriven les recuerden los nombres de los que se lo hicieron."

El Mercurio, que en esta época era ya el diario independiente más antiguo y respetado de la República, fué el único que preparó a la opinión para que recibiese bien ese proyecto. Y si la profecía que contiene el último párrafo de los copiados se cumplió en todas sus partes, tampoco olvida Chile la contribución valiosísima de este periódico que apoyó la iniciativa de esa reforma y luego tomó con ardor la defensa de la sana y férrea Constitución que estuvo vigente cerca de un siglo.

Esta Constitución fué jurada en el local del Senado por el

pedestal eterno de su gloria, es la carta fundamental más antigua de América. Hasta hoy ha sufrido tres modificaciones de importancia; en 1875, 1882 y 1925. Esta última reforma se hizo porque las ideas, las costumbres y las actividades habían cambiado radicalmente durante tanto tiempo a impulso del veloz e intransigente progreso que todo lo avasalla y todo lo destruye; pero el espíritu de órden que se le inculcó permanece intacto en ella.

La reforma de la constitución de 1828 se ordenó por ley del 1.o de octubre de 1831, y el Congreso nombró una convención de treinta y seis miembros, dieciséis de los cuales eran diputados y los demás simples ciudadanos, para hacer dicha reforma "en los términos mas oportunos para asegurar la paz y tranquilidad del pueblo chileno".

La nueva constitución fué jurada en el local del Senado por el presidente de la República en la mañana del 25 de mayo de 1833.

El Mercurio del 30 de ese mes dió cuenta ditorialmente de la promulgación de ella en los siguientes términos:

"Tenemos a la vista la Constitución que acaba de promulgarse, y que puede llamarse enteramente nueva, por las variaciones substanciales que se le han hecho a la de 1828. En materia de Constituciones. es la mejor ciertamente la que contiene disposiciones más adecuadas al genio de los habitantes que deben observarla, al grado de civilización que poseen y a los intereses locales que los afectan. Desearíamos saber, sin embargo, las razones que se han alegado en el seno de la Gran Convención para consagrar algunas de las disposiciones que comprende, y sentimos que los debates que han precedido a su sanción no se hayan publicado con anterioridad".

No decía más. ¿Qué iba a añadir a lo mucho que había alegado en su defensa?

CAPITULO VIII

LA REDACCION DESDE VICUÑA HASTA SARMIENTO

Las colaboraciones anónimas en la etapa de "El Mercurio" periódico. —Los colaboradores más asíduos e importantes de este breve período. — El redactor don Ladislao Ochoa y sus relaciones periodísticas con don Diego Portales. — Párrafos de cartas de Ochoa, por los que se sabe algo de su vida y de su carácter. — El fallecimiento del vicepresidente de la República don José Tomás de Ovalle, y las elecciones. — Editorial de "El Mercurio" sobre los candidatos don Joaquín Prieto y don Diego Portales. — La actitud del señor Portales y la causa de su renuncia del cargo de Vicepresidente. — El retiro de Ochoa de la redacción del diario. — El editor y redactor don José Luis Calle. — Las colaboraciones o redacciones de don Rafael Minvielle, don Simón Rodríguez y don José Victorino Lastarria.— El carácter literario de "El Mercurio" en su primera época. — Los literatos y poetas que figuran en su sección literaria.

Hemos consignado en el capítulo VI que en la etapa de **El Mercurio** periódico no tuvo esta publicación más redactor fijo que don Pedro Félix Vicuña. Este fué ayudado, desde un principio, por varios colaboradores asíduos que trataron diversos asuntos en artículos que tenían el corte del remitido.

Algunos historiadores han citado, en calidad de tales, hasta media docena de nombres; nosotros, a fuer de cronistas fieles al testimonio documental, únicamente podemos señalar como ciertos y verdaderos colaboradores porque sabían lo que escribían y porque fueron los más constante en todo este lapso, a los que quedan consignados en el capítulo citado.

Y no sólo fueron seis u ocho, sino que pasaron de varias docenas de personas las que escribieron más de una vez para **El Mercurio,** como lo demuestra el centenar de remitidos que aparecieron en ese período de cerca de veinte meses; pero como todos esos escritos iban firmados con seudónimos, nos abstendremos de mencionar nombres para evitar omisiones. Por otra parte, la redacción de la mayoría de las colaboraciones espontá-

neas indican que sus autores no eran de la calidad cultural de los que hemos mentado.

Don Pedro Félix Vicuña se trasladó a Santiago en el primer semestre de 1828, pero quedó vinculado a la política local de Valparaíso. En el escrutinio que se hizo en la municipalidad el 18 de mayo del año subsiguiente, de electores de presidente de la República, apareció el señor Vicuña en la lista de los de esta ciudad con un buen número de votos. Por esto y por el carácter liberal que aún mantenía **El Mercurio** por esa época, es de presumir que siguiera ligado al periódico hasta que sobrevino la catástrofe de Lircay, desde cuyo instante comenzó la persecución contra los "pipiolos" y el consiguiente desbande de éstos.

El segundo redactor fijo fué don Ladislao Ochoa, de nacionalidad chilena y no argentina como se ha supuesto por el hecho de haber residido algunos años en Buenos Aires.

El señor Ochoa fué un periodista excelente, uno de los mejores de aquella época en que no existía en Chile la profesión de escritor público, aunque habían muchas personas que la ejercían por accidente político pero sin vocación ni condiciones culturales para tan delicado oficio. Sus editoriales en pró de la reforma de la Constitución del año 1828 lo denuncian como un buen escritor bastante versado en jurisprudencia y muy conocedor de la política de su tiempo, puesto que tomó parte activa en ella, como lo indica el siguiente párrafo de un artículo firmado por él y publicado en **El Mercurio** en el mes de enero de 1831:

"Hallándose el actual editor en la capital a principios de 1829, en circunstancias que la proximidad de las elecciones constitucionales había conmovido a toda la República y que en toda ella cada partido tenía sus clubs o conciliámbulos para negociarlas, se inclinó a tomar en ellas aquella parte que le permitían sus circunstancias con el objeto de obtener que se le diputase al Congreso, no para proceder como lo hicieron los diputados que se eligieron, sino como convenía a un hombre al que animan sentimientos muy nacionales y de toda probidad, etc."

No sabemos si fué escogido por don Diego Portales para que se encargara de la redacción de **El Mercurio** o si fué, como parece cierto, el señor Wells quien le dió ese puesto. Lo único que podemos aseverar es que a mediados de 1830 ya estaba empleado en el diario con el sueldo de setenta y cinco pesos al mes.

Su amistad con Portales databa entonces de poco tiempo, como se desprende de sus cartas al ilustre estadista. En una de

ellas, del mes de octubre del año de su ingreso en **El Mercurio,** decía:

"Crea usted que me reputaría ingrato si no me resolviese a corresponder con reciprocidad la buena acogida que acabo de merecerle; y deseando darle de ella testimonio, comenzaré por confesarle con la franca sinceridad que es la guía de mi conducta: que antes de ahora había formado de usted un concepto muy distinto, en ciertos respectos, al que ahora tengo: injurioso y que usted no merece a la verdad; pero que disculpan las circunstancias que hacen aparecer a los hombres bajo un aspecto diferente del que deberían presentar.

"Me lisonjea que no sea usted tan injusto que atribuya al miserable estipendio que se me ha asignado mi resolución de apoyar su administración. Si las circunstancias lamentables que me han estrechado desde el momento que entré en mi patria no hubiera comprometido mi crédito, o en otros términos, si gozara de la mediocre independencia pecuniaria de que otros gozan, no necesitaría estipendios para apoyar una causa que me agrada: una buena causa sería el estímulo suficiente que me excitaría a hacer mi deber."

Entró el señor Ochoa a redactar el diario en tiempos en que regía los destinos del país, con el cargo de vice-presidente, don José Tomás de Ovalle, nombrado por el congreso a raíz de la renuncia del general Pinto. En esta presidencia fué siempre primer ministro don Diego Portales y alma omnipotente de su gobierno.

El señor Ovalle falleció en Santiago el 21 de marzo de 1831. Esta pérdida llenó "de consternación a todos los buenos chilenos de la República: tal era la confianza que les inspiraba su probidad, su desinterés y amor patrio", como decía **El Mercurio,** agregando de paso que el señor Ovalle "reunía la totalidad de los votos de sus conciudadanos para que recayese en él la próxima elección de Vice-Presidente".

A propósito del que podría substituirle, agregaba: "Desde luego su infausta muerte requiere que todos los chilenos busquen otro individuo que lo reemplace: y aún no nos atrevemos a recomendar al que daríamos nuestro voto, porque ignoramos si nuestra opinión coincidirá con la de nuestros compatriotas".

Si coincidía. Nadie ignora que el congreso quería que don Diego Portales ocupara el puesto vacante; pero este hombre sin ambición de honores rehusó el ofrecimiento y recomendó al general don Joaquín Prieto como el único digno y capacitado para tan alto cargo.

Como esta elección marcó una era de diez años de prosperidad y de afianzamiento de la autoridad del jefe supremo de la nación, merece la pena recordarse la opinión del país por mediación de **El Mercurio.** He aquí el editorial que publicó el 8 de abril de 1831:

"Según lo anunciamos ayer, el colegio electoral de esta provincia se reunió el martes para desempeñar su encargo presidido por el Reverendo Obispo de Cerám, don Manuel Vicuña, y teniendo por secretarios a don Mariano Egaña y don Manuel Gandarillas. No dejará de causar satisfacción a nuestros lectores el saber: que una reunión tan importante de ciudadanos presentó el aspecto más respetable que podía apetecerse. No se percibía en semblante alguno el menor indicio de desconfianza o de afecto cualquiera que tenga origen en sentimientos que no sean muy nacionales. Todos se reunieron resueltos a prestar su sufragio por dos individuos en quienes ha fijado la nación sus esperanzas, ya para que la salven de los horrores con que la amenaza la anarquía, ya también para que la hagan prosperar a la sombra de instituciones buenas. El escrutinio de la votación dió por resultado 42 votos por el General don Joaquín Prieto y 40 por don Diego Portales.

"Según las noticias que se tienen de las demás provincias de la República, en casi todas estos dos serán los candidatos que obtengan los votos de los colegios electorales.

"Mucho tiempo antes de las elecciones la opinión pública había designado al primero para candidato; y la prematura muerte de don José Tomás Ovalle ha hecho necesario que, contra su voluntad y contra las demostraciones que ha dado a sus amigos de que es más a propósito para servir a la República en clase de Ministro o de simple particular, que no en la de Primer Magistrado, si recayendo en él la Vice-Presidencia de la República llegaba a renunciar el general Prieto, se haya propuesto al segundo. Los ruegos y las súplicas no pudieron hacer vacilar la opinión de los electores; y a su pesar, obtendrá don Diego Portales, según todas las apariencias, la mayoría de votos para Vice-Presidente.

"En otra ocasión hemos recomendado al general Prieto para la presidencia de la República; y no haciéndole más que justicia, lo hemos presentado como el llamado para ejercer la primera magistratura. El crédito de don Diego Portales y la confianza que inspiran su carácter resuelto, su capacidad y el interés que toma por la causa pública han decidido a todos los buenos chilenos a cooperar a que ocupe el lugar que destinaban a

don José Tomás Ovalle. Somos de opinión que si es necesario de que desempeñe la primera magistratura no frustrará las esperanzas que se tienen sobre sus procedimientos y que no tendrán que arrepentirse los electores de haberle dado su sufragio. En las circunstancias en que se halla la República requiere un gobernante de ideas vigorosas, capaz de ejecutar y hacer se ejecute todo aquello que convenga a la tranquilidad y adelantamiento del Estado.

"Ninguna materia es más delicada para los periodistas en los tiempos calamitosos en que vivimos como la que se refiere a personas, porque si se proponen hacer justicia al que la merezca no se atribuye seguramente a miras nobles, sino a adulación o bajeza. Sin embargo, no trepidamos en presentar a don Diego Portales bajo el aspecto en que lo acabamos de presentar, porque vivimos en la persuasión de que muy pocos ignoran, que si no sintiéramos lo que hemos expresado tendríamos más que la necesaria franqueza para no hacerlo y también para exponer las razones que en nuestro concepto apoyasen el que no se le recomendase para primer magistrado de la República".

En los primeros días de junio del año mencionado, reunido el congreso "en las tres cuartas partes del número de los miembros de cada una de sus Cámaras, se procedió a la calificación de las elecciones hechas para Presidente y Vice-Presidente de la República: y después de leídas las listas remitidas por los colegios electorales y examinadas por la Comisión nombrada al efecto, resultaron electos el señor General don Joaquín Prieto por unanimidad de sufragios, el señor Ministro don Diego Portales por ciento ochenta y seis que hacen la mayoría absoluta respecto a los doscientos siete electores que han sufragado en las ocho provincias", como se consignaba en un oficio del ministerio del Interior.

Estos elegidos tomaron posesión de sus cargos el 18 de septiembre de aquel mismo año. Pero don Diego Portales había presentado su renuncia en el mes de julio para "dar una prueba de su desprendimiento y ninguna aspiración al Mando Supremo" y así "sus enemigos personales se persuadan de que, si él ha trabajado hasta aquí con tanto empeño, ha sido sólo por conservar el órden y aherrojar la anarquía agitada por las pasiones innobles de aspirantes descontentadizos que nada les satisface."

Las cámaras no aceptaron su renuncia, y aunque el presidente Prieto, por decreto del 27 de septiembre le dió el cargo de ministro de Guerra y Marina en señal de que estaba conforme con lo que había hecho con los militares liberales duran-

te el tiempo de la presidencia del señor Ovalle, él insistió en retirarse del poder, y en diciembre de 1832 dejó el ministerio y se trasladó a Valparaíso. El general Prieto quiso hacerle una distinción y lo nombró gobernador interino de esta plaza con el carácter de teniente coronel de ejército.

En este año habían ocurrido dos cosas importantes en **El Mercurio:** desde el 1.o de septiembre era socio del señor Wells don Ladislao Ochoa, y desde ese mismo día empezó a salir el diario en pliego del tamaño usual o sea como el que tenía cuando era periódico.

Pero la primera de las novedades duró poquísimo tiempo: el 22 de diciembre apareció la advertencia de que desde el día anterior "la redacción de este periódico ha tomado otra dirección en virtud de haberse disuelto la compañía que ha girado este establecimiento."

Tal cosa sucedía cuando el señor Portales se hallaba en Valparaíso. ¿Qué había sucedido entre él y don Ladislao Ochoa? Lo ignoramos: pero es de presumir que a éste no le pasaran ya "el miserable estipendio" de cuarenta pesos que se le había asignado cuando aquél estaba en el poder, o que cayera en desgracia del poderoso protector, según se desprende de algunas de las últimas cartas que le envió, en las cuales le pintaba su situación económica en tonos excesivamente sombríos pero con altanería.

Pero **El Mercurio** no necesitaba ya una pluma valiente y perita en cuestiones jurídicas y políticas: se había logrado que la opinión se pusiera de parte de la nueva Constitución, y se había defendido y elogiado con mucho talento esa férrea Carta Fundamental, pedestal de la gloria perpétua de don Diego Portales que fue el que la inspiró. Además, habiéndose entrado en una era en que los partidos no podían luchar con la zaña de antes, el diario se entregó por completo a sus noticias comerciales y a la inserción de las informaciones extranjeras.

El señor Ochoa se trasladó a Santiago, en donde seguramente ingresaría en algunos de aquellos periódicos dedicados exclusivamente a la política de partido. No hemos encontrado referencias de él en libros de la época ni en diccionarios biográficos. Sin embargo, no fué el señor Ochoa un hombre vulgar: fué un escritor distinguido que parece que tuvo siempre por compañera a la desgracia y que mereció mejor suerte por su inteligencia y su sólida cultura.

Poco tiempo después, a los tres meses, adquiría la imprenta y el diario el argentino don José Luis Calle, quien, además, se encargó de la redacción.

Como se recordará, este editor y periodista fué el que trazó el esquema del programa que hoy sigue con entereza **El Mercurio.**

Don José Luis Calle fué el tercer redactor de este diario.

Don Benjamín Vicuña Mackenna, refiriéndose a este periodista, decía en 1877 que "no tenía mala pluma (para no ser del oficio) y poseemos una carta de él al ministro Portales de muy buena letra, no escaso estilo y melosa labia en que se trataba nada menos que de **anexar** otra vez "las tres provincias de Cuyo" al "Reino de Chile" y "al corregimiento de Aconcagua".

El señor Calle era del oficio. Cuando en el año 1824 apareció "El eco de los Andes", séptimo periódico de los fundados en Mendoza, él figuraba como redactor en compañía del ilustre periodista argentino don Juan Gualberto Godoy; dos años más tarde escribía en "El Iris Argentino", hasta que el 24 de mayo de 1830 fundó y dirigió el periódico "El Nuevo Eco de los Andes", que vivió muy poco tiempo.

Y no sólo era periodista de profesión, sino que autor bastante autorizado de algunas obras, entre ellas la titulada "Revolución del 10 de agosto de 1829", impresa en Mendoza en 1831.

En la actualidad aparece en la ciudad mendocina un diario muy acreditado y popular denominado "Los Andes", cuyo primer número apareció el 20 de octubre de 1882, fundado por don Adolfo Calle, hijo de don Francisco Estanislao Calle, hermano probable de don José Luis.

En un número extraordinario de ese periódico, correspondiete al 1.o de enero de 1921, hemos encontrado los siguientes datos biográficos del distinguido propietario y redactor de **El Mercurio:**

"Abogado y publicista mendocino.

"De ideas unitarias bien definidas, puso su pluma al servicio de "El Eco de los Andes" y "El Iris Argentino", defendiendo con calor y entusiasmo su credo político al lado de los miembros más influyentes de ese partido.

"El año 1830 publicó por la Imprenta Lancasteriana una memoria sobre los acontecimientos más notables ocurridos en Mendoza durante los años 1829 y 1830.

"Gracias a ese interesante trabajo histórico han llegado hasta nosotros antecedentes exactos acerca del sangriento suceso del Chacay, ocurrido el 11 de julio de 1830, suceso que conmovió profundamente a la República, en particular a la sociedad de Menza. ya que allí sucumbieron víctimas del alevoso asesinato perpetrado por los indios Pincheiras, muchos de los miembros más distinguidos, tales como el gobernador Corvalán, su ministro don

Gabino García, los doctores Gutiérrez y Daza y otros ciudadanos conocidos en Mendoza.

"Debido al mismo memorial, se conservan también noticias sobre la actuación de los hombres que figuraron en el escenario político, en aquel período y especialmente acerca de la actuación y del trágico fin de don José María Salinas, que tantos y tan meritorios servicios prestó a la causa del progreso de esta provincia.

"El doctor J. L. Calle fué ministro general en el año 1830, durante la gobernación interina del doctor Tomás Godoy Cruz, siendo antes y después de esta fecha secretario particular del coronel Videla Castilla".

Esta nota biográfica termina con la siguiente frase: "No nos ha sido dado obtener otros informes sobre la actuación posterior del doctor J. L. Calle". Probablemente abandonaría Mendoza en 1831, puesto que en ese año ya lo vemos figurar en la prensa chilena. En 1841 seguía residiendo en Chile.

¿Cuál fué otro de los redactores editorialistas de aquel tiempo? En la tercera página del número correspondiente al 27 de febrero de 1837 hay el siguiente "Aviso Editorial":

"Desde el 15 del corriente febrero ha pasado temporalmente la redacción de este periódico a otro editor por enfermedad del que antes lo dirigía".

El más indicado parece ser don Rafael Minvielle, literato y profesor español. Por lo menos todos sus biógrafos lo dicen y algunos hasta señalan la época a que nos estamos refiriendo. Nosotros hemos encontrado la siguiente noticia inserta en el número del 27 de abril de 1838:

"Señores Editores del **Mercurio**: Con el fin de destruir un error generalizado en la capital y aún en este puerto, sírvanse ustedes declarar que ni he tenido ni tengo parte alguna en la redacción de su periódico, ni menos soy el traductor de ninguno de los artículos de **Variedades** que en él aparecen. Si en lo sucesivo mandase a ustedes alguno lo haré poniendo mis iniciales.—**Rafael Minvielle**".

A continuación de esa carta iba esta gacetilla:

"Ignoramos el grado de importancia que el señor Minvielle pone a la nueva declaración que solicita; pero después de la franca manifestación que contenía nuestro número del 4 del corriente provocada por un colega nuestro de Santiago, creímos no necesitar asegurar otra vez, que ni él ni otro individuo alguno ha tenido jamás parte en los artículos que bajo el epígrafe del **Mercurio** han publicado **LOS REDACTORES**".

Esto se decía cuando el médico francés don Bernardo Pery-

Etchart era, desde el 15 de febrero de ese mismo año, "director de la oficina de El Mercurio y socio de la compañía a que pertenece este establecimiento".

Alguna conveniencia habría en negar la participación del señor Minvielle en la redacción de **El Mercurio**, pues se sabe con seguridad que escribió en este diario en esa época, que fué precisamente la en que defendió, con mucha elocuencia ante un consejo de guerra (en julio de 1837), al coronel don José Antonio Vidaurre acusado de participación en el motín de Quillota y en el asesinato, en tal ocasión, del eminente estadista don Diego Portales.

Posteriormente, allá por el año 1842, publicó en **El Mercurio** una interesante serie de artículos de costumbres con el seudónimo de "El Duende".

Don Rafael Minvielle había nacido en un pueblo de la provincia de Valencia (España) el año 1800 y era hijo de un diplomático francés. Cuando terminó su educación en Francia regresó a su patria, de donde tuvo que salir huyendo a causa de sus ideas liberales contrarias a Fernando VII. Establecido en Buenos Aires, fundó un gran colegio mercantil que se hizo célebre. A principios de 1837 llegó a Chile, en donde estableció algunos colegios de importancia, fundó varios periódicos literarios y se creó una excelente reputación de dramaturgo.

Entre las obras de teatro que escribió se recuerdan las tituladas "Ya no voy a California", "Ernesto", "La Estrella Roja" y otras, y tradujo las piezas dramáticas "La Cartera", "Las mujeres de mármol", "Los topos", "Hernani" de Víctor Hugo, y "Las tres damas". y asi mismo algunas obras importante, entre ellas "La revolución de España", del visconde Montignac, "El Manual del Preceptor". "El libro de las Madres y las Preceptoras", y las novelas "Los desgraciados", "Amor y opinión" y otras.

Fué individuo de la Facultad de Filosofía y Humanidades, rector de algunos liceos e institutos de Chile y desempeñó importantes puestos públicos. Murió en Santiago a una edad muy avanzada.

El ilustre literato don José Victorino Lastarria escribió en **El Mercurio** allá por el año 1840, según consigna él mismo en su "Recuedos Literarios". Al referir en el capítulo XIII de ese libro la forma en que entró el señor Sarmiento en el diario, dice que don Manuel Rivadeneyra mantenía a éste "sin redacción y viviendo de las correspondencias que sus amigos de Santiago y entre ellos nosotros, le remitíamos de vez en cuando".

Algunos historiadores han considerado al profesor de idiomas don Enrique Richard, el mismo que enseñó la lengua inglesa a

don Domingo F. Sarmiento; al argentino señor Lavalle, y a otros escritores de más o menos importancia, del tiempo de don José L. Calle, redactores editorialistas; mas como no tenemos pruebas que lo acrediten, creemos que esos señores serían únicamente traductores, cronistas, gacetilleros o corresponsales, pues durante los quince años que abarca la primera época de este diario serían muchos los escritores que estuvieron a su servicio o que colaboraron en el diario, la mayor parte de los cuales pasarían por él como sombras sin dejar señales notables aunque algunos de ellos fueron hombres eminentes.

Entre estos últimos se destaca, por su originalidad de pensamiento y hasta en la forma gráfica de sus escritos, don Simón Rodríguez, aquel célebre pedagogo venezolano y maestro de primeras letras del general Bolívar. El 11 de febrero de 1840 apareció el primer artículo suyo de la serie de once en que dividió un curioso y raro estudio denominado "Partidos". Este escrito y otros que publicó en ese mismo mes, se insertaron siempre en la sección editorial. Como muestra de sus originalidades de forma y fondo copiaremos un acápite de su interesante obra "Sociedades Americanas en 1828":

LA SOBERANIA

sea representada por uno,
sea... por muchos
debe medir sus expresiones y su conducta por las leyes del DECORO

amenazas y dicterios
traiciones y asaltos
son bajezas de que deben avergonzarse
los Soberanos.

"Permítase advertir, a los que no estudian mucho el valor de los términos, que los Españoles figuran, con la palabra **DECORO**, la hermosura moral, bajo varios aspectos:

DECORO, para ellos, significa:

honor,	**honestidad,**
respeto,	**recato,**
reverencia,	**honra,**
circunspección,	**punto y**
gravedad,	**estimación,**
pureza,	

¿No es verdad que la "exclusiva originalidad" de forma y fondo de Vargas Vila se ve en este otro raro escritor del comien-

zo del siglo XIX? "Nada hay de nuevo bajo el sol", ha dicho no sabemos quien, frase que hemos repetido cada vez que la juventud literaria de hogaño "inventa" formas nuevas para demostrar su genio y originalidad a los aborrecidos escritores que le han precedido y a los cuales motejan de anticuados.

También escribió en el diario el señor Rivadeneyra, según lo declara Vicuña Mackenna en su "Semi-centenario" de **El Mercurio**:

"Rivadeneyra llevó su genio a las cajas del **El Mercurio.** El hacía editoriales; él forjaba correspondencias europeas o americanas con las gacetas que traían por casualidad los capitanes de buques; él corregía las pruebas; él componía en las galeras, de las que tenía siempre un buen número de repuesto, y cuando le venía la ira, la "ira goda", echaba a todo el mundo de la imprenta y él mismo hacía oficio de entintador y de prensista".

En efecto, escribió bastante y no con mal estilo. Una muestra de éste la encontrará el lector en el capítulo XII de esta parte, en el cual reproducimos algunos párrafos del escrito en que se anunció que la imprenta de **El Mercurio** iba a fundar un departamento editorial de obras de todas clases.

El Mercurio, que había dejado de denominarse "literario" en el décimo cuarto número de su primer tomo, volvió a tomar ese calificativo al comienzo del año 1834. Desde entonces fueron apareciendo cotidianamente poesías y trabajos en prosa de autores españoles e hispano-americanos antiguos y contemporáneos. Y no sólo mereció el calificativo de literario, sino que debió habérsele agregado el de científico, puesto que con frecuencia insertaba valiosos trabajos sobre medicina, astronomía, descubrimientos geográficos, etc., etc. La historia también fué materia que tomó mucho espacio.

Cuando don Manuel Rivadeneyra adquirió el diario, estas secciones tomaron mayor incremento, y los trabajos que se insertaron en ellas fueron más seleccionados.

De los autores en verso que figuraron en esta época mencionaremos: a Joaquín de Santiago Concha, Montalbán, José Joaquín de Mora, José Diego Portales, Manuel J. Rubalcaba, Quintana, Alberto Lista, Lope de Vega, Meléndez, Castillejo, J. Cadalso, Francisco de Rioja, José Tirado, Estéban Echeverría, Jauregui, Larra, Gregorio Romero y Larrañaga, Tirso de Molina, Arriaza, Moratín, Góngora, José Zorrilla, Espronceda, Bretón de los Herreros, J. M. Bonilla, Andrés Bello, Mármol, Enrique Gil, Fernando de Madrazo, Gabriel García y Tassara, Gertrudis Gómez de Avellaneda, Juan Arola y otros.

En trabajos en prosa figuran: José Joaquín Vallejo (Jotabeche), M. Alfonso Lamartine, Fígaro, Walter Scott, Morote, Víctor Hugo, Casimiro Olañeta, A. Berville, R. de Satorras, Emilio Sauveste, Juan Clark, Bretón de los Herreros, Francisco Martínez de la Rosa, Bernardino Codecido, P. Duvecier, D. Hauranne y otros muchos.

Los folletines tuvieron su origen en una sección denominada **Variedades**, que empezó a aparecer en 1832. En ella se insertaban breves noticias históricas, algunas notas científicas, algo sobre literatura y bastantes anécdotas y curiosidades, y tal cual composición poética de corte clásico. Don Manuel Rivadeneyra le daba con frecuencia la misma forma que hoy tiene el folletín.

Desde el año 1835 entraban en esta interesante y amena sección artículos sobre crítica, biografías de hombres célebres de todo el mundo, viajes, modas, artes, economía, política internacional, cuentos, poesías, etc., etc. Era el lugar dedicado exclusivamente a la literatura, la ciencia y la historia. La mayor parte de los trabajos que en ella se insertaban era debida a plumas universalmente reconocidas tomados de revistas y periódicos españoles, ingleses, franceses y americanos.

El 11 de mayo de 1842 apareció esta sección por primera vez en formá de folletín, pero no siempre la conservó hasta uno o dos años después en que fué permanente. A los pocos meses de estar el diario en poder de don Santos Tornero, se denominó **folletín.**

Lo más notable que se insertó en "Variedades" desde 1841, hasta septiembre del subsiguiente año, fué: el exordio del discurso que pronunció Víctor Hugo en la Academia Francesa con motivo de su ingreso en ella en junio de 1841; la novela histórica de Víctor Balaguer titulada "Masianello": un estudio sobre la pintura en los tiempos modernos, por Lamennais, y la novela de Bermúdez de Castro denominada "Una Hechicera".

El Mercurio, desde que la pluma valiente, erudita y nerviosa de don Ladisiao Ochoa, pluma de verdadero periodista de combate, dejó de darle animación y energías, cayó en el adocenamiento propio del que se duerme en sus laureles.

Pero al fin llegó el editor que conocía bien la vida y que sabía que sin renovación no hay existencia. Este fué el tipógrafo español don Manuel Rivadeneyra, quien desde que adquirió el diario se dió a buscar al redactor editorialista que necesitaba **El Mercurio,** y a poco andar lo encontró en don Domingo Faustino Sarmiento. Este le inyectó al diario la savia de que carecía para poder vivir fuerte y lozano.

CAPITULO IX

EL PRIMER SINTOMA DE ENERGIA COMBATIVA DEL DIARIO

Cómo era el carácter de "El Mercurio" en literatura y política en 1841. — En ese año se inicia en Chile una larga era de paz propicia al trabajo reconstructor. — Aparición de un artículo que llama la atención por la nobleza de su fondo y la energía de su forma. — Don Domingo Faustino Sarmiento comienza en febrero de 1841 su labor periodística con grande entusiasmo. — Semblanza de este nervioso y audaz periodista que escribe con el corazón más que con el cerebro. — Sarmiento tiene la gloria de haber contribuído a acelerar el advenimiento de la renovación literaria de 1842. — Le inyectó a "El Mercurio" las primeras gotas de energía combativa. — Detalles de la polémica sobre el lenguaje popular. — Sarmiento no pudo echar abajo la teoría científica de don Andrés Bello, precursor de ella entre los filólogos modernos. — Consideraciones acerca de esta célebre discusión. — Conceptos de Blanco Cuartín y Vicuña Mackenna sobre la labor educativa de Bello.

El Mercurio había cambiado por completo de aspecto exterior al pasar a manos de don Manuel Rivadeneyra. Con sus tipos limpios que alternaban con otros nuevos de estilo moderno; con su cuidadosa composición que seguía las más severas reglas tipográficas, y con su perfecta impresión en excelente papel, era el periódico más artístico y elegante de Chile. Pero esta renovación material no corría pareja con la más leve innovación espiritual. Seguía siendo el diario pacífico y conciliador apegado a su antigua costumbre de no desentonar en asuntos que no fueran de índole política que perjudicaran a la industria y al comercio.

No tenía redactores fijos ni inspiradores. Se contentaba con reproducir cuanto sobre literatura, ciencias, artes, historia y política publicaban los periódicos extranjeros, y con insertar de vez en cuando breves escritos que, acerca de asuntos nacionales, les enviaban algunos publicistas jóvenes de reconocidos méritos, entre ellos don José Victorino Lastarria. Pero

estos artículos estaban siempre encuadrados en la antigua cuadrícula de una moderación que olía a mediocridad

Era **El Mercurio** en literatura un pobladísimo bosque por el que sólo corría la brisa embalsamada que venía del lado de un viejo vergel plantado y cuidado por jardineros clásicos de otra edad; era en política un lago tranquilo formado por un manantial de aguas cristalinas jamás enturbiadas por las de lluvia que se arrastran por montes y prados con el color moreno de la tierra fecunda; era en historia un castillo señorial en donde los muebles representaban costumbres, gustos y creencias cubiertos por el polvo de otra época.

Pero de pronto se oyeron en el bosque voces que tenían acento profano y extranjerizo; el inmenso espejo del lago pareció quebrarse en añicos, y en el palacio entraron aires forasteros que comenzaron a aventar los polvos seculares.

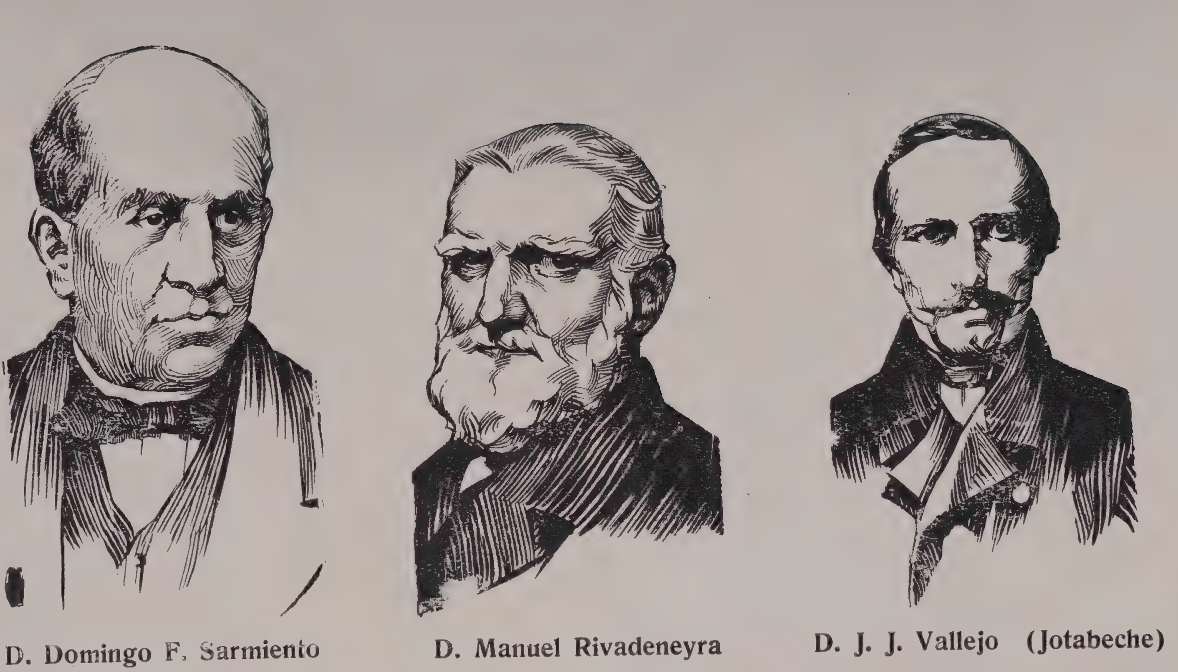
Esta extraña conmoción en el sedentario periódico ocurría precisamente cuando se iniciaba en Chile la era de diez años de paz interior y exterior que trajo la presidencia del general Bulnes; de aquella era de un sosiego propicio al fomento de la cultura nacional, de aquella era de tranquilo trabajo de que tan necesitado estaba el país cansado de tanta lucha intestina.

Ambas conmociones, la del país y la del periódico, se hicieron simultáneamente en 1841, año de mudanzas que plantó en el campo de la historia de Chile los primeros hitos que señalaban una evolución material y espiritual que iría preparando el engrandecimiento de la patria.

La desusada intranquilidad que se notó en **El Mercurio** fué causada por la aparición de unos cuantos escritos nerviosos en su forma, desusados en su fondo y agresivos en su conjunto que llamaron la atención de unos e inquietaron a otros, que fueron elogiados por éstos y desaprobados por aquéllos.

El primer artículo fué publicado la víspera del vigésimo cuarto aniversario de la batalla de Chacabuco. Era largo y vibrante como clarinada de combate y ronco y agresivo como estampido de cañón. La descripción de la memorable batalla producía en el lector una clara y animada visión de ella. Pero más que la de recordar la gloriosa efemérides, tenía por objeto este artículo demostrar en tono airado y sin asomos de pusilanimidad la indiferencia de la generación nueva por los hechos de guerra que tanta sangre costaron para darle libertades y bienestares.

"¿Qué nos queda mientras tanto, decía, de tanta gloria?



D. Domingo F. Sarmiento — D. Manuel Rivadeneyra — D. J. J. Vallejo (Jotabeche)

Tendamos la vista sobre esta época presente, aquí y en los otros puntos de América.

"Escuchemos los juicios de esta generación ingrata, que nos ha sucedido y extrañado, como instrumentos gastados e inútiles, oídla en sus ocios, que no turba ya el temor de los enemigos que nosotros destruímos para que ella se folgase tranquila: ¡Oídla echarnos en cara nuestros desaciertos y los crímenes de algunos, como si debiéramos haber sido en todo superiores a la época en que nos tocó figurar; como si el régimen colonial en que fuimos criados y la ignorancia y abyección de nuestros padres, nos hubiese legado sólo virtudes; como si hubiese sido posible desarraigar el respeto servil a nuestros tiranos sin violencia; como si las pasiones pudiesen ser tenidas siempre a raya, y como si las grandes revoluciones pudiesen completarse sin sangre, sin violencia, sin extorsiones y aún sin crímenes! ¡Vedla hacerse olvidadiza de nuestras largas fatigas y de nuestros esfuerzos para hacerla independiente y poderosa! ¡Hombres sin patriotismo y sin indulgencia!"

Firmaba este trabajo, lleno de recriminaciones un tanto abultadas, "Un teniente de artillería en Chacabuco", quien a continuación hacía un recuerdo sentimental de sus compañeros de jornada, añadiendo: "Unos han sucumbido en el cadalzo; el destierro o el extrañamiento de la patria ha alejado a los otros; la miseria envilece y degrada a muchos; el crimen ha manchado las bellas páginas de la historia de algunos; tal sale de su largo reposo y sucumbe por salvar la patria de un tirano horroroso; y cual otro lucha casi sin fruto contra el colosal poder de un suspicaz déspota que ha jurado exterminio a todo soldado de la guerra de la independencia porque él no oyó nunca silbar las balas españolas; porque su nombre obscuro, su nombre de ayer, no está asociado a los inmortales nombres de los que se ilustraron en Chacabuco, Maipo, Tucumán, Callao, Talcahuano, Junín y Ayacucho".

Por este amargo párrafo desfila con toda su cobardía la odiada figura del tirano argentino Juan Manuel de Rozas.

Este teniente de artillería no había olvidado aún la traza de tirar con bala de grueso calibre, y daba término a sus denuestos contra la juventud coetánea con este otro párrafo:

"Mientras la prensa guarda un criminal silencio sobre nuestros hechos históricos, y mientras se levanta esta generación, que no comprende lo que importan para Chile estas salvas y estas banderas que decoran el 12 de febrero, nosotros, cada vez que pase por nuestras cabezas el sol de este augusto día

lo saludaremos con veneración religiosa y deplorando la suerte que ha cabido a tantos patriotas, cualquiera que sea el país o el color político a que pertenezcan, elevaremos nuestros votos al cielo porque en los cansados días de su vejez hallen un pan que no esté amasado con lágrimas para el alimento, el abrigo del techo de sus padres y las bendiciones y respeto de sus compatriotas".

A este escrito siguieron otros que trataban de diversos asuntos. ¿Quién los escribía saliéndose por completo de la única pauta hasta entonces seguida en toda la prensa chilena? Pronto se supo: un extranjero que se había refugiado en Chile huyendo de la tiranía del que regía los destinos de su patria. ¿Quién era? Un humilde maestro de escuela argentino, cuyo nombre, Domingo Faustino Sarmiento, era desconocido en el mundo de las letras hispano-americanas.

Este escritor, que iniciaba su carrera periodística en Chile de tan briosa manera y que andando los años sería presidente de la república Argentina, había llegado por segunda vez a este país en la misma época y por las mismas causas que sus ilustres compatriotas Gregorio Beeche, Vicente Fidel López, Domingo Oro, Juan María Gutiérrez y otros.

Al mes de su llegada a Santiago era ya amigo de varios escritores. Un buen día de febrero escribió el artículo de la batalla de Chacabuco, se lo leyó al colaborador de **El Mercurio** don José Victorino Lastarria, el cual se lo envió a don Manuel Rivadeneyra. Este vió en ese escrito al redactor que le faltaba a su diario, e inmediatamente le escribió a su corresponsal para manifestarle que si el autor aceptaba, le daría treinta pesos mensuales por varios artículos a la semana.

El sueldo, en aquel tiempo de penuria para el emigrado, era tentador, y sin embargo no quería aceptarlo Sarmiento por considerarse incompetente. Pero ante las instancias de su amigo Lastarria y estimulado por los elogios que del noble fondo del mencionado artículo habían hecho don Andrés Bello, don Rafael Minvielle y don Casimiro Olañeta, aceptó el ofrecimiento que para él era una tabla de salvación en el naufragio de su vida.

Según el retrato físico que Lastarria nos ha dejado de Sarmiento en su libro "Recuerdos Literarios", ese hombre era de extraña figura: "Sus treinta y dos años de edad, decía, parecían sesenta, por su calva frente, sus mejillas carnosas, sueltas y afeitadas, su mirada fija, pero osada, a pesar del apagado brillo de sus ojos, y por todo el conjunto de su cabe-

za, que reposaba en un tronco obeso y casi encorvado. Pero eran tales la viveza y la franqueza de la palabra de aquel joven viejo, que su fisonomía se animaba con los destellos de su gran espíritu y se hacía simpática e interesante... Tanto nos interesó aquel embrion de grande hombre, que tenía el talento de embellecer con la palabra sus formas casi de gaucho, que pronto nos intimamos con él".

Si extraño era en lo físico, más lo pareció en lo espiritual en el ambiente sedentario del Chile de aquel tiempo. Don Manuel Blanco Cuartín, refiriéndose a la vida pública de **El Mercurio** de esa época, decía: "Sarmiento le hace gritar contra la tiranía de Rozas, y sus gritos llegan a veces hasta el rugido. No parece sino que aquel hombre se hubiera imaginado ser el derrocador providencial del despotismo que humillaba a su patria. — Quien lee sus artículos cree oir el clarín de guerra. Pero en medio de esto se ve siempre al pensador adelantado; él es el primero que habla de ponderación de los poderes públicos, de la minoría pensante en el sufragio popular, de las condiciones de una buena organización municipal, etc. — Valparaíso le escuchaba sin conocerle personalmente. Sabe que hay un joven sanjuanino que se ha presentado de improviso a darle lecciones, pero no sabe qué cara tiene ni en dónde vive".

A esta opinión del ilustre publicista agregaremos que el Chile intelectual le trató y conoció personal y espiritualmente, y que una minoría insignificante lo aplaudía y el resto lo desaprobaba cuando arremetía, con todo el empuje de un cruzado fanático, contra los maestros puristas y retóricos que cortaban, según su parecer, las alas de la inspiración a la juventud; cuando pintaba el estado espiritual del país, del cual decía que "en ningún Estado de la América del Sur hay un espíritu nacional más peludo, más hediondo, más monstruosamente abultado que en la República de Chile", y cuando no encontraba en la prensa de partido seriedad y juicio sereno, porque todos los periódicos "quieren el bien, todos lo desean, más no hay quién no lo halle de su parte, no hay ninguno que lo encuentre entre sus contrarios".

Apesar de sus censuras, unas justificadas y otras no, de sus exageraciones y de sus agresivas maneras de tratar cuanto veía, Sarmiento fué escuchado por todo el Chile culto e ilustrado y tratado con respeto, aunque él pasó de los límites de la consideración debida a maestros tan venerables como don Andrés Bello.

Como hemos dicho, arremetía con ímpetu y con ojos ce-

rrados Cuando le faltaban razones para vencer a sus contendores, le sobraban atrevimientos que muchas veces le fueron disimulados. Parecía como que su único propósito, al entablar una polémica, fuera la de vencer a su contradictor por la razón o la fuerza.

No fundó escuela de polemistas ni triunfaron sus ideas demoledoras porque le faltó lo que a todo autodidacta: sólida base de cultura y porque jamás fué escritor pedagógico. Destruía a golpes, a hachazos; pero no supo levantar sobre las ruinas de sus furores ni el más modesto rancho. Por eso se explica que don Santos Tornero, espíritu equilibrado, no quisiera que un escritor de ese temperamento le acompañara ni un solo instante en su ecuánime y bien orientada labor periodística. Era un impulsivo, como tendrá ocasión de ver el lector en la segunda parte de esta historia y en el capítulo correspondiente al movimiento literario de 1842 iniciado por Lastarria.

No pudo ser ni preceptor para los escritores jóvenes porque los maestros de éstos en Chile, que él combatió con más osadía que conocimientos literarios y científicos, eran muy superiores a él en la pureza de forma, en la profundidad de fondo y en el orden y la claridad del concepto. No tenía entonces arte literario ni llegó a tenerlo completo más tarde en sus obras "Facundo" y "Recuerdos de Provincias". Su estilo desigual, entorpecido por multitud de barbarismos, es confuso; pero a pesar de estos defectos, siempre tiene interés cuanto dice aunque lo expresa mal. Y tiene interés porque pone su alma en cada palabra que escribe, porque cree todo lo que traslada al papel, y porque tiene espíritu elevado de conquistador y de misionero.

Estos juicios que nos merece la labor periodística del grande hombre en **El Mercurio**, discrepan de los de algunos escritores no compenetrados del espíritu de aquella época recelosa, y con razón, pero no asustadiza de las novedades espirituales que se le presentaban; mas quien con juicio sereno, libre de preocupaciones históricas y conocedor de la idiosincrasia de entonces lea detenidamente los escritos del señor Sarmiento, tendrá que convenir con nosotros en que pudo hacer mucho y bueno con un carácter más reflexivo y una instrucción más sólida.

Como lo cortés no quita lo valiente, debemos declarar con satisfacción que el ilustre autor de "Facundo" tiene la gloria de haber despertado en Chile entusiasmos para acelerar la renovación literaria que se había estado preparando

lentamente desde que comenzaron sus labores los maestros don José Joaquín de Mora y don Andrés Bello.

También Sarmiento, con don Manuel Rivadeneyra que lo trajo a **El Mercurio** y lo mantuvo en él hasta que dejó de ser su propietario, tiene la gloria de haber sacado al periódico de su sedentario e indiferente carácter para cuanto no fuera relacionado con la vida comercial de Chile, y de haberle inyectado las primeras gotas de nerviosidad y brios que le sirvieron más tarde para luchar en el campo de la política con bizarras energías

No sabemos si en febrero de 1841 asumió el puesto de redactor principal del diario; únicamente podemos decir que desde el 23 de ese mes hasta el 18 de mayo publicó en la sección "Correspondencia" siete u ocho artículos firmados con el seudónimo de "Pinganilla", nombre de un mono que exhibían por ese tiempo en los circos ecuestres y que se hizo muy popular por sus habilidades. Después dejó esa sección para ocupar de vez en cuando la del editorial y otras, pues durante el año y medio que sirvió al diario escribió sobre diversidad de asuntos: usos y costumbres, crónicas de viaje, crítica teatral, literatura y arte, y cuantos tópicos se ofrecían a su atención siempre abierta a la censura y a la contradicción. Sus escritos tienen un sello inconfundible.

Sostuvo varias polémicas, entre ellas las célebres sobre el lenguaje popular y sobre el romanticismo.

De la primera nos vamos a ocupar aquí con algún detenimiento porque su tema es siempre de actualidad. Hoy, como ayer, se escribe mal porque no se conoce el léxico ni las reglas más elementales de la gramática.

Esa discusión se inició el 27 de abril de 1842 con motivo de un comentario que hizo a una obrita titulada "Ejercicios populares de lengua castellana", del ex-profesor del Instituto Nacional y literato don Pedro Fernández Garfias, quien señalaba los vicios de pronunciación y de ortografía más corrientes en aquella época. Sarmiento apuntaba en ese comentario que es el pueblo el que forma el idioma y no los eruditos y las academias, y que la misión de éstos era nula.

"La soberanía del pueblo, decía, tiene todo su valor y su predominio en el idioma: los gramáticos son como el Senado Conservador, creado para resistir a los embates populares; para conservar la rutina y las tradiciones; son, a nuestro juicio, si nos perdonan la mala palabra, el partido retrógrado, estacionario, de la sociedad habladora; pero como los de su clase

en política, su derecho está reducido a gritar y destornillarse contra la corrupción, contra los abusos, contra las innovaciones: el torrente los empuja y hoy admiten una palabra nueva, mañana un extranjerismo vivito, al otro día una vulgaridad chocante; pero, ¡qué se ha de hacer! Todos han dado en usarlo, todos lo escriben y lo hablan , fuerza es agregarlo al diccionario; y quieran que no, enojados y mohinos lo agregan, que no hay remedio. y el pueblo triunfa. y lo corrompe y lo adultera todo".

Si es verdadera la teoría sobre la formación del vocabulario y que es la que mantienen hoy con pruebas irrefutables filólogos como Remmy de Gourmont, en Francia, y Julio Cejador, en España, no quiere decir que los eruditos, los puristas y los literatos en general no hayan aportado una inmensa labor de selección fonética, de depuración estética y de separación similar a esa grande obra de la renovación del idioma. Lo comprueba la conjugación irregular, los sinónimos y los diccionarios ideológicos, todo lo cual ha tenido por objeto y conclusión limpiar, pulir y embellecer los diamantes en bruto del vocabulario que saca el pueblo de la inagotable cantera de su lenguaje familiar.

A ese artículo siguieron otros de varios colaboradores y también de Sarmiento, hasta que terció don Andrés Bello con un breve escrito, de un poco más de columna, publicado el 12 de mayo y firmado con el seudónimo de "Un Quídam".

Por la sabia doctrina que encierra, idéntica a la que hoy en día sustentan los filólogos de todos los idiomas, reproduciremos la parte principal de la refutación:

"Jamás han sido excluídos de una dicción castigada, las palabras nuevas y modismos del pueblo que sean expresivos y no pugnen de un modo chocante con las analogías e índole de nuestra lengua; pero ese pueblo que se invoca no es el que introduce los extranjerismos, como dicen los redactores; pues, ignorante de otras lenguas, no tiene de dónde sacarlos. Semejante plaga para la claridad y pureza del español es tan sólo transmitida por los que, iniciados en idiomas extranjeros y sin conocimiento y estudio de los admirables modelos de nuestra rica literatura, se lanzan a escribir, según la versión que más han leído:

En idioma genízaro y mestizo,
Diciendo a cada voz: yo te bautizo
Con el agua del Tajo,

Aunque alguno del Sena se la trajo
Y rabie Garcillaso norabuena;
Que si él hablaba lengua castellana,
Yo hablo la lengua que me da la gana.

(Iriarte).

"Contra estos reclaman justamente los gramáticos, no como conservadores de tradiciones y rutinas, en expresión de los redactores, sino como custodios filósofos a quienes está encargado por útil convención de la sociedad fijar las palabras empleadas por la gente culta, y establecer su dependencia y coordinación en el discurso, de modo que revele fielmente la expresión del pensamiento. De lo contrario, admitidas las locuciones exóticas, los giros opuestos al genio de nuestra lengua, y aquellas chocarreras vulgaridades e idiotismo del populacho, vendríamos a caer en la obscuridad y el embrollo, a que seguiría la degradación; como no deja de notarse ya en un pueblo americano, otro tiempo tan ilustre, en cuyos periódicos se ve degenerado el castellano en un dialecto español-gálico que parece decir de aquella sociedad lo que el padre Isla de la matritense.

Yo conocí en Madrid una condesa,
que aprendió a estornudar a la francesa.

"Si el estilo es el hombre, según Montaigne, ¿cómo podría permitirse al pueblo la formación a su antojo del lenguaje, resultando que cada cual vendría a tener el suyo, y concluiríamos por otra Babel? En las lenguas como en la política, es indispensable que haya un cuerpo de sabios, que así dicte las leyes convenientes a sus necesidades, como las del habla en que ha de expresarlas: y no sería menos ridículo confiar al pueblo la decisión de sus leyes, que autorizarle en la formación del idioma. En vano claman por esa libertad romántico-licenciosa de lenguaje, los que por prurito de novedad, o por eximirse del trabajo de estudiar su lengua, quiesieran hablar y escribir a su discreción. Consúltese en último comprobante del juicio expuesto, como hablan y escriben los pueblos cultos que tienen un antiguo idioma; y se verá que el italiano, el español, el francés de nuestros días, es el mismo del Ariosto y del Tasso, de Lope de Vega y Cervantes, de Voltaire y Rousseau".

Este artículo fué contestado por Sarmiento en los días 19

y 22 del mismo mes, con uno que abarcaba más de tres columnas y media en total, en los cuales no aducía razones filosóficas que pudieran echar por tierra ninguna de las de don Andrés, y para terminar con este párrafo que denunciaba su impotencia ante la formidable fuerza del coloso:

"Por lo que a nosotros respecta, decía, si la ley del ostracismo estuviese en uso en nuestra democracia, habríamos pedido en tiempo el destierro de un gran literato que vive entre nosotros, sin otro motivo que serlo demasiado, y haber profundizado más allá de lo que nuestra naciente civilización exige, los arcanos del idioma, y haber hecho gustar a nuestra juventud del estudio de las exterioridades del pensamiento, y de las formas en que se desenvuelve en nuestra lengua, con menoscabo de las ideas y la verdadera ilustración Se lo habríamos mandado a Sicilia, a Salvá y a Hermosilla, que con todo sus estudios no es más que un retrógrado absolutista, y habríamos aplaudido cuando lo viésemos revolcado en su propia cancha; allá está su puesto, aquí es un anacronismo perjudicial".

Ante esta salida de tono, por no decir exabrupto del audaz autodidacta, abandonó Bello el campo arrepentido, quizás, de haber descendido demasiado al medir sus armas con quien no tenía ningún blasón científico.

Esta polémica la siguieron con Sarmiento algunos discípulos del venerable maestro, entre ellos don José María Núñez que firmó sus escritos con el seudónimo de "Otro Quídam"; pero pronto decayó la controversia porque se convirtió en antipática al hacerse personal, y porque a poco surgió la del romanticismo, de la cual trataremos en la segunda parte de esta historia.

En contraposición a las opiniones que acerca del gran maestro tuvo Sarmiento, transcribiremos varios párrafos del artículo editorial que escribió don Manuel Blanco Cuartín en 1881 con motivo de la celebración del centenario del nacimiento de don Andrés:

"Su papel de reformador en el vasto departamento de instrucción pública no ha tenido igual ni aquí ni en parte alguna de la América española.

"Profesor de latín, de literatura, de derecho romano, de gramática castellana, lleva a la enseñanza de todos estos ramos un acopio de ciencia y de doctrina completamente original.

"La gramática española deja de ser arte en sus manos para convertirse en ciencia cuya llave de oro es la filosofía. La Academia Española debió sentirse avergonzada al ver que un

americano fijaba reglas al lenguaje hasta entonces desconocidas, asignaba a la métrica y a la prosodia principios fijos y en armonía con su índole.

"Sin más que esto don Andrés Bello merecía una estatua, pues al hacer de la gramática de la lengua un estudio tan profundo y vastísimo, nos ha puesto en situación de hablar y escribir el idioma de nuestros padres tan bien o mejor que los mismos que nacen oyéndolo desde la cuna a labios españoles".

Y por tratarse de otro escritor que fué permanente colaborador de **El Mercurio**, don Benjamín Vicuña Mackenna, copiaremos también los siguientes párrafos de un largo discurso que este ilustre historiador pronunció en tan memorable ocasión:

"En otro sentido, don Andrés Bello fué entre nosotros un sublime y fecundo creador.

"Apareció en nuestro suelo cuando la playa estaba sembrada de tinieblas y de naufragios, y, como esos pilotos que la tradición gentilicia de algunas comarcas de América ha hecho nacer entre las ondas de recóndito lago, para conducir y redimir sus razas, así comenzó él en el diario, en el libro, en el laboratorio, en el firmamento, en la escuela, en la cartilla, en el texto y en el derecho a formar el laborioso compaginamiento que hoy constituye el zócalo y el alto chapitel del progreso intelectual de nuestra patria".

El gran maestro es el segundo Nebrija. Si éste fundó, con su "Gramática sobre la lengua castellana", editada en 1492, la base de los estudios lingüísticos en España, Bello le dió a éstos normas y leyes nuevas, amplias y libres con su "Gramática Castellana" que ha servido de guía en muchos casos a la Real Academia Española.

CAPITULO X

LA AYUDA DEL GOBIERNO A LA PRENSA

El espíritu del decreto del 23 de noviembre de 1825 relativo al fomento de la prensa nacional. — Breve reseña histórica del nacimiento, vida y muerte de la "Aurora de Chile". — La pérdida que ocasionó el laudable intento del Estado de "uniformar la opinión pública a los principios del Gobierno" mediante la prensa. —Texto del decreto de la primera subscripción fiscal a "El Mercurio". —Otros documentos pertinentes y un comentario al margen de esta suscripción. — Las alternativas que tuvo la pseudo ayuda del Estado a la prensa a través de los años. — Resumen de las cantidades presupuestadas por el gobierno para los órganos oficiales de publicidad y fomento de otras publicaciones. — Las amenazas de retiro de la suscripción fiscal a "El Mercurio" que no se cumplieron. —La vida económica del diario en sus dos primeras épocas. — Las fantasías a que han dado lugar los equívocos significados dados a las palabras "subvención" y "suscripción".

Antes de tratar de la vida económica de **El Mercurio** creemos conveniente decir algo respecto a la ayuda que el gobierno chileno prestó a la prensa nacional y, particularmente, a este diario en su primera época y parte de la segunda, ya que sobre esta materia se ha fantaseado bastante.

La mayor parte de la prensa del país del segundo cuarto del siglo pasado recibió ayuda fiscal por medio de suscripciones más o menos permanentes a un buen número de ejemplares. Una disposición del supremo gobierno, decretada el 23 de noviembre de 1825 así lo autorizaba, no para que fuera adicta, consecuente o benévola con la política y los actos gubernativos, sino para que subsistiera y, principalmente, ayudara a fomentar la instrucción pública en determinados asuntos, sin coartarle por eso en lo más mínimo la libertad que le concedía la ley de imprenta.

Sabido es que la principal preocupación del primer gobierno fué la de que el pueblo conociera sus deberes y sus derechos

en el nuevo estado de cosas, y para lo cual creyó que lo más práctico era atender las razones y seguir los consejos que don Juan de Egaña expuso en 1810 al primer presidente don Mateo de Toro y Zambrano de que "Convendría, en las críticas circunstancias del día, costear una imprenta aunque sea del fondo más sagrado para uniformar la opinión a los principios del Gobierno", porque "a un pueblo sin mayores luces y sin arbitrios de imponerse en las razones del órden, puede seducirlo el que tenga más verbosidad y arrojo".

Y no tardó mucho tiempo en que se hiciera lo que con urgencia convenía. El 24 de noviembre de 1811 llegaba al país, pedida por el gobierno, una imprenta completa traída de Estados Unidos por el sueco Mateo Arnaldo Hoevel y, con ella contratados por un año, los tres tipógrafos norteamericanos mencionados en otro lugar de esta historia. El 16 de enero del subsiguiente año se expedía el decreto en que se declaraba que "No debiendo esperar con solidez el Gobierno las incalculables ventajas que se ha propuesto en la apertura de la prensa sin que, sobre los reglamentos meditados, se elija un redactor que, adornado de principios políticos, de religión, talento y demás virtudes naturales y civiles, disponga la ilustración popular de un modo seguro, transmitiendo con el mayor escrúpulo la verdad que sola decide la suerte y crédito de los gobiernos; y recayendo éstas en el presbítero fray Camilo Henríquez de la Orden de la Buena Muerte, se le confiere desde luego este cargo con la asignación de 600 pesos anuales".

A los veintiocho días de firmada esta acertada disposición por el general y presidente don José Miguel Carrera, salió la "Aurora de Chile", periódico ministerial y político.

Pero aquel gobierno, tan interesado en formar la opinión política del país por medio de la prensa, no podía dejar tan delicada empresa en las manos de un solo hombre por sabio y talentoso que fuera, y menos si este varón no tenía, como jamás lo tuvo, un ideal fijo y determinado para sembrarlo en el pueblo y hacer germinar una opinión uniforme sin utopías. De acuerdo con su celo por encauzar esa educación política a los principios de un buen gobierno, ordenó, con fecha del 18 de agosto del mismo año, lo siguiente:

"Siendo incompatible con las atenciones que agobian sin cesar al gobierno un exámen detenido de los papeles que se imprimen en la "Aurora", y deseando que la probidad y crédito del revisor satisfaga los deseos de los buenos ciudadanos y for-

men la opinión de un periódico que, dirigido a la ilustración general, pende esencialmente del sufragio común, se nombra para su examen al doctor don Juan de Egaña, el mismo que, en junta presidida por el sub-decano don Francisco Antonio Pérez, y con asistencia del prebendado doctor don Pedro Vivar y don Manuel Salas, formará un reglamento de imprenta libre, que, conciliando el respeto inviolable de nuestra santa religión con los objetos políticos, resuelva este importante negocio".

Ese reglamento, que se le encargó a don Juan de Egaña, fué escrito por éste en 1813 y sirvió de base para la primera ley de imprenta que tuvo Chile, la cual fué dictada y sancionada el año 1828.

El celo por cuidar de su publicación, en la que tenía cifradas tantas esperanzas, no decayó, toda vez que a los dos meses de expedido el decreto anterior nombraba "interinamente y hasta que se publique el respectivo reglamento, para que revea y censure previamente cuanto se imprima, al Tribunal de Apelaciones, que designará por un turno el ministro revisor especial de la "Aurora", sin cuyo pase no se dará a la prensa y será inmediato responsable de lo impreso".

La "Aurora de Chile" duró hasta el 1.o de abril de 1813 por los divergentes pareceres que hubieron en las esferas políticas con respecto al cumplimiento de la misión pedagógica de su primer redactor.

Esta publicación salía todos los jueves. Los precios de suscripción eran: seis pesos al año en Santiago; nueve en las provincias, y doce en el extranjero. No publicaba anuncios comerciales. Se vendía en el correo, en la imprenta donde se editaba y en algunas tiendas.

El ensayo costó, para aquella época de pobreza de la hacienda pública, la respetable suma de 4,765 pesos, pérdida que ocasionaron los cincuenta y ocho números que salieron de la "Aurora de Chile", sin contar los 8,000 que se pagaron por la imprenta que, al poco tiempo, y en la era de la reconquista española, fué saqueada e inutilizada en casi su totalidad.

Sin embargo, el gobierno no desistió de su primitivo propósito de contribuir al fomento de la ilustración pública por medio de la prensa, y aunque siempre mantuvo una publicación destinada a la inserción de las disposiciones y decretos gubernamentales, creó un presupuesto especial para suscripciones de periódicos de carácter serio, ilustrativo y permanente, y para dar

así cumplimiento a lo que se ordenaba en la disposición suprema que dió origen a la "Aurora de Chile".

He aquí el decreto que autorizaba al estado para suscribirse a cuantas publicaciones creía dignas de apoyo:

"Santiago, noviembre 23 de 1825. — Deseando el Gobierno fomentar la difusión de escritos en la República, y proteger en cuanto lo permitan las actuales atenciones del Erario a los periodistas e impresores; después de haber tomado los informes convenientes sobre las partidas, que, sin ser demasiado gravosas al Gobierno, podrían ser útiles a ellos, ha acordado y decreta:

"1.o El Gobierno se suscribe por doscientos ejemplares de todo periódico que se publique, siempre que sus propietarios se convengan en el precio que establece el artículo siguiente:

"2.o El Gobierno abonará a razón de seis pesos por cada doscientos pliegos.

"3.o El Ministro del Interior queda encargado de dar los pagos correspondientes, que se refrendarán por el Ministerio de Hacienda. Tómese razón e imprímase. — **Infante. — Campino".**

El Mercurio nació en la época más propicia de esa protección, pues a los pocos días de ver la luz su primer número los editores recibían la siguiente comunicación del gobernador de la ciudad:

"Valparaíso, octubre 2 de 1827.

"Con fecha de ayer, por el Ministerio del Interior, se me dijo lo que sigue:

"S. E. se ha servido decretar lo que sigue: Santiago, septiembre 27 de 1827. — El Gobierno tiene a bien suscribirse, en la forma prevenida por decreto de noviembre de 1825, a dos cientos ejemplares de cada uno de los números del periódico que se publica en Valparaíso, con el título de "Mercurio de Valparaíso". El Gobernador de aquel puerto queda encargado de verificar la suscripción, y hacer que por la misma tesorería se satisfaga a los Editores cada trimestre el importe de los números publicados en él, previas las formalidades del expresado decreto. — Tómese razón y comuníquese. — V. S., al ordenar a la Tesorería el pago indicado le prevendrá que para proceder a él, deben presentársele por los interesados o su poder los decretos y recibos que cada trimestre se den por este Ministerio, en virtud de las remesas que puntualmente hagan a él los Editores y de los dos cientos ejemplares que comprenden la suscripción".

"Lo transcribo a VV. para que, en su inteligencia, remitan directamente al Ministerio del Interior los números de su periódico que se expresan en esta nota.

"Saludo a VV. con toda consideración. — **Francisco de la Lastra**".

Insertamos, por ser poco conocido y porque da una idea de la diligencia con que se cumplían en ese tiempo los compromisos que el Gobierno contraía, el primer recibo de ejemplares de la suscripción fiscal, documento que, a la vez es orden de pago inmediato:

"Santiago y diciembre 18 de 1827.

"Se han recibido en este Ministerio los veintisiete primeros números del periódico titulado "Mercurio de Valparaíso", con doscientos ejemplares de a pliego cada uno, que corresponden al trimestre corrido entre el 12 de septiembre y el 12 de diciembre de 1827. — **Palacios**, encargado de recibir los periódicos. V.o B.o — **Ramos**. — Valparaíso y diciembre 20 de 1827. — Páguese por Comisaría. — **Lastra**".

En enero de 1830 se suspendió eventualmente "la suscripción a los periódicos que tenía hecha el Gobierno general"; mas para **El Mercurio** duró poco tiempo esa medida, porque en octubre del mismo año se reanudó la suscripción al periódico, aunque parece que no ya a doscientos ejemplares, sino a la mitad, como se desprende de estos párrafos de cartas del periodista Ochoa a don Diego Portales: "He dado órden para que se empaqueten cien números desde el 1.o del corriente, a fin de remitírselos tan luego como recibamos aquí el decreto" de la suscripción del gobierno; "Mi compañero (por Wells), me dice que siente estar gastando ciento veinte medios pliegos que se imprimen de más en la actualidad para guardar cien al Gobierno. Le estimaré que cuanto ante me remita el decreto a fin de aquietarlo, porque la suscripción del Gobierno es para él la antífona de cada día".

Ese decreto fué firmado el 11 de octubre de aquel año.

Aunque para el público el precio del ejemplar era de un real, o sean doce centavos y medio, el gobierno lo pagaba a medio real. Por consiguiente, la suma que abonó por los cinco mil cuatrocientos ejemplares que importan los veintisiete números consignados en el documento transcrito, fué de trescientos treinta y siete pesos y cuatro reales.

Poco después volvió la suscripción a ser de doscientos ejemplares.

Dieciseis años más tarde el número de ejemplares se redujo a ciento cincuenta. La causa de esta rebaja fué, según manifiesta el señor Tornero en sus memorias, la de que, "habiendo sostenido "El Mercurio" la candidatura del general Bulnes para su reelección, arrastrando toda clase de compromisos sin esperar recompensa del triunfo de su causa", este diario se puso poco después en completo desacuerdo con las ideas administrativas de ese gobierno. Pero, a juzgar por el siguiente decreto del 27 de septiembre de 1846, los motivos de tal determinación fueron de orden económico y no político:

"El Presidente de la República, en acuerdo de hoy, ha decretado lo que sigue: No alcanzando la suma señalada en el presupuesto del Ministerio del Interior para suscripciones para periódicos, a subvenir los gastos que se hacen por el Gobierno en este ramo, se rebaja la suscripción del "Mercurio" al número de ciento cincuenta ejemplares diarios, que es la misma señalada para "El Progreso".

En 1849, al final de la correspondencia de la capital, decía **El Mercurio:** "Se nos escribe de Santiago que ayer fueron tirados los decretos, retirando la suscripción a los diarios desde mañana 8 de julio".

En **El Mercurio** del 9 de ese mes y año apareció, al final de la sección destinada a las noticias de Santiago, una nota del intendente de esa capital, en la que se copia el siguiente decreto recibido por conducto del ministerio del Interior:

"Desde el 8 del corriente, inclusive, cesará la suscripción del Gobierno respecto a los diarios "El Progreso" de Santiago, y el "Comercio de Valparaíso"; y por lo que hace al "Alfa" de Talca, cesará también de la fecha en ocho días".

Como se ve, en el documento no se cita más periódico de Valparaíso que "El Comercio". Como en el presupuesto fiscal de ese año aparece una partida de ocho mil pesos para suscripciones, ignoramos la fecha en que le fué retirada la suya a **El Mercurio,** pues no hay noticia alguna al respecto en sus números de tal año.

Desde 1850 a 1852 inclusives, no hubo asignación de esa índole; pero, a partir de 1853 y hasta 1858, se restableció con la suma de 16,000 pesos anuales para "publicaciones oficiales y fomento de otras que el gobierno creyera necesarias". En 1859 la cantidad para el mismo objeto se elevó a 40,000 pesos, y desde el subsiguiente año hasta el de 1863 fué de 20,000 anuales. Esta subvención fué rebajada a la mitad durante trece años

consecutivos, y a fines de 1876 se suprimió para siempre del presupuesto tal partida.

No sabemos hasta qué fecha estuvo suscripto el gobierno a nuestro diario. En 1863 la asignación era únicamente "para publicaciones oficiales y auxilio de otras que el Gobierno crea conveniente fomentar", y por eso creemos que **El Mercurio** estaría eliminado de la lista de los favorecidos desde 1849. El señor Tornero, en su "Reminiscencias de un Viejo Editor", al referirse a sucesos de ese año, dice que "un decreto del gobierno retiraba la suscripción a todos los diarios, para reaparecer bajo la presidencia Montt, que decretó la suma de **cuarenta mil pesos para protección de la prensa** (la amiga del gobierno: se entiende, principalmente la del "Ferrocarril")".

Lo estuviera o no, el diario no necesitaba ya apoyo alguno del gobierno en esa época. Tenía vida propia, y además le ayudaban el negocio de librería y el departamento de obras que era de gran importancia. Quizás tendría antes necesidad de él como lo demuestra la siguiente confesión que el señor Tornero hace en su libro de memorias: "Discutiéndose en las Cámaras los presupuestos, un diputado (el señor Palazuelos, si mal no recuerdo), dirigió algunas inculpaciones al "Mercurio", opinando que se le debería quitar la suscripción del Gobierno. El redactor del periódico, que lo era entonces don Miguel Piñero, de acuerdo conmigo, echándola de valiente, cuando estábamos poco menos que ahogándonos, contestó con dureza al discurso del diputado, manifestándole que el "Mercurio" no tenía motivos de agradecimientos por la suscripción que el Gobierno le tomaba, y que, por el contrario, hacía un sacrificio que entrababa, hasta cierto punto su independencia, sujetándose a ciertas exigencias ineludibles de la política gubernativa. El resultado de este acto de valentía, fué que la suscripción quedó subsistente y el mismo diputado increpante felicitó al "Mercurio" por su manera de obrar".

Esto ocurrió en 1842, cuando el señor Tornero se iniciaba en el negocio de imprenta y tenía sobre sí una deuda de 20,000 pesos. Pero no vaya a creerse por esto que el diario no hubiese podido vivir en ese tiempo sin la suscripción fiscal, como probablemente le sucedería en la época de don Tomás G. Wells, según lo manifiesta con alguna exageración el señor Vicuña Mackenna con su peculiar gracejo, en la siguiente frase: "Sin esa suscripción, "El Mercurio" habría ido a estrenar el panteón protestante que acababa de inaugurarse, sin pase del cura, en una colina

lejana, hoy centro del emporio del comercio y su bullicio". (*)

Sin embargo nos resistimos a creer que la ayuda gubernativa le fuera imprescindible en cualquier tiempo. Algunos historiadores han entendido que, gracias a esa suscripción, el periódico pudo sostenerse, pero se les puede demostrar su error haciéndoles considerar que el fisco adquiría el ejemplar a la mitad del precio a que se lo compraba el público, por lo que resulta que, si con éste ganaba, por ejemplo, el veinte o el treinta por ciento, con aquél solo se aseguraba la venta, casi al costo, probablemente, de un buen número de ejemplares.

En un extenso artículo publicado en **El Mercurio** de Santiago del 1.o de enero de 1903 y reproducido en su mayor parte en el del 18 de septiembre de 1910, se dice que en mayo de 1830 "don Ladislao Ochoa se hizo cargo de ese puesto (el de redactor principal) recibiendo como honorario por su trabajo la modesta suma de 75 pesos mensuales y cuarenta de subvención fiscal, que le hacía pagar don Diego Portales, omnipotente Ministro del Gobierno del señor José Tomás Ovalle".

En este párrafo y en el que copiaremos a continuación, tomado del mismo artículo, se confunde el sentido de la palabra **suscripción fiscal** con el de **subvención al editor** para afirmar que el diario era oficial.

"Estudiando las cartas de Ochoa a Portales, escritas desde mayo de 1830 a abril de 1831, se ve claramente que "El Mercurio" era un diario oficial, subvencionado por el Gobierno en las personas de su propietario y redactor, y que éste recibía de Portales sus inspiraciones, principalmente en lo que respecta a establecer un Gobierno fuerte y poderoso en el interior y respetado en el exterior y en preparar al país para que recibiese bien la férrea Constitución del 33".

Si el diario apoyó la política gubernativa de esa época no fué porque el gobierno estuviera suscripto a él, como lo estaba a todos los periódicos que entonces se publicaban, sino porque lo creyó necesario y no porque se le **subvencionara**, cosa que nunca sucedió. Además, lo de que recibiera las inspiraciones de un político que pertenecía al gobierno, tampoco es razón ni autoriza para hacer afirmaciones que, no sólo están lejos de la verdad, sino también de la lógica. No han habido, hay ni habrán periódicos independientes del gobierno que no reciban inspiraciones de un partido o de un personaje influyente.

(*) Este cementerio fué establecido por una sociedad anglo-alemana en el año 1825.

Por último copiaremos a continuación unos párrafos del editorial de **El Mercurio** del 17 de marzo de 1836, porque en ellos están resumidas nuestras propias ideas al respecto y los razonamientos en que las apoyamos:

"Asegura "El Barómetro" que "El Mercurio" es un diario **costeado** por el Gobierno y que lleva el carácter de ministerial. La razón en que se funda para asegurarlo es la siguiente: **que el Gobierno está suscripto a "El Mercurio" por cierto número de ejemplares.** Mucho significa la palabra **costeado** para "El Barómetro" en el presente caso, pero en honor de la verdad ha debido excusarse de emplearla, pues él no puede saber lo que importa para "El Mercurio" esa suscripción. Si, como es probable, la existencia de ella es el único fundamento en que se apoya para clasificar a "El Mercurio" de diario ministerial, serán también ministeriales, en su concepto, todos los demás periódicos a que el Gobierno se suscriba o esté suscripto hoy día, aún cuando se publiquen en países extranjeros, como también todas las publicaciones por la prensa, cualquiera que sea la materia que traten, siempre que en su edición el Gobierno tome cierto número de ejemplares en calidad de suscriptor. Por nuestra parte, entendemos por diario ministerial lo que se entiende por todos en el país: esto es, un papel periódico que publica las deliberaciones del Gobierno con una precedente y expresa declaración del Gobierno mismo por la que le otorga un carácter oficial, para que se tenga por válido y auténtico lo que, por conducto de tal diario, ordene o comunique. Como es racional presumir que el Gobierno tenga solo una opinión sobre un negocio dado, el diario ministerial la emitirá siempre de conformidad, porque su objeto es el de apoyar los actos administrativos. Ahora bien, ¿sabe acaso "El Barómetro" que "El Mercurio" reune esos requisitos? ¿Ignora que frecuentemente ha estado disconforme con los señores editores del "Araucano", el juicio que han formado de algunas operaciones del Gobierno? Si no lo ignora, será necesario creer que "El Barómetro" concibe que el Gobierno y sus órganos **pueden tener dos opiniones opuestas** a la vez sobre un mismo asunto, en cuyo caso le habríamos agradecido que nos hubiese ahorrado la molestia de contestar a su artículo".

Téngase presente que "El Araucano", fundado por don Andrés Bello en 1830, fué siempre órgano oficial del gobierno.

Como si lo expuesto no fuera suficiente, añadiremos que a los dos meses de haberse publicado este escrito apareció otro en el que se decía que "si el redactor de "El Barómetro", que se ha

comedido a estampar ese artículo manejase los libros de contabilidad de la oficina de "El Merçurio", conocería que la suscripción del Gobierno no vale la octava parte de lo que presume para la empresa de este diario".

Con todo lo dicho creemos haber aclarado bien este asunto.

Hubieron otras amenazas de retiro de la suscripción, entre ellas la que provino del ministro don Manuel Camilo Vial, a los pocos meses de expedido el decreto de rebaja de la suscripción e. 1846, ya copiado; pero también esta vez, por la entereza y valentía del inolvidable editor don Santos Tornero no se hizo efectiva.

Lo que verdaderamente le dió vida, lo mantuvo en perpétuo progreso material y lo estimuló moralmente, fué el favor siempre creciente del público lector y del comercio con suscripciones y anuncios. Además, sus talleres de imprenta de obras y de encuadernación y su bien surtidas y selectas librerías le ayudaron, desde mediada su primera época de existencia, a vivir con holgura e independencia.

CAPITULO XI

LA VIDA ECONOMICA DE "EL MERCURIO"

Las principales cualidades que han predominado en todos los editores de "El Mercurio". — Las características económicas de cada época de esta publicación. — La tarifa de suscripción durante el tiempo en que fué periódica. — Número de suscriptores al mes de su salida. — A los tres años de haber nacido se fija la tarifa de anuncios y comunicados particulares de "El Mercurio". — En marzo de 1833 se establece la suscripción mensual. — Los cambios en la tarifa de suscripción fueron siempre precedidos de mejoras materiales. — El suplemento "Precio Corriente" y su importancia comercial. — Las diversas dimensiones del diario y otras particularidades. — Consideraciones acerca de la política económica de los editores de esta época difícil del diario.

El asunto de que vamos a tratar en este capítulo y en otros que de la misma naturaleza irán en sus respectivos lugares, es muy interesante e ilustrativo.

Vamos a dar a conocer las tarifas de suscripciones y de anuncios; los tamaños y calidades del papel empleado; la división de las páginas del diario; las clases de avisos que se publicaron durante su primera época, y otras particularidades sumamente curiosas.

Páselo por alto el lector que no le agrade conocer la vida pecuniaria del prójimo o el que únicamente busque en este libro noticias raras, curiosas e ignoradas, que las hay en abundancia, porque la historia de **El Mercurio** ha sido hasta ahora para todo el mundo como la del fidelísimo servidor que vemos a cada momento durante nuestra existencia pero que la desconocemos por completo porque jamás nos la ha referido él —preocupado siempre en servirnos con diligencia y amor— ni nos ha interesado averiguarla o preguntársela; más al omitir la lectura de esta materia dejará el lector curioso de conocer

una de las fases más singulares de la vida de este periódico, faz que entraña a la vez la modalidad más notable de su carácter.

Desde luego que para el financista y para el historiador esta materia, con sus minuciosos detalles, tiene mucha importancia porque en ella puede apreciarse el progreso lento y regular, pero siempre seguro y firme, de la vida económica de **El Mercurio** en el período más difícil de su existencia.

Por los pormenores podrá verse con qué prudencia comercial procedieron siempre los editores del diario para que no se malograse su quebradiza empresa por excesivo recargo en las tarifas o por meterse en grandes gastos que no podrían ser recompensados, en ninguna forma, por un público que no tenía necesidad perentoria del periódico como el de hoy. También puede notarse por ello que los editores estuvieron atentos en toda ocasión al interés que iba despertando en el público en general y en el comercio en particular, la modesta hoja noticiera que poco a poco se fué haciendo necesaria en la vida del ciudadano.

Cada época económica del diario ha tenido su característica.

En la primera dominó la prudencia ajustándose a las circunstancias forzosas.

En la segunda predominó la energía y la inteligencia para imponerse a gobernantes y a gobernados.

En la tercera prepondera el capital y el talento para mantener el prestigio ganado.

Hecho este breve y necesario preámbulo, entraremos en materia:

Desde el 12 de septiembre de 1827 hasta el 2 de mayo de 1829, **El Mercurio** salía dos veces a la semana — miércoles y sábados o sus inmediatos si algunos de esos días eran festivos — y costaba la suscripción doce reales los trece números, y el suelto un real.

Desde su aparición **El Mercurio** tuvo un buen número de suscriptores, el cual fué aumentando de año en año en grandes proporciones.

A título de curiosidad diremos que en octubre de 1827, al mes de haber salido el primer número, contaba con noventa y cinco suscripciones, según una lista que publicó el periódico por esos días. Entre los suscriptores aparecía la Municipalidad de Valparaíso con ocho ejemplares. Y a propósito de esto, parece que la Ilustre Corporación estaba suscripta a toda o a la mayor parte de la prensa del país, según aviso que se pu-

blicó en **El Mercurio** del mes de noviembre del año que nos ocupa, y en el cual decía ella que iba a suspender "las subscripciones que tiene hechas a todos los periódicos que se publican en la República por el término de un año, por estar ya al concluir sus funciones".

Así como desde el primer número apareció la tarifa para los suscriptores y el precio del ejemplar suelto para los que no lo eran, no se hizo lo mismo para los anuncios y comunicados; únicamente se decía que "se insertarán todos los avisos que se nos dirijan con este fin, aunque sea en cualquier idioma extranjero", pero sin precisar tampoco espacio.

Los anuncios que se publicaron en este período eran de entradas y salidas de naves, de compra y venta de propiedades y de almonedas. La materia de estos avisos estaba ilustrada con viñetas alusivas.

En el primer año los avisos aparecieron en la primera, tercera y cuarta páginas ocupando el total de una.

En todo el año de 1828 y el primer trimestre del subsiguiente en que dejó de ser periódico, los avisos aparecieron en la tercera y en la cuarta páginas, y el espacio ocupado por ellos fué también de una. Además de las clases de anuncios ya enumerados que se insertaron en el año anterior, aparecieron algunos de profesionales, de arriendos de casas y de venta de libros, pero en pequeñísima proporción numérica al de naves.

La página estaba dividida en dos columnas de 26,50 cms. de alto por 8 de ancho.

En un capítulo anterior hemos detallado el medio ingenioso de que se valió don Tomás G. Wells para hacer diario su periódico sin grandes sacrificios pecuniarios y mucha utilidad para él. Como se recordará, cuando **El Mercurio** salía dos veces por semana se publicaba en pliego de papel "florete" — así se denominaba por ser el más recio, blanco y lustroso — de fabricación española o italiana, cuya dimensión, abierto, era de 30.50 centímetros de alto por 20.50 de ancho, igual, con pequeñas diferencias, al de la media hoja de **El Mercurio** actual; pero desde el 5 de mayo de 1829 en que comenzó a salir todos los días laborables hasta el 28 de agosto de 1832, se insertó en una hoja del pliego descripto.

Cuando empezó a salir todos los días no festivos, la suscripción fué de tres pesos los cincuenta números, los cuales solían publicarse en el lapso de dos meses, y el precio del número suelto fué de medio real. Pero tampoco en esta ocasión apareció la tarifa de anuncios, de los cuales se decía que su publica-

ción se haría "en convenio con el dueño de la imprenta". Estos anuncios se estamparon en la segunda página y ocupaban media columna. En este espacio cabían de seis a ocho avisos.

A los dos meses el número de anuncios alcanzó a llenar la columna, y al entrar en el año 1830 se excedió de ella ocupando en el último trimestre columna y media y con frecuencia la página entera. Las clases de los avisos fueron las mismas del período anterior.

Hasta mediados de 1830 no se indicó la tarifa de anuncios, que fué de "un peso por las tres primeras inserciones y de un real por cada una de las sucesivas, siendo del tamaño regular". Este tamaño era de ocho centímetros de ancho (el de la columna) por dos o tres de alto.

Así continuó en todo el año de 1831, hasta que el 28 de agosto de 1832 apareció el siguiente aviso sin título:

"Con este número concluye la suscripción tercera del tomo 7.o de este periódico; y habiendo resuelto publicarlo en pliego entero desde el sábado próximo 1.o del entrante septiembre, anunciamos a nuestros lectores que "El Mercurio" no aparecerá hasta dicho día en su nueva forma".

Por este motivo se aumentó en un peso el precio anterior de tres por los cincuenta números, y así continuó hasta marzo de 1833.

En el breve período de septiembre de 1832 a febrero de 1833, los avisos ocuparon toda la cuarta página y con frecuencia parte de una columna de la tercera. Las clases de anuncios eran iguales a las de los años anteriores.

El 4 de marzo de 1833 cambió de clase de papel y de tamaño. Este fué de 40.50 centímetros de alto por 29 de ancho, el cual fué aumentando paulatinamente hasta terminarse esta primera época económica del diario.

La calidad del papel, en el primer tiempo, era inferior a la de todas las usadas anteriormente.

Por lo que respecta a los anuncios, se indicaba que los que se mandaran desde fuera de Valparaíso se publicarían gratis, de igual manera que, desde el 24 de septiembre, "los que quisieran dirigir los suscriptores, y al precio de un peso, por las tres primeras inserciones, y de un real por cada una de las sucesivas, para lo que no lo son". Además, se admitían gratuitamente también los comunicados de interés público sobre marina, comercio, agricultura, artes, etc.

Desde marzo hasta mayo de 1833 se estuvo publicando el diario en una sola hoja de las dimensiones citadas anterior-

mente. Los avisos se insertaron en la segunda página y ocupaban generalmente las dos terceras partes de ella.

Entonces se dividió la página en tres columnas.

Esta vez no hubo cambio en la tarifa de suscripción, pero sí en la forma de pagarla: en lugar de cuatro pesos por los cincuenta números, se varió por la de dos al mes, o sea por cada veinticinco números. Cinco años antes se había empezado a admitir suscripciones anuales al precio de treinta pesos.

El 7 de junio de 1833 empezó a salir en dos hojas del tamaño indicado antes y en mejor clase de papel, por lo que "el redactor previene a los señores suscriptores — se decía en la indicada fecha — que ha sido indispensable hacer alguna alteración en el valor de la suscripción mensual, y que en adelante será de tres pesos en lugar de 2".

Esta tarifa duró hasta el año 1848.

No fué cambiada la de avisos. Estos aparecieron repartidos en la primera y en la cuarta páginas, más en aquélla que en ésta, pues allí se colocaban los de naves y aquí los de compra y venta de propiedades rústicas y urbanas, arriendos, almonedas, librerías, venta de ganado y algunos anuncios de profesionales.

En este tiempo apareció la página dividida en cuatro columnas.

En el primer tiempo los avisos ocupaban un espacio total de tres columnas, pero al llegar el cuarto trimestre tenía completa la cuarta página y ocupada más de una columna de la tercera.

Desde enero de 1834 apareció el diario con la primera y cuarta páginas casi completas de avisos. En esta última, además de los anuncios indicados antes, excepto los de naves que generalmente se colocaban siempre en la primera, los había de diversas industrias tales como: sillería, tornería, lamparería, etc., y comerciales, como: espermas, aceites, semillas, harinas, y otros artículos de mucho consumo. Al finalizar el año aparecían completas de avisos las páginas indicadas, y casi siempre había media o una columna ocupada en la tercera. Gran parte del espacio total lo llenaba la "Librería del Mercurio" cuando estaba en su mayor apogeo y era la primera en el país.

En este año se introdujo la sección de "Avisos Nuevos", insertada en la primera plana, y en la cual se colocaban los que aparecían por primera vez o pagaban un precio especial.

De esta manera seguía a mediados de junio de 1836, en que dejó las cuatro columnas por página para volver a

tres, y así continuó hasta terminar la primera época económica del diario.

El 31 de diciembre de 1842 cambió el tamaño de 43.50 centímetros de alto por 26.50 de ancho a que había llegado paulatinamente desde marzo de 1833. En esa etapa la variedad de los avisos fué mayor, pues los había de farmacia, formación de sociedades comerciales, anuncios de espectáculos públicos, de centros de enseñanza, rifas, ventas de árboles, de maderas, de ganado y avisos judiciales. En este tiempo siempre aparecieron la primera y cuarta páginas completamente ocupadas con avisos. Los de la sección "Nuevos" se insertaban en la tercera.

El 1.o de marzo de 1839 se indicaba la misma tarifa de anuncios, pero limitándolos en esta forma: "los que pasen de doce líneas de extensión, así como los comunicados que versen sobre materias particulares, pagarán por separado, según lo que se ajuste". Esta tarifa duró hasta el año 1842.

Como el comercio de la plaza iba cobrando rápidamente mucha importancia y el movimiento de su puerto aumentaba considerablemente, el diario comenzó a publicar cada mes, allá por el año 1835, una hoja con el título de **Precio Corriente** que contenía la internación y exportación completa por Valparaíso durante los treinta días precedentes a la publicación de esta lista.

No hay duda que este periódico fué muy bien acogido por su mucha utilidad, puesto que comenzó a salir todos los sábados desde el 1.o de octubre de 1838. **El Mercurio** anunció su aparición en esta forma:

"La Oficina que publica nuestro diario ha principiado a exhibir un "Precio Corriente por Mayor" que por su forma, la elegancia y claridad de su edición, y el número de noticias comerciales que reconcentra en un breve espacio, ofrece ventajas patentes al comercio de esta plaza y a todos los señores negociantes de otros puntos que tienen relaciones directas con este mercado.

"La edición se ajusta en un pliego de papel fino de cartas, en la cual la primera y segunda páginas están ocupadas por la nota de los precios corrientes en los principales artículos de importación y exportación, la lista de los buques existentes en este puerto, cuadro del movimiento marítimo que ha tenido lugar en los ocho días precedentes al día en que se publique el "Precio Corriente", como también del movimiento de aduana en esos mismos días. La cuarta página está ocupada por un resu-

men abreviado de todos los conocimientos esenciales sobre derechos de puerto, pesos y medidas, y sobre el comercio de tránsito, como igualmente los fletes y cambios sobre los principales mercados. La tercera página se ha dejado en blanco para las notas manuscritas o cartas de remisión, y en la cuarta, el espacio suficiente también en blanco para sobre, si se quiere remitir el "Precio Corriente" en forma de carta".

Las condiciones de suscripción eran: por un ejemplar, dos reales; por seis a real y medio cada uno, y por doce a razón de a real. Para los no suscriptores el ejemplar valía dos reales y medio.

Si el lector ha ido teniendo presente, al entrar en una etapa, el estado de la anterior, habrá notado que los editores que sucedieron a Wells daban al público más de lo que pedían al aumentar las tarifas. Cada una de estas innovaciones, como se ha visto, iba precedida de mejoras que importaban mayores desembolsos que el total del ingreso que ellas podían proporcionar durante un largo tiempo. Como muestra de esta política económica, léase lo que se decía el 1.o de marzo de 1839 al final del editorial:

"Deseando la nueva empresa de "El Mercurio", no sólo conservar el pequeño crédito de que goza en el día, sino aumentarlo cuanto sea posible, ora sosteniendo el decoro, imparcialidad y justicia que presidió siempre a su redacción; ora ofreciendo palpables mejoras artísticas a sus lectores sin que se altere el precio de la suscripción, ha preparado la edición de este diario y la ejecutará desde hoy en papel y tipos de primera calidad, según lo manifiesta el presente número".

Esto denota que, a pesar de estar siempre sujetos sus editores a una prudencia digna de industriales inteligentes, tenían confianza en el buen éxito que a la larga habían de alcanzar.

Ninguno, excepto el editor norteamericano citado, que tuvo la suerte de aprovecharse bien de una ocasión única, pudo hacerse rico. La demostración la tenemos en que hubieron de apelar, para sostenerse sin estados angustiosos, a industrias congéneres que quizás daban mayores rendimientos: la impresión de obras y las librerías.

CAPITULO XII

LA AYUDA ECONOMICA DE LA IMPRENTA Y LA LIBRERIA

Los verdaderos sostenedores de la prosperidad económica del diario. —Trabajos que hizo la "Imprenta del Comercio", de don Pedro Félix Vicuña, fundadora de la de "Wells y Silva". — "El Lucero o Almanak Chileno" creado por "El Mercurio" en 1827. — Las obras más importantes que hizo la imprenta del diario en su primera época. — Las evoluciones de los almanaques publicados por "El Mercurio". — La importancia del "Almanaque de escritorio, Comercial, Político y Civil" del año 1840. — La Empresa, didirigida por don Manuel Rivadeneyra, se decide a fundar la sección editorial. — Texto interesante donde se expone el estado de la industria del libro en Chile. — Comienza el departamento editorial sus labores con la publicación de la revista enciclopédica "Museo de Ambas Américas". — Impresión, por cuenta de "El Mercurio", de la colección de artículos de "Fígaro", en cinco volúmenes. — Nuestro diario fué el fundador del primer establecimiento de librería que hubo en Chile. — Aclaraciones sobre lo que dice que el señor Tornero acerca de las librerías del país.

La suscripción del gobierno a doscientos o a ciento cincuenta ejemplares de **El Mercurio** durante unos veinte años, ha dado margen a bastantes publicistas para fantasear.

Unos han supuesto que, sin esa suscripción, el diario no hubiera podido subsistir, y otros han creído que porque la empresa periodística cobraba al fisco—sin averiguar si lo que cobraba era o no el precio de tarifa—el valor de su producto, la palabra **suscripción** debía ser en este caso sinónima de **subvención.**

Estos escritores han creído sinceramente estas teorías, y para sostenerlas con visos de lógica han apelado al socorrido argumento de que raras fueron las publicaciones periódicas de esa época no subvencionadas, que alcanzaron a salir más de dos o tres años seguidos. Pero pocos han sido los que han pensado que su gloriosa longevidad podría provenir de su programa independiente, que tantos partidarios tu-

vo, y ninguno se ha fijado en que su perpétua prosperidad se debió, en parte de su primera época y toda la segunda, a la ayuda pecuniaria que recibió con la impresión de obras. con la encuadernación de libros y con las librerías que sus editores poseyeron en Valparaíso, Santiago y otras ciudades importantes de la República. No han visto esto, y, sin embargo, esas tres industrias, que produjeron siempre buenas utilidades, fueron las que sostuvieron con holgura al periódico por espacio de cuarenta años.

Hemos dicho en el **Preliminar** de esta historia que don Benjamín Vicuña Mackenna "es culpable de que durante medio siglo se hayan dado continuamente noticias inexactas respecto a la fundación de **El Mercurio**".

Cierto es que en varias de sus obras dice que su señor padre fué fundador y primer redactor del periódico y hasta llega a indicar en una de ellas que también fué propietario de la imprenta en que éste se imprimió en 1827, pero jamás dió detalles especiales de todas esas interesantes noticias, ni menos mencionó "las circunstancias de la instalación de la primera imprenta que tuvo Valparaíso en 1824 y que sirvió para fundar la de **El Mercurio**".

Parece que han sido muy pocos los autores que han tenido en cuenta sus noticias, toda vez que los que citamos en los capítulos II y III de esta parte de nuestra historia y otros más que podríamos indicar y que escribieron sobre lo mismo con posterioridad a él, discrepan lamentablemente. Ello ha sido debido a la manera vaga unas veces y ambigua otras con que siempre dió sus noticias. Donde debió de haberlas expuesto adornadas con toda clase de detalles y no lo hizo, fué en el artículo que escribió en 1877 con motivo del cincuentenario de la fundación de **El Mercurio**, cuyo trabajo consultamos con preferencias a los demás que sobre la materia escribió don Benjamín.

Aquel taller primitivo se denominó "Imprenta del Comercio", cuyo nombre lo cambió por el de "Wells y Silva" cuando salió nuestro periódico.

Antes de la aparición de **El Mercurio**, la "Imprenta del Comercio" de don Pedro Félix Vicuña hizo algunos trabajitos particulares de diversa índole aparte de los tres periódicos precursores de nuestro diario y de los cuales hemos hecho mención en otro lugar. Entre esos impresos citaremos el "Boletín de la batalla de Ayacucho", librada el 9 de diciembre del indicado año: el "Manifiesto del sargento mayor don Estanislao Martínez, con motivo de su destierro por Bolívar", y cuantos trabajos de imprenta necesitaría el señor Vicuña y probablemente otros comerciantes.

El 22 de diciembre de 1827 apareció el siguiente aviso de una obra impresa en los talleres del periódico:

> **EL LUCERO:**
>
> —— O ——
>
> **ALMANAK CHILENO**
>
> PARA EL AÑO BISIESTO
>
> **1828**
>
> **Décimo-Nono de nuestra Independencia**
>
> Dara una breve idea de la Geografía de Chile.— Una lista Civil de los empleados de Valparaiso.— Los cálculos náuticos de los meses del año.— Y al fin una cronología general de las épocas más notables, desde la creación del mundo hasta el estado presente.
>
> (Dibujo de una esfera)
>
> **Revisado y corregido, según la Constitución Gregoriana, año de 1582.**
>
> **IMPRENTA DEL "MERCURIO" DE VALPARAISO, POR WELLS Y SILVA.**

Este almanaque estaba calcado en el modelo de los que el impresor don José Camilo Gallardo había publicado desde 1814 hasta 1820, y los que hicieron después otros impresores, hasta que **El Mercurio** lo reformó introduciéndole poco a poco nuevas e interesantes secciones que lo hicieron tan útil como necesario al comercio y al público en general.

En los últimos años de la primera época se le cambió el nombre por el de "Almanaque de Escritorio, Comercial, Político y Civil". He aquí el contenido del que se preparó y editó para el año 1840:

"Eclipses.— Leguario de Chile.— Aduana.— Almacenes de

depósito y comercio marítimo de tránsito.— Derecho de tránsito.— Manifiestos por mayor.— Manifiestos por menor.— Descarga de buques.— Almacenes particulares.— Visita de fondeo.— Reembarcos.— Trasbordo.— Registros y salidas de buques.— Internación.— Avalúos.— Derechos de internación.— Artículos prohibidos. — Id. libres de derecho de internación. — Id, que pagan el 5. 10, 15, 30 y 35 por ciento, y los derechos fijos que pagan el trigo y harinas extranjeros.— Derechos de puerto.— Id. de importación de frutos del país.— Situación de los extranjeros en Chile.—Ultimas voluntades y sucesión testamentaria. — Requisitos para naturalizarse.— Principales funcionarios de la República.— Agentes diplomáticos y consulares en Chile.— Id. idem chilenos en el extranjero.— Pesos y medidas.— Monedas de oro y plata.— División política, administrativa y resumen de la población de Chile.— Estado físico del territorio de Chile.— Gobierno de Chile.— Poder judicial.— Consulado de Valparaíso.— Razón de los subdelegados e inspectores de Valparaíso.— Tabla de reducción de onzas. — Diligencias que hay que correr para obtener pasaporte.— Trámites para correr pólizas en la Aduana."

Durante muchos años se estuvo publicando este almanaque, cada vez mejorado, aunque con distintos nombres, entre ellos el de "Almanaque Comercial y de Oficina" que le puso el señor Tornero, quien, además, compuso y editó otro denominado "Almanaque enciclopédico pintoresco", ilustrado con láminas, cuyo primer número apareció en 1855. Esta obra fué imitada después por algunos impresores del país.

A partir de la salida de "El Lucero" no pasó año sin que salieran de los talleres de **El Mercurio** algún folleto o libro más o menos voluminoso. En 1836 imprimió "Reflecciones sobre las causas morales de las convulsiones interiores de los nuevos Estados americanos, y examen de los medios eficaces para reprimirlas", por don José Ignacio de Gorriti, obra de 269 páginas en 4.o mayor.

Los dueños de la imprenta vieron que los **remiendos** eran una fuente perenne de buenas entradas, y decidieron dotarla de cuantos elementos necesitaba para ejecutar toda clase de trabajos, como se comprende por este aviso publicado a principios de 1839:

"IMPRENTA DEL "MERCURIO". — Este establecimiento acaba de recibir un elegante surtido de tipos y prensas nuevas, y se halla en estado de desempeñar las obras más finas y delicadas que se le encargaren, contando para ello con operarios y materiales de primer orden. Los señores comerciantes encontra-

rán en esta imprenta toda facilidad para la pronta ejecución de **conocimientos, letras, circulares, precios corrientes, pólizas, etc."**

Y no sólo hicieron trabajos comerciales sino de publicaciones periódicas y de obras voluminosas por cuenta de editores y autores. Entre ellas citaremos "Curso Elemental de Geografía Moderna" para la instrucción de la juventud, por D. T. G. C., de 113 páginas en octavo mayor francés; y "Sociedades Americanas", por don Simón Rodríguez, que se publicó en cuadernos de diez pliegos en 8.o, "algo más o menos para no truncar los capítulos, en tipo nuevo y papel fino".

En este estado se encontraban los talleres tipográficos cuando llegó a ellos don Manuel Rivadeneyra, aquel andariego tipógrafo español que acababa de demostrar en Santiago su genio artístico manejando la vieja prensa y los gastados tipos de "El Araucano" con tal habilidad de mago, que asombró a los anticuados y rutinarios tipógrafos chilenos, discípulos de los amanerados maestros norteamericanos que tuvieron, y los encauzó por una era de renovación artística de la que no se apartaron hasta que una de nuevos progresos en maquinarias, materiales y procedimientos marcó otra etapa en la tipografía chilena.

Como nos proponemos poner de manifiesto cuánto en pró del progreso espiritual y material de Chile ha hecho **El Mercurio** en su larga existencia, no podemos resistir a la tentación de copiar casi por entero el interesante artículo en que el nuevo dueño de la imprenta manifestó, en julio de 1841, sus propósitos de fundar una sección editorial con el fin de dar a conocer las obras más convenientes que ayudaran a enriquecer los conocimientos científicos, artísticos y literarios del país. Lo copiaremos casi por entero porque en él se indica el estado en que se encontraba la industria editora en Chile frente a las de otros países de la América Española, y para que se pueda comparar después con el desarrollo que adquirió en tiempos de don Santos Tornero:

"Con motivo de la publicación que por suscripciones se hace en Santiago de la obrita que anunciamos con el título de "Vindicación de la República Argentina", ocúrresenos echar una ojeada sobre el estado de la impresión de libros en nuestra República: y nos es sensible observar que esta industria que serviría para apreciar el grado de cultura y la importancia que en ella se da a los libros que sirven de alimento al espíritu y de vehículo a la difusión de las ideas, está aún en su infancia, prolongando por su atraso el de la instrucción general, medio único de realizar de una

vez los fines a que conspira la forma de Gobierno que hemos adoptado, que consiste en la participación de los bienes de la asociación por el mayor número de asociados. La ignorancia manteniendo el ánimo encorvado bajo su yugo, ahoga todo sentimiento elevado y generoso, y predispone a la servidumbre; por el convencimiento mismo de su propia impotencia y desvalimiento.

"No conocemos publicación alguna de una regular extensión que haya podido efectuarse hasta ahora en el país, debido a lo costosa que es siempre una impresión, circunstancia que no es relativa a las dificultades inevitables que rodean la introducción de un nuevo ramo de industria en pueblos nacientes, sino que es común a todos los países; habiendo en Europa motivado el fácil expediente de las impresiones por suscripción, con cuya ayuda se han logrado inmensas ventajas, no habiendo obra por extensa y costosa que sea que no pueda ser publicada, y esto a precios muy acomodados.

"En algunas ciudades de América la impresión de libros empieza a ser un ramo de industria nacional, e independiente de los tratados elementales, que para las necesidades de los establecimientos de educación se imprimen, se han dado al público considerable número de obras ya originales, ya traducidas, que contribuyen de un modo influyente y poderoso a difundir los conocimentos, entre un gran número de lectores; porque es de notarse que aunque hayan todas las facilidades apetecibles para la introducción de libros impresos en Europa, a más del inconveniente del corto número de ejemplares que se introducen de cada obra, hay otro y muy esencial que consiste en no acertarse a traer aquellos que, por su corto volumen y sana instrucción, interesaría difundir por todo el territorio de la República. Cualquiera que haya tenido ocasión de viajar por las diversas ciudades y villas de las provincias, habrá observado con sentimiento la escasez de libros y su poca circulación, limitada a un reducido círculo de jóvenes; no careciendo las novelas entre los pocos libros que se hacen notar, de un alto y casi exclusivo predominio. Con esta completa falta de lectura y de las ideas que ella despierta o hace nacer, con este abandono de espíritu, que pone a la generalidad de nuestra gente fuera del movimiento de las ideas, ¿es extraño que se observe la completa indiferencia por el bien público, y la apatía que nos distingue? ¿Hay razón para admirarse de los pocos progresos que hacen la agricultura, las artes o las ciencias, cuando no se ponen en ejercicio los únicos medios de mejorarlas que son la aplicación a nuestras necesidades, de los adelantos que a cada momento y con asombroso

progreso hace la humana inteligencia en las sociedades europeas?

"En vano nos afanaremos por mejorar nuestras habitudes coloniales, en vano deploraremos nuestro atraso si no ponemos todos nuestros conatos en la difusión de las luces, y de los medios de obtenerlas. Franklin, fundando un periódico, estableciendo una sociedad de lectura, hizo tanto por la emancipación norteamericana como un ejército o una victoria de los patriotas. Se dictan leyes que favorezcan el desarrollo del pensamiento, pero ellas son nulas en sus efectos, se embotan por sus esfuerzos inútiles y caen en desuso. ¿Queréis que la prensa ejerza su influjo sobre los ánimos del mayor número posible? Preparad lectores: porque sin ellos, la prensa será una arma sin filo, un grito para sordos.

"Preciso es formar la razón pública: y esta es la tarea de las discusiones parlamentarias, de la prensa y de las opiniones individuales.

"Contribuir a esta grande obra, trabajar en ella sin cesar, es el deber de todo hombre que siente latir su corazón a los solos nombres de civilización, libertad y progreso. Los escritores del siglo dieciocho, haciendo una asombrosa emisión de libros que inundaron de ideas nuevas a todas las clases de la sociedad, prepararon e hicieron necesario todo el grande movimiento en que terminó su época, y echaron los indestructibles fundamentos del que en una inmensa escala ha emprendido el subsiguiente siglo. Empresa semejante tienen que acometer los patriotas de América. La espada destruyó los obstáculos materiales que se oponían al establecimiento de la libertad; mas quedan otros invisibles porque carecen de forma, ocultos porque están aposentados en nosotros mismos, pero que por eso no obstan menos a la realización de la grande obra comenzada en 1810. Ideas. He aquí en conjunto todo lo que falta para la reconstrucción del nuevo edificio social.

"Aprovechando, pues, las disposiciones favorables que el público manifiesta, y apreciando el momento presente como el más oportuno para principiar los trabajos que la necesidad primera de la República demanda, nos proponemos hacer algunas publicaciones, escogiendo para obtener los apetecidos resultados aquellos libros que gozan de una merecida reputación, y que sean de una utilidad reconocida, tanto por su moralidad como por la buena elección de ideas que contengan.

"Esperamos que los buenos ciudadanos contribuyan con sus

esfuerzos a la feliz realización de nuestras miras, justificando nuestro concepto, de que ya es llegado el momento de dar en el país un grande y nuevo impulso a la prensa, saliendo del limitado y efímero círculo del folleto o el periódico. Si no nos es dado rivalizar en comodidad de precio y brillo de ejecución con la prensa extranjera, podemos al menos prometernos hacer cuanto las circunstancias locales permitan; dando principio por nuestros esfuerzos a una serie de progresos que traerán muy pronto la perfección, con provecho del país, y ventaja de la ilustración."

Y dió principio el altruista editor a tan laudables propósitos comenzando a los pocos meses a confeccionar una primorosa obra con los artículos del célebre escritor español **don José Mariano de Larra**, tan conocido por el seudónimo de "Fígaro". La publicó en cinco tomos y fué reputada como la mejor que se había hecho en España y América.

Al final del prospecto que en el mes de septiembre de 1841 anunciaba la próxima salida de esta interesante obra literaria, se decía:

"Provista esta imprenta de abundantes y selectos medios, se propone rivalizar con las impresiones europeas, y dar esta muestra de los progresos que el arte de la tipografía hace en nuestro país, y así es como los hombres que se sienten interesados en el progreso de Chile contribuyen, por su parte, a realizar una de las primeras publicaciones que de alguna extensión se han dado a luz."

En efecto, la labor que hizo el señor Rivadeneyra en esta obra fué muy superior a la de Madrid, también en cinco tomos, la cual sirvió de original pero no de modelo.

Antes de emprender este trabajo ya había demostrado lo que podía hacerse en el ramo de obras con su "Guía de forasteros en Chile", aparecida en febrero de 1841 e impresa en los talleres de **El Mercurio.** Esta obrita era tan completa como las mejores que de su género se publican en la actualidad en Europa y América, según deducimos por el sumario de ella. Fué compuesta por don José V. Lastarria por encargo especial del señor Rivadeneyra.

El 1.o de abril de 1842 apareció el primer número de la revista literaria semanal "Museo de ambas Américas", editada y redactada por el célebre literato colombiano don Juan García del Río. Tuvo alguna aceptación en un principio, pero no el suficiente para cubrir los gastos, y dejó de publicarse en diciembre del mismo año porque los 249 suscriptores que tuvo en la época más

floreciente quedaron reducidos a 200. Su colección formó un volumen de tres tomos en 4.o que luego se vendía encuardenada en la "Librería Española" de Santos Tornero.

Al poco tiempo pasó la imprenta a manos de este industrioso y emprendedor editor español, quien empezó a explotarla desde el primer instante con el entusiasmo de la juventud, los anhelos del que desea salir de una cuantiosa deuda y las ilusiones del que quiere triunfar en la empresa en que se ha metido.

De la importancia que cobró esta imprenta al convertirla el señor Tornero en editora de obras de todo género, y en particular de instrucción primaria y de novelas populares, trataremos más adelante. Ahora debemos dar cuenta, para terminar este capítulo, del negocio de libros y artículos de escritorio que durante algunos años de esta época primera tuvieron los dueños de **El Mercurio.**

Se ha dicho siempre que se ha tratado de la historia de la librería en Chile, que don Santos Tornero fué fundador, en el país, de esta clase de establecimientos porque, como él mismo dice en su libro de memorias, "las pequeñas tiendas, las mercerias, y aún los despachos de comestibles, eran los lugares donde los libros se expendían. Sus dueños compraban cajón por cajón como se compra una jaba de loza". Los libros se vendían por aquel entonces, "**a tanto el volumen,** chicos o grandes (y de éstos venían pocos), contándose por volúmenes los silabarios, catecismos, novenas, etc. El precio de tres a cuatro reales era el corriente de cada volumen y nadie pagaba más".

"Sin embargo, agrega el distinguido editor, debo de consignar aquí que, cuando yo llegué a Chile, la imprenta del "Mercurio" tenía una pequeña librería".

En efecto, desde la fundación de este periódico se empezó a vender en su oficina los pequeños trabajos de índole comercial que imprimía su imprenta y, además, varios periódicos de Santiago. En junio de 1831 se expendían "fórmulas de manifiestos por menor, pólizas, conocimientos en inglés, francés y castellano, tablas para reducción de doblones, compendios de gramática castellana, silabarios, cartillas y reglamentos de Aritmética, etc."

El 13 de julio de 1832, apareció un aviso de venta de libros "en la oficina del Mercurio". La lista contenía más de cuarenta títulos entre obras de enseñanza superior, literatura, artes, ciencias; filosofía, jurisprudencia, diccionarios enciclopédicos, etc., etc. Pocos días después se publicó otra lista que contenía más de cien obras de todas clases.

En marzo de 1833 se abría en la oficina del diario un despacho de libros en español, francés e inglés, y se avisaba que los que quisieran encargar obras a Europa podían hacerlo por mediación de ese despacho. En este año aparecían con frecuencia la primera y parte de la segunda páginas ocupadas con listas de las obras de todo género que tenía en venta. Algunas de estas listas contenían más de doscientos cincuenta títulos.

El 2 de septiembre del ya indicado año apareció el primer aviso con el nombre de "Librería del Mercurio", y en 1834 (cuando llegó el señor Tornero a Chile) el surtido de libros era tan grande como variado. Por esta causa se habilitó un departamento del local de la imprenta con el exclusivo objeto de venderlos junto con artículos de escritorio, papeles para dibujo, y métodos y piezas de música. Este negocio fué prosperando año por año. De vez en cuando publicaba **El Mercurio** páginas enteras con catálogos de las obras nuevas que, en diversos idiomas, se recibían constantemente de Europa y América.

Mientras tanto la imprenta iba tomando la importancia que le correspondía, no sólo como taller para diario, sino para obras de diverso género como ya se ha podido ver. Quizás por este motivo fué que, a principios de 1838, se trasladó a otro local más amplio, y quizás también fué necesario vender la librería, como sucedió, para poder atender con mayor cuidado la imprenta que era lo que más importaba desde el punto de vista económico La primera quedó en el local "que ha ocupado por cinco años consecutivos, anexo a la tienda de don Agustín Moyano", situado en la calle de la Aduana (hoy de Prat), y la segunda con la oficina de redacción, fué a la plaza de la Justicia.

En este año era la librería de **El Mercurio** tan completa para aquel tiempo como la más surtida que actualmente haya en Chile. Esto puede comprobarse leyendo las extensas listas de obras de fondo que tenía en venta y que publicaba con frecuencia el diario.

El establecimiento pasó en un breve lapso a nuevos dueños, y muy pronto dejó de tener la importancia de cuando era propiedad de la Empresa periodística.

Quede constancia, pues, de que la primera librería que por su extenso número de obras mereció el nombre de tal en Chile antes de que el señor Tornero estableciera las suyas, fué fundada por **El Mercurio**. El famoso editor tiene la gloria de haberle dado a esta clase de comercio mucho impulso y gran extensión en el país.

CAPITULO XIII

LA TIPOGRAFIA EN "EL MERCURIO"

Breve reseña histórica del arte de la imprenta en Chile desde su implantación hasta 1827. — Las aptitudes profesionales del tipógrafo norteamericano don Tomás G. Wells. — Los tipos empleados en "El Mercurio" primitivo. — La prensa en que se imprimió el periódico estaba en Valparaíso desde 1824. — Circunstancia imprevista que impidió que el texto del primer número saliera en el orden acostumbrado en aquel tiempo. — Esta época tipográfica del periódico tuvo dos etapas. — Hasta mediado el año 1843 el periódico se denominó, primero, "Mercurio de Valparaíso", y después "El Mercurio de Valparaíso". — Los continuos cambios tipográficos de la cabecera del periódico. — En los primeros números del mes de septiembre de 1827 se estampó sobre el título un escudo nacional extranjero. — Las diversas innovaciones que experimentaron las páginas en esta época. — Esta termina con un débil intento de renovación tipográfica. — La numeración de "El Mercurio" en su primer tiempo.

No estará demás ni será impertinente, al tratar de la parte tipográfica de **El Mercurio**, que digamos algo, a guisa de breve preámbulo, del arte de la imprenta en Chile desde su introducción hasta la llegada al país del tipógrafo español don Manuel Rivadeneyra, ya que con éste y el emprendedor editor don Santos Tornero las artes gráficas chilenas le deben a este diario mucha parte del impulso que recibieron para colocarse, en paulatina y continua ascensión, en la envidiable altura en que actualmente se hallan.

El por qué no hubo imprenta para el servicio público en el reino de Chile desde algunas de las épocas en que se estableció ésta por reales órdenes en México (1540), Perú (1584), Santo Domingo (1600), Paraguay (1715), Tucumán (1766), Buenos Aires (1780), y otros puntos de la América Española, es tema secundario a la índole de esta historia particular del diario.

En el último tercio del siglo XVIII se hicieron en Santiago

algunas impresiones a mano, o sea sin prensa según declaraba don Benjamín Vicuña Mackenna al ministro de Instrucción Pública al entregarle cinco hojas impresas que había recibido de don Bartolomé Mitre en 1882: "En sí, estos preciosos testimonios del arte nacional no tienen importancia intrínseca de ninguna especie, porque constituyen simplemente la reglamentación interior de la Recolección Dominicana; pero tanto para el general Mitre como para el que suscribe, no cabe la menor duda que esas piezas fueron impresas en Santiago en el claustro de la Recoleta Domínica en el referido año (1783), y con tipos traídos probablemente de Lima o de Buenos Aires".

A título de curiosidad daremos a conocer el texto del impreso chileno más antiguo de que se tiene noticia, pues aunque no indica la fecha del acto que en él se consigna, el señor Medina logró, tras prolijos cálculos cronológicos, fijarla en el del día 5 de marzo de 1780:

"El Ministro protector del Real Colegio Carolino de esta ciudad, suplica a usted se sirva asistir a la misa y función que se celebrará el domingo 5 del corriente, a las nueve de la mañana; en la capilla del mismo colegio; en acción de gracias por el digno plausible ascenso del excelentísimo señor don Agustín de Jáuregui, P. Gov. y capitán general de este reino y vicepatrono de dicho Real Colegio".

Parece que el material con que se compuso este documento y el que menciona el señor Vicuña Mackenna pertenecía a una imprenta que varios años antes había traído del Perú, para su exclusivo servicio, el oidor don José de Rezabal y Ugarte, quien "tenía fundado todo su anhelo en la educación de uno de sus hijos y había querido que éste rindiese un examen público ante los doctores de la Universidad de San Felipe con todo el esplendor posible, y al efecto, logró que un impresor, cuyo nombre no ha llegado hasta nosotros, compusiese en caracteres de molde la tesis que iba a sostener su hijo", como dice don J. Toribio Medina, en su "Bibliografía de la Imprenta de Santiago de Chile".

La parte de la imprenta del señor Rezabal que no fué a parar a la Recoleta Domínica, pasó a poder de don José Camilo Gallardo, bedel de la Universidad, en cuyo local instaló un tallercito.

El señor Gallardo fué el primer tipógrafo chileno conocido, y de él se conservan en la Biblioteca Nacional varios de sus trabajos, entre ellos dos de los hechos en los años 1800 y 1801, considerados los mejores de cuantos se le conocen.

Con la traída (en noviembre de 1811) de la imprenta de la "Aurora de Chile", vinieron los tipógrafos norteamericanos Samuel Burr Johnston, Guillermo H. Burbidge y Simón Garrison, quienes, al dejar de publicarse el primer periódico que redactó Camilo Henríquez, abandonaron la profesión en el país.

Don José Camilo Gallardo trabajó en esta histórica imprenta.

En ella aprendieron la tipografía don José Benito Herquíñigo y don Eusebio Molinare. Este y Gallardo continuaron el oficio en "El Monitor Araucano", periódico sucesor de la "Aurora de Chile" y fundado en 1813; pero el señor Herquíñigo lo tuvo que abandonar por diversas causas. De otros tipógrafos chilenos de algún mérito en aquella época no se conocen hoy los nombres.

Por consiguiente, después del desastre de Rancagua el arte tipográfico quedó vegetando y estacionario en manos de los señores Gallardo y Molinare, y de sus pésimos discípulos. Esto trajo por secuela, poco después, una gran decadencia que está descrita con alguna severidad por don J. Toribio Medina en el siguiente párrafo: "La mala calidad del papel empleado, las letras mal aplanadas, los errores de caja, todo demuestra en la impresión de la **Gaceta**, una falta de atención de parte de Gallardo".

Si se compara la colección de la "Aurora de Chile" con la de los primeros años de **El Mercurio**, se nota a simple vista que el arte no había adelantado mucho en el lapso de veinte años, y que tanto los norteamericanos que vinieron en 1811 como el que compuso los primeros números de nuestro diario, que fué el señor Wells, no eran artesanos de primera categoría.

Don Tomás G. Wells se esmeró mucho en la impresión, en el ajuste de las planas y en la elección de la calidad del papel, que probablemente sería italiano o español; pero en lo que respecta al buen gusto en la combinación de tipos en los anuncios comerciales y aún en los títulos de las gacetillas y en otros detalles que nota a simple vista un entendido, no reveló el cofundador de **El Mercurio** ser un artista en la verdadera acepción de la palabra. Por desgracia, tampoco dejó un discípulo mediano que pudiera siquiera continuar en la publicación el aspecto discreto, monótono e invariable que le dió ese impresor desde un principio.

No tenemos ninguna predisposición contra el señor Wells, pero han sido tantos los elogios que le han tributado escritores profanos en tipografía y en materias relacionadas con el perio-

dismo, que ello nos obligó a examinar también esta parte de sus actividades, y experimentamos la misma decepción que hemos expresado en otro capítulo acerca de su labor en **El Mercurio.**

Si alguien quisiera hallar una disculpa a esa carencia de gusto artístico y a esa mediocridad técnica que se nota en toda su obra a la escasez de material y a la poca variedad de tipo para las combinaciones en títulos y anuncios, esa disculpa, en un aficionado a la tipografía, es un recurso demasiado pobre. No hay arte que exija menos riqueza y variedad en sus materiales que éste cuando la mano que los maneja es sabia, espiritual y artista.

¿No han repetido con don Santos Tornero todos los historiadores que se han ocupado de la imprenta chilena que cuando don Manuel Rivadeneyra se hizo cargo de los talleres de "El Araucano" este periódico "apareció como vestido de nuevo, como si se hubieran empleado nuevos tipos cuando eran los mismos, completamente remozados por la mágica mano del inteligente impresor"? De un trozo de piedra destinado a servir de graba en la carretera y de un tosco tronco, que sería convertido en leña, ¿no han salido esculturas maravillosas en las manos de Berruguete y Martínez Montañés, como diría Pero Grullo?

Desde el primer número notan los entendidos que hay tipo nuevo y tipo algo usado, más de aquél que de éste; pero la impresión fuerte con papel humedecido y el buen cuidado que se debió tener para no mezclarlo durante la distribución, se pudo disimular casi siempre la pequeñísima diferencia de alzada de uno y otro.

Para un periódico de las dimensiones de éste, habían suficientes fundiciones y no poca variedad de tipos.

De los usados en la lectura los había:

De 12 puntos.
De 9 puntos.
De 8 puntos.
De 12 puntos (cursiva)
De 8 puntos (cursiva)

De los tipos empleados en títulos y anuncios, los había:

De 24 puntos, que servía para el título del periódico y era parecido al que hoy se denomina romano.

De 12 puntos, de la misma familia del anterior

Otro juego de dos, del modelo calado

De 15 puntos, breviario, y

De 12 puntos, breviario.

Otro juego negro de 12 y de 9 puntos.

Además, habían regletas simples y dobles para corondeles, medias cañas, manecillas, bigotes y viñetas de naves valeras de distintos tamaños.

Las fundiciones eran pequeñas pero muy completas y adaptadas al idioma español; mas su variedad y número, en lo que respecta al tipo de lectura, eran suficientes para el servicio del periódico si se tenía cierta prudencia que, por circunstancias imprevistas, no se pudo tener en el primer número.

Parece que éste estaba, si no todo, la mayor parte confeccionado cuando sobrevino la sensacional noticia del asesinato cometido en el teatro por un oficial de la marina inglesa en la persona del sargento chileno don José María Muñoz. En efecto, no hay duda que un artículo firmado por "El Pescador" y que ocupa toda la cuarta página y parte de la tercera, estaría destinado para la primera, puesto que trata de la iniciativa de crear en Valparaíso una escuela de náutica. Este escrito está compuesto con tipo 12, que era el que se empleaba generalmente en la prensa nacional para las cuestiones de interés público. En esa época el papel venía cortado en pliego y los impresores acostumbraban a imprimir antes la primera y cuarta páginas y, con el material de ellas, completar lo que faltara en la segunda y tercera para imprimirlas después. Cuando los editores de **El Mercurio** se decidieron a lanzar el primer número, se encontraron con que tenían que colocar en la primera plana la noticia del asesinato, la cual compusieron con tipos del 12 y del 10, y se vieron obligados a colocar los avisos en la tercera página para poder hacer el llamado "retiro" con el tipo empleado en el "tiro", o sean la primera y cuarta páginas, el cual salió completo de lectura. En los sucesivos números siempre se estamparon los avisos en la cuarta página, como de costumbre, y, si había para más, en la tercera.

En esta primera época del diario se notan bien marcadas dos etapas tipográficas.

La primera duró hasta mediados del año 1833, poco después de la partida del señor Wells a Estados Unidos. Durante ella no hubo aumento de tipos. La composición estaba bien ajustada; los cuadros estadísticos aparecían regularmente hechos, y la monotonía en la confección de los avisos fué siempre uniforme. La impresión era buena, pero algo fuerte, y la tinta empleada fué de excelente calidad.

En esta etapa hubieron los siguientes cambios:

En **páginas**: desde el 12 de septiembre de 1827 se publi-

có en cuatro páginas de pliego florete de 30.50 cms. de alto por 20.50 de ancho; desde el 4 de marzo de 1829 salió diariamente en una hoja del indicado pliego, y desde el 1.o de septiembre de 1832 volvió a imprimirse en cuatro páginas.

En **columnas**: desde el 12 de septiembre de 1827 la página aparecía dividida en dos columnas de 8 cms. de ancho por 26.50 de alto, y desde el 1.o de septiembre de 1832 fué de 7 cms. por 27.50.

En **cabeceras**: desde el 12 de septiembre de 1827 el título de la publicación era:

MERCURIO DE VALPARAISO

Periódico mercantil, político y literario

Sobre este título, que era de 24 puntos, de estilo romano, se estampó durante los seis primeros números una viñeta alegórica de las artes, las ciencias y la agricultura, en cuyo centro, encerrado en un óvalo, se ve el escudo nacional de Estados Unidos. Desde el número 7 esta viñeta fué substituída por otra de mayor tamaño que representaba la industria y el comercio. En diciembre se colocó esa alegoría entre el título y el subtítulo, llenándose los blancos laterales con las condiciones de suscripción y puntos de venta del periódico.

A mediados de 1830 el título era:

EL MERCURIO

Diario mercantil y político

El primer tipo abarcaba todo el ancho de la página y era del modelo calado de 36 puntos. Desapareció la viñeta.

Desde el 4 de septiembre de 1832 el título estaba grabado en madera y tomaba todo el ancho de la página. El dibujo representaba una cinta con ondulaciones simétricas. El fondo de ella era negro, y las letras, de estilo gótico, blancas lo mismo que los arabescos. En el cruce o lazo de esta cinta y en la parte inferior, hay un tosco dibujo de la prensa que entonces se usaba. Desapareció la frase de "diario mercantil y político".

La segunda etapa comienza el 4 de marzo de 1833 con el cambio de tamaño del papel. Este fué de 40.50 cms. de alto por 26.50 de ancho, y se publicó en una sola hoja hasta el 5 de junio del mismo año.

Entró en esta etapa con el mismo estilo amanerado que tuvo durante la primera; pero a mediados de 1834 se libertó un poco de él por el aumento de tipos titulares y viñetas de muchas clases para caer, al año subsiguiente, en la decadencia artística más triste que haya experimentado este periódico.

En ese año aparecen por primera vez avisos de dos columnas de ancho, compuestos con los tipos antiguos. Tambien se empezó a interlinear con tres y cuatro puntos la composición de lectura, con lo cual adquirían un bonito aspecto las con los tipos 10 y 12; pero en los años de 1835, 36 y 37, la interlineación llegó hasta el absurdo, pues se ven páginas enteras con tipo 8 espaciadas sus líneas... ¡hasta con nueve y diez puntos!

No tenían disculpa los editores por éste y otros pecados tipográficos, toda vez que en ese tiempo poseían ya muchísimo del material más en uso, y habían adquirido en 1834 los siguientes modelos nuevos:

Cursiva de 36 puntos.
Cursiva de 24 puntos.
Cursiva de 15 puntos.
Romano de 36 puntos.
Gótico de 18 puntos

Con estos tipos, apropiados para títulos y avisos, combinados con gusto y arte con los antiguos titulares y en posesión de un variadísimo surtido de viñetas alusivas para el asunto o materia de cada anuncio, los trabajos de "remiendo", que son los que dan la medida de la capacidad artística del personal de un taller tipográfico, se hubiera podido presentar un periódico modelo para aquella época. No se hizo así, y durante los tres años indicados el aspecto del diario fué deplorable

En 1838 se animan un poco las páginas de lectura y de avisos. Aparece un tipo de seis puntos, y los avisos van cobrando vistosidad con ilustraciones alegóricas; pero esta renovación no es uniforme siempre.

En esta segunda etapa se notan las siguientes variaciones:

En **páginas**: desde el 7 de junio de 1833, el diario se imprimió en cuatro páginas del tamaño indicado antes.

En **columnas**: desde el 4 de marzo de 1833, se dividió la página en tres columnas de 7.50 cms. de ancho por 36 de alto; desde el 8 de mayo del mismo año, apareció en cuatro de 6 cms., y desde el 13 de junio de 1836 volvió a las tres columnas de iguales dimensiones.

En Cabeceras: desde el 4 de marzo de 1833, el título fué:

EL MERCURIO (Viñeta de comercio) DE VALPARAISO

Diario comercial, político y literario

El primer tipo era de 36 puntos, parecido al romano y de la misma familia que el empleado en 1827, pero desde el 21 de mayo lo cambió por este otro:

MERCURIO DE (la misma viñeta) VALPARAISO

De un tipo calado de 36 puntos. Se aprovecharon los blancos laterales que dejaba la viñeta para colocar debajo del título las tarifas, pero desde el 1.o de agosto esta lectura se colocó encima.

El 16 de noviembre del mismo año se presentó la cabecera en esta forma, en tipo calado de 48 puntos:

EL MERCURIO DE
VALPARAISO

Diario comercial, político y literario

Abarca todo el ancho de la página. La viñeta anterior iba colocada aislada encima del título, pero el 10 de agosto de 1835 se cambió por otra mayor, que representaba un velero de dos palos en marcha, y el 13 de junio del subsiguiente año se colocaron a los lados del dibujo las tarifas de suscripciones y anuncios:

El 9 de septiembre de 1837 cambió por completo de cabecera pero sin abandonar el estilo antiestético. La primera línea dice en cursiva negra de 48 puntos:

EL MERCURIO DE
VALPARAISO

Diario comercial, político y literario

y encima lleva una viñeta que simboliza, en figuras, las palabras: "Comercio, Progreso, Civilización", estampadas en un cuadro colocado en el centro del grabado. A ambos lados de éste se colocaron las tarifas:

El 11 de septiembre se cambió el tipo del título por el que se había usado antes; pero se conservó la forma antiestética, es decir, que la primera línea volvió a decir:

EL MERCURIO DE

A pesar de las distintas variaciones del título, en la foliación se puso siempre, desde el primer número, **El Mercurio**, tal y como va hoy en la cabecera de su primera página.

Durante el año 1838 continuó en el mismo estilo, pero se nota más cuidado en la composición de lectura y de avisos. Por desgracia los tipos están muy gastados, incluso uno del 10, modelo francés, comprado probablemente a otra imprenta que lo habría usado bastante; varía con frecuencia de clase de papel, y la tinta empleada no es siempre de la mejor calidad.

Y termina esta lastimosa etapa de la primera época en los comienzos de 1839 con un débil intento de renovación influenciado, sin duda, por la revolución tipográfica que don Manuel Rivadeneyra estaba promoviendo en "El Araucano" de Santiago.

Con respecto al sistema de prensa que usó **El Mercurio** en esta época, ninguna noticia importante hemos encontrado en sus páginas.

La primera prensa que se empleó en el periódico, que sin duda alguna fué la que llevó don Pedro Félix Vicuña de Santiago a Valparaíso en 1824, y que sirvió para imprimir los trabajos que se compusieron en la "Imprenta del Comercio", propiedad también del indicado señor, era gemela de la de "Aurora de Chile" de Camilo Henríquez, la cual se conserva milagrosamente en el Museo Nacional.

Es muy probable que durante los quince años que duró esta época se cambiara aquella prensa por otra mayor, puesto que el diario fué creciendo en tamaño; pero no hay duda que el sistema de la nueva se diferenciaría muy poco de la primitiva, toda vez que la impresión de los ejemplares de los años postrimeros tiene las mismas características de la del tiempo de Wells y Silva.

Durante los primeros años la numeración de **El Mercurio** fué por tomos. Estos contenían de ciento a doscientos números sin que la cantidad que fuera estuviese sujeta a fecha determinada.

Acabado un tomo comenzaba la numeración de otro, de manera que nunca se podía saber a ciencia cierta la cantidad de números que se habían publicado en cualquiera fecha desde que salió el primero.

Este sistema era general en toda la prensa chilena.

Con los periódicos de fecha de salida determinada y can-

tidad fija de números por tomos, podía calcularse inmediatamente y casi con seguridad los que habían salido desde la fundación de cualquiera de ellos; pero con **El Mercurio** no podía hacerse lo mismo, aunque indicaba siempre el número del tomo, toda vez que primero salía tres veces a la semana, y cuando fué diario no se publicaba los domingos ni festivos religiosos y civiles.

Varios ejemplos darán mejor cuenta de este desbarajuste.

El primer tomo de nuestro diario contiene cien números empezando por el del 12 de septiembre de 1827 y terminando por el del 23 de agosto del subsiguiente año; el segundo tomo, que comprende ciento veintidós números, comienza el 28 de aquel mes y termina el 4 de julio de 1829; el tercer tomo, de doscientos números, principia el 6 de ese mes y acaba en febrero de 1830; el cuarto, también de doscientos números, da fin el 28 del indicado año; el quinto, de doscientos números, comprende desde el 29 de octubre hasta el 28 de julio de 1831, y el sexto, de igual cantidad de números que el anterior, acabó el 25 de febrero de 1832.

Iba por el 151 del tomo séptimo, de fecha 1.o de septiembre de 1832, cuando apareció al lado de la numeración del año de publicación el número 1,151, o sea el que le correspondía a contar del primero que salió en 1827. Desde entonces continuó esta numeración ordinal.

Cuando contaba 3.065 números, el 1.o de marzo de 1839, cesó de indicar los de los tomos.

Los suplementos que se publicaron en la segunda época del diario llevaron siempre la numeración de éste; pero las ediciones que salieron en la tercera consignaron numeraciones propias

Segunda Parte

1842 - 1879

CAPITULO I

EDITORES-PROPIETARIOS DE "EL MERCURIO"

Por qué entró el diario en otra época. — La imprenta y el periódico pasan a poder de don Santos Tornero. — La audacia y la tenacidad de este célebre editor se revelan con el acto de la adquisición de la Empresa. — El siniestro que puso en peligro la vida del diario y que arruinó a su dueño. — El señor Tornero fué "el verdadero fundador de "El Mercurio" como diario político, social y cosmopolita". — Este célebre editor señaló y marcó, además, "los nuevos rumbos del periodismo nacional". — Los diversos socios de don Santos Tornero. — Una "desgraciada ocurrencia" de un hermano de éste trajo por secuela una larga y persistente persecución política. — Constitución de la "Sociedad de S. Tornero e Hijos". — Intento de formación de una sociedad anónima. — Causa principal de esta idea que no se llevó a la práctica. — La Empresa es avaluada por sus propietarios, en 1864, en la cantidad de $ 80,000. — A los veintidós años de dirigir "El Mercurio", el señor Tornero deja toda la Empresa en poder de sus hijos don Orestes y don Recaredo.

Con este capítulo daremos comienzo a la segunda época de la vida de **El Mercurio** porque éste cambió su rumbo en todo orden cosas en el mes de septiembre de 1842.

Si en la parte tipográfica hubo una notable renovación en 1840 a la vez que la redactorial se reanimó, ambas novedades no se asimilaron por completo a la vida sedentaria del diario hasta que don Santos Tornero se hizo dueño de la Empresa.

Al no haber mediado la circunstancia de haberse iniciado un despertar literario que comenzó en la prensa antes que en el libro, probablemente que **El Mercurio** hubiese caído otra vez en la mediocridad en que se hallaba cuando pasó a poder de don Manuel Rivadeneyra.

En el mes de mayo de 1842, año memorable para las letras chilenas, fundó don José Victorino Lastarria la "Sociedad Lite-

raria" y pocos meses después creaba este insigne escritor el "Semanario Literario". Tanto en la primera como en el segundo se demostró hasta la saciedad a don Domingo Faustino Sarmiento que la juventud chilena, discípula de don José Joaquín de Mora y de don Andrés Bello, en particular la de este sabio venerable, no tenía cortadas las alas de su ingenio por las "rígidas reglas" que sobre arte le impusieron sus maestros.

Poco después se anunció la salida de "El Progreso", el primer diario que tuvo Santiago, y a poco otras publicaciones que prometían ponerse a la altura de las mejores de Europa.

No sabemos lo que hubiera hecho el señor Rivadeneyra ante la competencia que se le iba a hacer a su diario; pero presumimos que, como no pensaba permanecer mucho tiempo en América porque cuando a ella vino ya había concebido la idea de fundar su célebre y monumental "Biblioteca de Autores Españoles", lo habría mantenido como lo tenía y sin tomar medidas que le asegurasen el incierto próspero futuro. Por fortuna se lo vendió a don Santos Tornero con preferencia de los célebres políticos don Manuel Camilo y don Rafael Vial, según refiere así este célebre editor en su libro de memorias: "Cuando don Manuel Rivadeneyra me ofreció en venta la imprenta y diario de su propiedad, parece habían precedido ciertos tratados con los hermanos Vial, y sin que yo llegara a saber la causa, desistió de hacer el negocio con aquellos señores, ofreciéndomelo a mí y cediéndomelo con ventajosas condiciones". Esos señores fueron los fundadores de "El Progreso", el cual desapareció algunos años después como hubiera desaparecido **El Mercurio** en sus manos por el pecado de politiquería personalista.

Hecho este necesario preámbulo entraremos en materia.

El 1.o de septiembre de 1842, fecha inolvidable para **El Mercurio**, pasó la imprenta y el diario a poder de una sociedad constituída por los comerciantes de efectos surtidos llamados don José Vicente Sánchez, chileno, y don Santos Tornero, español. Esta sociedad se había formado en abril de 1840 con un almacén de su giro, y al poco tiempo el segundo de los socios abrió otra tienda con una buena partida de libros que había comprado en Valparaíso a la sucesión de un comerciante que la había importado de Europa. Pero esta sociedad se disolvió apenas adquirida la imprenta porque no "agradó a mi socio, dice el señor Tornero, el que yo me hiciera impresor y diarista, y de común acuerdo disolvimos la sociedad quedando el negocio de mi sola cuenta". Como el nuevo editor no tenía suficiente dinero, tuvo que reconocer, por escritura, una deuda de **"veinte**

mil pesos en pago de los doce mil con que me había habilitado y de las utilidades pasadas y futuras de la negociación."

El día en que don Santos Tornero se hizo cargo de **El Mercurio,** se insertó en la sección editorial un resumen de los quince años de existencia del diario con los propósitos que animaban a su nuevo dueño.

Comenzaba diciendo que "salió a luz modestamente en un pequeño papel que sólo debía circular dos veces a la semana": que "ascendió luego a la categoría de **diario**", y que "el movimiento del puerto y algunos anuncios, parecían ser su único objeto y su única aspiración". Pero pasaron los años, desaparecieron "las publicaciones coetáneas con "El Mercurio", y confiando en el prestigio conquistado durante muchos años de una existencia útil y laboriosa, "dormía tranquilamente sobre la prensa y no se afanaba mucho por salir del camino trillado" ejerciendo de hecho "el monopolio del diarismo", sin darse cuenta de que en el decurso del tiempo iban saliendo otros periódicos que se colocaban a su nivel y de que algunos pretendían ponerse a la cabeza del movimiento periodístico del país. Pero al fin llegó el año 1842 y vió que en Chile había "dos diarios más y tres periódicos semanales, y otros tantos competidores del "Mercurio". Entonces contempló su tranquilo pasado, miró con inquietud su presente, y consideró que debía dar fin a su sedentaria vida si no quería desaparecer del estadio de la prensa echado por la nueva y briosa generación que le quería arrebatar el terreno. Como deseaba vivir, y vivir con el prestigio de antaño, se propuso "trazar la marcha que le correspondía seguir en esta nueva época de animación y de esfuerzo" porque "un diario como éste, que por todos sus antecedentes debe siempre marchar a la vanguardia de los demás periódicos", debía imponerse nuevos deberes y hacer nuevos esfuerzos.

Y esta obligación moral quiso ponerla en práctica el inexperto editor que se encontraba en un estado inferior al del tipógrafo norteamericano don Tomás G. Wells, cuando en 1829 se hizo dueño exclusivo del periódico, y la situación de la empresa era muy desfavorable a su audaz empeño. Si salió o no airoso de su cometido se verá en el decurso de esta obra.

Por de pronto, estos deseos de renovación se tradujeron muy luego en promesas que comenzaron a cumplirse casi simultáneamente, como se verá por este párrafo que se insertó en el editorial del 5 de noviembre del mismo año:

"Hace tiempo que trabajamos por presentar en nuestro diario ventajas que darían nuevo brillo a la prensa chilena en el ex-

terior, y llenarían también algunos vacíos que se sienten en sus trabajos respecto del interior. Más de una vez ha estado la empresa a punto de contraer en este sentido nuevas obligaciones con el público, y aun una vez prometimos, no lo hemos olvidado, consagrar en los días domingos todas las páginas del "Mercurio" a objetos literarios y de un interés conocido; pero ni esta promesa, ni otras muchas mejoras a que no hemos renunciado aún, y que exigirían más brazos y mayores gastos, se han podido realizar hasta ahora. El nuevo empresario que hoy dirige la imprenta del "Mercurio", animado del mayor celo, y comprendiendo bien los servicios que puede prestar al país en su carrera, ha echado menos en el establecimiento objetos indispensables para llenar sus miras, y ha comenzado por tratar de adquirirlos. Se ha encargado ya a Europa una provisión de papel de una forma mayor de la que hoy tiene el diario, y obreros capaces que, unidos a los del país, puedan desempeñar cumplidamente los varios trabajos de que es encargado el establecimiento. Se espera también una provisión de tipos que debe de llegar de Europa de un momento a otro, y sobre todo, se trata diariamente de organizar y preparar el trabajo para las mejoras que no está muy lejos el día de que se pongan en ejecución.

"Desde ayer ha abierto el "Mercurio" la publicación de una **Hoja Suelta**, y este es el primer paso, el primer ensayo que se ha podido avanzar con gran ventaja del diario, y en beneficio del comercio. Nadie ignora que la parte de nuestros diarios consagrada al movimiento comercial de nuestro puerto es la que envuelve intereses más positivos, y la que llama más la atención del comercio; y, sin embargo, nada se ha adelantado a este respecto en nuestras prensas de 14 años a esta parte. El despacho de aduanas siempre ha llegado al conocimiento del público dos días después de su fecha, lo que en verdad revela un grande atraso en nuestras imprentas; y tal como se publicaba en el año 28 en nuestro diario el movimiento comercial y con los mismos vacíos e imperfecciones se publica hasta hoy a pesar del inmenso desarrollo que ha sufrido en el país en tan larga época."

Tras esta reforma vinieron otras durante el tiempo en que la Empresa perteneció al señor Tornero, todas ellas tan útiles como necesarias, y que unas veces se referían al comercio y otras a las artes y la literatura, siempre beneficiosas y acogidas con interés por el público, y de las cuales trataremos en otro lugar, pues ahora debemos proseguir la materia pertinente a este capítulo.

Aunque ningún historiador ni aún el propio señor Tornero

en su libro de memorias, nada dicen del socio que tuvo el célebre editor después de separarse de don Vicente Sánchez y antes de asociarse con su hermano don Eusebio Tornero y a don Matías Cousiño, nosotros podemos presentar una prueba precisa, pero sin detalles, que la particularicen.

La primera noticia que encontramos al respecto fué en este aviso publicado el 31 de diciembre de 1846: "Almanaque Chileno para 1847", publicado en la Imprenta del Mercurio, por Tornero y Benítez, editores."

Como la palabra editor se aplica con toda propiedad al que hace imprimir a su costa una obra, podría deducirse que los señores Tornero y Benítez escribieron y ordenaron ese almanaque y lo editaron por su cuenta y riesgo sin que la Empresa de **El Mercurio** tuviera que ver en la parte económica de él. Asi lo creímos nosotros; mas al llegar al número correspondiente al 13 de diciembre de 1847, nos encontramos con la siguiente gacetilla:

"Tenemos que lamentar una gran desgracia que aflige directamente a "El Mercurio".

"Caído en uno de los despeñaderos de la Playa Ancha ha sido hallado cadáver don José Antonio Benítez, uno de los editores de "El Mercurio", el último sábado (o sea el día 11).

"Su lamentable fin ha sumido en el dolor a muchas personas.

"El Mercurio" deplorará siempre la falta de su activa inteligencia que se consagraba con infatigable laboriosidad a los adelantos del establecimiento, y uniéndose a los que conocieron sus estimables cualidades y lo lloran, "El Mercurio" viste luto como el corazón de sus amigos".

No dice más la noticia, pero es suficientemente clara para disipar la ambigüedad del aviso anterior. No hemos tenido suerte durante la búsqueda por los diccionarios biográficos para saber quién fué este señor Benítez y la fecha en que se asoció a don Santos Tornero. ¿Se uniría a él en el mes de abril de 1843 cuando este editor quedó, según propia confesión, "completamente arruinado con una deuda muy superior a los valores de que podía disponer" después del incendio, o sería en ese año de 1846 cuando se fundó en Valparaíso la "Librería del Mercurio"? Nos ha sido imposible averiguar esa fecha y otras particularidades, entre ellas la de la cantidad que aportaría a la sociedad. Mas como estos detalles no son de suma importancia, nos tenemos que contentar con el que declara la gacetilla, que no deja lugar a dudas.

El 1.o de enero de 1851 apareció al pie del diario la firma

social de "S. Tornero y Compañía". El socio era don Eusebio Tornero, quien estuvo en la Empresa hasta junio de 1860 en que regresó a España.

El 9 de ese mes se firmó la escritura de disolución social ante el notario don Máximo Navarrete, en la cual don Santos se comprometía a darle a su hermano quince mil pesos en dos plazos, el primero de dos años y el segundo de tres, con un interés del 8% semestral. Comenzó a regir la deuda el 1.o de julio del expresado año.

Desde el 5 de junio la firma volvió a denominarse "S. Tornero". Durante los dos viajes que el señor Tornero hizo a Europa en 1852 y 1857, don Eusebio se hizo cargo de la dirección general del establecimiento.

Cuando don Santos emprendió el segundo, hacia poco tiempo que había vendido la mitad del negocio a don Matías Cousiño. Esta comandita duró hasta el 30 de septiembre de 1857, época en que el señor Tornero estaba en el Viejo Mundo. La disolución social la hizo don Eusebio sin previa consulta, y fué calificada por su hermano de "desgraciada ocurrencia". En efecto, al poco tiempo le sobrevino a "El Mercurio" una serie de contrariedades, algunas de difícil solución.

Era don Matías Cousiño uno de los pocos chilenos que por aquel entonces se había elevado en el mundo comercial, industrial y político por su propio esfuerzo, pues había nacido en humilde cuna. Su espíritu emprendedor lo abarcó todo: fomentó en Chile la agricultura y la molinería creando la Sociedad Nacional de Molineros; tomó parte en grandes empresas navieras y ferroviarias: fué el iniciador de la explotación de las minas de carbón de piedra en Lota; y de entre las empresas públicas que recibieron su activa y eficaz cooperación, sobresalen la construcción del ferrocarril de Santiago a Valparaíso y los magníficos edificios que comenzaron a hermosear a la capital de la República. Fué senador durante la presidencia de don Manuel Montt y amigo personal de éste. Falleció de una súbita enfermedad y cuando su genio financiero estaba dando los mejores frutos, pues murió a los cincuenta y tres años de edad. Había nacido en Santiago en 1810.

A dón Santos le contrarió mucho la desacertada ocurrencia de su hermano, porque a parte de que el señor Cousiño podía prestarle a la Empresa una ilimitada cooperación financiera, era una sólida garantía para el diario desde el punto político por la influencia personal que este caballero ejercía en el gobierno.

Cuando sobrevino el rompimiento de Chile con España a cau-

sa de la guerra que esta última nación tuvo con el Perú, el gobno chileno ordenó que todos los españoles que continuaban residiendo en el país fueran internados en Santiago. Entonces, cediendo a los consejos de su familia y a los de los amigos, "resolví, dice don Santos, ausentarme temporalmente de Chile bien a pesar mío". "Previamente traspasé mis negocios de imprenta y librería en calidad de venta a mis hijos Orestes y Recaredo que ya de antemano los estaban manejando". En particular Orestes, que, después de la recuperación de la parte de don Matías Cousiño, fué enviado desde Europa por su padre para que ayudase en lo que fuera necesario a su tío Eusebio que se encontraba en trances apurados por la oposición que el gobierno hacía a **El Mercurio.**

Hemos copiado esos párrafos y añadido a cada uno la correspondiente aclaración, porque algunos historiadores quieren que la transferencia del padre a los hijos citados se hiciera en 1864 y que la venta que de la imprenta y del diario **El Mercurio** hizo el primero al segundo de los hermanos se llevará a efecto antes de abril de 1866, fecha en que el señor Tornero tuvo que salir del país obligado por las circunstancias, a los treinta y dos años de residencia en él y a los veintidós de editar y dirigir este diario.

Lo que sucedió en 1864 y en los sucesivos años difiere algo de lo que afirman los historiadores y el señor Tornero, como se verá más adelante.

Ahora debemos volver al año 1860, en cuyo mes de mayo llegó el célebre editor a Valparaíso de regreso de su segundo viaje a Europa obligado por las anormalidades que estaban ocurriendo en **El Mercurio.**

Aquí se encontró con la novedad de que su hermano Eusebio se hallaba desterrado en San Fernando por órden del gobierno, y que su hijo Orestes León estaba al frente de la Empresa desde fines de 1859. Entonces encargó de la dirección de las librerías a su otro hijo, Recaredo Santos, que había venido en su compañía, quedando él como director general de la Empresa tipográfica, editora y librera. Y así continuaron las cosas hasta que se formó la "Sociedad de S. Tornero e Hijos", de la que nadie, ni aún don Santos, han hecho mención, y cuya declaración, del propio interesado, consta así textualmente en el archivo del notario don Máximo Navarrete con fecha 22 de marzo de 1864:

"Yo, Santos Tornero, he interesado en mis negocios de imprenta y librería a mis dos hijos, don Orestes y don Recaredo,

desde el 1.o de enero del presente año bajo las cláusulas y condiciones siguientes: Primero. A mi hijo mayor don Orestes le cedo el interés de un veinte por ciento sobre el total de las utilidades líquidas que resulten y un ocho por ciento a don Recaredo, etc., etc."

Pero si esta declaración no fuera suficientemente explícita para los que creen que en el año de referencia se efectuó el traspaso "en calidad de venta", como dice el señor Tornero a propósito de su ida a Europa con motivo de la guerra y sin indicar el año de ese traspaso, que no se verificó hasta 1867, ahí va este breve pero contundente documento publicado en la tercera página y a la cabeza de los anuncios de **El Mercurio** con el título de "Al comercio":

"Habiendo interesado en mis negocios a mis dos hijos, don Orestes y don Recaredo, la casa girará en adelante bajo la razón de "S. Tornero e Hijos", usando la firma social mi hijo mayor, don Orestes, y el que suscribe, según consta de escritura pública otorgada ante el escribano don Máximo Navarrete.— Valparaíso, marzo 30 de 1864.— SANTOS TORNERO".

Fué este año de 1864 de grandes trastornos para don Santos. Como la guerra entre Chile y España le haría pensar que el fruto de los largos y penosos años de luchas y trabajos que representaba **El Mercurio** y que era el único pan que le legaba a su querida y numerosa familia podría sufrir quebrantos de consideración por ser él español, le hizo concebir la idea de convertir su Empresa en sociedad anónima porque aunque en "la cuestión hispano-peruana los redactores de este diario han abogado por la política que, según su conciencia, como chilenos amantes a su patria, han creído más conveniente para el bien de su país y de la América" y "han condenado los actos de la España y sus agentes, y han censurado también la marcha del Gabinete de Lima, como lo ha hecho una parte de la prensa del Perú y de Chile", todo eso, que "en los demás diarios era un derecho, en "El Mercurio" ha sido calificado como crimen, no faltando quien se avance hasta calumniar sus intenciones", cuyos "ataques no han tenido otro fundamento que el de ser español el principal editor de "El Mercurio", como si este periódico, bajo la dirección de ese editor, no hubiera servido siempre con lealtad la causa de Chile y de la América durante los veinte y dos años que hace le pertenece este diario."

El señor Tornero trazó el proyecto de formación de una sociedad anónima para hacer "desaparecer las dificultades con que ha tropezado "El Mercurio" en varias ocasiones, y una vez elimi-

nado el móvil de tan injustos ataques, podrá el periódico seguir libremente y sin embarazo el rumbo que el directorio de la sociedad crea más conveniente a sus intereses y a los de la nación."

Esta sociedad, que no llegó a formarse, explotaría la imprenta del "Mercurio", el diario del mismo nombre, el "Mercurio del Vapor" y el "Precio Corriente" para lo cual los señores S. Tornero e Hijos, enajenarían toda la empresa en la cantidad de ochenta mil pesos "equivalente a un interés del 11 por ciento anual que sobre dicho capital han producido los mencionados periódicos durante los dos últimos años (sin contar la impresión de las obras de la casa y particulares), según consta en la cuenta respectiva."

Esos ochenta mil pesos serían divididos "en ciento sesenta acciones de a quinientos pesos cada una, de las cuales tomarán veinte los actuales propietarios: S. Tornero e Hijos, enajenando las demás."

Estas bases constaban de nuevo condiciones y la siguiente "Adición":

"Como se ha dicho arriba, sólo el periódico el **Mercurio**, con el Mercurio del Vapor y el Precio Corriente, producen un interés del 11 por ciento sobre el capital de 80,000 pesos, según lo comprueba la cuenta respectiva. Por consiguiente, no parecerá aventurado asegurar que el total de la empresa, con el departamento para la impresión de obras y trabajos particulares y el taller de encuadernación, producirá a los accionistas por lo menos el 14 o 15 por ciento sobre el capital mencionado; esto es sin contar el aumento de suscripciones a los periódicos que indudablemente habrá, mediante los esfuerzos e influencias de los directores y de los accionistas en general. En esta seguridad, las veinte acciones con que suscriben los actuales propietarios, durante los primeros cuatro años sólo tendrán opción a los beneficios de la empresa, siempre que en la liquidación semestral que de ella se haga, produzca el negocio para los accionistas un interés del 12 por ciento anual. Además, luego que haya sido nombrado el directorio provisional, podrá éste examinar la contabilidad del **Mercurio** para comprobar la exactitud de los datos mencionados".

Estas bases están fechadas el 11 de octubre de 1864, y van firmadas por "S. Tornero e Hijos".

Por último, al poco tiempo apareció en la sección editorial del diario la siguiente declaración sin título alguno:

"Desde esta fecha la dirección general de mi casa de comercio y de mi establecimiento de imprenta del "Mercurio", así co-

mo del periódico del mismo nombre, estarán bajo el cargo exclusivo de mi hijo mayor, don Orestes León Tornero, quien al mismo tiempo tendrá la dirección inmediata de las casas de Valparaíso y de la imprenta y periódicos citados. Mi hijo don Recaredo estará a cargo de la casa de Santiago, bajo la dirección de su hermano don Orestes.

"Entre tanto la casa seguirá sus operaciones bajo la razón social de S. Tornero e Hijos, siendo yo responsable a sus compromisos con todos mis bienes, según consta de la escritura de sociedad anteriormente anunciada.— Valparaíso, noviembre 1.o de 1864.— **Santos Tornero.**"

Como se ve bien claro, en este documento se dan únicamente poderes amplios a don Orestes, refrendándose a la vez la constitución social hecha al comienzo del año, y, por consiguiente, no debe entenderse, porque aún no se verificó, la venta a los hijos de estos bienes del padre.

La firma de la sociedad S. Tornero e Hijos continuó en el pie de imprenta hasta el año 1867; pero desde la fecha del anterior documento terminó la ingerencia de este enérgico e inteligente editor en la dirección de la Empresa, al frente de la cual estuvo veintidós años y dos meses.

CAPITULO II

VIDA ECONOMICA DE "EL MERCURIO"

Don Santos Tornero inicia con gran prudencia esta gloriosa época de energías e inteligencia. — Sus primeras mejoras las introdujo en la parte intelectual. — La primera innovación material la hizo aumentando el tamaño del periódico. — Importantes y modernas renovaciones tipográficas que le dieron a "El Mercurio" gran valor artístico. — Reglamentación de las dimensiones de los anuncios y comunicados sin modificación de precios. — En 1848 se rebaja la tarifa de suscripciones establecida en la época anterior. — Continúan las mejoras de todas clases sin recargar las tarifas de suscripción y de anuncios. — En 1858 se aumentan éstas. — La suscripción popular a ochenta centavos al mes — Hasta veinte años después no se introducen modificaciones en los anuncios. — Estos se clasifican en tres clases para dar mayor facilidad al anunciante. — Deshonesto y tentador procedimiento que adoptaron algunos editores de esta época. — El honrado proceder de don Santos Tornero libra a "El Mercurio" de ser un pasquín.

Don Santos Tornero se hizo cargo de **El Mercurio** el 1.o de septiembre de 1842 con los bríos de un hombre de treinta y cuatro años de edad, los entusiasmos del que tiene confianza en sí mismo y las ilusiones de inexperto en la empresa en que se embarcaba.

En la fecha indicada publicó sus propósitos de cambiarle al diario su vida sedentaria en lo que se refería a lo espiritual, sin señalar las mejoras materiales que pensara introducirle más tarde o más temprano. Era natural que así fuera puesto que no entendía el negocio y necesitaba de algún tiempo de experiencia para proceder en conformidad a la conveniencia de sus intereses.

En ese tiempo el tamaño del periódico era de 43.50 cms. de alto por 26.50 de ancho; el precio de suscripción, de treinta pesos al año y de tres al mes, y el de avisos un peso por las

tres inserciones primeras y un real por cada una de las sucesivas, siempre que no pasasen de doce líneas, pues si excedían de esa extensión, pagaban según convenio con el editor. La misma tarifa se aplicaba a los comunicados.

La primera modificación que hizo fué en el tamaño del diario. El primero de enero de 1843 lo adoptó de 49.50 cms. de alto por 34.50 de ancho y poco a poco fué aumentándolo hasta el de 60.50 por 39 en que se encontraba el 15 de abril de 1854.

La segunda modificación la introdujo en la tarifa de anuncios en el mismo año en que se hizo la reforma anterior. La modificación consistió en que el número de líneas de avisos y comunicados no deberían pasar de diez para tener derecho a la tarifa primitiva del año 1833.

La tercera fué en las suscripciones. En una "Advertencia de los Editores", publicada en febrero de 1848, se decía al respecto: ... "Hoy, que "El Mercurio" ha llegado a contar un número de suscriptores particulares mucho mayor que el que jamás ha tenido durante el tiempo de su existencia, cuyo número se ha aumentado considerablemente después que se halla emancipado de la influencia del gobierno, creemos llegada ya la época en que debamos rebajar su precio para ponerlo al alcance de mayor número de lectores. Habiéndose disminuído considerablemente los precios de todas las publicaciones que salen de este establecimiento, no podíamos, sin incurrir en una palpable inconsecuencia, sostener en "El Mercurio" el mismo precio que tenía al principio de su aparición, desde hace 21 años. No dudamos que el público, haciendo justicia al empeño que siempre hemos manifestado por generalizar en el país el gusto a la lectura, compensará el sacrificio que ahora hacemos, con un aumento considerable en el número de nuestros abonados".

La tarifa que empezó a regir el 1.o de marzo de ese año fué de una onza de oro anual; de diez pesos por semestre; de seis por trimestre, y de veinte reales por mes. El pago se hacía vencido el plazo, pero si los suscriptores por meses pagaban por adelantado se les hacía el descuento del veinte por ciento.

Esta rebaja fué de consideración, pues debe recordarse que la onza equivalía a dieciséis pesos y que el peso se dividía en ocho reales. La tarifa que había regido hasta entonces era de treinta pesos al año y de tres al mes.

Como hemos dicho, el tamaño del diario iba creciendo palmo a palmo, y al entrar en el año 1851, era muy semejante al que en el presente tiene: 58 centímetros de alto (igual al

de hoy) y 40.50 de ancho (dos y medio menos que el actual). Contenía cuatro páginas, dos de ellas cubiertas de anuncios y dividida en cinco columnas de a 7 centímetros cada una.

Los precios de suscripción por adelantado, que empezaron a regir el 1.o de enero en Valparaíso y Santiago, fueron de 24 pesos al año, 14 pesos al semestre, 7 pesos y 4 reales al trimestre y 2 pesos y 4 reales al mes. En provincias: por un año, 17 pesos y 2 reales; por seis meses, 10 pesos, y por tres meses 6 pesos. Poco tiempo duró esta tarifa, porque desde el 1.o de julio se rebajó, uniformando los precios de provincias, Santiago y Valparaíso, en la siguiente forma: 15 pesos al año y 12 reales al mes; pero en agosto de 1853 se aumentó la suscripción de Santiago y provincias en tres pesos más para la anual y en dos para la mensual, y así siguió aumentando cada año hasta que en el de 1858 hubo otra reforma general.

En ese lapso de siete años poca variación se nota en los precios de los anuncios comerciales como se ve por la siguiente tarifa:

"Los que no pasen de diez líneas de impresión, pagarán un peso por las tres primeras inserciones y un real por cada una de las siguientes. Se considerará doble todo aviso que tenga desde diez a veinte líneas de impresión, triple el que tenga entre veinte y treinta, y así sucesivamente". Los comunicados "que traten de asuntos particulares pagarán a razón de diez pesos por columna, siempre que pasen de media columna; pero cuando sean de menos extensión pagarán los precios fijados para los avisos. Se insertan gratis los comunicados sobre asuntos de interés público".

También fué aumentando el diario de tamaño, pues al finalizar el año 1857 tenía 65.50 centímetros de alto por 48 de ancho, y la hoja estaba dividida en siete columnas.

Pocos días antes de entrar en el subsiguiente año, los propietarios de la empresa decían así a los lectores: "Todas las variaciones que se han hecho en "El Mercurio" hasta ahora, han redundado en provecho del público, ya mejorándolo en el material, ya aumentándolo en el tamaño, ya bajando el precio de la suscripción, sin que los editores hayan buscado con esas mejoras otra compensación que el favor siempre creciente de ese mismo público. Todas esas mejoras han originado gastos cada día más grandes que los editores no omitirán nunca, a fin de que "El Mercurio" ocupe siempre el puesto que le corresponde como decano de la prensa sudamericana, y es natural por lo mismo que busquen ahora alguna compensación, aumentando el

precio de los avisos. Hoy, el número de los lectores de "El Mercurio" ha llegado a una altura tal como no llegará ningún otro periódico en Chile en muchos años, los avisos deben valer tres veces más que hace doce años, cuando el precio de la suscripción era de tres pesos mensuales y los suscriptores no llegaban a quinientos; y, sin embargo, se ha estado cobrando por ellos hasta hoy el mismo precio que entonces y el aumento que ahora se establece es casi insignificante en comparación del número de lectores.

"Más adelante hallarán los favorecedores de "El Mercurio" las condiciones que han de regir desde el 1.o de enero (1858) para los avisos, hacia las cuales llamamos su atención, pues si las comparan con las de los periódicos extranjeros, principalmente con los ingleses y norteamericanos, que son, sin embargo, los que contienen más avisos, es seguro que las hallarán todavía excesivamente liberales.

"Si, como es de esperar, esta variación merece la aceptación de los favorecedores de "El Mercurio", ella importará una promesa de mejorarlo aún más y de modificar algún tiempo después las condiciones de la suscripción, que por ahora son las siguientes".

La tarifa de los anuncios a que se refiere el párrafo copiado, era ésta: "Los avisos se cobrarán todos, sin excepción, adelantados. Los que no pasen de diez líneas de impresión, pagarán: 1 peso 60 centavos por las tres primeras inserciones y 20 centavos por cada una de las siguientes. Los de mayor extensión, proporcionalmente: es decir, que pagarán doble los que tengan de diez a veinte líneas de impresión, triple los de veinte a treinta líneas, y así sucesivamente. En los avisos de tipo mayor que el acostumbrado, se aumentará el precio en proporción al tamaño. En los avisos anuales, pagando adelantado, se harán rebajas condicionales según su extensión, por ejemplo: por un aviso sencillo que a los precios que se fijan ahora es de 62 pesos, se cobrarán 45 pesos; por un aviso doble que importaría 124 pesos, se cobrará 80 pesos; por un aviso triple, 125 pesos; etc." El precio del comunicado por una sola inserción era de 16 pesos por columna, no bajando de media columna, y siendo de menor extensión, a dos pesos las diez líneas; por cada publicación posterior se cobraba diez pesos por columna o un peso por cada diez líneas.

Los precios de suscripción que comenzaron a regir desde enero de ese año de 1858, fué de quince pesos anuales y cuatro cincuenta trimestrales en Valparaíso y Santiago, sin admitirse

suscripciones menores de tres meses; para las provincias y el extranjero, 18 pesos al año y 10 al semestre, y no se admitían por un plazo menor de seis meses.

Esa tarifa se cambió el 1.o de enero de 1864 por esta otra: $ 16.50 al año y $ 4.50 al trimestre en Valparaíso. Para provincias y el extranjero, fué: semestral, $ 10 y anual $ 18.

El 15 de marzo de ese mismo año se publicó en la sección crónica el siguiente suelto:

"El Mercurio" al alcance de todo el mundo. — Con el fin de poner la suscripción de "El Mercurio" al alcance de todas las clases de la sociedad, la empresa de este diario ha determinado abrir suscripciones para el pueblo, **por un peso al mes,** con la única condición de que diariamente envíen a recoger su periódico en cualesquiera de las diferentes agencias que con este fin se han establecido en la población.

"Estamos seguros de que el público acogerá favorablemente la innovación que se introduce en este periódico, pues así tendrán por un precio baratísimo el mayor de los diarios que se publican en Chile, recibiendo, además, la entrega semanal que bajo el título de **Semana Literaria de "El Mercurio"** se dará gratis a sus suscriptores.

"De esta manera "El Mercurio" vendrá a ser para ellos el periódico más barato, pues sin ningún sacrificio pecuniario podrán seguir el movimiento político de su país, podrán conocer los grandes acontecimientos del mundo civilizado y al mismo tiempo tendrán en la **Semana Literaria** abundante y agradable lectura para sus familias.

"La prensa al alcance de todos es el más poderoso elemento de civilización y lo que mejor puede hacer prosperar un pueblo, haciendo a sus habitantes industriosos, cultos y morales; y los Editores de este diario hacen con placer este pequeño sacrificio en obsequio de tantos como se ven privados de la lectura por el subido precio de los diarios".

Al año subsiguiente se empezó a vender a cinco centavos el número suelto.

Decididos completamente a popularizar **El Mercurio** y deseosos de que llegase a manos de los que se veían "privados de la lectura por el subido precio de los diarios", no se detuvieron en las dos innovaciones indicadas y establecieron en 1866 otra clase de suscripción mensual al precio de un peso que se servía a los lectores a domicilio "con la misma puntualidad que a los demás suscriptores y tendrán derecho a los obsequios que hiciere la empresa a sus abonados, pero están obligados a pagar el

importe del mes adelantado en la oficina del diario" en los cinco primeros días de cada mensualidad.

La suscripción popular se rebajó a ochenta centavos. En el acto de pagar el suscriptor esa cantidad en cualquier puesto de periódicos, recibía "una papeleta con veintiséis boletos con sus respectivas fechas, correspondiendo cada una de ellas al número del día". Esta suscripción principiaba el primero de cada mes, y no se podía reclamar un diario del día con un boleto de fecha atrasada. Con esta suscripción se tenía derecho a los suplementos de **El Mercurio** si se reclamaban en las agencias en que se había comprado la papeleta.

Esta suscripción popular duró poco tiempo. El 29 de septiembre de 1866 se anunciaba al público que a causa de la escasez de papel, únicamente se imprimiría el número de ejemplares que se necesitara para los suscriptores por años, semestres y trimestres. Además de la suscripción popular y la mensual a domicilio, se suprimió la venta de números sueltos. Esta medida comenzó a regir el 1.o de octubre del indicado año.

Durante diez años hubieron pequeñas variaciones en la tarifa de avisos de 1857, hasta que el 1.o de julio de 1868 se hizo una reforma general en las de anuncios y suscripciones.

El precio del aviso y del comunicado se uniformó por el patrón de un peso por las tres primeras inserciones de cinco líneas, y 10 centavos por cada inserción de más. Los que pasaban de diez líneas pagaban doble, y los de quince triple, y así progresivamente.

También se uniformaron las suscripciones cobrándose 12 pesos por año, 6 por semestre y 3 por trimestre en el país y en el extranjero, "con derecho a todos los suplementos y primas concedidas por la empresa". Esta tarifa duró hasta 1900.

Diez años más tarde se introdujo otra reforma importante en la tarifa de anuncios que fué base de las numerosas clasificaciones que desde entonces se han ido haciendo de ellos en **El Mercurio** y los demás diarios de importancia de Chile. He aquí íntegra esa tarifa que empezó a regir el 1.o de enero de 1878:

"**En la sección general de avisos.** — 10 centavos por la primera inserción de cada línea o de cada fracción de una a diez palabras; cinco centavos id., id. por cada una de las inserciones siguientes.

"**En la tercera página.** — Los avisos que continúen en la tercera página pagarán 10 centavos por la primera inserción y siete y medio por las siguientes.

"**En la crónica.** — 30 centavos por la primera inserción y veinte centavos por cada una de las inserciones siguientes.

"En los avisos que se publiquen por largo tiempo, se hará una rebaja de 50 por ciento pasadas las primeras treinta inserciones.

"En los avisos por años se hará una rebaja de 50 por ciento en todo el valor del aviso".

Esta tarifa no se modificó hasta el año 1881, y de la cual trataremos en otro lugar.

Cada modificación de las tarifas de suscripciones y de anuncios importaban reformas materiales que valían más que el gravamen que recaía sobre suscriptores y anunciantes porque ellas redundaban en beneficio general, a pesar de que algunas veces los aumentos obedecían a la carestía de los materiales. Pero el señor Tornero era escrupuloso y jamás quiso pedir más de lo que daba. Pudo evitar esas innovaciones, molestas para él, apelando a la riquísima fuente de los comunicados, que no sólo podían cubrir con exceso los mayores gastos y dejar una pingüe utilidad sino que hasta evitarse los penosos disgustos que le acarreó su invariable propósito de mantener el diario a la mayor altura moral de todos los del país y con la independencia más absoluta.

"Si mi único y principal objeto hubiera sido el de ganar dinero, dice este editor en su libro de memorias, tenía a la vista un ejemplo que seguir, muy propio para lograrlo. "El Comercio de Lima", uno de cuyos propietarios era chileno, hubiera podido servirme de guía. "El Comercio", según los informes que yo tenía, no rehusaba ninguna inserción, por personal y procaz que ella fuese, y aún se aseguraba que la primera inserción, el ataque, lo publicaba **gratis** o por poco dinero. El atacado ocurría necesariamente a defenderse, y lo hacía en el estilo que se hizo crónico en la prensa peruana. Los editores admitían y publicaban la respuesta tal como se les presentaba, pero cobraban **carito**. Se enredaba la madeja con réplicas y contrarréplicas, convirtiéndose el asunto en un manantial de oro para el diario. Y tal fué la afluencia de **comunicados**, que para poder dar cabida a todos, fué necesario publicar dos ediciones del periódico cada día, una por la mañana y otra por la tarde; y aún sucedió frecuentemente que cada una de esas ediciones constaba de dos o tres pliegos.

"Entre tanto, a pesar de aquel ejemplo tentador, ¿qué hacía "El Mercurio"? Todo comunicado era revisado por el editor, y si contenía personalidades o estaba escrito en lenguaje im-

propio, se exigía su corrección en los términos que el editor juzgaba conveniente; y de no consentir el comunicante en efectuar las correcciones exigidas, se negaba la publicación. Mas de una vez fué causa de disgusto esta conducta, queriendo negar al editor el derecho de revisión, y hubieron amigos míos que quedaron enojados por algún tiempo, porque, a fuer de amigos, creían se les hacía una gran ofensa negándoles la publicación de sus artículos, porque los garantizaban con su firma privadamente. Mi principio invariable era que en el diario no se debía **publicar nada que no estuviera escrito en el lenguaje culto que se emplea en la buena sociedad".**

Con esta conducta salvó el señor Tornero a **El Mercurio** de ser un asqueroso pasquín como era la mayor parte de la prensa chilena en los comienzos de esta época y toda la que le precedió.

CAPITULO III

LA AYUDA ECONOMICA DEL DEPARTAMENTO EDITORIAL, LA CUADERNACION Y LAS LIBRERIAS

Estado en que se encontraba la imprenta de obras cuando la adquirió don Santos Tornero. — La audacia del nuevo editor que desconocía por completo la industria editora. — El gran incendio del 15 de marzo de 1843 que destruyó la imprenta. — Este siniestro puso en durísimo trance al señor Tornero. — Las obras que empezaron a imprimirse en ese mismo año. — Extracto del catálogo de obras que se imprimieron hasta 1847. — La importancia de la "Biblioteca de Educación" y de la "Biblioteca de amena Lectura".—La Empresa Editora establece el sistema de servir novelas de autores famosos, por entregas de a 48 páginas en 4.o, a veinte centavos. — Lista de las obras más importantes que se confeccionaron hasta 1878. — Las revistas literarias que se imprimieron en la imprenta de "El Mercurio". — Al entrar en su tercera época económica desaparecen los departamentos de obras, encuadernación, rayado, etc. — La suerte que han corrido las librerías fundadas por don Santos Tornero.

Con las reformas artísticas introducidas en el diario y la iniciación del departamento editorial de la imprenta por don Manuel Rivadeneyra, de las que hemos dado detallada cuenta en un capítulo de la primera época, la Empresa de **El Mercurio** entraba en 1842 en una nueva era pletórica de lisonjeras esperanzas de progreso material y de próspera situación pecuniaria en no lejano día, al ser adquirida por el animoso comerciante don Santos Tornero.

Era un magnífico programa el que se ofrecía al nuevo editor. ¿Tendría éste el entusiasmo, la energía y el deseo de triunfar que se necesitaban para desarrollarlo en toda su extensión? El señor Tornero era una comerciante de artículos de todas clases, pero ignoraba por completo el arte y el negocio de la im-

prenta; desconocía el periodismo, y únicamente sabía de la industria del libro lo que presumiera por las relaciones comerciales que tenía con la librería de Cádiz que le surtía de obras para venderlas en su almacén.

Para acometer una empresa de esta clase, cuyos resultados pecuniarios no se podían prever porque no existía en el país industria editora que pudiera servir de norma y porque no se sabía si el público lector era suficiente para sostener y recompensar el esfuerzo que había de hacerse, necesitábase un hombre perito en las artes gráficas, con espíritu de industrial y de comerciante, capaz de hacer frente con audacia y tesón a todas las contingencias que pudieran sobrevenir. Para esta empresa había de hacerse lo que el legendario don Juan de Robres que, para fundar un hospital, tuvo primero que hacer pobres.

Era de presumir que faltaran lectores. La revista literaria "Museo de ambas Américas", una de las mejores de aquel tiempo, estaba publicando sus últimos números para dejar de salir en diciembre de aquel año, no porque fuera "justo suponer, cuando una publicación cualquiera no encuentra protección, que esto viene de no estar bien desempeñada, de no corresponder a las necesidades, esperanzas y deseos del público", como decía su editor y redactor don Juan García del Río, uno de los literatos más ilustres de la época, sino porque era escaso el número de aficionados a la lectura seria y elevada. Esa era la verdad que él no desconocía, pero que la callaba por modestia o quizás por conveniencia.

Comprendiendo que la industria editora no prometía los beneficios que otra, el socio de don Santos Tornero y acaudalado comerciante don José Vicente Sánchez se separó de él exigiéndole el reconocimiento de una deuda muy superior a la efectiva, quizás con el ánimo de que desistiera de acometer una empresa de suyo quebradiza y sin porvenir. ¡Cosas del tiempo y de las apariencias!

Pero el señor Tornero no se amedrentó ante las reflexiones que le hiciera su protector ni ante la crecida deuda, y, como castellano castizo, siguió adelante, dispuesto a luchar en el terreno desconocido en que se metía. Si salió o no airoso, lo veremos en el decurso de este capítulo.

En octubre de 1842, o sea al mes de haberse posesionado el novel editor de la imprenta, se anunció que en ella "se venden tarjetas impresas de todo gusto, con el nombre que se pida; se encuadernan libros y se rayan los manifiestos de aduana y papel

para escribir y para libros a gusto de las personas que lo encarguen; de modo que los señores comerciantes pueden tener sus libros de pagarés y demás auxiliares con el rayado correspondiente al sistema de sus casas, hecho con tanta perfección como puedan desear".

Con la sección de libros rayados y la de encuadernación, la imprenta se completó haciéndose quizás la más importante del país. Pocos años después imprimía cartelones de teatro.

Su dueño se encontraba muy ufano con ella y forjándose con razón muchas ilusiones cuando de pronto, y cuando "sólo hacía seis meses y medio que yo había entrado en posesión de la imprenta de "El Mercurio", dice el señor Tornero en su "Reminiscencias de un Viejo Editor", la ví destruída por las llamas de uno de los más voraces incendios que han afligido a Valparaíso", puesto que destruyó casi por completo el barrio comercial, o sea el llamado Puerto.

Esta catástrofe ocurrió el 15 de marzo de 1843, y de ella hace el señor Tornero una extensa y animada descripción en el capítulo VII de sus memorias.

El fuego comenzó a las ocho de la noche en un almacén de efectos navales, entre los que habían materias inflamables, tales como alquitrán, brea, pinturas y aceites, situado a orillas del mar.

El fuego corrió rápidamente hacia el cerro alcanzando al edificio de la imprenta, y siguió hasta la calle del Almendro, hoy de Urriola, donde fué atajado.

Este siniestro fué una verdadera catástrofe para aquel tiempo, pues se quemaron trece edificios valiosos, avaluados en 114 mil pesos; 2,691 bultos de mercaderías, tasadas en 403,500 pesos, y los perjuicios ocasionados a inquilinos y a construcciones, se calcularon en 112,600 pesos. La suma total, dado el valor de la moneda en aquel entonces, representó la ruina para un buen número de comerciantes.

"De la imprenta muy poco se pudo salvar: algunos cajones con tipos y éstos se derramaban por el suelo en gran parte. Lo que pudo sacarse se colocó en una de las casas del lado del Almendral y de allí, acercándose el fuego, se trasladó de prisa y corriendo a otra de la quebrada del Almendro. Las prensas y demás objetos voluminosos fueron devorados por el fuego, si bien los primeros desenterrados de entre los escombros, pudieron utilizarse después componiendo o reemplazando las piezas rotas o destruídas por el fuego".

Por fortuna para el diario, el señor Tornero tenía una imprentita en la quebrada de San Agustín, especie de sucursal de lade **El Mercurio** a cargo del tipógrafo español don Javier Rodríguez, y en la cual se imprimió el día 18 de aquel mes **El Clamor de El Mercurio,** pidiendo indulgencia al público por el inconveniente que tenía en salir y ofreciendo su próxima reaparición. En efecto, el diario reanudó sus salidas el 24 "en tamaño más reducido por carecer de prensa adecuada, hasta el 1.o de junio siguiente en que asumió el tamaño mismo que tenía antes del incendio".

Si de sus cenizas, como la fabulosa ave fénix, renació **El Mercurio,** de los escombros de una catástrofe surgió la imprenta que, andando el tiempo, había de ser la base de una gran empresa editorial, de la que salieron las obras literarias más famosas de la época para esparcirse por todo el territorio hispano-americano.

Al comenzar el mes de agosto de ese año ya estaban los talleres en condiciones de hacer algunos trabajos de importancia, como lo indica el siguiente aviso:

"**Poesías de don José Zorrilla.**—Los señores suscriptores a esta obra, residentes en Santiago y Valparaíso, pueden ocurrir el día 16 del corriente a recoger la primera entrega y a adelantar el importe de la segunda. Varios obstáculos procedentes del descalabro que este establecimiento sufrió en el incendio del 15 de marzo, han impedido al editor el principiar su publicación tan pronto como lo hubiera deseado y espera que el público le dispensará este retardo, tanto por el motivo que lo ha ocasionado, cuanto porque la edición sale tan esmerada y correcta como puede apetecerse".

Esta obra se publicó por entregas de a 80 páginas en 4.o, que salían cada 15 días al precio de seis reales. Fué impresa en excelente papel y constó de cinco tomos de cuatro entregas cada uno. La impresión terminó en 1844.

Al mismo tiempo que esta obra, se estaban imprimiendo otras de diverso género, entre ellas el "Almanaque Comercial en cuadros sinópticos para el año 1845" en un grueso volumen que contenía importantísimos datos, de manera que en el año 1847 el catálogo de las impresas por **El Mercurio** era muy numeroso.

Estaba muy adelantada la "Biblioteca de Educación", en la que habían obras de Aritmética, por Noé, por Urcullu y por S. Tornero; de Geografía, por Lastarria; de Historia Chilena, por Fidel López; de Gramática, por Herranz y Quiroz, por Andrés

Bello y por Urcullu; de Lectura, por Martínez de Rosa; de Religión, por Balmes y el obispo Cienfuegos; de Literatura, por Gil y Zárate; de Filosofía, por Ramón Briceño.

Comenzaba la "Biblioteca de Legislación" con obras de Juan B. Alberdi, de Lastarria y de Andrés Bello.

La de poesía contaba entonces con obras casi completas de Espronceda, Zorrilla, Byron y algunos otros poetas más, de renombre.

La de novelas era ya muy numerosa, pues contenía varias obras de Eugenio Sué, Gertrudis Gómez de Avellaneda, Francis Trolopp, Alejandro Dumas, Federico Soulie y Eugenio de Ochoa.

Está biblioteca se estuvo publicando hasta la terminación de la segunda época del diario. Muchas de esas novelas, antes de aparecer en volúmenes sueltos, habían visto ya la luz en el **folletín de El Mercurio.** De entre los autores que mayor número de obras se publicaron, merecen citarse, además de los ya mentados, a Paul Feval, Patricio de la Escosura, M. Fernández y González, Castro y Serrano, Blest Gana, Pedro Antonio Alarcón, Pérez Escrich, María del Pilar de Marcó, Ponson Du Terrail, Víctor Chervuliez, Octavio Feuillet y otros más.

En 1863 se fundó una "Biblioteca de amena lectura", compuesta de novelas de renombrados autores, no publicadas en el diario ni conocidas del público chileno. El 13 de marzo de ese año se anunciaba así esta biblioteca en la crónica local de **El Mercurio**:

"Como el "Museo Dramático" que está formando la imprenta de "El Mercurio", compuesto de los mejores dramas y comedias conocidos, y aquellos últimamente salidos a luz, "Museo" que ha sido muy bien recibido por los aficionados, así también se propone la misma imprenta formar una "Biblioteca de amena lectura", con las novelas escogidas de los mejores romancistas franceses y españoles.

"La ventaja de esta publicación consiste principalmente en la comodidad que ofrece al suscriptor, quien puede ir formando insensiblemente una biblioteca de novelas escogidas; veinte centavos cuesta solamente una entrega de 48 páginas en 4.o, las que se irán publicando semanalmente todos los sábados, y servirán de pasatiempo e instrucción a la vez a nuestras clases trabajadoras en el día de la semana que tienen para solaz y descanso.

"Mañana debe salir a luz la primera entrega, que empieza a publicar la interesante novela de Fernández y González, titula-

da "Los enemigos del alma". Luego se publicarán también algunas de las últimas novelas escritas por los acreditados autores Dumas (padre e hijo) y otras inéditas de escritores nacionales.

"Reconocida la afición del público a esta clase de lectura, no es aventurada la empresa, pues ya hay un regular número de suscriptores, y es de esperar que pronto sea bastante considerable, componiéndose de todas las clases de la sociedad".

A los suscriptores de Valparaíso se les servía a domicilio por el precio ya indicado, pagadero al recibir la entrega, y a los de Santiago, provincias y extranjero, por el de 25 centavos.

Buen éxito debió tener este ensayo, puesto que, a mediados de mayo de 1864, salió la novela "Don Juan Tenorio", también de Fernández y González, y en las mismas condiciones materiales y de venta que la anterior. En el anuncio de esta obra aparecieron estas innovaciones: que a los suscriptores de Santiago se les cobraría igual tarifa que a los de Valparaíso; que "por cada dos entregas se dará una hermosa lámina litografiada", y que se admitían suscripciones por años y semestres.

Volviendo al catálogo de 1847, añadiremos que, además, tenía ya impresas obras de Pope, el padre Gaspar de Astete y otros autores; almanaques, libros de oraciones, de juegos y de magias; tablas de reducciones de monedas, pesos y medidas, planos, etc.

Al final del catálogo se decía que, "decididos los editores a no perdonar medio alguno para poder competir con las ediciones que vienen de Europa, se han propuesto una considerable rebaja en los precios de la mayor parte de ellas con el fin de nivelarlas con las que sucesivamente se van publicando".

En ese mismo año salió a luz la "Guía General de la República de Chile", preparada por don Santos Tornero, impresa en un volumen de 392 páginas en 8.o mayor. A juzgar por el sumario, ha sido ésta una de las obras de su género más completa de cuantas se han publicado en Chile.

Seguir el desarrollo de la sección editorial de la Empresa sería cuestión de ocupar muchas páginas; únicamente consignaremos algunas obras más en calidad de aporte bibliográfico a la literatura, la instrucción pública y la imprenta de Chile:

En 1850 se hizo un "Almanaque Chileno para 1851" en tres ediciones distintas para Valparaíso, Santiago y provincias, con muchos e interesantes datos administrativos, comerciales y estadísticos.

"La América Poética", colección recopilada por don Juan M. Gutiérrez, en grueso volumen en 4.o mayor.

Una nueva edición de las obras de don José Mariano de Larra, ("Fígaro").

"Guatimozin o el último Emperador de México", por doña Gertrudis Gómez de Avellaneda, en un volúmen de 380 páginas en 8.o mayor. Esta célebre novela fué regalada a los suscriptores de **El Mercurio.**

Los artículos de "Jotabeche" (José Joaquín Vallejo), publicados en la prensa chilena desde 1841 hasta 1847, recopilados en un volumen en 4.o y precedidos de una nota biográfica del célebre escritor don Abraham Konig.

"Escenas matritenses", por El Curioso Parlante (don Ramón Mesoneros Romanos).

"El Museo Dramático", del que ya se ha hecho mención.

Una gran colección de libretos de ópera en italiano y español.

"La Biblioteca de Educación" se aumentó considerablemente con textos de gramáticas francesas e inglesas, por Beauchemín; de Geografía, por Santos Tornero; de Religión, Moral e Historia Sagrada, por los abates Didonn y Norlieu; de Aritmética, Contaduría y Comercio, por Santos Tornero y Oreste L. Tornero, de Lectura, tales como "Don Quijote de la Mancha", arreglado para los niños por Alberto Lista, e "Historia de las lecciones de objeto", por María P. Carpentier.

De los periódicos que, independientemente de **El Mercurio** publicó la imprenta en esta época, merecen citarse "El Alegre" semanario festivo que comenzó a salir en junio de 1846 y duró hasta julio del subsiguiente año en que apareció el "Semanario de las Familias". Ambas publicaciones eran en 4.o y fueron propiedad de don Santos Tornero

A principios de 1848 lanzó don Juan Ramón Muñoz un semanario de literatura y crítica titulado "El Album", pero al poco tiempo dejó de salir para dar vida a la "Revista del Pacífico" redactada por Vicuña Mackenna, Barros Arana, los Amunátegui, Lastarria, Blest Gana, Jacinto Chacón, Juan R. Muñoz y otros. Era quincenal y duró hasta el año 1861. Se imprimió en la imprenta de **El Mercurio.**

También salieron de esta imprenta otras revistas que duraron poco tiempo, entre ellas una de teatros redactada por don Jacinto Rodríguez Peña.

Entre las obras que, por su mucha extensión y refinado esmero artístico imprimió por cuenta ajena o propia esta imprenta hasta 1878, merecen citarse las siguientes:

El "Diccionario Canónico", por el obispo de La Serena don

Justo Donoso, en cuatro tomos en 4.o, que abarcó más de 2,500 páginas y cuya impresión duró nueve años, a contar desde 1851.

"Boletín de las leyes y decretos del Gobierno de Chile", colección de diecisiete tomos en cuarto, que abarcaba desde 1823 hasta 1872. Esta edición era oficial y fué corregida por el ministerio de Estado.

"Diccionario General de Agricultura Práctica", colección de tratados completos de economía rural, veterinaria, medicina doméstica, historia natural, zoología, geografía universal, etc., etc., redactados y arreglados al clima y costumbres de Chile por don Carlos Cueto Guzmán. Se publicó por entregas de a 32 páginas en folio, a tres columnas, y al precio de sesenta centavos la entrega. Acompañaban a cada una de éstas varias láminas litografiadas.

"Historia General de el Reyno de Chile", por el R. P. Diego de Rosales, "publicada, anotada y precedida de la vida del autor y de una extensa noticia de sus obras", por don Benjamín Vicuña Mackenna. Consta la obra de tres tomos en cuarto mayor, impresa en excelente papel y con tipos nuevos. Comenzó a imprimirse a comienzos de 1877 y se terminó a fines del subsiguiente año. A partir de esta impresión, la sección editorial dejó de hacer trabajos de importancia.

En 1882 fué vendido este departamento a don Nemesio Marambio, antiguo empleado de la empresa, quien fundó con él la imprenta de "El Progreso", establecida en una de las calles adyacentes a la hoy llamada avenida de Pedro Montt, en Valparaso. Este señor Marambio tenía, desde 1874, un taller de estereotipia y una fundición de tipos en la calle de la Independencia.

Con don Agustín Edwards Ross desaparecieron las secciones de obras, remiendos, encuadernación y libros rayados, para quedar reducida la Empresa a trabajos periodísticos relacionados con **El Mercurio.**

Con respecto a la ayuda económico que el negocio de librería prestó a la Empresa en esta época, hemos de consignar que fué de mucha consideración dentro y fuera del país. Se recordará que cuatro años antes de que el periódico pasara a manos del señor Tornero, la gran librería de **El Mercurio,** la primera que se fundó en Chile, había sido vendida. No se sabe con certeza, aunque es muy probable, que la adquiriera el comerciante de objetos varios llamado don Agustín Moyano, quien tenía su almacén contiguo al local que ocupaba dicha librería, pues desde el 8 de febrero de 1838 se anunciaba que "se despacha este diario en la tienda y librería" de dicho señor.

Don Santos Tornero poseía dos librerías cuando aquirió la imprenta, las que vendió en marzo de 1843 para pagar parte de la deuda de veinte mil pesos de que ya se ha hecho mención en otro lugar.

En 1845 fundó en Santiago la "Agencia y Librería de El Mercurio", y a fines de 1847 la "Librería de El Mercurio", en Valparaíso.

Antes de fundarse estos establecimientos se vendían en la oficina del diario todas las obras que editaba y, además, papeles, tintas, prensas y tipos de imprenta.

Paulatinamente fué fundando sucursales de estas librerías en Concepción, Copiapó, La Serena, San Felipe y otras poblaciones importantes de Chile y de algunos países hispano-americanos, todas las cuales eran agencias del diario y del departamento editorial.

Cuando se disolvió la sociedad de "S. Tornero e Hijos" aún subsistían algunos de estos establecimientos en poder de la familia Tornero, entre ellos los de Santiago, Valparaíso y el Callao. En la actualidad únicamente queda el de la capital con el nombre de "La Antigua Librería", la cual perteneció, desde 1855 hasta 1923, a don Carlos Tornero, el último de los trece hijos de don Santos Tornero, y ahora es de propiedad de la firma "C. Tornero y Compañía, Limitada".

Como parecerá extraño que esta librería no lleve ya su nombre primitivo, creemos oportuno dar una breve explicación de la causa que ha motivado su cambio. En el año 1897 caducó la inscripción que, por diez años, se había hecho del título "Librería de El Mercurio", y como no fuera renovado oportunamente por su propietario, un librero de Santiago lo tomó para su establecimiento y lo registró en la Sociedad Nacional de Agricultura, por lo que su antiguo dueño tuvo que cambiar la denominación de su negocio por la de "Librería Tornero", nombre que duró hasta el año 1921 en que se le varió por el que actualmente lleva.

La de Valparaíso, que siempre ostentó su antiguo nombre y que de manos de don Santos Tornero pasó a las de don Orestes, luego a la de don Recaredo y, por último, a las de los hijos de éste, fué liquidada y cerrada en el mes de agosto de 1920.

Durante muchos años estas librerías fueron las más importantes de la República, puesto que se surtían de todos los grandes centros editoriales de Europa y América.

CAPITULO IV

SUPLEMENTOS COMERCIALES Y EDICIONES DIARIAS Y PERIODICAS

El "Precio Corriente" fué el primero y último de los suplementos comerciales de "El Mercurio". — El diario "Hoja Suelta" sirvió de ensayo para otras publicaciones de su índole suplementaria. — Le sucede "El Vigía de Valparaíso", suplemento diario de amplias informaciones mercantiles. — Su continuador, "El Boletín Comercial del Mercurio", sale semanalmente. — Le reemplaza el periódico quincenal "El Mercurio del Vapor", escrito en varios idiomas. — Desde 1847 hasta 1873, se lanzan dos ediciones al día, una de ellas especial para Santiago. — Sale "El Mercurio de Provincias" con resúmenes de lo más importante publicado en el diario. — La primera edición diaria que publicó "El Mercurio" en Santiago, con imprenta propia, se denominó "La Correspondencia". — Apareció y desapareció en 1864, se daba gratis a los suscriptores de "El Mercurio" de la capital y su carácter era exclusivamente informativo.

A través de su larga existencia, **El Mercurio** ha publicado muchos periódicos. Unos han sido suplementos de índole comercial o literaria; otros han tenido la categoría de segundas ediciones de los ya fundados, y otros, en fin, se han establecido en regiones que carecían de prensa seria e independiente capaz de auspiciar con desinterés el desarrollo industrial, comercial o agrícola de ellas.

Los de la primera categoría pertenecen a la segunda época del diario y los de las dos subsiguientes a la tercera. Ahora nos vamos a ocupar de los de aquella, dejando para otro lugar los de esta última.

No citaremos las hojas sueltas y eventuales que, con el nombre de **Suplemento del "Mercurio" Núm. 000**, servían para insertar los comunicados de índole personal que el diario no acogía en sus columnas por diversos motivos indicados en otro ca-

pítulo; únicamente nos ocuparemos aquí de todas las publicaciones que tuvieron relación directa con el diario.

El primer suplemento que lanzó **El Mercurio** con carácter periódico fué mensual en sus comienzos y se titulaba: **Precio Corriente.**

Empezó a salir allá por el año 1835 y contenía "una lista general en tres idiomas de las principales mercaderías de importación y exportación; una lista de los buques mercantes nacionales y extranjeros surtos en el puerto; el movimiento de entradas y salidas en la semana; un extracto de los buques próximos a salir, y un estado de los fletes, cambios, derechos de puerto, de tránsito y de peso y medidas".

En 1838 empezó a aparecer semanalmente y fué el único de los suplementos que ha tenido más larga existencia, aunque con alternativas de salida, de todos los fundados por **El Mercurio.**

Cuando don Santos Tornero adquirió la Empresa, prometió grandes reformas materiales e intelectuales que comenzaron a cumplirse desde mucho antes de innovarse las tarifas de suscripción y anuncios. Empezó dándole tal amplitud a cada una de las secciones, que ningún diario de la época pudo superarle. Esto trajo por consecuencia el que el periódico se hiciera estrecho para contener la información que diariamente acumulaba. Por esta causa y porque el editor deseaba dar con rapidez el mayor número de noticias comerciales, se creó el 4 de noviembre de 1842 el suplemento diario titulado **Hoja Suelta,** que comenzó a salir en las tardes con el despacho de aduanas del mismo día; pero desde el 2 de diciembre empezó a aparecer por la mañana a la misma hora en que salía **El Mercurio.**

"No sabemos, decía el editor al anunciar la aparición de la **Hoja Suelta,** hasta qué punto pueda mejorarse esta publicación; pero tal como ha comenzado son visibles ya las ventajas que debe producir a los suscriptores del diario, tanto más cuanto que no les impone ningún nuevo gravamen, pues es considerada como una parte del mismo "Mercurio". También cede esta publicación en beneficio de nuestro diario, pues deja un espacio más en sus columnas para dar lugar a otros materiales, y evita la interrupción de muchos artículos que nos vemos obligados a suspender por falta de lugar."

Esta publicación se daba gratuitamente a los suscriptores del diario y se vendía a un módico precio a los que no lo eran.

Pero la **Hoja Suelta** no satisfizo a su editor y, al darle un carácter amplio en su índole, más extensión a sus informaciones

y mayor forma, le cambió el nombre por el de **El Vigía de Valparaíso,** cuyo primer número salió al principiar el mes de agosto de 1844, y le puso tarifa independiente de la de **El Mercurio.** Tal importancia tomó, que el editor le consagró mayores esfuerzos y, con el objeto de popularizarlo, anunció en el mes de febrero del subsiguiente año que ese "pequeño y barato diario consagrado a la publicación, antes que ningún otro, de los manifiestos, despachos de aduana, reembarque de mercaderías, movimiento marítimo, movimiento de los mercados extranjeros y una porción de datos y noticias locales y extranjeras que sale a luz por la imprenta del "Mercurio", desde el mes de agosto, con general aceptación, ha bajado el precio de la suscripción a la muy módica erogación de un peso al mes para los no suscriptores al "Mercurio", y de dos pesos por trimestre para los suscriptores de este diario."

Cuando **El Vigía de Valparaíso** iba por el número 275, de fecha 30 de junio de 1845, cambió su nombre por el de **Boletín Comercial del Mercurio,** siguiendo su numeración y su programa aunque ampliado, en esta forma:

"Este periódico, decía, sale a luz todos los días menos el siguiente a los festivos. Su objeto es dar pronta publicidad a los datos y noticias marítimas y comerciales. Contiene el movimiento del puerto hasta las ocho de la mañana del día de su publicación, y el de aduana del día anterior; una noticia de todos los avisos marítimos contenidos en el "Mercurio"; un extracto de los actos del Gobierno que puedan interesar al comercio, etc. En uno de los primeros días del mes se publicará en un pliego un prolijo **Precio Corriente** de efectos de importación y exportación; el movimiento marítimo de todo el mes anterior, y la existencia de buques en la bahía. Siempre que la extensión de los datos y noticias comerciales lo exigiesen, se aumentará el tamaño del papel sin recargo de precio para los suscriptores."

La tarifa era: al mes un peso y al año diez; para los suscriptores de **El Mercurio** dos pesos por trimestre; y el número suelto medio real, y con el **Precio Corriente** dos reales.

Este periódico dejó de salir el 28 de febrero de 1848.

Mientras tanto, el tamaño de **El Mercurio** iba creciendo y, por consiguiente, se hacía menos necesario el suplemento. Por este motivo a los tres o cuatro meses del mismo año de la suspensión del **Boletín Comercial,** comenzó a salir el periódico **El Mercurio del Vapor.** Aparecía mensualmente en un pliego del tamaño del diario, y su texto se componía de las mismas

materias que sus antecesores y con el tradicional **Precio Corriente,** el que a las veces abarcaba una página entera. Desde un principio apareció redactado en inglés y en español.

A juzgar por todas las apariencias, esta publicación interrumpió su salida en 1853. Así parece puesto que al reaparecer en la colección del diario de 1860, lleva estampado en las numeraciones ordinarias el rubro de "séptimo año de su publicación", pero sin indicar que el periódico esté en su segunda época. En ese año su texto era de la misma naturaleza que en los seis años anteriores (1848-1853), incluso el **Precio Corriente.**

A mediados de 1863, a petición del comercio, se empezó a imprimir esta lista de precios en una forma parecida a la de 1838, a fin de poderla enviar por correo. Entonces se establecieron tarifas de suscripciones independientes de esta publicación y **El Mercurio del Vapor.** Desde ese año se le dió a este periódico un carácter más amplio, pues su texto se componía de "la correspondencia para el extranjero, en español e inglés, todos los artículos de fondo del "Mercurio" diario, publicados durante la quincena, con lo más digno de ser reproducido para el extranjero, y los precios corrientes de frutos del país con las observaciones sobre el mercado de los mismos."

Estos son los principales suplementos comerciales que publicó el diario en esta época.

En 1843 hubo el propósito de publicar un suplemento bisemanal en idioma inglés con el título de "The Valparaíso English Mercury", pero no se llevó a cabo el proyecto por inconvenientes insubsanables que sobrevinieron en la fecha fijada para su salida.

A pesar de que desde 1842 el movimiento periodístico de Santiago comenzó a ser muy animado, ninguno de los periódicos y diarios de allá lograron menguar el crédito que **El Mercurio** tenía en aquel público que buscaba siempre el diario porteño por la seriedad de sus informaciones y su sano criterio político. Su editor, deseoso de corresponder a ese favor tan honroso, fundó una edición destinada exclusivamente al público de la capital, la que comenzó a salir el primero de febrero de 1847.

He aquí el prospecto que lo anunció:

"Deseosa siempre de servir al público la empresa del "Mercurio", superando obstáculos de todo género, ha conseguido poder hacer dos ediciones del diario, por la mañana una y otra a la hora de partir el correo para la capital.

"De este modo tirándose por la tarde la impresión que debe

repartirse al día siguiente, nuestros suscriptores de Santiago leerán a la misma hora que nuestros suscriptores de Valparaíso el mismo número del "Mercurio".

"Tendremos especial cuidado, sin embargo, de comunicar en la edición de Valparaíso las ocurrencias que hayan tenido lugar durante la noche y en la mañana hasta el último momento.

"Las personas de Santiago, favorecedoras del "Mercurio", apreciando en su justo valor las dificultades con que tropiezan entre nosotros las menores innovaciones, nos tendrán en cuenta el empeño que nos tomamos en corresponder a su deferencia para con nosotros; y el comercio de Valparaíso comprenderá perfectamente nuestro deseo de rendir un servicio en nuestra esfera, supliendo por la actividad, a la rapidez de las comunicaciones de que carecemos, a fin de transmitir a la capital con la mayor prontitud posible todas las noticias y avisos conducentes a sus especulaciones.

"Es grato a la empresa del "Mercurio" poder anunciar al público alguna mejora en sus publicaciones, y no perderá ocasión de efectuar todas las que sean dables confiando en la constante protección con que es agraciada".

Estas dos ediciones diarias estuviéronse publicando hasta el 12 de julio de 1874, con la variante de que hasta el 29 de octubre de 1864 la de la mañana llevaba siempre debajo del título del diario la advertencia de que era **edición de Valparaíso** y la de la tarde la de **edición de Santiago.** Desde el 31 del mismo mes y año, cambiáronse esos epígrafes por los de **Primera edición y segunda edición,** respectivamente.

Deseoso el editor de extender **El Mercurio** por todo el país y los pueblos de la costa del Pacífico, fundó el 1.o de agosto de 1853 **El Mercurio de Provincias.** El diario de esa fecha publicó el siguiente prospecto de la nueva publicación:

"Hoy se ha publicado el primer número, en el cual está reasumido todo lo más importante que contiene "El Mercurio" diario de los últimos días, inclusas las noticias del vapor.

"**El Mercurio de Provincias** tiene por principal objeto facilitar con el menor gasto posible a todas las poblaciones de la República el conocimiento de los más importantes acontecimientos del mundo, en política y comercio especialmente. Se reproducirán en este periódico todos los artículos de fondo de más interés que se publiquen en "El Mercurio" diario, así como los actos oficiales y las noticias extranjeras y del país.

"Está calculado para la remisión, franco de porte por los correos del norte y sur de la República, y es también mucho

más conveniente que "El Mercurio" diario, y cualquiera otro periódico para enviarlo al exterior, por su economía de precio y por ser menos costoso para el pago de los porte por los vapores.

"Se publicará por ahora los días 1, 6, 11, 14, 17, 21, 25, 28 de cada mes".

El precio de suscripción era de nueve pesos al año y de cinco al semestre, pago adelantado.

Dejó de salir en enero de 1860. Se publicaron 716 números.

La edición **que El Mercurio** comenzó a publicar el 1.o de junio de 1900 en Santiago y que en la actualidad está a la cabeza de la prensa del país en todos sentidos, tuvo una precursora treinta y seis años antes. Se denominó **La Correspondencia,** "suplemento diario del Mercurio", y poseyó también imprenta propia.

Fué un ensayo que no dió el resultado económico que de él se esperaba. Sus propósitos no podían ser más laudables y al mismo tiempo más beneficiosos para los suscriptores de **El Mercurio** en la capital como podrá apreciarse por el prospecto que le precedió y que copiaremos íntegro para que se vea el espíritu de expansión de nuestro diario en todas sus épocas:

"Los lectores del "Mercurio" en Santiago y demás puntos servidos por las vías férreas habrán, sin duda, observado que siendo Santiago el asiento del Gobierno, de las Cámaras, de la Universidad, de los tribunales superiores, de los principales establecimientos científicos y de instrucción pública, y centro por consiguiente, del movimiento político y literario del país, el "Mercurio", publicado en Valparaíso, no puede de ninguna manera ra comunicar las noticias de la capital a sus numerosos favorecedores con la prontitud requerida en esta época del vapor y los telégrafos.

"Sus editores, por lo tanto, hace ya algún tiempo que, deseosos de llenar ese vacío, meditaban la publicación en Santiago de un pequeño diario auxiliar de su periódico, pero hasta ahora no les había sido dado el poder realizar sus deseos. Superando hoy al fin las dificultades que se les presentaban, se hallan resueltos a principiar desde el próximo mes de julio la expresada publicación, con el título que encabeza este prospecto, cuyo objeto principal será el de dar cuenta inmediatamente de las sesiones del Congreso, sin costó alguno adicional para los suscriptores del "Mercurio, a quienes el nuevo diario será repartido gratis.

"Pero ya que nos lanzamos en esta arriesgada empresa que, por modesta que ella sea, no por eso deja de irrogar gastos de

consideración, no se extrañará que los editores de la **Correspondencia** se esfuercen en obtener alguna clientela para ella, no limitándose a la impresión de los ejemplares que se han de enviar gratis a los suscriptores del "Mercurio". Para conseguir ese objeto se proponen hacer un diario aunque pequeño, completo; es decir, con su crónica de noticias extranjeras y del país, y con cuantos datos se crean necesarios para que las personas que se suscriban a él puedan estar al corriente de la marcha de los sucesos de toda especie.

"No se oculta a los editores la dificultad de hallar en Santiago favorecedores de su publicación, hoy que ven la luz pública en esta capital varios grandes diarios bien servidos. Los anima, sin embargo, la esperanza de que **el sol alumbra para todos**, y que, además, habiendo de ser la **Correspondencia** completamente imparcial y ajena a las pasiones de partido, no faltarán personas que gusten de su lectura entre los mismos suscriptores de los otros diarios alistados en los diferentes partidos que se disputan el dominio de la política.

"También se promete nuestro diario encontrar apoyo en las clases trabajadoras de nuestra capital y aún de las provincias por la baratura de su precio y la variedad de sus noticias, y no será un pequeño timbre para la **Correspondencia** si logra extender el gusto por la lectura fuente de la instrucción y de la moralidad.

"He aquí los datos que nos proponemos consignar en la **Correspondencia**:

"Una reseña constante de la marcha de la política interior de la República y de sus relaciones con los demás países.

"Un extracto de las sesiones del Congreso.

"La crónica noticiosa de Santiago, Valparaíso y provincias.

"Extractos de las principales noticias extranjeras.

"Noticias diarias del movimiento administrativo.

"Noticias de las principales resoluciones de los tribunales y de las causas en tabla para cada día de la semana.

"Noticias de las funciones religiosas en cada una de las iglesias de la capital.

"Noticias del movimiento de la policía y de las mejoras locales que se efectúen.

"Advertencias sobre las necesidades de la población para su mayor embellecimiento y su mejor régimen gubernativo.

"Tarifas de los pasajes y fletes de los ferrocarriles y hora de la salida y llegada de los trenes.

"Y, por último, cuanta noticia se crea de verdadero interés

y de utilidad reconocida, sin descuidar una multitud de pequeños datos a veces desdeñados por los grandes diarios."

No le acompañaba ningún párrafo con el programa político que iba a seguir, como hizo la edición que salió al comienzo de este siglo. porque sus propósitos, como bien claramente se esplicaban, únicamente eran los de ampliar sus informaciones en calidad de suplemento, puesto que la edición de Valparaíso seguiría prestando "preferente atención a los grandes intereses generales de la República y de la América en general. La alta política, los intereses del comercio, de la agricultura, de la minería y de la navegación", se las reservaba **El Mercurio**, como se decía en el párrafo final.

Este suplemento diario empezó a ver la luz en las tardes, el 1.o de julio del año 1864 y lo dirigía don Recaredo S. Tornero.

Los precios de suscripción para los no suscriptores del diario de Valparaíso eran de cinco pesos al año, de tres al semestre y de sesenta centavos al mes. El número suelto valía tres centavos. La tarifa de anuncios era: por las tres primeras inserciones, no pasando de diez líneas, ochenta centavos; por cada una de las subsiguientes, diez centavós, y los de mayores proporciones pagaban los precios que se convenían con el editor.

Esta edición era el primer negocio a que se arriesgó la firma editora "S. Tornero e Hijos", y su vida fué tan breve, aunque por otro orden de cosas, a la que tuvo el periódico que fundó en la capital don Santos Tornero quince años antes. Este se denominó **El Corsario**, y tenía por objeto defender los intereses políticos de los partidarios de don Manuel Montt. Se imprimía en la imprenta de la librería que el señor Tornero tenía en Santiago, y era independiente de **El Mercurio** y ajeno, por tanto, a su programa político y a su vida económica.

Fué en sus comienzos "de intenciones serias con apariencia ligera. Su crítica viva, picante, a veces cáustica, encubre sanas intenciones y adelantadas ideas", como decía **El Mercurio** al dar cuenta de su aparición. Lo dirigía don Juan Pablo Urzúa, que por esa época estaba al frente de la librería del señor Tornero, y el mismo que se hizo más tarde célebre periodista fundando y dirigiendo el diario "El Ferrocarril" de notable recuerdo en los anales de la prensa chilena. Como el señor Tornero no podía vigilar la redacción de **El Corsario** por tener que atender sus negocios de Valparaíso, este periódico "asumió al poco tiempo una actitud demasiada irritante, infringiendo mis propósitos e instrucciones", como dice el recordado editor en sus memorias, por lo cual ordenó éste que cesara su publicación. Na-

ció el 15 de abril y murió el 4 de septiembre de 1849. **El Corsario** fué muy bien acogido y tenía un gran número de suscriptores; pero consecuente siempre el señor Tornero con su política de moralización periodística, prefirió abandonar un buen negocio a infringir esa norma de conducta que tanto le honró y que tanto sirvió para encauzar a la prensa del país.

Como se ha podido ver, la mayor parte de los suplementos de **El Mercurio** fueron de índole comercial, respondiendo a su carácter fundamental.

En la tercera época no publicó suplementos comerciales sino ediciones que, teniendo por base el mismo programa e idéntico espíritu, fueron y son autónomas en su vida pública con un segundo programa adaptado a las necesidades de la región o provincia en que han salido o salen.

CAPITULO V

EL SEGUNDO PERIODO TIPOGRAFICO DE "EL MERCURIO"

Se inicia esta época en marzo de 1839. — "El Mercurio" aparece con todo su material tipográfico renovado. — Don Manuel Rivadeneyra introdujo al diario por una esplendorosa senda artística. — Los ejemplares de este periódico son modelos de perfección tipográfica. —Le imprimió un estilo moderno que perduró muchos años. — Por su perfección en todo orden de cosas, fué "El Mercurio" en tiempor del señor Tornero, modelo y guía de la prensa nacional. — Fué el primer diario de Chile que se imprimió en prensa de vapor. — Las constantes renovaciones de su inmenso surtido de fundiciones tipográficas. — Las variaciones que en esta época ha tenido la cabecera del diario. — Los distintos tamaños del diario, según los imponía la moda europea. — Los diversos cambios en el número de columnas por página. — Las prensas que se usaron en esta época. — Algunas de las páginas artísticas más notables de este período de cuarenta y cuatro años.

Se inicia la segunda época artística de nuestro diario el 1.o de marzo de 1839 con nuevas fundiciones de tipos de lectura y de títulos y un remozamiento bastante notable en el estilo, y termina a principios del año 1884 en que dejó de imprimirse en prensa plana y comenzó a usarse el sistema estereotípico.

Esta época dió principio cuando acababa de pasar la Emsa a manos de una sociedad, a cuyo frente se encontraba en calidad de socio principal o de director gerente don Bernardo Pery-Etchart, la cual había "preparado la edición de este diario (el de la fecha de la iniciación) y la ejecutará desde hoy en papel y tipos de primera calidad según lo manifiesta el presente número".

Ya era tiempo de que esto viniera, pues a parte del mal gusto que predominaba en la composición, los tipos estaban demasiado gastados; más si a eso agregamos la pésima calidad

de la tinta y la clase ínfima del papel, ya puede figurarse el lector el aspecto paupérrimo que presentaría el primer diario del país que iba siendo a la vez uno de los principales de la América Española gracias al carácter internacionalista que adoptó a los cinco o seis años de su fundación.

Cuando se consultan los volúmenes de las postrimerías de esta deplorable época artística y se cotejan con los primeros de la segunda, se nota a simple vista la gran diferencia en todos sentidos. Aquellos se componen de ejemplares de papel endeble y manchado por la grasa de la tinta, mientras que los de éstos, en particular desde junio de 1840, hay limpidez, claridad y armonía como si acabasen de salir de la prensa más perfecta de nuestros días.

Aunque don Manuel Rivadeneyra, el celebrado innovador de la tipografía chilena, no adquirió la imprenta y el diario hasta octubre de 1840, parece que entró en la nueva sociedad en 1839 o, por lo menos, se hizo cargo entonces de los talleres de la Empresa en calidad de técnico y director, pues el número demuestra que se ofreció en la fecha indicada, sirvió durante mucho tiempo de único modelo con algunas modificaciones que lo fueron perfeccionando hasta dejarlo acabado cuando adquirió la imprenta don Santos Tornero.

Cada etapa de esta gloriosa época de **El Mercurio** superó a la precedente, de forma que su progreso constante en la parte tipográfica corrió parejo a la importancia y al prestigio que, en lo moral y en lo espiritual, fué alcanzado en el decurso de los años. De consiguiente, cuando llegó la segunda etapa de la época artística actual, que comenzó en 1900, veinte años después de haber pasado la Empresa a manos del progresista y acaudalado industrial y banquero don Agustín Edwards Ross, no fué la transformación, con ser mucha, ajena a las innovaciones que las modas y las necesidades le habían ido imponiendo.

Lo primero que se nota en ese número modelo de 1839 es la presentación. Ella es más artística y bastante cuidadosa, con tipos completamente nuevos y modernos de fundiciones inglesas. Aunque la calidad del papel no difiere mucho de las del período anterior, no se ve ya tan manchado por la tinta, la que, según parece, no fué muy superior a la empleada hasta entonces.

Las fundiciones de tipos, como hemos dicho, eran flamantes. De los empleados en la lectura los habían:

De 5½ puntos, 8, 9 y 12 elzeviriano;
Cursiva corriente, de 8 y 12;
Cursiva negra de 9.

Los usados en los títulos, empezando por el de la cabecera del diario, de 48 puntos y de modelo semi-negro, los habían:

Calado y sombreado de 24 puntos;
Negro de 20;
De adorno de 12;
Normanda de 9 y 12;
Negrita de 8.

Pero las mejoras en todos los sentidos comienzan desde que empezó a aparecer la firma "Imprenta de M. Rivadeneyra" al pie del diario. En ese número y en los sucesivos sobresale la excelencia del papel que sería, sin duda alguna, de la mejor calidad en su clase. Tiene una consistencia y un aspecto semejante al apergaminado que se emplea y se ha empleado siempre en España para los documentos de oficio. Su blancura, a pesar de los años transcurridos, permanece casi inmaculada, lo que indica que la tinta que se empleó era también escogida entre las superiores, pues no hay papel, por excelente que sea, que no sufra tarde o temprano las consecuencias de su grasa si no está preparada con materiales finos de primera calidad. Tampoco la pátina del tiempo ha logrado aún marcar su tonalidad de anciana en las crujientes, fuertes y duras hojas del níveo papel.

La composición es admirable por su ajuste perfecto. Los corondeles, o sean las largas líneas verticales que dividen a las columnas, son unas veces de tres puntos y otras de seis, prestándole elegancia y armonía a las compactas columnas que, cuando por circunstancias especiales iban espaciadas, jamás las interlíneas fueron más gruesas de tres puntos en los tipos grandes de diez y doce.

El señor Rivadeneyra uniformó las denominaciones de las secciones con un solo tipo encerrado en medias cañas, y lo mismo hizo con los epígrafes de los artículos.

Se ve el celoso cuidado que se guardó en seguir las reglas tipográficas. No se cortaban, a fin de renglón, las palabras de dos sílabas ni se ven más de tres líneas seguidas con vocablos cortados. En lo que respecta a la distribución de los espacios de palabra a palabra, buen cuidado se tuvo también en que éstos no se correspondieran con los de las líneas inferiores y superiores para evitar que se formara lo que en tipografía se denomina "calle" o "camino", que tan feo aspecto da a la composición.

Enumerar las innovaciones en material que hubo en esta época, ocuparía su enumeración el espacio de un libro; baste decir que la abundancia de tipos de lectura fué de tal suerte, que puede asegurarse que en ese período no había en Chile

imprenta de diario que la tuviese tan grande y selecta. Se nota que en cuanto un tipo estaba un poco gastado, era substituído por otro nuevo de estilo moderno.

Con respecto al tipo titular, el surtido fué inmenso. Había modelos de diez y de doce cuerpos, con cuya variedad podían hacerse anuncios elegantes.

Los cambios e innovaciones que de otro carácter hubo en este lapso de cuarenta y cuatro años, fueron:

En Tamaños: Entró en esta época con el de 43.50 cms. de alto por 26.50 de ancho; pero al comenzar el año 1843 empezó a agrandarse desde 49 cms. por 34, y a principios de 1854 llegó a 60.50 de alto por 39 cms. de ancho.

Siguió aumentando hasta llegar al gigante de 85 cms. por 61.50, es decir, que la hoja fué equivalente, más bien en más que en menos, a dos del tamaño actual. Da espasmos imaginarse las fatigas que pasarían los compaginadores y los prensistas al manejar las enormes y pesadísimas formas y el tino y maña que habían de tener para que no se les despanzurraran al levantarlas del obrador, y sobre todo, al colocarlas en la prensa. Si alguna línea no estaba perfectamente ajustada, ya puede suponerse que toda la labor de diez o doce hombres en un día quedaba destruída en un segundo con el consiguiente "empastelamiento".

Ese desmesurado tamaño duró poco tiempo: desde el 14 de julio de 1873 al 30 de junio de 1874.

En seguida bajó a 75.50 cms. por 55 para cambiarlo el 6 de mayo de 1900 por el de 58 cms. y 42.50, respectivamente, que es el que aún mantiene.

En **columnas.** Como el tamaño fué creciendo hasta el gigantesco de 1873-74, no hubo necesidad de aumentar el número de páginas, pero sí el de las columnas. Entró el diario en este período con tres de 7.50 cms. de ancho por 37.50 cms. de alto, y desde abril de 1841 hasta fines del subsiguiente año, fué de 7 cms. por 38, a causa de que los blancos laterales de los corondeles fueron mayores. El 1.o de enero de 1843 se aumentó el tamaño del papel pero no el número de columnas, que entonces tomaron un ancho de 10 cms. por un alto de 45.50.

Esto duró hasta febrero de 1848, en que se dividió la página en cinco columnas para a los pocos meses reducirse a cuatro de 8.50 cms. de ancho por 50.50 de alto; pero en enero de 1851 volvió a cinco de 7 cms. por 53.50.

En 17 de abril de 1854 aumentó nuevamente el tamaño del

papel, y entonces el número de columnas fué de seis de a 6.50 cms. de ancho por 56 de alto.

Un nuevo aumento de tamaño hubo en 1856 que duró doce años, durante los cuales las columnas tuvieron 6.50 cms. de ancho por 60 de alto.

Desde 1868 hasta el 5 de mayo de 1900, la columna se mantuvo en 6 cms. de ancho, pero su altura y su número por página tuvieron estas alternativas: hasta mayo de 1873, fué de ocho columnas de a 68 cms. de alto; hasta mayo de 1874, de nueve de a 79 cms., y hasta el 5 de mayo de 1900, de ocho con el alto del año 1868.

En **cabeceras:** También el 1.o de marzo de 1839 cambió de tipo y de forma el título del diario, pues como hemos dicho anteriormente, la transformación fué del todo completa. Este título, en tipo seminegro y a todo el ancho, iba de esta manera:

EL MERCURIO
de Valparaíso

La segunda línea era de tipo de adorno calado. Encima se mantuvo la viñeta nueva que empezó a emplearse en septiembre de 1837 que simbolizaba el comercio, el progreso y la civilización.

A principios de noviembre de 1841 desaparecieron el grabado, las tarifas y la calificación para quedar reducido el título a una sola línea con letra gótica de **48 puntos**.

Al comenzar el segundo semestre de 1843 la cabecera se presentó así:

Año **Fecha** **Número**
EL MERCURIO

A los laterales del título se colocaron las direcciones de los corresponsales administrativos y las tarifas.

Desde entonces desapareció para siempre la denominación **de Valparaíso** y también la calificación de **diario comercial, político y literario** que llevó desde su nacimiento.

En junio de 1845 el tipo fué calado y sombreado de 60 puntos, continuando el mismo modelo anterior de numeraciones y fecha, el cual duró hasta 1851.

En abril de 1845 ocupaba el título todo el ancho de la página con un tipo negro y alto de 84 puntos. Las condiciones de suscripción y anuncios se colocaron debajo, a tres columnas, que abarcaban todo el ancho de la página.

En febrero de 1847 se empleó un tipo seminegro y condensado de 72 puntos, y a sus laterales se insertaron las tarifas.

Comenzó el año 1851 con un tipo también seminegro, ancho de 72 puntos, que ocupaba toda la página. Desde entonces empezaron a colocarse la línea de años de publicación, la fecha del día y la foliación, debajo del título, como en la actualidad.

A mediados de abril de 1854 se empleó un tipo también de 72 puntos y casi del mismo modelo del anterior, aunque de más cuerpo; pero a los cuatro meses y medio el ancho del papel aumentó 5 cms., y entonces las condiciones de los avisos y demás advertencias de los editores se colocaron a los lados del título en dos estrechas columnas.

En septiembre de 1857 se cambió el título por uno de tipo gótico sombreado, de 96 puntos, el cual fué renovado a los once años por otro más pequeño de igual estilo. Las tarifas y las listas de los agentes del diario en el país y el extranjero se insertaban de vez en cuando a seis columnas debajo del título y separadas del resto de la composición por una media caña gruesa de seis puntos. Como el título era estrecho, se notaban demasiado los blancos laterales.

Así se mantuvo hasta mediado el año 1873 en que vino el tamaño gigantesco que hemos mencionado anteriormente. Entonces varió el tipo por uno de estilo renacimiento muy elegante y moderno de 60 puntos, que ocupaba poco espacio; pero esto duró un año, pues al empezar el segundo semestre de 1874 lo renovó por otro más pequeño, aunque del mismo estilo renacimiento, el cual subsistió hasta 1879.

A fines del marzo de ese año adoptó un título grabado en una sola pieza que tuvo que renovarlo varias veces porque se le gastaba, cuyo modelo de letra era negro sombreado con algunos adornos sencillos y elegantes. Esta cabecera duró hasta 1882 en que volvió a utilizarse el tipo suelto. El que adoptó entonces fué el estilo renacimiento del período 1873-74, pero de 72 puntos.

A los dos años lo cambió por uno negro y achatado de 72 puntos que abarcaba todo el ancho de la página, y así lo mantuvo hasta el 5 de mayo de 1900 en que adoptó un tipo negro semejante al actual, que tenía 48 puntos.

Tanto **El Mercurio** como los suplementos comerciales o literarios que se publicaron en esta época, nunca constaron ordinariamente de más de dos hojas. Las prensas que por ese tiempo se usaban en Chile, aún las más modernas, eran de las llamadas planas, en las cuales no se podían imprimir más de

dos páginas a la vez. La impresión se hacía en dos tiradas. Por esta causa, principalmente, se fundaron los suplementos comerciales y literarios.

Hemos dicho en el capítulo que sobre la misma materia que tratamos en éste va en la primera época, que el sistema de prensas que debió usar el diario en los quince primeros años tuvo que ser, necesariamente, el mismo del de la en que se imprimió la "Aurora de Chile", por la razón que allí dejamos expuesta.

Del primer nuevo sistema de prensa que se empleó en la segunda época, sólo sabemos lo que el señor Tornero dice en su libro de memorias, capítulo XXIV, en que trata del viaje que hizo en el año 1852 a Estados Unidos y Europa con el propósito de "adquirir nuevos elementos para dar impulso a mis negocios de imprenta y librería".

En la página 205 manifiesta lo siguiente:

"Durante este viaje compré en Kircaldy, pueblo industrial cerca de Edimburgo (Escocia), una máquina de doble cilindro para la impresión de "El Mercurio", la primera mecánica que, con tal objeto, se importó a Chile.

"Fué movida a brazo en los primeros tiempos, y a vapor, posteriormente, con una máquina construída en la fundición que había establecido en el Almendral el malogrado ingeniero chileno don Federico Stuven".

En corroboración a lo que hemos consignado respecto al método de impresión, he aquí lo que dice el señor Tornero en el capítulo mencionado:

"Se había hecho harto difícil imprimir "El Mercurio" en prensa de mano, por el gran número de ejemplares que se imprimían, y el tamaño del mismo, que había llegado al máximum que podía imprimirse en aquella clase de prensas.

"Se imprimía en dos prensas simultáneamente tirando en una el blanco, y en otra la retiración".

Para más detalles sobre esta prensa que vino a innovar en Chile el procedimiento de la impresión, copiaremos también el párrafo que sigue al anterior:

"Para la compra de dicha mecánica, me acompañó mi estimado amigo don Juan Mouat, que a la sazón se hallaba en Edimburgo con su familia. El mismo Mouat que, además de relojero inteligente, era experto maquinista, de regreso en Valparaíso cuando llegó la máquina, fué quien la hizo armar trabajando personalmente".

Don Santos Tornero estaba ya en Chile a mediados de 1853,

por lo que es de presumir que esa máquina se instalaría en el año subsiguiente.

A partir de esa fecha hasta 1883, no se ve en **El Mercurio** noticia alguna al respecto.

En el mes de febrero de 1864 se dió la de la instalación de una máquina de vapor para mover la prensa. En ese tiempo empezaba a trabajar la fundición de Stuven y Chambery, por lo que no hay duda que esa máquina es de la que habla el señor Tornero puesto que la prensa de doble cilindro que trajo fué movida a brazo, como él indica, durante algunos años.

La instalación de esta fuerza motriz produjo cierta inquietud a las compañías de seguros, como se ve en el siguiente suelto publicado el 17 del mes y año mencionados.

"Una máquina a vapor". Habiendo establecido en la imprenta de "El Mercurio" una pequeña máquina a vapor, fuerza de un caballo para la impresión de nuestro periódico, por no poderse llenar las necesidades de él con la fuerza animal, los señores agentes de las Compañías de Seguros han firmado y elevado al intendente de la provincia una solicitud pidiendo que se prohiba colocar dicha máquina en nuestra imprenta. ¡Se fundan para ello en los riesgos de incendio!"

A continuación va una larga serie de consideraciones, en forma interrogativa, para demostrar la ridiculez de los escrúpulos de los solicitantes, algunas de las cuales copiaremos a continuación por la lógica que encierra la protesta que por esta demanda hicieron públicamente los editores.

"¿Por qué no se les ocurre también a los agentes de seguros pedir al Supremo Gobierno que decrete la abolición de todas las máquinas a vapor en Valparaíso, que **también** se encuentran en medio de intereses valiosos y que por ser de muchas, muchísimas mayores dimensiones a la nuestra, debe suponerse que presentan mayores riesgos?

"¿Cómo permite el Supremo Gobierno que a pocas varas de sus almacenes fiscales esté situada la fundición **Celedonia,** que tiene una gran máquina a vapor y es además fundición? ¿Cómo no piden también los agentes mencionados que se cierre ese establecimiento por temor a una explosión?

"¿Por qué consienten las máquinas a vapor en las calles de la Victoria, Chacabuco, Yungay, etc., etc.?

"¿Por qué aseguran mercaderías en buques a vapor que podrían incendiarse?

"¿Por qué permiten el uso del gas en las casas por ellos

aseguradas, cuando tan posible es una explosión y por consiguiente un incendio, **como ya lo hemos visto?**

"¿Ignoran acaso los señores agentes que su solicitud, además de ser altamente absurda, es atentatoria a la libre industria?"

Van a continuación otras tantas consideraciones más, para terminar en esta forma:

"¡Querer imponer freno a la libre industria por temor a un incendio¡ ¡Quién lo creyera de ellos!

"Que nos citen un solo ejemplo de un incendio causado en Valparaíso por una máquina a vapor, y renunciamos a nuestro derecho para establecer la nuestra.

"Pidan en buena hora precauciones, pero nada más. No incurran en el ridículo de absurdas pretensiones".

A los pocos días, el 3 de marzo, expedía la Intendencia el decreto que autorizaba, dado el informe favorable de "la comisión municipal de policía", la instalación de la dichosa máquina a vapor que tanto había asustado a los agentes aseguradores. Y, como era de esperar, jamás ocurrió incidente alguno como para que pudiera arrepentirse la autoridad de haber atendido la solicitud de los editores y desechado los escrúpulos de los susceptibles agentes.

Don Santos Tornero guardó el mismo celo con que el señor Rivadeneyra cuidaba de la presentación artística del periódico.

Trajo de España muchos tipógrafos competentes que luego sirvieron de maestros en todo el país a varias generaciones de artesanos chilenos.

De entre los números extraordinarios que se destacan en esta época por la belleza de su composición tipográfica, merecen citarse:

1843.—18 de septiembre.— Es el primero que se hizo para conmemorar el aniversario patrio que recuerda la fecha. Toda la primera página está ocupada por el dibujo, hecho con diminutas orlas y viñetas, de un elegante arco triunfal de tres ojos. Los claros contienen poesías y leyendas alusivas.

1844—18 de septiembre. — El dibujo de la portada reproduce un esbelto retablo de estilo renacimiento. En los claros se estampan nombres y fechas gloriosos.

1845—18 de septiembre. — Representa la primera página un arco romano de un solo ojo. En el centro se levanta una columna conmemorativa. A los lados de ella hay una hermosa composición poética dedicada a la patriótica efemérides.

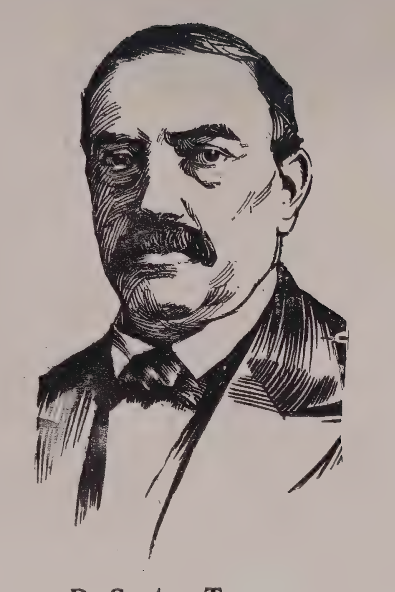
1846—18 de septiembre. — Ostenta la portada una ancha

orla dorada que, de trecho en trecho, contiene cuadritos con los nombres de las batallas libradas durante la lucha por la independencia. En el centro hay poesías y leyendas dentro de artísticos marquitos hechos con viñetas.

Todos estos trabajos son verdaderas obras de arte tipográfico que indican, a la vez que paciencia, mucho gusto y maestría. Por ellos se puede apreciar el bien surtido y variado material de la imprenta de obras y también la idoneidad de sus operarios.

Esta época tipográfica duró hasta 1833 porque dejó de imprimirse el diario en prensa plana. En el subsiguiente año se adoptó el sistema rotativo con una máquina "Derriey"; luego con otra de tipo "Marinoni", y en la actualidad se usa el de la marca norteamericana "Goss", de Chicago. Con esta clase de prensa se puede imprimir a varios colores hasta 35,000 ejemplares de a 48 páginas cada uno, en una hora. De esta máquina sale el diario con sus hojas pegadas, doblado tal y como se expende al público, y hasta contado por lotes de a veinticinco y de a cincuenta ejemplares. La Empresa posee en funciones cinco grandes prensas "Goss".

Todos los adelantos tipográficos que hemos anotado de la segunda época artíst[illegible] rio", se debieron a que la imprenta de obras progresó de una manera extraordinaria. A esa sección, más que al diario exclusivamente, se debió el enriquecimiento de su propietario don Santos Tornero.



D. Santos Tornero



D. Juan Carlos Gómez

CAPITULO VI

EL EDITOR DON SANTOS TORNERO

Semblanza de este ilustre editor de carácter enérgico e independiente. — Fué un "profesor de energía" que supo elevarse por su propio esfuerzo. — Su influencia en el periodismo nacional y en la cultura del pueblo. — Algunas noticias de sus primeros años. — Su llegada a Chile y sus primeras actividades comerciales. — Funda, en sociedad, un almacén de artículos varios y la Librería Española. — Adquiere la imprenta de "El Mercurio" y contrae una deuda de $ 20,000. — La entereza de su carácter se revela en el incendio de 1843, que destruye la imprenta y queda arruinado por completo. — Algunos de los incidentes más notables de su larga carrera de editor. — Juicios que ha merecido su laboriosa vida industrial y periodística.

Ha sido tan destacada la triple labor que don Santos Tornero hizo como impresor, como librero y como editor de **El Mercurio** y en particular, con la de este último oficio en el sentido que él le dió en la práctica constante de veintidós años, que no se puede hacer de ella una simple referencia sin faltar a la justicia y sin incurrir en el negro pecado de ingratitud para con el hombre de mérito que ha dejado huella indeleble de su acción fecunda y sabia, y menos cuando esa acción ha redundado en beneficio de la prensa chilena, a la que le dió una sana orientación con el ejemplo de su periódico.

También merece gratitud de la instrucción pública del país porque fué uno de los hombres que contribuyeron a la afición a la lectura de buenas obras con el hecho de convertir su imprenta en el centro editorial más grande de la parte austral de América, y con las bien surtidas librerías con obras de todo género que mantuvo en populosos lugares del país.

He aquí un aspecto no reconocido de este incansable hombre bastante olvidado por los historiadores.

En un curioso libro de memorias que escribió y publicó cuando contaba ochenta y un años de edad, intitulado "Reminiscencias de un Viejo Editor", hay consignados algunos detalles de su laboriosa y noble vida, muy pocos por cierto, pero los suficientes para formarse una idea cabal de su inconfundible carácter. A pesar de la modestia con que habla de su persona y de su labor, no se le ocultó el importante papel que había desempeñado desde su puesto de industrial y de editor, como se ve en estas palabras que estampó en el proemio de dicha obra:

"Se deducirá de mi relato que me ha cabido en suerte el poder ejercer alguna influencia en los progresos generales de Chile, mi patria adoptiva, y principalmente en el desarrollo del periodismo serio y útil, así como en las nobles industrias de la imprenta y de la librería mediante mi pronunciada atracción que aquél y éstas han ejercido sobre mí, y mediante, muy especialmente, mi carácter recto e independiente, al paso que moderado y conciliador. Soy de los que opinan que todo hombre honrado y laborioso dedicado a las tareas de la industria y del comercio, aunque no haya tenido la fortuna de haber adquirido una adelantada instrucción universitaria, si su educación ha sido esmerada y correcta, puede contribuir a los progresos efectivos y útiles de un país, más eficazmente que el hombre de vasta **instrucción** pero no bien **educado.** La instrucción, sin la buena educación suele producir muy amargos frutos".

Este último pensamiento, que entraña la norma de la verdadera línea de conducta que todo hombre debería imponerse, es la base de la doctrina filosófica de esos modernos educadores de la escuela mentalista que señalan en sus libros la manera de fijar el carácter y desarrollar la fuerza de voluntad para triunfar en la vida.

El señor Tornero fué "un profesor de energía", como ahora se les denomina a los hombres perseverantes en sus propósitos.

Hoy que todo el mundo lee y que el periódico noticioso e ilustrado es una necesidad; hoy que la prensa es respetada por los poderes públicos y que no abundan en las masas fanatismos políticos; hoy que hay mayor libertad individual en lo social, en lo político y en lo religioso; y, en fin, hoy que se ha impuesto la opinión ecléctica y hay tolerancia en todo y para con todos, el ser editor de un diario o de una revista de cualquiera índole no

es tan difícil como lo fué en la turbulenta y apasionada época del señor Tornero. Por eso la figura de este hombre singular se agiganta a medida que se va profundizando en la vida de **El Mercurio** del tiempo en que él lo dirigió.

El carácter de nuestro diario en su segunda época es el reflejo fiel del de don Santos Tornero, y la vida que **El Mercurio** llevó durante el lapso de veintidós años, a contar desde septiembre de 1842 hasta octubre de 1864, es la misma que podríamos relatar de su célebre editor; que estuvo éste tan vinculado a su empresa, que los quebrantos y los triunfos que ella tuvo fueron las únicas penas y alegrías grandes que experimentó en su vida. ¡Cuánto no sufriría cuando, al verse con cincuenta y seis años de edad y cansado de tanta brega, se vió obligado a entregar a sus dos hijos mayores la empresa que había hecho fuerte y poderosa a fuerza de una incesante labor llena de sinsabores!

Repasando, pues, el interegno histórico indicado, se puede apreciar en toda su valía la laboriosa existencia de este hombre que llegó a Chile en plena juventud para dedicarse al comercio, y que luego se transformó en modelo de editores de diarios y de libros.

El señor Tornero era español. Había nacido "en Viniegra de Abajo, partido de Nájera, provincia de Logroño en Castilla la Vieja, el 1.o de noviembre de 1808".

Su padre "poseía una mediana fortuna en tierras, ganado y propiedades urbanas y se ocupaba principalmente en la labranza". Fué el mayor de los cuatro hijos que tuvieron sus padres. Dos de ellos, Juan y Eusebio, estuvieron en Chile. Este último fué socio, durante algunos años, de don Santos.

Dice el señor Tornero en sus memorias que aprendió las primeras letras en su pueblo natal, y que cuando su padre se dió cuenta de su "afición decidida al estudio y mis deseos de saber, intentó enviarme a un colegio de segunda enseñanza al Burgo de Osma, que era el más próximo a Viniegra; mas aquel proyecto se frustró y se me envió a Sevilla para que me dedicara a la relativamente fácil y socorrida carrera de comerciante, que resultó poco simpática para mí, siendo el estudio mi sueño dorado. Ulteriormente, estando en el comercio, pude adelantar mi instrucción, mediante mi aplicación y mi deseo de aprender, llegando a adquirir regular conocimiento en literatura, idioma, contabilidad, geografía, etc., que me proporcionaron la ventaja de poder desempeñar dignamente las tareas a que contraje mi inteligencia".

Estuvo varios años en Sevilla. Cuando se propuso trasladarse al continente americano, quiso dirigirse primero a Cuba; luego, como le dieran excelentes recomendaciones para unos comerciantes de Lima, pensó ir allá; más después, aconsejado por los armadores de la nave en que se embarcó, decidió venir a Valparaíso. A este puerto llegó el 26 de diciembre de 1834.

Aquí entró de tenedor de libros de la casa de don José Vicente Sánchez, una de las principales del comercio al por mayor y menor de Valparaíso.

Acababa de cumplir veintiséis años de edad.

El 18 de marzo de 1837 se casó con la señorita Carmen Olmos de Aguilera y Orrego, ahijada de la familia del señor Sánchez

"Tres años después de mi casamiento, dice en su citado libro, el 1.o de abril de 1840, mediante la protección del señor Sánchez y asociado con él, abrí un almacén de efectos surtidos en la calle hoy llamada de Arturo Prat, entonces sin nombre, y que después se llamó de la Aduana. No me había dotado Dios con cualidades de buen negociante. Mis aptitudes eran propias para el escritorio, medianas para librero y mejores para editor. Así que, en cuanto se me presentó la oportunidad, me hice librero y poco después impresor y editor".

Antes de que el señor Tornero se estableciera con el almacén de loza, porcelana, cristalería, vinos, licores, pieles, muebles, tejidos, ropa hecha, comestibles, papeles, metales, aceites, etc., vendía por su cuenta en la casa de don José Vicente Sánchez según se anunciaba en 1839, algunos libros que hacía traer de una librería de Cádiz.

Poco después de establecido compró una gran partida de obras valiosas importadas por un señor Otaegui, que acababa de fallecer, y con ellas fundó la **Librería de Santos Tornero** en abril de 1841, en un local contiguo a su almacén. Deseguida trajo más libros en castellano y en otros idiomas, y en octubre del mismo año estableció la "suscripción a lectura", cuyo anuncio copiamos, pues, aunque él no lo menciona en sus memorias, es digno de recordarse este hecho en favor de la cultura de Valparaíso:

"En la librería de Santos Tornero se ha destinado un considerable número de obras de todas clases en castellano y en inglés, y algunas en francés, para formar una biblioteca de lectura la más completa posible. El surtido con que en el día cuenta pa-

ra este objeto es bastante extenso, y se cuidará de irlo aumentando sucesivamente. Se admiten suscripciones a doce reales mensuales con la precisa condición de que el suscriptor ha de entregar media onza de oro en el acto de inscribirse, la que quedará en depósito para serle devuelta cuando guste retirar la suscripción".

En mayo de 1842 cambió el nombre de su despacho de libros por el de **Librería Española.** Al poco tiempo fundó otra con la misma denominación en Santiago.

Y llegó la memorable fecha del 1.o de septiembre de 1842 en que compró la imprenta y el diario a don Manuel Rivadeneyra. En esta fecha seguía asociado el señor Tornero a don Vicente Sánchez; más como a éste no le gustó el nuevo negocio, se disolvió deseguida la sociedad, quedando aquél como único dueño de él, pero reconociendo una deuda de **veinte mil pesos** por la de **doce mil** que le había prestado el señor Sánchez. En esta deuda se incluían "las utilidades **pasadas y futuras** de la negociación".

De todo esto se deduce que la imprenta de **El Mercurio** le debió costar al señor Tornero de cuatro mil a seis mil pesos. puesto que el almacén de artículos varios y la librería valdrían otro tanto. Hacemos esta distribución de valores porque algunos articulistas han creído que pagó el señor Rivadeneyra los doce mil pesos de la deuda efectiva sin acordarse de que los demás negocios también pertenecían a la sociedad disuelta.

Pagó, como se ve, más del 66.50 por ciento de rédito.

Con esta negociación demostró la audacia, el espíritu de empresa y la **vista de águila** que, a juicio de don Bernabé F. Anguita, citado en el capítulo II de la primera parte de esta obra, tenía únicamente el señor Wells, cualidades que, según parece, no poseía el editor español, puesto que nada dice de ellas al mencionar en dos líneas, sin darle importancia alguna, la tesonera y penosísima labor que desarrolló durante más de veintidós años, los más difíciles de **El Mercurio,** con la cual adquirió este diario el carácter independiente y el prestigio ilimitado que hoy tiene.

No nos deben extrañar estas injusticias, puesto que parece innato en nuestra raza despreciar todo lo que es de ella y ensalzar cualquiera insignificancia de las extrañas.

Aunque el panegerista del señor Wells llega al paroxismo de su admiración diciendo "que sólo un norteamericano educado en la escuela netamente individualista peculiar a la raza sajona, pudo concebir y llevar a la práctica el atrabiliario proyecto" de fundar **El Mercurio,** nosotros consideramos un juego de niños

su tranquila y productiva labor durante un quinquenio en comparación de la titánica que efectuó el señor Tornero en cerca de un cuarto de siglo.

¡Raza individualista! ¿Qué entendería ese señor por individualismo? Hagamos un paréntesis de historia.

Los individuos de esta vieja y gloriosa raza ibérica emprenden y sostienen por cuenta y riesgo ocho siglos de guerra para reconquistar la integridad territorial contra otra raza que les llevó una civilización más refinada; luego emprenden y sostienen por cuenta y riesgo propio, una era de conquistas en América, en donde siembran todo cuanto poseen material, espiritual y cerebralmente de tal forma, que las semillas jamás se perderán, y por último, también por cuenta y riesgo individual, se levantan en España y en América diciendo: "¡Si el rey ha entregado o ha vendido su corona y su trono, sus súbditos no serán del intruso monarca y lucharán por su independencia hasta morir!"

Y todo ese largo batallar que abarca un período de once siglos (711-1810), lo mantuvo esa raza sin más miras que la libertad individual y obrando con un desinterés tan grande que, al terminar ese glorioso ciclo, era la raza más pobre de cuantas existían. ¡Se contentó con la riqueza espiritual que había ganado! ¡Riqueza eterna que la mantendrá siempre grande, noble e ilustre!

La frase de "elocuente ejemplo de lo que puede la inteligencia y el espíritu de empresa con el fuerte apoyo de una voluntad indomable!" que el señor Anguita emplea para cerrar con dorado broche sus loas al norteamericano, se le puede aplicar con toda justicia al editor español que demostró poseer en alto grado esas y otras excelentes cualidades que aquel no tuvo jamás. Si el primero tiene el mérito de haber fundado en Chile el periodismo diario sin esfuerzo alguno y por un interés puramente personal, el segundo es poseedor de la inmarcesible gloria de ser, con su propio esfuerzo y mirando siempre los intereses del país por encima de los propios y al progreso de la prensa chilena "el verdadero fundador de "El Mercurio" como diario político, social y cosmopolita", según acertada y equitativa frase de Vicuña Mackenna, y "el que señaló y marcó los nuevos rumbos del periodismo nacional" con la "clara comprensión que de los deberes de la prensa tenía", como añade don Julio Pérez Canto en su folleto "El periodismo en Chile", edición de 1920.

¡Fué un digno ejemplar de la raza ibera!

Pedimos disculpas por esta digresión en gracia a la pa

triótica intención que encierra. Con ella no hemos pretendido considerar a raza alguna inferior a la nuestra, es decir, a la íbera con sus castas de Africa, América y Oceanía; únicamente hemos apelado al derecho que todos tenemos de hacer resaltar lo bueno que poseemos, y más en esta ocasión en que uno de los nuestros considera exclusivas de una raza extraña, cualidades que poseemos en alto grado.

Si el lector quiere molestarse en hacer una breve comparación de la labor, las cualidades y la capacidad industrial del señor Wells con las del señor Tornero, no hay duda que nos disculpará la digresión y nos dará la razón en todos los puntos que en ella tocamos.

Estamos cansados de ver cómo los demás pueblos se dan importancia mientras nos encerramos en la inferioridad a que nos han relegado ellos a fuerza de pregonar nosotros sus excelencias callando o negando las nuestras!

—"Hallábame muy ufano—agrega el señor Tornero en su libro—con verme librero e impresor, y sobre todo propietario del único diario del país, pues "El Araucano", periódico oficial, sólo se publicaba semanalmente, sin apercibirme de que entraba en una senda llena de espinas y abrojos que me había de ocasionar muchos disgustos, contrariedades y compromisos, y tenía que ser un obstáculo para mis progresos como comerciante, de cuya comunidad quedaba de hecho, puede decirse, separado por incompatibilidad, como me lo probaba claramente la separación de mi socio".

Poco tiempo había de durarle las ilusiones al flamante industrial, puesto que en una infausta noche de marzo de 1843 desaparecieron como las cenizas del gran incendio que conmovió a todo Valparaíso, y del cual se dan detalles en otro lugar.

Como pretendemos hacer resaltar en este capítulo el espíritu de este gran hombre, nada más a propósito que copiar lo que le hizo decir a su diario a los tres días de la catástrofe en una hoja suelta titulada **El Clamor del Mercurio**, porque en esas pocas líneas está condensada su entereza de carácter.

"El Mercurio", por primera vez en su larga carrera, ha tenido que enmudecer y hoy apenas tiene aliento para formar un fúnebre clamor y murmurar palabras de duelo. Despojado de todas sus galas, y salido del centro de una hoguera, se presenta al público, no ya para servirle con confianza y llenar sus exigencias, sino para anunciar la suerte que le ha cabido y sus propósitos para en adelante.

"El Mercurio" no podía perecer, por grande que fuese el encarnizamiento de las llamas. No; "El Mercurio" es inmortal; tan inmortal como las ideas a que sirve de vehículo, y tan superior al furor de los elementos como ellos mismos".

Esta última frase, memorable en los fastos del diario, debería estamparse como lema al lado del título.

¿Cómo quedó el iluso editor? "El incendio del 15 de marzo, declara en sus memorias, tuvo para mí terribles resultados, dejándome completamente ar[illegible]n una deuda mu[illegible]or a los valores de que podía disponer. Pude en tales circunstancias hacer cesión de bienes, como se me aconsejó, quedando cancelado con todos mis acreedores, o bien presentar proposiciones de quitas y esperas, que me hubieran sido aceptadas, poniéndome así en disposición de seguir mis negocios con desahogo. No lo hice, sin embargo, por una extremada delicadeza. Preferí hacer frente a mi angustiosa situación, proponiéndome pagar íntegramente todo lo que debía, como felizmente pude hacerlo.

"Arreglé, pues, la manera de pagarle a ciertos plazos a don Vicente Sánchez, a quien debía fuertes sumas; le entregué las librerías de Valparaíso y Santiago. El señor Sánchez, a su vez, las vendió a los mismos sujetos que las manejaban de mi cuenta. La de Valparaíso a don Casimiro Pérez Tovia, que se arruinó en ella, y la de Santiago a don Pedro Yuste, que en ella hizo fortuna, vendiéndola después al señor Raymond, francés, pasando por último al poseedor don Mariano Servat, siendo la misma, titulada "Librería Central" cuyo nombre tomó cuando las cuestiones con España".

¿Podría decirnos el señor Anguita lo que su admirado individualista hubiera hecho en tan apurado trance? Ya sabe el lector que el señor Wells vendió la imprenta cuando terminó la protección de don Diego Portales al diario, y que se marchó a su país sin dejar rastro en Chile. Lo que hizo después de la catástrofe y siguió haciendo el señor Tornero hasta fin de septiembre de 1864, queda detallado en los cinco primeros capítulos de esta segunda parte, por cuya admirable labor se habrá podido apreciar la dosis de individualismo que tenía este gran hombre de acción.

De su entereza de carácter como editor de **El Mercurio,** podríamos citar muchos casos; pero nos circunscribiremos por ahora a unos cuantos que vamos a copiar de su interesante libro de memorias y dejaremos otros para cuando la ocasión sea apropiada a la naturaleza de los capítulos sucesivos.

Con respecto a la independencia en que siempre mantuvo al diario, dice así en el comienzo del capítulo XII:

"Suerte fatal fué la que a mí me cupo con los gobiernos que rigieron el país durante el segundo período de la presidencia del general Bulnes, y de los períodos de la de don Manuel Montt. Atribúyolo principalmente a las exigencias de la política que, siempre sin entrañas, era entonces por exceso exigente y voluntariosa.

"Fué también sin duda, causa muy eficiente de los sinsabores y descalabros que entonces sufría, la escasa ductilidad de mi caracter para poder acomodar mis procedimientos a las exigencias de los tiempos. Faltóme la diplomacia y la ductilidad necesarias para evitar los escollos que en mi carrera periodística se me presentaron, exponiéndome a zozobrar y privándome de los provechos que una conducta acomodaticia me hubiera proporcionado. Pero, en cambio, dejé establecida la independencia y **la seriedad de la prensa, con lo que, me parece, hice un gran bien al país".**

Y no sólo dejó de ser ductil ante las conveniencias ajenas, sino que cuando le asistía el derecho se mantenía firme escudándose en él sin que le doblegaran amenazas, multas ni prisiones, como lo demuestra el siguiente sucedido. En **El Mercurio** del 4 de noviembre de 1851 se publicó un comunicado firmado con seudónimo, que tenía por objeto contestar algunos conceptos de un artículo de "El Diario" de Valparaiso, en el que se ridiculizaba a la mujer política. Nada de particular tenía el escrito; pero en uno de sus párrafos aparecía en letra cursiva la frase de el **humanitario de Paucarpata,** y esta cursiva fué la que molestó al general Blanco Encalada, intendente entonces de la provincia. Este funcionario llamó al señor Tornero, y "con aquellas maneras corteses, afables y seductoras que le eran características, me habló del comunicado que publicaba "El Mercurio, y me exigió le dijese el nombre del autor. "Ha habido, me dijo, el propósito de **desprestigiar** la autoridad (palabras textuales), como lo prueba el haber puesto en **cursiva** la palabra **humanitario.** Lamento, señor, le dije, que la tal palabra haya sido impresa en cursiva, pero, a la verdad, no me fijé que estuviese **subrayada** en el original, que al haberme fijado, hubiera enmendado esa irregularidad".

Para que el lector se dé cuenta del alcance que el ilustre militar quería darle a la palabra subrayada, debemos recordarle que él fué el jefe de la expedición que, contra la confederación

perú-boliviana, envió Chile al Perú a fines de 1837, y que, como se encontró allá con que el presidente Santa Cruz tenía un ejército muy superior al que él llevaba, no le ofreció combate y firmó el tratado de paz de Paucarpata, que el gobierno chileno no aprobó porque sus propósitos eran los de destruir una confederación que era un peligro para Chile.

"En conversación amistosa, prosigue el señor Tornero, me esforcé por hacerlo desistir de su idea, diciéndole que mis deberes de editor me imposibilitaban para complacerlo y, además, traté de hacerle comprender que él no tenía derecho para exigir de mí lo que exigía; que para saber el nombre del autor de un artículo era necesario que un jurado hubiese declarado que había lugar a formación de causa; que las **facultades extraordinarias** de que estaba investido el Gobierno, no se extendían al caso en cuestión, etc., etc. A mis objeciones, exclamó: "¿Cómo no he de tener facultad para exigir de Ud. lo que exijo, cuando puedo enviarlo a Magallanes?" Es verdad, señor Intendente; puede V. S. enviarme a Magallanes, porque en las facultades extraordinarias se expresa que el Gobierno puede trasladar a los habitantes de un punto a otro de la República; pero esa ley no ha suspendido la Ley de Imprenta".

"Viéndome inflexible, el Intendente hizo llamar al juez señor Riesco y le dijo: "Exijo al señor Tornero que me diga el nombre del autor del comunicado publicado hoy en "El Mercurio", y me dice que no tengo derecho para exigir tal cosa. ¿No es cierto que lo tengo?" —"Sí, señor, lo tiene V. S."—Pues a pesar de la opinión del señor Riesco, yo no lo diré, repuse yo, mirando tijamente al señor Riesco.

"Con esto concluyó la discusion, y el Intendente llamó al secretario y le mandó extendiera una orden de prisión contra mí. Luego que la hubo firmado, hizo llamar a un oficial de la policía, y entregándosela le dijo: "Acompañe usted al señor Tornero a la cárcel".

Y fué a la cárcel, pero no reveló jamás el nombre del autor del comunicado en cuestión, no sólo porque la ley no se lo obligaba, sino porque el seudónimo que suscribía el escrito ocultaba el nombre de una mujer.

"Al día siguiente de hallarme en la cárcel, agrega más adelante el caballeroso y digno editor, recibí una carta de la persona que había escrito el comunicado, autorizándome para que declara su nombre, pero yo no lo declaré. Esperé que el Intendente volviera sobre sus pasos, como en efecto lo hizo, llamando

a mi hermano Eusebio, y dándole la orden por escrito para mi excarcelación sin condición ninguna, el día 8 del mes, es decir, cuatro días después de expedido su úkase.

Todo el mundo tuvo que reconocer en don Santos al editor modelo, al hombre íntegro, al periodista honrado.

No resistimos a la tentación de copiar algunas apreciaciones que sobre sus cualidades y su labor han merecido, y ahí van algunos párrafos del artículo editorial que le dedicó "El Diario" de Valparaíso en el mes de abril de 1857, con motivo de un viaje que el señor Tornero hizo a Europa.

"El vapor del 16 aleja de nuestras playas a un hombre a quien la prensa debe un adiós obsequioso.

"Se le debe por convicciones, y por los mismos intereses de la prensa.

"Don Santos Tornero, además de su título de fundador en Chile del periodismo tal cual debe ser, tiene para nosotros, en el servicio de esta industria, un método de capacidad que lo hace digno de figurar entre los modelos que deben imitar los periodistas verdaderamente interesados en conseguir las ventajas de fortuna que ha adquirido el señor Tornero y la reputación pública que acompaña su nombre.

"El señor Tornero ha sabido formarse las inclinaciones de carácter que deben determinar la conducta de un periodista, y posesionarse de las miras que deben de servirle de norte y en esto ha estado el secreto de su próspera fortuna y de la nombradía a que sus trabajos ha dado el país.

"El señor Tornero ha mirado siempre con desdén las causas de los partidos políticos, en que no veía más que compromisos infructuosos, y si alguna vez permitió que su periódico hiciese excursiones en el campo de algunos de ellos, fué porque vió agrupado en este grupo a la mayoría de la nación, porque en él flameaba el estandarte de las ideas liberales, que siempre despide felicidad y gloria sobre la frente del periodismo.

"Concluído el breve término de esas digresiones en la obra de "El Mercurio", el señor Tornero volvía a su acostumbrada cautela, a desplegar en el manejo de la prensa todos los recursos de su genio previsor, y se daba a cortejar sin tregua a la opinión....

"Porque la opinión, única divinidad del culto del señor Tornero, tiene sus veleidades como el tiempo, y experimenta cambi de estación a que es preciso amoldar las condiciones del traje....

"Sí, para que un periodista halle el premio de sus sacrificios asegurándolo en sus ventajas personales y en los beneficios del país, es preciso que se haga esclavo de la opinión; que todo lo posponga al deber de servirlo, siquiera sea en sus caprichos y hasta en sus inconsecuencias; que sepa sesgar de sus convicciones al impulso de los embates, muchas veces encontradas del clamor público, como gira una veleta al soplo de los vientos; en una palabra, que absorba su alma en el espíritu del mayor número y viva de la vida de la nación....

"Nosotros tenemos en este punto otro interés a que atender que a los nuestros personales; tenemos que hacer justicia a todos los hombres y a todas las cosas; tenemos que rendir culto a la causa del país.

"El país está interesado en que prospere el periodismo, porque necesita ilustrar sus cuestiones con la discusión escrita y garantir sus libertades, asegurando todo género de ventajas a la palabra pública que protege esas libertades y los protege contra el peligro del silencio.

"Pues bien, al país le decimos: para que haya prensa, es preciso que haya hombres como Tornero; para que los periodistas no encallen en su carrera, es preciso que sepan navegar como ha navegado Tornero".

Con todo lo expuesto en el presente capítulo, creemos haber diseñado el carácter de este célebre editor; la historia de su vida queda trazada en los capítulos primero de esta parte, a la cual sólo queda por agregar que escribió muchas obras didácticas que merecieron el honor de ser declaradas de texto en institutos y escuelas de Chile.

El señor Tornero fué, en resumen, tanto en público como en privado, "un carácter propio de su raza y de su época, con los sentimientos y la educación de un cumplido caballero.... Poseía un noble corazón y un criterio tan claro como recto. Entre sus virtudes tuvo la del trabajo. No vivió sino en una constante labor hasta una edad avanzada, lo que constituía el más vivo ejemplo para sus hijos y para los que podíamos admirar de cerca la vitalidad de su naturaleza y de su espíritu", como dijo **El Mercurio** con motivo del fallecimiento del señor Tornero acaecido el 6 de abril de 1894.

CAPITULO VII

CRISTALIZACION DEL PROGRAMA DE "EL MERCURIO"

La suerte que corrió el esquema de programa del editor don José Luis Calle. — Cómo lo siguieron los editores sucesivos. — Don Santos Tornero lo aplicó sin modificaciones substanciales a las exigencias intelectuales de la época. — Las arrogancias de un niño de catorce años, decano de la prensa de la América Española. — Interesante documento del editor que comenzó la segunda época de "El Mercurio". — Este diario no quiere estagnarse y da un formidable avance para continuar a la cabeza de la prensa chilena. — El carácter de don Santos Tornero. — El diario fué reflejo de la idiosincrasia de su célebre editor y director. — Cómo entendía el señor Tornero las funciones de editor de diarios. — Algunos párrafos de los editoriales en que "El Mercurio" explicó el espíritu de su programa.

Al tratar en un capítulo anterior del nacimiento y primer desarrollo del programa del diario, señalamos a don José Luis Calle, propietario y redactor de **El Mercurio**, como el autor de la delineación de la conducta que desde 1833 había de observar el periódico en política y de los propósitos que le animaban de hacer de él una hoja cotidiana que no sólo contuviera todas las informaciones mercantiles, sino cuantas de otra índole del país y del extranjero fueran de interés para los lectores, sin olvidar las novedades científicas y literarias más importantes que llegaran a Chile.

En otros capítulos de la primera época de esta historia, se habrá podido apreciar la entereza con que **El Mercurio** sostuvo su conducta y el entusiasmo con que se cumplieron todas sus promesas. Se llevó con honradez el débil esquema de un programa que se desviaba por completo de los que en la práctica sostenía la mayor parte de la prensa coetánea.

En el capítulo VIII de la primera parte de esta historia hemos dado algunas noticias biográficas de este editor y distinguido escritor, tronco de una ilustre familia de periodistas de Mendoza que en la actualidad es propietaria del diario "Los Andes", de esa capital. Fué de carácter recto y ecuánime, a juzgar por el que le dió y mantuvo a su publicación durante los años que fué dueño de ella. Desde luego es digno de recuerdo y elogio, pues hizo cuanto estuvo de su parte en una época de desorientación periodística para librar a su diario de la influencia libelesca de que estaba saturada la prensa nacional. Por este mérito puede ponérsele al lado de don Santos Tornero en lo que respecta a esa intención que entrañaba un propósito de moralizar con el ejemplo a un periodismo mal llevado y peor entendido. Los editores que le sucedieron no se apartaron de la senda trazada por él.

Don Manuel Rivadeneyra, espíritu inquieto, amigo de innovaciones por lo mucho que había visto en las prensas de los países europeos que recorrió, y hombre de carácter independiente, la siguió sin titubeos ni reparos porque la creyó la más conveniente. Muchos creerán que este célebre editor español, que en "El Araucano" primero, y en **El Mercurio** después, revolucionó el arte tipográfico de Chile, únicamente se preocuparía de la parte artística del diario dejando como materia de segundo orden la verdaderamente periodística en el sentido intrínseco de su programa político y social. Por fortuna no fué así; que ya era una tradición tan arraigada el carácter independiente y justo inculcado al diario, que era casi imposible modificárselo en cualquier sentido o punto de vista, y porque además ello hubiera significado una sacrílega claudicación de sus principios que los lectores no le perdonarían jamás. Lo único que hizo el señor Rivadeneyra fué darle más amplitud a la parte literaria y científica que estaba diseñada debilmente en el programa de 1833.

Fijada la senda política por el señor Calle y adornadas sus márgenes por las flores del ingenio y del arte por el señor Rivadeneyra, de ella partió don Santos Tornero para abrir el camino carretero que había de conducir al periódico a una gloriosa era de prestigio y de respeto universal que luego, en la tercera época, habría de ser completada por editores de amplias miras, dispuestos a que se pusiera al nivel de los grandes diarios del mundo.

Cuando el señor Tornero adquirió la Empresa tuvo el buen sentido de no modificar en nada el programa moral que en la práctica iba dando admirables resultados; pero comprendió que

había de renovar la forma material e intelectual del diario porque le estaban restando terreno las nuevas publicaciones que nacían entonces al impulso de la renovación literaria que estaba iniciándose, y que eran estimuladas por la buena acogida que les dispensaba el público que ya iba sintiendo la necesidad del periodismo puesto que él le ponía en contacto con el mundo dándole cuenta cotidianamente de sus actividades materiales y espirituales. Todo esto lo comprendió el inteligente y sagaz editor al decidirse a comprar el diario a su compatriota, como lo demuestra este hermoso documento publicado el 1.o de septiembre de 1842, día en que se hizo cargo de la Empresa:

"Hace catorce años que poniéndose este periódico bajo el númen tutelar de un dios de la antigüedad que representa el comercio, salió a luz modestamente en un pequeño papel que sólo debía circular dos veces a la semana. Ascendió luego a la categoría de **diario**; pero pareciéndole tal vez muy osado este esfuerzo, disminuyó el número de sus columnas, y redujo toda su extensión a una cuartilla de papel. El movimiento del puerto, y algunos anuncios parecían ser su único objeto, y su única aspiración. Entonces los periódicos lo mismo que el país, no eran sino embriones. No podían desafiar al porvenir, y apenas contaban con los momentos presentes. Sin embargo, han pasado los años, han desaparecido las publicaciones coetáneas con el "Mercurio", y sólo él existe; y existe considerablemente mejorado, y puésto siempre en las vías del progreso. Aparece ya entrado en años, lleno de recuerdos, y llevando en su espalda los primeros anales de la organización del país; y puede decir con orgullo:

"He visto más de una vez estallar revoluciones; y venir abajo los gobiernos; y yo me he mecido tranquilamente en medio de la tempestad. He presenciado la caída de una Constitución, y la aparición de otra nueva sobre sus ruinas; y este vaivén no me ha conmovido, y me he contentado con registrar las actas de una y otra.

"Han habido épocas de un silencio mortal, y mi voz era la única que resonaba en el desierto. Han venido después tiempos de murmullos, y de gritos, y entonces he mezclado también mi voz a la de los otros periódicos que sólo han aparecido para dejarme luego dueño del campo. Si he fomentado en mi seno a partidos opuestos, si he dado abrigo a ideas insensatas, y si he tolerado alguna vez con paciencia que el poder me estampe sus marcas en la frente, todo esto no ha sido sino para dejar un monumento vivo e irrecusable de la época en que he vivido, y para mostrar mejor al pueblo la fragilidad de todo lo que es exótico e

irracional. Tengo, en fin, catorce años cumplidos, y no me falta el ardor juvenil; y aunque al lado del **Times** soy un niño de ayer; pero en la América del Sud soy uno de los decanos, mi nombre es conocido en todas partes, y tengo derecho a ser respetado!"

"Confiando tal vez en estos títulos es que nuestro periódico dormía tranquilamente sobre la prensa, y no se afanaba mucho por salir del camino trillado. Ha ejercido de hecho por muchos años el monopolio del diarismo, y estaba en plena y pacífica posesión de él, que ya parecía que lo había prescripto y que era su patrimonio. Pero de repente, puede decirse, se le han introducido en sus dominios nuevos aspirantes que han venido sin ceremonia alguna a colocarse a su lado, y a apropiarse una parte de sus tareas. No data sino del año pasado la aparición de la **Gaceta de los Tribunales**, y es en el presente que han salido a luz la **Gaceta del Comercio**, el **Museo de Ambas Américas**, el **Semanario de Santiago**, y últimamente el **Progreso**, cuyo prospecto ya habrán visto nuestros lectores. Tenemos, pues, que en tan poco tiempo ha adquirido el país dos diarios más y tres periódicos semanales, y otros tantos competidores el **Mercurio**. Al ver este desarrollo, que no es pequeño en nuestra prensa periódica, preguntaremos de paso: ¿será este movimiento efecto sólo de una exuberancia de creación literaria en el país, o representará nuevas exigencias por parte del comercio, la industria y la civilización?¿Deberemos temer que muera de apoplegía nuestra literatura nacional por falta de circulación, o habrá razón para creer que el pueblo mismo es quien produce y quien sostendrá estos impulsos de vida?

"Sea de esto lo que fuere; por ahora sólo trataremos de recordar los antecedentes del **Mercurio** y de marcar su verdadera posición al advenimiento de los nuevos periódicos, a fin de trazar la marcha que le corresponde seguir en esta nueva época de animación y de esfuerzo. Hemos elegido esta oportunidad para volver un momento los ojos hacia atrás y hacia adelante, y averiguar el camino que nos falta andar. Tenemos también otro motivo para haber hecho hoy un punto de intersección en la carrera de nuestro diario, contemplando la marcha que ha seguido hasta aquí, motivo particular que pertenece a su vida doméstica, y es el haber pasado hoy a otras manos la imprenta del **Mercurio** con todas sus pertenencias. Hallándonos los que hemos sucedido en sus tareas al señor Rivadeneyra, poseídos de nuevo ardor en la empresa, y deseando dar un paso adelante en la redacción de un diario como éste, que por todos sus anteceden-

tes debe siempre marchar a la vanguardia de los demás periódicos, nos hemos impuesto nuevas tareas, y vamos a emplear nuevos esfuerzos en su composición. No es esto hacer un prospecto, ni tenemos que añadir tampoco una nueva profesión de fe. Queremos anunciar solamente que aceptamos el desarrollo actual de nuestra prensa, y que participaremos de él".

Con este programa de tareas en un momento decisivo para la vida y el prestigio de **El Mercurio,** entró a luchar el novel editor con bríos potentísimos que no decayeron un instante en los veintidós años en que dirigió el diario.

Fué el señor Tornero un industrial inteligente, emprendedor y laborioso, y fué editor audaz, valeroso e independiente. Esas modalidades, bien destacadas en cada ocasión, retratan con rasgos firmes y en colores naturales, su carácter enérgico, recto y ecuánime, como digno descendiente de aquellos castellanos de la reconquista de España y de la conquista de América.

Jamás se notaron en él síntomas de debilidad cuando tomaba una resolución. Marchaba hacia el objeto de sus laudables propósitos sin la terquedad nacida del capricho o del orgullo, sino con la firmeza y la serenidad de quien sabe dónde va; conoce el terreno que pisa, y lleva bien enhiesta su dignidad. Si no hubiera sido así, **El Mercurio** no existiría hoy. El lanzó a su empresa "por el carril que hasta hoy sigue, decía el señor Vicuña Mackenna en 1877, conciliando la moderación con cierta independencia, pero no riñendo jamás a fondo ni con los partidos ni con los gobiernos. "El Mercurio", como los "Debats" de París, como el "Times" de Londres, como el "Herald" de Nueva York, como la "Epoca" de Madrid y como la "Independence Belga" de Bruselas, ha pertenecido y pertenece todavía a la escuela ecléctica. De aquí su conservación, su desarrollo, su prosperidad".

El secreto de esta milagrosa longevidad de nuestro diario se debe, sin duda alguna, a esa "escuela ecléctica" que ha seguido y sigue sin titubeos desde que se la cristalizó el señor Tornero que la mantuvo sin decaimientos.

Desde que adquirió **El Mercurio** se propuso darle ese carácter, como se comprende por el hecho de haber puesto al frente de su redacción a un hombre tranquilo, pensador y cultísimo que sustituyó al turbulento, desorientado y combativo por naturaleza que ocupaba ese cargo cuando compró la empresa a don Manuel Rivadeneyra. Y de tal manera se lo inculcó al diario, que aún lo mantiene intacto, como se verá más adelante, sin que los muchos cambios de todo género que han habido en el país desde entonces acá hayan logrado hacer mella en ese ca-

rácter contemplativo de **El Mercurio** para las cosas sin trascendencia; enérgico para mantener la justicia, e independiente en toda ocasión en que han salido al coso los ideales políticos para luchar por sus intereses a la sombra de un patriotismo personalizado.

Antes de dar remate a este capítulo con la primera declaración que hizo el señor Tornero del programa moral que mantuvo en el diario, vamos a copiar algunos párrafos del capítulo XI de su interesante libro de memorias, porque en ellos se explica la conducta que observó como editor, y al mismo tiempo servirán para ilustrar al lector sobre disciplinas periodísticas de otro tiempo, que difieren en algo de las de hoy:

"Antes de engolfarme en la tarea que me he propuesto llenar, no estará demás decir algo sobre el significado, según yo lo entiendo, y creo estar en lo justo, de las palabras **editor** y **redactor** y sus atribuciones y responsabilidades respectivas, que algunos no comprenden, y otros, aunque las comprendan, suelen trastrocar los papeles, atribuyendo al redactor lo que al editor únicamente, corresponde.

"El editor de un periódico, entre nosotros, es casi siempre su propietario; y digo el editor y no el impresor, porque quien se propone editar un periódico y no tiene imprenta, trata su impresión con el que la tiene y él únicamente es el responsable de cuanto se publique en su periódico; pero como la ley hace responsable al impresor, debe éste tomar las precauciones respectivas para librarse de responsabilidades que no le incumben en caso de acusación. (*).

"El editor, como dueño del periódico y responsable ante la ley o ante el impresor de cuanto en él se publique, impone la marcha que se propone haya de seguir su diario para el buen éxito de su publicación, ya sea especulativo o ya se proponga fines políticos; y no conviniéndole exponer su empresa a un fracaso, embarcándose en dificultades a veces insolubles sin un cambio de personal, por lo común no redacta él mismo, aunque para ello sea competente, sino que busca un escritor que se encarga de la redacción, mediante una remuneración convenida, y

(*) En la actualidad es el director de un diario, y no su editor, el responsable, ante la ley, de cuanto en él se inserta. Todos los escritos de los redactores editorialistas son revisados por el director, quien autoriza o niega su publicación. Algunos son editorialistas a a la vez, como don Carlos Silva Vildósola, director de **El Mercurio** de Santiago.

bajo la condición ineludible de haberse de sujetar en sus artículos a la marcha y programas del periódico.

"Puede suceder también que el redactor llegue a separarse en sus escritos del programa prescrito por el editor; en cuyo caso éste lo llama al orden, bien sea para que se ajuste al programa, o bien para que se separe de la redacción. Puede suceder también que el editor crea conveniente a sus intereses y a los del país, cambiar el programa de su periódico, y entonces, si el redactor cree incompatible con sus opiniones y su dignidad, el cambiar la marcha antes seguida, se retira y viene otro a reemplazarlo. Lo mismo exactamente que sucede a un jefe de Estado y sus Ministros en casos análogos.

"Suele a veces suceder que el editor, por atender a la dirección y cuidados de su empresa, o por no convenirle manifestarse claramente partidario de una causa cualquiera que pudiera comprometer la neutralidad de su periódico, se mantenga retraído de concurrir personalmente a manifestaciones ostensibles; y, en este caso, deja a su redactor la personería representativa del periódico; y los que esto observan, suelen dar al caso una interpretación errónea.

"Por otra parte, el redactor, en nuestros diarios, suele ser anónimo, siendo conocido del público únicamente el editor. Razón más para que el editor, como responsable, tenga libre acción para señalar el programa de su diario y para cuidar que ese programa sea seguido.

"Tal fué mi sistema durante el tiempo que tuve "El Mercurio" bajo mi dirección. Además, siempre me reservé la atribución de revisar los editoriales antes de su impresión, corrigiéndolos en ocasiones, y hasta negando su publicación algunas veces, aunque pocas. Pero debo declarar que no todos los editoriales eran revisados y mucho menos corregidos por mí, pues estaban lejos de necesitar esa vigilancia de mi parte, cuando las personas que los escribían merecían entera confianza de mi parte, ajustándose a la marcha convenida.

"Hubo un caso especial en que se hizo necesaria la separación del redactor para sostener la dignidad de éste y no herir los intereses del editor".

Añadiremos a estos párrafos el siguiente que se encuentra al final de un artículo publicado en 1844 con motivo de la salida diaria de un suplemento mercantil de **El Mercurio,** y que es la primera declaración que hizo el señor Tornero sobre el programa del periódico:

"Entre tanto, "El Mercurio", animado siempre del deseo de

hacer cuanto esfuerzo le sea posible, por corresponder a su crédito y a las esperanzas que en él fundan el país, el Gobierno, las letras y el comercio; sin trepidar en obstáculos de ningún género, llevará adelante, con empeño y constancia, como ha llevado hasta aquí, la bandera de órden, civilización y libertad, y, el caduceo de "El Mercurio" por divisa, abogará siempre por los intereses comerciales de un país que todo lo debe al comercio, todo lo espera del comercio. Sin otra divisa que ésta, sin reconocer dependencia de partidos ni de influencias personales, esencialmente INDEPEDIENTE, continuará siempre proponiendo útiles mejoras, examinando con imparcialidad y buena fe los actos gubernativos, denunciando los abusos y propendiendo por todos los medios al engrandecimiento y prosperidad del país".

Durante esta segunda época hubieron muchas ocasiones en que su editor don Santos Tornero tuvo necesidad de recordar el invariable programa del diario a la prensa, a los partidos, a los gobiernos o a la opinión pública para rechazar ataques injustificados, deshacer calumnias, denunciar actos ilegales o justificar su actitud frente a graves problemas de interés general.

Unas veces lo hacía con agresiva energía, como cuando un diputado atacó a la prensa opositora del gobierno, y en particular a **El Mercurio**, en la sesión del 9 de agosto de 1844. Después de rebatir intensamente, y punto por punto, la falsa argumentación del congresal, terminaba diciendo:

"El Mercurio" jamás ha recibido, jamás recibirá el programa de sus trabajos del bufete de un ministro; pero no lo recibirá tampoco de las ideas exclusivas de un partido, de un bando, de una clase de la sociedad, ni se constituirá en eco de las ideas de un solo hombre o de un círculo de hombres. "El Mercurio" tiene su bandera, sus principios, representa ciertos intereses, ciertas ideas; se ha trazado un sendero que no alcanzaría a torcer todo el oro del mundo, ni el ceño de un ministro, ni lo que es más temible, el enojo de centenares de sus suscriptores. Estos pequeños incidentes son en la vida de un periódico circunspecto, moderado y patriótico pequeñas tormentas que concluyen siempre por impelerlo favorablemente en su camino, que le dan más popularidad, más opinión, más protección que los aplausos interesados de un corto número, o de un efímero triunfo de un momento".

Otras veces lo hacía con moderación no exenta de la energía característica con que se redactaron siempre los artículos en que se explicaban en esa época la índole apolítica de **El Mercurio** y su programa espiritual, como se ve en los siguientes pá-

rrafos de un editorial publicado el 27 de noviembre de 1852, intitulado "La marcha de "El Mercurio", escrito con motivo de haberse retirado de la redacción el joven y notabilísimo periodista don Santiago F. Godoy por divergencias de opiniones políticas y religiosas con el espíritu conciliador y ecléctico del diario:

"Una nueva crisis ha venido a poner en prueba la marcha leal, firme e independiente que en todos tiempos ha distinguido a este diario, con aprobación unánime de todos los círculos e intereses del país, y con la que se ha sabido sostener siempre en la opinión pública libre de toda tacha y mezquina mira. Respetado siempre por todos los partidos, nunca ha cesado de merecer la benevolencia del público, del que le ha tocado más de una vez ser órgano respetuoso ante las autoridades que siempre ha defendido, como principio y como deber. Pudo un momento faltar a alguna consideración y no expresar bien los votos e intereses generales de la nación; pero en su ligero desvío mismo, nadie puede negarle más de una idea útil y de un pensamiento elevado, al que no le faltó tal vez sino la manera de pedirlo para hacerlo levantarse a la esfera de los hechos y de la voluntad nacional. Esta desviación no hará más que reponerlo y darle fuerzas para continuar su curso en el ancho cauce de la conveniencia y utilidad públicas. Su rumbo estaba marcado de antemano y con esto no hará más que enderezar el camino que llevaba.

"El Mercurio" se debe al país, y a él solo, pues, dedicará sus trabajos. Veterano de la prensa, en veinticinco años de existencia no interrumpida, no hay cuestión que no le haya debido su contingente, ni idea que no haya pasado por el crisol de su juicio recto y elevado. Los redactores se han sucedido por centenares, han cambiado como cambian todas las cosas, como cambian los Gobiernos mismos y los hechos, pero él ha permanecido perenne y firme; un soldado caído en la refriega no ha entibiado su valor ni constancia. Ha sido una tribuna siempre abierta a todos los pensamientos y a todas las plumas y corazones que han procurado el bien y la gloria de la República. Su vida es impersonal, y debe a este temperamento su longevidad robusta y respetada.

....

"Libre "El Mercurio" de toda influencia, con una conciencia propia que no someterá sino al exámen del público y de las leyes, seguirá siendo siempre el intérprete del comercio nacional, acatando al mismo tiempo a la religión y a la moralidad, y

favoreciendo con todas sus fuerzas el desarrollo de los intereses materiales que nunca han dejado de estar unidos con los morales de que son éstos el resultado y aquéllos las vías. Sostendrá esta consigna sin herir las personas, con prescindencia absoluta de todo partido, con deferente respeto a la ley y a las costumbres del país.

"Su misión será siempre progresista, no cabe duda, porque ningún pueblo puede vivir estacionario; pero respetará los hechos y no hará de lo que existe más que la escala para llegar a la reforma gradual y sostenida que es la base política que nos ha dado hasta hoy el puesto y consideración de que como nación disfrutamos".

Centenares de párrafos podríamos copiar de los artículos que, hasta la terminación de esta época, publicó **El Mercurio** cuando la ocasión se lo obligaba; mas como todos están saturados del mismo espíritu de independencia de opinión y de amor al trabajo, nos parece innecesario ocupar en esto más espacio del que ya hemos llenado. Baste decir que con don Santos Tornero quedó cristalizado para siempre el humilde esbozo de programa que le trazó al diario el periodista y editor don José Luis Calle, el año 1833.

CAPITULO VIII

LA PRENSA SERIA Y "EL MERCURIO" EN 1842

El carácter de los periódicos chilenos antes de ser adquirido "El Mercurio" por don Santos Tornero. — Nace el "Semanario de Santiago", fundado por los miembros de la Sociedad Literaria. — La opinión de "El Mercurio" al aparecer esta publicación política, literaria y artística. — Con la creación del primer diario que tuvo la capital, el nuestro ratifica su misión especial en la prensa de Chile. — "El Progreso" será el periódico de Santiago, mientras "El Mercurio" es el periódico de la República." — Don S. Tornero adopta la política de dar el cargo de redactor editorialista al escritor más notable de la época. — Lista de los redactores de editoriales que sirvieron a "El Mercurio" durante la dirección del señor Tornero.

¿En qué estado se encontraba la prensa chilena cuando don Santos Tornero se hizo cargo de **El Mercurio?**

En lo moral, la mayor parte se hallaba en el mismo estado que nuestro diario la pintó en un largo editorial del 16 de septiembre de 1841, y cuyos párrafos más substanciales hemos transcripto en el capítulo inicial de la primera parte de esta historia; pero en su calidad intelectual comenzaba a mejorarse, como lo declaraba **El Mercurio** del 1.o de septiembre de 1842 al dar cuenta de haber cambiado este diario de editor y al mismo tiempo consignar que iba a reformarse para no quedar detrás de los competidores que acababan de salirle al paso con bizarra pujanza.

Ese mejoramiento se debía, según don José V. Lastarria, al movimiento político comenzado en 1841, "que fué un verdadero despertar que marca en nuestra historia el momento en que acaba una época y principia otra nueva".

En efecto, desde el 18 de septiembre de aquel año comenzó una gloriosa era de paz, trabajo y progreso en muchos órdenes de cosas que duró dos quinquenios, durante la cual se crearon

la Universidad de Chile, la Escuela Normal de Preceptores, la Escuela de Artes y Oficios, en Santiago, y la Escuela Naval, en Valparaíso; se estableció la navegación a vapor por toda la costa chilena para extender más tarde el comercio nacional hasta los países vecinos, y, entre otras mejoras y adelantos, se llegó a un acuerdo con los acreedores de la deuda exterior.

Esta era corresponde al período presidencial del general don Manuel Bulnes.

"La convalescencia de nuestra sociedad en 1842, dice el señor Lastarria en su "Recuerdos Literarios", era tan notable, que por todas partes saltaban a la vista los síntomas de la salud y del vigor de la vida. A la tristeza taciturna, a los recelos y temores que inspiraba antes el terror, habían sucedido la franqueza y la confianza que da la seguridad personal. No teníamos una libertad garantida contra los intereses del gobierno personal y los caprichos de la arbitrariedad, pero se nos dejaba en paz, y la actitud de la nueva administración nos daba la esperanza de que no seríamos perturbados en la libertad que de hecho se nos permitiera.

"Con aquel año se había iniciado, bajo tan favorables auspicios, un movimiento intelectual desconocido hasta entonces; y contribuían a provocarlo y a dirigirlo los americanos ilustrados que, huyendo de tiranías y de luchas desastrosas, habían hallado entre nosotros un asilo amistoso. Dos periódicos literarios, en la forma de las revistas europeas y nutridos de artículos serios, originales o traducidos, fundan aquellos emigrados en Valparaíso. Esta es la tercera vez que aparecen en Chile publicaciones de este género, después del fugaz ensayo hecho por Mr. Lozier en 1826 con el "Redactor de la Educación", y del interesante "Mercurio Chileno", revista mensual que publicó en Santiago don J. J. de Mora, con la colaboración de don José Pasaman, desde el 1.o de abril de 1828 hasta el 15 de julio de 1829, en todo dieciséis entregas, que forman 772 páginas".

Esas publicaciones fundadas y redactadas por escritores americanos emigrados, son: la "Revista de Valparaíso", de Vicente Fidel López, Gutiérrez y Alberdi, argentinos, y el "Museo de Ambas Americanas", de Juan García del Río, colombiano.

Con respecto a lo que era **El Mercurio** en 1842 frente a los demás periódicos, nos van a servir de guía dos artículos que se publicaron en ese año, uno antes y otro después del traspaso de la Empresa al señor Tornero, con motivo de la salida de dos importantes publicaciones que dejaron huellas en el periodismo literario y noticioso de la época.

La primera de esas publicaciones nació de uno de los acontecimientos más notables de la vida intelectual de Chile, como fué la creación, en Santiago, de la **Sociedad Literaria**, por don José Victorino Lastarria, quien, al inaugurarla en la noche del 3 de mayo de aquel año, pronunció un memorable discurso que tenía todas las trazas de un amplio programa de regeneración de las letras chilenas, y el cual dió ocasión a don Domingo Faustino Sarmiento para ensañarse de nuevo con el método de enseñanza de los maestros de literatura en Chile. A los dos meses corridos de fundada esa sociedad, apareció su órgano titulado "Semanario de Santiago", creación también del señor Lastarria, cuyo primer número apareció el 14 de julio.

Este periódico salió con el carácter de defensor de los intereses generales del país y no con el de literario exclusivamente como se ha creído y deseaban darle el señor Lastarria y algunos de sus amigos y compañeros en letras y política; pero como desde sus primeros números se desviaron un poco de los consejos que a estos jóvenes les dió don Andrés Bello y no siguió rectamente la pauta o programa que se consignaba en el prospecto, tuvo que hacer, en su número 24, emplazado por **El Mercurio,** una amplia declaración sobre su carácter político.

Nuestro diario acogió con entusiasmo la aparición de este periódico por creer que "será de una gran utilidad para la cultura y progreso de la capital", puesto que "la ciudad de Santiago, no obstante la civilización que en ella se desenvuelve rápidamente, está muy incompletamente representada en sus publicaciones periódicas, y debemos decirlo, a juzgarla por este signo aparente, se muestra en una escala muy inferior a otras ciudades del mismo rango en América".

Nuestro diario comenzaba manifestando una grata satisfacción al anunciar el nacimiento de este semanario "que tiene el inestimable mérito de que todos sus redactores son chilenos, movidos por el aliciente del crédito y prosperidad de la patria. Los redactores reconocen que en un país que empieza su existencia política, deben admitirse favorablemente, aún los más imperfectos ensayos, siempre que propendan al bien general: no siendo de otro modo como han principiado esas grandes naciones, cuya sabiduría y prosperidad nos llenan hoy de admiración".

A continuación venía un largo párrafo de fondo confuso y de pedantesca forma, como solía hacerlos con frecuencia don Domingo Faustino, en el que recomendaba a la juventud "a consagrarse a los trabajos del espíritu, sin arredrarse por la falta de la corrección y perfección artística de sus ensayos; perfección del

todo punto imposible, por falta de bases, es decir, de una literatura y una ciencia formadas". ¿Quiso decir este maestro de escuela que esa base literaria y científica no estaba formada en el principiante o en nuestro idioma? Si en el primero no lo estaba, lo más prudente y lógico hubiera sido aconsejarle el estudio antes que obligarle a la práctica de lo que desconocía e ignoraba; si en lo segundo, se necesitaba una osadía como la suya para decirlo en la lengua de Cervantes, y precisamente en los días mayores de la grande y verdadera renovación literaria de España nacida a impulso del romanticismo que dió nombres universales como Martínez de la Rosa, el duque de Rivas, Espronceda, José Mariano de Larra, José Zorrilla y cien más. Por desgracia sus consejos, como la mala semilla que el viento esparce por los trigales, germina en nuestros días con más frecuencia que en aquéllos. El "Semanario de Santiago", que por mala fortuna no vivió más de un año, y otras publicaciones de su índole que le sucedieron, le demostraron al **dómine** que la juventud de entonces estudiaba lo que iba a practicar, y por eso fué ella la que hizo con provecho el mayor de los movimientos literarios que se han hecho hasta hoy en Chile.

Terminada su disquisición, entraba con lucidez, ligereza y lógica a comentar las ideas principales del artículo en que el nuevo periódico exponía sus propósitos.

El "Semanario", decía, al hacer una reseña de todas las publicaciones periódicas de la prensa actual, acomodando a cada una de ellas un epíteto característico (*), dice que el público ha creído encontrarse en sus "páginas algo que no sea de un interés tan efímero, generalmente hablando, como el **Mercurio** de Valpa-

---

(*) Esos "epítetos característicos" se encontraban en los siguientes párrafos finales del prospecto:

"En el público que lee se ha suscitado la esperanza de hallar (en el "Semanario") algo menos grave y oficial que el "Araucano"; menos especial y técnico que el "Agricultor" o la "Gaceta de los Tribunales"; más regular en su publicación, más nítido en su forma y menos excéntrico en sus tendencias que el "Valdiviano Federal"; menos recóndito que "El Registro Municipal", papel que se imprime, pero no se publica, y que parece haberse propuesto vivir de modo

"que no lo note nadie ni lo vea...
y callado pasar entre la gente;" (Rioja)

se ha creído encontrar algo que no sea de un interés tan efímero, generalmente hablando, como el "Mercurio de Valparaíso", ni tan esencialmente mercantil como la "Gaceta del Comercio"; algo, en fin, que sea más familiar, más casero, más nacional que el "Museo de Ambas Américas" o "El Instructor".

raíso", y debemos decirlo francamente, los pensamientos que ponen en la mente de los lectores del **Semanario** no nos parecen de una ingenuidad ni de una verdad incontestables, "El Mercurio" ha sido hasta hoy en su sección correspondencia, la expresión del pensamiento y de las necesidades de Santiago, y no es nuestra culpa si no ha llenado los deseos de los redactores del **Semanario.** En cuanto a la parte editorial, si no ha sido tan profunda ni tan erudita como correspondía a la altura de nuestra civilización, creemos que ha tenido un carácter de franqueza, en la emisión de ideas regeneradoras, que bien puede hacer disimulable la falta de aquellas otras dotes. Cuando nos ocupábamos de polémica política, fuimos saludados por algunos de nuestros coescritores, con los epítetos de metafísicos y de principistas, y creemos no haber desmerecido en lo sucesivo esta última clasificación. Efectivamente, apoyar nuestros pensamientos sobre los intereses del momento que han llamado nuestra atención, en aquellos principios que guían a las sociedades libres, y que nos sirven de norma y atacan con mano firme las costumbres y preocupaciones que obstan a nuestra regeneración social: llamar diariamente por la amonestación, por el convencimiento, por las pullas, a la juventud a ocuparse de los intereses de su país; aplaudir toda mejora útil, todo progreso en nuestras costumbres, todo movimiento regenerador, toda publicación útil, tal ha sido la tarea constante que ha desempeñado el **Mercurio.** ¿Por qué serían de un interés tan efímero sus publicaciones? ¿Serían acaso de un interés tan efímero las materias de que se ha ocupado? ¿Puede decirse que el **Mercurio,** como diario, no ha ejercido influencia ninguna, aún sobre esos mismos redactores del **Semanario?** ¡Pero que se interroguen, que dejen a un lado toda pretensión de espontaneidad absoluta en su empresa, que recuerden los antecedentes, que rastreen el móvil que los ha asociado, no obstante que entre ellos existan desconformidades de opiniones políticas, y que digan después que el **Mercurio** ha sido de un interés tan efímero como lo pretenden. Hay en las palabras que comentamos más ligereza que la que querrían confesar sus autores, no obstante las frases paliativas que siguen, con las que parecen han querido atenuar la impresión que debían causar las primeras; pero mejor habría sido haberlas borrado y poner otras más francas y más exactas. Es una lástima (para nosotros al menos) no poder retrasar la marcha constante de nuestros escritos, la tendencia verdaderamente liberal que los ha caracterizado, y los resultados que conocidamente han producido alguna vez, para contestar a estas acusaciones. Pero si esto no nos es posible, aguardaremos que el

público halle en el **Semanario** lo que tiene tantos motivos de esperar (sea dicho esto sin lisonja) que nosotros le ayudaremos de vez en cuando en sus exploraciones. Y lo diremos una vez por todas, si nos detenemos a examinar las publicaciones que en este periódico, como en cualquiera otro vean la luz, no se nos atribuya a una mezquina y vanidosa pretensión de apocar el mérito ajeno, y de erigirnos en jueces de más alta capacidad y de luces más extensas; porque si habría ridiculez suma en esto por nuestra parte, no habría menos torpeza de parte de los que nos hacen tan infundada imputación".

Luego manifestaba con claridad y acierto la misión del periodista de entonces. Decía que los que escriben para la prensa "no son por lo general inventores; su tarea es generalizar verdades expuestas en libros, y su solo trabajo y talento hacer de ellas aplicaciones exactas y conformes a los intereses de la sociedad para quien escriben", y después volvía a su eterna manía de atacar a los maestros y a sus métodos "porque los colegios no dan luces; enseñan sólo los caminos de adquirirlas; y no pocas veces los cierran y embarazan, inculcando ciertas doctrinas de escuelas, que los jóvenes abrazan con el calor y el fanatismo que engendra la falta de comparación".

Y así seguía exponiendo su doctrina, para terminar el larguísimo artículo con este párrafo que completaba el extenso que hemos copiado referente a lo que era **El Mercurio** en aquellos días de julio de 1842:

"El **Semanario** suplirá en parte este defecto, y prepara el camino para la fundación del diario, que a la emisión del pensamiento reuna el fomento de los intereses materiales, y el movimiento comercial. No será de poco auxilio también para nuestros diarios, que tendrán alguna vez con quien agarrarse en cuestiones o políticas o literarias, y vivir de algo, luchando como es el fuerte de la prensa periódica y tirando a diestro y siniestro, no importa contra quién ni por qué motivo".

En poder de don Santos Tornero estaba **El Mercurio** cuando salió la segunda de las publicaciones a que nos referimos antes: "El Progreso", el primer diario que tuvo Santiago, y cuyo número inicial salió el 10 de noviembre de 1842. Lo dirigía o redactaba don Domingo Faustino Sarmiento.

Nuestro diario, que ya había trazado "la marcha que le correspondía seguir en la nueva época de animación y de esfuerzo" y cuyo programa transcribimos íntegro en el capítulo anterior, dió la noticia de la aparición del colega de la siguiente forma:

"Esperábamos ver algunos números del **Progreso**, porque es-

tando ya realizadas en parte las buenas esperanzas que nos hizo concebir su prospecto, pudiésemos mejor llamar la atención del público sobre esta nueva publicación.

"Desde luego, la impaciencia con que en general se ha aguardado su aparición y el interés con que han sido buscados los primeros números son un excelente agüero para el nuevo diario de la capital; y la buena forma en que se ha presentado, y los materiales de un interés positivo que ha comenzado a insertar, tanto en la parte noticiosa, como en la mercantil y judicial, anuncian ya que un diario de Santiago no sólo debe servir para proporcionar un honesto y culto entretenimiento, sino para registrar datos locales de un verdadero valor, y llenar vacíos notables en la prensa chilena. Sin embargo, ahora más que nunca asalta la duda de si este periódico, o el diarismo en general, que tantos útiles resultados produce en todas partes del mundo, se sostendrá y logrará establecerse para siempre en nuestra capital: o si desaparecerá al primer ensayo como un vano meteoro, dejando tras sí el triste desconsuelo de que en la populosa y rica Santiago no puede haber diario, y que los hechos más o menos importantes que deben tener lugar en una sociedad numerosa, al lado del poder, y de donde se reparte la acción y la vida de los demás pueblos de la República, tienen que quedar sepultados como hasta aquí en las tinieblas, por falta de un eco que los saque a luz. He ahí el problema que va a resolver **El Progreso**; y como en la resolución de este problema se halla comprometida en cierto modo la reputación de la capital de la República, la de su civilización y su cultura, hacemos los más sinceros votos porque sus redactores sean felices, y obtengan los mejores resultados en el noble y útil empeño en que han entrado".

De esta manera tan clara y amable exponía don Miguel Piñero, redactor principal de nuestro diario, los propósitos que animaban a "El Progreso" y los deseos que se tenían de que se arraigara de una vez para siempre el periodismo serio, útil y cotidiano en la capital de la República. Y luego, con aquella serenidad y buen sentido que le caracterizaba, sin dogmatizar y sin pregonar la obra que había hecho **El Mercurio** ni menos amenguar la importancia que hubiera de alcanzar el colega, decía con espontánea sencillez la misión de nuestro diario, en las siguientes líneas:

"Por lo que hace a la parte que "El Mercurio" tiene en la prensa nacional, no vemos en "El Progreso" sino un auxiliar necesario e indispensable para llenar los objetos de ella. Colocados nosotros en la puerta principal de la República, como centinela avan-

zada, y consagrado especialmente nuestro diario al comercio y a las noticias, nos toca por una parte importar al suelo patrio las producciones de la inteligencia extranjera, sus hechos y su política: objetos cuyo consumo son ya de primera necesidad en el país; y por otra, hacer conocer en el exterior, hasta donde lleguen las páginas de "El Mercurio", los actos de nuestro Gobierno y el desenvolvimiento de la prosperidad de Chile. Creemos, pues, que "El Progreso" será el periódico de Santiago, lo que no es una pequeña parte en la prensa nacional, ni una fácil tarea; mientras que "El Mercurio" con sus títulos de 15 años de existencia, es y será el periódico de la República".

Los párrafos copiados del artículo de Sarmiento en que se expone el sistema redactorial seguido por **El Mercurio** desde su nacimiento hasta poco antes de ser adquirido por el señor Tornero, y el editorial publicado cuando ya este editor se había trazado una línea de conducta moral y un programa de trabajo, no sólo sirven para ampliar el capítulo anterior, sino que explican a la vez y por si sólos las razones que nos han asistido para abrir la segunda época de **El Mercurio** el 1.o de septiembre de 1842.

En los primeros meses de ese año se empezó a notar un cambio en la vida espiritual de Chile, el cual, por fortuna, no dió los fatales resultados que está dando ahora la continua mudanza de escuelas literarias en nuestra desorientada juventud, más ávida de notoriedad que de ansias de preparación sólida para lucir con luz propia, porque el terreno de entonces había venido preparándose desde el tiempo de don José Joaquín de Mora, continuado con prudencia y mucho talento por don Andrés Bello.

En aquel memorable año varios periódicos recién nacidos, además de los dos indicados, intentaron introducirse, como lo hicieron con más o menos acierto, en la senda recta y estrecha que había trazado **El Mercurio** durante sus tres quinquenios de existencia. Y algunos la siguieron con tal tino, que el veterano los vió "colocarse a su lado y apropiarse una parte de sus tareas". Al no tener nuestro diario la suerte de ser adquirido por un editor dispuesto a luchar hasta obtener el triunfo. hubiera desaparecido como desaparece todo lo viejo al impulso del alud de lo nuevo.

La marcha hacia el cambio total del carácter y la forma de la prensa chilena comenzada en aquel año, no se interrumpió desde entonces acá aunque han habido períodos en que se ha hecho el avance con variado compás, pero siempre precedido por su decano

que jamás envejeció porque ha tenido por principio acatar cuanto el tiempo, las costumbres y el progreso le han exigido.

El señor Tornero comprendió, desde el momento de ingresar en el gremio de periodistas, que no bastaba que el editor de un diario—que en aquella época tenía generalmente las mismas obligaciones y responsabilidades que el director de la actual—fuera serio y honrado y a la vez inflexible en el mantenimiento de la integridad de su programa, sino que, además, el redactor que había de seguir ese programa, en la sección editorial principalmente, había de poseer una cultura nada común y gozar de gran prestigio en el campo de las letras. Esa idea no la abandonó jamás, y por eso fué que durante los veintidós años que dirigió a **El Mercurio** desfilaron por su redacción principal los periodistas y literatos nacionales y extranjeros que más descollaban en el país. Este proceder, mantenido con la inflexibilidad característica en este célebre editor, se mantiene hoy en nuestro diario como una tradición sagrada.

Desde el memorable año de 1842 hasta el de 1864, sus brillantes editorialistas le crearon el gran prestigio de que goza y se lo cristalizaron en forma tal, que a pesar de los cincuenta y ocho años que mediaron desde la salida de "El Progreso" hasta que **El Mercurio** fundó su actual edición en Santiago, nuestro diario fué, entre todos los de la República, el que gozó de mayor crédito en la capital y el resto del país.

La lista que de ellos da don Santos Tornero al final del capítulo XI de su "Reminiscencias de un Viejo Editor", a la vez de estar incompleta, no hay exactitud en algunas fechas de entrada y salida de redactores. He aquí la que nosotros hemos formado en conformidad a las notas halladas en las páginas del diario:

Miguel Piñero.—Desde el 1.o de septiembre de 1842 hasta el 15 de marzo de 1843.

Juan García del Río.—Desde el 20 de marzo de 1843 hasta el 31 de mayo de 1843.

Miguel Piñero.—Desde el 1.o de septiembre de 1842 hasta el 15 de marzo de 1843.

Félix Frías.—Desde el 16 de diciembre de 1843 hasta el 31 de mayo de 1844.

Juan Bautista Alberdi.—Desde el 1.o de junio de 1844 hasta el 31 de julio de 1844.

Demetrio Rodríguez Peña.—Desde el 1.o de agosto de 1844 hasta el 8 de mayo de 1846.

Juan Carlos Gómez.—Desde el 10 de mayo de 1846 hasta el 31 de mayo de 1851.

Anacleto de la Cruz.—Desde el 1.o de junio de 1851 hasta el 8 de noviembre de 1851, fecha en que falleció.

Juan Ramón Muñoz.—Desde el 9 de noviembre de 1851 hasta el 3 de diciembre de 1851.

Jacinto Chacón.—Desde el 4 de diciembre de 1851 hasta el 31 de diciembre de 1851.

Juan Ramón Muñoz (segunda vez).—Desde el 2 de enero de 1852 hasta el 25 de abril de 1852.

Santiago F. Godoy.—Desde el 26 de abril de 1852 hasta el 26 de noviembre de 1852.

Ambrosio Montt.—Desde el 27 de diciembre de 1852 hasta el 27 de septiembre de 1853.

Santiago F. Godoy (segunda vez).—Desde el 4 de octubre de 1853 hasta el 4 de enero de 1855.

Hilarión Nadal.—Desde el 5 de enero de 1855 hasta el 15 de marzo de 1858.

Guillermo Carmona.—Desde el 16 de marzo de 1858 hasta el 30 de junio de 1858.

G. Carmona y Juan R. Muñoz.—Desde el 1.o de julio de 1858 hasta el 15 de septiembre de 1858.

Juan Ramón Muñoz (tercera vez).—Desde el 16 de septiembre de 1858 hasta el 14 de diciembre de 1858.

Suspensión del diario por orden gubernativa desde el 14 de diciembre de 1858 hasta el 7 de marzo de 1859.

Martín Palma.—Desde el 8 de marzo de 1859 hasta el 12 de marzo de 1860.

Juan Ramón Muñoz (cuarta vez).—Desde el 13 de marzo de 1860 hasta el 30 de junio de 1860.

Anónimo.—Desde el 1.o de julio de 1860 hasta el 31 de agosto de 1861.

José Antonio Torres.—Desde el 1.o de septiembre de 1861 hasta el 28 de febrero de 1863.

Isidoro Errázuriz.—Desde el 2 de marzo de 1863 hasta el 13 de julio de 1863.

Anónimo.—Desde el 14 de julio de 1863 hasta el 27 de agosto de 1863.

Benjamín Vicuña Mackenna.—Desde el 28 de agosto de 1863 hasta el 30 de marzo de 1864.

Martín Palma (segunda vez).—Desde el 1.o de abril de 1864 hasta el 30 de abril de 1864.

Orestes León Tornero.—Desde el 1.o de mayo de 1864 hasta el 30 de octubre de 1864. En esta misma fecha cedió don Santos

Tornero la dirección del diario a su hijo don Orestes, quien dejó el cargo de redactor editorialista.

En total, dieciocho escritores de gran prestigio periodístico y literario. De este selecto grupo, cuatro eran argentinos, uno uruguayo, otro boliviano, otro colombiano y un venezolano.

Como se ve, en el período del señor Tornero se cristalizó también el espíritu cosmopolita de **El Mercurio,** espíritu que no ha abandonado desde entonces, pues si fuera posible hacer una lista completa de las personas que han estado a su exclusivo servicio en Chile, se vería que casi todas las naciones de Europa y América han tenido representación en él.

De esos dieciocho redactores y de los cronistas y colaboradores que sirvieron a **El Mercurio** en este período, nos ocuparemos con alguna detención en los próximos capítulos.

CAPITULO IX

EL NACIMIENTO DE LA RENOVACION LITERARIO DE 1842

Divergentes opiniones sobre su origen y los autores del movimiento — Grado de cultura literaria de los escritores extranjeros que precipitaron la iniciación de la renovación espiritual chilena. — Declaraciones de don José Victorino Lastarria acerca del origen de este trascendental movimiento. — Opinión del señor Lastarria sobre los precursores de la transformación de la enseñanza y de la literatura en Chile. — Formación de la Sociedad Literaria en 1842. — Manifiesto de sus socios. — Glosa del hermoso discurso-programa del señor Lastarria al inaugurarse esta Sociedad. — Se manifestó en él contrario a todas las teorías de los escritores argentinos emigrados, sobre el idioma y los modelos de la literatura clásica española. — Preconiza la imitación del espíritu de la literatura francesa.—El primer diario chileno que comentó y elogió ese notable discurso fué "El Mercurio".

Si en toda obra que trate de la prensa chilena no puede prescindirse del movimiento literario iniciado en 1842 porque éste se exteriorizó en el periódico antes que en el libro, lo contrario de lo que sucedió en España con su renovación literaria comenzada en 1830 y manifestada florecida primeramente en el teatro con las obras del duque de Rivas y otros románticos, tampoco puede omitirse en la historia de **El Mercurio** la agitación espiritual chilena, puesto que en 1841, con motivo de la polémica sobre el lenguaje, provocada por Sarmiento, nuestro diario dió el primer síntoma de ansiedad renovadora, lo cual fué un deseo que luego corroboró con la otra controversia acerca del clasicismo y el romanticismo, para después cooperar permanentemente al movimiento iniciado con una selecta sección literaria en sus números dominicales; con la publicación asídua, en el folletín, de las obras románticas más en boga en Europa, cuyo número y calidad podrán apreciarse en la lista que de ellas

insertaremos en el apéndice, y con el gran desarrollo que comenzó a dársele al departamento editorial, y del cual hemos hecho una breve referencia en el capítulo III de esta parte de nuestra historia.

De la ayuda que **El Mercurio**, desde sus columnas, y su editor don Santos Tornero, con su sección editorial de obras de instrucción y de recreo, prestaron al progreso espiritual de esta época, nada dicen los historiadores, de la misma manera que siempre han omitido mencionar la cooperación de nuestro diario a la reforma constitucional que se efectuó en 1833 y a otras obras de trascendencia nacional. El más indicado de todos, don José Victorino Lastarria, jefe del movimiento, no le da importancia a esta valiosísima ayuda en su interesante libro "Recuerdos Literarios", que constituye hoy la fuente más caudalosa para la historia literaria de Chile durante cerca de cuarenta años, a contar desde el de 1836, de cuyo libro vamos a tomar, para este capítulo, las noticias más pertinentes y menos revestidas de parcial apasionamiento político, el único defecto que afea a tan valiosas memorias.

Muchas y diversas han sido las opiniones que se han dado acerca de los antecedentes de este movimiento y también de los hombres que lo iniciaron y lo auspiciaron.

Como por ese tiempo se hallaban en Chile algunos argentinos ilustres que habían venido huyendo de la tiranía de Rosas, a ellos que tenían entonces una embrionaria cultura moderna que pretendía estar compenetrada de las nuevas corrientes europeas, les achacan varios historiadores la paternidad de la preparación y de la iniciación de tan trascendental acontecimiento.

Si bien es verdad que la mayor parte de esos emigrados descollaron después notablemente en el campo de las letras y en el de las ciencias unos, y en el de la política y la diplomacia otros, también es cierto que cuando aquí llegaron casi ninguno tenía formado todavía un concepto cabal sobre determinadas doctrinas filosóficas y escuelas literarias, por más que en todos ellos predominaba el deseo de cambiar lo existente sin saber con qué iban a substituirlo. Como ejemplo de esta desorientada modalidad espiritual, diremos que cuando se suscitó la célebre polémica entre el "Semanario de Santiago" y **El Mercurio** sobre clásicos y románticos, don Domingo Faustino Sarmiento defendió a estos últimos sin saber lo que era el romanticismo ni ser

partidario de él ni por intuición. En una carta que escribió al señor Lastarria decía a este propósito: "Se trata de **romanticismo**, y yo que me he reído de él en la **Nona Sangrienta**, y en cuanta ocasión he tenido la oportunidad de hacerlo, lo defiendo hoy con un calor irritante en verdad." ¿Por qué hacía esto? Porque le molestó que le saliera al paso la juventud chilena ofendida y cansada de los insultos que a ella le había lanzado en toda ocasión y también a sus venerables maestros. Fué por venganza y no por convicciones de lo que defendía ni por deseos de orientarla lo que le impulsó a entablar dicha polémica, que hubiera tenido fatales consecuencias a no mediar personalmente el señor Lastarria para darle fin.

Esos argentinos, en unión de otros ilustres escritores hispano-americanos y españoles de gran prestigio, tales como el neogranadino don Juan García del Río, el boliviano don Casimiro Olañeta, el venezolano don Simón Rodríguez, el peninsular don Rafael Minvielle, todos colaboradores de **El Mercurio**, y algunos más que en la prensa política y literaria derramaban a raudales luces propias sin la agresividad ni la intransigencia de Sarmiento que tenía por lema luchar "tirando a diestro y siniestro, no importa contra quién ni por qué motivo", apresuraron la germinación de las semillas culturales que habían sembrado con amor, en el fecundo campo de la juventud chilena, don José J. de Mora, don Andrés Bello y, antes que éstos, otros profesores nacionales y extranjeros de talento; pero no prepararon ni incubaron esos escritores argentinos el movimiento del memorable año de 1842.

Esa diversidad de opiniones, emitida ya en vida de don J. V. Lastarria, fué la causa principal que impulsó a este ilustre literato a escribir su célebre libro "Recuerdos Literarios", tantas veces mentado.

En la introducción de él dice que varios historiadores "atribuyen aquel movimiento al **Semanario**, prescindiendo en absoluto de los escritores anteriores a este periódico que lo produjeran; y lo cierto es que ni aquel movimiento fué popular, ni fué la obra del **Semanario**, el cual resultó de un impulso anterior, sin que alcanzara a tener siquiera un número de lectores suficiente para costear su publicación; ni la sociedad pudo contemplar su imagen en las producciones de una literatura lozana y vigorosa, que todavía no podía existir, sino en ensayos meticulosos y sin arte".

"El movimiento literario de 1842, agrega más adelante,

no tuvo origen en influencias sociales, ni en hechos históricos anteriores, y sobrevino como una reacción casi individual, que tuvo que preparar por sí misma y sin elementos el acontecimiento que iba a producir, al través de todo género de dificultades políticas y sociales."

Para encontrar su origen por el camino más lógico, traza una larga reseña de las reformas en la instrucción secundaria hechas desde los comienzos de la éra de la independencia, pero haciendo aparecer a la política como diapasón de las alternativas que sufrieran los diversos planes de enseñanza hasta 1836, año en que, según él, "comienza la convalecencia de nuestro espíritu", como bien terminante lo declara cuando dice, al referirse al notable plan de estudios trazado por don José Joaquín de Mora en 1829 para el Liceo de Chile, plan que produjo estímulo en el profesorado del Colegio de Santiago, que ese movimiento de progreso en la enseñanza "se apagó en breve con la supresión de estas dos últimas instituciones y con el triunfo de la reacción política que se consolidó, organizando un gobierno conservador". Se refiere a todo el período en que don Diego Portales tuvo influencia en el poder.

Opinaba el señor Lastarria, en contra de Vicuña Mackenna en una carta que le dirigió a éste en 1871, que "don Andrés Bello es el corifeo de la contrarrevolución intelectual que usted atribuye a Mora, y éste es uno de los que en años anteriores habían iniciado la cruzada literaria que usted atribuye a don Andrés". Negaba, además, que esa contrarrevolución la hubiera hecho don José Joaquín para darle la paternidad al profesor francés don Carlos Lozier, según lo había leído en la "Historia de Chile", del también francés Claudio Gay, que le sirvió de guía para escribir el capítulo II de la primera parte de su "Recuerdos Literarios".

Hay que tener presente, antes de seguir adelante, que don J. V. Lastarria era liberal de carácter intransigente para todo lo que fuera obra de los que no comulgaban con sus ideas políticas, sociales y literarias. Por eso no debe extrañar que sienta simpatías por los señores Lozier y Mora, liberales extremados, y no las muestre por el conservador don Andrés Bello a pesar de haber sido discípulo de él. En gran parte de su libro de memorias resalta el propósito de amenguar la gran obra cultural del ilustre sabio y maestro que tanto le honró con su amistad y le favoreció con su consejo y sus deferencias. En todas sus obras históricas se nota esa intransigencia vehemente que le

caracterizaba. En un juicio que escribió acerca de don Diego Portales y que vió la luz en varios números del tomo IV de la "Revista del Pacífico", hizo una revisión tan parcial de la actuación de éste como político y gobernante, que al no subsistir aún la parte noble y buena de su inmensa labor, ese escrito hubiera hecho desaparecer, por lo contrahecha y desvaída, la gran figura del eminente estadista. ¡Cosas de los hombres apasionados de su época! Hoy se miran a los hombres y a los sucesos pasados con más serenidad debido al eclecticismo que predomina en los espíritu bien cultivados.

Como el señor Lastarria fué el profesor y literato que más descolló por su ilustración y su talento durante todo el período que estamos trazando, no será impertinente que agreguemos a las precedentes líneas esta semblanza que del grande hombre se encuentra en el interesante folleto "Recuerdos de medio siglo—Don José Victorino Lastarria", por don Armando Donoso, edición de 1917:

"Hemos retirado de los anaqueles un libro azul y hemos buscado una página. Luego hemos leído: "Primeramente—reza el texto del libro azul—su organización moral tiene los defectos de sus cualidades, para valernos de una expresión francesa llena de exactitud. En seguida, esos defectos se han agravado y complicado por las circunstancias peculiares en que se ha desarrollado su existencia. Naturalmente ardiente y apasionado, no siempre lleva su paciencia la contradicción de sus opiniones, se siente a veces exasperado por la controversia, y entonces asume un dogmatismo contundente con que parece que la autoridad de su palabra quisiera imponer antes que persuadir. Carácter dotado de todas las altiveces y de todas las delicadezas del amor propio, este sentimiento ha llegado a adquirir en él proporciones exageradas, estimulado por el rudo e incesante batallar contra los multiplicados adversarios que ha hallado en su camino".

"Y el maestro se sonríe, se sonríe largamente, antes de decirnos:

—¡Ah! es el juicio de Domingo Arteaga, ¿verdad?

—¡Verdad, maestro!

—Según el juicio de Domingo Arteaga soy altivo; irascible de genio; de amor propio exagerado, es decir orgulloso; impaciente; dogmático; de ánimo agriado; descontento y receloso; desdeñoso y poco accesible; como orador explico y discuto, en lugar de argüir; como hombre de estado sólo he mostrado falta de calma y de longanimidad y una actitud impaciente y fá-

cil para lanzarme en resoluciones aventuradas. ¿Para qué sirve un hombre así? Es intratable y debe mandarse guardar. En concepto de Arteaga sólo he nacido para literato, más que para político. ¿Debí insistir en ser hombre público?"

Con estos antecedentes no le extrañará tampoco al lector que nuestro ilustre literato se manifieste en sus notables memorias admirador de los argentinos y, en particular, de don Domingo Faustino Sarmiento, de quien fué grande amigo.

Después de pintar el estado de la instrucción pública y de reseñar las obras más notables de enseñanza que se habían escrito y reimpreso en Chile hasta el año en que se manifestó "la convalecencia espiritual", pasa a reseñar, en el capítulo X y subsiguientes de la primera parte de su libro, los periódicos más importantes que salieron desde principios de 1838 hasta el momento de aparecer el "Semanario de Santiago".

Antes de esta convalecencia la prensa había estado sometida a la influencia de la política gubernativa, por más que subsistía intacta la ley de imprenta creada por los liberales de 1828, pero el gobierno se reservaba el derecho de perseguir a los periódicos "que publicaban pensamientos que alterasen el órden público".

Desde el asesinato de don Diego Portales, ocurrido el 3 de junio de 1837, la situación política empezó a modificarse "y esto facilitaba el desarrollo intelectual".

"Los intereses políticos asumen entonces en la prensa, dice Lastarria, una representación que no habían tenido, pues a pesar de que en 1838 el movimiento de la prensa en general había sido relativamente muy notable, no sólo por causa de la guerra, sino también por el impulso que había recibido la enseñanza en los varios establecimientos particulares que rivalizaban en mejorarla, no había, sin embargo, aparecido ningún periódico que se consagrara sistemáticamente a la política interior como el "Diablo Político", que apareció en junio, y las "Cartas Patrióticas", en agosto de 1839."

El segundo de estos periódicos, redactado por don D. J. Benavente, era de carácter liberal y tenía por objeto preparar a la opinión para las elecciones en que triunfó el general Bulnes; el otro, fundado por don Juan Nicolás Alvarez, el presbítero don Domingo Frías y don José V. Lastarria, que le dió el nombre que tuvo y el carácter festivo con que apareció, era también de tendencias liberales. Ambas publicaciones causaron excelente efecto en el público, pero vivieron poco tiempo.

Poco después aparecieron otros periódicos de diversa índole, entre ellos el judicial "Gaceta de los Tribunales", fundado por el magistrado don Javier Palma y los señores Lastarria y García Reyes en noviembre de 1841, y los literarios "Museo de Ambas Américas" y "Revista de Valparaíso", de los cuales hemos hecho mención en el anterior capítulo.

Por este tiempo había en Santiago un selecto grupo de jóvenes estudiantes de ideas liberales que anhelaban romper la tradicional y sedentaria armonía que en sociabilidad, política y literatura reinaba en Chile. Al frente de este núcleo se hallaba don José Victorino Lastarria, joven de gran talento, de extensa cultura y de carácter vehemente que desempeñaba las cátedras de Derecho Público y de Literatura en el Instituto Nacional desde el año 1838. De él partió la idea de formar una sociedad literaria, la cual se inauguró oficialmente en el mes de mayo de 1842 con un discurso de su director, que es un verdadero programa de propósitos y a la vez que una profesión de fe en la cruzada de renovación espiritual que se proponía emprender. Esta pieza fué publicada en un folleto por don Manuel Rivadeneyra, con la siguiente introducción:

"Las ligeras nociones de legislación teórica, que acabamos de adquirir en el Instituto Nacional, nos han hecho conocer las grandes exigencias de nuestra patria y su posición en la escala de la sociabilidad, la naturaleza de nuestro gobierno, y sus imperiosas necesidades, y también el carácter de la misión que estamos llamados a cumplir. Vimos que, sin embargo, de estar reconocido entre nosotros el principio de la soberanía popular, no es todavía efectivo; que aun cuando la base de nuestro gobierno es de la democracia, le falta todavía el apoyo de la ilustración, de las costumbres y de las leyes. Estas ideas produjeron en nosotros un entusiasta deseo de ser útiles a nuestra patria, cooperando con todos nuestros esfuerzos a conseguir el fin de nuestra revolución. ¿Y cómo conseguirlo? Ilustrándonos para difundir en el pueblo las luces y las sanas ideas morales. Acometer esta empresa individualmente era imposible: he aquí el origen y objeto de nuestra reunión.

"Hasta ahora hemos vencido todos los tropiezos que se nos han opuesto. Auxiliados por un vecino de esta capital, tuvimos ya donde reunirnos, formamos un fondo para sostener nuestra sociedad, ordenamos un reglamento, después de algunas conferencias que han contribuído a ilustrarnos, y por fin necesitábamos un Director, y la elección recayó en el señor Lastarria.

En su incorporación pronunció el discurso que ahora publicamos junto con la respuesta que le dió el señor Montt, presidente de la sociedad en aquella sesión.

"La sociedad ha fortificado sus esperanzas con la incorporación del Director, el número de sus socios se aumenta, y confía en que los jóvenes de Santiago y demás personas de conocimientos no desdeñarán prestarles su auxilio. **Los miembros de la sociedad** (*)".

Don José Victoriano comenzó su discurso trazando un breve resumen del estado pacífico en que Chile se encontraba en aquellos días después del largo y turbulento período de evolución política en que había vivido desde que se proclamó independiente absoluto en 1818, y luego pasó a diseñar, a grandes trazos, el halagüeño horizonte que se vislumbraba con el desarrollo que iba adquiriendo el comercio y la minería del país; pero opinaba que si esa riqueza proporcionaba indudablemente fuerza y poder, no daría libertad individual si la democracia que se había conquistado a fuerza de tanto sacrificio no estaba apoyada por la ilustración de los ciudadanos.

Luego, parodiando el concepto general que sobre literatura tenía el escritor y diplomático francés Artaud de Montor, ya famoso en el tiempo de que nos ocupamos por su obra acerca de Maquiavelo y por otras de índole político e histórico, se preguntaba: "¿Pero cuál ha sido, cuál es en el día nuestra literatura? ¿A dónde hallaremos la expresión de nuestra sociedad, el espejo en donde se refleja nuestra nacionalidad?" Y al trazar el largo período intelectual de la dominación española en Chile, mirándolo a través de la cultura y del progreso material del instante en que él vivía, pretendió demostrar que durante ese lapso habían habido aquí cuatro ciudadanos, "quizá los únicos de mérito que puedo citaros como escritores" (**), y ni tampoco

---

(*) "Ponemos a continuación, dice Lastarria en sus memorias, los nombres de algunos de los socios de aquella corporación, pues no se han podido hallar las actas para presentar la lista completa: Asta-Buruaga Francisco S.—Agüelles M.—Bascuñán Guerrero F.—Bello A. R.—Bello J.—Espejo J. N.—Herboso G.—Hurtado J. M.—Irisarri H.—Lillo E.—Lindsay S.—Manterola J. M.—Matta F. de P.—Montt Anacleto.—Ovalle J. A.—Pinto.—Ovalle Ramón F.—Reyes A.—Reyes M. J.—Rengifo aJvier.—Santa María D.—Valdés Cristóbal.—Villegas N., etc.."

(**) Mentó a Pedro de Oña, Lacunza, Ovalle y Molina.

halló notabilidades literarias desde 1810 hasta el momento en que él hablaba, aunque sí encontraba algún librito y tal o cual artículo de prensa "que ha merecido la aprobación de los inteligentes".

En tal estado espiritual, ¿qué convenía hacer para conseguir un progreso literario, artístico y hasta científico netamente nacional a semejanza de los viejos países europeos? La solución única era, a su parecer, la imitación acomodada al carácter chileno. "¿Qué modelos literarios serán, pues, los más adecuados a nuestras circunstancias presentes?" Los de España no los quería. Con el prejuicio que tenía de que esta nación estaba aún en lo espiritual en el siglo XVI, no veía el remozamiento notable y la modernidad brillantísima en que se encontraba su literatura en aquellos precisos momentos. Sin embargo, el pueblo chileno buscaba con afán a los escritores españoles a despecho de Lastarria y de sus discípulos, y Larra, Martínez de la Rosa, Espronceda, Zorrilla, Gabriel García Tessara, Juan F. Donoso Cortés, García Gutiérrez, Manuel Fernández y González, Alcalá Galiano, Hartzenbusch, Ventura de la Vega, Patricio de la Escosura, Bermúdez de Castro, Enrique Gil, Arolas y un centenar más sentaron sus reales en Chile, en donde permanecieron hasta mucho después de que en España se hicieran anticuados.

Aunque nunca quiso por modelo a la literatura española, imbuido indudablemente por las prédicas de Sarmiento, Fidel López y otros argentinos que ignoraban, no sólo el presente, sino el pasado de ella, recomendaba a sus jóvenes oyentes que cultivasen con esmero la sublime lengua de Castilla.

"Con todo no penséis, decía, que me extiendo al suscribir a estos conceptos, sobre la literatura de nuestros conquistadores, hasta llegar a mirar en menos su hermoso y abundante idioma. ¡Ah! ¡nó!; este fué uno de los pocos dones preciosos que nos hicieron sin pensarlo. Algunos americanos, sin duda fatigados de no encontrar en la antigua literatura española más que insípidos y pasajeros placeres, y deslumbrados por los halagos lisonjeros de la moderna francesa, han creído que nuestra emancipación de la metrópoli debe conducirnos hasta despreciar su lengua y formarnos sobre sus ruinas otra que nos sea más propia, que represente nuestras necesidades, nuestros sentimientos. Y llenos de admiración, seducidos por lo que les parece original en los libros del Sena, creen que nuestro lenguaje no es bastante para esprimir tales conceptos; forman o introducen sin

necesidad palabras nuevas, dan a otras un sentido impropio y violento, adoptan giros y construcciones exóticas, contrarias siempre a la índole del castellano, despreciando así la señalada utilidad que podríamos sacar de una lengua cultivada, y exponiéndose a verse de repente en la necesidad de cultivar otra nueva, y tal vez, ininteligible. Huid, señores, de semejante contagio, que es efecto de un extraviado entusiasmo.

"Mucha verdad es que las lenguas varían en las diversas épocas de la vida de los pueblos, pero los americanos ofrecemos en esto un fenómeno curioso: somos infantes en la existencia social y poseemos un habla que anuncia los progresos de la razón, rica y sonora en sus terminaciones, sencilla y filosófica en su mecanismo, abundante, variada y expresiva en sus frases y modismos, descriptiva y propia como ninguna. Nuestros progresos principian y por mucho que nos eleve el impulso progresivo de la época presente, siempre tendremos en nuestro idioma un instrumento fácil y sencillo que emplear en todas nuestras operaciones, un ropaje brillante, que convendrá a todas las formas que tomen nuestras facciones nacionales. Estudiad esa lengua, señores, defendedla de los extranjerismos; y es seguro que de ella sacaréis siempre un provecho señalado, si no sois licenciosos para usarla, ni tan rigoristas como los que la defienden tenazmente contra toda innovación, por indispensable y ventajosa que sea. Os interesa, pues, emprender la lectura de sus clásicos, y penetrar en la historia de la literatura, a fin de saber apreciarlos y conocer esa poesía, que veréis, valiéndome de la expresión de un crítico, expresiva en su infancia, natural y sencilla, pero ruda, pobre y trivial; después grave, docta y sonora, hasta degenerar en afectada, pedantesca y enigmática; y, por fin, grande, majestuosa y sublime, armoniosa y dulce hasta acabar por hinchada, estrepitosa y sutil. De Garcilaso aprenderéis a expresar vuestras ideas en sentimientos apacibles con candor y amable naturalidad; de la Torre, Herrera y Luis de León, imitaréis la nobleza, nervio y majestad; de Rioja, el estilo descriptivo y la vehemencia del lenguaje sentencioso y filosófico. Descended a los prosistas, y Mendoza, Mariana y Solís os enseñarán la severidad, facundia y sencillez del estilo narrativo; Granada, la inmitable dulzra de su habla para expresar las verdades eternas y el idealismo del cristiano; y, por fin, el coloso de la literatura española os asombrará con su gran dilocuencia, y con las originales graciosidades de su **Hidalgo**. Estudiad

también a los modernos escritores de aquella célebre nación, y hallaréis en ellos el antiguo romance castellano hecho ya en idioma de la nación culta y capaz de significar con ventaja los más elevados conceptos de la filosofía y los más refinados progresos del entendimiento del siglo XIX".

Hemos copiado esos bellos y largos párrafos llenos de sinceridad para que el lector se convenza con testimonio ageno a nuestra opinión, de que los escritores argentinos no prepararon ni dirigieron la renovación literaria de 1842, puesto que Lastarria, jefe de aquel movimiento espiritual y perpétuo mantenedor de él hasta su muerte, rechazó con bizarra energía el bastardeamiento de nuestro idioma, y recomendó los admirables modelos de la literatura española del siglo dorado, cosas ambas que deseaban destruir y hacer desaparecer los vehementes y utópicos escritores cuyanos, y base de todo su programa de evolución literaria. Casi todos ellos se retractaron más tarde de esos errores; más, por desgracia, la semilla que esparcieron en su juventud continúa aún germinando en su país y en el nuestro, y así vemos hoy a tantos jóvenes sin talento ni preparación literaria con marbetes de escritores o de poetas estragando el gusto artístico de muchos incautos.

Lastarria recomendaba la literatura francesa de aquella época como la única que podía servir de modelo para ir formando la literatura nacional chilena. Según su creencia, "Francia ha levantado la enseña de la rebelión literaria, ella ha emancipado su literatura de las rigurosas y mezquinas reglas que antes se miraban como inalterables y sagradas; le ha dado por divisa **la verdad** y le ha señalado la **naturaleza humana** como el oráculo que debe consultar para sus decisiones". En esos fundamentos, que entrañan libertad e independencia, quería él que se hiciera la imitación, pero no preconizaba el desprecio absoluto de las reglas que tanto molestaban a los literatos de allende los Andes, como se ve en este sincero arranque oratorio que está a continuación del párrafo anterior:

"Así, cuando os digo que nuestra literatura debe fundarse en la independencia del genio, no es mi ánimo inspirar aversión por las reglas del buen gusto, por aquellos preceptos que pueden considerarse como la expresión de la naturaleza, de los cuales no es posible desviarse sin obrar contra la razón, contra la moral y contra todo lo que puede haber de útil y progresivo en la literatura de un pueblo".

Pero si recomendaba como modelo esa literatura, no era para que se copiara y trasladara sin orden ni concierto, sino para que se aprendiese a pensar y se adquiriese el colorido filosófico de ella. El deseaba que sus jóvenes oyentes fueran originales porque "tenemos dentro de nuestra sociedad todos los elementos para serlo, para convertir nuestra literatura en la expresión auténtica de nuestra nacionalidad".

Este discurso, bello en su forma y noble en su fondo, tenía, en muchos puntos, cierto contacto ideológico con algunas de las teorías expuestas por Sarmiento en **"El Mercurio"** con motivo de la polémica sobre el lenguaje.

Sarmiento condenaba el sistema de enseñanza que se daba por aquel entonces, porque éste, junto con "el influjo de los gramáticos, el respeto a los admirables modelos y el temor de infringir las reglas", era lo que, a su parecer, "agarrotaba la imaginación de los chilenos" y les hacía "despreciar bellas disposiciones y alientos generosos".

No pensaba así Lastarria, como se ha visto, pero sí opinaba, como Sarmiento, que había que adquirir ideas de fuera y nutrir la mente con "las manifestaciones del pensamiento de los grandes luminares de la época; y cuando sintáis que vuestro pensamiento a la vez se despierta, echad miradas observadoras sobre vuestra patria, sobre el pueblo, las costumbres, las instituciones, las necesidades actuales y, en seguida, escribir con amor, con corazón, lo que se os alcance..." (*).

Ningún periódico santiguino de aquellos días se atrevió a comentar ese discurso que marca una memorable época en la historia espiritual de Chile; únicamente el "Museo de Ambas Américas", en su número 7, publicó un largo y elogioso artículo de don Juan García del Río, que fué reproducido íntegro en **"El Mercurio"** del 22 de mayo de aquel año.

Hubo otro periódico que se ocupó, en dos ocasiones, de ese manifiesto literario: la "Gaceta del Comercio", de Valparaíso. En el editorial del 31 de mayo se congratulaba don Vicente Fidel López de la fundación de la Sociedad Literaria y ponía algunos reparos, de orden histórico y filosófico, a las manifestaciones de Lastarria, y el 17 de junio se atacaba de frente su recomendación del estudio del idioma.

(*) Sarmiento, en la sección editorial de "El Mercurio" del 22 de mayor de. 1842.

En las últimas páginas del capítulo XV, de la primera parte de "Recuerdos Literarios", se aclaran los reparos y se refuta el ataque.

La Sociedad Literaria duró poco tiempo; mas su espíritu le sobrevivió hasta muchos años después, y fué origen de una serie de revistas literarias en la que se dió a conocer un talentoso núcleo de escritores y poetas que puso el nombre de Chile en el mejor lugar del Parnaso Americano.

CAPITULO X

LAS PRIMERAS MANIFESTACIONES DEL MOVIMIENTO ESPIRITUAL

Nacimiento del "Semanario de Santiago". — Sus propósitos y las materias principales que trató en sus treinta y un números.—El certamen promovido y auspiciado por la Sociedad Literaria. — Algunas consideraciones al margen de este concurso literario. — La polémica sobre el lenguaje toma otra faz con la denominación de "la cuestión literaria". — Las travesuras periodísticas de Sarmiento.—La historieta de "Los gallos literatos" y el mosáico de frases de "Fígaro". — Las teorías de Sarmiento son desmentidas por las nuevas generaciones literarias. — Opiniones modernas de "Azorín" acerca del idioma y de los clásicos. — La disputa sobre romanticismo. — Un modelo de las chanzas de "Jotabeche" acerca de esta cuestión literaria. — Los redactores del "Semanario" dan fin a la polémica. — La imparcialidad e independencia de "El Mercurio" en estas discusiones.

El trascendental acontecimiento de que hemos dado cuenta sucinta en el capítulo anterior, y algunos otros que vamos a relatar en el presente, sucedieron en días anteriores al en que **El Mercurio** entró en su segunda época; más como las consecuencias de todos se encuentran en este período, hemos creído necesario incluirlos en él, ya que, además, tienen relación directa con las materias que trataremos en los capítulos que seguirán a éste.

Continuando, pues, el relato anterior, diremos que una vez organizada y en marcha la Sociedad Literaria, don José Victorino creyó conveniente publicar un semanario para dar en él a luz "las composiciones que aquella corporación calificase de más dignas, y sobre todo para insertar traducciones hechas con el objeto de propagar las nuevas ideas y de fomentar el buen gusto y el cultivo del arte".

Con tal propósito escribió y lanzó al público, con fecha 27 de junio, el prospecto de ese órgano.

Esta publicación, de la que ya hemos hablado en el capítulo VIII, fué el "Semanario de Santiago", la que, según Lastarria, trató con elevación de miras en sus treinta y un números (desde el 14 de julio de 1842 hasta el 2 de febrero de 1843), y "con un vivo interés de acertar, todas las cuestiones que en ese tiempo ocupaban a la opinión pública, teniendo al corriente a sus lectores de los debates parlamentarios y de los trabajos administrativos, y sirviendo de órgano a las producciones literarias que comenzaron a aparecer entonces, cual las primeras flores de la primavera, tímidas, aisladas y sin el abrigo del frondoso follaje de que son precursoras".

En efecto, se insertaron en el "Semanario" interesantes artículos sobre ciencias sociales: política de partido, economía política, derecho, administración, instrucción y costumbres; sobre ciencias aplicadas: medicina, higiene, agricultura y manufacturas; sobre literatura: historia literaria, crítica en general, poesías, cuentos y artículos de costumbres; sobre historia y geografía; sobre bellas artes, etc., etc.

Fueron sus redactores principales Lastarria, Francisco Bello y José María Núñez.

Colaboraron en ella, además de los mentados, Antonio García Reyes, José Joaquín Vallejo, Javier Rengifo, Juan N. Espejo, Santiago Lindsay, Francisco Bilbao, Juan Bello, Cristóbal Valdés, Salvador Sanfuentes, Juan E. Ramírez, A. M. Tocornal, Francisco S. Astaburuaga, Manuel Talavera, Joaquín Prieto Warnes, Antonio Varas, Marcial González, Hermógenes de Irisarry y otros. Parte de estos eran discípulos de don Andrés Bello, quienes escribieron en la revista por recomendación de éste, a pesar de que las ideas políticas de ellos eran distintas a las de los fundadores de la Sociedad Literaria y del "Semanario".

Pero como no bastaba esta publicación para conseguir sus propósitos, la corporación que le había dado vida promovió un certámen literario entre sus socios para conmemorar la gloriosa efemérides del 18 de septiembre de 1810, y asi estimular a los principiantes.

Fué este el primer torneo literario que se efectuó en Chile, según asegura don Samuel A. Lillo en su "Literatura Chilena".

"De las muchas composiciones que se presentaron, dice Lastarria en "Recuerdos Literarios", solamente fueron cuatro las que merecieron la consideración del jurado que la Sociedad eligió para discernir el premio. Las demás fueron condenadas al olvido. De las escritas en prosa, sólo se aceptó una".

El fallo, firmado por los señores Lastarria, García Reyes y Carlos Bellos, era extenso y excesivamente benévolo, pues en realidad no merecían esos trabajos los elogios que se les tributaban, según hemos podido apreciar leyendo el veredicto y las piezas premiadas.

Aunque don José Victorino dice que cuando el fallo "fué conocido, la Sociedad le aplaudió como la expresión de la justicia con una fraternidad encantadora entre vencedores y vencidos", no parece del todo cierta la aseveración toda vez que en la sección "Correspondencia" de **El Mercurio** del 29 del mismo mes, "Unos amantes del Progreso" consideraban, "sin pretender rebajar el mérito de estas composiciones y sin poner en duda los conocimientos de la comisión" examinadora de ellas, que la segunda de las premiadas era superior a la primera. Y a renglón seguido se extrañaban mucho de "que la comisión haya publicado únicamente las composiciones premiadas, pues la práctica que se observa en casos semejantes es la de publicar todas aquellas que descuellan por sus méritos". Esto lo dirían probablemente porque se había corrido la voz de que el único propósito del jurado había sido el de premiar los trabajos que reflejaran mayor odio a España. Todo el mundo sabía el exagerado encono que el ilustre Lastarria tenía contra la nación que descubrió y formó tantas nacionalidades en América, las cuales son hoy la juventud del mundo y las herederas legítimas de la civilización europea. Esta saña se manifestó en la memoria que presentó a la Universidad el 22 de septiembre de 1844 titulada "Investigación sobre la influencia social de la conquista y del sistema colonial de los españoles en Chile", en cuyo trabajo pretendió examinar la obra de España en el continente a espaldas del espíritu nobilísimo de sus leyes, con los ojos cerrados ante la magna obra que aquí realizó para la eternidad, "y con la inconsciencia de pedir, con las luces del siglo XIX, cuenta al siglo XVI de los medios que se emplearon para introducir la civilización de entonces en donde no había ninguna; en donde no había otra cosa que hombres salvajes que precisamente estaban destinados a ser conquistados y recibir un bautismo de sangre para entrar en la comunidad de las naciones civilizadas", como decía **El Mercurio** en el tercero de los cuatro editoriales que dedicó a comentar esa desatinada memoria. En ella, según nuestro diario, todo "aparece escrito bajo la doble impresión de la atrocidad e injusticia de la conquista y del carácter despótico y obscuro del sistema colonial. En toda la obra la nación española es tratada con la misma

exaltación, el mismo encono que en los momentos de la lucha de la Independencia, y que en el calor de la contienda manifestaron nuestros padres. Parece que fuera el manifiesto acalorado y excitante del 10, más bien que un frío examen de causas y efectos en 1844".

Los trabajos premiados vieron la luz en el número 12 del "Semanario de Santiago", y los autores de ellos eran casi todos niños aún, pues Santiago Lindsay, "que obtuvo el premio de la poesía, apenas rayaba en los veinte años; Ramón F. Ovalle, autor de la segunda pieza, tenía diez y seis, y más o menos tenían la misma edad Francisco Bilbao, autor de la tercera, Javier Rengifo de la cuarta, y Juan Bello que mereció el premio de la prosa".

Cuando se inauguró la Sociedad Literaria estaba en su punto culminante la polémica sobre el lenguaje, de la cual hemos dado cuenta en el capítulo IX de la primera parte. En el mismo número de **El Mercurio** en que se comentó el discurso de Lastarria se insertó el segundo de los dos artículos de réplica al único de don Andrés Bello, en el cual Sarmiento deseaba que se aplicara al maestro la ley del ostracismo por el motivo de ser un gran literato "y haber profundizado más allá de la que nuestra naciente civilización exige los arcanos del idioma". Pero cuando apareció el "Semanario" esa controversia había tomado ya otra faz por haberse quedado sólo en la liza su provocador, pues don José María Núñez que había salido al coso en defensa de las teorías del señor Bello, se había retirado en vista de que su contendor no se daba a razones científicas.

Sin embargo, Sarmiento no estaba satisfecho de su aparente triunfo, y, aprovechando la oportunidad que le ofrecían algunos de los conceptos del manifiesto de Lastarria sobre el cultivo del idioma y el estudio de los clásicos españoles de otra época, continuó su campaña apoyándose en las ideas que, acerca del supuesto lamentable estado de la literatura hispana de por ese tiempo, había vertido don Mariano José de Larra, "Fígaro", en la colección de artículos suyos que había reimpreso Rivadeneyra en la imprenta de **El Mercurio** a fines del segundo semestre de 1841.

Un buen día, el 22 de junio de 1842, apareció en la sección "Variedades", que en este tiempo empezó a publicarse en la misma forma en que desde el mes de septiembre de ese año hasta hoy se viene insertando el "folletín" en **El Mercurio,** un largo artículo de Sarmiento en el que, aprovechándose de la ocasión de dar cuen-

tas de haber llegado a Chile un libro francés titulado "Vida pública y privada de los animales descrita por ellos mismos", hacía alusiones veladas a ciertos literatos del bando contrario. Con este artículo y con el que le siguió demoninado "Los gallos literatos, memorias inéditas de una gallina de Guinea que vivió diez años en la República del Gallinero", tomó nueva faz la polémica sobre el lenguaje popular con el nombre de "la cuestión literaria".

Este segundo escrito es de todo punto ingenioso. En él se da cuenta del gallo literario de casta castellana. Después de describir al gallo inglés, "de talla esbelta y delicada, de cutis colorado y de extremado valor", y al francés, "el más culto del mundo y tan humano que ya no gusta de pelear", y de declarar que ambos "son llamados finos para distinguirlos de otra raza que se conoce bajo el honroso dictado de brutos", detallaba al de esta última descendiente "de la degenerada estirpe castellana".

Según él, los gallos de esta casta eran "pocos aliñados en sus vestidos, usan del color ceniciento que lleva el mismo nombre de su raza. Son graves, testarudos, un tanto perezosos, y tan apegados a lo viejo, que en lugar de adelante van para atrás. En cuanto al valor no han cobrado mucha fama, si bien es cierto que han tenido pollos que se las han tenido tiesas a los más pintados europeos; el duelo está prohibido entre ellos, y todas sus aspiraciones se reducen a comer, engordar y fecundar a sus gallinas, para lo cual tienen admirables aptitudes. Son sin embargo, preferibles a los ingleses y franceses para la cazuela y el estofado, por cuya razón son muy estimados de todos los habitantes del mundo que concurren a sus puertos a desplumarlos. Desde que se sublevaron Santo Domingo y las otras colonias, se han ocupado siempre en disputar sobre quien sube más arriba en el árbol de dormir, a fin de estercolar a los que quedan abajo. A pesar de todo esto, los gallitos nuevos empiezan a abandonar las prácticas de sus abuelos, se aliñan y se afeitan a la francesa y buscan su alimento con la prontitud y actividad inglesa. De aquí han nacido dos bando en sus repúblicas, que amenazan turbar la incierta paz de que a veces gozan. Compónese el uno de los gallos que ya no se cuecen a dos hervores, los franciscanos y los castellanos puros, con tal cual gallito novel, a quien le ha soplado el diablo por echarla de viejo; forman el otro los gallos de pitón, y de casta mestiza de fino y bruto; algunas jacas de estaca retorcida que simpatizan con toda clase de novedades, y uno que otro pollo desgaritado, que ha escapado con la cola de menos de las garras

de alguna zorra monstruo cebada en comerse los gallos más atisbados".

Como se ve, en este gracioso párrafo pretendió pintar el estado de las literatura en Chile de aquel tiempo; mas no contento con eso, quiso retratar el momento en que escribía, y lo hizo en los siguientes términos:

"Uno de estos desplumados no bien se repuso del miedo de haber visto la zorra tan de cerca, cuando se echó a cantar con tan buena gana y de una manera tan desusada, que los gallos de toda la vecindad se alborotaron sobremanera. Unos decían que no lo hacía mal para su edad. otros le achacaban el no conocer la escala diatónica ni por las tapas; pero nuestro gallo sin curarse ni poco ni mucho de estas habladurías, apenas amanecía Dios, se ponía a cantar como si estuviera en su gallinero; y hubiera cantado toda su vida, si por su mala estrella no hubiese dicho al entonar un himno a la libertad "Ki-ki-ri-kó", en lugar de decir "Ko-ko-ro-kó", que era el uso consuetudinario de aquel país.

"Aquí fué la tremolina. ¡Qué bulla! ¡Qué alboroto! ¡Qué cacareo! No parecía sino que hubiesen visto las patas de la zorra. Todos los gallos del lugar cayeron sobre él y lo rodearon y estrecharon de manera, que a no ser de tan buena ley, habría tomado las de Villadiego".

En este gallo valiente se retrató Sarmiento. A continuación describe la tumultuosa polémica que hubo en el gallinero, y da fin al artículo con este párrafo en que desfilan la Sociedad Literaria, Bello y Lastarria:

"En estos dares y tomares se avanzó hacia el centro con paso mesurado un gallo que tenía fama de muy castellano, y después de entonar el do, re, mi, fa, sol, del canto llano, dijo en tono de bajo un "Chriiisto-Nacioooó", tan afinado, que hizo prorrumpir a la asamblea en mil bravos y aplausos. Esta es una ligera muestra, añadió pavoneándose de satisfacción en un ronco recitado. de lo que puede el estudio de los buenos modelos cuando se hace con aprovechamiento.

"Me reservo para después dar al público las reglas, porque nada es más útil al gallinero que cantar bien, aunque no tenga un grano que llevar a la boca, y esté amenazado de que se introduzca en su seno la zorra. Nos hemos asociado en número de ocho gallos, todos a Dios gracias buenos y leales castellanos, y sólo aguardamos que llegue un compañero que tiene espuelas "metálicas", para principiar nuestras tareas en la grande obra

de salvar a la república del mal mayor que podría sobrevenirla cual es el de que se adultere el hermoso canto del "gallo de la Pasión"; pidiendo al soberano que nombre a la manera del Proto-medicato, en un tribunal en que se examinen los gallos que hayan de cantar en público, y que estos sean escogidos entre los que hayan estudiado en la Sorbona o en Salamanca".

Años después, al recordar Sarmiento estos dimes y diretes, estos juegos de palabras y estas ingeniosidades que unas veces herían, otras hacían gracia y a medias convencían a los más amigos de novedades, que don Andrés Bello aplaudió esta socarrona historieta, sobre todo "la **h** del Christo, sin la cual el "Cristo Nació" que oyen las comadres, el canto del gallo pierde su significado tradicional".

El celebrado artículo tenía al pie la palabra "(continuará)", pero quedó sin terminación. En cambio el 25 apareció un escrito compuesto todo con párrafos sacados de los cinco volúmenes de Larra. Tenía por tema una sentencia de este célebre crítico, pero firmada con el nombre de Lord Agirof. A los cinco días publicó otro para descubrir su ingeniosa superchería que nadie había advertido. Comenzaba diciendo que cuando leyó ese original que le habían enviado, le pareció como que todos sus conceptos los había oído, leído o pensado, y que al querer recordar quién pudiera ser aquel Agirof que pensaba de tan semejante manera a la de él, pero que le era completamente desconocido porque ni figuraba "entre los miembros de la cámara de los pares ni entre los escritores ingleses de alguna nombradía", se dió a cabilar hasta que dió con la clave. "Agirof... Agirof... ¿Sí será un anagrama? Veamos: Ga-irof... Ga-ro-fi... **¡Fígaro!** ¡Oh descubrimiento! Ya teníamos un cabo del hilo conductor".

Después de agregar algunas frases ingeniosas sobre el descubrimiento del plagio, decía que se aprovechaba "de las doctrinas de Larra para apoyar en el concepto de nuestros contrarios en principios literarios nuestras propias doctrinas; pues en cuanto a nosotros, debemos declarar que las opiniones e ideas de don Mariano José de Larra no tienen el peso de una autoridad, y cuanto más lo consideramos como un hecho que acredita que la joven España por la boca de aquel célebre crítico ha desechado, y aún más, negado la existencia de una literatura modelo en España; como nosotros y ante que nosotros, ha pronunciado un decreto de divorcio con el pasado, y hecho sentir la necesidad de echarse en nuestras vías para alcanzar una regeneración en las ideas y en la literatura; como nosotros ha declarado la incompetencia de un

idioma vetusto para expresar las nuevas ideas; como nosotros, en fin, ha recomendado la libertad en idioma y literatura, como en política. Los que con tanta prevención y desdén combatieron nuestros principios, pueden rectificar con esta lectura los más claros de entre sus conceptos, y convencerse de que en idioma y literatura vamos más atrás que la España de un siglo por lo menos, y que se han propuesto la reabilitación del español, cuando los legítimos tenedores de él han abandonado este estéril trabajo".

Dan tentaciones de reir, más que de indignarse, al leer estas audacias. Pretendía convencer o haber convencido a sus contrincantes y al público en general con su ingenioso mosaico de frases sueltas tomadas de a propósito, muchas de las cuales eran antecedentes o consecuentes de otras adversarias. Mientras tanto, al gran Rivadeneyra le bullía en el cerebro, cuando estaba componiendo frente a la caja estos ingénuos conceptos, el magno proyecto de coleccionar todas las obras modelos de la literatura española por considerarlo muy necesario. Desde entonces acá, ¿cuántas reimpresiones sueltas no se han hecho de ellas? ¡Innumerables! Hoy, a más de ochenta y cuatro años de distancia de cuando Sarmiento hizo las atrevidas afirmaciones que contienen la parte copiada, la gramática y los por él despreciables modelos se estudian con ahinco por la juventud estimulada por la generación literaria española de 1898 y 1900 que piensa, por intermedio de "Azorín", el más representivo de los críticos y literatos modernos de la raza ibera, que "al cabo de los años, después de tanto tiempo pasado, ¿cómo veo el arte y como veo la realidad? "Quisiera arrancar del pecho pedazos del corazón", exclama Segismundo en "La vida es sueño". Yo no quisiera arrancarme nada; pero siento cierta nostálgica tristeza al contemplar el presente y echar una mirada hacia lo pretérito. El tiempo ha ido haciendo su obra. He tratado de simplificar el estilo. He intentado no decir sino cosas sencillas y directas. Muchas que me parecían peregrinas novedades antaño, hoy me parecen invenciones superficiales y pasajeras. **En cambio, sé que hay ideas, sentimientos, formas del pensar que son de hace mil años, que son de ahora y que no pasarán nunca.** La experiencia hace que no me deje seducir por estéticas y filosofías fugitivas y brillantes.

"Los primeros estudios de los clásicos hechos siendo niño, pusieron en mi el gusto por estas lecturas. Luego he vuelto periódicamente a ellos y he tratado de relacionar su espíritu con el paisaje y el ambiente de España. **No se podrá conocer la técnica**

literaria si no se estudia en los grandes maestros. Ha habido un momento, los pasados años, en que los escritores jóvenes exaltaron a los poetas y literatos de los siglos XIV y XVI a costa de los de la décima séptima centuria. Se decía que en aquellos estaba la expontaneidad del sentimiento y la claridad de la forma. Nó; la plenitud literaria hay que reconocerla en los escritores del siglo XVII. La lengua llega a su esplendor máximo en ese siglo. Nadie supera en elegancia, en vigor, en espiritualidad a Cervantes, Calderón, Quevedo, Gracián; Lópe". (*)

Con estos párrafos queda destruída toda la teoría del autodidacta. Sarmiento, fuerza es reconocerlo, tenía talento, grandes ansiedades de saber y máximas aptitudes de escritor, pero le faltaba base cultural, y de ahí que su labor de crítico en Chile no pudiera servir de modelo desde ningún punto de vista frente a sus contrincantes que estaban pertrechados de amplios conocimientos científicos, filosóficos y literarios. Quien suponga que fué el autor y el director de la gran renovación literaria en este país, estará en un craso error, aunque no podemos negar la verdad de la afirmación que hace don Domingo Arteaga de que "picó el amor propio de los chilenos" induciéndolos a las disciplinas literarias.

Con el artículo del 30 de junio terminó la segunda faz de la polémica sobre el lenguaje popular que había tomado el nombre de "la cuestión literaria". En este mismo día apareció en **El Mercurio** el prospecto el "Semanario de Santiago".

Muchos años después recordaba don Domingo Faustino esta su laboriosa y traviesa época de periodista chileno en los siguientes jactanciosos términos:

"Reinaba a la sazón en las aulas de la Universidad Hermosilla, purista español; enemigo jurado del galicismo, como ferviente adorador de las tres unidades, etc., etc.; y tales enormidades debimos enjaretar, López que no creía en Cervantes, y yo, que hallaba a Larra mejor que a Moratín, en favor del drama y de la escuela romántica y contra la gramática, que no pudieron llevarlo con paciencia los que de entendidos se preciaban; y doce literatos, ni uno menos de doce, se pasaron la palabra para vengar tanta afrenta, y produjeron a escote entre los alaridos de la montaña el "Semanario de Santiago", con el resuelto propósito de acabar con la cuyana chocarrería y poner a buen recaudo a los románticos de aquende y de allende".

(*) Prólogo de "Páginas Escogidas", de Azorín. Edición Calleja de 1917. Madrid

Ya se ha visto que el único objeto del "Semanario" no fué éste. Sus redactores se rieron más de una vez de la ignorancia que sobre romanticismo y la literatura española de aquellos momentos demostraban estos escritores; más tarde, cuando las audacias de Sarmiento y Vicente F. López pasaron de la prudencia, fué cuando la juventud del 42 arremetió contra el primero, que era el más atrevido y resuelto. Ambos escritores se encontraron con la pluma de "Jotabeche" que no los dejó tranquilos desde las columnas de **El Mercurio** primero, y las del "Semanario" después, durante mucho tiempo.

Con la aparición del "Semanario" dió principio la segunda polémica, que se denominó "el romanticismo".

No fué tan laboriosa, larga e interesante como la primera porque se inició con la acritud con que ésta había acabado. Terminó pronto, y fué un verdadero milagro que su fin no fuera remedo de como dicen que acababa el rosario de la aurora, es decir, a linternazos.

La disputa, más que discusión sosegada, la comenzó el "Semanario" en su segundo número.

Hacía algún tiempo que don Vicente Fidel López se esforzaba por definir y explicar el romanticismo en la "Revista de Valparaíso" con el propósito de introducir esa escuela literaria entre la juventud chilena.

Desde un principio esta propaganda fué objeto de burlas y dichos ingeniosos. En la sección "Correspondencia" de **El Mercurio,** del 16 de junio un colaborador espontáneo que ocultaba su nombre con el seudónimo de "Patricio", se había "devanado los sesos buscando sentido a una porción de períodos" del artículo "Clasicismo y romanticismo" que López había publicado en el número 4 de su revista. Entre otros graciosos párrafos, habían los siguientes:

"Los resultados de esta revolución (la literaria) han pasado a ser la propiedad del vulgo, de la plebe, que es lo que en la república literaria forma la opinión pública". Pues yo estaba en la creencia que la república literaria se componía de los literatos, y que por consiguiente la opinión de estos era la **opinión pública** en esa materia; ahora vengo a saber que los menos literatos; es decir, el **vulgo**, la **plebe** de la república literaria, son los que dan la ley en literatura. En adelante cuando se me ofrezca consultar acerca de un escrito, ya sé que he de ocurrir a los muchachos que estén en la escuela de primeras letras.

"La inteligencia de nuestro siglo ha creído necesario levan-

tar un anteojo sobre las copas del cedro literario, para determinar el pensamiento elevado, filosófico, socialista que cual nube lo fertiliza derramando sobre él profundas y delicadas inspiraciones". Quiere decir que la inteligencia de nuestro siglo es algo cegata, y necesita anteojo para ver las copas de un cedro, que aunque sea del Líbano, no será más alto que la torre de la aduana. ¡Ah! Ahora caigo en qué es cedro literario, y que puede ser alguna especie nuevamente descubierta que se eleve a mayor altura que los montes de Himalaya; y que el pensamiento es el jardinero que fertiliza el cedro, no con agua y abonos como todos los jardineros, sino con profundas y delicadas inspiraciones". Y terminaba diciendo que ya creía en la metempsicosis porque el alma de Góngora había pasado al cuerpo de Vicente F. López.

Estas y otras chanzas de la prensa las dejaba pasar López en espera de mejor ocasión. Esta se le presentó al aparacer el "Semanario", en cuyo primer número había una composición de Prieto Warnes que fué objeto de una severa crítica de López desde las columnas de la "Gaceta del Comercio", de Valparaíso, y esa crítica, en que censuraba al clasicismo, fué la chispa que prendió en la juventud literata ya irritada con las anteriores "chocarrerías cuyanas".

Salvador Sanfuentes publicó en el segundo número un artículo en el que decía que estaba sucediendo en Chile con el romanticismo "lo que ha sucedido y sucederá siempre con aquellos escritos llenos de frases ampulosas, pero vacías de sentido común, con que el falso mérito pretende a menudo encontrar el difícil camino de la gloria". A continuación estampaba expresiones como ésta: "el perpétuo destino de esta canalla es no acercarse en lo bueno jamás a sus modelos y excederlos siempre en lo malo". Y daba fin a su escrito deseando que acabara la influencia de esa escuela para que le sustituyera otra, "ni clásica ni romántica, ni tan extravagantemente libre como la de Víctor Hugo, ni tan servilmente esclava como lo de La-Harpe".

Y aquí fué Troya. El escrito de Sanfuente fué el cañonazo que abrió las hostilidades en ambos bandos. A los pocos días, el 23 de julio, "Jotabeche", en una de sus célebres "Cartas copiapinas" de **El Mercurio,** preguntaba a un imaginario amigo si aún no se había reconciliado con el romanticismo. "¡Qué hombre tan retrógrado!" decía: "Sin embargo, no te lo creo; y apostaría a que eres romántico sin conocerlo, sin comerlo ni beberlo ni entenderlo, como nos pasa a muchos. Por mi, sé decirte que lo soy por instinto, por rutina, por práctica, esto es sin maldito el trabajo

que me cuesta. ¿Habrá cosa más fácil?, si no tienes más que dejarte ir, y quieras que no, **¡pam pam habemus!** ¿Enamoras? Eres romántico. ¿No enamoras? Romántico. ¿Vives **a la fassionable?** ¡Qué romántico! ¿Vives **a la bartola?** Iden per iden. ¿Usas corsé, pantalón **a la fulana,** levita **a la sutana** y sombrero **a la perejana?** Romántico. ¿Tienes bigotes con pera, pera sin bigote y patillas **a la patriarcal?** Romántico refinado. ¿Cargas bastón gordo y nudoso **a la tambor mayor?** No hay más que hacer. ¿Te peinas **a la inocente?** No hay más qué desear. ¿Hueles a jazmín, o hueles pero no a jazmín? ¿Te pones camisa sin cuello, o cuello sin camisa? ¿Sabes saludar en francés? **Il sufit. Tu es ferment romantique.** No hay escapatoria, hijo mío; romántico y más romántico. Que si Platón y Diógenes, Eráclito y Demócrito y aun el mismo Aristóteles, hubiesen vivido en ese tiempo, **románticos** habrían sido bien o mal de su grado; pues de otro modo, al ostracismo con ellos, por **demasiado literatos**; es decir, por **retrógrados absolutistas**; más claro, por **anacronismos perjudiciales,** y por qué sé yo cuántas otras calabazas, que no quiero detallarte aquí por **no profundizar más de lo necesario los arcános del idioma, ni detenerme mucho en las exterioridades del pensamiento:** en una palabra, porque no entiendo lo que voy diciendo".

Como se ve por lo subrayado, quedaban reminiscencias de la polémica pasada. Para "Jotabeche" eran objeto de mofa; para los jóvenes del "Semanario", espinas dolorosas.

Ese inocente período terminaba con este otro tan hiriente que irritó a López y a Sarmiento y fué para los contrarios de estos escritores alas de atrevimiento para ensañarse con ellos:

"No te canses, querido amigo; no pierdas tu tiempo en resistir al romanticismo, al torrente de esta moda que es la más barata que nos ha venido de Europa, con escala en San Andrés del Río de la Plata; donde la recibieron con los brazos abiertos las **Intelectualidades** nacionales, expresándole su **sensibilizamiento** y espíritu de **socialismo,** y asegurándole que ellas, desde el 25 de mayo, **brulaban** por los progresos **humanitarios.** Hazte romántico, hombre de Dios, resuélvete de una vez al sacrificio. Mira que no cuesta otra cosa que abrir la boca, echar tajos y reveses contra la aristocracia, poner en las estrellas la democracia, hablar de independencia literaria, escribir para que el diablo te entienda, empaparse en arrogancia, ostentar suficiencia y tutear a Hugo, Dumas y Larra, hablando de ellos como de unos calaveras de alto-bordo, con quienes nos entendemos **sans compliments.** Prepárate a recibir este sacramento de penitencia leyendo el artículo de

la "Revista de Valparaíso" sobre el romanticismo y clasicismo; y avísame si el castellano, en que está escrito, es el castellano que nosotros hablamos, o es otro castellano recién llegado; porque, juro a Dios, que aquí no hemos podido meterle el diente, aunque al efecto se hizo junta de lenguaraces".

Sarmiento contestó a Sanfuente en **El Mercurio** con cinco largos artículos, desde el día 25 al 29 de aquel mes, en los cuales, como de costumbre en todas sus polémicas, transformó la cuestión literaria en cuestión personal, puesto que consideraba una ofensa a su persona y a su talento todo lo que se dijera en disconformidad a sus teorías u opiniones. Sanfuentes replicó con un artículo burlesco en el tercer número del "Semanario", y entonces se colmó la irritación de aquel grande pero vehemente hombre, y en el último escrito de la serie de cinco se mostró intransigente, altanero y agresivo.

"Este ataque violento al espíritu y tendencias, dice Lastarria, a la educación y doctrinas que se suponían dominantes en los redactores del "Semanario", no podía dejar de causar los estragos que naturalmente producen en la virginal sensibilidad de los escritores noveles, los primeros fogueos de la prensa desvergonzada".

Lastarria vió inmediatamente el peligro que corría la vida del "Semanario" si se entregaba "a la reyerta de los puristas con los escritores argentinos" a que iba arrastrándolo Sarmiento, y entonces determinó poner aquí punto final a la disputa furiosa que llevaba camino de acabar a golpes de puño. Se convino en que se publicara un breve artículo de Sanfuentes "rectificando a la "Gaceta" y declarándole que estaba de acuerdo en muchas de sus ideas", y otro de García Reyes dirigido a Sarmiento en el que decía que el "Semanario" seguiría "su camino: cuando salga a la palestra un caballero, dará una contestación atenta; cuando el impugnador sea un hombre de cancha, se desdeñará de combatir con él". Esta actitud era semejante a la que tomó Bello en la polémica sobre el lenguaje.

Por su parte Lastarria intervino personalmente cerca de Sarmiento para que acabara de una vez aquella disputa impropia de gente culta y caballerosa. Sarmiento accedió noblemente a darle fin, y al efecto publicó el 31 de julio un socarrón artículo en el que lo echaba todo al olvido.

"Jotabeche" continuó en el "Semanario" zurrando la badana, hasta que los redactores de esta revista acordaron no admitir sus diatribas.

El Mercurio se mostró en esta controversia más imparcial aún que en la otra (*). En sus columnas escribían tiros y troyanos: Sarmiento, defendiendo con ardimiento el romanticismo, y "Jotabeche" combatiéndolo con sátiras despiadadas. Ni uno ni otro sabían a ciencia cierta lo que era el romanticismo: el primero confesó que se había reído de él "en cuanta ocasión se le había presentado", (**) y el segundo, como acérrimo conservador en política, creía que esa escuela literaria entrañaba extremadas ideas liberales.

Lastarria, a pesar de ser el que estaba mejor preparado de entre los jóvenes para comprender la nueva escuela, no sabía de romanticismo más allá de lo que acerca de él decía el prólogo de "Hernani", traducido por don Rafael Minvielle. Mucho más tarde, cuando escribió su libro "Recuerdos Literarios" (1877), ya sabía a qué atenerse y por eso habló en él con pleno conocimiento de la materia.

Don Andrés Bello comenzaba a estudiarlo en esa época a través del primer movimiento romántico español, que comenzó allá por el año 1812 importado de Alemania a España. En este país no fué extraña la "nueva escuela", pues como dice el literato francés Ernesto Merimee en su "Historia de la Literatura Española", el romanticismo, "para muchos de sus adeptos, para Alcalá Galiano, por ejemplo, era **una cosa de España,** una forma del patriotismo. Y es fuera de duda que esta aparente reversión al pasado tuvo menos resistencia allí que en cualquiera otra parte. Se la consideraba una restauración y no una revolución".

Es cierto. Lópe, Calderón y Tirso de Molina volvieron a estar de moda porque... ¡eran románticos! El romanticismo existía desde el siglo XVII o quizas antes, pero sin nombre. Este se le puso cuando se estrenó el "Cromwell" en 1827.

(*) Hemos de advertir que en esta época era el editor, y no el redactor principal, el que dirigía el periódico. Con esta imparcialidad demostró Rivadeneyra conocer a fondo el espíritu independiente del programa de "El Mercurio", abierto siempre a todas las ideas, y así convirtió desde entonces a este diario en tribuna libre para todo cuanto fuera de interés general.

(**) En una carta que por este tiempo dirigió Sarmiento a Lastarria, manifestó que nò defendía al romanticismo "por la cuestión literaria, sino por lo que a mi reputación, que quieren ajar, va en ello; y resuelto a defenderme, me he propuesto herir de muerte, sin piedad, sin mesura, usando de las mismas armas, que de palabra y por escrito han dado contra mí". (Recuerdos Literarios", página 167).

CAPITULO XI

LA INFLUENCIA DE LA RENOVACION LITERARIA EN "EL MERCURIO"

El entusiasmo de don Santos Tornero por las manifestaciones espirituales de la época.—Los propósitos de dar los domingos un número dedicado exclusivamente al arte y a la literatura. — Como se inició la publicación del "folletín" en "El Mercurio". — Los folletines exclusivos de nuestro diario con obras americanas y chilenas. — El período del folletín francés. — Le sigue otro largo período con obras de los romancistas españoles más en boga. — Aumenta el número de autores y traductores chilenos en el folletín. — Nónima de las revistas literarias más notables que se publicaron en Chile desde 1842 hasta 1864. — En ellas se formaron los grandes literatos y periodistas nacionales. La ortografía de Sarmiento y las modificaciones que le introdujo la Facultad de Filosofía y Humanidades. — El sistema ortográfico de "El Mercurio". — Este diario fué refractario a las nuevas reglas, aunque adoptó algunas.

No hay duda que la polémica sobre el lenguaje y el discurso de Lastarria despertarían interés en todas las personas cultas; más cuando, con la salida del "Semanario" y la disputa acerca del romanticismo, dividió en dcs bandos a los más interesados,, y en particular a la juventud estudiante, nacería el entusiasmo por conocer algo de las escuelas literarias en discusión y a la vez serviría para estimular a todos en distintos sentidos: en enseñar, en los que sabían; en aprender, en los que ignoraban, y en ensayar el cultivo de las letras, en los que tenían disposiciones.

El nuevo editor de **El Mercurio**, que aunque no era hombre de mucha cultura sentía grande amor por toda clase de estudios, fué de los primeros que se vió arrastrado por el entusiasmo, y lo primero que hizo al tomar la dirección del pe-

riódico fué manifestarse partidario de la popularización de la cultura literaria, determinándose a dedicar a ese objeto los números de los domingos.

El primero y el único de éstos apareció el 4 de septiembre de 1842, en el cual se decía que desde hacía tiempo se echaba de menos en la prensa nacional las secciones consagradas a las artes y a la literatura y que en aquellos momentos, más que nunca, se notaba la ausencia de esas manifestaciones espirituales porque la paz octaviana de que se gozaba dentro del país inducía a los espíritus al egoísmo y al apego a los intereses materiales que parecían "aletargar la inteligencia nacional y rodear de hielo los corazones".

Después de preguntar si el pensamiento y la contemplación de la belleza eran medios para dar energías al pecho y elevación al alma, agrégaba:

"La juventud estudia, la juventud se esfuerza; ¿pero quién la asiste en sus trabajos, quién le acerca la fuente en que debe apagar su sed? De los raudales de luz que exparse la Europa contemporánea no llegan aquí, por falta de órganos celosos, sino pálidos destellos; y el estado de infancia en que se halla todavía nuestra librería, contribuye también a que no circulen entre nosotros muchas grandes producciones, y tal vez las más análogas a nuestras necesidades de la literatura europea. Con haber visto algo de Hugo, de Dumas y de Scribe, y haber leído algún trozo de Coussin y de algún otro, se creerá tal vez conocer todo el movimiento actual de la prensa francesa; y con poseer bastante de Bretón de los Herreros, ya se pensará tener en la mano a la España literaria.

"Deseosos, pues, de llenar estos vacíos, y de amenizar también la lectura de nuestro diario, inauguramos hoy una sección literaria que seguiremos dando los domingos. La poesía se verá en ella junto a la crítica, el poeta al lado del filósofo y el literato al lado del artista."

Después de prometer que se daría un boletín bibliográfico y un artículo de variedades artísticas y literarias, terminaba diciendo:

"Al emprender esta obra de fe y entusiasmo, lástima es que no contemos también, a más de las mejores revistas y periódicos europeos, con la cooperación de nuestros jóvenes literatos y de los hombres instruídos del país. El vacío que se encontrare en nuestro almacén literario de composiciones nacionales, no será

por culpa nuestra; pues además de recibir gustosos cualquiera producción del país, haremos diligencias para conseguirlas."

Este número contenía el acta de una sesión del Ateneo de Madrid; una composición poética de don Ramón de Campoamor intitulada "El juicio final"; una semblanza completa del compositor musical Juan B. Rubini; un boletín bibliográfico con las novedades europeas; noticias teatrales de Europa, y una larga sección de variedades artísticas, literarias e históricas.

Era este número todo un hermoso programa de divulgación literaria; mas por desgracia no se repitió en los domingos sucesivos. Sin embargo, desde entonces y en casi todos los números diarios se insertaron valiosos trabajos de autores extranjeros, en particular españoles, pues parece que don Santos Tornero tenía el propósito de darlos a conocer para demostrar que eran erradas las noticias que, acerca de la literatura española coetánea, habían dado en libros, conferencias y artículos los escritores afrancesados. Además, comprendía que la literatura española era la más apropiada al carácter tan pronunciadamente hispánico del pueblo chileno y, por consiguiente, la más asimilable para los aficionados a las bellas letras. Ya en esos años se tenían pruebas de ello con los triunfos literarios de "Jotabeche", discípulo espiritual de Larra, y que mereció la denominación de "Fígaro americano".

En este número se dió por primera vez el nombre de "folletín" a la sección "Variedades" que desde el tiempo de don Manuel Rivadeneyra se insertaba en la misma forma en que hoy se dan los folletines. En ese lugar se inició, en el número de que nos ocupamos, la publicación de la novela "Una Hechicera", original de don José Bermúdez de Castro.

A pesar de que los propósitos de dedicar a la literatura un número especial todas las semanas se frustraron por causas que se ignoran, en don Santos Tornero no se extinguieron los deseos de fomentar la afición a la lectura de trabajos literarios; antes por el contrario, se propuso darle mayor importancia al folletín, no sólo eligiendo obras selectas europeas, sino también trabajos de escritores americanos de sobresaliente mérito.

En el editorial del 4 de mayo de 1844 decía, entre otras cosas, lo siguiente:

"Absorbida la atención de los que en estos países se consagran al cultivo de las letras por las ideas de los libros europeos, expresión de intereses muy distintos de los que nosotros debe-

mos estudiar y servir, rara vez fijamos una atención seria y reflexiva sobre los antecedentes de nuestra historia, y las condiciones de nuestra vida actual, y así vemos abundar en nuestros países hombres que se titulan literatos, y que apenas saben el nombre de los hechos y los personajes que más han influído en la suerte de la América española.

"El folletín debiera contraerse a llenar este gran vacío de la prensa americana, tan amiga de traducir y de copiar, y tan poco cuidadosa de darse cuenta de todo aquello que debiera representar con fidelidad. De esta falta de color local, que se nota en nuestros diarios, resulta el interés que despierta en Europa las publicaciones incompletas de viajeros que han descripto de carrera las costumbres de estos países. Así vemos en la obra, que recientemente acaba de dar a luz en Francia el coronel Lafond, y de la que extractaremos algunos fragmentos, que las costumbres domésticas de Chile están dibujadas en sus menores detalles. Como nuestro modo de existir es una novedad todavía para las sociedades europeas, por más que penetren en nuestras costumbres sus hábitos y sus doctrinas, esos escritores provocan la curiosidad europea y dan una idea exagerada de la situación social de estos países. Y cuando hablamos de ellos, no queremos sólo indicar la población, que vive en nuestras capitales y ciudades principales, sino la gran mayoría, que habita las haciendas de campo, las aldeas y cabañas.

"Tiempo es pues que nuestra prensa se dedique a dibujar la fisonomía moral del honor americano, tomando los rasgos característicos de su vida actual analizada en sus menores accidentes. Tiempo es ya de revestir nuestros recuerdos históricos con el colorido poético, sin ser exagerado, que es lo más apropósito para continuar la tradición de aquellos momentos sublimes y apasionados, cuya historia comprende la época de la guerra de la independencia. No poco han contribuído en Francia a mantener el fuego del entusiasmo, que inspiran las gloriosas proezas de Napoleón, los artículos que con el título de **Recuerdos del Imperio** ha publicado en la revista de París el habilísimo Carlos Nodier.

... ...

"La necesidad de introducir el folletín original en la prensa americana es innegable, y el **Mercurio** tiene la satisfacción de ser el primer diario que la satisface en la prensa nacional. Decimos el primero, porque aunque es cierto que otros diarios,

y principialmente el **Progreso** en sus primeros días presentaba folletines originales, su aparición era arbitraria y no sistemada, como será la de los folletines del **Mercurio**, que publicará a lo menos dos por semana, trabajados por ahora por el doctor Juan Bautista Alberdi, cuyas aptitudes revelarán mejor sus producciones que pudieran hacerlo nuestras palabras."

En efecto, desde esa fecha empezó a publicarse la interesante obra del ilustre escritor argentino intitulada "Impresiones de un viaje en Italia", que terminó el 28 del mismo mes y año.

Antes de que se diera fin al trabajo del señor Alberdi, se dió comienzo a la inserción de la tragedia, en cinco actos, denominada "Pizarro", original del célebre escritor irlandés Ricardo Brinsley-Butler Sheridan, traducida por don Juan García del Río. Comenzó la publicación el 18 de mayo y terminó el 2 de junio de 1844.

Las promesas del editor daban fin de esta suerte:

"Nos es grato prometer a nuestros lectores que nuestros folletines, después de que se haya realizado ese plan, empezarán a ser de un interés más inmediato y local, a fin de llenar así cumplidamente los deberes de la prensa periódica.

"Además de los folletines originales con que el **Mercurio** va a proveer sus columnas, reproduciremos también, como lo hemos hecho hasta aquí, algunos traducidos o tomados de diarios españoles, los primeros llevarán el título de **folletines del Mercurio**, para distinguirlos de los que no pertenezcan a su redactor actual."

De vez en cuando daba obras de autores americanos, como la novela "Guatimozín", de Gertrudis Gómez de Avellaneda, comenzada en septiembre y terminada en diciembre de 1846.

Desde entonces hasta 1854 se dedicó por entero a reproducir novelas francesas de Dumas, Feval, Sué, Lamartine y otros, con tal cual obra inglesa, hasta que volvió con autores americanos, en particular chilenos, como Benjamín Vicuña Mackenna, Blest Gana y algunos más, para, desde 1858, comenzar con autores españoles de la nombradía de Fernández y González, Castro y Serrano, Pedro Antonio Alarcón, Antonio de Trueba, Sinué de Marcó y Pérez Eschich, entremezclados con autores americanos, chilenos, franceses, ingleses y alemanes.

Mientras tanto, el progreso periodístico en Chile iba en aumento.

Se recordará que en los quince años que abarca la primera

época de **El Mercurio**, vieron la luz en todo el país ciento cincuenta publicaciones periodísticas; en la primera etapa de la segunda, que da principio a fines de 1842 y termina cuando don Santos Tornero entregó la Empresa a sus hijos, salieron más de doscientas, o sea el mismo promedio de diez por año, pero la calidad de éstas fué muy superior a la de aquéllas. Durante este período aparecieron once revistas literarias, y aunque ninguna alcanzó a vivir más de tres años, todas ellas señalaron notables avances en el progreso intelectual de Chile.

En el año 1842, pero antes del mes de septiembre, salieron las siguientes:

El "Museo de Ambas Américas", editada por M. Rivadeneyra y redactada por Juan García del Río; "Revista de Valparaíso", redactada por los argentinos Vicente Fidel López y Juan B. Alberdi, y el "Semanario de Santiago", de la que ya hemos hecho mención.

A esta última revista le sucedió "El Crepúsculo", cuyo primer número salió el 1.o de junio de 1843, y el último el 1.o de agosto de 1844. "El Crepúsculo" nació, como la anterior, de otra sociedad literaria formada por jóvenes que seguían la carrera del foro, y se consagró a las ciencias y a las letras.

En ella colaboraron, además de la mayor parte de los que escribieron para el "Semanario", Francisco de P. Matta, Andrés y Jacinto Chacón, Andrés Bello, Mercedes Marín del Solar, Juan José Cárdenas, Zapiola y algunos otros. La vida de esta revista, que fué mensual, era cada vez más próspera en lo económico y más brillante en lo intelectual que su antecesora, cuando de pronto le sobrevino la muerte trágica con motivo de la acusación fiscal contra el famoso artículo de Francisco Bilbao "Sociabilidad Chilena", que fué "condenado en tercer grado como blasfemo e inmoral". La desaparición de esta revista, la mejor quizás de cuantas se publicaron en el siglo XIX en Chile, fué un golpe bastante rudo para la juventud de 1842, que desde entonces anduvo errante algún tiempo por las escasas columnas literarias de los pocos diarios que le daban asilo, hasta que seis años después la agrupó de nuevo el señor Lastarria. Este, según dice Fuenzalida en "Lastarria y su tiempo", aunque había sufrido muchas desazones "en sus esfuerzos por fundar la crítica histórica en el país y por promover el desarrollo social con su participación en la prensa, primero en "El Crepúsculo", y en "El Siglo" después, no se cegaba su entusiasmo por el cultivo lite-

rario", y concibió y llevó a la práctica el proyecto de crear otro periódico sucesor del "Semanario" y "El Crepúsculo" en la confianza de que aún subsistían las aptitudes progresistas de la sociedad.

Y apareció "La Revista de Santiago", cuyo primer número lleva la fecha del 15 de abril de 1848.

En su prospecto se decía que "gracias a la tranquilidad de que gozamos desde algunos años atrás, nuestro país ha hecho adelantos notables en la administración de justicia, en el sistema de hacienda, en la instrucción pública, en el gobierno interior y generalmente en todos los ramos que componen la vasta ciencia administrativa; empero, mucho es todavía lo que resta por hacer, inmenso es el camino que tiene que andar y las circunstancias particulares de la época presente nos hacen creer que ahora más que nunca es cuando los hombres generosos deben coadyuvar con sus esfuerzos al logro inmediato y cumplido de los fines sociales".

Esta publicación, además de su carácter literario, tuvo tendencias políticas. En ella escribieron muchos de los colaboradores del "Semanario de Santiago" y de "El Crepúsculo", y además Eusebio Lillo, Marcial González, Ramón Briseño, Guillermo Blest Gana, Miguel Luis Amunátegui, José Antonio Torres, Ignacio Domeyko, Floridor Rojas, Santiago Arcos, Barros Arana, Gregorio Víctor Amunátegui y otros talentosos jóvenes. Esta revista tuvo también una existencia brillante, y aunque su fin no fué trágico y repentino como el de "El Crepúsculo", murió el 24 de abril de 1851 "sitiada por hambre", como dice don José V. Lastarria, a causa de haber publicado en ella, a fines de 1849, un artículo de este escritor titulado "Manuscrito del Diablo" que, según su autor, "está escrito con exageración aunque es una pintura fidelísima de las circunstancias", y fué considerado "un insulto a la sociedad, y a nombre del honor ofendido, repitiendo la acusación que han lanzado siempre las preocupaciones contra el que las censura, hicieron propaganda para retirar sus suscriptores".

Antes de desaparecer la "Revista de Santiago" nació en Copiapó el año 1849 la "Revista del Norte", redactada por Santiago Francisco Godoy, de la que sólo alcanzaron a salir dos números.

La "Revista de Santiago" fué la última publicación que mantuvo unida a aquella juventud que inició la mejor orienta-

ción literaria que se ha hecho en Chile. Al desaparecer su tercera revista se dividió en grupos, varios de los cuales se atrevieron a dar a luz algún semanario; pero ninguno alcanzó a tener larga y próspera vida. He aquí los mejores que salieron desde 1849 hasta 1863:

1851. — "Sud-América", de Santiago, redactado por Sarmiento, G. Ocampo y Barros Arana.

1853. — "El Museo", dirigido por Diego Barros Arana, Domingo Santa María y Eusebio Lillo.

1855.— "Revista de Santiago", de Eusebio Lillo, A. Bello, F. Vargas Fontecilla y Barros Arana.

1857. — "Revista de Ciencias y Letras", editada en Valparaíso, y que tuvo por colaboradores a J. Domeyko, Barros Arana, Moesta, S. Sanfuentes, Courcelle-Seneuil, R. A. Philippi, y otros.

1858. — "Revista del Pacífico", de Valparaíso, en la que colaboraron Barros Grez, J. A. Donoso, los tres Blest Gana, Vicuña Mackenna, Courcelle-Seneuil, M. J. Cortés, M. J. Lira, los dos Matta, Gabriel René Moreno, los Amunátegui y otros muchos. Duró hasta 1861.

1859. — "La Semana", redactada por Justo y Domingo Arteaga Alemparte, Demetrio Rodríguez Peña, V. Reyes y algunos más.

1860. — "Revista de Sud América", también de Valparaíso, órgano de la Sociedad de Amigos de la Instrucción. Duró hasta 1863 y tuvo por colaboradores a Juan Ramón Muñoz, M. Manterola, Andrés Bello, Marcial Martínez, M. P. Carmona, Barros Arana, F. Fonck, Rafael Minvielle y otros.

Y termina esta gloriosa etapa con "El Correo del Domingo", aparecida en 1862, redactada por su propietario Diego Barros Arana, quien fué ayudado por los Amunátegui, Vicuña Mackenna, Andrés Bellos. Salvador Sanfuentes y otros ingenios.

Cada una de estas revistas iba trayendo al mundo de las letras nuevos escritores que luego entraban en la prensa noticiosa y batalladora para enriquecerla y darle prestigio. (*)

(*) Hemos mencionado únicamente aquí las revistas y no a los diarios que vieron la luz en el período de don Santos Tornero, porque fué en las primeras y no en los segundos, en donde templaron sus armas los grandes periodistas y escritores de la segunda mitad del siglo pasado. Sin embargo, en los sucesivos capítulos daremos cuenta de algunos de los grandes diarios que se fundaron en ese interregno.

De todos los escritores nombrados, no fueron pocos los que se destacaron en el periodismo político. De entre ellos sobresalieron:

José Joaquín Vallejo, el célebre "Jotabeche", cuya pluma es a veces látigo y a veces estilete, porque cuando no deja marca perdurable en la piel, se introduce en las carnes con una ironía tan fina como la de "Fígaro". Dice un autor que "Jotabeche" "pertenecía, por su estilo, a la escuela clásica española. Su observación picante a la vez que exacta, llegaba hasta el fondo de las cosas y percibía esa rápida e inesperada sucesión de contrastes que constituyen la esencia de lo cómico". Durante varios años fué colaborador de **El Mercurio.**

Domingo Faustino Sarmiento, de quien nos hemos ocupado en diversas ocasiones, en "El Progreso" brilló también con su espíritu vigoroso e inquieto.

Y van surgiendo sucesiva y encadenadamente figuras como las de Santiago Lindsay, Miguel Luis Amunátegui, Manuel Antonio Matta, Barros Arana, Vicuña Mackenna, Sotomayor Valdés, el doctor Valderrama, los Arteaga Alemparte, los Lira, Blanco Cuartín, y otros muchos que, cuando dan tregua a la pluma del periodista luchador en "El Siglo", "El Diario de Santiago", "La Patria", "El Copiapino", "El Conservador", "El Ferrocarril" y en otros muchos de importancia, cogen la del literato y hacen obras admirables.

El Mercurio tuvo la gloria de ser redactado en ese período de veintidós años por una larga serie de escritores notables, como ningún otro diario pudo ostentarla.

Ya que hemos tratado con alguna estención de las bellas letras del período literario que muy propiamente puede denominarse romántico, no estará demás que demos remate a este capítulo hablando algo sobre la ortografía que se empleó durante todo él y parte del que le siguió hasta hace muy poco tiempo, toda vez que **El Mercurio** fué el último en adoptarla y el primero en abandonarla.

En los últimos meses de 1843 presentó don Domingo Faustino Sarmiento a la Facultad de Filosofía y Humanidades su célebre reforma de la ortografía de la Real Academia de la Lengua. Esta reforma ha sido la causa de que durante tres cuartos de siglo haya habido en Chile una anarquía ortográfica desesperante.

Esa reforma no fué idea original del señor Sarmiento. Ya

en el mes de abril de 1843 la Academia Literaria y Científica de Profesores de Instrucción Primaria, de Madrid, había propuesto una bastante lógica sin desnaturalizar las raíces de los vocablos, pues estaba basada únicamente en la fonética. Influenciados por ella, los mexicanos propusieron poco después otra tan exagerada e irracional como la del preceptor argentino. Ninguna de las dos encontraron partidarios decididos en España y México. El señor Frías se hizo defensor acérrimo de la reforma de su compatriota, y se declaró contrario a las modificaciones que le introdujo la docta Facultad Chilena.

"El proyecto presentado por el señor Sarmiento, decía don Miguel de la Barra, decano de la Facultad, en oficio dirigido al rector de la Universidad de Chile, proponía una reforma radical i completa en la ortografía actual, desterrando las consideraciones de etimolojia, derivacion i demás principios adoptados por la Academia Española, i basando el nuevo sistema esclusivamente sobre la pronunciacion de los pueblos americanos. La Facultad a reconocido en aquella obra una teoría que se acerca a la perfeccion del arte de escribir, por cuanto el objeto de la escritura no puede ser otro qe representar por signos escritos los sonidos articulados. Gran ventaja seria suprimir las letras mudas qe recargar sin necesidad lo escrito, dar un valor fijo a las qe se conserven en uso, y abolir las escepciones y anomalias qe complican la natural sencillez de nuestra ortografia; i la Facultad se complace en esperar qe los esfuerzos de los gramáticos, escritores y corporaciones literarias cospirarán en lo sucesivo a ese resultado".

Pero si la Facultad estaba conforme en que se modificara la ortografia en uso, no aceptaba todas las reformas del señor Sarmiento porque "por más deseable qe sea el arreglo lójico de la ortografía basado sobre la pronunciacion, cree qe no puede adoptarse sin graves inconvenientes de la manera repentina i absoluta qe el señor Sarmiento propone".

Entre esos graves inconvenientes señalaba la Facultad el de que dejaría "en aislamiento al pueblo innovador i entorpecería sus relaciones con los otros qe se conservasen adictos al antiguo sistema", y el de que "¿no será talvez imprudente dar el ejemplo de un rompimiento brusco con las convenciones universales de los pueblos españoles en punto a ortografía?"

A pesar de esas y otras consideraciones que la Facultad esponía con mucha lógica y que eran razones poderosas para re-

chazar por completo el endiablado proyecto y dejar las cosas como estaban, propuso y adoptó a su vez un sistema ortográfico cuyos puntos eran los siguientes:

1. — Se suprime la **h** en todos los casos en que no suena.

2. — En las interjecciones se usará de la **h** para representar la prolongación del sonido exclamado.

3. — Se suprime la **u** muda en las sílabas **que quí.**

4. — La **y** es consonante y no debe aparecer jamás aciendo el oficio de vocal.

5. Las letras **r, rr** son dos caracteres distintos del alfabeto que representan también dos distintos sonidos.

6. El sonido **re** en medio de dicción se espresará siempre duplicando el signo **r**; pero esta duplicacion no es necesaria a principio de diccion.

7. La letra **rr** no debe dividirse cuando aya qe separar la silaba de una palabra entre dos renglones.

8. La Facultad aplaude la práctica generalizada en Chile de escribir con **j** las silabas **je, ji,** qe en otros paises se espresa con **g.**

9. Toda consonante debe unirse en la silabacion a la vocal que la sigue inmediatamente.

10. — Los nombres propios de países, personas, dignidades o empleos estranjeros que no se han acomodado a las inflexiones del castellano, deben escribirse con las letras de su orijen.

11. — Las letras del alfabeto y sus nombres serán:

VOCALES

a, e, i, o, u.

CONSONANTES

b.	c,	d,	f,	g,	ch,	j,	l,	ll,	m,	n,	ñ,
be,	ce,	de,	fe,	gue,	che,	je,	le,	lle,	me,	ne,	ñe,
	p,	q,	r,	rr,	s,	t,	v,	x,	y,	z,	
	pe,	qe,	re,	rre,	se,	te,	ve,	xe,	ye,	ze	
								(cse)			

Cuando Sarmiento presentó su proyecto a la Facultad y antes de que ésta diera a conocer su propio sistema, que fué en abril de 1844, **El Mercurio** desaprobó toda clase de innovaciones ortográficas en un largo y bien meditado editorial aparecido el

18 de noviembre del año anterior. Entre otras cosas, decía las siguientes:

"Lo primero que nos ha ocurrido al informarnos del propósito del señor Sarmiento es preguntarnos: ¿por qué singularidad nace entre nosotros el intento de perfeccionar la ortografía de nuestra habla, mientras que en naciones como la Francia y la Inglaterra que tan lejos han llevado el cultivo de las ciencias desde los primeros escalones hasta los últimos, y cuyas respectivas ortografías son mil veces más defectuosas que la nuestra, apenas hacen una corrección en ellas al cabo de un siglo? Y esta pregunta nos ha revelado lo difícil, por no decir imposible, que es el innovar, y conseguir perfecciones en punto a idiomas; pues no podemos imaginarnos que en Francia y en Inglaterra omitan esfuerzos para evitar esa multitud de letras ociosas que tienen en sus libros y para economizar a sus niños el largo y penoso afán que debe costarles el aprender a escribir su lengua al uso de sus padres. Además no es difícil esplicar este fenómeno moral, y esta posibilidad imposible, por decirlo así, de hacer que los pueblos no escriban como les enseñaron sus padres, sino como enseña la razón, o más claro, como hablan; pues siendo la escritura un arte que dejenera al instante en rutina y en hábito, y siendo un arte de comunicación que se inutiliza desde el momento que la disconformidad se introduce en sus aplicaciones, es claro que para perfeccionarlo se necesitará de siglos, y sobre todo, de comenzar por hacer gradualmente correcciones muy pequeñas".

Después de agregar varias consideraciones a la reforma que a la analogía también quería hacerse, decía:

"Sobre todo lo que hemos dicho, con bastante apremio y truncando nuestras ideas, concluiremos observando al señor Sarmiento, que el principio de Nebrija de que **cada sonido debe tener una letra, y cada letra su sonido**, se entiende sin destruir la unidad del idioma, y sin alterar su índole. Lo que ha querido decir Nebrija es que el idioma en masa se sujeta a esa máxima, más una parte dè él solamente. Porque la palabra escrita más tiene por objeto comunicar a los pueblos distantes entre sí, que comunicar a los individuos de una misma sociedad. He ahí por qué la escritura de un idioma que se habla en todas las zonas de la tierra debe ser idéntica, cualquiera que sea el diverso modo de pronunciarla en cada lugar, y a esta inmensa ventaja debe sacrificar cada sociedad la ventaja de escribir como ella habla".

A pesar de la oposición que encontraron las reformas de Sarmiento y de la Facultad de Filosofía y Humanidades, la Universidad aprobó la de esta última, y desde ese momento los autores de textos de enseñanza, empezando por don Andrés Bello, adoptaron el nuevo sistema, y se implantó al mismo tiempo en las publicaciones oficiales y en toda la prensa del país.

El departamento editorial de **El Mercurio** se negó a imprimir sus obras en la nueva ortografía. También se opuso Tornero a que se siguiera en el diario. Sin embargo, a repetidas instancias del señor Frías, redactor principal, desde el 28 de mayo de 1844 "se empezaron a imprimir los editoriales con la nueva ortografía, conservándose la antigua en todo lo demás del diario", dice don Santos en sus memorias, quien más adelante agrega que "poco tiempo presentó el "Mercurio" la anomalía de dos distintas ortografías. Apenas habían pasado dos meses, en fines de julio, ya los editoriales se imprimían en la ortografía llamada antigua, siendo redactor temporal el señor Juan B. Alverdi; don Demetrio Rodríguez Peña, que ocupó en agosto la redacción, siguió el señor Alverdi".

No obstante esta aseveración, nosotros hemos visto otra cosa en los números del diario de ese y sucesivos años. Durante algunos meses después del mes citado por el señor Tornero, la conjunción y estuvo sustituída por la **i**; pero desde un principio esta última letra sustituyó siempre a la **y** en las voces hay, ley, voy, muy, etc., hasta fines de 1915 en que, siendo director de **El Mercurio** don Julio Pérez Canto, se adoptó en el diario la ortografía de la Real Academia Española. La **j** sustituyó casi siempre a la **g** en los sonidos ge, gi.

La ortografía confeccionada y recomendada por la Facultad de Filosofía y Humanidades no se observó en todas sus reglas. Al poco tiempo se abandonaron las señaladas en los números 1, 3 y 6. Pero esto no quiere decir que las demás se siguieran, resultando de esto una anarquía ortográfica que no encuadraba en la cultura literaria de Chile. (*)

El Mercurio fué, sin embargo, el que se separó más que ningún otro periódico de las reglas establecidas en 1844.

(*) Cuando esta obra se estaba imprimiendo se publicó un decreto del Gobierno del Presidente Excmo. señor don Carlos Ibáñez del Campo, en el que se ordena que la ortografía que deberá enseñarse en escuelas y liceos y con la cual habrán de escribirse todas las publicaciones oficiales, desde el 12 de octubre de 1927 en adelante, será la establecida por la Real Academia de la Lengua Española. (N. del E).

CAPITULO XII

LA REDACCION DURANTE EL PERIODO DE DON SANTOS TORNERO

Desde don Miguel Piñero hasta don Juan Carlos Gómez.—Al finalizar esta etapa de cerca de nueve años, estaba cristalizado el programa de "El Mercurio" y consolidado su prestigio dentro y fuera del país. —La labor mancomunada de don Miguel Piñero y de don Juan García del Río.—Don Félix Frías le pronunció al diario su carácter cosmopolita.—Este redactor rebatió los conceptos filosóficos de don Francisco Bilbao en una larga serie de artículos.—Don Juan Bautista Alberdi fué únicamente redactor literario de "El Mercurio" y no se ocupó de cuestiones políticas.—Don Demetrio Rodríguez Peña le dió al diario el estilo de la prensa inglesa y ordenó y amplió sus informaciones.—Notas biográficas de este ilustre escritor y servidor público.—La gloriosa redacción de don Juan Cárlos Gómez.—El estilo de este periodista y sus principales campañas.—La ley de imprenta de 1846.—El editor de "El Mercurio" fué una de las primeras víctimas de esta ley.—La retirada del señor Gómez de la redacción.—Algunos datos biográficos de este príncipe del periodismo americano.

Hacia un año que había comenzado en Chile una era de paz, progreso y bienestar con la presidencia del general don Manuel Bulnes, cuya candidatura había sido apoyada con el mayor entusiasmo por **El Mercurio,** cuando el señor Tornero adquirió el diario.

El célebre editor, que sin duda alguna tuvo confianza en que el período presidencial del ilustre magistrado sería beneficioso para el país, dejó que su periódico continuara la misma conducta política que le había señalado su antecesor don Manuel Rivadeneyra, mientras ese gobierno siguiera rectamente y sin titubeos o veleidades el laudable camino que se había trazado. Además de esto, la prensa seria había dejado ya en segundo lu-

gar las campañas politicas para abrazar con preferencia las polémicas sociales y literarias que inició en nuestro diario don Domingo Faustino Sarmiento.

Ante este nuevo estado de cosas en política, sociología y literatura, pensaría el señor Tornero que su redactor principal debería reunir condiciones especiales que mantuvieran a **El Mercurio** en la seriedad que le correspondía por sus años y por el lugar que ocupaba en la prensa del país. Entre esas condiciones habrían de sobresalir las de una cultura sólida y un juicio sereno, cualidades que no poseía el redactor que sirvió al señor Rivadeneyra.

¿A quién elegir para que ocupara el importante puesto en momentos tan críticos para el novel editor? Por esa época el sobresaliente literato y estadista neogranadino don Juan García del Río editaba en la imprenta de **El Mercurio** su célebre revista "Museo de Ambas Américas". A él, naturalmente, acudiría ofreciéndoselo, pero como este escritor se hallaba sumamente ocupado con su publicación—que ya por esos días no contaba con el suficiente número de suscriptores para sostenerse,—rehusaría el honor sin que por eso dejara abandonado al señor Tornero puesto que, además de ofrecerle su ayuda, le señaló un joven argentino que había llegado a Chile recomendado a él y que ya había demostrado excelentes aptitudes de escritor.

Este jovén era el abogado don Miguel Piñero, quien más tarde habría de fundar la intendencia marítima de Valparaíso.

Don Manuel Blanco Cuartín, refiriéndose a este periodista, dice: "No es este tan audaz ni tan inteligente como su antecesor (Sarmiento), pero tiene sobre él la valiosísima ventaja de la templanza y la meditación. Los artículos políticos son pobres en el fondo, pero exactos y urbanos en la forma. El lenguaje, si no es correcto, se aproxima a la corrección. No quiere hacer ruido, quiere ganar concepto de hombre serio, y efectivamente lo gana a poca costa. Don Juan García del Río le recomienda y apadrina suministrándole datos para algunos artículos económicos que el mismo pule, según se nos ha referido por quien debe saberlo.

"En una o dos ocasiones se atreve a dar consejos al señor ministro de Hacienda Rengifo, y su señoría, lo que era muy raro entonces, escucha al periodista, y en la discusión promovida por don Bernardo José de Toro, que se ufanaba de aspirar al laurel del financista, no desdeña citar dos o tres conceptos del editorial del **Mercurio**".

Llevaba el señor Piñero seis meses y medio redactando el

diario cuando cayó enfermo; le substituyó el señor García del Río durante más de dos, al cabo de cuyo tiempo reanudó sus tareas en la redacción hasta el 30 de noviembre de 1843 en que se retiró del periódico y del diarismo.

Poco después fué llamado por el gobierno chileno para ocupar el cargo de secretario de Marina.

Había llegado a Chile en 1841 huyendo del despotismo que imperaba en su patria. Aunque pertenecía al foro de Buenos Aires, en Chile se recibió nuevamente de abogado para ejercer aquí su carrera con todo derecho.

Falleció en Valparaíso el 15 de abril de 1846, y su muerte fué muy sentida en los círculos sociales, políticos y literarios por su talento y su esmerada educación.

Como el señor García del Río fué siempre el mentor de don Miguel Piñero, puede considerarse de ambos las ideas que sobre muchos asuntos, en particular los internacionales, expuso editorialmente **El Mercurio** en ese período de quince meses. Mas el primero era literato únicamente, y literato fino y elegante incapaz de esgrimir la pluma como espada porque con ella siempre fué, como dijo Blanco Cuartin, "Richelieu escribiendo para la Pompadour", mientras que el segundo tenía las condiciones del verdadero periodista: nerviosidad, exactitud e intuición.

El señor García del Río había nacido en Cartagena (Colombia) en 1794 y fué educado en España, patria de sus padres. Siendo aún muy joven, regresó al continente americano y luchó por la independencia de su país. De espíritu andariego, estuvo en varios países, en algunos de los cuales desempeñó importantes cargos políticos. En el Perú fué, durante algunos años, secretario de Estado. Era de los enciclopedistas más notables de América. Escribió muchos e importantes trabajos sobre política, historia, literatura, estadística y filosofía, que vieron la luz en revistas y libros. Falleció en México en el año 1856.

Piñero y García del Río inculcaron a **El Mercurio** su actual espíritu cosmopolita, el que poco después fué cristalizado por el redactor que los sucedió. Durante el tiempo de esos dos escritores se ocupó nuestro diario de todos los sucesos de importancia que ocurrieron en los países americanos y europeos. Además de insertar cuanto de notable contenía la prensa de ellos, de vez en cuando los comentaba editorialmente con un amplio espíritu liberal.

Los asuntos que se discutían en las Cámaras legislativas de Chile y las cuestiones locales de Valparaíso que se suscitaban de

vez en cuando, eran seguidos con suma atención por nuestro diario, consiguiéndose así animar sus páginas y al mismo tiempo despertar interés por él en el público.

En este tiempo sostuvo **El Mercurio** varias polémicas de diversos carácter, una de las cuales dió origen a un juicio de imprenta que fué muy comentado. Sobrevino a causa de haber impedido el gobierno que se embarcaran en Valparaíso los coroneles bolivianos don Sebastián de Agreda y don Gregorio Gómez de Goitía, acusados por el diplomático don Casimiro Olañeta de agentes secretos de don Andrés Santa Cruz, ex-protector de la Confederación Perú-boliviana. **El Mercurio** protestó contra la arbitraria orden por considerar que con ella se violaba el derecho sagrado de gentes, y porque esos dos emigrados no habían cometido delito alguno para que se les impidiera el derecho de salir del país cuando quisieran.

Ante esta actitud de nuestro diario, el señor Olañeta contestó en "El Progreso", de Santiago, y el señor García del Río le replicó en **El Mercurio**, y poco a poco se fué enredando la madeja. "El resultado final de esta disputa, dice Tornero en su libro de memorias, fué la acusación que el señor García del Río hizo en Santiago de tres de los artículos del señor Olañeta, siendo condenados los tres por el jurado al máximo de la pena, y teniendo en consecuencia que pagar el señor Olañeta tres mil pesos de multa, mil por cada artículo, conforme a la ley de imprenta que entonces regía".

Sucedió a Piñero otro notable escritor argentino, también emigrado por igual causa, que se llamaba don Félix Frías.

Cuando salió huyendo de su patria se refugió en Bolivia, en donde conquistó reputación de escritor en la prensa y la confianza del gobierno de ese país.

Llegó a Chile en el segundo semestre de 1843 con el cargo de cónsul de Bolivia en Valparaíso. Contaría entonces de veinticinco a veintisiete años de edad.

El señor Frías había nacido en Buenos Aires, en donde comenzó la carrera de leyes que no terminó para enrolarse en las filas del ejército del general Lavalle que combatía al tirano Rosas.

Como estaba recién llegado, no podía tratar a fondo las cuestiones nacionales. El fué el primer redactor que expuso editorialmente su programa de trabajo, que vió la luz el 18 de diciembre de 1843.

"Al encargarnos, decía, de la redacción de un diario que

goza en Chile y fuera del país de un crédito tan merecido, hemos creído oportuno manifestar los principios y las intenciones que han de guiarnos en el desempeño de tan difícil tarea. La prensa independiente de Chile es indudablemente la mejor que satisface en los pueblos españoles de la América del Sur las exigencias de la civilización y de la libertad constitucional. Resultado es este de la situación afortunada en que esta república se encuentra. Aquí no es la sociedad víctima de las pasiones exterminadoras del despotismo, ni de las discordias de la anarquía, que tan deplorables estragos cometen en algunos países vecinos. El sentimiento del orden, el respeto a las autoridades, el deseo de las mejoras pacíficas y progresivas están arraigadas en la conciencia de todos, y la prosperidad de Chile, en medio de las escenas de desolación y sangre de que es teatro la América española, es una gloriosa escepción que salva el honor y las glorias de la revolución americana".

Ese era, en verdad, el bello espectáculo que en aquellos días ofrecía Chile en el continente. Este bosquejo lo completaba el distinguido escritor con otros elevados conceptos sobre la inviolabilidad de la libertad y del carácter de la prensa independiente de este país, de la cual decía que "no sólo es el órgano de los intereses nacionales, sino que ella alza su voz para bendecir los esfuerzos generosos de todos los partidarios de la libertad y de los buenos principios, y lanzar su anatema sobre los que han traicionado la causa de la revolución y la contradicen.

El fué el que cristalizó el espíritu internacionalista de nuestro diario al manifestar que "el **Mercurio** de Valparaíso es un papel americano, que cuando aboga por los progresos de la industria, del comercio, de la libertad y de la educación de Chile, aboga por intereses que son comunes a todos este continente, etc." cuyo concepto hemos copiado íntegro en el preliminar de esta historia.

Después de varias desquisiciones muy ecuánimes de orden moral y filosófico, desarrollaba los puntos principales de su programa internacionalista, y que eran: el fomento de "la educación en todos sus ramos y en todas las clases de la sociedad"; tratar los asuntos religiosos y morales "cuando intentamos averiguar cuáles sean las más firmes bases de la dicha y las libertades de un pueblo", porque "el cristianismo, a nuestro juicio, acompañará y sostendrá a la civilización en su más alto vuelo": y consagrar "toda una especial atención al comercio y la indus-

tria, porque reconocemos en ambos, más que en los libros y en los periódicos, una influencia altamente moralizadora".

Cumplió su programa desarrollándolo con espíritu liberal, dentro del más estricto dogmatismo cristiano, y con vehementes deseos de reformar cuanto entorpecía la marcha progresiva del país. Era varón muy culto, y abordó con lucidez diversas cuestiones.

Entre los asuntos que trató en sus editoriales, a parte de los muchos artículos que dedicó a los problemas internacionales, en los que estaba muy al corriente, y de la serie de doce que, con el título de "El cristianismo católico considerado como elemento de civilización en las repúblicas hispano-americanas", escribió para contrarrestar los efectos de "Sociabilidad Chilena", de Francisco Bilbao, merecen citarse los dedicados a definir el significado de la democracia; los en que refutó las ideas que defendía "El Valdiviano Federal"; los destinados a demostrar las modalidades de la prensa de Chile y de otros países; los de crítica teatral a propósito de la temporada que hizo en Valparaíso el actor Casacuberta, y los en que defendió la ortografía propuesta por Sarmiento.

Aunque dejó la redacción el 31 de mayo de 1844 "por motivos personales cuyo conocimiento no interesa al público", en el mes de junio aparecieron algunos editoriales suyos sobre distintas materias porque "pudiera tardar la organización de la nueva redacción", según decía el 30 de ese mes, y desde el 1.o de julio se insertaron los que trataban del cristianismo católico. Y escribió sin ser empleado de plantilla "para refutar decididamente las opiniones insensatas vertidas por un entusiasmo inesperto y pueril contra las creencias religiosas del país" que había promovido el artículo de Bilbao publicado en "El Crepúsculo", y que dió origen a este interesante estudio sobre la influencia del catolicismo, cuya inserción alternada duró hasta el 5 de septiembre, y que fué "resultado de un compromiso anterior existente con el ex-Redactor del **Mercurio**, en que no tiene arte ni parte la nueva Redacción", según se decía el 31 de agosto.

Don Santos Tornero hace aparecer en su libro de memorias a don Juan Bautista Alberdi como sucesor editorialista del señor Frías durante los meses de junio y julio. En realidad de verdad, el señor Alberdi fué únicamente redactor literario encargado del folletín y de la sección "Variedades" desde mayo de ese año, según se dijo en **El Mercurio** del 4 de dicho mes. En los últimos días de julio se publicó en dos editoriales un interesante estudio

jurídico sobre derecho comercial que no está desarrollado con el estilo del señor Frías ni está compuesto con la nueva ortografía con que se compusieron todos los artículos de este redactor desde fines de mayo, y que podría ser del señor Alberdi.

El verdadero sucesor inmediato del señor Frías fué don Demetrio Rodríguez Peña, también de nacionalidad argentina, que ingresó en la redacción principal el 1.o de agosto.

Sin embargo, han habido cronistas que han creído que el ilustre Alberdi escribió durante mucho tiempo en **El Mercurio** sobre toda clase de cuestiones en la sección editorial. Entre ellos se encuentra don Manuel Blanco Cuartín aseverando, en un artículo histórico publicado en nuestro diario del mes de septiembre de 1877, que el señor Alberdi, con "un talento notable de apreciación, se introduce de golpe en ciertas cuestiones económicas sobre las cuales no habíamos leído en la prensa periódica nada bueno. Es cierto que el escritor de entonces estaba muy lejos de ser lo que es hoy, un escritor profundo y brillante; pero sea como fuere, sus artículos titulados "Democracia y espada", "Libre cambio", "Moneda fiduciaria" y algún otro que no recordamos en este momento, serían todavía leídos con gusto y provecho". Esos artículos no están en ninguno de los números de los dos meses en que figura don Juan Bautista como redactor de plantilla. Antes de ese tiempo el señor Frías había escrito bastante sobre democracia y después de él Rodríguez Peña trató de bancos y monedas en una larga serie de editoriales. Durante el año 1844 se publicaron del señor Alberdi su "Impresiones de viaje en Italia", en ocho folletines, en el interregno comprendido desde el 4 hasta el 28 de mayo, y su "Memoria sobre la conveniencia y objeto de un Congreso General Americano", en la sección editorial de los días 14, 16, 17 y 20 de diciembre. Esta obra la escribió para recibirse de abogado en Chile.

Por ese tiempo escribió y publicó en **El Mercurio** una extensísima "Biografía del general don Manuel Bulnes".

El señor Alberdi fué muy versado en materias jurídicas, como lo acreditan sus numerosas obras, y es muy probable que los artículos sobre derecho que se publicaron en **El Mercurio** durante el año 1844, fueran de él.

En ese tiempo un empleado de correos de Valparaíso acusó a nuestro diario por haber dicho en uno de sus editoriales que él había substraído de los paquetes de **El Mercurio** una cantidad de ejemplares. El señor Alberdi, que se encargó de la defensa,

demostró ante el tribunal que el artículo en cuestión no era injurioso, y logró que el periódico fuera absuelto.

Don Demetrio Rodríguez Peña organizó la redacción y le dió al diario un carácter más noticioso y enciclopédico.

Inició sus tareas estableciendo una interesante revista de la prensa nacional que se estuvo publicando todos los domingos durante muchos meses. En ella se comentaban los editoriales más importantes de los principales diarios. Ello dió origen a una serie de polémicas.

Sus reformas fueron muchas. Le dió al periódico un aspecto serio y ordenado al estilo de la prensa inglesa. Desde el 1.o de junio de 1845 dividió el material de texto en secciones, y cambió por completo la presentación del diario. Siempre habían estado ocupadas con lecturas las páginas segunda y tercera, y las demás con anuncios; más, desde esa fecha estos fueron relegados a las últimas páginas. La clasificación de las informaciones fueron: **Crónica de Ultramar,** para las noticias de Europa; **Crónica Americana,** para las del continente, y **Crónica Chilena** para las notas oficiales, memorias ministeriales, datos estadísticos y reseñas de las sesiones de las cámaras legisladoras.

La sección editorial se denominaba, como ahora, **El Mercurio,** y en ella se insertaba, además de los artículos de fondo, algunas noticias cortas, pero de mucho interés, y a veces memorias jurídicas, estudios científicos o trabajos literarios cuando no habían sucesos que comentar. Los comunicados tuvieron un lugar fijo con su correspondiente denominación, y también existió la sección **Correspondencia** para las informaciones de interés general que enviaban desde Santiago.

En los dos años menos algunas semanas que duró su redacción, trató de toda clase de cuestiones con mucho tacto y grandes deseos de servir al país, sin que el odio o el amor le estimularan al verter sus ideas en el papel. Era, por principios, de ideas liberales pero conservador en la acción, porque creía que no "conviene hoy a Chile otra línea de conducta que la de conservar su Constitución, dejando al tiempo y al progreso de nuestra educación política modificarla y mejorarla sin destruirla".

Defendió "con calor la fábrica actual de nuestro gobierno porque comprende muy bien que en Francia y Estados Unidos luche el pueblo por despojar al gobierno y apropiarse una parte del poder; pero comprende también que en Chile todo lo que tienda a debilitar al poder conservador, debilitará inevitablemente nuestro edificio político al grado de poner a la disposición

de un hombre audaz o de un caudillo afortunado, el derribarlo de un puntapié o de un sablazo". (*)

Entre las muchas cuestiones que trató con lucimiento, se destacan la bancaria, a propósito de los proyectos que se idearon para fundar un banco nacional (**); la del fomento de la marina de guerra y de la mercante; un valiente comentario, en varios editoriales, a la memoria presentada por el señor Lastarria a la Universidad de Chile sobre la influencia social de la conquista y del sistema colonial de los españoles en Chile; la reforma de la tarifa aduanera a beneficio de la industria impresora; un largo e interesante estudio acerca del matrimonio entre católicos y protestantes; comentarios al tratado celebrado entre Chile y Gran Bretaña y al empréstito chileno en Londres; brillantes críticas a la gran temporada de ópera que hubo en el antiguo teatro Victoria desde el 16 de diciembre de 1844 hasta el 14 de junio de 1845 (sesenta funciones de abono); críticas teatrales y literarias (***), y varios comentarios a las elecciones a diputados que se hicieron al finalizar el primer período del presidente Bulnes.

El señor Rodríguez Peña fué un buen periodista que supo ceñirse siempre, con inteligencia y serenidad, al programa de **El Mercurio,** aún en los momentos más difíciles. Fué un verdadero profesional, que si no brilló por su estilo, se destacó por su honradez y sinceridad.

Había nacido en Buenos Aires y se había educado en el real colegio de Hazellwood, de Inglaterra. Después de haber ocupado un importante puesto en el ministerio de Relaciones Exteriores de su patria, se vió obligado a salir de ella y a refugiarse en el Perú perseguido por el tirano Rosas. Cuando llegó a Chile se dedicó al periodismo. De entre sus campañas en la prensa descuella la en que abogó por la libertad de la navegación a vapor por la costa del Pacífico, lo que consiguió a pesar de la oposición que le hicieron los protectores políticos de la única compañía naviera que tenía la exclusividad. Dejó el periodismo llamado

---

(*) La parte copiada corresponde al artículo editorial del 9 de mayo de 1846, con que el señor Rodríguez Peña dió cuenta de su retiro de la redacción.

(**) Alternábanse con estos editoriales una serie de veinte "Cartas sobre bancos", escrita por don Pedro Félix Vicuña, que se insertó en la sección Correspondencia.

(***) Hizo una elogiosa crítica del "Facundo", de don Domingo Faustino Sarmiento, que se había publicado en el folletín de "El Progreso", de Santiago.

por el gobierno para desempeñar importantes puestos en el ministerio de Marina. Reorganizó y disciplinó la armada nacional, y entre las diversas comisiones que le encomendaron se destaca la de la fundación del establecimiento penal de las isla de Juan Fernández.

Falleció en Santiago el año 1866 rodeado del prestigio que se había creado con su talento y su laboriosidad.

En los días en que el señor Rodríguez Peña redactaba **El Mercurio** llegó a Valparaíso un joven poeta, natural de Montevideo, que a lo sumo contaba veinticuatro años de edad. Fué acogido por los emigrados argentinos, y por consejo de estos abrazó la profesión periodística. No tenía carrera ni oficio pero sí gran vocación por las letras. Este joven, que se llamaba Juan Carlos Gómez y que fué uno de los periodistas más grandes que tuvo la América Española en el siglo XIX, fué el sucesor de don Demetrio Rodríguez Peña en la redacción principal del diario.

Comenzó sus tareas el 9 de mayo de 1846 sin cambiar en absoluto la forma artística y literaria ni la ideología del periódico. En el editorial en que hizo su presentación manifestaba que **El Mercurio** seguiría su marcha "sin perder de vista los intereses a que se consagra este diario. Estos no han variado, ni pueden variar tampoco, porque son los intereses del país, las bases inmutables en que su prosperidad reposa, la libertad en el orden, la riqueza pública y el progreso gradual y sostenido: de consiguiente, la nueva redacción, intimamente convencida de representar tales intereses, se propone seguir la huella en que la anterior ha caminado, bien penetrada del peso que echa sobre su responsabilidad".

Pero si se proponía seguir los pasos de su ilustre antecesor, no ignoraba el programa espiritual del periódico ni lo que representaba dentro y fuera del país.

"**El Mercurio** es entre nosotros, decía a continuación, el eco del mundo extranjero, y en el extranjero el reflejo de la última situación de Chile. Desde las más altas cuestiones sociales, desde las cuestiones religiosas, hasta la avaluación numérica de un consumo o de un producto extranjero, recorre esa inmensa escala que abraza las relaciones internacionales, la política interna, la industria, el comercio, la literatura, la movilidad universal. En el país. no se produce un solo hecho sin que **El Mercurio** lo consigne inmediatamente en sus columnas, para avisar al mundo que hemos efectuado un nuevo adelanto, o tenemos una seguridad más que promter al buen éxito de sus especula-

ciones y de sus proyectos: administración, estadística, crónica y examen de nuestras cosas, son el objeto de sus contantes atenciones y de sus trabajos de cada día. Asi ha debido de ser en el rápido progreso de Chile que se acerca incesantemente a las demás naciones, les abre nuevos puertos, nuevos mercados, y acrecen sus necesidades que claman demasiado fuerte para que no fuese la prensa su inmediato órgano. Así ha debido ser en la posición de la ciudad en que vive el **Mercurio**, colocada como un punto medio entre las costas americanas de ambos océanos, en donde han de venir a reunirse las demandas recíprocas y en donde se han de manifestar forzosamente las circunstancias de la situación de cada una".

Por estos conceptos puede apreciarse cuánto se había enriquecido en trece años el humilde esbozo de programa trazado por el redactor y propietario de don José Luis Calle, y el inmenso prestigio que dentro y fuera del país había adquirido **El Mercurio** en sus dieciocho años y medio de existencia.

Ahora estaba ya cristalizado el carácter del diario después de algunos titubeos circunstanciales. La senda que habían ido ensanchando poco a poco Piñero, García del Río, Frías y Rodríguez Peña, se transformaría desde entonces en camino firme y recto con la mágica pluma del nuevo redactor para dejarlo convertido, a los cinco años de incesante labor, en ancha carretera real.

Compenetrado bien de los elevados ideales de **El Mercurio** y del periodismo, el joven redactor emprendió la jornada lleno de entusiasmo y "apoyado en la experiencia de la redacción anterior", seguro del triunfo, pero recabando "la tolerancia de los que saben perdonar la exactitud y la belleza de la forma a lo sano de las intenciones".

Pedía esta indulgencia por modestia. Don Carlos Gómez fué en el campo del periodismo chileno un nuevo tipo, ese notable tipo que siempre ha abundado en la prensa española: literato en la forma y periodista en el fondo. Su alma de poeta, pero de verdadero poeta, se vaciaba todos los días en hermosísimos editoriales que serían leídos con fruición. Las circunstancias de la vida, de las que no supo desprenderse, le privaron el cultivo de las musas para dedicarlo a la ingrata y penosa profesión de periodista, mirada entonces tan en menos. Don Santos Tornero no quiso apreciar su labor en **El Mercurio**, cegado por la repentina salida del señor Gómez de la redacción del diario. Blanco Cuar-

tín, que pretendió juzgarlo, no atinó a ponderar su valía por incomprensión de su carácter altivo y batallador.

Comenzó sus tareas tratando con gran lucidez y conocimiento de todas las cuestiones que se presentaban cada día. Ora sobre política nacional o extranjera, ora sobre asuntos locales, ora sobre problemas de intereses generales, ora sobre literatura y arte.

Su primera campaña de importancia fué la que emprendió en pro de la reelección del general Bulnes que en aquel año de 1846 terminaba su primer periodo. Escribió una serie de editoriales para demostrar que la continuación en el poder supremo del gran estadista quería decir "el lustre de la nacionalidad de Chile; la consolidación de sus libertades, su prosperidad, su civilización".

Y basaba esta creencia agregando que "la república se ha engrandecido en importancia, en riquezas, en luces; el mundo entero está ahí atestiguando este hecho con el respeto por nuestra bandera, el prestigio de nuestro nombre y la alta idea que le merecemos. Tal consideración universal no se adquiere sino en virtud de una ilustrada y liberal política, de un orden de cosas que revelan un verdadero engrandecimiento".

El general Bulnes fué reelegido en junio de aquel año.

Otra de las campañas notables que emprendió, pero sin resultado, fué la en contra del proyecto de ley sobre abusos de la ley de imprenta, propuesto por don Antonio Varas, a la sazón ministro de Justicia, Culto e Instrucción. Este proyecto fué aprobado en 1846, y se hizo porque "una experiencia de más de diez y seis años ha puesto en evidencia la ineficacia de la ley actual de imprenta (*), para evitar aún los abusos más graves y escandalosos. Hánse predicado y difundido los principios más subversivos; se ha provocado abiertamente a la sedición o al trastorno del orden público; se ha derramado a manos llenas la injuria y la calumnia sobre reputaciones intachables", como se decía en el preámbulo de dicho proyecto. (**)

Este fué combatido enérgicamente por **El Mercurio** en los meses de julio y agosto. En el primero de la larga serie de edi-

(*) La promulgada por los liberales del año 1828.

(**) Se publicó íntegro en "El Mercurio" durante los días 17, 18 y 22 de julio de 1846, y fué aprobado por ambas Cámaras, con algunas modificaciones, el 16 de septiembre, y también publicó la nueva ley en los días 29 y 30 de septiembre, y 1, 2 y 4 de octubre de aquel año. Nuestro diario protestó contra la aprobación de esta ley en un largo editorial.

toriales dedicada a esta cuestión, decía el señor Gómez: "Ha sucedido lo que anteriormente presentíamos: en la necesidad de hacer efectivas las leyes contra los abusos de la prensa, de amurallar todos los resquicios por donde pudiera escaparse la licencia, se ha emparedado la libertad del pensamiento. No puede ser de otra manera, o se deja campo a la licencia o se sofoca la libertad. En vano se ha esforzado el gobierno en conservar la última cortando la primera. En nuestro concepto, mayor libertad conservaríamos con la censura previa que con la ley que se propone, y si el congreso no la rechazara aconsejaremos a todos nuestros colegas nos reduzcamos a no insertar más que "avisos" en nuestras columnas, pues hasta las noticias extranjeras que trascribamos pueden atraernos una acusación y una pena."

De las primeras víctimas de esa ley, que el señor Tornero denominó "draconiana", fué **El Mercurio** o, mejor dicho, su editor. Este, en su libro de memorias, dice que el 15 de septiembre de 1847 se publicó en su diario "un aviso firmado "Un acreedor de M. L. Luco", referente a una ejecución entablada contra la casa de comercio y esa firma. Diéronse por agraviados los señores Luco, y acusaron el artículo. Citado yo, como editor del diario, manifesté la firma de los autores, que eran dos pero fuí sometido a responsabilidad por hallarse ambos ausentes de Valparaíso, el uno don José Antonio González, en Quillota, y el otro, don Bernardino Bravo, en Santiago".

El señor Tornero solicitó que se le exonerase de la responsabilidad; el juez ordenó entonces que se citase a los autores del escrito "sin perjuicio de la prosecusión de la causa", y como no se pudieron presentar estos el día de la vista, el editor fué condenado "a sufrir quince días de prisión y a pagar la multa de cien pesos y las costas".

Don Juan Carlos Gómez protestó en el diario de tan arbitrario fallo porque "un impresor no tiene autoridad de ninguna especie sobre el autor de un artículo" y ni puede "ejercer inspección ninguna sobre el artículo que va a imprimir una vez garantido, pues la censura previa está condenada por la Constitución del Estado". Pero estas y otras razones de mayor peso no pudieron librar al señor Tornero de la condena, y aún sucedió el caso inaudito de que, habiéndose presentado el señor Bravo solicitando ocupar el puesto del editor en la cárcel por ser el verdadero responsable, el fiscal contestó que no podía modificarse la sentencia toda vez que "el espíritu de la ley de imprenta vigente no era otro que el hacer responsable al impresor del re-

sultado general que se pronunciase", por cuya razón el juez decretó "no ha lugar a lo solicitado por don Bernardino Bravo", y el señor Tornero purgó el delito ageno.

Cinco años duró la redacción de don Juan Carlos Gómez. Ese período debe señalarse como el en que **El Mercurio** consolidó su prestigio. Durante él fué aumentando el tamaño del periódico, y de tres columnas en que se dividía la página en 1844, llegó a cinco de casi igual anchura. La distribución del material de lectura se mantuvo en la misma forma establecida por el señor Rodríguez Peña hasta el 31 de diciembre de 1850. En enero del subsiguiente año la primera y cuarta páginas fueron ocupadas con anuncios y las dos restantes con informaciones. La división de éstas por crónicas también desapareció al mismo tiempo, y desde entonces cada noticia, cada artículo, cada trabajo tuvo su epígrafe particular, incluso los editoriales que comenzaron a insertarse en la primera columna de la segunda página sin el obligado encabezamiento de **El Mercurio** con la fecha del día.

Don Juan Carlos Gómez dejó la redacción de **El Mercurio** casi repentinamente. En las postrimerías del segundo período presidencial del general Bulnes, cuya política no era ya del agrado de nuestro diario, el señor Gómez comenzó a apoyar la candidatura de don Manuel Montt para presidente de la República. Los partidarios de esta candidatura, deseosos de premiar la labor del señor Gómez que tuvo que pelear con los periódicos "El Progreso", de Santiago, y "El Comercio", de Valparaíso, que eran opositores al candidato, compraron la imprenta de este último diario, dirigido por el ilustre argentino don Bartolomé Mitre, para regalársela a don Juan Carlos. "Conseguían con tal operación, dice el señor Tornero, acallar la oposición que el "Comercio" estaba haciendo a la causa Montt-varista, al paso que hacían un obsequio valioso al señor Gómez".

"En cuanto al propietario del **Mercurio,** agrega con cierto dejo de amargura, poco les importaba ponerlo en dificultades; o más bien acaso entró en sus miras colocarlo en situación que no les pudiera dañar. Tal fué el premio que obtuvo su adquiescencia en poner su diario al servicio de aquella causa".

El 25 de mayo de 1851 anunció don Juan Carlos al señor Tornero que únicamente hasta el 31 de aquel mes estaría en la redacción de **El Mercurio.** "Es de advertir, dice el editor en sus memorias, que Gómez me había asegurado más de una vez que pensaba regresarse a su país (el Uruguay), pero no sabía cuan-

do lo efectuaría; que me lo avisaría con tres **meses de anticipación.** Este era nuestro convenio, que no por ser únicamente verbal, era menos valedero entre hombres de palabra".

Y el 1.o de junio de aquel año apareció "El Diario", dirigido por el señor Gómez. Antes había dejado de salir "El Comercio".

Con la retirada del señor Gómez bajó el número de suscriptores de **El Mercurio** y se hostilizó de muchas maneras a su editor; pero esto duró poco tiempo, pues a penas trascurrido un año, don Juan Carlos Gómez se trasladó a la Argentina en busca de mayor campo a sus actividades periodísticas por haberse abierto una nueva era en aquel país con motivo de la caída del dictador Rosas.

En Buenos Aires fundó varios periódicos, y fué uno de los periodistas que más sobresalieron en la defensa de la autonomía de la capital federal. En su país desempeñó algunos cargos políticos, pero residió en él poco tiempo. Se trasladó de nuevo a Buenos Aires, en donde falleció el año 1884.

La Facultad de Filosofía y Humanidades de Chile lo nombró individuo suyo en 1851, y al año siguiente se le concedió en la Argentina, por decreto supremo, permiso para que ejerciera la abogacía sin rendir examen alguno.

El Mercurio le tributó un sentido homenaje al saber su fallecimiento. En un largo artículo habían los siguientes párrafos:

"Nosotros, los chilenos, debemos recordar sobre la tumba de don Juan Carlos Gómez un hecho que le hace particularmente acreedor de nuestro efecto.

"Después de más de treinta años de ausencia tenía por Chile toda la simpatía y toda la amistad que podía exigirse en un hombre que se formó en nuestro país y que halló en él generosa hospitalidad.

"En su conversación y en sus escritos, fué siempre el defensor leal y decidido de Chile, y por lo tanto el adversario de cuantos hacían propagandas de odios contra nuestro país".

CAPITULO XIII

LA REDACCION DURANTE EL PERIODO DE DON SANTOS TORNERO

Desde don Anacleto de la Cruz hasta don Juan R. Muñoz Cabrera, en 1858, en que fué suspendido "El Mercurio". — La situación política en vísperas de la elección del presidente don Manuel Montt. — Don Anacleto de la Cruz se eleva a la altura de su antecesor don Juan Carlos Gómez. — La primera redacción interina de don Juan R. Muñoz. — El breve período de don Jacinto Chacón. — Le sucede don Santiago F. Godoy, que le da a "El Mercurio" un gran prestigio con sus campañas políticas. — Renuncia su cargo por ser incompatible su carácter independiente con el régimen rígido que imperaba. — Entra en la redacción don Ambrosio Montt con un extenso programa de fomento de la minería y la agricultura. — Ingresa por segunda vez don Santiago F. Godoy, quien deja su puesto y emigra al extranjero por haber agredido al Ministro del Perú en Chile. — Por este tiempo es "El Mercurio" el diario más importante del país, por la calidad de su texto de informaciones extranjeras. — La larga redacción de don Hilarión Nadal que, además, fué administrador de la Empresa. — La redacción dual de don Manuel Guillermo Carmona y don Juan F. Muñoz. — El gran incendio ocurrido en Valparaíso el año 1858. — Se recrudece la oposición montt-varista contra "El Mercurio". — El estado de sitio de la provincia de Valparaíso y la suspensión de nuestro diario.

El inesperado retiro de don Juan Carlos Gómez de la redacción principal de **El Mercurio** puso a su editor en gravísimo aprieto.

Llegaba a su fin el segundo período presidencial del señor Bulnes y el país preparábase para elegirle sucesor entre los únicos candidatos que habían: don Manuel Montt y el general Cruz.

La división de los electores estaba bien marcada a pesar de que los pretendientes sustentaban los mismos principios políticos y tenían iguales propósitos de acción en sus programas.

¿En qué consistía, pues, la división electoral? Según manifestaba el nuevo redactor editorialista el 4 de junio de 1851, en la apreciación personal que cada bando tenía del candidato contrario, porque "los amigos de Cruz creen que no tendrán garantías sus personas ni sus talentos gobenados por Montt, y los de éste tienen el mismo temor".

"Estos temores, agregaba, y los odios personales que se han engendrado ambos partidos son los que sustentan la agitación en las regiones de la política.

"Entre tanto, Montt y Cruz son una misma cosa para el orden y para el engrandecimiento del país. No hay desidencia de principios, pero la hay en las personas.

"¿Con qué hombres gobernaría Montt? Son muy conocidos todos los de su partido.

"¿Con quiénes gobernaría Cruz? Aquí está la dificultad, aquí está lo espinoso de la cuestión y de aquí proceden las desconfianzas. Cruz no podría gobernar sino con hombres nuevos, improvisados en el manejo de los negocios públicos.

"Llamaría a los amigos de Montt? Tal vez no lo haría por consecuencia de su partido; tal vez Montt no ocuparía otros que los suyos por el mismo motivo.

"La cuestión del día es, pues, personal, y esto es lo peor que pueda tener para la tranquilidad pública, porque los intereses nacionales no se defienden con el calor que los que atañen a la personalidad del ciudadano por abnegado que sea.

"Es un dolor, sin duda, que en este terreno haya venido a tomar asiento la cuestión más vital para la República; es un dolor ver a nuestros más serios estadistas tan preocupados de personas cuando se trata de la patria".

Este era, en verdad, el estado en que se encontraba la opinión pública. El nuevo redactor lo veía grave, muy grave, y temía una revolución como único recurso para solucionar el difícil problema. (*)

"El general Bulnes, ¿no podrá armonizar a esos mismos hombres que hicieron la fusión del 41 y que han sido hasta ayer su sostén? El general Bulnes, que ha dado algunas glorias a Chile, ¿lo dejará a su despedida cubierto de luto y de vergüenza?

(*) Por desgracia sucedió lo que el redactor preveía; que las pasiones políticas, cuando son más personalistas que ideológicas, se

"El general Bulnes fué conducido al mando por la fraternidad de todos los partidos; recibió el país perfectamente tranquilo. ¿Nos devolverá encono y anarquía en lugar de unión; motines y revueltas en lugar de paz?

"No lo esperamos".

La prensa también estaba dividida y era la que mantenía viva la llama de la disidencia en el partido conservador y la incertidumbre o la discrepancia en la opinión pública en general. **El Mercurio** había apoyado, desde un principio y con la moderación característica en él, la candidatura de don Manuel Montt, porque estaba seguro de que ella significaba la continuación de la política de orden y de progreso inaugurada con tan buen éxito por el general Bulnes diez años atrás.

Don Santos se encontró inesperadamente con que el redactor que había guiado con tanto acierto la opinión de sus lectores, fundaba otro diario para proseguir la misma campaña, pero sin las trabas de la moderación en la propaganda que él había impuesto, y con que no tenía a mano un redactor de la talla del señor Gómez que pudiera contrarrestar la formidable competencia que, sin duda, habría de hacerle el nuevo periódico a **El Mercurio.**

Viéndolo en tan apurado trance su amigo don José Ramón Sánchez, le propuso que tomara por redactor al secretario de la Municipalidad de Valparaíso don Anacleto de la Cruz, "joven instruído y generalmente apreciado por su ilustración y sus ideas moderadas". Este hombre tuvo la valentía de ponerse "frente a frente del aguerrido Gómez, que contaba con la protección decidida de los gobiernistas y del alto comercio extranjero; al paso que era proclamado como el único gran redactor conocido, por toda la prensa gobiernista, desde el **Araucano** para abajo, hasta por los diarios de las repúblicas vecinas, a impulso de los protectores y amigos del redactor favorito", como dice el señor Tornero en la página 107 de sus memorias.

Don Anacleto de la Cruz, ni corto ni perezoso, aceptó la

---

vuelven ciegas. No consiguió el general Bulnes conciliar a los dos bandos. Aunque se mostró siempre imparcial en la lucha, desde luego confiaba más en el talento gubernativo de su primer ministro que en el de su compañero de armas. Cuando hizo entrega del poder supremo se vió obligado a convencer por la fuerza, en la batalla de Loncomilla (8 de diciembre de 1851), a los que no querían acatar la voluntad del pueblo expresada en las elecciones de a fines de junio.

oferta, sin melindres y hasta con la condición de que el público había de ignorar que él sustituía al gran periodista. Esta condición se la impuso el señor Tornero "para evitar que fuese mal mirada mi elección, como probablemente lo hubiera sido generalmente, porque nuestro hombre, de una capacidad incontestable para todos los que de cerca lo habían tratado, era, sin embargo, mirado en poco a causa de su conversación y modales amanerados".

Pero desde el primer momento se impuso el nuevo redactor a sus lectores. Los dominó con su talento de tal suerte, que contuvo instantáneamente la competencia de "El Diario", y el señor Gómez vió frente a él a un periodista capaz de eclipsarle.

"Poco más de un mes era pasado, dice don Santos, cuando, a pesar de nuestras precauciones, era ya del dominio público nuestro secreto, pero entonces, en tan poco tiempo, el señor Cruz era ya considerado un gigante en la prensa".

El 2 de junio comenzó don Anacleto sus tareas manifestando, en brevísimo editorial, que entraba en la redacción sin programa y sin nombre, persuadido de "que los lectores quieren hechos y no promesas, importándoles poco el autor".

"Para ser apóstol de la verdad, agregaba, defensor de la ley y del orden, y promovedor infatigable del progreso nacional, no es preciso decir el nombre de pila. **El Mercurio** tiene marcada la huella de su destino: no se desviará de ella. Sus favorecedores quieren que sea recto, independiente, mesurado y enérgico: así lo ha sido y lo será. En algunas cuestiones políticas en que cree no debe tomar bandera, será un juez imparcial. Las disenciones y polémicas en que la redacción tome parte, serán conducidas sin pasión". (*)

(*) Estas palabras serenas, estampadas en los momentos en que el editor veía el horizonte del futuro de su negocio preñado de nubes de tempestades, ya indicaban la confianza que de alcanzar el triunfo tenía el novel redactor, y al mismo tiempo daban la medida de la firmeza de la voluntad del dueño y director de **El Mercurio** de mantenerse fiel a su programa sin que ingratitudes, agravios y ataques lo hicieran cambiar. Pudo haberse pasado, en venganza, al bando contrario al de Montt; pero no lo hizo porque creía que este magistrado era necesario a la patria. Sin embargo, el partido montt-varista fué siempre enemigo de **El Mercurio** por su carácter independiente.

Se dedicó a tratar todas las cuestiones de interés general y los asuntos locales, por insignificantes que fueran, con gran entusiasmo y verdadero conocimiento de las materias. Las noticias de política de partido y los sucesos internacionales, que habían sido siempre preferidos por todos su antecesores, fueron para él temas secundarios.

Desde los primeros días fué partidario de que el ferrocarril que se proyectaba de Santiago a Valparaíso se hiciera con capitales extranjeros. Su campaña interesó, pero la proximidad de la elección presidencial y luego los motines y alzamientos que sobrevinieron de ella, desviaron su atención de ese tema tan dilecto para él.

La revolución de septiembre fué materia en que lució su talento, su buen juicio, su patriotismo y su espíritu de moderación. "El azote de la prosperidad y engrandecimiento de Chile", fué llamado por don Anacleto el movimiento que tuvo trágico fin en Loncomilla.

Ningún asunto que interesara a la opinión pública dejó de ser estudiado y comentado por él, y en particular cuanto concernía a Valparaíso.

Escribía todos los días varios editoriales breves pero substanciosos. Su estilo era cortado, nervioso y ligero. Su fondo filosófico, claro y asimilable. Con las primeras líneas se atraía la atención del lector; poco después lo conquistaba, y al final lo convencía. Dada su improvisación periodística, fué uno de los mejores escritores públicos de su época. Desde don Pedro Félix Vicuña hasta él inclusive, **El Mercurio** había tenido únicamente tres redactores chilenos. Con don Anacleto comenzó la notabilísima serie de periodistas nacionales que había de darle tanto lustre al decano de la prensa de Chile.

La preponderancia de los periodistas extranjeros en el país comenzaba a decaer visiblemente a impulsos de la generación literaria del año 1842.

Este escritor, que tan de repente había surgido y se había destacado de entre tantos con que ya contaba el periodismo nacional, falleció a los treinta años de edad en la tarde del 8 de noviembre de 1851, cuando llevaba cinco meses redactando el diario y ya iba del brazo de la gloria.

Había nacido en Santiago y se había educado en Talca, en donde "había aprendido el latín y la filosofía, únicos estudios que logró hacer en aulas públicas: a su aplicación y desvelo era deudor de los demás conocimientos. Su conducta arreglada e irreprochable, no menos que su capacidad, le valie-

ron el empleo de secretario de la Municipalidad de Valparaíso, que desempeñaba, y luego el de procurador de ciudad".

En estas pocas palabras reasumió **El Mercurio** la biografía de don Anacleto de la Cruz encerrada en elogiosos conceptos a su labor periodística. "Luego que las pasiones enmudezcan, decía nuestro diario, y el país haya vuelto a tomar esa marcha normal que tanto le distinguía, los hombres de todos los colores políticos harán justicia al escritor que en medio del estrépito de las armas y con el peligro de verse calumniado, trató de moderar las pasiones y habló de paz y de reconciliación a los partidos en armas".

De nuevo se encontró el señor Tornero en la crítica situación de cinco meses antes. En aquel entonces tuvo la suerte de hallar al verdadero hombre que necesitaba; ahora no tenía de quien echar mano para salir del paso de cualquiera manera. Y era más crítica, si cabe, esta situación que la anterior, puesto que las fuerzas revolucionarias, al mando del general Cruz, y las del gobierno comandadas por el general Bulnes, se aprontaban en el sur del país para la batalla decisiva.

Hacía poco tiempo que había entrado en el diario, en calidad de redactor de noticias, o sea de jefe de crónica, como hoy se denomina ese cargo, un joven diplomático boliviano llamado don Juan R. Muñoz Cabrera que había escrito y publicado en Montevideo un poema histórico titulado "Cienfuegos", y dado a la prensa algunos ensayos literarios. Llegó a Chile en aquel año de 1851 después de haber dejado el cargo de ministro de Bolivia en la Argentina, a causa de que el tirano Rosas no quiso recibirlo en calidad de tal porque antes había conspirado el señor Muñoz contra él. A su llegada a Valparaíso escribió un manifiesto en que reprobaba la conducta condescendiente del gobierno de su patria para con el mandatario argentino que había hecho algunos desprecios a Bolivia.

Este escritor, que era bastante correcto en la forma, pero que carecía de los conocimientos necesarios sobre los asuntos de Chile y no tenía la profundidad de pensamiento precisa para hacer editoriales brillantes, fué el que estuvo desempeñando el puesto de editorialista hasta que el señor Tornero convino en darle ese cargo a don Jacinto Chacón, corresponsal del diario en la capital.

En ese interregno de cerca de un mes, nada de notable se notó en la sección editorial.

El señor Chacón, joven abogado de la generación literaria de 1842, que ya se había destacado como poeta y escritor de

valía, se vino a Valparaíso, y el 4 de diciembre de aquel año inició sus tareas con un artículo en elogio del general Blanco Encalada, intedente, por aquel tiempo, de Valparaíso. En el preámbulo de ese escrito reasumió en estos párrafos el programa que se proponía seguir:

"Al tomar a nuestro cargo, en tan críticas circunstancias, la redacción de un diario respetable entramos sin temor porque nos anima la confianza en nuestras sanas inspiraciones y la fuerte convicción de los principios que nos van a guiar El sistema conservador moderado será nuestro punto de partida; sostendremos a todo trance el plan completo de instituciones que hemos dado, abogando sí por una reforma paulatina y meditada, relegada para más tranquilos tiempos, de algunas de las leyes reglamentarias en política y en administración. Pero al sostener la defensa de las instituciones y del orden, lo haremos con la moderación y dignidad que a ella es debida, y con el tono tranquilo y desapasionado que conviene a un hombre de sociedad y patriotismo al ventilar las altas cuestiones del estado".

Durante el corto tiempo que redactó a **El Mercurio** (veinte y siete días), demostró poseer el espíritu conciliador y moderado que reflejan las anteriores palabras. Se congratuló del resultado de Loncomilla, y elogió a su vencedor:

"El general Bulnes, decía el 10 de diciembre en un breve editorial titulado "Victoria", se ha ceñido un laurel inmarsecible y se ha hecho el hijo predilecto de la patria. Después de haber dado realidad a nuestras sabias instituciones y afianzado el largo período de diez años, los hábitos de orden, el respeto a la ley y a la autoridad pública, baja del puesto y, al desprenderse de la banda tricolor, se coloca al frente de un ejército valiente y resulto y con la convicción y el entusiasmo del que defiende su propia obra, marcha a destruir las fuerzas revolucionarias y a asegurar por veinte años más la famosa paz de Chile".

Pero inesperadamente quedó otra vez vacante el puesto de redactor editorialista. El señor Chacón, consecuente con su programama de moderación, conciliación y dignidad, presentó su renuncia antes que rectificar cuanto de verdad contenían unos artículos que había escrito para comentar el banquete que, en celebración de la paz, se dió el 28 de diciembre, y al cual asistieron el intendente, los jueces, las autoridades civiles, muchos jefes militares y un buen número de particulares de significación en la sociedad, el comercio y las artes. Al final de ese

acto, mientras la mayor parte de los asistentes brindaron por "una amnistía amplísima" y por "el completo olvido de lo pasado", el resto había expresado su deseo de que se castigara a los traidores. Cuarenta y cinco de las personas que asistieron al banquete subscribieron un comunicado para desmentir la última aseveración del redactor. El señor Tornero se vió obligado a insertarlo, y entonces don Jacinto Chacón tomó una cuartilla de papel y escribió lo siguiente:

"Siento en gran manera haber tenido que chocar con las opiniones de la reunión que asistió al banquete último; un individuo solo no puede oponerse al torrente de las contradicciones de tan autorizados señores como los que firman el artículo que va a leerse. En estas circunstancias, no debiendo entrar en una cuestión desagradable que perjudicaría al diario que con tanta franqueza y buena fe he servido, me retiro de la redacción, y la cuestión queda terminada. — **Jacinto Chacón.**"

Este gesto, dos veces digno, se ha repetido muchas veces en nuestro diario.

Por segunda vez ocupó el puesto vacante el señor Muñoz hasta el 25 de abril de 1852.

Desde la retirada de don Juan Carlos Gómez empezaron a correr vientos adversos para **El Mercurio**, a pesar de la política de prudencia y moderación que habían seguido con mucho tacto los redactores que le sucedieron. Se inició una lucha sorda y sistemática contra el periódico. "porque en aquellos tiempos, como dice al señor Tornero, predominaba la idea de que el que no está conmigo es mi enemigo".

De los atropellos, injusticias y hasta calumnias que cayeron sobre nuestro diario, da don Santos Tonero extensa cuenta en el capítulo XV de su "Reminiscencias de un Viejo Editor", y cuya relación ocuparía aquí muchas páginas casi innecesarias por ser, en su mayor parte, materia de índole personal. Por consiguiente, el escritor que tomara a su cargo el difícil puesto tenía que poseer condiciones especiales. Por desgracia, era demasiado vehemente y de ideas excesivamente avanzadas en política y en religión para aquellos días de rígida autoridad, el joven y fecundo publicista que se comprometió a escribir los editoriales de **El Mercurio**. Nos referimos al literato don Santiago Francisco Godoy, aquel que por entonces era ya un inquieto periodista que se destacaba de entre los escritores públicos por su ingenio y su valentía.

Veintiún años de edad contaba el señor Godoy cuando comenzó sus tareas en la redacción. No se dió aviso de su en-

trada en ella, pues es probable que el señor Tornero, que estaba en vísperas de emprender viaje a Europa (*), temiera que su designación causara desagrado en parte de los subscriptores, y ésto fuera para él un contratiempo. A su hermano don Eusebio, que quedaba al frente de la Empresa, dejaba la solución del problema redactorial que iba siendo una penosa pesadilla.

En un instante crítico había encontrado por casualidad **El Mercurio** en don Anacleto de la Cruz un redactor que satisfizo cumplidamente sus necesidades; y en otro momento de apuro halló, sin presumirlo, en un mozalbete que fué aceptado por vía de ensayo, un gran periodista, a uno de los periodistas de combate de más audacia, talento y patriotismo que haya tenido la prensa chilena de a mediados del siglo XIX. Razón tuvo don Manuel Blanco Cuartin al rendirle en 1877 el más conceptuoso de los homenajes que había tributado a varios de los grandes redactores de nuestro diario.

En los siete meses que ocupó el puesto (del 26 de abril al 26 de noviembre), adquirió **El Mercurio** un prestigio enorme. Ningún periódico chileno abordó entonces las cuestiones más difíciles y trascendentales con una desenvoltura tan sapiante, con un conocimiento tan bien orientado y con una independencia tan noble como nuestro diario. Y esto era en los momentos en que el nuevo gobierno amontonaba reformas sobre reformas y concebía proyecto tras proyecto con una vehemencia inusitada.

Toda ley, todo decreto, toda opinión y todo acto gubernativo o legislador era estudiado concienzudamente y luego comentado y expuesto con claridad en un estilo cortado, nervioso y convincente.

El público tenía en **El Mercurio** un verdadero orientador de su opinión. Hemos leído muchos de esos editoriales, y si sorprende el talento que en todos resplandece, maravilla al pensar que esa labor saliera de un cerebro tan joven. Los razonamientos en pro o en contra que sobre cualquiera cuestión hay en ellos, parecen concebidos por un hombre de experiencia y avanzada edad.

(*) Se embarcó el 30 de abril de aquel año. Estuvo en Estados Unidos y Europa con el fin de adquirir maquinarias y materiales para la imprenta y tratar con las grandes casas editoras para surtir sus librerías. Regresó en 1853 a causa de las malas noticias que recibía sobre la oposición que se le estaba haciendo a **El Mercurio** por parte del gobierno.

Su independencia era absoluta. ¿Convenía a un gobierno, con facultades extraordinarias como el de aquel tiempo, que hubiera un escritor público al frente de un diario de la importania de **El Mercurio** que fuese así? Nó; pero había tanta lógica, tanto patriotismo y tanta sabiduría en sus opiniones sobre todas las materias que comentaba, y además iba siempre tan dentro de la ley, que era imposible impedirle que emitiera sus ideas. Sin embargo, los amigos del gobierno estaban constantemente al acecho del menor desliz del escritor independiente para envolverlo en las mallas que le tendiera algún leguleyo, y de este modo hacerlo callar. Y no tardó mucho tiempo en que esto sucediera. El señor Godoy, aunque tenía ideas religiosas, era partidario de la libertad de cultos. Cuando se trató de traer emigrantes, decía que sería un perjuicio para los que no fueran católicos la intransigencia religiosa que entonces imperaba en Chile. En aquel año había levantado una polvareda en el país el proyecto de construcción de una iglesia luterana en Valparaíso, y no hacía mucho tiempo que se había protestado en nuestro diario de las grandes trabas que se ponían al casamiento de católicos con protestantes.

Aunque don Santos Tornero no especifica bien el motivo que obligó al señor Godoy a dejar el puesto que con tanta devoción y acierto desempeñaba, él está expuesto en los siguientes párrafos de la obra "Cuadro histórico de la administración Montt" que algunos escritores liberales escribieron para dedicársela al presidente don José Joaquín Pérez:

"En octubre y noviembre del mismo año (1852) el **Mercurio**, redactado por don Santiago Godoy, trabó una disputa ardorosa con la **Revista Católica**, y Montt, que miraba con malos ojos estas rencillas irrespetuosas usó de las facultades extraordinarias y persiguió al redactor con una orden de prisión, de la cual pudo libertarse poniéndose en salvo. Esta persecución fué otra prueba más de la sumisión de Montt al clero, el cual en su entusiasmo y dominación, no halló, como era natural, palabras cómo elogiar al nuevo y fervoroso Constantino".

Don Santiago se despidió de sus lectores con este ativo editorial:

"El que ha desempeñado ocho meses la redacción de este diario se despide hoy con sentimiento de sus lectores.

"Las ideas que ha proclamado y defendido serán justificadas por el tiempo. Algunas de ellas han sido ya convertidas en hechos, y contribuirán a la felicidad del país.

Toca a otros completar la obra que hemos iniciado, de lo cual nos hacemos un honor, y que circunstancias independientes de nuestra voluntad, que el público conoce y que no podemos expresar nos obligan a abandonar en estos momentos.

'La redacción que hoy concluye ha trabajado por el bien general y ha sido independiente, limpia de ajenas sugestiones y de la influencia de mezquinos intereses. He ahí su elogio y su crimen.

"Se pueden suprimir las palabras que comentan; pero no hay recursos contra los hechos que la opinión ha juzgado. Válganos ese juicio como compensación de nuestros trabajos.

"No declinamos, antes confirmamos la responsabilidad de nuestros escritos desde abril del presente año hasta la fecha.

"La libertad del pensamiento es la ley de la civilización, que tarde o temprano será reconocida como la condición del progreso; es satisfactorio para nosotros haberla proclamado y ejercido, como lo es también el romper nuestra pluma cuando no podemos obedecer a nuestras convicciones. — **Santiago F. Godoy.** — Valparaíso, noviembre 26 de 1852."

Al otro día, en un largo editorial denominado "La marcha del Mercurio", se ratificaba el programa independiente y progresista del diario, a la vez que se hacían varias rectificaciones a las vehemencias del redactor dimisionario. Algunos de los conceptos de este escrito han sido copiados en el capítulo VII de la presente parte de nuestra historia.

Le sucedió don Ambrosio Montt, otro joven escritor que tenía cimentada ya su fama literaria, no sólo en Chile sino en el extranjero, pues había escrito en francés, para "La Gazzette des Mers du Sud" de París en 1851, varios artículos interesantes. El señor Montt se encontraba accidentalmente en Valparaíso recobrando su quebrantada salud cuando ocurrió el retiro del señor Godoy.

El 22 de diciembre de 1852 expuso don Ambrosio su programa de trabajo en un largo artículo lleno de patrióticos deseos. Comenzaba diciendo que, al acometer la empresa "que hemos aceptado con temor, reconozcamos el terreno que pisamos, al punto de partida y el fin que nos proponemos".

Acataba la férrea conducta del gobierno, porque después del período anárquico que había precedido al orden que imperaba, tocaba "al patriotismo la tarea de reconstruir lo destruído y de devolver a la autoridad el prestigio perdido y la consideración que necesita para conservar la paz y el respeto de las instituciones".

Su punto de partida era "Chile en sí mismo y Chile en relación comercial con los estados americanos".

Sus propósitos eran los de auspiciar el desarrollo de la minería y de la agricultura. Pedía leyes protectoras para la explotación de las minas de carbón, y para la agricultura un sistema de contribuciones menos oneroso y mejor repartido.

"Las diferentes cuestiones de canalización y navegación de los ríos del sur, decía a continuación, la de apertura de puertos para dar salida a los cereales de las provincias agricultoras, y la construcción de ferrocarriles, formación y composisión de caminos y puentes, son otras tantas cuestiones que se ligan inmediatamente a la prosperidad y porvenir de la agricultura".

"La minería y la agricultura, añadía más adelante, piden ambos brazos que la fomenten, y esto da origen a la cuestión de inmigración que a su vez suscita la cuestión de tolerancia religiosa, la cuestión de matrimonios mixtos y otras importantes, sobre todas las cuales nos pronunciaremos a su tiempo con franqueza y moderación".

Como se ve por este último párrafo, la cuestión religiosa era un problema que tenía preocupado al país desde bastante tiempo atrás.

Concluía adhiriéndose a la conducta del gobierno al manifestar que el "verdadero valor consiste hoy en ponerse del lado de la autoridad, y ayudarla a robustecerse para que pueda darnos una solución satisfactoria a todos los problemas que hemos apuntado.

"He aquí cómo comprendemos la misión del Mercurio en esta época de transición".

Este programa lo cumplió; pero sus escritos, aunque llenos de mucha doctrina jurídica, no tenían la ligereza y la claridad asimilable propias de los de don Anacleto de la Cruz, ni mucho menos de los de don Santiago F. Godoy. Los suyos solían ser extensos y de un estilo reposado y sereno en período grandilocuentes, que si eran del gusto de los versados en disciplinas políticas y jurídicas, no podían ser entendidos por los que poseían únicamente conocimientos empíricos de esas ciencias.

Era, escribiendo, más literato especializado en determinadas materias que periodista enciplopédico comprensible a la mayor parte de los lectores de diarios. No pertenecía a esa clase de escritores públicos que se hacen populares y popularizan a la vez al periódico en que escriben porque de todo entienden sin saber mucho de cualquiera cuestión, y cuyo estilo

ligero y nervioso es el más adecuado para la divulgación de muchos problemas árduos y trascendentales.

Durante los nueve o diez meses que escribió para **El Mercurio** abordó con lucimiento diversas cuestiones de mucha importancia, en particular la relativa a la conversión del diezmo que se pagaba a la iglesia por un impuesto especial a la finca rústica.

Fué este un problema que preocupó mucho por las contradictorias opiniones que se expusieron en la prensa al margen de los dos proyectos de ley que se presentaron a las cámaras legisladoras: el del gobierno, que indicaba que la base del impuesto reemplazante del diezmo debería deducirse del capital, y el de la comisión de hacienda que deseaba que se dedujera de la renta de los predios. (*)

El señor Montt, con un conocimiento completo del asunto, examinó en ocho extensos artículos esos proyectos sobre la base de la conveniencia general, y censuró el 15 de septiembre de 1853 el aprobado por las cámaras de diputados que gravaba "todas las propiedades en proporción al valor de sus terrenos" y que estaba hecho con las ideas de ambas proposiciones.

El 27 de aquel mes y año anunció don Ambrosio a sus lectores que abandonaba su puesto de editorialista por tener que ausentarse de Chile. Pocos días después emprendía un viaje de estudio a Europa, desde donde estuvo enviando correspondencias a nuestro diario durante algún tiempo. (*)

El 3 de octubre, a la cabeza de la sección editorial apareció el siguiente lacónico aviso: "La redacción en jefe del **Mercurio**, está desde hoy encargada al que suscribe. — **Santiago F. Godoy.**"

No sabemos de qué medio se valió don Santos Tornero, que en este tiempo había regresado de Europa, para que este valiente escritor volviera a esgrimir para **El Mercurio** aquella su notable pluma, que en su diestra era invencible lanza, rota meses antes porque "no podía obedecer a sus convicciones".

Con los mismos bríos anteriores se consagró a comentar

(*) Esta ley fué sancionada por el presidente de la República, de acuerdo con el Consejo de Estado, el 22 de octubre de 1853, y se publicó en "El Mercurio" del día 28.

(*) En los cinco años que permaneció allá, escribió algunos trabajos importantes, entre ellos "Ensayo sobre el gobierno en Europa", que llamó la atención y le creó un sólido prestigio a su autor.

todas las cuestiones del día que eran dignas de la atención pública.

Muy a satisfacción de los suscriptores y del editor del diario se hallaba don Santiago en su puesto, cuando un incidente improvisto vino a obligarle a dejarlo y también a abandonar al país. Solía el señor Godoy escribir de vez en cuando algunos artículos sobre política de los países hispano-americanos, guiándose por lo que decían los periódicos extranjeros. En uno de ellos dijo que el Perú se encontraba en tristísima situación bajo el gobierno del general don José Rufino Echeñique, al que calificó de despótico. El ministro peruano en Chile, don José Pando, publicó en "El Mensajero", de Santiago, un artículo lleno de injurias para el señor Godoy. Este no lo contestó, pero envió a aquél una carta de desafío, la que fué entregada al ministro de Relaciones Exteriores de Chile por el propio señor Pando. Como era natural en aquellos días de las facultades extraordinarias del gobierno, el ministro ordenó la prisión del redactor, y éste estuvo dos meses en la cárcel de Santiago. Pero el señor Pando, no contento con eso, prosiguió su campaña de insultos en "El Diario", de Valparaíso, sin que el señor Godoy hiciera el menor caso de ella. Hacía algún tiempo que nuestro redactor había regresado de la capital, cuando un día se topó de manos a boca con el ministro peruano, y, sin mediar palabra alguna, le escupió en el rostro. De ahí sobrevino una riña de la que salió muy mal parado el señor Pando. Este incidente, tan desagradable para todos, ocurrió el 30 de diciembre de 1854.

El 11 de enero se despedía don Santiago F. Godoy de sus lectores prometiéndoles que "desde otro mundo que nos lleva la delantera en la civilización y en el progreso, tendremos ocasión de apuntar algunas ideas útiles para nuestro país".

Marchó a Estados Unidos y de ahí a Europa. Se avecindó en Bélgica y allí redactó un periódico en lengua francesa al mismo tiempo que enviaba interesantes correspondencias a **El Mercurio.** (*)

(*)Este notable periodista falleció en Lima en 1868, a los treinta y ocho años de edad, después de un largo viaje de estudio por la mayor parte de los países hispano-americanos y de haber fundado dos diarios importantes, uno en Santiago con el nombre de "La Discusión", para combatir la administración de don Manuel Montt, y otro en Valparaíso denominado "El Heraldo". De entre sus numerosas campañas periodísticas hechas en esos periódicos y en "El Mer-

El mismo día en que se insertó la despedida del señor Godoy, se daba cuenta a los lectores, en una gacetilla de la crónica local, que la Empresa de **El Mercurio** había enviado a Europa a su ex-redactor con el destino de corresponsal "aunque a costa de algunos sacrificios".

Poco después lo substituía en la redacción principal el escritor venezolano y abogado don Hilarión Nadal, recientemente llegado del Perú, en donde había fundado y dirigido "El Heraldo de Lima".

En este tiempo estaba **El Mercurio** en la cúspide de su prestigio. El viaje de don Santos Tornero fué muy beneficioso para el diario. Este celoso editor nombró corresponsal viajero por toda Europa al célebre escritor don A. Magariño Cervantes; en Estados Unidos a don Pedro Pablo Ortiz; en España a don Cayetano Rossell; en Gran Bretaña a don Antonio Gil de Tejada; en Francia a don E. Velez de Pérez, y en algunos países más a otros distinguidos escritores. Todos ellos enviaban por cada correo extensas crónicas sumamente interesantes.

El tamaño del diario había aumentado mucho, y esto permitía dedicar más espacio a la literatura. A veces se publicaban dos folletines simultáneamente: el de las novelas extranjeras y el de los trabajos especiales de renombradas firmas. (*)

Poco después de la salida del señor Godoy, el diario cambió por completo su aspecto combativo. El señor Nadal, de espíritu sereno, enemigo de la polémica y consecuente con la po-

---

curio" y "El Ferrocarril", merece citarse la que produjo un cambio político en 1861. Escribió varios folletos. El más notable fué el titulado "Defensa del Dr. Rodríguez Aldea" para refutar la obra "El ostracismo del general O'Higgins", escrita por don Benjamín Vicuña Mackenna y publicada en **El Mercurio.**

(*) En uno de éstos insertó el célebre folleto "Sarmentícidio o a mal sarmiento buena podadera", del notable escritor español don Juan Martínez Villergas. En este escrito se refutaba cuantos absurdos dijo don Domingo Faustino Sarmiento en un libro de viajes por Europa, que escribió por aquella época. Villergas decía de Sarmiento en su folleto, que

"Nada hay en él que agrade ni que asombre:
carece de instrucción y de talento;
en todo lo demás es un gran hombre."

Esta obrita comenzó a publicarse el 26 de enero y terminó el 7 de febrero de 1854.

lítica del gobierno, le imprimió a **El Mercurio** un carácter mesurado, serio en demasía y en absoluto indiferente a la influencia de la política de partido.

Aunque cuando entró no expuso su programa de trabajo, éste está consignado en el siguiente párrafo que se encuentra en el artículo de despedida que publicó el 15 de marzo de 1858;

"Distantes siempre de la exageración de los partidos militantes, creemos haber mantenido hasta ahora la discusión por nuestra parte en el terreno elevado de los principios, consultando únicamente la conveniencia pública, apoyando los votos de la opinión hasta donde lo hemos creído legítimos, indicando con sinceridad al gobierno los medios que, en nuestro concepto, podían satisfacerlo, y sirviendo de este modo al orden y a la paz bajo el imperio de la ley, que es y será, en nuestro entender, la primera necesidad de la República, la única garantía sólida y verdadera de la libertad y del progreso".

Este redactor se captó la confianza del señor Tornero. El 12 de diciembre de 1856, en vísperas de emprender este editor el segundo de los tres viajes que hizo a Europa, apareció el aviso de que los dueños de la imprenta de **El Mercurio** (que los eran entonces don Santos y don Eusebio Tornero asociados con don Matías Cousiño), habían determinado que la administración de ella quedara "a cargo de su actual redactor don Hilarion Nadal, con quien pueden entenderse desde esta fecha directamente todos los que hasta ahora han favorecido con sus relaciones a la empresa". (*).

Como en más de una ocasión sus contrincantes en la prensa le echaran en cara su condición extranjera "como para debilitar nuestro entusiasmo en favor de los grandes intereses nacionales", él protestó en ese artículo de que se hubiera apelado a tan inocente argumento porque "el hombre de principios lo lleva consigo a todas partes y los sirve del mismo modo

---

(*) El 16 de abril de 1857 partió el señor Tornero a Europa confiado en "el estado de calma que gozaba por aquel entonces el país", en la honorabilidad y competencia del señor Nadal y también por "la circunstancia de hallarse interesado en mi empresa un amigo del gobierno". Su ausencia duró tres años, pues regresó el 22 de mayo de 1860. "Ojalá no hubiera efectuado este viaje", dice Tornero en sus memorias, pues acaso "mi presencia en Valparaíso habría evitado mucho de lo que sufrió el "Mercurio" en mi ausencia".

en todas las aptitudes". Y protestó con doble motivo porque le parecía una aberración el que "los suramericanos, educados en un misma escuela, nacidos de un origen común, ligados por las glorias de nuestra generación política, y empeñados en la misma obra de construir y fundar pueblos para la libertad y la civilización, venciendo los mismos obstáculos y luchando con unos mismos enemigos en todas partes". se les consideraban extranjeros en los países de origen español.

La retirada del señor Nadal se efectuó a los cinco meses de la desgraciada disolución de la sociedad editora "Tornero y Cousiño" de que hemos dado cuenta en el capítulo I de esta parte de nuestra historia. (*)

Su sucesor, don Guillermo Carmona, apreció la conducta del señor Nadal en estos términos expresados en un artículo titulado "La nueva redacción", publicado al siguiente día:

"El **Mercurio** tiene que lamentar hoy la ausencia de uno de sus más distinguidos redactores: su marcha digna y moderada, el alto concepto que se ha granjeado en la opinión pública se deben en gran parte a la dirección hábil y prudente del señor Nadal. Colocado, por decirlo así, en un terreno neutral, él ha podido dar su juicio despreocupado sobre los acontecimientos y los intereses del país; ha mirado los sucesos de un alto punto de vista y servido de contrapeso a las opiniones exageradas cuando el calor de política asomó en el Congreso y en la prensa.

"El rol que ha desempeñado el **Mercurio** en las difíciles circunstancias que atraviesa aún el país ha sido el más compatible a su carácter independiente, a la paz y la prosperidad nacional. A veces ha levantado su voz enérgica para hacer presente a la Administración de los justos reclamos de la opinión pública, y aunque sus miras han sido tal vez calumniadas, las dictaba sólo la buena fe y la convicción.

"El tiempo, que es el mejor consejero, ha venido a revelar su justicia.

"Extraño a todo propósito que no sea el interés bien entendido, las cuestiones concernientes a la hacienda pública, al comercio, a la industria, han sido apreciadas bajo el lado más conforme a los progresos de las ciencias, y jamás ha entrado por nada en los juicios el espíritu sistemático de oposi-

(*) Don Hilarión Nadal se marchó a Venezuela, su patria, en donde ocupó el puesto de ministro de Relaciones Exteriores y luego algunos cargos oficiales en Europa.

ción, ni las falsas interpretaciones. A esta rectitud y elevación de miras se debe sin duda el prestigio que ha dejado en la prensa la diestra mano de nuestro antecesor."

El concepto que le mereció al señor Carmona la labor de más de tres años de don Hilarión Nadal en el periódico, fué el programa que él se propuso seguir en los seis meses que tuvo a su cargo la redacción principal de **El Mercurio**, ayudado por cierto, la mitad de ese breve período, por don Juan Ramón Muñoz.

Hemos dicho que nuestro diario, durante la redacción del señor Nadal, además de cambiar el carácted combativo que le habían impreso los redactores que le precedieron, varió de aspecto. Aumentó de nuevo de tamaño y, por consiguiente, de columnas, pero disminuyó su texto. La primera y cuarta páginas aparecieron siempre completas de anuncios. La segunda se destinó al texto, y en la tercera iban generalmente las noticias comerciales y una o dos columnas de avisos.

Desaparecieron los folletines durante algún tiempo. Desde 1856 se dió todos los domingos un pliego del tamaño de **El Mercurio**, con el título de "La Publicidad", en cuyas páginas centrales se daba la continuación de alguna novela. Al comenzar el año 1858 se había suprimido este suplemento literario, y volvieron a aparecer los folletines. (*)

En este tiempo habíase mejorado notablemente la presentación artística del periódico.

El señor Carmona redactó el diario desde el 16 de marzo hasta el 30 de junio de 1858. El 1.o de julio apareció un largo artículo en el que se anunciaba que en ese día "quedaba organizada una nueva redacción de la que formamos parte, y a la cual sigue asociado don Manuel Guillermo Carmona, que desde la separación del señor Nadal le reemplazó interinamente".

Firmaba este artículo don Juan Ramón Muñoz, quien a continuación decía:

"Damos noticia de este hecho sin ningún género de pretensión y sólo por satisfacer un deber de conciencia; pues, si bien creemos que nuestro humilde nombre de ningún modo puede influir en la respetabilidad del **Mercurio**, no queremos

(*) Uno de los primeros folletines fué ocupado con la novela "Los misterios de Santiago", del notable escritor chileno don José Antonio Torres. Comenzó a publicarse el 3 de mayo y terminó el 11 de junio de 1858.

eludir la responsabilidad de su futura marcha, ni menos declinar el honor de pertenecer a esa falanje de obreros que con justicia se envanece el decano de la prensa chilena".

... ...

"Ajenos en gran manera a las contiendas domésticas que han sobrevenido al país desde aquella época y sin participación alguna en la política militante, no traemos a la prensa ninguna afección de círculo, ningún sentimiento estrecho, ninguna mira personal y creemos podernos constituir sin violencia en el órgano fiel de los intereses públicos, situándonos para ello a conveniente distancia entre el indiferentismo egoísta y la exageración de las pasiones de partido; entre el frío cálculo de los especuladores políticos y los arrebatos generosos pero irreflexivos del patriotismo: de esta manera podremos servir de centro, equilibrando a las diversas fuerzas que entran en la lucha, y mantenernos en esa altura desde donde los escritores honrados pueden rendir un culto público en las dos grandes divinidades de la prensa: la justicia y la libertad.

"En materia de política tales son nuestros principios y nuestra posición; que, por lo que respecta a los demás grandes intereses del país, ellos serán objeto muy especial de nuestro estudio, contrayendo una atención preferente al comercio y a la industria, las dos grandes fuentes de la prosperidad pública".

Por este párrafo se deduce que el que asumía la responsabilidad era el señor Muñoz Cabrera, quien probablemente habría regresado por esos días a Chile procedente de la Argentina, en donde había estado desde el año 1853 en las redacciones de los diarios "La Tribuna" y "La Crónica", de Buenos Aires, y "El Constitucional", de Mendoza.

A principios del mes de septiembre se separó de la redacción el señor Carmona, y el señor Muñoz continuó en su puesto hasta mediados de diciembre, en que **El Mercurio** fué suspendido por orden del gobierno.

Se había llegado a una época muy difícil para la vida de cualquier diario independiente de la índole del nuestro o de oposición al gobierno, porque las facultades extraordinarias de éste habíanse extremado sobremanera. Los partidos se hallaban enerdecidos con luchas personalistas, y la atmósfera política en general estaba excesivamente caldeada. Este estado de cosas tuvo por consecuencia la revolución de 1859.

A fines de noviembre de 1858 se había elevado a cuarenta mil pesos el presupuesto para publicaciones oficiales y subven-

ción de otras que el gobierno creyera conveniente. Este dinero sirvió para atraer a la sumisión gubernativa a varios periódicos, entre ellos "El Ferrocarril", y para fundar otros, como "El Comercio" de Valparaíso, cuyo primer número apareció en ese mismo mes. A este respecto se decía en el extracto que de los juicios de la prensa de la capital publicaba todos los días nuestro diario, lo siguiente:

"**La Actualidad.** Su editorial, titulado "El Fisco en la prensa", tiene por objeto demostrar la acción directa que el ejecutivo ejerce sobre una parte de la prensa del país.

"No solamente (dice) se han aprobado los presupuestos sin discutirlos, sino que se ha aumentado a 40,000 pesos la partida destinada a publicaciones oficiales y fomento de periódicos. Es preciso que el público conozca bien lo que importa esta partida y los objetos en que se invierte".

"Prueba que esa suma se invierte en subvencionar periódicos que ensalcen la política del gobierno, y concluye:

"Aprestémonos, pues, para oir de la prensa el hosana, hosana a Montt y sus favorecidos, y la maldición y la calumnia a los patriotas y buenos ciudadanos. ¡La partida que todo esto paga asciende ya a 40,000 pesos!"

Mientras tanto **El Mercurio** se estaba haciendo insoportable para el gobierno y sus partidarios. El 13 de aquel dichoso mes de noviembre ocurrió en Valparaíso un formidable incendio. "Todos los edificios comprendidos desde el pasaje Edwards, decía nuestro diario, en la calle del Cabo (hoy de la Esmeralda), hasta la quebrada de San Juan de Dios, inclusa la plaza del Orden (Aníbal Pinto), unas cuatro cuadras, han desaparecido en menos de siete horas por un voraz incendio, acompañado por un recio viento del norte, y un aguacero que no cesó hasta el amanecer del día siguiente".

El Mercurio, en un suplemento que lanzó el día 14, dió minuciosos detalles de este siniestro que comenzó a las diez de la mañana, y cuyas pérdidas "se calcularon en más de tres millones de pesos, de lo cual estaba asegurado poco más de la mitad, la mayor parte en compañías extranjeras".

En ese mismo suplemento se protestaba de la negligencia del intendente de la provincia don Jovino Novoa, y en el editorial del subsiguiente día, agregábase:

"Motéjase la indesición del Intendente, su falta de energía y de previsión, y hasta se cree que ha sido presa de una preocupación moral que le impedía ver en el incendio la mayor de las desgracias públicas, atribuyéndose a éste la falta de al-

gunas medidas heróicas, la ausencia del cuerpo de policía, que permaneció acuartelado, y aún la de los cuerpos de línea, que hubieran podido servir para trasladar a la plaza de la Victoria los muebles que más tarde se incendiaron, los que obstruían las calles y los que aún todavía permanecen obstruyéndolas.

"¡Pero las autoridades de Chile sueñan hoy con la **revolución!** El fuego que devora a un pueblo no les aterra tanto como la idea de un cambio de decoraciones. ¡A qué tiempos hemos llegado!

"¡Revolución! ¡Qué más revolución que cien casas que se arden, cuatro millones de pesos que desaparecen, quinientas familias que se hunden en la miseria, y un pueblo entero que se halla confundido con el espectáculo de la común desgracia!"

También atacó **El Mercurio** a los agentes de las compañías de seguros por no haber tomado medidas eficaces para salvar los objetos de los asegurados.

Esta recta y severa actitud del diario levantó una polvareda de indignación en los partidarios del gobierno, cuya prensa subvencionada, empezando por "El Ferrocarril", lo motejaba de "enemigo del orden" y de corruptor "del principio de la autoridad". De tal manera se desataron las iras, que nuestro periódico creyó que le llegaba el último momento, como se ve por esta gacetilla inserta en la crónica local del 25 de noviembre:

"**¡Pobre "Mercurio"!** — Con gran dolor anunciamos a nuestros lectores que tal vez no pasarán muchos días sin que ya nos despidamos para siempre. El viejo campeón que ha resistido a treinta y un años de combate, contra el cual se han estrellado en vano en todos tiempos las persecuciones de los partidos y las hostilidades de plumas distinguidas, ha llegado el día que cante el **De Profundis.** ¡Pobre Mercurio!"

El 12 de diciembre de aquel año fueron declaradas en estado de sitio las provincias de Santiago, Valparaíso y Aconcagua por el término de noventa días; el 13 se publicó en la prensa porteña el bando correspondiente, y el 14 fué suspendido **El Mercurio.**

CAPITULO XIV

LA REDACCION DURANTE EL PERIODO DE DON SANTOS TORNERO

Desde don Martín Palma hasta don Orestes León Tornero. — Reaparición de "El Mercurio" y sus propósitos expuestos por su redactor señor Palma. — Se sofoca la revolución de 1859 en el combate de Cerro Grande. — Un motín en Valparaíso, en el que pierde la vida el general Vidaurre Leal. — El carácter del señor Palma y las causas verdaderas de su retiro de la redacción. — Un rasgo de altivez e integridad del editor de "El Mercurio". — Don Santos Tornero asume durante un año la responsabilidad de los editoriales. — La severa línea de conducta que se trazó. — La candidatura presidencial de don José Joaquín Pérez y la opinión favorable de "El Mercurio". — En el mes de septiembre de 1861 ingresa en la redacción principal don José Antonio Torres, quien se adherie al nuevo estado de cosas. — Le sucede don Isidoro Errázuriz y con él reanuda "El Mercurio" su espíritu combativo. — Causas aparentes de la retirada del señor Errázuriz de la redacción. — Entra don Benjamín Vicuña Mackenna con un programa de entusiasta adhesión al gobierno del presidente Pérez. — Condiciones en que ingresó y su amistosa retirada del diario. — Las breves redacciones de don Martín Palma y don Orestes León Tornero. —Termina la ingerencia de don Santos Tornero en la dirección de "El Mercurio".

El Mercurio estuvo suspendido por orden gubernativa desde el 14 de diciembre de 1858 hasta el 7 de marzo de 1859.

Pero nuestro diario no desapareció para siempre como él mismo creía veinte días antes. Reapareció "con más decisión que nunca para servir los intereses materiales del país y principalmente los del comercio". No protestó de la arbitraria medida que contra él se había tomado; ante por el contrario, el nuevo redactor, que lo era don Martín Palma, declaró con toda cortesía que, "habiendo variado las circunstancias por las que la autoridad consideró conveniente la suspensión del **Mercurio,** y convencida al mismo tiempo de la buena fe de este organismo de la opinión, cuyos solos deseos tienden al progreso y adelanto

de Chile, se ha dignado permitirle que éntre nuevamente a tomar el honorable puesto que ha ocupado durante treinta y un años; y que este viejo soldado de la prensa, este campeón infatigable de los intereses de la República, asuma el rol que le corresponde en el antagonismo de los principios y de las ideas para combatir los abusos y defender las libertades del país que representa".

Ya tenemos otra vez en campaña al periódico que, con su independencia absoluta, hace más daño a un gobierno rígido y despótico que todos los diarios de oposición, porque sus lectores componen el elemento más serio y ecuánime del país, toda vez que no está afiliado a los partidos políticos, que son precisamente los que en ese tiempo introducen las discordias y el desorden.

Su nuevo redactor, aunque no era muy conocido en la república de las letras, en particular en las periodísticas, ya se le tenía en cuenta como escritor de talento, ingenio y carácter, y hacía concebir halagüeñas esperanzas. En efecto, algunos años después se convirtió en el publicista político, social y filosófico más sobresaliente y en el novelista más popular de su tiempo. (*)

Cuando ingresó en nuestro diario hacía poco que había regresado de California, a donde había ido a descubrir oro como fueron muchos jóvenes chilenos, algunos de los cuales, entre ellos Vicuña Mackenna y Juan N. Espejo, fueron ilustres literatos. No encontró ni una onza del preciado metal, pero trajo un valioso tesoro de experiencia que le sirvió para enriquecer a sus numerosas obras.

La línea de conducta que se proponía seguir, y que siguió sin titubeos, fué expuesta en el largo editorial de la fecha que hemos indicado antes. He aquí el párrafo en que la condensó:

(*) Don Martín Palma nació en Santiago en 1821 y falleció en la misma capital en febrero de 1884. Escribió, entre otros libros y folletos, los siguientes: en 1860, "Los oradores chilenos de 1858", "El cristianismo político", "Reflexiones sobre el hombre" y "Las sociedades"; en 1862, "Cartas políticas a don José Joaquín Pérez"; en 1864, "Un paseo a Lota"; en 1868, "Don Manuel Montt en el banquillo de los acusados"; en 1869, "Los secretos del pueblo"; en 1870, "La felicidad en el matrimonio"; en 1871, "Los candidatos"; en 1872, "Los misterios del confesionario"; en 1882, "Los tres presidentes sin serlos"; en 1883, "La independencia humana", que dejó incompleta, e inédita la novela "Memorias de un sepulturero".

"Independientes por carácter y por principios, nuestra marcha será franca e imparcial, y así como combatiremos sin odio, alabaremos sin adulación, aprobando lo bueno en donde lo encontremos, desaprobando lo malo por más alta y poderosa que sea la fuente de donde emane. Nuestro objeto, nuestro fin, nuestro programa, es servir los intereses de la República, pero servirlos de una manera noble y desinteresada, dejando a un lado el fuego devorador de los partidos, para presentarnos armados de la razón, del patriotismo y de la conveniencia pública. La ilustración del pueblo, su moralidad, su elevación, el inculcar en nuestros ciudadanos las ideas de una democracia ilustrada en la libertad, progresista y revolucionaria en el orden, y que sirva de escudo y de baluarte a las instituciones y a los magistrados, en virtud de su independencia: he aquí nuestras ideas morales, nuestro firme propósito al hacernos cargo del órgano de la prensa más antiguo y más ilustrado de Sud-América."

A continuación manifestaba que aunque las repúblicas hermanas tenían más elementos de prosperidad que Chile porque poseían mayor número de riquezas naturales, en cambio este país se hallaba a una altura muy superior a todas ellas en virtud del orden que en él reinaba. Y se proponía mantener ese orden "porque sólo este estado de cosas puede dar los frutos de libertad, alcanzando por él lo que tanto ambicionamos: la felicidad particular y pública." Pero para mantenerlo había que fomentar el progreso, fuente de toda prosperidad, y ese progreso lo veía él en el trabajo. "La producción, decía, es la sola y fuerte palanca que empuja a las naciones a su engrandecimiento; la que lleva a la humanidad hacia los altos destinos de la providencia. El comercio es el que mueve esa producción, el gran vehículo que sirve de transporte incesante del hombre, que contribuye a la satisfacción de sus necesidades y a la plenitud de sus goces; de consiguiente, lo que tendremos en vista con preferencia a todo es el desarrollo de esa producción con los intereses de ese comercio, porque ambas cosas forman la base o núcleo de nuestra felicidad presente como de nuestro progreso futuro."

Terminaba manifestando que se constituiría en campeón infatigable "de la tranquilidad y del orden; que todos nuestros esfuerzos irán dirigidos a combatir la anarquía cualquiera que sea la forma bajo la cual se presente".

Con espíritu conciliador trató todas las cuestiones que ofrecieron temas dignos del comentario. Al terminarse la revolución que comenzó a principios de 1859 y que tuvo un fin favorable para el gobierno de Montt en el combate de Cerro-Grande, a

inmediaciones de la Serena, librado el 29 de abril de aquel año, el señor Palma puso de manifiesto sus deseos de orden, de paz y de reconciliación al manifestar el 6 de mayo que, si "los opositores, por prudencia, por conveniencia, por civismo, deben abandonar la senda revolucionaria, los ministeriales, en fuerza de los mismos motivos, deben ser generosos, procurando que desaparezcan esas rivalidades mutuas que los han dividido, para que deje de existir en breve toda causa que tienda a turbar la armonía y buena inteligencia que debe reinar entre hermanos".

Durante el tiempo de su redacción ocurrió en Valparaíso un motin en el que encontró la muerte el general don Juan Vidaurre Leal, vencedor en el combate de Cerro-Grande. Estractaremos del editorial de **El Mercurio** del 21 de septiembre de 1859, el relato de tan trágico suceso.

El 18 de aquel mes estaban las autoridades oyendo misa en la iglesia de la Matriz, mientras dos batallones de guardias cívicas "se hallaban formados en línea desde la plaza municipal hasta las puertas del templo, con sus armas en pabellón", cuando a eso de las doce sonaron algunos disparos dirigidos a la tropa indefensa por un grupo de paisanos apostados en las bocacalles inmediatas.

En seguida entraron los agresores en la plaza dando gritos a la libertad y con intentos de apoderarse de las armas de los cívicos, pero fueron rechazados. Mientras tanto daban noticias al general Vidaurre de lo que sucedía; este salió del templo con toda precipitación, y en el momento en que se ponía al frente de la tropa para atacar a los amotinados, una bala le atravezó el costado, de cuya herida falleció a las tres horas.

"La lucha entre la tropa desprovista de municiones y los revoltosos se hizo desde luego tenaz, quedando restablecido el orden después de algunos momentos de tiroteo al grito unísono de "¡Viva Chile! ¡Viva el Gobierno! ¡Vivan las instituciones!"

En un segundo editorial, dedicado al militar muerto, se decía:

"El general Vidaurre ha sido víctima de la fatalidad; su lealtad y su valor le hicieron pisar impávido la mina ya cargada por la mano de la anarquía, a quien su buena fe creyó posible desarmar: lo prueba la incesante agitación en que hace un año rebuye esta sociedad (*); lo prueban las conspiraciones sofo-

---

(*) El 28 de febrero de aquel año había ocurrido otro motin en el barrio de San Francisco. Los amotinados atacaron el palacio de la

cadas y descubiertas durante él; lo prueba el corto tiempo de residencia que contaba el general Vidaurre entre nosotros y los ningunos odios que la mansedumbre y bondad de su carácter habían podido despertar entre el pueblo, y lo prueban, en fin, el profundo dolor y las sinceras lágrimas con que todas las clases de la sociedad han atestiguado su respeto y estimación a la memoria de ese soldado leal y generoso.

"El general Vidaurre ha sido víctima del principio de autoridad que con tanta constancia y decisión ha defendido; sus matadores han herido en él al Intendente de Valparaíso, no al vencedor de Petorca y Cerro-Grande: esta es nuestra opinión."

El señor Palma no había militado en las filas de los partidos políticos de carácter oficial. Era demócrata por convicciones propias, y, por lo mismo, independiente y franco cuando estampaba sus pensamientos en el periódico. Amaba sinceramente al pueblo oprimido; amaba la libertad bien entendida; amaba el derecho que protegía al débil, y amaba la verdad sobre todas las cosas.

En sus editoriales resplandecían siempre esos amores. Escribía con razonamientos que llegaban al corazón del lector. Su estilo era sencillo, serio y conciso. No empleó jamás el período declamatorio y hueco de los demagogos y de los petulantes.

Con él se hizo **El Mercurio** mentor del público indiferente en política, y opositor de la prensa supeditada a los monttvaristas.

Estuvo en la redacción un año y varios días, pues se retiró de ella el 12 de marzo de 1860. En el artículo en que se despidió de los lectores manifestaba que "la situación excepcional que atraviesa el país, y sobre, pesares domésticos, me obligan a abandonar la carrera del periodismo."

Se retiró de **El Mercurio** y quebró su noble pluma de periodista, "hastiado de la injusticia y mala fe con que se calificaban sus escritos" por la prensa gobiernista, como asevera don Santos Tornero en la página 166 de su memorias.

Intendencia. En esa ocasión ya era intendente el general Vidaurre, quien al frente de alguna tropa restableció el orden.

Ese año de 1859 fué nefasto. Las prisiones, las deportaciones y las condenas a muerte estuvieron a la orden del día. En el capítulo XVIII de "Reminiscencias de un Viejo Editor" están las listas de los procesados políticos.

Le sucedió en el puesto don Juan R. Muñoz, el eterno redactor suplente, en quien parece que nunca se tuvo confianza plena como para dejarle en propiedad la redacción editorialista.

Lo que ocurrió después de la salida del señor Palma lo cuenta don Santos Tornero, que se encontraba en Valparaíso a fines de mayo de 1860, en los siguientes párrafos que se hallan al final del capítulo XIX de su interesante libro:

"Me encontré a mi llegada con la novedad de que, por orden del gobierno, había sido desterrado mi hermano a San Fernando y separado de la redacción don Martín Palma, cuyo puesto había ocupado durante algunos meses, quedando en su lugar don Juan Ramón Muñoz, redactor noticioso del **Mercurio,** que había sido ganado por el Intendente, mediante la propina del puesto de secretario de la Municipalidad. Es de advertir que el señor Muñoz había sido el autor, como redactor accidental, de ciertos artículos que ofendieron al Intendente Novoa y a los agentes de seguros con motivo del incendio de noviembre de 1858, cuyos artículos leí yo en Europa, causándome gran disgusto, pues preví los desagradables resultados que podían acarrear al **Mercurio.**

"Dos o tres días después de mi llegada a Valparaíso regresó mi hermano de San Fernando. Se le había levantado el destierro que ya era innecesario mediante mi presencia en Valparaíso. Entre tanto siguió el señor Muñoz de redactor en el **Mercurio**, durante un mes, pero ejerciendo menos libertad de acción que la que antes tenía. Un incidente ocurrido cuando yo empezaba a asistir a la oficina, dará a conocer cómo se llegaron a manejar los asuntos de la redacción. Hallábame yo sentado una mañana en la mesa en que el señor Muñoz acostumbraba a escribir, cuando se presentó en la puerta de la pieza un ayudante del Intendente, que de buenas a primeras, sin reparar a quien hablaba, dijo estas textuales palabras: "Manda decir el señor Intendente que si han recibido ustedes unos papeles de **tal parte** (una capital de provincia) no publiquen nada sin verse antes con él". Púseme yo en pie y contesté al ayudante: "Diga usted al señor Intendente que no se han recibido esos papeles, y que en caso que se reciban, yo sabré lo que se ha de hacer sin necesidad de consultarle". — Me dictó está respuesta la dignidad del **Mercurio** ultrajada. No estaba yo acostumbrado a recibir órdenes semejantes de nadie."

Esto debió ocurrir a fines de junio, porque el 2 de siguiente mes apareció en lugar preferente un aviso a los lec-

tores, firmado por don Santos Tornero, quien después de hacer un breve relato de las vicisitudes sufridas por el **Mercurio** durante el tiempo que él estuvo ausente, manifestaba que asumía la responsabilidad de cuanto en adelante se publicara en el diario "sin odios en el corazón y con el sincero deseo de que se olvide lo pasado".

Y a continuación añadía estas memorables y altivas palabras, muy propias de su carácter y del que le había impreso al periódico:

"El **Mercurio**, que no tiene otra bandera que la tricolor de la república, que no es diario pasionario, sino de la nación chilena, debe ser independiente y lo será bajo mi dirección'.

"Huirá el **Mercurio**, agregaba, con el mayor cuidado, toda discusión política, pues sabe muy bien que sería peligroso para él ocuparse de tan delicada materia en las circunstancias actuales del país, y el día en que la prensa éntre nuevamente en el goce de sus derechos, protesta desde ahora el **Mercurio** que tratará de política sólo en el punto de visto digno y elevado que conviene a un diario serio e independiente.

"Acaso esta marcha no satisfaga las exigencias del poder ni la de los partidos, por aquella odiosa máxima, muy acreditada en política, de que **el que no está conmigo es mi enemigo**; pero la culpa en tal caso no será del **Mercurio**".

Durante un año y un mes no se supo quien o quienes escribieron en la sección editorial de **El Mercurio**, encargada "a persona competente". En ese tiempo se publicaban uno, dos, o a lo sumo tres editoriales por semana. Estos eran breves pero estaban bien concebidos y escritos. En esos artículos se trataron diversidad de materias de orden financiero, económico, administrativo, industrial, comercial, social, literario, religioso, etc.; pero rara vez se abordó la cuestión política. Unicamente se trató este tema cuando, a principios de 1861, se empezó a hablar de la candidatura presidencial. Con este motivo entabló **El Mercurio** una corta polémica con "El Ferrocarril", el diario incondicional de los montt-varistas. He aquí una muestra de la opinión al respecto de nuestro periódico, expuesta en el editorial del 23 de enero, intitulado "La candidatura de la idea y la candidatura del hombre":

"Generalmente hablando, la humanidad se ha dejado llevar por las influencias de los individuos, y muy rara vez por las influencias de las ideas.

"Ha acatado los hombres, y no se ha guiado por los principios.

"Se ha dejado seducir por el brillo real o aparente de las personalidades, y no por la verdad del pensamiento.

"Se ha entregado maniatada a la fuerza del hombre, y no ha escuchado la voz de la razón.

"Los pueblos se han destrozado por ensalzar a éste o por sostener a aquél tomando por enseña un nombre propio, y no han luchado por hacer triunfar una idea y por plantear un principio.

... ...

"El **Mercurio** pedía la candidatura del pensamiento y "El Ferrocarril" nos responde con la candidatura de la persona.

"El **Mercurio** solicitaba el programa y "El Ferrocarril" señala al hombre".

Se refiere a la candidatura de don Antonio Varas, el amigo inseparable de don Manuel Montt que tanto le ayudó en su decenio presidencial.

Pero nuestro diario permaneció indiferente a la lucha política. Unicamente salió a la palestra cuando se presentó la candidatura de don José Joaquín Pérez.

El 13 de julio de aquel año, en un editorial titulado "La situación y la candidatura Pérez", decía:

"Pérez se presenta a todos como un emblema de fraternidad y de reconciliación; y se constituye su campeón un antiguo servidor de la nación; hombre de espada, pero que esta vez, elevándose a la altura de las circunstancias, comprende que el bien público pende de un gobierno moderado que sirva a conciliar las contrapuestas exigencias de los bandos políticos, y que imprimiendo a la administración una marcha prudente y razonable, ponga término a las disensiones que nos dividen.

"Esto significa la presidencia de D. Joaquín Pérez para el país.

"Al descender de su puesto D. Manuel Montt, este hecho será, lo esperamos, una reabilitación a los ojos de aquellos que no aprobaron su conducta política, y mostrándose consecuente al empeño que se dice ha contraído para sacar triunfante en los colegios electorales a aquel esclarecido ciudadano, volverá al seno de la vida privada acompañado de las bendiciones de sus ciudadanos.

"Los que combatían sus pasados desaciertos estarían dispuestos a echar un velo sobre los rencores que ellos han sembrado. Los chilenos son muy generosos en sus contiendas; y acaso por esto son menos cruentas que las que nos muestra la

historia de otros pueblos hermanos. Todo el mundo aplaudiría un paso tan acertado.

"Pérez es el progreso, porque lo apoya la gran mayoría de los chilenos ilustrados.

"Pérez es la prenda del tranquilo desarrollo de las facultades y de los recursos nacionales, porque siendo el cimiento de la paz, crecerán a su sombra todos los gérmenes de fecundidad que encierra nuestra patria.

"Pérez es el crédito en el interior, y en el exterior la mejor garantía del crédito ora vacilante por una serie de crisis calamitosas.

"Precedido de honorables antecedentes, mostrando su frente pura de todo reproche, y animado solamente de generosos sentimientos, nos tiende la oliva de la paz, y Chile debe corresponderle con un voto íntimo de esperanza y fe en el porvenir".

Poco se ocupó **El Mercurio** de la candidatura de don José Joaquín. Dos o tres veces desde la fecha de estampada la anterior opinión hasta el 31 de agosto trató del asunto desde un punto distante del político.

La elección del señor Pérez fué de las más pacíficas de las que hasta entonces se habían efectuado.

El editor de **El Mercurio** creyó llegado el momento oportuno de que su diario volviera a la actividad anterior en lo que respecta a tratar de los actos gubernativos con la franqueza acostumbrada, y nombró redactor editorialista en propiedad a don José Antonio Torres, quien comenzó sus tareas el 1.o de septiembre de 1861.

No se anunció su entrada en la redacción, por lo que es de presumir que se comprometiera a seguir las inspiraciones de don Santos Tornero.

El 4 de septiembre escribió un editorial intitulado "El horizonte se despeja", en el que se manifestaba adicto al programa del nuevo presidente. He aquí algunos de los párrafos más importantes:

"Ya ha sido proclamado con las solemnidades de estilo presidente de la República el señor D. José Joaquín Pérez.

"El carácter, moderada política y antecedentes de este caballero, presajian tiempos bonancibles para el país. Todos, al menos, han recibido bien su proclamación y abrigan esperanzas más o menos fundadas.

"El porvenir que hace poco tiempo se presentaba oscuro y misterioso, ahora se deja ver despejado de esas nubes importunas que hicieron temer por él a los buenos ciudadanos, y el

país, entrando en una nueva senda, espera confiado la prudente dirección de expertos pilotos que lleven a puerto feliz sus grandes destinos".

... ...

"El **Mercurio**, que en estos últimos tiempos ha llevado hasta cierto punto una marcha prescindente en política, tomando una que otra vez la palabra para hacer una advertencia útil o dar un prudente consejo, entrará de lleno en adelante en todas las cuestiones que se presenten interesando los intereses generales, llenando, como siempre, su delicada misión con lealtad, independencia y franqueza.

... ...

"Reconciliación y olvido, son las palabras de consuelo que hasta ahora han salido de boca del nuevo presidente. Reconciliación y olvido piden también los buenos ciudadanos y con ellos el **Mercurio** que desea de corazón el perpétuo afianzamiento de la paz, de las libertades, derechos y garantías de los hombres de todos los partidos y de todas las opiniones.

"El talento y el patriotismo salvan las más difíciles situaciones de los pueblos: todos ofrecen sus contingentes al señor Pérez; puede, pues, dar principio a la obra sin olvidarse que sobre él están fijas todas las miradas.

"El **Mercurio**, lleno de animación y buen espíritu, recomienza sus tareas".

Las halagüeñas esperanzas que se tenían cifradas en la gestión gubernativa de este diplomático transigente, bondadoso y pacífico que no se había mezclado en las disputas de partido, no se frustraron. Con él se inició nuevamente una era de paz interior muy propicia al progreso cultural, político y social.

Del extremado régimen de autoridad que impuso el gobierno montt-varista apoyado firmemente en el espíritu de la constitución de 1833, se pasó al régimen de una libertad amplia y bien entendida con don José Joaquín Pérez. Antes que él ningún gobernante, comenzando por don Diego Portales, creyó en que con libertad política podía haber orden. El supo hermanar la libertad y el orden con suave diplomacia. Sus sucesores en el poder supremo de la República han seguido esta táctica con excelente resultado.

Al iniciarse, pues, este régimen de libertad de prensa, reanudó **El Mercurio** su marcha anterior con un redactor editorialista muy conocido y acreditado. Don José Antonio Torres

contaba a la razón treinta y tres años de edad, y ya había conquistado un lugar preferente en las letras con alguna novela, varios dramas y leyendas en verso, y unos cuantos folletos políticos. Como periodista era considerado uno de los mejores de aquel tiempo por sus escritos de todo género, en particular de costumbres, publicados en "El Progreso", "El Telégrafo", "El Correo Literario" y otras publicaciones diarias y periódicas de importancia. Pertenecía al partido liberal, y por su carácter franco e independiente había sido desterrado por el gobierno montt-varista.

Estuvo al frente de la redacción año y medio. Durante ese tiempo escribía tres o cuatro editoriales por semana sobre diversidad de materias en un estilo reposado y correcto. **El Mercurio** se reconcilió entonces con aquella parte de la prensa que había mirado mal la independencia que había observado nuestro diario en todo el decenio presidencial del señor Montt, pero atacó, sin sostener polémicas con ella, a cuantas publicaciones se mantenían fieles al partido montt-varista y hacían una oposición injusta, sistemática e inoportuna al nuevo gobierno. En aquellos días en que el pensamiento podía ya estamparse con letras de molde sin trabas de ninguna especie, se escribieron y publicaron muchos libros y folletos contra don Manuel Montt. La multitud de escritores y políticos que habían sido perseguidos por los gobiernos de este mandatario, se desahogaban ahora sacando a relucir únicamente lo malo que había hecho. Nuestro diario no se ensañó, pero aprocechaba la oportunidad, cada vez que daba cuenta de la aparición de una obra de esa índole, para resollar, de una manera moderada, por las muchas heridas que le había hecho el montt-varismo.

El señor Torres, como todos los redactores que le habían precedido, era únicamente responsable de los editoriales; más como por su honradez y buen criterio se captó la confianza del señor Tornero, éste le confió al poco tiempo la responsabilidad que correspondía al editor del diario.

Con mucho lucimiento desempeñaba ambos cargos, cuando el 28 de febrero de 1863 se despidió repentinamente de los lectores por tenerse que consagrar a "intereses particulares que demandan mi atención"; pero les prometió que continuaría escribiendo periódicamente desde Santiago para seguir "abogando por la causa de los pueblos, a la que ya llevo consagrados quince años de mi vida".

En efecto, desde los primeros días de marzo de aquel año comenzó a aparecer, en forma de folletín, la "Historia de la

semana", serie de artículos sumamente interesantes que estuvo escribiendo hasta su fallecimiento. (*)

Inmediatamente, el 2 de marzo, le sucedió don Isidoro Errázuriz, notable pero vehemente escritor, quien se anunció de esta suerte: "Desde hoy me he hecho cargo de la redacción del **Mercurio** y soy exclusivamente responsable por las ideas emitidas en la parte editorial de este diario."

Debajo de este aviso iba el siguiente artículo del editor:

"La nueva redacción del **Mercurio** no cree necesario ocupar al público con un largo programa de los principios a que está resuelta a sujetar su marcha.

"El carácter de esta publicación y los antecedentes del redactor, en la prensa del país, indican al público, mejor de lo que un programa pudiera hacerlo, cuáles serán las ideas dominantes en las columnas de nuestro diario.

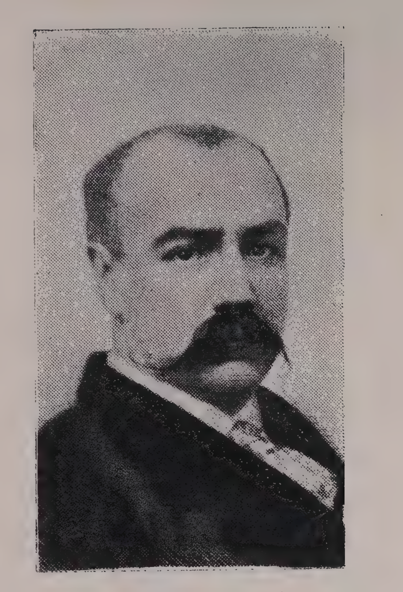
"Publicación sin compromisos con gobiernos o partidos disciplinados, órgano de los sentimientos de la mayoría del país y defensor del derecho de todos los ciudadanos, el **Mercurio** de Valparaíso se esforzará en dar expresión a las aspiraciones generosas del país en sentido de la reforma y del progreso en su vida interior y del afianzamiento de las instituciones republicanas de la América, por medio de la acción enérgica de nuestros pueblos en un grande estado hispano-americano.

"El **Mercurio** no apoyará monopolio ni privilegio en favor de personas o causa alguna. Buscará, por el contrario, en la libertad la solución de las cuestiones industriales, políticas y comerciales que preocupan a nuestro país.

"Representante de la ciudad más industriosa y mercantil de la república, el **Mercurio** será el apóstol incansable del mantenimiento del orden público, mientras éste tenga por base la observancia de la ley y el respeto a las garantías de todos. Fuera de estas bases, no hay orden público imaginable. En donde cesa el imperio de la ley y de las garantías, comienza el imperio del desorden. La experiencia de diez años ha consignado esta verdad en nuestra historia con caracteres sangrientos y elocuentes."

En su primer artículo, titulado "Luz y sombras", se de-

(*) Don José Antonio Torres murió en el mes de marzo de 1864 Entre las obras que escribió, podemos mencionar los dramas "Carlos, o amor de padre" y "La independencia de Chile"; el interesante libro de crítica social "Educación de la mujer"; el folleto político "Oradores chilenos: retratos parlamentarios"; la novela "Misterios de Santiago", y algunas obras más que dejó inéditas.



D. B. Vicuña Mackenna



D. Manuel Blanco Cuartin

claró el señor Errázuriz partidario entusiasta del sistema gubernativo de don José Joaquín Pérez.

"Chile ha entrado, decía, desde 1861, a un hermoso momento de su existencia como nación independiente y republicana. Al cabo de medio siglo de ensayos más o menos desgraciados, de discordias sangrientas, de anarquía y de despotismo, de esperanzas burladas y de reacciones aparentemente victoriosas; comienzan a echar raíces en nuestro suelo político las prácticas constitucionales y democráticas, se extiende la fe en los resultados de la libre discusión e imperan en la conciencia pública teorías exactas acerca de la naturaleza de la misión de los gobiernos y de las garantías e iniciativa de los ciudadanos.

"Nada ha puesto más de relieve este progreso en nuestra vida política que la manera cómo el país ha pasado del régimen irresponsable y profundamente inmoral de los Diez Años a la situación legal que atravesamos. Ha habido una reacción profunda e irresistible de todos los elementos puros y vigorosos que encerraba el país en sus entrañas contra la situación a que condujeron a la república los mandones que la gobernaron hasta 1861. Pero esta reacción no ha venido acompañada de explosiones desordenadas ni de las turbulencias que acarrea de ordinario la emancipación de los pueblos oprimidos. Ningún grito de venganza se ha mezclado a los que saludaban con alborozo el advenimiento de la nueva era; la voz de la discusión pacífica y digna ha dominado durante diez y ocho meses en la prensa y en la asociación, únicos órganos de las aspiraciones nacionales. Justicia ha sido la exigencia; libertad y progreso, el ensueño de nuestros pueblos. Mientras que, por una parte, se ha condenado unánime e implacablemente el sistema gubernativo del decenio, se ha respetado con estrictez religiosa el principio de la inviolabilidad y del respeto a los individuos, se ha impuesto silencio a los odios y se ha cerrado la puerta a las venganzas que provocaban los espantosos excesos de la época pasada."

Esta era, en verdad, la situación política de Chile; mas si el señor Errázuriz se declaraba sin reservas partidario del señor Pérez, al poco tiempo se manifestaba abiertamente enemigo del ministro del Interior don Manuel Antonio Tocornal, del partido conservador, quien había combatido al gobierno montt-varista durante los últimos años del decenio. El señor Tocornal fué un político muy prudente que supo apaciguar los odios y las rencillas de los partidos, y que defendió siempre en el Congreso, con claro talento, la política de concordia del presidente Pérez.

El señor Errázuriz desempeñó su cargo con mucho brillo.

Escribiía casi todos los días editoriales breves sobre temas de interés general. Alentó el fomento de las industrias, abogó por el hermoseamiento de Valparaíso y se ocupó de política nacional e interancional.

Repentinamente apareció el siguiente lacónico aviso:

"Desde hoy cesa mi responsabilidad en la parte editorial de este diario. — **Isidoro Errázuriz**".

¿Qué había sucedido? Don Santos Tornero no lo dice en sus memorias, pero deja entender que estaba en desacuerdo con su redactor respecto a la política de opisición que seguía contra el señor Tocornal. Como el señor Errázuriz se declaró luego enemigo del célebre editor, creemos oportuno copiar lo que éste manifiesta al referir la retirada de don Isidoro:

"Redactores hubo que sólo por sus fines particulares se hicieron cargo de la redacción. Tales fueron, por ejemplo, los señores don Ambrosio Montt, en 1853, y don Isidoro Errázuriz, en 1863. El primero con el ánimo de darse a conocer, haciendo ver lo de que se creía capaz como escritor, sirviéndole el **Mercurio** de escalón para subir. El segundo para granjearse amigos y clientela en Valparaíso en pro del diario "La Patria" que pensaba fundar y que en efecto fundó, cuando creyó ya preparado el terreno."

La despedida del señor Errázuriz se insertó el 13 de julio. A continuación de ella el señor Tornero anunciaba que mientras se organizaba otra redacción, él asumiría la responsabilidad de los editoriales.

Mes y medio duró esta situación. El 28 de agosto de aquel año apareció este otro aviso:

"Desde hoy la parte editorial del **Mercurio** queda bajo la dirección y responsabilidad del que suscribe. — **B. Vicuña Mackenna**".

A continuación de este aviso va el primer artículo del nuevo redactor. Se titula "La situación y la prensa", en el cual se traza, con lisonjeras frases, el estado político del país. Sus últimos párrafos están dedicados a exponer el programa de la redacción que comenzaba ese día. Helo aquí:

"Al asumir en la prensa diaria la gerencia del más antiguo diario de Chile y de la América española, decía, conocemos que nos echamos sobre los hombros una enorme responsabilidad. Tenemos la íntima conciencia, y tal la hemos abrigado siempre, a pesar de los vulgares sarcasmos de algunos críticos, que la prensa no es un oficio sino una misión. Creemos más. Estamos persuadidos que el diarismo tiene un gran porvenir en esta re-

pública, en que todos se afanan por ilustrarse o ilustrar, y que día podrá llegar, como ha llegado para la Europa y la América del Norte; en que la prensa, convertida en una institución, rescate a sus leales servidores de la persecución y de la nulidad sistemática a que se les condena en nuestros países, asignándoles al fin su verdadero puesto en la sociedad y en los gobiernos.

"Los escritores públicos, desde Monteagudo a Irisarry, han sido hasta aquí los párias de la América.

"En estos días don Bartolomé Mitre ha probado, empero, que los diaristas saben ser dignos caudillos de grandes pueblos.

"Con las convicciones de esos grandes fines de la prensa, y no por cierto a impulso de esas deslumbradoras ambiciones, que serían pueriles en nosotros, emprendemos, pues, el cumplimiento de nuestro árduo deber.

"Tenemos ya conquistada una gran perspectiva de éxito, y esta es la absoluta independencia de la conciencia en una empresa que es también (y esto lo declaramos en alta voz para que todos los oigan) independiente de todo círculo político, y mucho más de influencias o intereses personales.

"Desde hoy, pues, pertenecemos a la vasta comunidad chilena que se inspira en las opiniones del **Mercurio** y fortalece con su adhesión los principios de libertad y progreso que este diario se esfuerza en representar.

"A todos tenemos, pues, algo que pedir. A los amigos, cooperación. A los adversarios, tolerancia. A todos, indulgencia."

Don Benjamín Vicuña Mackenna era ya el escritor de moda. Había escrito, entre otras obras, una notable y original semblanza de don Diego Portales; el libro "El ostracismo del general don Bernardo O'Higgins", y estaba publicando una recopilación de documentos acerca del decenio presidencial de don Manuel Montt. Estas obras eran entonces objetos de comentarios de diversa índole y habían dado origen a polémicas y controversias. Por esto y porque **El Mercurio** necesitaba un redactor de gran prestigio para contrarrestar la competencia que le hacía "La Patria", de Valparaíso, dirigida y redactada por don Isidoro Errázuriz, fué la causa principal que obligó a don Santos Tornero a escoger al ilustre publicista para redactor principal de su diario.

Las condiciones en que entró en la redacción principal la hemos encontrado en un editorial del 10 de febrero de 1864, en el que se inicia una polémica personal entre el señor Vicuña

Mackenna y don Guillermo Matta, redactor de "La Voz de Chile". He aquí los párrafos principales:

"En el mes de agosto del último año hizo viaje a Santiago el editor del **Mercurio** D. Orestes L. Tornero y me ofreció la redacción de este antiguo diario, pidiéndome mis condiciones. Después de exigir un corto plazo para reflexionar, le respondí que aceptaba y que mis condiciones eran las tres siguientes: 1, absoluta independencia en la redacción política del diario; 2 mi residencia en Santiago, y 3 la **obligación** única de enviar un editorial diario al **Mercurio**, sin que tuviera yo **por deber** la más mínima participación en el resto del diario. Yo era redactor político y nada más.

"Después de consultarse con su señor padre, aceptó el señor Tornero mi llana propuesta; y desde el 28 de agosto del año que expiró, redacto el **Mercurio** sin que esas condiciones hayan sufrido la más leve alteración".

Como es natural, en esa declaración no se menciona el honorario que mensualmente recibía, pero sabemos que éste era superior a trescientos pesos, suma extraordinaria en aquellos tiempos.

Don Benjamín trató de muchas cuestiones en sus editoriales con interés y entusiasmo; mas si hemos de ser francos, como lo hemos sido hasta aquí, debemos decir que el señor Vicuña Mackenna no tenía entonces las cualidades del verdadero periodista. Fué el historiador más fecundo, ameno y notable de toda la América a quien todavía no le ha superado nadie; pero como diarista le faltaba los dotes que poseían, y con los cuales brillaron, don Juan Carlos Gómez, don Anacleto de la Cruz y, sobre todos, don Santiago F. Godoy. Eso lo hemos podido apreciar leyendo con atención la mayor parte de sus editoriales.

Esto no es extraño ni en don Benjamín, a quien admiramos profundamente, ni en otros escritores de fama mundial. ¿No se cuenta que don Benito Pérez Galdós, el gran novelista a quien jamás le faltó fecundia, no podía improvisar de palabra en público y que en el Congreso de los diputados leía sus discursos? Cuando un escritor sobresale en un género cualquiera de los muchos en que se divide el arte literario, la generalidad del público cree que todo lo que traza su pluma es perfecto en la forma y completo en el fondo. Sin embargo, mientras más notable es o más especializado está un escritor en un género, menos apto es, con frecuencia, para los demás. Los inimitables comediógrafos Serafín y Joaquín Alvarez Quintero fracasarían

ruidosamente el día que intentaran dejar de componer la comedia fina, ligera y graciosa de ambiente andaluz en que tanto brillan, para dedicarse al drama trágico de Echegaray o al filósofo de Benavente. Un gran periodista no puede, por lo general, trazar un capítulo de novela con el acierto del verdadero narrador, ni éste conseguirá escribir una simple gacetilla con el laconismo y la precisión de aquél. Por consiguiente, no debe extrañar al lector que sustentemos la creencia de que el señor Vicuña, durante el corto tiempo que redactó los editoriales, no dió el resultado que de él esperaba el editor de **El Mercurio,** buen perito en la materia.

Nada dice el señor Tornero acerca de la labor del señor Vicuña Mackenna ni de los motivos de su renuncia; únicamente se circunscribe a copiar el articulito en que don Benjamín se despide de los lectores, cuyo párrafo inicial dice: "Razones que atañen más a los intereses materiales de la empresa del **Mercurio** y a los propios míos que a la nueva política que va a desarrollarse en el país a consecuencia de las elecciones que acaban de tener lugar, me aconsejan a separarme de la redacción de aquel diario que he servido durante siete meses."

¿Cesaría en su puesto porque el editor le querría rebajar el sueldo, como parece indicarlo "las razones que atañen a los intereses materiales" del uno y del otro? ¿Se encubrirían con esas palabras otras razones como, por ejemplo, las de que el señor Tornero se negara a que don Benjamín prosiguiera la polémica personal que poco antes habíase iniciado entre don Guillermo Matta y el señor Vicuña Mackenna? Lo ignoramos.

Más adelante se decía en el articulito de referencia: "Cualquiera que haya sido mi manera de juzgar los hombres y las opiniones, confío en que se me hará por todos la justicia de haber cumplido mi deber de periodista con conciencia, con sinceridad, y sobre todo con absoluta independencia. Esto con relación al público.

"Respeto a la empresa del **Mercurio,** me hago un deber en declarar que no he encontrado en ella sino las consideraciones de aprecio y de hidalguía que son propios de una casa respetable. Por mi parte, he creído llenar también satisfactoriamente el puesto que se me había confiado. Esto con relación a los editores del **Mercurio**".

Los demás párrafos estaban dedicados a recomendar al escritor que le sucedía. Esta despedida se publicó el 31 de marzo, y al subsiguiente día apareció la advertencia editorial que copiamos:

"Los lectores del **Mercurio** habrán visto en nuestro número de ayer la despedida del señor D. Benjamín Vicuña. Los editores, al paso que sienten cuál es debido la separación de un escritor tan inteligente, tienen la satisfacción de anunciar a sus favorecedores, que el lugar que el señor Vicuña ha dejado vacante lo ocupa desde hoy una persona bastante conocida de los lectores del **Mercurio,** el señor don Martín Palma, a cuyo cargo queda la redacción en jefe del periódico. Al mismo tiempo la redacción local y la parte noticiosa del **Mercurio** ha sido encomendada a D. B. A. Riobó, conocido también de nuestros lectores; y por fin, en cuanto a la crónica local, seguirá, como hasta aquí, confiada a D. Román Vial. También cuenta la empresa para lo sucesivo con la colaboración de inteligentes escritores que honrarán las columnas del **Mercurio** con sus producciones, incluso el mismo señor Vicuña que hoy se separa de la redacción en jefe. — **Los editores."**

El señor Vicuña Mackenna fué desde entonces el más asiduo de los colaboradores del diario. Cuando el ilustre escritor hizo más tarde un largo viaje por Europa, le estuvo enviando una interesante serie de artículos firmados con el seudónimo de "San-Val". He aquí lo que él mismo dijo al respecto en un escrito del año 1877 a propósito de los corresponsales que había tenido el periódico:

"Otros no han sido buenos ni malos, porque fueron simplemente felices como **San-Val,** que escribió desde todos los ríos y de todas las montañas de Europa cuando se oía en la redondez del atónito mundo el cañón de Sedán...

"Un detalle, o una indiscreción íntima. **San-Val** recibió por su trabajo salario no de corresponsal sino de rey: veinticinco mil francos por cincuenta cartas, a "cien pesos por **San-Val":** verdad es que el franqueo de cada paquete en el Rhin, en el Ródano, en el Tiber, en el Mein, en el Guadalquivir, en el Pó, en el Manzanares, en el Gironda, en el Támesis, en el Loira, en el Sena, en el Cuadalaviar, costaba de cinco francos para arriba "cien francos por **San-Val".** (*)

(*) En ese mismo artículo decía el señor Vicuña Mackenna que **El Mercurio** había sido "el primer diario de Chile que no sólo ha pagado con magnificencia corresponsales en el extranjero, sino el primero y tal vez el único que ha canjeado por metálico la cooperación intelectual: oro por tinta; pan por cerebro." Y más adelante añadía: "Los demás diarios de Chile tratan por lo general la producción puramente literaria como el pasto que deja el yerbatero en el rincón: cuando más

En el mismo día en que dejó el señor Vicuña su puesto, se formó la sociedad editora "S. Tornero e Hijos", de la cual trataremos en el próximo capítulo.

Don Martín Palma, que ya había redactado el diario durante un año a entera satisfacción de los editores, se hizo cargo de la redacción el 1.o de abril de 1864 sin exponer su programa, quizás por ser el mismo que siguió en su período de 1859 a 1860. En la advertencia que publicó en esa fecha manifestó que asumía "únicamente la responsabilidad de las opiniones que emita en mis escritos, para lo cual irán siempre éstos firmados con las iniciales de mi nombre". A continuación agradecía los elogios con que lo había anunciado su antecesor, y se permitía decirle que si su mérito como escritor era muy inferior al suyo "y si hemos tenido y tenemos en política opiniones distintas, hay sin embargo entre nosotros un gran punto de contacto, cual es la lealtad, la independencia, la honradez y la franqueza, siendo esto también lo único que, en su calidad de redactor", ofrecía él a los lectores de **El Mercurio.**

Un mes, únicamente, estuvo el señor Palma en el diario, durante el cual sólo escribió ocho o diez editoriales acerca de distintas cuestiones de interés nacional y local, y también sobre la toma de la isla peruana Chincha por una escuadrilla española al mando del contralmirante don Luis H. Pinzón, el 14 de abril de 1864. El 19 de aquel mes, en tono sereno y razonamiento ecuánime, manifestó que "al escribir sobre el próximo conflicto que parece tendrá lugar entre la España y el Perú, no pretendemos dar la razón a ésta o a aquél, pues todavía tendremos nuestro juicio en suspenso, hasta que nos sea dado apreciar los antecedentes. Sólo en vista de los fundamentos suficientemente legalizados que aparezcan, emitirá el **Mercurio** su opinión, sin sacrificar la justicia al espíritu de nacionalidad, y sin que nos ciegue esto para no ver aquélla; porque la razón y el derecho deben siempre acatarse y proclamarse, cualquiera que sea el punto donde se encuentre y aun cuando obremos en nuestra propia contra".

Esta serenidad no la perdió nuestro diario durante todo el

---

suelen darle de **vendaje** los domingos. ¡Melancólica y humillante confesión! Tres españoles han sido los únicos que en Chile han renumerado como editores la labor intelectual de los chilenos: Rivadeneyra, Tornero y Rafael Jover."

tiempo que duró la guerra con España, ni aún en los días del bombardeo de Valparaíso por la escuadrilla peninsular.

En el mes de mayo, sin aviso de ninguna clase, tomó la redacción principal el socio editor don Orestes León Tornero, quien trabajaba en la Empresa desde cinco años atrás. En este puesto se mantuvo hasta el 30 de octubre de aquel año en que su padre, cansado ya de la lucha que había sostenido durante veintidós años, creyó conveniente retirarse de la dirección del diario y depositarla en las ya fuertes manos de su hijo. Además, el conflicto suscitado por la toma de la isla de Chincha iba tomando mal cariz y se preveía ya una declaración de guerra a España de parte de Chile, y esto también le obligaba moralmente a dejarle **El Mercurio** a sus hijos para que ellos, como chilenos que eran, le imprimiesen el rumbo que desearan.

Veintiséis años de edad tenía don Orestes cuando se hizo cargo de la redacción principal de **El Mercurio.** No descolló como editorialista fogoso y brillante, pero sí como escritor prudente y culto.

Había recibido una esmerada educación en Europa y poseía mejores cualidades de escritor didáctico que de periodista. Tradujo varias obras de enseñanza, entre ellas una "Aritmética Decimal", la mejor que hasta entonces se había usado en las escuelas chilenas, y un "Compendio de Historia de América", declarada de texto en Chile.

Cuando en el año 1867 se disolvió la sociedad "S. Tornero e Hijos", a él le tocó el negocio de librería, y estableció en Santiago una imprenta para editar obras de recreo y de enseñanza. Murió a los 43 años de edad.

En este capítulo damos por terminado el primer período redactorial de la segunda época de la vida de **El Mercurio.** Esta etapa fué, sin duda, la más brillante que tuvo el diario durante todo el siglo XIX.

CAPITULO XV

LOS EDITORES SUCESORES DE DON SANTOS TORNERO

Disolución de la sociedad "S. Tornero e Hijos".—La Empresa se divide en dos ramas independientes.—Don Recaredo S. Tornero se queda con la imprenta y el diario.—Don Orestes L. Tornero adquiere la propiedad de todas las librerías.—Formación de la sociedad "Tornero y Letelier".—Esta se disuelve a los cinco años.—Noticias biográficas de don Recaredo S. Tornero.—Las mejoras que éste introdujo en la Empresa.—Quién fué el verdadero propietario de la imprenta y del diario desde 1875 hasta 1879.—Noticias biográficas de don Rafael Larraín y Mozó.—La actuación de don Camilo Letelier como director del diario y gerente de la Empresa.—Biografía de este joven periodista.—Nueva avaluación de la Empresa.—Lista de las publicaciones literarias más notables que vieron la luz desde 1865 hasta 1878.—Nómina de los redactores editorialistas principales desde 1864 hasta 1891.

Don Santos Tornero se embarcó para Europa a mediados de abril de 1866 acompañado de su esposa y de cuatro de sus hijos menores, y dejó al frente de los negocios de su Empresa a los dos mayores, Orestes y Recaredo, el primero en Santiago y el segundo en Valparaíso, bajo la razón social de "S. Tornero e Hijos".

El 1.o de noviembre de 1864 don Santos cedió a su hijo mayor la dirección general de sus negocios. En esa misma fecha decía don Orestes L. Tornero debajo de la declaración de su padre que ya hemos copiado en otro capítulo:

"Al aceptar la responsabilidad que me impone el importante puesto que se me confiere por el anuncio antecedente, no se me oculta la dificultad de llenarlo cual corresponde. Sin embargo, lo admito resueltamente en la confianza de que la contracción y la buena voluntad suplirá la insuficiencia..."

"Entre tanto, como el desempeño de este cargo requiere toda mi atención, me veo en la necesidad de dejar la redacción

que he estado desempeñando desde principios de mayo último..."

Poco tiempo duró también en el nuevo puesto porque a los tres años quedó disuelta la sociedad de los hijos con el padre según consta en este aviso dirigido al comercio:

"Desde el 1.o del corriente ha sido disuelta por mútuo convenio la sociedad que giraba en esta plaza y otros puntos de la república, bajo la razón social de S. Tornero e Hijos.

"El negocio de librería y artículos de escritorio, tanto en Valparaíso como en Santiago y demás sucursales, seguirá por cuenta exclusiva de don Orestes L. Tornero y bajo su sola firma. El negocio de imprenta con el diario **El Mercurio** y demás periódicos que en ella se editan, quedará por cuenta de don Recaredo S. Tornero y también bajo su sola firma.—Valparaíso, octubre 1.o de 1867.—Por poder de Santos Tornero, J. Ramón Sánchez.—Orestes L. Tornero.—Recaredo S. Tornero".

Aquí es oportuno, antes de seguir adelante, decir algo acerca de la vida de don Recaredo Santos Tornero que tomó la dirección y responsabilidad del diario desde la fecha indicada. De su hermano don Orestes Santos ya nos hemos ocupado.

Nació don Recaredo el 14 de octubre de 1842, al mes y medio de haber adquirido su padre la Empresa de **El Mercurio.**

Sus primeros estudios los hizo en el Instituto Nacional, y, al cumplir los quince años, partió a Europa acompañando a sus padres en el primer viaje que estos hicieron al Viejo Mundo para colocar a sus hijos en los mejores colegios y adquirir materiales modernos para la imprenta. En 1860 regresó a Chile después de haber estudiado con aprovechamiento en la Escuela Superior de Comercio de París, y se dedicó a las actividades de los negocios de su padre. Este, al comienzo de 1864, lo interesó en la empresa, y antes de cumplirse el año se encontraba regentando la sucursal que la imprenta y la librería de **El Mercurio** tenía en Santiago.

Cuando en 1867 se disolvió la sociedad de "S. Tornero e Hijos", él adquirió la imprenta y el diario de Valparaíso. Tanto en la una como en el otro introdujo importantes reformas, y a los dos años y medio se asoció al joven periodista don Camilo Letelier, según consta en el siguiente documento:

"Por escritura otorgada hoy ante el notario de esta ciudad que suscribe, se ha celebrado una sociedad colectiva en los términos y bases siguientes:

"1.o Los asociados son don Camilo Letelier y don Recaredo Santos Tornero, ambos domiciliados en esta ciudad.

"2.o La razón o firma social es "Tornero y Letelier".

"3.o Ambos socios se encargan de la administración y tienen el uso de la firma social.

"4.o El capital social es la suma de 100,000 pesos aportados por mitad entre los socios, dándose el señor Tornero por pagado de los 50,000 pesos como capital del señor Letelier. Los 100,000 pesos expresados son el valor total y material que fijan al establecimiento titulado **Imprenta del Mercurio** y sucursal establecida en el Callao.

"5.o La negociación de la sociedad es el giro relativo al ramo de imprenta y cualesquiera otros que los socios creyeran conveniente.

"6.o La sociedad se establece con domicilio en este puerto por el término de diez años, a contar desde el 1.o de abril de 1870, para terminar en igual día de 1880.—Valparaíso, marzo 16 de 1870.—Julio César Escala, notario público".

A poco de haberse constituído esta sociedad, marchó a Europa con el propósito de adquirir materiales y maquinarias para su industria y fundar en el país otras similares.

En París publicó el año 1872 la interesante obra intitulada "Chile Ilustrado", o sea una guía descriptiva muy completa de su territorio, de las capitales de provincia y de los puertos principales, y que a la vez era un resumen del estado de la industria, las artes y el comercio de Chile en aquel tiempo. Por ella obtuvo un premio en la exposición de Filadelfia el año 1876.

Regresó a Chile trayendo máquinas para fabricar papel, para confeccionar tipos de imprenta y para implantar en sus talleres el sistema estereotípico que tanta perfección da a los impresos.

Por desgracia, los ensayos que hizo en la industria papelera no le dieron resultados, y tuvo que abandonarla con pérdidas de consideración. Su fracaso no fué tan grande como para que nadie intentara reanudarlos, y, en la actualidad, cuenta Chile con varias modestas fábricas de papel en La Calera y Puente Alto.

Entonces decidió vender a su socio la parte que poseía en la Empresa de **El Mercurio,** y así lo hizo según consta en esta escritura:

"Por decreto fecha 27 del actual, expedido por el señor juez de comercio, se ha mandado publicar por el término de diez días el extracto de la disolución de la sociedad colectiva que giraba en esta plaza bajo la razón social de "Tornero y Letelier", cuyo tenor es como sigue:

"De instrumento ante mi otorgado en esta fecha por los se-

ñores Camilo Letelier y Recaredo Tornero, ambos de este domicilio, consta lo siguiente:

1.o Que se ha cancelado la escritura de sociedad que entre ambos tenían establecida con domicilio en este puerto para trabajar en el establecimiento industrial titulado **Imprenta del Mercurio.**

2.o Que disuelta la sociedad y separado de ella el socio señor Tornero, por compra de sus derechos que le hizo don Camilo Letelier. este último queda con el mismo negocio y con todo el activo y pasivo de él.

3.o La firma de la sociedad disuelta era la de "Tornero y Letelier".

4.o La escritura de sociedad que se ha cancelado se otorgó ante mi en 16 de marzo de 1870, y aunque en ella no se fija término para su duración, en su artículo 13, copiado a la letra, se estipula: "Si de la fecha en diez años creyese conveniente don Camilo Letelier vender la parte que le corresponde en el negocio podrá hacerlo todo a don Recaredo Santos Tornero, obligándose éste a comprarle en la misma suma que ahora recibe".

"Valparaíso, agosto 23 de 1875.—Julio César Escala, notario público. (A continuación va la inscripción del notario y conservador de comercio don José María Vega V.).

"En 1877, dice Pedro Pablo Figueroa en su "Diccionario Biográfico de Chile", efectuó un tercer viaje a Europa. A su vuelta tomó a su cargo los negocios de la testamentaria de su hermano Orestes, que lo ha hecho prosperar notablemente. Se ha dedicado a la edición de textos de enseñanza, de obras españolas y francesas vertidas al castellano. En 1891 editó el diario "El Comercio", de Valparaíso, siguiendo la política liberal del Presidente Balmaceda. Gozó de la noble amistad de este eminente estadista, cuya memoria ha enaltecido. Ha sido editor de diversas obras nacionales"

Falleció en Santiago el 26 de julio de 1902.

En **El Mercurio** del 29 del mismo mes y año se encuentra la siguiente gacetilla dedicada a su memoria:

"Antenoche, a las diez, ha fallecido en Santiago el señor don Recaredo S. Tornero. Era el extinto un avanzado e inteligente hombre de trabajo que desarrolló sus excepcionales dotes en el periodismo y en el comercio de librería. Su señor padre, el señor don Santos Tornero, fué uno de los primeros propietarios del **Mercurio.** La guerra del año 1865 amenazó los intereses de este caballero, por cuya razón se vió obligado a traspasar sus derechos a su hijo. Largos años de trabajo y de empeño decidido hicieron que la empresa robuste-

ciera su acción, hasta tomar un valor considerable. En estas circunstancias el señor don Recaredo S. Tornero la vendió a su socio el señor don Camilo Letelier.

"Pasó después el señor Tornero a fundar una fábrica de papel en el pueblo de Limache que fué destruída por un fuerte temblor.

"Dedicóse entonces al comercio de librería con infatigable ardor. Ultimamente habíase retirado de los negocios y vivía descansando de sus largos años de trabajos y actividad".

Entre las cosas notables que hizo en la Empresa durante el tiempo en que fué don Recaredo dueño exclusivo de ella, está la de haber puesto al frente de la redacción al fecundo y talentoso periodista don Manuel Blanco Cuartín, y construir especialmente para los talleres de la imprenta y las oficinas del diario un magnífico edificio en la hoy llamada calle de Prat, acera del cerro Alegre. Esta casa se levantó en un sitio erial con cimientos, propiedad de don Antonio Ferreira. Fué adquirido por don Recaredo en la suma de $ 11,500, según escritura extendida ante el notario don Joaquín 2.o Iglesias, el 15 de junio de 1869, año en que empezó la edificación. En este local estuvo **El Mercurio** treinta y un años. En 1925 fué demolido, y en la fecha en que escribimos esta obra no se ha levantado en ese sitio ningún edificio.

La vista de esta casa la hemos encontrado en el precioso libro que don Recaredo publicó en París. En esta misma obra se halla la siguiente leyenda: "El edificio ocupado por la imprenta del **Mercurio** es otro de los que en la misma calle llaman la atención por su frontis elegante y alegórico. Es de tres pisos todo de cal y ladrillo a prueba de fuego, y fué construído en 1870, (terminado, debería decir), por los arquitectos Burchard y Boulet".

Este edificio fué vendido a don Agustín R. Edwards Ross, según escritura fechada el 18 de marzo de 1875.

Los talleres y las oficinas de **El Mercurio** permanecieron en él hasta el año 1901 en que fueron trasladados al palacio en que hoy están, construído en la calle de la Esmeralda por los hermanos Edwards Mac-Clure.

En la época de la disolución de la sociedad "Tornero y Letelier", los diversos negocios de la Empresa, según el inventario que se confeccionó el 1.o de septiembre de 1875, estaban avaluados en las siguientes cantidades:

El Mercurio	$ 80,000.00
El taller de Imprenta.	15,000.00
El taller de encuadernación y rayado. . . .	5,000.00

Al iniciarse las operaciones de la indicada fecha,

el Activo sumaba..	$ 153,011.76
y el Pasivo sumaba..	53,011.76

En diciembre de 1875 no se hizo balance, y en el primer semestre del siguiente año no hubieron quebrantos. En los sucesivos semestres las ganancias se destinaron a cubrir pérdidas en las cuentas de **El Mercurio** y de la sección imprenta.

En este tiempo era banquero del diario el Banco de Valparaíso. En diciembre de 1875 se le pagó a éste el saldo pendiente que había en contra de la sociedad "Tornero y Letelier", que ascendía a $ 25,050.00.

Desde el primer semestre de 1876 hasta el segundo del siguiente, aparece en diversas partidas de los libros de la contaduría el nombre de don Rafael Larraín y Moxó, unas veces como deudor del diario y otras como acreedor de don Camilo Letelier.

En el primer semestre de 1878 la pequeña ganancia que se obtuvo fué distribuída en esta forma: el 90 o|o para don Rafael Larraín M., y el 10 o|o para don Camilo Letelier. Y en esta proporción se distribuyeron las utilidades ambos señores hasta el último semestre de 1879.

De estos y otros detalles que omitimos por no ser imprescindibles ahora, se deduce que el prestigioso político y ex-presidente del senado don Rafael Larraín y Moxó adquirió el activo y el pasivo de la Empresa al disolverse la sociedad formada por don Recaredo S. Tornero y don Camilo Letelier. Este último, desde entonces, cobró un sueldo anual de cuatro mil pesos en calidad de director y administrador, con el porcentaje sobre las utilidades que se ha indicado antes.

En corroboración de todo lo expuesto, se ve claramente que durante un período de cerca de cuatro años y medio fué el señor Larraín M. y no don Camilo Letelier, como siempre se ha tenido entendido, dueño de **El Mercurio**. Para mayor abundamiento de datos insertamos a continuación la gacetilla que, en la sección correspondiente a Santiago, publicó el diario el 29 de diciembre de 1892:

"**Defunción.**—Ha dejado de existir el respetable caballero don Rafael Larraín Moxó, acaudalado patricio, senador durante algunos años, presidente de la Sociedad Nacional de Agricultura y de otras corporaciones, antiguo propietario del **Mercurio**, retirado hacía tiempo de la política activa".

Este caballero nació en Santiago en 1813 y era descendiente de los barones de Juras Reales. Se educó en Europa, y en Chile se dedicó a la agricultura. Fué diplomático y representó a su patria ante la corte de Roma; luego fué diputado, y más tarde senador. Tuvo el cargo de vice-presidente de la exposición internacional de 1875. Fué un hombre de mucho prestigio por su cultura y por su excelente corazón.

El señor Letelier obró siempre en la Empresa como verdadero dueño, y aunque don Arturo M. Edwards, en el diario "La Patria", decía el 19 de julio de 1880 con motivo del fallecimiento de don Camilo, que éste "había comprado la imprenta hace varios meses", jamás apareció indicio alguno en los libros de contaduría que lo demostrara. En el balance correspondiente al primer semestre del año del fallecimiento del señor Letelier, consta este caballero con los mismos cargos de director y administrador y con igual sueldo de cuatro mil pesos anuales e idéntica participación en el negocio que en tiempo del señor Larraín M. El 90 o|o lo cobró esta vez don Agustín Edwards Ross como propietario exclusivo que ya era de la Empresa desde principios de 1880. Así consta en los libros indicados.

Al darse cuenta en **El Mercurio** del fallecimiento de don Camilo, siempre se le dió el calificativo de editor y no el de dueño del diario ni de la imprenta, porque no son sinónimas ambas palabras. Don Santos Tornero fué propietario y editor; pero otros señores sólo han sido lo uno o lo otro, como en el caso que tratamos.

Fué este editor y periodista un amable joven que se captó las simpatías de cuantos le trataron por su cultura y su esmerada educación.

"En 1870, dice don Pedro Pablo Figueroa, tomó bajo su dirección el antiguo diario de Valparaíso el **Mercurio** y le imprimió un desarrollo considerable, aumentó el formato del diario con un espacio de lectura de más de once mil centímetros cuadrados, y le dió nuevos rumbos de información y de noticierismo. Se caracterizó, a parte de su buen tino como administrador de la empresa del diario, en su faz de periodista laborioso, mesurado, tranquilo e ilustrado, respetuoso de las opiniones ajenas y progresista en sus ideales públicos. Hízose estimar por la prudencia de sus juicios y la templanza de su carácter y de sus escritos. Protegido por el respetable hombre público y filántropo don Rafael Larraín Moxó, pudo dar al **Mercurio** amplio desarrollo industrial, dotándolo de prensas movidas a vapor y de cuanto elemento ha menester un establecimiento tipográfico de primer orden".

Al señor Letelier debe considerársele director-gerente de la Empresa y no redactor del diario como afirman los biógrafos. El jefe de la redacción era don Manuel Blanco Cuartín desde el tiempo de don Recaredo S. Tornero y en ese cargo se mantuvo el ilustre periodista hasta que fué jubilado con sueldo entero por don Agustín R. Edwards Ross en 1886. Por esta razón hemos puesto aquí la biografía de don Camilo, y también lo hubiéramos hecho asi si por acaso hubiese sido redactor, toda vez que teníamos que acumular toda clase de pruebas para demostrar que este señor fué únicamente empleado de la Empresa y no dueño como hasta ahora se ha creído. El mismo Figueroa confiesa que fué **administrador** y al propio tiempo **protegido** del señor Larraín Moxó, pero le endosa las cualidades de don Manuel Blanco al calificarlo de periodista.

Estamos en una caso igual, pero a la inversa, del de don Pedro Félix Vicuña. A este se le ha estado negando durante un siglo, por la mayor parte de los historiadores, su calidad de único iniciador y fundador de **El Mercurio**, y por todos ellos su carácter de primer redactor del periódico durante medio año, mientras que a don Camilo Letelier se le han dado las categorías de dueño y de redactor del diario que jamás tuvo porque únicamente fué gerente con amplias facultades de las que tal vez no atinó a hacer uso de ellas con un buen sentido financiero, según podría colegirse por la crítica situación económica en que se encontraba la Empresa a fines del año 1879.

Estas equivocaciones no deben extrañarle al lector. Ya habrá observado, en lo que lleva leído, que la historia de **El Mercurio** y la de sus hombres han sido escritas sin bases a causa de no existir la debida investigación de documentos que son los que dicen las verdades. Sobre lo que ellos confiesan estamos edificando esta historia y no basándonos en las suposiciones, leyendas y recuerdos de cronistas. Deseamos ser lo menos posible desmentidos por los escritores que nos sucedan en tan interesante materia; queremos que no se nos tache de negligentes o de ligeros en la verificación documental de los hechos que relatamos; queremos ser verídicos y axactos, pero también deseamos que se tengan en consideración las disculpas por las faltas que cometamos o las omisiones que hagamos involuntariamente.

Don Camilo Letelier falleció repentinamente, de un ataque al corazón, en la mañana del 18 de julio de 1880.

Estuvo en las campañas del norte sirviendo en el cuartel ge-

neral del ejército de reserva, y asistió a la batalla de Tacna como agregado al Estado Mayor que dirigió las operaciones en aquella ocasión. Su muerte fué muy sentida en los círculos sociales.

Durante este período de la segunda época del diario, nacieron en Chile ocho revistas de bastante importancia.

Desde que desapareció "El Correo del Domingo" en el mismo año de 1862 en que nació, y de la cual hemos dado cuenta en el capítulo XI, no salió otra hasta el año 1865 en que apareció "La Revista Literaria Ilustrada", de la que vió la luz un número.

Hasta dos años después de este ensayo frustrado no se intentó la publicación de otra revista. Esta se denominó "La Estrella de Chile", que vivió doce años (1867-1879). En ella colaboraron muchos de los ingenios del período anterior e hicieron sus primeros ensayos otros tantos, cuyos nombres mencionaremos en el capítulo dedicado a la fundación de la revista "Zig-Zag", aparecida en 1905.

Durante el tiempo que vivió "La Estrella de Chile" aparecieron las siguientes publicaciones literarias:

"Revista Americana" nacida y fenecida en 1869.

"Revista de Santiago", fundada y dirigida por don Augusto Orrego Luco y don Fanor Velasco en 1872. Vivió dos años y tuvo por asiduos colaboradores a Barros Arana, Eduardo de la Barra, M. L. Amunátegui, E. M. Hostos, Vicuña Mackenna y a otros ilustres escritores.

"Revista de Valparaíso", que nació al desaparecer la anterior, y tuvo por colaboradores a los literatos que acabamos de citar. También vivió dos años.

"Sud -América", que nació y vivió en los mismos años que la anterior (1873-1874). Escribieron en ella Luis Montt, M. Villamil, G. Toro, F. Vidal Gormaz, J. V. Vergara y algunos más.

"Revista Chilena", fundada en 1875 por Barros Arana y M. L. Amunátegui. Duró cinco años y tuvo por colaboradores a la mayor parte de los que lo fueron de casi todas las revistas que hemos citado.

Por último, la "Revista Literaria", que apareció en 1878 en calidad de órgano de los alumnos del Instituto Nacional, y que trajo al mundo de las letras a los señores D. Amunátegui, Enrique Montt, S. Alcibíades y a otros jóvenes talentosos que brillaron en las postrimerías del siglo pasado.

Daremos término al presente capítulo con la lista de los redactores editorialistas más notables que tuvo **El Mercurio** desde 1864 hasta 1885:

Florentino González. — Desde el 1.o de noviembre de 1864 hasta el 22 de abril de 1865.

Joaquín Godoy. — Desde el 24 de abril hasta el 31 de agosto de 1865.

Anónimo. — Desde el 1.o de septiembre de 1865 hasta el 31 de mayo de 1866.

Camilo Enrique Cobo. — Desde el 1.o de junio de 1866 hasta el 31 de diciembre de 1869.

Manuel Blanco Cuartin. — Desde el 1.o de enero de 1870 hasta el 30 de abril de 1884. Durante este tiempo sustituyeron a don Manuel en diversas ocasiones por breve tiempo, los señores **Ventura Blanco Viel, Rafael Egaña, Santiago Estrada** y algún otro. De todos ellos trataremos en el próximo capítulo.

Miguel Luis Amunátegui. — Desde el 1.o de mayo de 1884 hasta el 30 de septiembre de 1885.

Hemos de advertir que, desde el comienzo del segundo período de esta época, solían redactar la sección editorial dos empleados del periódico; pero solamente uno, el principal ò propietario del cargo, era responsable de lo que en ella se insertaba.

CAPITULO XVI

LA REDACCION EN EL ULTIMO PERIODO DE LA SEGUNDA EPOCA DEL DIARIO

Desde don Florentino González hasta don Miguel L. Amunátegui.—La modalidad del gobierno del presidente Pérez.—Cambio del carácter de la prensa política.—La personalidad del redactor don Florentino González.—La cuestión de España con el Perú.—La redacción de don Joaquín Godoy.—Este, como su antecesor, se opone a la intromisión de Chile en el conflicto hispano-peruano.—El señor Godoy apoya el proyecto de ley de tolerancia religiosa y se hace paladín de la reforma constitucional.—Nueve meses de redacción anónima durante la guerra hispano-chilena.—En junio de 1866 se hace cargo de la redacción don Camilo Enrique Cobo.—La actuación de éste, según su sucesor don Manuel Blanco Cuartin.—La personalidad literaria y periodística del nuevo redactor, por don Joaquín Díaz Garcés.—Las campañas más notables del señor Blanco Cuartin durante los diez y seis años que sirvió a "El Mercurio".—Mención de los redactores que le substituyeron momentáneamente.—La guerra del Pacífico.—Juicios del señor Blanco Cuartin acerca de los presidentes señores Errázuriz Zañartu, Pinto y Santa María.

Hemos dicho que con la presidencia de don José Joaquín Pérez se abrió en Chile un régimen de tolerancia política que fué a la vez de transición. Este contemporalizador magistrado inauguró su período llamando a los liberales desterrados; permitiendo la libre emisión del pensamiento en la prensa y en las reuniones públicas, y cumpliendo, en lo gubernativo, el principio de su programa que tenía por lema "el gobierno de todos para todos".

A mediados de su primer período todo había cambiado de aspecto. "Las buenas ideas, decía **El Mercurio** en esa época, han ganado en Chile un inmenso terreno. Insensible y lentamente han llegado a encarnarse en los hábitos y a constituir la esencia de

las creencias políticas, sociales, religiosas y económicas dominantes en el país. Los partidarios del pleno régimen de la libertad no se cuentan ya como en otro tiempo; los que están sujetos a número son los que profesan el sistema de autoridad con todas sus aberraciones. El dogma político de la soberanía popular, consignado en nuestro código fundamental como una bella teoría, es hoy un hecho incontrovertible; y no lo es menos el dogma de la soberanía de la razón y del derecho.''

La prensa aumentó considerablemente. Los periódicos satíricos cobraron mucha importancia, en particular los de caricatura. El mismo presidente de la República no se libraba del buen humor de los dibujantes, cosa que no desagradaba al señor Pérez.

Entonces fué cuando el carácter de los redactores editorialistas de los grandes diarios fué cambiando. Ya no se necesitaba al diarista que, como el antiguo ''dómine'', mantuviera siempre la palmeta en actitud de castigar al alumno desaplicado, torpe o travieso. Los publicistas combativos o demagogos iban pasando a los periódicos de ocasión o de lucha, y los moderados y sesudos, con cultura enciclopédica, comenzaron a redactar los grandes diarios.

El Mercurio fué uno de los primeros que ensayó esta modalidad con el ilustre escritor y diplomático neogranadino don Florentino González, que sucedió en la redacción principal a don Orestes L. Tornero el 1.o de noviembre de 1864.

Contaba el nuevo redactor cincuenta y ocho años de edad, y su reputación de hombre de letras era indiscutible. Dice Cortés, en su ''Diccionario Biográfico Americano'', que el señor González era una de esas ''robustas inteligencias colombianas que se han aplicado con tesón al examen y descubrimiento de la verdad, interrogando la filosofía moral y las ciencias naturales, la jurisprudencia civil y la teología, la diplomacia en todos sus ramos, la literatura, la ciencia constitucional y administrativa, y el arte de la política.''

Cerca de cinco meses estuvo en el diario. Durante ese tiempo se ocupó con preferencia del conflicto entre España y el Perú, y censuró al gobierno de este último país por su actitud reservada, que tenía todas las apariencias de la apatía ante la gravedad de las circunstancias. Trató esta cuestión con imparcialidad, independencia y altura de miras, y cada vez que aparecía en la prensa la idea de la intervención chilena, él la rechazaba

con los razonamientos y la lógica de un diplomático honrado. Y cuando terminó sus sesiones el Congreso Americano reunido en Lima, cuya sesión inaugural se efectuó el 14 de noviembre de 1864, con el propósito de intervenir pacíficamente en el conflicto hispano-peruano, recrudeció sus censuras a dicho gobierno por su incomprensible política. En el editorial del 18 de enero del año siguiente decía a este propósito: "Casi simultáneamente con la primera reunión del Congreso Americano en que se declaró solemnemente que la causa del Perú era la causa de la América, y que el Congreso se constituía en representante del Perú en la cuestión con España, aparecía la famosa circular de la cancillería peruana en que se declaraba que el Perú tenía una política fija, y que ningún poder en el mundo tenía el derecho de imponerle una política distinta, ni menos obligarle a obrar en sentido contrario a lo que él creía su conciencia, su derecho y su justicia." También trató con mucho interés y conocimiento de la reforma de unas ordenanzas de aduana que se acababan de implantar, y de un empréstito solicitado por el gobierno.

Fué un excelente escritor. En sus artículos rebosaba la doctrina, por ser hombre de cultura superior y de gran experiencia adquirida en los importantes cargos políticos y diplomáticos que había desempeñado con lucimiento en su patria y en diversos países. (*)

Le sucedió un joven abogado que por aquel entonces desempeñaba el cargo de secretario de la intendencia de Valparaíso, y que con el tiempo había de ser un diplomático sobresaliente.

Se llamaba don Joaquín Godoy y era hermano del célebre periodista don Santiago F. Godoy, de quien hemos hablado en capítulos anteriores. Don Joaquín no era escritor tan notable y valiente como su hermano, pero durante los cuatro meses que redactó **El Mercurio** se distinguió por su espíritu conciliador y su versación en cuestiones financieras, económicas y de política internacional.

(*) Don Florentino González estuvo en Valparaíso varios años ejerciendo la abogacía. Durante su larga vida fué profesor, periodista, ministro de Estado, agente diplomático y legislador. Era un orador notable y un publicista jurídico muy sobresaliente. Ejerció el cargo de ministro plenipotenciario de Nueva Granada, su patria, en el Perú y en Chile. Entre otras obras, escribió y publicó un "Diccionario del Derecho Civil Chileno", un "Código de Enjuiciamiento Civil" y un "Código Civil Substantivo" que le dieron renombre. Era profesor de la Universidad de Buenos Aires cuando falleció en 1875.

Comenzó sus labores en **El Mercurio** el 24 de abril de 1865 con interesantes y bien documentados artículos sobre economía y finanzas. En su tiempo hubo en el Perú una revolución contra el presidente Pezet, a causa de lo mal que este mandatario había llevado su gestión diplomática en la cuestión hispano-peruana. El señor Godoy se congratuló de la actitud del pueblo peruano contra quien no había sabido o no había querido "velar por su dignidad."

También el señor Godoy, como su antecesor, se manifestó contrario a la intervención de Chile en los asuntos internacionales de su vecino del norte, porque veía el insignificante poder naval chileno ante la poderosa fuerza marítima de España, y mantuvo una breve polémica con "El Ferrocarril" que era partidario del entrometimiento. Se mantuvo a favor, en contra de la mayor parte de la prensa, de la creación de un banco de emisión, depósitos y descuentos bajo la denominación de Banco Nacional de Chile, con domicilio en Valparaíso y sucursales en las más importantes poblaciones de la República. Este banco se formaría con un capital de siete millones de pesos, susceptible de aumentarse hasta doce, dividido en acciones de mil pesos cada una.

Pero en donde dió la medida de su capacidad fué durante el tiempo en que se discutió en el Congreso la reforma del artículo 5.o de la Constitución. Por ese artículo se impedía en el país la práctica y enseñanza de otro culto religioso que no fuera el católico. El señor Godoy escribió bastantes artículos en pro de la tolerancia religiosa, tema que desde muchos años atrás había sido muy bien tratado por la mayoría de los editorialistas de **El Mercurio**.

A fines del mes de julio se dió a combatir la ley de imprenta de 1846 por anacrónica y absurda en 1865 y ser, además, inconstitucional porque "la Constitución asegura a todos los habitantes de la república la libertad de publicar sus opiniones por la imprenta, y el derecho de no poder ser condenado por el abuso de esa libertad, sino en virtud de un juicio en que se califique previamente el abuso por jurados".

Abogó con entusiasmo por el proyecto de construcción de un muelle en el puerto de Valparaíso presentado al gobierno por don Guillermo Biggs.

En esa época se había despertado un vehementísimo anhelo de reformarlo todo en el más amplio sentido liberal. Y en ese período presidencial del señor Pérez nació el partido radical

a impulso de esas ansiedades. Todos los anhelos y avances encontraron en el joven y talentoso redactor un paladín sereno y ecuánime que fué aplaudido por todos.

Inesperadamente apareció el 2 de septiembre el aviso editorial de su retiro de la redacción. "Esperamos, decíase, que los motivos que hoy lo hacen separarse cesarán pronto y entonces podrá continuar ayudándonos en nuestras tareas."

¿Quién sucedió inmediatamente a don Joaquín Godoy? No lo sabemos aunque presumimos que fuera don Recaredo Santos Tornero, que en ese mismo mes se hizo cargo de la dirección del diario con motivo de la partida de su hermano Orestes a Estados Unidos para adquirir maquinarias y estudiar la fabricación de papel.

Hay quien supone que fué don Camilo Enrique Cobo; mas, si hemos de creer en esta ocasión a don Manuel Blanco Cuartin, sucesor del señor Cobo, éste no ingresó en la redacción principal hasta el año 1866, según lo asevera aquel en el artículo necrológico que le dedicó en 1883. (*)

La situación internacional del país en ese mes de septiembre se había puesto muy seria. Aunque en los primeros meses de aquel año de 1865 el gobierno chileno había dado satisfacciones al ministro de España en Chile por su parcialidad durante el conflicto hispano-peruano y todo parecía haber acabado amigablemente, el gobierno de Madrid no quedó satisfecho del arreglo que hiciera su representante, y envió una escuadrilla, al mando del almirante don José Manuel Pareja, quien con amplios poderes para recabar perentoriamente de Chile una reparación completa, se presentó en el puerto de Valparaíso en los primeros días de ese mes.

(*) Debemos advertir al lector que el ilustre periodista don Manuel Blanco Cuartin, cuando trataba de la historia de **El Mercurio**, plagaba sus relatos de anacronismos y se hacía notar por omisiones notables y juicios caprichosos. Podríamos citar muchos casos de esos defectos; pero bastará que citemos uno de mucho bulto que hay en ese artículo, para confirmar nuestro aserto. Al tratar de la entrada del señor Cobo en la redacción, dice que éste sucedió inmediatamente a don Florentino González, en quien notó "marcada flojedad en los juicios respecto de la conducta del gobierno español para con Chile". Todo el mundo sabe que las hostilidades de ambos países no se rompieron hasta el 25 de septiembre de 1865, fecha muy posterior a las en que entraron y salieron de la redacción don Florentino González y su sucesor inmediato don Joaquín Godoy, de quien ignoró su paso por el diario.

Como se ve, crítica era la situación y, por lo mismo, el público necesitaba ahora, con más urgencia que en otras ocasiones, que un periódico serio, independiente y ecuánime como **El Mercurio**, le orientara con su opinión sensata. Y como la retirada del señor Godoy fué intempestiva, por lo que es probable que el editor no encontrara inmediatamente al editorialista apropiado a las circunstancias, no sería extraño que él se encargara de la redacción, máxime si era hombre de letras, como sabe el lector.

Pero fuere don Recaredo S. Tornero o fuere otro, o aquél con éste juntamente, lo cierto es que la delicada cuestión fué bien tratada, desde el punto de vista patriótico, en la sección editorial. En sus artículos se pusieron de manifiesto, como era lógico, las sinrazones de España para pedir a Chile nuevas explicaciones, y las razones que asistían al gobierno de este país para negarse a darlas. En esta discrepancia ambos pueblos manifestaron, en igual grado, la dignidad y el orgullo característicos de la pundonorosa raza a que pertenecen.

Con motivo del bombardeo de Valparaíso, ocurrido el 31 de marzo de 1866, **El Mercurio** suspendió su salida desde el 29 de aquel mes hasta el 2 de abril, ambas fechas inclusives, pero publicó varios suplementos.

Mucho después de terminada la cuestión internacional, fué cuando el diario dió cuenta de su editorialista. El 2 de junio apareció este aviso: **"Cambio de redactor.** Desde esta fecha cesa en la redacción de la parte editorial del Mercurio la persona que ha estado encargada de ella desde el 1.o de septiembre de 1865. **—Los editores."** Entonces fué cuando ingresó don Camilo Enrique Cobo, quien se mantuvo en el puesto hasta el 31 de diciembre de 1869.

En los tres años y medio que estuvo en **El Mercurio** fué sustituído, en diversas ocasiones en que estuvo enfermo, por algunos escritores, y en las postrimerías de su período por don Manuel Blanco Cuartín, quien ingresó en el diario varios meses antes de que ocupara en propiedad el puesto de don Camilo. En esta época el diario tenía en Santiago, además del corresponsal noticioso don Antonio Carmona, un redactor editorialista que enviaba uno o dos artículos por semana.

Como don Manuel conoció muy de cerca la labor del señor Cobo en nuestro periódico, vamos a copiar los párrafos pertinentes a ella que se encuentran en el artículo necrológico citado antes:

"Sus primeros artículos llamaron la atención del pueblo de Valparaíso. Veíase en ellos al escritor elegante, mesurado, circunspecto; conocíase desde luego que la mano que los trazaba era una mano diestra y obediente a un cerebro robusto y bien municionado.

... ...

"Andando un poco el tiempo, el estilo de Cobo se hizo más robusto, el lenguaje más limpio, la imaginación más atrevida; y todo ello demostraba que en aquel joven había una calidad no muy común en los periodistas: la de estudiar a fondo las cuestiones y pulir gradualmente el estilo y el lenguaje.

"Ahí están, desde principios de 1866 hasta diciembre de 1869, una serie no interrumpida de artículos notables que comprueban lo que decimos. Puede verse en ellos, no sólo la historia de las cuestiones de su tiempo neta y directamente trazada, sino la huella que el estudio y la meditación iban imprimiendo en la noble y bien organizada cabeza del escritor.

"No hubo cuestión a que no llevase luz, en que no demostrase sincero amor a la justicia, deseo vehemente del bien. Al primer golpe de vista cualquiera puede ver allí una inteligencia clara y bien nutrida, un acopio de ideas apropiadas al periodismo y sobre todo un corazón recto y entusiasta por todo lo bueno y lo bello.

"Cobo era artista; sabía decir lo que quería como quería; jamás pudo sorprendérsele ni en pretensiones de indigesta erudicción, ni en veleidades y ligerezas tan comunes en los que escriben diariamente para el público. Es preciso también tener en cuenta que en la polémica, que entre nosotros degenera casi siempre en reyerta destemplada y agresiva, era sumamente hidalgo y delicado, a punto muchas veces de parecer tímido o poco convencido de la causa que defendía.

"He ahí, pues, lo que era como periodista Camilo E. Cobo; y por cierto que no fué pequeña nuestra desconfianza cuando nos vimos agraciados por don Recaredo Santos Tornero con la redacción del **Mercurio** que con tanto acierto había llevado nuestro antecesor".

Desde el instante en que comenzó su labor dedicóse a comentar la cuestión hispano-chilena que ya había pasado a la historia, puesto que pocos días después del bombardeo se retiró la escuadra española. Se mostró un tanto agresivo y altanero en bastantes artículos más apropiados para los días del romancesco

conflicto que para aquellos de angustias del erario nacional que había traído consigo la aventura bélica.

En el mes de su ingreso los partidos políticos se preocupaban de la elección presidencial. Durante el período electoral escribió dos o tres breves artículos a favor de la reelección de don José Joaquín Pérez, quien tenía por rivales a don Manuel Bulnes y a don Pedro L. Gallo. (*).

No fué muy fecunda la labor del señor Cobo en la sección editorial. Sus artículos eran cortos y periódicos. Trató en ellos de la reforma electoral y de otros tópicos políticos, pero muy pocas veces comentó la labor gubernativa y legisladora. Abogó por la creación de un Instituto Comercial en Valparaíso en vista de la decadencia a que había llegado el Liceo a causa de la guerra con España y de la retirada, poco después, de su rector fundador don Joaquín Villarino, según se explica detalladamente en la interesante "Reseña histórica del Liceo de Valparaíso desde 1862 hasta 1912", por don Leonardo Eliz. También abogó por varias mejoras urbanas de esta ciudad.

Don Camilo residía en Valparaíso. Era profesor de filosofía del Liceo. (**) En el mes de abril de 1870 fué elegido diputado en propiedad, y en ese mismo año se trasladó a la capital, en donde poco después redactó el diario "La República" para apoyar la candidatura presidencial de don Federico Errázuriz Zañartu, de quien era grande admirador. (***)

El señor Blanco Cuartin asegura que don Camilo Enrique escribió en el diario hasta diciembre de 1869, aunque parece que continuó perteneciendo a su redacción hasta fines de marzo de 1870. Hay motivos para sospechar esto. El 21 de ese mes se decía, en un aviso editorial, que "El antiguo redactor del **Mercurio**, retirado temporalmente de la redacción por el mal estado

(*) El Mercurio no hizo campaña especial a favor de la reelección del señor Pérez porque su triunfo estaba asegurado. El 30 de agosto lo proclamó nuevamente el Congreso presidente de la República por 191 electores contra 26 que sumaban, en total, los de los candidatos contrarios.

(**) En la obra de don Leonardo Eliz aparece don Camilo E. Cobo perteneciendo al Liceo en 1864, no sabemos si como alumno o como profesor; pero está consignado en la lista del personal docente del año 1865.

(***) En el primer ministerio que tuvo ese presidente desempeñó el señor Cobo la cartera de Hacienda; después fué rector del Instituto Nacional, y al fallecer, el 27 de septiembre de 1883, era procurador de la Municipalidad de Santiago.

de su salud, volverá a ella tan pronto como ésta se lo permita". Además, durante el primer semestre de ese año los artículos editoriales llevaban, debajo del epígrafe, la palabra "(colaboración)", la cual desapareció en el mes de abril.

Estas colaboraciones eran, sin duda alguna, de don Manuel Blanco, quien pertenecía al diario desde mucho antes.

"Resumiendo ahora lo que hemos dicho, dice su panegerista, podemos asegurar, sin faltar en un ápice a la verdad que se debe a los muertos, que Camilo E. Cobo fué una inteligencia notable, un corazón nobilísimo y un excelente servidor del país. En muchos puestos de nota, su modestia más que sus males le impidió recoger estruendosos aplausos; pero el hecho innegable es que en donde quiera que le cupo en suerte desempeñar un destino, lo ejerció con honorabilidad sin tacha.

"Literato, no ha dejado, por los mismos motivos, obras que levanten su nombre hasta la altura de las superioridades, Mas los que le conocieron íntimamente recordarán siempre al hombre de talento, de ingenio y de probidad ejemplar."

Al comenzar el año 1870 dió principio el insigne literato don Manuel Blanco Cuartin a sus tareas editorialistas. Mejor dicho, sus ensayos de escritor político, porque ha de saberse que don Manuel, aunque hacía más de veinticinco años que escribía para el público, no se había dedicado, en ese cuarto de siglo, a dar opiniones ni a marcar rumbos desde la sección editorial de un diario, y menos desde las columnas del de más autoridad y prestigio de Chile. Pero esto no fué inconveniente para que desde el primer momento se destacara en el para él nuevo género periodística y se mantuviera, por más de diez y seis años (los que estuvo en **El Mercurio**) en el primer lugar entre los redactores editorialistas de Chile y fuera considerado uno de los mejores diaristas de América.

Fué glorioso para **El Mercurio** el largo período de su redacción.

Así como a varios de sus antecesores en el puesto les prestó este periódico su autoridad y su influencia para que alcanzaran renombre, honores y elevados puestos, el señor Blanco Cuartin renovó y cristalizó al diario la importancia y el valer que hasta entonces había conquistado en su ya longeva y gloriosa existencia, y no le pidió jamás ningún favor ni se cubrió de su prestigio para medrar. No quiso ser diputado ni ministro; no solicitó siquiera una modesta plaza de secretario de municipalidad o de

intendencia, porque siempre quiso ser periodista, o mejor dicho, redactor de **El Mercurio**, cargo que amaba tanto, que no lo hubiera cambiado por el más alto, brillante y mejor remunerado de cuantos existieran en el mundo.

No figuró ni medró y, sin embargo, fué uno de los hombres que estaban mejor preparados para desempeñar cualquier puesto público de responsabilidad. Su cultura era extensa y completa. Educado por su padre en la austera escuela española, para él ninguna ciencia ni arte tenía secretos. Y luego su caballerosidad y su honradez le daban una aureola que completaban su prestigio de hombre sabio, talentoso e hidalgo.

La vida literaria del señor Blanco Cuartin se puede dividir en tres épocas distintas, que son otras tantas evoluciones espirituales bien marcadas.

A los veintitrés años de edad, o sea en 1845, se dió a conocer con algunas composiciones poéticas de corte romántico, de ese melancólico romanticismo francés de entonces que a todo lo revestía de tristeza. Nadie podía sospechar en esos días de su dorada juventud que el autor de aquellas piezas poéticas tan melodiosas, correctas y suaves, saturadas de amargura y resplandecientes de inspiración, se podría convertir un poco más tarde en el formidable satírico de prosa suelta, acerada y graciosa que apareció sucesivamente en las crónicas semanales de "El Conservador", "El Mosaico", "El Cóndor", "El Independiente" y otros diarios y periódicos. Después, aquel cronista ingenioso, chispeante y cáustico, pasó a ser en **El Mercurio** el editorialista más sesudo, sereno y ecuánime que escribía cotidianamente artículos enjundiosos sobre política y diplomacia, filosofía y religión, artes y ciencia, que causaban admiración en propios y extraños por la profundidad del concepto y la perfección de la forma. Porque don Manuel, aunque fué un periodista fecundo que improvisaba continuamente, jamás manchó sus escritos con galicismos y otros feos defectos que desdoran al nobilísimo idioma castellano y dicen muy poco de la ilustración de quien los emplea. Se inició en las letras llevado de la mano por la literatura clásica española, y siempre se mantuvo fiel a los principios que había recibido. Por eso todos sus escritos son modelos de bien decir.

Sería tarea muy larga hacer una breve reseña de su labor en cada una de las evoluciones espirituales que acabamos de diseñar, y en particular en la última. En **El Mercurio** están de manifiesto reunidas, y en él se pueden apreciar en toda su am-

plitud, el talento y la sabiduría, la gracia y la causticidad, la nobleza y la generosidad que diariamente vació en sus columnas durante dieciséis años casi consecutivos con una constancia y un entusiasmo dignos de encomio y de la carrera que había abrazado con verdadera vocación.

Muchos volúmenes podrían formarse con los artículos más interesantes que escribió para nuestro diario. El libro que formó don Juan Larraín con el título de "Artículos escogidos de Blanco Cuartin", es una pequeña muestra de la capacidad cerebral de aquel fecundo literato.

Como no nos es posible detallar sus cuarenta y cinco años de vida literaria a fin de trazar una semblanza perfecta de este gran hombre, vamos a completar lo que hemos dicho con el juicio desinteresado, justiciero y exacto que ha merecido a uno de los literatos y periodistas más notables de los presentes días y que también fué redactor principal de **El Mercurio.** Nos referimos al inolvidable escritor don Joaquín Díaz Garcés, aquel famoso "Angel Pino" de imperecedero recuerdo. Ese juicio lo dió en el discurso que leyó en la Academia Chilena, correspondiente de la Real Española, al recibirse de académico el 25 de agosto de 1918:

"Me refiero al señor don Manuel Blanco Cuartin, chileno y español, (*) porque hijo de un soldado que peleó primero valerosamente por España, y, perturbado por los acontecimientos de América, más tarde por el usurpador, y de una dama gaditana con quien su padre casó en los días de infortunio que siguieron para él, de la batalla de Vitoria, tenía juvenil y fresca por todos lados sangre española y naturaleza meridional, y profesaba honrado y profundo culto a la patria de sus mayores y centro de sus estudios y preocupaciones atávicas.

"Conocido en su infancia por don José Joaquín de Mora, que adivinó sus tendencias espirituales y vaticinó su posición en las letras chilenas, criado bajo la tutela paternal de un ministro de estado, diplomático y escritor, nacido en blanda y amorosa cuna que entibió los años primeros de su vida, fiel a la religión en que abrió los ojos, en cuya defensa esgrimió como lanza la pluma y en cuyo seno juntó los ojos para el reposo final, luchador

(*) Don Manuel Blanco Cuartin nació en Santiago el año 1822. Era hijo del distinguido diplomático don Ventura Blanco Encalada, hermano del general don Manuel. Ambos hermanos se educaron en España. Don Ventura fué un erudito que inculcó a su hijo el amor a las letras y a la cultura españolas.

agresivo, y a veces desengañado melancólico, agudo observador de las pequeñeces aldeanas, irónico polemista en los duelos que la prensa política no escatimaba entonces, Blanco Cuartin era un tipo de letrado y pensador hispanoamericano que merecía tener un pequeño altar de recuerdos en un rincón de esa madre patria que adoraba, y a pasear siempre su alma por las tierras viejas en que crece la siempreviva del arte al pie de las ruinas santas y cantan en eterna primavera de ensueño las cigarras helénicas. Segando muy verdes las espigas de su talento en una juventud ardiente vió consumida en la hoguera de la prensa la mayor parte de su cosecha, y no pudo contemplar con serenidad a esa dama de sus ensueños más fervorosos, la literatura, sino cuando la tarde doraba ya su faz con el reflejo de melancolía que desciende en esa hora de las meditaciones en que el angel del Señor anuncia a las creaturas su fin. Pero el hombre de letras que tenía firmes las bases de su cultura clásica, no prostituyó jamás la prosa elegante y clara que fluía de su pluma, con el objeto de cumplir el diario y precipitado tributo de la prensa, sino que la cuidaba como la dignidad de su vida, y el arma con que lo habían hecho caballero, no sólo por su sangre y los blasones con que los soberanos honraron a sus antepasados, sino más por los nuevos méritos que, a falta de otra fortuna, fueron su salvavidas en la brega democrática.

"No tenía Blanco Cuartin en el apogeo viril de sus trabajos de prensa ni los consuelos de una vida nacional y urbana tan intensa como la nuestra, ni las compensaciones que da una opinión pública más formada y extendida en el país; y, por el contrario, le llegaba de España la forma de los pesimismos de Larra que allá eran evidentes y geniales; pero que, faltos de la comparación y valoración local sonaban acá como lúgubre tañido. De allí viene en Blanco Cuartin cierto acento de queja entonces de moda, los asomos discretos de una galantería romántica y triste, la languidez escéptica al declararse muchas veces bohemio y vagabundo, y hasta esos violentos saltos con que requería la pluma como una espada, con acritud que le servía tal vez de inyección vivificante; y en fin, se echaba de menos en su alma la pasión permanente y disciplinada que mantuviera en tensión más pareja la cuerda de ese arco que el luchador de la prensa debe manejar en tiesura incansable. Tenía, sin embargo, una fuerte armadura su alma española, la llave maestra de esa bóveda bien construída y de simple línea de la fe religiosa heredada,

que se sobreponía a las fatigas y a los desengaños, a la pobreza y a la contraria suerte, que a faltarle esa cuña todas las piedras se habrían venido al suelo en escombros, y así podía decir con los ojos nublados y con sinceridad conmovedora: "¡Ah! nó; estoy harto de cenizas mundanas, y sólo aguardo poder descansar en algún rincón oscuro, bajo la Cruz que en él plantará alguna mano piadosa para testimonio, así de mis creencias, como de que soy acreedor a la misericordia divina".

Así era don Manuel Blanco Cuartin, el ilustre maestro de periodistas que saturó las columnas de **El Mercurio** de ideales de orden y de progreso dentro de una libertad bien entendida; de sentimientos humanitarios, indulgentes y caballerosos; de elevada doctrina moral nacida de la clara comprensión del concepto cristiano; de concepciones poéticas soñadas por su alma de vate; de arranques viriles de hombre que nació para conquistador o para pastor de multitudes; de cultura y educación ciclópeamente cimentadas; de prestancia aristocrática y contextura artística; del más puro humorismo cáustico de Larra con vislumbres del genio crítico de Voltaire, y, en fin, de todas las gamas que atesora un espíritu selecto digno de una inquieta época de lucha renovadora en alguno de los futuros pueblos libres de las trabas de un anscentralismo viciado. El reunia la acometividad de Sarmiento; las convicciones religiosas de don Félix Frías; el enciclopedismo de don Juan García del Río; el talento periodístico de don Juan Carlos Gómez; la gracia genial de don Santiago F. Godoy; la ecuánime serenidad de don Hilarion Nadal; la fecundidad de don Benjamín Vicuña Mackenna; la cultura política de don Florentino González. Era la cifra resumen de las cualidades literarias y periodísticas de sus antecesores en **El Mercurio**.

Con respecto al ideal político que sustentó toda la vida y que defendió con lealtad y desinterés en nuestro diario, fué el conservador con tendencias liberales, según se deduce de sus artículos. Pero fué un conservador de los que hoy abundan en muchos países europeos, es decir, de esos conservadores que no mezclan la religión con la política.

"No era tal vez ortodojo, decía "La Patria", de Valparaíso, con motivo del fallecimiento de don Manuel, ni severo practicante. Creía que la religión es consuelo, luz en la fe, esperanza en las convicciones, alhaja de uso privado que debe guardarse en la casa, sin permitir jamás que se ostente en la

calle ni que se mancille con miradas impúdicas. Sus ideas conservadoras abrazaban sólo la política, y él era conservador de los tiempos antiguos. A esas ideas constitucionales del verdadero conservador, adhirió con lealtad y convicción".

Al hacerse cargo de la redacción de **El Mercurio** no expuso su programa como la mayor parte de sus antecesores, pero puede servir de tal los siguientes párrafos que se encuentran en un editorial del mes de noviembre de 1870, que tiene por objeto contestar al diario "La República", que le reprochaba el que defendiera al gobierno cuando poco antes lo había atacado:

"El diario del gobierno, poniendo en ejercicio sus facultades comparativas, dice en su número de ayer que el **Mercurio**, queriendo copiar al viejo **Times**, intercede hoy por el gobierno, suplicando a sus adversarios disminuyan tanto el vapuleo que con ellos ha seguido administrándole hasta el día.

"El parecer de la **República** no nos asombra, desde que para ella hablar claro, combatir el abuso, defender los buenos principios, acusar justamente a los que gobiernan y otras cosas por este estilo, son audacias a que no pueden entregarse sino los vapuleadores de oficio, los renegados del credo gobiernista, o mejor, los apasionados demagogos sin fe ni ley ni Dios que en este momento asedian el alcázar de la Moneda.

"El **Mercurio**, a quien debe conocer mejor que nadie la **República**, no ha prestado jamás apoyo a las malas doctrinas, a las malas ideas; por el contrario, en su larga vida, a pesar de las dificultosas épocas porque ha atravesado, siempre se ha dejado guiar, no sólo por las simpatías ni compromisos personales, sino por lo que juzgó con razón o sin ella digno y favorable a los intereses que representa.

"Con más razón que nunca puede hoy levantar la cabeza; independiente por su posición, y más que por eso, por el carácter de las personas que lo dirigen, sus opiniones, si no merecen muchas veces el honor de ser compartidas con la generalidad, son siempre apreciadas como el voto de una conciencia que no tiene por qué proceder encubriendo sus sentimientos, defendiendo lo que no debe defender y atacando lo que en justicia no es digno de ataque.

"Cuando el **Mercurio** ha dirigido, usando del derecho que tiene como uno de los órganos más acreditados de la publicidad, sus censuras a los hombres del poder, lo ha ejecutado con la moderación y dignidad que convenía al rango que ocupa en la prensa de Chile.

"Sus críticas no han sido diatribas, así como sus alabanzas no han sido tampoco el eco de la adulación rastrera, ni del interés personal que no encuentran razón, ni reconocen justicia.

. . . .

"**Chacun á son métier, mon ami,** decía el viejo Lafontaine a uno de sus compañeros en las letras; eso mismo decimos al diario ministerial; a usted la alabanza o el ataque, según convenga a sus intereses, y a nosotros la aprobación o la censura, según importe a la opinión pública".

Como político de convicciones profundamente arraigadas; como literato de cultura superior; como periodista independiente y sin ambiciones de ninguna clase, y como hombre de carácter perfectamente definido, mantuvo siempre sin debilidades este programa basado en sus acendrados sentimientos patrióticos.

Desde el instante en que se hizo cargo en propiedad de su puesto, la sección editorial cobró la animación y el interés de sus mejores tiempos. Eran los días de intenso movimiento político con motivo de las elecciones de diputados; la época más culminante de las ansiedades de reforma constitucional, y la víspera de la elección de presidente de la República. En todos los números del diario aparecían vibrantes editoriales en los que se comentaban las labores gubernativas y parlamentarias, y las intrigas partidaristas.

Ya hacía tiempo que en todo el país se había despertado un deseo vehemente de reformar la constitución de 1833 al calor del régimen de tolerancia que había comenzado con la presidencia de don José Joaquín Pérez; pero las opiniones estaban divididas. Mientras los demócratas puros pedían la reforma absoluta, los liberales deseaban la relativa. Entre ambos estaba **El Mercurio** "que ha tenido presente que el término medio era el mejor terreno en que debía ventilarse la cuestión".

"Se pide, decía, la reforma constitucional indefinida, revolucionaria, como se ha dicho, y nuestro diario ha salido al encuentro de los reformadores exagerados, pintando el estado social que asume el país como una condición que, siendo indefectiblemente precisa para las innovaciones pretendidas, saltaba en este momento para asentar un cambio radical en nuestras instituciones".

No fueron muchas las reformas que por entonces se hicieron,

pero una de ella fué de carácter trascendental porque le restó influencia en los partidos al presidente de la República al prohibirse su reelección inmediata. Con este paso se demostró que las orientaciones políticas tomadas durante aquel pacífico decenio estaban ya en marcha hacia una era de nuevas reformas ampliamente liberales, como las que se hicieron durante el quinquenio presidencial del señor Errázuriz Zañartu, sucesor de don José Joaquín Pérez.

El concepto que mereció a don Manuel Blanco Cuartin el carácter de este ilustre mandatario no fué muy halagüeño. Tampoco fué muy exacto en la semblanza que de él trazó en el mes de abril de 1870, puesto que dijo que, "heraldo de la libertad, no le ha representado debidamente en el torneo; que, campeón de las garantías políticas, no las ha defendido como debiera; que, apóstol de la reforma, no la ha predicado nunca, y que, emblema viviente de lo desconocido, de lo inexperado, pasará a la historia, no como un problema resuelto, sino como una incógnita indespejable."

Sin embargo, el doble período del señor Pérez fué de transición y, como tal, no pudo ser de otra manera su gestión gubernativa. Gobernó sin la rigidez y la intransigencia de don Manuel Montt, y con su régimen tolerante preparó el brillante período de su sucesor.

Así tuvo que reconocerlo don Manuel Blanco Cuartin al comentar el mensaje que el señor Pérez escribió el 1.o de junio de 1871 para la apertura del Congreso Nacional, y en el cual hacía un brevísimo resumen histórico de su decenio presidencial. El comentario del redactor era a la vez rectificaciones a los bandos de comentaristas que habían salido en la prensa. Mientras uno, el gobiernista, consideraba el decenio una época de "prudencia, razón, altas miras, patriotismo", etc., el de oposición lo motejaba de "impostura, supercheria, necedad, cinismo" y otras lindezas por el estilo.

"No pensamos, declaraba, ni como unos ni como otros, confesando que nos parecen tan exagerados los elogios como los cargos que se hacen al señor Pérez.

"Cierto y muy cierto es que hemos vivido en plena libertad durante estos diez años; que la mano de la autoridad no se ha extendido nunca para castigarnos; que el país ha conseguido notables adelantos en las prácticas del gobierno libre y en el desarrollo de sus intereses materiales, y que, si hay algo que deba

consolarnos en las decepciones recibidas, es la idea de que este gobierno, que estaba llamado por sus antecedentes a ser sólo una sucursal del pasado, ha venido a iniciar una era de tolerancia y mansedumbre de que no habíamos visto hasta ahora igual ejemplo."

Después seguía enumerando actos e intenciones para concluir de esta suerte:

"¡Y bien!, ¿qué va a dejar S. E. al que le suceda?

"La autoridad menoscabada por la licencia.

"La libertad atacada en su base por el desorden.

"El orden minado por la ambición de los partidos.

"A la república, en fin, en poder de dos facciones que no tardarán en venirse a las manos, destruyendo tal vez en una hora aciaga los diez años de paz que hemos disfrutado y los progresos pocos o muchos que nos han cabido en suerte.

"La herencia no es tentadora. Sin embargo, hay quien la codicia.

"Lo que es por nosotros más bien querríamos salir del puesto como el presidente Pérez va a verificarlo, que no a entrar en él como cualquiera de los dos candidatos hoy en tabla."

Por fortuna para la marcha progresiva emprendida, el gobierno del sucesor del señor Pérez fué uno de los más gloriosos, en todo orden de cosas, que hasta entonces habían habido. El señor Errázuriz Zañartu, del partido conservador con tendencias liberales, no fué como don Manuel Montt ni como don José Joaquín Pérez; pero supo, como el primero, mantener su autoridad sin debilidades, y, como el segundo, no coartó en lo más mínimo la libertad del ciudadano.

Durante su período se hicieron importantes reformas en la Constitución, entre ellas la de la completa garantía individual, y se continuó preparando el camino para otras reformas de trascendencia que fueron aprobadas en los períodos presidenciales de don Aníbal Pinto y de don Domingo Santa María, con los cuales el país entró en pleno régimen liberal.

Gobernó en completa paz interior y exterior, y por este motivo pudo llevar a cabo importantes y utilísimas obras públicas. Terminó el vasto plan de caminos férreos comenzados en tiempos de su antecesor; hizo muchos edificios, entre ellos los almacenes de la aduana de Valparaíso y los palacios del Congreso y de la Exposición de Bellas Artes, en Santiago, y dió principio al fomento

de la actual marina de guerra con la construcción de varios buques que luego sirvieron eficazmente en la guerra de 1879.

El señor Blanco Cuartín defendió la candidatura del señor Errázuriz, aunque con algunas reservas mentales. Cuando el 1.o de septiembre dió cuenta del resultado del escrutinio (*), conservó esa actitud, como lo declaran los siguientes párrafos:

"El señor Errázuriz ha obtenido al fin el triunfo; pero triunfo que, si bien debe lisonjearle por las mismas dificultades vencidas, le manifiesta elocuentemente que vivimos en una época en que todo gobierno cuenta con muy poderosos enemigos.

"Ser poder es hoy, más que tener fortuna, contraer una obligación terrible, para cuyo desempeño se necesitan, no sólo talentos, sino corazón robusto y probidad acrisolada.

"Todo esto posee el nuevo mandatario, aun en concepto de sus enemigos; pero como no es posible conceder todo al dichoso, dicen que sus buenas prendas morales no son bastante garantía para la felicidad de Chile, contando, como cuenta el señor Errázuriz, con el apoyo de un partido al que se supone adversario declarado del progreso.

"Triste es pensar así, porque quien así piensa lleva consigo ideas muy difíciles de ser modificadas; pero esto mismo envuelve hasta cierto punto la ventaja de picar la emulación, de escitar el patriotismo en el pecho de quien puede decir sin jactancia: "me ofenden por que no me conocen".

El quinquenio del señor Errázuriz Zañartu fué juzgado así por don Manuel el 22 de septiembre de 1876 al dar cuenta del estado de cosas al comenzar el período de don Aníbal Pinto:

"Los cinco años que acaban de transcurrir juzgados administrativamente, han sido en efecto fecundos. Materialmente, el país ha recogido beneficios indisputables con sólo las líneas férreas que se han llevado a cabo basta para decir que se ha operado en sus destinos una revolución importantísima", y en lo moral "tampoco puede sostenerse que no hemos avanzado. Las reformas operadas en la legislación y código fundamental están de bulto, y si bien no todas ellas han sido completas, ni al parecer inspiradas por nobles impulsos, siempre habrá que tenerlas en cuenta para formar el cómputo de los provechos que hemos

(*) Don Federico Errázuriz Zañartu salió elegido por 226 votos. Sus rivales, don José Tomás Urmeneta y don Alvaro Covarrubias, obtuvieron, respectivamente, 58 y 1 votos.

realizado durante el quinquenio que acaba de cerrarse". En cambio considerada que en el terreno político "pocos serán los que de buena fe sostengan que deba tomársele por modelo".

Así como apoyó, aunque con escaso entusiasmo, la candidatura del señor Errázuriz Zañartu, la de don Aníbal Pinto, hijo del ex-presidente don Francisco A. Pinto, no le agradó en absoluto. Le gustaba más la de don Benjamín Vicuña Mackenna, cuyo larguísimo y notable manifiesto-programa publicó **El Mercurio** el 7 de mayo de 1875, y junto a él un editorial de don Manuel en el que alababa la decisión espontánea del candidato.

Desde el punto de vista del ideal político, ni uno ni otro eran santos de su devoción por ser ambos liberales; pero, obligado a escoger entre los dos porque los conservadores no tenían fuerza suficiente para luchar con esperanzas de triunfo, prefería a don Benjamín a pesar de que éste preconizaba la separación de la iglesia y del estado. Las razones principales de su preferencia eran las de que el señor Vicuña se presentaba como candidato independiente, y el señor Pinto estaba apoyado por el gobierno. Hubo otro candidato, don Miguel Luis Amunátegui, que tampoco fué del agrado del señor Blanco Cuartin por creer que seguiría la política de don José Joaquín Pérez, de quien había sido ministro del Interior.

Sin embargo, tuvo que reconocer algunas excelencias del gobierno de don Aníbal, del que dijo, en marzo de 1881, que ese magistrado "no ha tenido efectivamente partido en cuanto a favoritismo sin máscara; mas, en el fondo, su administración se ha resentido de los defectos que fueron comunes en las otras. S. E. ha tenido predilecciones inconsevibles en su frialdad y sensatez; antipatías que no se explican; reservas que contrastan con actos de franqueza que sorprenden; en una palabra, el actual jefe del Estado se va después de haber gobernado, si nó cumplidamente, bastante bien y dejándonos dueños de un extenso territorio conquistado por el valor de nuestro pueblo".

Si el quinquenio de don Aníbal no fué tan próspero y progresista como el del señor Errázuriz Zañartu, culpa no fué de él. A causa de la decadencia de la industria minera sobrevino un gran desequilibrio en el movimiento comercial extranjero por ser los minerales el producto más importante de exportación. Entonces comenzó a salir del país la moneda acuñada para pagar los productos que se importaban, y el gobierno tuvo que adoptar el nefasto sistema, que aún dura, de emitir billetes para cubrir la carencia de moneda.

Aunque por su carácter pacífico era de esperar que durante su período continuara la envidiable paz exterior que había reinado en Chile desde 1866, causas ajenas a su voluntad la perturbaron. Una cuestión de límites entre Chile y Argentina dió origen a una peligrosa tirantez de relaciones entre ambos países, la que pronto desapareció; pero no pudo evitarse la guerra con el Perú a causa de ciertos actos de deslealtad cometidos por el gobierno de esa nación durante el conflicto que por entonces tuvo Chile con Bolivia.

El 5 de abril de 1879 fué declarada la guerra, y en el mismo día apareció en **El Mercurio** un brillante editorial en el que se alentaba al gobierno para que no decayera en su propósito. He aquí algunos de sus más importantes párrafos:

"No se equivoca el gobierno: el pueblo todo lo apoyará con más energía y entusiasmo, si es posible, para hacer la guerra al Perú, cuya deslealtad y perfidia para con nosotros han sido tan grandes como nuestra lealtad y buena fe con él.

'Pídanos en buena hora todo lo que tenemos: dinero, vida, trabajo, reposo, sangre de nuestros hijos son suyos con tal que los emplee en salvar la honra y el crédito de Chile.

"Pero es preciso que el honor y la fama de Chile sean no sólo salvados de una catástrofe, sino que salgan todavía más puros y acrisolados del torbellino de fuego en que están envueltos.

"Nuestra antigua divisa de combate debe ser el pensamiento fijo de nuestro gobierno. **O vencer o morir** debe repetirse a toda hora, y clavados los ojos en el escudo de la república, y levantando el corazón a Dios y empuñando la espada de la venganza, jurar en los altares de la patria vencer mil veces antes que desmayar un solo momento en la contienda. Con un pueblo como el chileno se pueden realizar prodigios; tiene la religión del patriotismo, la pasión de la gloria, el valor indomable de su raza. ¿Qué puede hacer dudoso entonces su triunfo, no decimos sobre un pueblo como el Perú, sobre cualquiera que se atraviese a insultarlo?

"No hay más que una cosa capaz de inspirar esa duda, y esa es, hablando la verdad toda entera y con la mano puesta en el corazón, la idea generalmente admitida de que los señores que componen el ministerio no están a la altura del grandioso papel que representan.

"No se duda de su honradez, ni de su civismo, ni de su des-

prendimiento; pero sí de su energía, de su ciencia, de esas dotes que constituyen al hombre de estado y que despiertan en todos los rangos sociales absoluta confianza.

"Los hombres sospechados de flaqueza rara vez se muestran fuertes, porque parece que la falta de popularidad disminuyera sus bríos y ofuscase la claridad de su mente. Quién comunica a los demás alientos y esperanzas se nutre a su vez de la esperanza y el aliento de los otros. Y es ello tan verdadero que en ocasiones un nombre prestigioso vale por un ejército."

Esta desconfianza en el ministerio la tenía la mayor parte de la prensa. "La Patria" de Valparaíso pedía el cambio ministerial "fundándose en las faltas cometidas por los señores del gabinete"; pero **El Mercurio** creía conveniente que debería dejarse esa decisión "a la conciencia del jefe del Estado y a la de sus mismos ministros."

"Entre tanto, agregaba más adelante, es preciso que no olvide el gobierno que la fortuna ayuda a los audaces; que los golpes más destructores y felices son los que se dan siguiendo las inspiraciones del valor, que no mide las dificultades, que no cuenta los enemigos, pero que siempre hiere como el rayo.

"A la escuadra, a nuestros bravos marinos toca dar la primera embestida, y la darán terrible. El heróico captor de la "Covadonga" y sus compañeros todos, no tienen necesidad de que se les mande correr al encuentro del adversario porque no anhelan otra cosa que ir a buscarlo hasta bajo las fortalezas en que se esconde, para hundirlo en las mismas aguas que ha escuchado sus jactanciosos alaridos de triunfo".

... ...

"A la escuadra chilena no hay que pedirle más que la protección del cielo: todo lo demás lo lleva ella consigo".

A continuación pedía el apresuramiento de la formación de nuevos cuerpos de ejército. Quería que se convocara a tambor batiente en toda la república "a los mil y mil ciudadanos que esperan con lágrimas en los ojos el momento de que se les llame a defender la patria. Bastará decirles: ¡a las armas!, para que dejen el hogar por el cuartel, la azada por el fusil, y vuelen a la pelea haciendo retamblar el suelo con los comprimidos gritos de su cólera.

Terminaba manifestando que se necesitaba un ejército poderoso y que era necesario tenerlo. "Las horas en estos días son

años, los minutos meses. Aprovechemos, pues, todos los instantes; que no haya sueño para los que vigilan, reposo para los que trabajan, vacilación para los que deciden; seamos todos, para decirlo de una vez, un solo pensamiento, una sola acción, un solo voto. La estrella de Chile no debe separarse un segundo de nuestra vista. Es nuestro pasado glorioso, nuestro presente y nuestro porvenir".

Este brioso y profético artículo se titulaba "Venceremos si el gobierno cumple con su deber". De que lo cumplió, la historia da fe en páginas luminosas.

Ningún diario superó en exaltación patriótica a **El Mercurio**.

En sus grandes páginas de esos días memorables late vibrante toda la epopeya.

Muchas obras se han escrito desde entonces acá sobre la gloriosa guerra del Pacífico; pero ninguna supera en entusiasmo y en informaciones amplias y verídicas a las que día a día fué dando nuestro diario. En él se encuentran todos los partes oficiales; todas las noticias que desde cualquiera parte del teatro de la guerra se le enviaban; todos los comentarios que publicaban los demás periódicos, e infinidad de colaboraciones de ilustres escritores que glosaban los hechos gloriosos.

Fué el único diario que tuvo un corresponsal permanente agregado al ejército en campaña. Don Eloy Temístocles Caviedes se hizo famoso con sus numerosas correspondencias, algunas de las cuales fueron objeto de censura por parte del gobierno a causa de la franqueza con que denunciaba los más insignificantes descuidos de los encargados de suministrar vituallas, municiones, ropas y demás comodidades al heróico y abnegado ejército de mar y tierra. (*)

Y cada día cerraba sus informaciones, glosas y loas con

(*) El señor Caviedes nació en Valparaíso el 1.o de diciembre de 1851, e ingresó en **El Mercurio** a los veinte años de edad. Demostró sus cualidades de escritor con algunos cuentos y varias composiciones poéticas. Sus correspondencias de la guerra del Pacífico pueden formar varios gruesos volúmenes. Estas correspondencias fueron leídas con verdadero interés por todo Chile, y han sido citadas por todos los historiadores. En esa historia viva y palpitante hay exactitud, emoción dramática y sinceridad de cronista honrado. También fué corresponsal de **El Mercurio** durante la revolución de 1891, cuyas correspondencias publicó después en libro. Falleció en Santiago el 26 de diciembre de 1902, de un ataque al corazón. En ese tiempo, y por sus muchos servicios prestados al diario durante más de treinta años, la Empresa lo había jubilado con una pensión.

bizarros editoriales que eran verdaderos cantos épicos de la pluma poética y viril de su redactor principal, escritos que inmediatamente eran reproducidos por toda la prensa del país y parte de la extranjera. Fué **El Mercurio** un exaltado druida que mantuvo el fuego sagrado del patriotismo con un entusiasmo también heroico. Hasta uno de sus principales empleados, don Camilo Letelier, dió el ejemplo de amor a la patria al ingresar como voluntario en el ejército combatiente.

Al comentar el señor Blanco Cuartin el mensaje que el señor Pinto dirigió al Parlamento el 1.o de junio de 1881, dijo, en alabanza de este ilustre magistrado, lo siguiente:

"En conclusión, el señor Pinto ha sido muy desteñido historiador de su propia administración. Sin pedir nada a las figuras retóricas, sin tocar en la alabanza propia, pudo haberse hecho justicia y no ha querido más que ceñirse a contar lo que ya sabíamos.

"La satisfacción de su conciencia puede decirle, sin embargo, que ha procedido bien, que ha hecho un gobierno honrado, liberal y justo, y que en nuestra historia tendrá mañana la recompensa que merece.

"Las cámaras pueden decir al leer la última palabra de S. E.: "He ahí un hombre que ha hecho más que lo que dice".

Como la atención de todo el país estaba puesta en la marcha de la guerra, los partidos políticos habían abandonado sus luchas para que el gobierno obrara en completa libertad. Y vino el año de 1881 en que había de efectuarse la elección de presidente de la república, sin que hubiese ningún candidato en puerta. Hasta marzo de ese año no se pensó seriamente en el que había de suceder a don Aníbal Pinto. Parte de los elementos liberales proclamaron a don Domingo Santa María, distinguido diplomático que desde el año 1848 había desempeñado diversos cargos públicos con mucho lucimiento. Había sido ministro de Hacienda con el presidente don José Joaquín Pérez, y de Relaciones Exteriores, primero, y del Interior, después, con don Aníbal Pinto; enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de Chile en el Perú; presidente de la Corte de Apelaciones, y otros puestos, en todos los cuales demostró poseer talento político y condiciones de hábil gobernante.

Frente a ese candidato pusieron los demás elementos políticos, incluso los conservadores en masa, al general don Manuel Baquedano, comandante en jefe del ejército de operaciones. **El Mercurio**, desde el primer momento, emprendió una larga,

constante y tenaz campaña de oposición. Reconocía los méritos militares del glorioso soldado, pero no le encontraba talento de gobernante.

"Si nos atenemos, decía en el mes de abril, a lo que dicen los partidarios del general Baquedano, que son de todos colores y pelos, su preferencia por la candidatura militar estriba en las dos siguientes causas:

'Necesidad de corresponder a los eminentes servicios del ilustre vencedor del Perú; y

"Confianza en que su gobierno será un gobierno honrado, laborioso y capaz de solucionar satisfactoriamente los problemas de la situación interior y los que en el exterior se han levantado con motivo de las victorias de Chile.

"Los parciales del señor Santa María oponen a estas consideraciones otras todavía más poderosas, y son:

"La de tener una administración liberal, progresista y recta;

"La de llevar al poder, nó a un abigarrado grupo de amigos de ocasión, sino una gran masa de ciudadanos unidos por el lazo del patriotismo y de los buenos principios.

. . . .

"A nuestro juicio, el señor Santa María ofrece, entre muchas ventajas sobre las cuales hemos llamado ya la atención, la de ser un hombre de principios en armonía con las aspiraciones del país, y de un carácter a propósito para establecer un gobierno que no sea persecución para nadie, sino por el contrario, amparo para todos los que de buena fe y còn méritos propios quieran solicitarlo.

"Sus amigos aseguran que el candidato civil tiene **facilidad de convicciones** y una volubilidad de carácter que no le permitirá dar a su gobierno ni unidad de miras ni sello político de ninguna especie.

"Está muy bien. Pero, ¿qué defecto es ese que consiste en **convencerse** con facilidad? Un hombre de talento y de estudio se convence sin mucho trabajo, al paso que un necio o un ignorante no se convencerá sino tarde y a medias".

Durante el período del señor Santa María se negociaron las paces con Bolivia y el Perú, y se fijaron los límites fronterizos de Chile y Argentina.

Casi desde un principio fué combatido sin tregua este presidente por los conservadores y parte de los liberales, a causa de su intervención en las elecciones de senadores y diputados

para formarse un partido propio que le sirviera en toda ocasión.

Don Manuel Blanco Cuartin continuó escribiendo en la sección editorial hasta los primeros meses de 1884, en que sus antiguos padecimientos físicos le obligaron a guardar cama. Le reemplazó durante año y medio el notable escritor don Miguel Luis Amunátegui, de quien nos ocuparemos más adelante.

No era la primera vez que le substituían. En los catorce años que hasta entonces había servido al diario en el cargo de redactor principal, había estado varias veces enfermo y en todas ellas le habían reemplazado jóvenes de talento, algunos de los cuales, discípulos suyos, llegaron a brillar en el periodismo, la literatura y la política. Uno de los primeros fué su hijo don Ventura Blanco Viel, que le substituyó dos veces. La primera desde el 5 de febrero hasta el 11 de marzo de 1872. Don Ventura contaba entonces veinticinco años de edad y ya se destacaba en el grupo de la juventud del partido conservador. (*) De sus cualidades como escritor da testimonio su propio padre en una carta particular que por esa época le envió y que hasta hoy permanece inédita, en la cual, entre otras cosas, le decía: "Un artículo que leí sobre los discursos de los rojos es muy bueno; diafanidad de lenguaje, sencillez elegante, buen gusto, parsimonia de expresión, estilo nervioso, todo esto he visto en algunos de tus postreros editoriales, especialmente en ese de que te hablo. No desmayes; continúa como hasta aquí, que no pasará mucho sin que te encuentres contento". La segunda vez fué cuando era diputado.

Otro de sus reemplazantes fué el gran escritor don Rafael Egaña, uno de sus discículos predilectos. En la crónica de **El Mercurio** del 3 de febrero de 1874, se decía: "**Redacción.** Como hay gente un poco ruda para entender o demasiado viva para aprovecharse de las circunstancias, nos vemos obligados a repetir que nuestro redactor en jefe, don Manuel Blanco Cuartin, se ha separado accidentalmente de la redacción del **Mercurio.** —

(*) Don Ventura Blanco Viel nació en Santiago el 2 de mayo de 1846 (y nó en 1847, como afirma Fuenzalida en su "Galería Contemporánea"). Desde muy joven se destacó por su amor al estudio y por su clara inteligencia. En 1867 se le nombró secretario de la Legación Chilena en Bolivia; en 1873 fué elegido diputado por Rancagua, y en 1896 fué elevado a senador por Santiago. Tomó parte en la revolución de 1891, y fué ministro de Guerra y Marina durante el período presidencial del almirante don Jorge Montt. Es una de las figuras más destacadas del partido conservador y un político de sobresalientes méritos, respetado por los muchos servicios que le ha prestado a su patria.

Desde el 23 de enero y mientras tengamos la desgracia de ver que sigue la enfermedad de nuestro jefe, la redacción está a cargo de nuestro amigo don Rafael Egaña". (*)

Esta gacetilla era una aclaración al artículo editorial de ese día y a la carta que, a continuación de él, le dirigía el señor Egaña a don Manuel con motivo de una publicación injuriosa que contra éste último había hecho "La Patria", de Valparaíso. Parece que don Rafael era también redactor de **El Mercurio,** puesto que en la carta, encabezada con la frase "Mi respetable jefe y maestro", se decía: "Me había formado la ilusión de poder hacer algo bajo su inteligente y sabia dirección; pero me encuentro sin usted, y con un puñado de pequeñeces y de miserias que no conocía, y para las cuales se necesita mucha grandeza y mucha constancia. He visto que hay aquí el sacrificio constante del corazón y del sentimiento al lado del sacrificio constante de la inteligencia. He visto también que resolverse a formar en el periodismo, es resolverse a poner en la picota su nombre, su reputación, su familia, sus recuerdos, sus afecciones; es sacar a luz no solamente las reflexiones y las ideas, sino también el presente y el pasado, los sueños de la juventud y los actos del hombre; en fin, todo aquello que nadie tiene derecho para tocar, excepto Dios y nosotros mismos".

Como se ve, aún quedaban resabios del periodismo procaz de antaño. Don Manuel fué un modelo de periodistas respetuosos. Cuando se le atacaba con descaro, contestaba con ingeniosidades que destrozaban al contrincante sin herirlo en su dignidad. Durante la larga controversia filosófica que sostuvo en el mes de septiembre de 1876 con el escritor italiano T. Mostardi Fioretti sobre la personalidad y la doctrina de Voltaire, quizás la más célebre de las discusiones que se han sostenido en la prensa chilena, el señor Blanco Cuartín se mostró como quien era, a

(*) Este notable literato nació en Santiago el año 1851. Don Alfonso Gumucio, en su folleto "Rafael Egaña", publicado en 1923 con ocasión del fallecimiento de este escritor, asegura que en 1873 comenzó "su vida de periodista escribiendo artículos semanales para "El Mercurio". Al año siguiente (probablemente a fines de él) ingresó en la redacción de "La Patria", de Valparaíso, dirigida por don Isidoro Errázuriz, y en 1876 escribía en "El Indepediente" y "Las Novedades", de Santiago. Durante muchos años se consagró al periodismo y a la literatura. Escribió bellísimas novelitas y algunos folletos políticos. En 1903 dejó de escribir para la prensa diaria y periódica y se dedicó por entero a desempeñar su cargo de redactor de sesiones de la Cámara de Senadores. Fué uno de los estilistas más sobresalientes y también uno de los escritores satíricos más mordaces e ingeniosos de su época.

pesar de que su contendor no estaba a su altura cultural. Si aceptó la polémica fué por el mismo motivo que le impulsó a escribir su célebre memoria "Lo que queda de Voltaire", para ingresar en la Academia de Bellas Artes de Santiago, y que fué el de "mostrar a la juventud que se dedica a las letras el camino que, a mi juicio, debe seguirse en la lectura de las obras del patriarca de Ferney, para no extraviarse del sendero de la verdad y caer al fin en el abismo que la mano terrible de aquel hombre singular cavara en nombre de la filosofía y para eterna confusión del espíritu humano". (*)

A juzgar por las veces que hemos leído debajo de los epígrafes de los editoriales la palabra "(colaboración)", presumimos que fueron seis u ocho los reemplazantes de don Manuel en el interregno indicado; pero como **El Mercurio** ha sido uno de los periódicos americanos que con más rigor han seguido la costumbre inglesa de no dar los nombres de los redactores de sus editoriales para que así las opiniones estampadas en ellos no sean consideradas personales sino de la entidad que constituye un órgano de opinión pública, por eso es que no podemos dar los nombres de todos esos substitutos que fueron, sin duda alguna, notabilidades periodísticas o literarias. Entre los que hasta hoy han permanecido anónimos, podemos citar a don Santiago Estrada, el gran literato argentino que residió en Chile desde el año 1873 hasta el de 1878 y a quien don Mánuel le dedicó uno de sus mejores artículos, el cual está incluído en la antología que formó don Juan Larraín con el título de "Artículos de Blanco Cuartin". (**)

(*) "Lo que queda de Voltaire" se publicó en **El Mercurio** en los días 5, 6, 7 y 8 de septiembre de 1876. La polémica con el señor Mostardi Fioretti comenzó el 14 del mismo mes y duró hasta el 27. En esa controversia, en donde hay gran derroche de conocimientos de filosofía e historia, brilla el ingenio del ilustre periodista. La memoria y la discusión que le siguió, impresas hoy en un volumen, aportarían nuevas ideas a quienes aún se interesan en el estudio de la filosofía voltaireana y en la vida del célebre autor del "Diccionario Filosófico".

(**) En las cartas inéditas que don Ventura Blanco Viel conserva de su señor padre, hemos encontrado la noticia. En una de ellas, por cierto sin fecha, hace don Manuel grandes elogios del señor Estrada al dar a su hijo la noticia de que éste le substituye. Este literato argentino ayudó a don José Victorino Lastarria a formar la Academia de Bellas Artes, el año 1873, y escribió y publicó en Chile un pequeño libro titulado "Apuntes de Viaje", que mereció encomiásticos elogios de los literatos de su tiempo. Era escritor muy atildado, y su prosa tenía el encanto de todo lo que sale de una pluma castiza y erudita.

Don Miguel Luis Amunátegui se hizo cargo de la redacción principal de **El Mercurio** en mayo de 1884 con motivo de encontrarse enfermo y bastante cansado del ajetreo diario del periodismo don Manuel Blanco. En ese tiempo había llegado ya el señor Amunátegui a la cumbre de su fama imperecedera de historiador y tenía prestigiado su nombre político desde mucho antes de que fuera candidato a la presidencia de la república en las elecciones en que salió triunfante don Aníbal Pinto. Por consiguiente, no debe considerársele como un redactor accidental sin méritos suficientes para serlo en propiedad.

Como periodista le ocurría a don Miguel Luis lo mismo que a don Benjamín Vicuña Mackenna: que el historiador frío mataba al periodista apasionado. Con ocasión de su fallecimiento, don Augusto Orrego Luco escribió y publicó en **El Mercurio,** en los últimos días de enero de 1888, una larga biografía de este gran hombre, en la cual hay los siguientes párrafos:

"Juzgando Justo Arteaga Alemparte al diarista de aquel tiempo (*), decía de él:

"El señor Amunátegui se manifestó diarista laborioso y polemista cortés. Pero no hubo en su controversia ni fascinación, ni colorido, ni movimiento. El señor Amunátegui no está dotado de la prontitud de la mirada ni de la rapidez del golpe. Los diaristas son guerrilleros de la política. La guerrilla reclama agilidad, presteza, gracia, agresiones inesperadas, un poco de indisciplina. El señor Amunátegui es un diarista que no se entrega a su primera impresión. Su frase dispara, no asalta. Aunque se mueve en pequeñas columnas, en realidad no hay ahí sino despedazamiento de una gran columna. El escritor encuentra la claridad en ese despedazamiento. ¿Encuentra también la fuerza?

"El estilo del señor Amunátegui tiene muchas puertas y ventanas, mucho aire y mucha luz; todo lo invita a volar, mas

---

(*) Este juicio se refería a la actuación que el señor Amunátegui tuvo en el diario "El Independiente", de Santiago, en 1864, año en que se inició en el periodismo. "Durante esa primera y rápida excursión por el diarismo — que duró poco más de tres meses y medio — Amunátegui palpó toda la distancia que separa al literato del escritor político, midió el abismo que hay en el mundo de las letras, como en todas partes, entre la vida contemplativa y la vida militante, entre el que desarrolla sus ideas y da expansión a sus íntimos anhelos, en presencia de su benévolo auditorio, y el que con la punta de la pluma se abre paso en medio de las asperezas de la polémica y la lucha". — (A. Orrego Luco).

no se atreve a aceptar la invitación; se prende en las minuciosidades. Hábitos de profesor".

"Nos atrevemos a creer que si Justo Arteaga hubiera podido conocer al Amunátegui que veinte años más tarde redactaba el **Mercurio,** sin modificar mucho la impresión que palpita en el fondo de ese juicio, habría tenido que borrar casi todas las palabras que le servían de expresión.

"Habría visto que Amunátegui era un formidable y ágil guerrillero, que sabía dar movimiento a sus ataques, y echarse en los brazos peligrosos y ardientes de la primera impresión. Habría visto, en una palabra, que casi todos los defectos y vacíos que notaba en Amunátegui eran simple resultado de la situación en que se hallaba.

"En efecto, en 1864 Amunátegui apoyaba la política oficial y en 1884 Amunátegui hacía oposición en las columnas editoriales del **Mercurio.**

....

"Y, sin embargo, es justa en el fondo la impresión de Arteaga, porque faltaban a la pluma de Amunátegui las dos verdaderas y especiales cualidades del diarista: le faltaban la iniciativa y la pasión. Esa pasión viva y ardiente que se siente aún bajo las más frías esterioridades de la frase, y esa incesante iniciativa que va marcando en todas partes nuevos horizontes a la actividad de un círculo político.

"Amunátegui le había arrancado la pasión a su pluma para escribir con ella la historia, y su ojo, habituado a mirar en la obscuridad del pasado, se deslumbraba en medio de la claridad del día: el historiador mataba al diarista".

Don Miguel Luis Amunátegui no expuso su programa en ninguna forma: siguió en todas sus partes el que mantenía con tanta entereza como honor el señor Blanco Cuartin. Su labor en el diario no fué muy activa, en particular durante el segundo y tercer trimestres de 1885. En este año estuvo preparando su candidatura a diputado por Valparaíso, la que salió triunfante, con el primer lugar, en las elecciones del 29 de marzo, junto con la de don Isidoro Errázuriz. Se mostró adversario del gobierno del señor Santa María, aunque no de manera tan agresiva como don Manuel Blanco Cuartin.

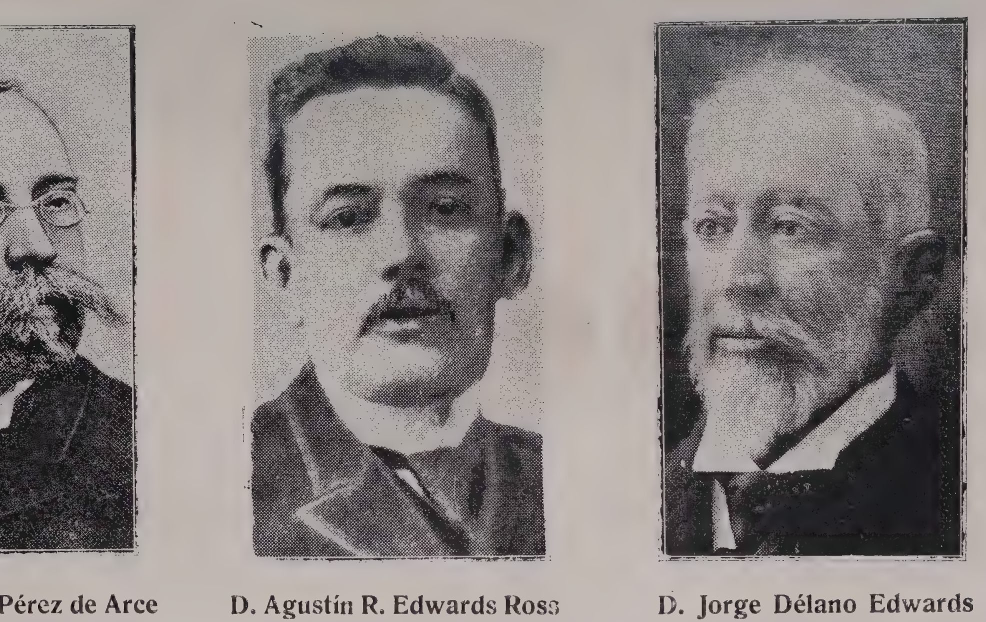
Este reanudó sus labores en **El Mercurio** el 13 de octubre de aquel año, quizá con el propósito de combatir al candidato presidencial que iría a designar y a proteger el gobierno, ya

que el señor Santa María, como hemos indicado antes, tuvo la costumbre de inmiscuirse en todas las elecciones.

Y aquí damos por terminada la segunda época redactorial de **El Mercurio**, porque con la reanudación de las labores del señor Blanco Cuartin, inició el diario una nueva era de combate, que fué memorable.

Tercera Parte

1880-1927



D. Hermógenes Pérez de Arce D. Agustín R. Edwards Ross D. Jorge Délano Edwards

CAPITULO I

EL NUEVO PROPIETARIO TRANSFORMA A "EL MERCURIO" EN EMPRESA EXCLUSIVAMENTE PERIODISTICA

Razones del por qué comienza la tercera época de "El Mercurio" en 1880.—Pruebas que fijan la fecha en que don Agustín Edwards Ross adquirió la Empresa.—Estado financiero en que ésta se encontraba al dejarla don Rafael Larraín Moxó.—Detalles interesantes hallados en los libros de la administración del periódico.—Motivo principal que obligó al señor Edwards Ross a quedarse con el diario.—El dueño de "El Mercurio" lo fué también de "La Epoca" de Santiago.—Ambos diarios fueron de empresa independiente y de carácter distinto.—El sentido práctico de gran hombre de negocios del propietario convirtió a "El Mercurio" en Empresa exclusivamente periodística.—La prudente político económica que observó don Agustín Edwards durante dieciocho años.—El elevado espíritu moral en que mantuvo a "El Mercurio".—Rasgos de generosidad que tuvo para los antiguos empleados de la Empresa.—Semblanza de don Agustín R. Edwards Ross.

Damos comienzo a la tercera época económica de **El Mercurio** en enero de 1880, fecha en que lo adquirió don Agustín R. Edwards Ross, por dos poderosas razones: por la de que el negocio salió desde entonces de la angustiosa situación financiera en que se encontraba y porque la Empresa se hizo exclusivamente periodística.

Algunos historiadores están en desacuerdo acerca de la fecha en que el señor Edwards Ross compró el diario. Entre ellos se destaca don Pedro Pablo Figueroa con un doble error.

En la cuarta edición de su "Diccionario Biográfico de Chile", tomo I, página 393, dice de don Agustín que "en 1884 adquirió la propiedad de los diarios **El Mercurio**, de Valparaíso, y **La Epoca**, de Santiago."

Es cierto que también fué suya esta célebre publicación,

en la que empezó a formarse parte de la juventud que había de hacer patente en 1895 una evolución literaria de alguna importancia; pero nos parece que la fecha de la adquisición de ese diario por parte de don Agustín debió ser anterior a la indicada por el distinguido biógrafo, puesto que en el mes de septiembre de 1882 — a los diez meses y medio de haber salido el primer número de ese periódico — se estableció un "servicio combinado de avisos en Santiago y Valparaíso" con "La Epoca" y **El Mercurio**, y al finalizar el año otro "servicio combinado de suscripción" para ambos diarios.

Los anuncios para **El Mercurio** tenían un recargo de un veinticinco por ciento sobre los de "La Epoca", y aunque la suscripción anual de cada periódico era de doce pesos, la de los dos juntos valía veinte.

Además, desde esa fecha la agencia de "La Epoca" para toda clase de asuntos financieros en Valparaíso era **El Mercurio**, y la de este diario en Santiago, la de aquél.

Si por acaso no era don Agustín propietario absoluto en la data que apuntamos, por lo menos debió ser uno de los principales socios de la empresa de esa publicación, porque la mancomunidad de intereses económicos de los dos diarios lo está indicando. Hay que advertir, de paso, que "La Epoca" era órgano del partido nacional, al cual pertenecía el señor Edwards Ross.

Otros historiadores han supuesto que fué en el mes de julio de 1880 cuando don Agustín adquirió **El Mercurio** por la sencilla razón de haber encontrado en algún libro del Banco de A. Edwards y Compañía varias notas sueltas que tienen relación con las deudas del diario durante el primer semestre del año indicado. Nosotros, al consultar los documentos de la administración de la Empresa correspondiente a 1880, hemos visto que en el balance del primer semestre aparece este caballero como único dueño del diario desde el mes de enero, puesto que le correspondió por completo el noventa por ciento de las utilidades de todo ese período. (El diez por ciento se le dió, como de costumbre durante los cinco años anteriores, a don Camilo Letelier por sus cargos de director del diario y gerente de la Empresa).

Esta nueva época comenzó sin ruido, sin aviso, modestamente.

Nadie notó el cambio de propietario porque todas las cosas

continuaron al principio en la misma forma en que las habían dejado los editores que sucedieron a don Santos Tornero.

Cuando éste se hizo cargo de la Empresa, el 1.o de septiembre de 1842, refrendó en el mismo día el programa trazado por don José Luis Calle en un interesantísimo documento que hemos copiado íntegramente en otro lugar, y ofreció al mismo tiempo mejoras materiales e intelectuales que se cumplieron con exceso.

Pero no debe extrañar que el nuevo dueño, que abría la tercera época del diario, se entrase por la Empresa silenciosamente. Así como el señor Calle creyó necesario delinear el programa que **El Mercurio** no tenía definido el día en que lo compró, y el señor Tornero consideró imprescindible avisar al público que **El Mercurio** iba a dejar su vida sedentaria para ponerse en el lugar que le correspondía por todos sus méritos, don Agustín R. Edwards Ross no vió en la marcha material y espiritual del periódico ningún defecto de importancia que le restara el prestigio ganado. Por tanto, su conducta no pudo ser más prudente, pues como hombre de negocios se reservaba las modificaciones para cuando la ocasión se las pidiera.

Esta oportunidad estaba destinada a sus hijos.

Hemos consignado que el capital de la Empresa era en marzo de 1870 de cien mil pesos. Por esta misma cantidad fué vendida diez años después y cuando precisamente se encontraba en una situación financiera bastante difícil.

Se recordará que en octubre de 1867 se disolvió la sociedad "S. Tornero e Hijos" quedando dividida la Empresa en dos negocios independientes: el de la librería, que fué adjudicado a don Orestes L. Tornero, y el de imprenta, con el diario, que le correspondió a don Recaredo S. Tornero.

Desde que el padre de estos señores dejó la dirección de la Empresa, la sección editorial, que fué una de las más importantes de la costa del Pacífico, empezó a decaer año por año hasta el término de que en las postrimerías de esta época únicamente hacía obras por encargo. La última de importancia que imprimió por su cuenta fué la "Historia General de el Reyno de Chile", por el jesuíta Diego de Rosales, en 1878.

Por estas divisiones de los negocios y por el decaimiento del departamento editorial, la perspectiva de la Empresa **El Mercurio** al entrar en su tercera época económica era muy poco halagüeña, como hemos podido comprobar revisando los libros de la administración.

Lo primero que se nota al comenzar el diario su nueva era, es el cambio de banquero. En febrero de 1880 pagó el Banco de A. Edwards y Compañía al Banco de Valparaíso, del que era presidente desde 1874 don Rafael Larraín Moxó, el saldo del crédito que la Empresa tenía en esa institución y que ascendía a más de $ 19,000. Desde entonces hasta ahora aquélla ha sido la depositaria de los fondos del diario.

Sin embargo, el Banco de A. Edwards y Compañía tenía relaciones comerciales con **El Mercurio** desde el año 1875. El sirvió de intermediario de los industriales y comerciantes extranjeros y la Empresa cada vez que ésta adquiría materiales de Europa y América, y le aceptaba letras y le firmaba pagarés aunque no era banquero de ella. Por otra parte, ese Banco había prestado a **El Mercurio** en diversas ocasiones en el lapso de cinco años, gruesas cantidades de dinero. Todas las cuentas que el diario tuvo con ese Banco, que sumaron más de $ 37,000, estaban totalmente saldadas al finalizar el primer semestre del año 1880, y el total de lo desembolsado hasta esa fecha a favor de la Empresa por dicha casa bancaria, o sea don Agustín Edwards Ross, ascendía a un total de $ 56,262.

Además, don Agustín había comprado en 1875, por veinte mil pesos a don Recaredo S. Tornero, el edificio de los talleres y las oficinas de **El Mercurio**, ubicado en la calle de la Aduana, hoy de Prat, y en el escarpe del cerro Alegre, según consta en escritura del 19 de marzo de dicho año, extendida ante el notario don Joaquín 2.o Iglesias. El diario permaneció en esta casa hasta el año 1901 en que se trasladó al palacio que hoy ocupa en la calle de la Esmeralda, construído especialmente para él por la sociedad editora de Edwards Hermanos.

Hemos anotado estos detalles, al parecer sin importancia, para advertir que el nuevo propietario de la Empresa y socio principal de esa casa bancaria no era completamente ajeno a los intereses de **El Mercurio** desde que lo adquirió don Rafael Larraín Moxó, a quien le ligaba una estrecha amistad. A ella y a la crecida deuda de la Empresa del diario para con él, más que a miras financieras y menos a las políticas, debe considerarse el hecho de haber adquirido el diario.

Con la retirada de don Santos Tornero de los negocios de la Empresa y la separación social, después, de los hijos de éste, el espíritu emprendedor que la guiaba y la dirigía desapareció bien pronto. Las secciones de obras de encuadernación y de rayado quedaron a merced de los empleados que no podían tener por

ellas otro interés que el particular de cumplir con sus obligaciones mecánicas de la mejor manera posible, pero sin el deber de poner en práctica iniciativas que las mantuvieran en actividad y renovación constantes. Además, con la absoluta separación del negocio de librería, que tanto contribuyó en la otra época al desarrollo de esas secciones, y con el crecido número de imprentas que en este tiempo había en Valparaíso, entre ellas la que acababa de fundar don Orestes L. Tornero para la librería del puerto, esos negocios más bien causaban entorpecimiento que producían beneficios al periodístico.

El nuevo dueño que, ante todo, era un hombre de negocios en grande escala y no podía suponer que la Empresa que acababa de adquirir casi por las fuerzas de las circunstancias había de darle utilidades de consideración, puesto que le conocía bien su movimiento comercial, pensó con mucho sentido práctico desprenderse de esas secciones para que el establecimiento se dedicara exclusivamente a la confección del diario, que era lo que más importaba conservar.

Y la Empresa se hizo exclusivamente periodística en el año 1882 con la venta de las secciones indicadas.

Su propietario no necesitaba de la para él exigua utilidad que rendía: se contentaba únicamente con que siguiera manteniéndose, tanto en lo material como en lo intelectual, en el brillante puesto que había conquistado en la prensa nacional y aún en la hispano-americana desde el tiempo de don Santos Tornero. Las ganancias que cada semestre obtenía las agregaba su dueño al capital, y de este modo fué poco a poco incrementándolo hasta llegar a ser muy superior al en que había sido adquirida la Empresa. Si el capital estaba avaluado en quinientos mil pesos en el testamento de don Agustín R. Edwards Ross, otorgado en Santiago el 29 de octubre de 1897, es porque se incluía el valor del edificio adquirido en 1875.

Don Agustín falleció en la capital de la República el 1.o de noviembre del mismo año, y legó **El Mercurio** a sus tres hijos varones, don Agustín, don Carlos y don Raúl Edwards Mac Clure, por partes iguales, encargándoles que tuvieran personalmente a su cargo la administración del diario.

Durante diecisiete años el periódico vivió tranquilamente, sin las angustias económicas que sufrió en las postrimerías de su segunda época, y sin las inquietudes del que puede verse de repente en dura competencia con uno o varios compañeros

que le pudieran arrebatar el cetro y la corona ganados con tantas fatigas. Cuando necesitaba maquinarias, fundiciones de tipos o cambiar de material anticuado por moderno, su propietario no esperaba a la última hora para adquirir lo que precisara, puesto que sabía que **El Mercurio** tenía que mantener la tradición de las innovaciones en materiales y cuestiones periodísticas. Pero siempre procedió con prudencia para no despertar celos en los demás diarios.

La tarifa de suscripción que regía desde el año 1868 subsistió durante todo el tiempo en que fué dueño de la Empresa. La abigarrada clasificación de los avisos que se estableció por vez primera en 1878, sufrió modificaciones en el orden de distribución, y un pequeño aumento en los precios.

Tanto una como otra tarifas fueron variadas por sus hijos cuando la forma del diario cambió por completo en 1900.

Continuamente reforzaba la redacción con los publicistas que más se destacaban en la prensa, y así fué cómo, poco a poco, las brillantes plumas de su diario "La Epoca" y de otros periódicos de importancia, fueron ingresando en **El Mercurio** para llegar a formarse con ellas un selecto núcleo capaz de secundar con todo entusiasmo la gran renovación periodística que se aproximaba.

Con respecto al espíritu que inculcó el señor Edwards Ross a **El Mercurio**, sin coartarle en lo más mínimo la libertad de su programa, nos limitaremos a copiar algunos párrafos del editorial del 1.o de noviembre de 1897, escrito por don Hermógenes Pérez de Arce, que redactaba el diario desde el año 1891, porque en ellos está perfecta y claramente delineado:

"A otros incumbe juzgar al hombre público y sus obras " en bien de la sociedad.

"El Mercurio", después de recoger los suspiros de su ago" nía en el lecho del dolor, tiene que limitarse a enviar a su " tumba silenciosamente las lágrimas del último adiós.

"Pero esta eterna despedida no quiere decir que se inte" rumpan entre **El Mercurio** y su propietario de ayer los víncu" los de una íntima unión ideal que jamás habrá de romperse, " porque este diario continuará sintiendo inspiradas sus colum" nas por el noble espíritu de don Agustín Edwards, alma " siempre abierta a los más generosos sentimientos de justicia, " de patriotismo y de amor a la humanidad.

"En las más difíciles jornadas del diarismo habrá **El Mer-**

" curio de fortalecerse y mantener su altura de miras, teniendo
" siempre puestos los ojos en el que invariablemente exigió y
" quiso no sólo el perdón, sino el olvido de las injurias; el sa-
" crificio de toda clase de intereses al grande y altísimo inte-
" rés de la patria; el sofocamiento de toda pasión ante la razón
" y la justicia; el amparo de los pobres y desvalidos contra
" las violencias o usurpaciones; la estabilidad de las instituciones
" por el acatamiento de las autoridades dentro de la ley; la
" consolidación de los progresos del país sin las perturbaciones
" de injustificados y frecuentes cambios ministeriales; el con-
" curso de la prensa para toda buena idea del Gobierno, y la
" crítica respetuosa, razonada y luminosa para todo desacierto
" o trasgresión del derecho; altísima elevación en la forma y
" en el fondo de toda cuestión, para ser respetados respetando
" a los demás; mantener invariablemente izada muy en alto
" la bandera de un respeto sagrado a todos los poderes mo-
" rales que sostienen desde sus cimientos la existencia de la
" sociedad; no demoler jamás ni contribuir a la demolición de
" un orden existente, sin que de antemano esté el país prepa-
" rado por completo para un nuevo orden de cosas reconocida-
" mente superior al anterior; no aspirar a ninguna reforma
" sino dentro del libre juego de las instituciones respetadas
" por las autoridades; tener siempre por divisa la libertad y
" el derecho dentro de la ley.

"Con estos nobilísimos ideales del hombre que acaba de
" bajar al sepulcro, el espíritu de don Agustín Edwards conti-
" nuará inspirando las columnas de **El Mercurio**, como un
" ejemplo de que, para los hombres distinguidos por grandes
" cualidades, hay una obra de ultratumba que constituye sobre
" la tierra la inmortalidad de las buenas acciones, reproduci-
" das al infinito, como semillas que muchas manos recogen,
" siembran y cultivan indefinidamente para bien de la huma-
" nidad.

"El adiós de **El Mercurio** es el adiós del sembrador que
" ve ocultarse el sol en el ocaso, quedándose en las manos con
" un puñado de la buena semilla.

"La continuaremos sembrando en nombre y bajo la ins-
" piración de aquel noble espíritu que, con el recuerdo impe-
" recedero de sus grandes cualidades, va a realizar desde ma-
" ñana su obra de ultratumba."

Este hombre, tan hábil financista y tan inteligente indus-

trial como sus prósperos negocios aún lo pregonan, y político tan íntegro, y hombre de estado tan patriota como sus actos y obras lo indicaron, fué un protector decidido de las ciencias y las artes, y un desinteresado Mecenas para los hombres de letras.

Rara vez se encuentra entre los verdaderos hombres de negocios uno que se interese con amor, entusiasmo y generosidad por las cosas espirituales; don Agustín Edwards Ross fué uno de esos raros hombres de negocios. No podía ser de otra suerte quien había mantenido a un diario de tan gran prestigio en Chile y en el extranjero, como **El Mercurio**, en un elevado espíritu de equidad y desinterés cuando cualquier banquero poderoso como él era o cualquier político de influencia, como también lo era, habría podido aprovecharse impunemente de la irresistible fuerza de la palanca de la prensa que tenía en sus manos para lograr el espléndido éxito de cuanto le hubiese interesado en provecho propio. No lo hizo, y mantuvo a su periódico alejado de la política de partido para que siguiera velando por el cumplimiento de las leyes y de la moral del país y al mismo tiempo impulsando el desarrollo de la prosperidad de su patria, como había hecho siempre sin debilidades desde que salió a la plaza del periodismo.

Con ocasión de su fallecimiento. toda la prensa del país, sin distinción de partido, reconoció en don Agustín R. Edwards Ross, esas excepcionales cualidades.

"La Tarde", de Santiago, en su editorial del 1.o de noviembre de 1897 decía, entre otras cosas, las siguientes: "El hombre que hoy ha cerrado los ojos para dormir el sueño eterno, tuvo en este país todos los honores, alcanzó los más encumbrados puestos públicos, y empuñó, además, el cetro de una fortuna colosal.

"Con el trascurso de los tiempos no ha perfeccionado la raza humana su nivel moral; no son hoy ni más grandes nuestras virtudes, ni menos frecuentes ni menos dolorosas nuestras debilidades y nuestras caídas, y si hace siglos un pueblo — el elegido, el pueblo de Dios — dobló la rodilla ante el vellocino de oro, hoy día también se doblegan los caracteres y enmudecen las conciencias ante ese poder incontrarrestable y tiránico: el dinero, y los hombres y los pueblos le rinden culto de adhesión.

"Tener, pues, entre las manos esa varilla mágica, es tener

la facultad de hacer el bien; pero, más que todo y ante todo, la terrible facultad de hacer el mal.

"En manos del señor Edwards esa fortuna se difundió por todo el país en grandes empresas industriales; fué a buscar al pobre en sus viviendas desnudas; fué espontánea y silenciosamente al encuentro de los amigos en horas difíciles; ayudó a los hospitales, a las instituciones de beneficencia, a los artistas, a los escritores.

"No mordieron en ese corazón sencillo y bueno, ni el odio ni la ambición.

"Nosotros, que nunca formamos en el número de sus correligionarios ni de sus íntimos, venimos hoy al borde de su tumba a descubrirnos con respeto y a decir, con más imparcialidad que otros, cuáles fueron las virtudes y cuáles los defectos de este hombre de bien que acaba de morir."

Podríamos ampliar el aspecto altruísta que señala lo trascripto, detallando los actos de generosidad que hizo en vida el señor Edwards Ross agregando a ellos algunos de los importantes legados que para los pobres de Santiago y Valparaíso constan en varias cláusulas de su testamento; pero, como esta breve semblanza es de la índole que indicamos cuando dijimos que don Agustín era una rara excepción entre los hombres de negocios, debemos señalar únicamente los actos que le distinguieron como protector de las ciencias, las artes y sus cultores.

"En la dirección de **El Mercurio,** dice Pedro Pablo Figueroa en su diccionario, se ha distinguido por su elevado espíritu de filantropía, jubilando, primero, al eminente diarista don Manuel Blanco Cuartin, con un sueldo de cuatro mil pesos anuales, en recompensa de 22 años de servicio al diario y después al corresponsal Antonio Carmona con cien pesos mensuales por su larga labor de información al diario desde la capital. Estos actos son únicos en la historia del diarismo chileno y en la prensa americana."

Esto lo hizo don Agustín en 1886 cuando llevaba seis años de propietario de **El Mercurio,** por lo que huelga advertir que con estos rasgos no recompensó a esos empleados por los servicios que le prestaron a él por mediación de su negocio, sino que premió con ellos la labor y la constancia de unos intelectuales que habían envejecido y se habían gastado en la altruísta profesión de ilustrar al público.

Este ejemplo ha sido imitado bastantes veces por los que le sucedieron en la Empresa de **El Mercurio.**

Fundó varias escuelas, entre ellas una de tipografía en Quilpué y la de Horacio Mann, en Valparaíso, y fué socio protector de la Sociedad Científica de Chile.

Legó ocho mil libras esterlinas para que se erigieran dos estatuas a la memoria de los señores don Manuel Montt y don Antonio Varas. "Esta cantidad — dice su testamento — se pondrá a disposición del Congreso, a quien, según la Constitución, corresponde tributar honores públicos a los grandes servidores. Si no se llevare a efecto esta disposición por cualquiera causa, dentro de los dos años siguientes a mi fallecimiento, esta suma se invertirá en fundar en la Biblioteca del Instituto Nacional una sección con la denominación Montt-Varas, en recuerdo de los servicios que el uno y el otro prestaron en dicho establecimiento".

También ordenó que a la muerte de su señora esposa, doña María Luisa Mac Clure Ossandon, "lo que exista de la galería de cuadros y estatuas" en sus casas de Santiago y Valparaíso, pasaran al Museo Nacional de Bellas Artes, de la capital.

Pero la más hermosa corona de cuantas conquistó con su espiritualidad es, sin duda alguna, la que representa la protección amplia que dispensó al núcleo de escritores que descollaron en su diario "La Epoca", del que ya trataremos en otro capítulo y en el cual consignaremos que **El Mercurio**, por mediación de su propietario, tiene la gloria de haber impulsado también, como en 1842, una era literaria iniciada a fines del siglo pasado.

De su vida política incumbe a otros señalar los hechos más notables; nosotros nos limitaremos a indicar que fué Ministro de Obras Públicas y también de Hacienda. Durante la Administración del presidente Balmaceda "realizó la conversión de la deuda exterior del país, y en 1887 propuso medidas prudentes para ejecutar sin violencias el retiro del papel moneda".

Murió muy joven, cuando aún no había cumplido los cuarenta y seis años, pues nació en Valparaíso en el mes de febrero de 1852. Era hijo de don Agustín Edwards Ossandon, fundador del Banco que aún lleva su nombre y que continua perteneciendo a sus descendientes, y de doña Juana Ross de Edwards.

CAPITULO II

DOS PRECURSORES DEL PERIODO ACTUAL

Carácter del segundo período de la tercera época de "El Mercurio". — Cualidades morales del redactor editorialista don Hermógenes Pérez de Arce. — Características de algunos de los redactores principales que le precedieron. — El espíritu liberal de que saturó las columnas editoriales del diario. — Opiniones de la prensa chilena acerca de su labor de once años en "El Mercurio". — Breve resúmen de su vida de empleado público. — Su labor en el ministerio de Hacienda. — Fué un hombre de férrea voluntad, hijo de sus obras.— Condiciones especiales de don Jorge Délano Edwards. — El resultado de su labor administrativa durante veinte años. — Sus dotes de organizador y de director. — Su unión espiritual con el señor Pérez de Arce. — Don Hermógenes y don Jorge fueron las columnas fundamentales de "El Mercurio" actual.

La tercera época económica, política y literaria de "**El Mercurio**" tiene, como las anteriores, dos períodos. En el primero sale de su angustiosa situación económica; amplía el espíritu político de su programa hacia horizontes de absoluta independencia y ensaya el periodismo enciclopédico en lo literario y el industrial en lo económico.

En el segundo, que principia en 1900, bajo la dirección de don Agustín Edwards Mac-Clure, se realizan todas las ideas de progreso que bullen en el extranjero y se consolidan todos los proyectos audaces para, por medio de **El Mercurio**, hacer en Chile en brevísimo lapso, una de las revoluciones periodísticas más grandes y completas que se han efectuado en la América Ibera en lo que va de siglo.

Los precursores en lo financiero, en lo político y en lo económico de este período de oro de nuestro diario, fueron: don Agustín Edwards Ross, don Hermógenes Pérez de Arce y don Jorge Délano Edwards.

De los dos últimos vamos a tratar en el presente capítulo, ya que del primero hemos dicho lo suficiente al iniciar esta última parte de nuestra historia.

De los cuarenta y tantos redactores de editoriales que tuvo **El Mercurio** desde su fundación hasta fines del siglo pasado, ninguno poseyó la cultura adecuada a la naturaleza del programa del diario como don Hermógenes Pérez de Arce, el ilustre estadista y escritor que comenzó su carrera pública desde el puesto de preceptor de una escuela fiscal de Valdivia, ni tampoco le superó alguno en el esfuerzo gigantesco de su vida para elevarse por propios méritos a las altas esferas de la gobernación del país.

Por estas cualidades, precisamente, fué también el que mejor que todos sus antecesores comprendió e interpretó el espíritu de este viejo paladín de la prensa chilena y decano de la hispano-americana.

El Mercurio ha tenido la suerte de que sus redactores principales hayan sido escritores notables de la América Española. Sin mentar a los primitivos, o sean aquellos que sirvieron al periódico desde su fundación en 1827 con don Pedro Félix Vicuña, hasta el año 1840 con don José Victoriano Lastarria, porque **El Mercurio** fué durante sus primeros años una publicación sin orientaciones determinadas en política y literatura, puesto que el estado caótico de la vida pública y el incipiente de la instrucción popular no se lo permitía, la mayor parte de los demás redactores, comenzando por don Domingo Faustino Sarmiento, en 1841, y terminando con don Máximo R. Lira, antecesor del señor Pérez de Arce hasta 1891, fueron grandes figuras en el periodismo y en las bellas letras que le marcaron al periódico modalidades especiales a su carácter primitivo de órgano del comercio y de la industria.

Don Domingo Faustino Sarmiento le reflejó su bizarra acometividad; don Miguel Piñero su internacionalismo; don Juan García del Río su inmenso saber literario; don Juan Carlos Gómez su maravilloso arte de periodista luchador; don Hilarión Nadal su sentido práctico; don Benjamín Vicuña Mackenna su ingenio y su fecundidad, y luego don Manuel Blanto Cuartin su elevado espíritu. Algunos otros, como Demetrio Rodríguez Peña, Jacinto Chacón, Santiago F. Godoy, Ambrosio Montt, Guillermo Carmona, Martín Palma, José Antonio Torres, Isidoro Errázuriz, Florentino González, Rafael Ega-

ña, etc., etc., literatos unos, políticos otros y todos hombres de talento, pasaron como meteoros por la redacción, sin dejar fuertes huellas de su paso por el diario.

Don Hermógenes Pérez de Arce le pronunció a **El Mercurio** su serenidad tradicional; le amplió el espíritu de su carácter independiente; lo hizo el órgano oficial de la opinión económica; lo elevó a la categoría de consejero popular cerca de los altos poderes y, en fin, le preparó y aseguró después a la edición que el diario fundó en Santiago al iniciarse el presente siglo, la unánime aceptación que obtuvo, con lo cual se convirtió en el verdadero representante de la prensa chilena.

Quizá no sobresalió don Hermógenes Pérez de Arce en las cualidades que brillaban en cada uno de esos ilustres predecesores; pero tuvo como ninguno de ellos, la condición innata de pedagogo y el buen sentido de hombre de estado, por lo que lo catalogó la historia de los hombres de acción como publicista original, modelo nuevo en la prensa chilena, que, por desgracia, pocos imitadores ha tenido hasta ahora. Nació para enseñar, comenzando él mismo por intruirse en multitud de disciplinas que le sirvieron para hacer su brillante carrera de administrador público.

El señor Pérez de Arce sucedió en la redacción de **El Mercurio** al notable periodista don Máximo R. Lira, el 1.o de octubre de 1892, cuando el país acababa de salir de una revolución que le había trastornado su vida económica y política y mantenía latente los apasionamientos de los bandos en lucha. En tan difíciles momentos, saturaba el señor Pérez de Arce las columnas editoriales de espíritu de concordia y las llenaba de consejos sobre administración pública que sorvieron para orientar la nave del Estado.

En 1896 tuvo que dejar la redacción — aunque siguió inspirando su espíritu— llamado al ministerio de Hacienda. Llegó a él con "un caudal muy aumentado de conocimientos, de experiencia, de levantadas ideas administrativas y de un austero espíritu de rectitud, que hubo de impresionar favorablemente a la opinión pública y desarmar a las pasiones de partido que habían increpado su ingreso al ministerio".

Cuando terminó su misión volvió a **El Mercurio** y en él estaba cuando don Agustín Edwards Mac-Clure determinó renovar por completo la parte material del diario y llevarlo a la capital de la República.

Y fué don Hermógenes Pérez de Arce quien se encargó de exponer clara, terminante y ampliamente el programa de **El Mercurio**, cuyas parte principales hemos copiado en otro capítulo. Ese editorial es de una factura literaria admirable, modelo de su género. Brillan en él las ideas que interpretan el espíritu tradicional de **El Mercurio**, como astros en noche serena. En él se aclara su independencia siempre incólume frente a partidos y gobiernos.

Don Hermógenes, que entró en la redacción de **El Mercurio** a la edad de 46 años, cuando ya había ejercido la mayor parte de los importantes cargos públicos que su saber y sus aptitudes le habían deparado, no era un periodista de ocasión, ni sus aficiones literarias se habían despertado por ese tiempo. A la vez que ejercía el magisterio en la ciudad natal, allá en sus más tiernos años, publicaba y redactaba periodiquitos en cuyos artículos ya se vislumbraba al escritor de enjundia. Esta condición de periodista era tradicional en la familia de los Pérez de Arce. Don Hermógenes era sobrino-nieto del fundador de la prensa chilena, puesto que su padre fué hijo de doña Melchora Henríquez, hermana del ilustre fraile de la Buena Muerte.

De sus disposiciones literarias dan pruebas sus múltiples artículos periodísticos y sus libros y sus composiciones poéticas. Don Hermógenes fué uno de los primeros escritores que, deslumbrados por la gloria de los héroes de Iquique, escribió un largo poema sobre la inmortal epopeya, el cual vió la luz en la página de honor de "El Ferrocarril", de Santiago, el 8 de agosto del mismo año del célebre combate naval.

En él brilla una elevada inspiración patriótica, pues hay en abundancia estrofas tan bellas como esta arrogante octava real:

"Al rodar de sus hondas los oceanos,
Hinchado el pecho de gigante, entonen
Un himno a su coraje de espartanos...
Los Andes empinándose pregonen
Las virtudes de esos héroes sobrehumanos.
Cien volcanes su lumbre los coronen
Como antorchas que arder resplandecientes.
Verá la eternidad sobre sus frentes".

No fué de la clase de los periodistas de antaño que se enredaban en interminables controversias para lucir ingenio y cultura en farragosos artículos. Su minerva era riquísima, pero no la gastaba para solaz de los lectores, sino para instruirlos. Contestaba las réplicas sin estruendo, donaires ni subterfugios de hábil polemista. Sentado un tema, lo desarrollaba con la parsimonia, la convicción y la benevolencia de un maestro de primeras letras o de un catedrático de universidad, según lo confusa o elevada que fuese la materia en cuestión. Fué un periodista didáctico de extensa cultura que no tuvo precursor en la prensa chilena, y que causaba extrañeza en sus compañeros de prensa política acostumbrados a la sutileza del ingenio a falta de razones fundadas en la cultura y el conocimiento de la vida práctica. Era, como dijo don Agustín Edwards Mac-Clure en su discurso necrológico, "un consejero, era un diccionario vivo. No había cuestión que él no supiera tratar; no había problema que él no supiera resolver; y si en el instante la memoria, que es frágil, no ayudaba al talento, horas, minutos después, una rápida mirada a un libro, era lo suficiente para que en esa cabeza, admirablemente organizada, reaparecieran todos los claros-obscuros como a la acción química del ácido se destacan de la plancha de fotografía las líneas que la luz ha herido una vez".

Y "El Ferrocarril", aquel sesudo diario de Santiago, añadió que don Hermógenes, "ageno por carácter a las luchas apasionadas e intransigentes de la política, militó en el campo liberal de las ideas, distinguiéndose siempre por la serenidad de su espíritu y por la patriótica moderación. Muchos de esos artículos de la prensa han sido recopilados en un volúmen y ofrecen a la juventud las más útiles enseñanzas".

El fondo de esa larga e inmensa obra periodística fué juzgada por otro importante diario, "La Ley", como la de un "espíritu equilibrado, lógica consigo misma, sindéresis y consecuencia, y, sin duda alguna, la más completa sinceridad, como que la doctrina que informaba sus artículos es la que trascendía en los libros que dió a luz en número bastante para asignarle un lugar entre los autores nacionales en ciencia social, económica y política". (*).

(*) Entre los libros que escribió y publicó, citaremos los siguientes: "El Administrador Público", "Los Ferrocarriles argentinos

La vida de don Hermógenes es un prodigio de perseverancia en el trabajo, del saber enciclopédico y de aptitudes excepcionales de organizador; era un milagro de experiencia política, de conocimientos financieros, y muy conocedor del arte de gobernar.

Nació en Valdivia el año 1845. Acabada su instrucción en aquella ciudad, obtuvo por concurso el puesto de maestro de una escuela fiscal, y tres años después ingresaba de profesor en el Liceo donde había hecho sus estudios.

Tenía entonces veinte años de edad.

Este aprovechado joven, ávido de conocimientos, no se vanaglorió con estos triunfos, y siguió estudiando por cuenta propia "para abrirse las puertas de una brillante carrera administrativa, y para llegar a ser en la prensa y en el profesorado universitario una de nuestras más distinguidas intelectualidades", como dice con mucho acierto don Enrique A. Fuenzalida en su "Galería Contemporánea de Hombres Ilustres de Chile".

En efecto, abrió él mismo esas puertas tan herméticamente cerradas para tantísimos hombres que luchan inútilmente para entrar por ellas apelando a todos los medios, menos a los únicos que tienen las llaves: el trabajo, el talento y la perseverancia.

Su carrera administrativa comenzó en 1873, al asumir el cargo de gobernador del Territorio de Colonización de Lebu. En este difícil puesto demostró tales aptitudes de organizador, que al crearse la provincia de Arauco fué, por derecho de méritos, su primer intendente.

Siete años después estaba en Arica dirigiendo, como intendente general en campaña, la complicada maquinaria del abastecimiento del ejército que iba a ocupar a Lima; después se le dió el delicado puesto de superintendente de Aduana del Perú, y luego fué nombrado jefe político de Lima.

Bastará considerar la importancia de cada uno de estos cargos en circunstancias tan anormales en un país extranjero

---

y los de Chile", "Tratado de Administración Pública para el curso de ingenieros de la Universal de Chile", "Panacea popular contra la crisis", "Lectura Militar para las escuelas del Ejército y la Armada", "Cartilla Cívica para los niños", "El alcohol considerado bajo su aspecto económico y social". Esta obra obtuvo el primer premio en el certamen abierto por el Ministerio de Hacienda.

desequilibrado por un desastre militar de tal magnitud, para apreciar la cantidad de energías que tuvo que gastar, la suma de precauciones que tomaría y el talento que habría de desplegar para salir triunfante de sus difíciles cometidos.

Las ocasiones hacen surgir a los hombres del sedentarismo en que viven. Don Hermógenes salió del anónimo en una pequeña ciudad del sur con una pujanza física e intelectual que desconcertaría a cuantos le vieron escalar peldaño por peldaño el alto puesto de ministro de Hacienda con que lo honró el presidente Santa María, el año 1885.

Para llegar a ese lugar desde el puesto de jefe político de Lima, pasó por el cargo de inspector general de Aduanas de Chile; por el de director de Explotación de los Ferrocarriles del Estado y por su inmediato de director general de esta repartición.

"Aunque esa época, dice el biógrafo citado, agitada por las ardientes pasiones políticas a que dió lugar la elección presidencial no era apropiada para una considerable labor ministerial, el señor Pérez de Arce consiguió substraerse a los rigores de la política de partido; y al pasar por el ministerio de Hacienda, pudo abordar los negocios económicos más importantes de su época, tal como la conversión en un sólo empréstito al cuatro y medio por ciento, de los varios empréstitos del cinco y del seis por ciento, por un valor total de 28 millones de pesos de a 48 peniques, o sea 240 millones de pesos de la moneda actual (1901). Con esta operación hízose un ahorro de tres millones de pesos anuales en el servicio de la deuda externa".

En 1896, siendo ya redactor de **El Mercurio**, volvió al mismo ministerio y en esta ocasión su genio financiero pudo brillar con más potencia que la vez anterior.

Tal era, a largos trazos diseñado, el hombre que escogió don Agustín R. Edwards Ross en 1892 para que se encargara de la redacción de su diario.

Este ilustre hombre falleció en Santiago a la relativa temprana edad de cincuenta y siete años, en la mañana del 26 de agosto de 1902. Pero su espíritu, sus enseñanzas y sus ejemplos no han desaparecido de **El Mercurio**. La senda que él trazó durante once años de constantes desvelos por este periódico, la han seguido y la continuarán siguiendo cuantos lo dirigen moral y manterialmente. Fué uno de esos maestros que dejan grabadas sus enseñanzas en el corazón de sus discípulos.

En el momento de darse sepultura a sus restos dijo don Agustín Edwards Mac-Clure estas memorables palabras:

"Yo debo a este hombre, señores, le debo su dedicación, su infinito amor al diario, en cuyo nombre quiero rendirle un último homenaje de cariño, y esa dedicación y ese amor que se tradujeron siempre por editoriales llenos de buen sentido que rebozaban conocimientos que no se adquieren en un día, no se pagan sino con gratitud porque son deudas del corazón".

Al lado de esta gran figura, pero oculto siempre por el anonimato adherente al cargo de director y administrador de la Empresa, estaba colaborando sin cesar don Jorge Délano Edwards, el hombre símbolo de la constancia en el trabajo y del amor a **El Mercurio** que caracteriza a la mayor parte de los empleados y obreros durante el segundo medio siglo de su existencia.

Pero este hombre, además de ser símbolo en el diario de esa cualidad y de ese sentimiento mantenidos en un grado máximo durante veinte años, lo era también de la inteligencia en la empresa periodística porque poseía un espíritu cultivado por el estudio y la reflexión, y porque estaba dotado de espontánea capacidad para dirigir los más complicados negocios. No fué don Jorge Délano únicamente un celoso administrador de **El Mercurio** que cumpliera las órdenes que recibiese sin que a ellas uniera iniciativas propias, sino que fué su director en el sentido espiritual que debe dársele al encargado de mantener incólume el programa de un diario; de un programa como el de **El Mercurio** tan difícil de interpretar como de sostener frente a las conveniencias de los gobiernos y los intereses de los partidos, puesto que tiene por base y principio la independencia más absoluta.

Don Jorge Délano merece también mención especial en este libro porque contribuyó con una consagración digna de mayor encomio al resurgimiento de **El Mercurio** y a ponerlo en la brillante senda por la que hoy camina triunfante. El fué, más que un fiel empleado, cumplidor sin tacha de sus obligaciones, un soldado dispuesto al sacrificio en sus deberes, como lo demuestran sus años de servicio y hasta también sus últimos días con el epílogo romántico de su fallecimiento, pues murió trabajando en el local del diario como el heróico militar entrega su vida en el campo de batalla.

Dos grandes figuras se destacan en el grupo de todos los

empleados administrativos y organizadores que ha tenido el diario desde su fundación: don Jorge Délano y don Guillermo Pérez de Arce, hijo de don Hermógenes. El primero porque organizó la adminitración del diario e inició la parte material de su éra evolutiva, y el segundo porque ha desarrollado ampliamente después y con exclusiva responsabilidad, la ardua tarea de su digno antecesor que secundó con acierto los planes del administrador-propietario don Agustín Edwards MacClure.

Tenía el señor Délano de 45 a 47 años de edad cuando ingresó en el diario. Era en 1883, dos años y medio después de haber pasado la Empresa a manos de don Agustín Edwards Ross, con cuyo cambio de dueño había salido ella del dificilísimo estado financiero en que se hallaba y que la conducía irremisiblemente a la muerte. Pero el nuevo dueño, hombre de negocios en vasta escala y político de utilísima cooperación en el gobierno del país, no podía dirigirla ni vigilarla, y tuvo necesidad de buscar un hombre de confianza capaz de encauzarla en el orden administrativo, desaparecido desde que don Santos Tornero dejó la dirección de la Empresa, y capaz también de mantenerle su tradicional programa al periódico.

Antes de ocupar este puesto, don Jorge había demostrado su capacidad administrativa y organizadora en la dirección de industrias mineras, entre ellas las de plata de Copiapó y en la gerencia de la fábrica de tejidos de Tomé. Pero anteriormente había recorrido Europa, Estados Unidos y Australia estudiando los centros industriales más importantes de esos territorios. Unía, pues, a su carácter recto y a su temperamento laborioso de buen sajón — su padre era norteamericano, — una vasta cultura comercial e industrial que lo capacitaba para dirigir con acierto cualquier negocio por amplio o complicado que fuera. Cuando comenzó a luchar para abrirse paso en la vida, que fué en los albores de su juventud, ocupó un importante puesto en el Banco Nacional de Chile.

Con todo ese bagaje de conocimientos mercantiles a una edad en que el hombre mira sin espejismos la vida y marcha por el camino de ella con la seguridad del propio valer; con un concepto muy elevado de sus obligaciones; con un amor al trabajo que le robaba las horas del descanso, y, por complemento, una nobleza de corazón a toda prueba y una rectitud en todos sus actos que le daban el carácter de hombre digno a carta cabal y

ecuánime sin vacilaciones, tomó la pesada carga que le entregó el señor Edwards Ross. Este dió muestras de saber escoger los hombres de valía al encomendar al señor Délano la dirección de su Empresa periodística en momentos verdaderamente difíciles.

Entró en **El Mercurio** con el cargo de gerente, y a poco se notó en el periódico un cambio notable en su parte mecánica. Se adquirió la primera prensa rotativa que tuvo; se adoptó el sistema estereotípico, y se mejoró su presentación artística.

Durante los quince años que mediaron desde su entrada en el diario hasta el fallecimiento de don Agustín, se consagró en cuerpo y alma a normalizar su estado económico, con la esperanza de lograr algún día la prosperidad de esta Empresa, lo que consiguió de tal manera en el interregno indicado, que habiendo sido adquirida por la cantidad de cien mil pesos el año 1880, estaba avaluada en quinientos mil en el testamento que otorgó el señor Edwards Ross a fines de 1897. Por este esfuerzo, si otros méritos grandes no tuviera el señor Délano en su hoja de servicios, es digno de alabanza y de reconocimiento perpétuo, puesto que no sólo afirmó la existencia del diario, sino que lo salvó de una muerte segura. Porque ha de recordarse que don Agustín R. Edwards adquirió **El Mercurio** por compromisos de amistad con el ilustre hombre don Rafael Larraín y Moxó, dueño de él desde 1875 hasta 1879, y no por miras políticas ni menos financieras en un hombre como aquel acostumbrado a dirigir y manejar grandes negocios.

Mas, para conseguir ese triunfo económico, tuvo don Jorge que acrecentar el crédito del diario, mermado bastante desde que desapareció don Manuel Blanco Cuartin, aquel inmenso periodista que, durante dieciseis años, cubrió con claro talento las columnas de **El Mercurio.** Los periodistas y literatos que le habían sucedido en el puesto de redactores de editoriales duraron poco tiempo a pesar de que eran grandes y brillantes plumas, pero que no encuadraban en el espíritu del diario. Don Jorge Délano, como director responsable de cuanto se insertaba en él, buscó con don Agustín al escritor adecuado, bien difícil de hallar, dado el carácter especial del periódico. Pero ambos lo encontraron en don Hermógenes Pérez de Arce, el ilustre escritor y político que había llegado a los más altos y delicados puestos

de la administración pública de la manera que hemos descripto antes.

Don Hermógenes y don Jorge se completaban y formaban una unidad perfecta para mantener a **El Mercurio** en el más completo equilibrio: el uno conocía toda la maquinaria gubernativa y el otro el movimiento financiero; aquél estaba en contacto directo con la política y éste con la vida económica, y ambos se hallaban compenetrados del espíritu del diario por carácter y convicciones para armonizar fácilmente sus ideas en conformidad al marco de ese espíritu y unificarlas perfectamente en cualquier momento.

Hemos tenido oportunidad de conocer esta paridad leyendo una serie de cartas que don Jorge envió a don Hermógenes desde 1891 hasta 1899. Por ella se ve que el señor Délano supo mantener con rígida disciplina el carácter secular de **El Mercurio** asesorado, naturalmente, por don Agustín R. Edwards R., que tenía por divisa para el periódico la prescindencia absoluta de todo espíritu de partido en las opiniones que emitiera sobre cuestiones de interés nacional.

En esas cartas comentaba don Jorge día a día el movimiento gubernativo, el político y el financiero. Daba su opinión sobre los actos del gobierno y las deliberaciones de las cámaras legislativas con lucidez de estadista y con la claridad de hombre experimentado, y a continuación decía lo que, a su parecer, convenía opinar en el diario, cuyo timón tenía en sus manos. En estos pareceres jamás intervinieron la pasión política ni el interés particular. Ellos iban directamente a procurar el progreso y la grandeza del país. Pero intervenían en ellos cuando la naturaleza del asunto era propicia, los sentimientos de su noble corazón florecido de toda suerte de generosidades y perdones.

Pocas veces disentía de las opiniones que sobre materias trascendentales emitía don Hermógenes en sus editoriales; mas cuando esto sucedía, llenaba carillas y más carillas dando sus razones sólidas y bien fundadas, las cuales eran consideradas por el señor Pérez de Arce con la atención que merecía la opinión de un hombre inteligente y bien orientado en la materia que trataba.

Y esos dos hombres marchaban de común acuerdo conduciendo al diario hacia la cumbre de su prestigio, cuando llegó el año 1900, memorable en los fastos de **El Mercurio** porque salió

de su condición de periódico de provincia para colocarse en el primer lugar de las publicaciones noticieras de la capital y, por ende, de la República.

Ahora no era su dueño don Agustín R. Edwards Ross. Este ilustre estadista había fallecido en 1897 y había legado la Empresa a sus hijos con la expresa condición de que habían de administrarla personalmente. Esta obligación recayó en el mayor, don Agustín, joven lleno de entusiasmo e ilusiones que se propuso, desde el primer momento, hacer de **El Mercurio** uno de los diarios más importantes de la América Ibera. Y los nuevos propietarios comenzaron la ardua labor de la renovación total del periódico contando desde luego con que don **Jorge Délano** los secundaría com aquel espíritu esforzado que le caracterizaba. El administrador-propietario sería el cerebro de la obra y don Jorge el brazo que plasmaría la idea.

Don Agustín hizo un viaje a Europa y Estados Unidos, de donde trajo toda clase de maquinarias y también un buen caudal de conocimientos periodísticos, todo lo cual lo puso en las manos fuertes y seguras de don Jorge. Y cuanto se ideó y se pensó fué llevado a la práctica con un orden y una precisión superiores, sin duda, a cuantas esperanzas se habían cifrado. Y fué luego muy fácil acreditar la nueva edición desde el primer momento, por que el prestigio de su redactor principal, don Hermógenes Pérez de Arce, era una garantía segura del gran éxito que había de tener en todo el país.

Cuando **El Mercurio** comenzó a salir en Santiago, don Jorge continuó viviendo en Valparaíso hasta que las nuevas necesidades del periódico le hicieron trasladarse a la capital.

Al mudarse los talleres y las oficinas del diario al local que hoy ocupa, ya residía el señor Délano en Santiago. El mismo dirigía los trabajos de traslado, reparación del nuevo local y las instalaciones en él, aunque ya se encontraba herido de muerte en el corazón desde hacía varios meses... Y súbitamente murió en la gran sala de máquinas, a donde había ido para presenciar la armadura de la prensa rotativa, el 30 de septiembre de 1902, a las cuatro de la tarde, pocos días después del desaparecimiento de don Hermógenes.

Murió mes y medio antes de que funcionara la gran prensa "Marinoni" que se había adquirido para que el diario pudiera salir de dieciséis páginas desde el 15 de noviembre de ese año,

en cuya fecha también habría de aparecer el primer número de **Las Ultimas Noticias del Mercurio.**

Desaparecieron simultáneamente estas dos fortísimas columnas de **El Mercurio** antiguo, sobre las cuales se levantó **El Mercurio** moderno, el de hoy, para renovar la sedentaria prensa diaria de Chile.

Ambos abnegados servidores dejaron en el seno de la Empresa una venerable tradición de amor y de trabajo inteligente que aún se mantiene viva e intacta en el corazón de todos los que la sirven.

CAPITULO III

LAS DIVERSAS SOCIEDADES EDITORAS DE "EL MERCURIO"

Comparación de los períodos precursores de las dos grandes épocas de "El Mercurio". — Formación de la sociedad colectiva de Edwards Hnos. en el año 1898. — Comienza a base del capital de $ 500,000. en que la Empresa estaba avaluada en el testamento del señor Edwards Ross. — A partir de 1900 se inicia una magnífica era de fundaciones periodísticas en diversas ciudades.—Los socios interesan en el negocio a los empleados principales de la Empresa. — Interesante resumen de las actividades de la Empresa hasta el año 1906.—Formación de una sociedad colectiva civil en 1908 con socios capitalistas e industriales. — Esta sociedad se transforma en anónima en 1913 a base de la anterior con un capital de cuatro millones. — En 1920 se forma una sociedad colectiva con dos socios capitalistas y dos industriales. — En 1926 se constituye la actual "Empresa de El Mercurio, Sociedad Anónima Periodística" a base de la anterior.—El capital de esta sociedad se avalúa en $ 5.090,000. —Mención de los periódicos fundados desde 1907 hasta 1927.

El período de diecisiete años relatado en el capítulo primero puede equipararse, con algunos distingos en lo material y artístico, al que precedió a la gran época en que el señor Tornero estuvo dirigiendo la marcha del diario.

Se recordará que cuando este editor se posesionó de la Empresa, dijo que **El Mercurio** iba a dejar su vida sedentaria porque le habían salido al paso algunos competidores que le estaban ganando el terreno que se había conquistado durante quince años de laboriosa existencia. Lo mismo hubiera dicho y hecho don Agustín Edwards Ross si las circunstancias hubiesen sido idénticas; mas, como fué el suyo un período de estagnamiento artístico de la prensa del país, se limitó a seguir la corriente de lo establecido pero cuidando celosamente de que **El Mercurio** conservara el primer lugar en todo orden de cosas.

En el año 1900 salió nuestro diario de su antiguo molde para abrir en Chile la presente era del periodismo a lo grande, de ese periodismo que acabó para siempre con el tradicional artículo largo y erudito, y de ediciones de escasas páginas sin ilustraciones y atractivos de ninguna clase. Pero esta renovación no obedeció a las mismas causas particulares de las de la época anterior a la del señor Tornero, sino al deseo que tenía la nueva Empresa de propulsar el periodismo de Chile implantando en su diario cuantas novedades y procedimientos empleaba la prensa de Europa y Estados Unidos. Este deseo estaba aguijoneado por el despertar literario que se había iniciado a fines del siglo XIX.

Ya hemos dicho, en otro lugar, que el señor Edwards Ross legó a sus hijos don Agustín, don Carlos y don Raúl Edwards Mac-Clure, por partes iguales, según la clásula 10 de su testamento, la propiedad de la imprenta y del diario **El Mercurio.**

Los nuevos dueños formaron enseguida la sociedad colectiva denominada "Empresa de "El Mercurio" de Edwards Hermanos", con el capital de medio millón de pesos en que estaba avaluada en el testamento del padre.

En esta suma se incluía el valor del edificio de la imprenta y las oficinas del diario, adquirido cinco años antes de la compra de la empresa periodística, como queda consignado en otro lugar.

Esta sociedad fué la que inició la renovación material e intelectual de que trataremos más adelante.

En vista de la gran ayuda que había recibido la Empresa de algunos empleados durante la etapa inicial de este período, se les dió participación de las utilidades habidas en el año 1904 a don Joaquín Díaz Garcés, don Juan Estéban Ortúzar, don Carlos Silva Vildósola, don Tomás Julio González, don Emilio Llanos y don Arturo Fontaine C., quienes desde entonces quedaron en calidad de interesados, cuyas sumas de intereses representaban el 11 por ciento. Los socios cobraron el 23 por ciento cada uno y, además, a don Agustín se le asignó el 15 por su cargo de administrador general de la Empresa. El 5% restante se destinó a gratificar a los demás empleados y a todos los operarios tanto de la imprenta de Valparaíso como de la de Santiago.

En un interesante resumen que de las actividades de la Empresa se publicó el 1.o de enero de 1907 en **El Mercurio de**

Valparaíso, hay los siguientes párrafos que dan la medida del desarrollo y progreso de la sociedad desde 1900.

"No ha escapado **El Mercurio**, en los meses finales del año que acaba de transcurrir, a las influencias perturbadoras que sobre la casi totalidad de las empresas establecidas en Valparaíso tuvo el terremoto del 16 de agosto.

"En medio de todas las destrucciones que causó ese espantoso cataclismo, entre las ruinas generales que produjo dentro de la ciudad y los puntos circunvecinos, no podía nuestro diario, que utilizaba elementos tan numerosos como distintos, escapar sin quebrantos, ni dejar de ver esterilizados sus principales propósitos hacia el mejor servicio del público.

"Y queremos decirlo así, ampliamente, en este momento en que las diferentes columnas de nuestra publicación reseñan los balances de los factores principales de la actividad nacional durante el año que ayer feneció; queremos decirlo para que se conozcan los esfuerzos gastados por **El Mercurio** para servir del modo más eficaz posible los intereses de la prensa del país.

"Habíamos llegado a dar una vida sólida en Valparaíso a dos ediciones distintas de nuestro diario, a semejanza de lo que desde cuatro años atrás practicamos en la capital. En Valparaíso instalamos, en un edificio de amplias dimensiones, construído **ad hoc** para el objeto, una prensa que era uno de los ejemplares más acabados de lo que en el ramo produce la industria norteamericana, y con cuyo auxilio pensábamos desarrollar nuestras ediciones diarias y dar al público un suplemento ilustrado una vez a la semana. En Santiago pensábamos realizar esta misma idea, sin perjuicio de mejorar en lo posible las ediciones que cada día entregamos a nuestros lectores; pensábamos seguir allá también desarrollando y perfeccionando nuestra revista ilustrada "Zig-Zag", fundada para desarrollar en el público el conocimiento objetivo de nuestro propio país y de los hechos que principalmente llamen la atención universal. Queríamos en Antofagasta, la nueva capital del salitre, a la cual esta industria y la minería del cobre, junto con el tráfico comercial de Bolivia, prometen un cercano y enorme desarrollo, en Antofagasta, decimos, deseábamos hacer aparecer también **El Mercurio**, sirviendo con los poderosos y excelentes medios de información de que dispone nuestro diario, los intereses de una población de comerciantes e industriales, cuyos negocios y cuya existencia entera se hallan íntimamente vinculados a las plazas más importantes del resto del país.

"Pero si revelamos al público la perturbación causada, a nuestros designios de servir mejor la causa del progreso nacional, no debemos ocultarle que los daños materiales de la catástrofe no nos han desalentado ni producen otro efecto que retardar un poco la realización de nuestros propósitos.

"En Antofagasta, salvando obstáculos considerables, **El Mercurio** aparece desde el 16 de diciembre, y la acogida tan amplia que en el público ha encontrado, es la demostración más elocuente de que está correspondiendo a las necesidades de ese público y de la región a que sirve.

"En Santiago utilizaremos la prensa norteamericana que, a mediados del año, empezábamos a armar en Valparaíso, pues que allá vamos a conservar el gran movimiento de las dos ediciones diarias y del periódico semanal ilustrado.

"El "Zig-Zag", con su administración y sus elementos artísticos considerablemente incrementados en la última época, habrá de seguir con todo entusiasmo desplegando sus esfuerzos por popularizar la buena lectura literaria, familiar y recreativa, contribuyendo a desarrollar el gusto por lo bello, por medio de sus artistas y de sus excelentes grabados del más variado género artístico.

"En Valparaíso, donde del modo más directo sufrimos las consecuencias perturbadoras del gran cataclismo, hemos juzgado conveniente reducirnos a una sola de nuestras ediciones, aquella que desde ochenta y un años ya se entrega al público a la misma hora de la tarde.

"El público porteño debe haber visto y debe haber comprendido nuestros esfuerzos por atender sus intereses, aún a despecho de todos los daños de la catástrofe.

"Antes de los tres días posteriores al terremoto, cuando aún no había ni luz ni otra fuerza motriz que el brazo entusiasta de nuestros operarios, **El Mercurio**, bien que en reducido formato, aparecía al público sirviendo a sus lectores y llevando al ánimo de la tribulada ciudad las primeras noticias consoladoras y las primeras impresiones de aliento para levantarnos de la desgracia.

"Desde entonces hemos normalizado la marcha de nuestro diario, y en muy pocos días más contaremos con una nueva maquinaria de gran poder que nos permitirá entregar al público, de una manera regular, un diario de dieciséis páginas en un solo cuerpo, susceptible de ser aumentado hasta lo que se necesite

para utilizar nuestro abundante material de informaciones de redacción.

"Daremos también dentro de poco un suplemento semanal ilustrado, con grabados en colores de último modelo, al cual nos proponemos dar un carácter exclusivamente ameno, fomentando la lectura de cuentos y narraciones de un bello corte literario ...

"Para esto hemos debido aumentar el personal de nuestros colaboradores y redactores. Contamos ya con corresponsales especiales en París, Nueva York y Buenos Aires, sin perjuicio de aprovechar cada suceso de trascendencia para enviar al teatro de su desarrollo un agente o corresponsal especial.

"Entramos a realizar todas estas mejoras en el personal y en los elementos materiales de nuestra empresa, manteniendo firmes los elevados propósitos de orden, de respeto social, de bienestar y de progreso con que hemos querido invariablemente contribuir a la cultura y al adelanto general de nuestra patria."

Los detalles de estas fundaciones e innovaciones y de otras que se hicieron después, irán en capítulo aparte.

Los editores de esta época, con un espíritu amplísimo, no han eludido sacrificio alguno para contribuir con su empresa a la renovación y al fomento de la prensa nacional. **El Mercurio**, siguiendo siempre las modas de los grandes diarios de Europa y América, ha orientado en este período al periodismo chileno en la parte material y artística, como en la segunda la orientó en lo moral y en la independencia de criterio.

El 31 de diciembre de 1908 se constituyó la sociedad colectiva civil con los tres capitalistas mencionados y los industriales don Carlos Silva Vildósola, don Guillermo Pérez de Arce, don Guillermo Cienfuegos y don Emilio Llanos.

Esta sociedad se formó con el mismo capital de quinientos mil pesos en que estaba avaluada desde 1898, pero a fines de 1910 lo elevó a un millón.

A los cinco años la sociedad colectiva civil "Empresa El Mercurio de Edwards Hermanos" se transformó en sociedad anónima, según escritura pública hecha ante el notario de Santiago don Eduardo Reyes L., el 25 de septiembre de 1913, y de la cual copiamos los artículos más esenciales:

"Artículo 2.o La sociedad tendrá su domicilio en Santiago y podrá estender sus operaciones y establecer oficinas en otros

puntos de la República o del extranjero, siempre que el directorio así lo acordare.

"Art. 4.o El objeto de la sociedad es adquirir, con exclusión de los bienes raíces, las actuales sociedades civiles y colectivas denominadas "Empresa El Mercurio de Edwards Hermanos" y "Empresa de El Mercurio de Antofagasta de Edwards Hermanos", que editan los diarios enumerados en el artículo siguiente, de cuyo activo y pasivo, fuera de bienes raíces, se hace a contar del 1.o de enero de mil novecientos catorce.

"Art. 5.o En consecuencia, la sociedad se ocupará de publicar los diarios titulados: "El Mercurio", de Valparaíso, "El Mercurio", de Santiago; "Las Ultimas Noticias", de Santiago, y "El Mercurio", de Antofagasta; así como cualquier otro diario o publicación periódica que en esa o en otras localidades acordare adquirir o fundar.

"Art. 6.o El capital social es la suma de cuatro millones seiscientos cincuenta mil pesos, dividido en cuarenta y seis mil quinientas acciones, de cien pesos, totalmente pagadas cada una."

Esta sociedad fué autorizada por el Supremo Gobierno en decreto fechado el 31 de octubre de 1913.

Fueron miembros del Directorio los señores don Agustín Edwards, don Carlos Edwards, don Guillermo Pérez de Arce, don Julio Pérez Canto y don Guillermo Cienfuegos.

Fué nombrado gerente de la Empresa don Guillermo Pérez de Arce, quien había sido sucesivamente redactor y director-administrador de **El Mercurio** de Valparaíso.

Esta sociedad anónima se liquidó y disolvió en diciembre de 1920.

En el mismo año se constituyó en su reemplazo una nueva sociedad colectiva civil entre los señores don Agustín Edwards Mac Clure y don Agustín R. Edwards Budge, como socios capitalistas, y don Carlos Silva Vildósola y don Guillermo Pérez de Arce. en calidad de socios industriales.

Esta sociedad fué modificada en 1923, fijándose entonces el capital en dos millones cien mil pesos. Los socios eran los mismo indicados antes y la sociedad se denominó "Empresa de El Mercurio de A. Edwards y Compañía". Continuó en la gerencia el señor Pérez de Arce.

La última innovación social que ha experimentado la Em-

presa se hizo en 1926, cuyas cláusulas principales están resumidas en el siguiente documento:

"República de Chile, Ministerio de Hacienda. — Santiago, diez de mayo de mil novecientos veintiséis. Hoy se decretó lo que sigue: Número seiscientos noventa y nueve. Vista la solicitud que precede de don Guillermo Pérez de Arce, por la Sociedad Anónima denominada "Empresa de El Mercurio, Sociedad Anónima Periodística", en la que pide se autorice la existencia y se aprueben los estatutos de dicha sociedad, que consta de las escrituras públicas que se acompañan otorgadas, la primera, el ocho de enero del preente año ante el notario de esta ciudad don Manuel Gaete Fagalde, y la segunda, el treinta de marzo último ante el notario de Valparaíso, don Arturo Bascuñán Cruz, y de las cuales aparece: Primero. Que la duración de la sociedad será de treinta años, a contar desde la fecha en que se declara legalmente instalada; Segundo. Que tiene por objeto principal adquirir por aporte el activo y pasivo de la sociedad civil "Empresa El Mercurio de Edwards y Compañía", constituída por escritura pública otorgada ante el notario de esta ciudad don Manuel Gaete Fagalde, el catorce de marzo de mil novecientos veintitrés: la publicación de los diarios titulados "El Mercurio" de Valparaíso, "El Mercurio", de Santiago, "Las Ultimas Noticias", de Santiago, "La Estrella", de Valparaíso, así como cualquier otro diario o publicación periódica què en esa o en otras localidades acordare adquirir o fundar, y la instalación, explotación de cualquiera explotación o de trabajos relacionados con la industria y el comercio de Empresas y Publicaciones o negocios análogos; Tercero. Que su capital social será de cinco millones noventa mil pesos, divididos en cincuenta mil novecientas acciones de cien pesos cada una, totalmente pagadas. Teniendo presente lo informado por el Consejo de Defensa Fiscal, el inspector de Sociedades Anónimas, y visto lo dispuesto en los artículos cuatrocientos veintisiete y cuatrocientos treinta y cuatro del Código de Comercio, decreto: Primero. Autorízase la existencia y apruébense los estatutos de la Sociedad Anónima denominada "Empresa de El Mercurio, Sociedad Anónima Periodística", etc., etc."

Completaremos este documento con otros datos que tomamos de la escritura otorgada en marzo; la cual es una rectificación y a la vez modificación de los estatutos sociales que en la actualidad están vigentes:

"El capital social es de cinco millones noventa mil pesos, moneda corriente de Chile, dividido en cincuenta mil novecientas acciones de cien pesos, totalmente pagadas cada una.

"De estas cincuenta mil novecientas acciones habrán dos series, una de treinta mil novecientas acciones, o sea, tres millones noventa mil pesos, en acciones preferidas, con los privilegios que más adelante se señalan; y otra de veinte mil acciones ordinarias, o sean dos millones de pesos.

"Las veinte mil acciones ordinarias se suscriben: diecisiete mil trescientas por don Agustín Edwards Mac Clure; dos mil quinientas por don Agustín R. Edwards Budge; cien por don Carlos Silva Vildósola, y cien por don Guillermo Pérez de Arce, o sea, por los comparecientes y que son los socios de la sociedad colectiva, cuyo activo y pasivo se adquiere y se destina a pagar dicho activo y pasivo del negocio en marcha que constituye la sociedad.

"Las acciones preferidas se suscriben por don Agustín Edwards Mac Clure y se destinan a pagar el valor de los bienes raíces que se adquieren en conformidad al artículo segundo de los transitorios.

"El capital podrá ser aumentado a propuestas del Directorio."

El Directorio de esta sociedad está formado con los siguientes señores: Presidente, don Agustín R. Edwards Budge, y directores don Carlos Silva Vildósola y don Guillermo Pérez de Arce. Este último es, a la vez, gerente de toda la Empresa.

Las diversas transformaciones sociales de la Empresa no modificaron el programa de fundaciones periodísticas que se trazó en 1900 y que inició con los dos diarios de Santiago. Además de las ediciones indicadas en el resumen que de estas actividades se han copiado anteriormente, debemos mencionar la de la edición de Valdivia, hecha en 1910, y la reaparición de la segunda de **El Mercurio** de Valparaíso en 1915, la que a los seis años cambió su nombre por el de "La Estrella".

Algunos de los diarios y periódicos que se han citado no pertenecen ya a la Empresa, pero subsisten en poder de otros dueños con la misma vitalidad que se le dió a cada uno. De todos ellos nos ocuparemos con detenimiento en otro lugar.

CAPITULO IV

FUNDACION DE "EL MERCURIO" DE SANTIAGO

Carácter del movimiento literario de 1895. — Método de información de la prensa anterior a la aparición de "El Mercurio" en Santiago. — Causa principal de la fundación de este diario. — Cuando comenzó "El Mercurio" a publicar noticias nacionales y extranjeras llegadas a él por conducto telegráfico. — Las diversas empresas telegráficas que le han servido durante sesenta años. — Los propósitos del nuevo diario sobre las informaciones generales. — Diversas noticias relacionadas con el primer tiempo de la fundación de "El Mercurio" de la capital. — Cómo fué recibido este diario por el público y la prensa de Santiago. — Lista de los principales empleados de redacción y administración fundadores del diario. — En el mes de noviembre de 1902 se funda "Las Ultimas Noticias de El Mercurio". — Su carácter y su plan de información. — Las distintas innovaciones que ha tenido este diario vespertino.

Al principio del último cuarto del siglo XIX hubo en Chile, como en la mayor parte de las Repúblicas americanas, un indicio de renovación literaria que fué desarrollándose lentamente hasta declararse en plena floración a principios de la centuria que le siguió.

No fué de mucha trascendencia porque no llegó a adquirir el carácter revolucionario de la de 1842, pues así como ésta transformó por completo las formas y modificó los métodos ideológicos dentro de una escuela determinada y bien definida. la romántica, el movimiento de 1895 inició una era de desorientación con la multitud de seudo-escuelas que, con diversas apariencias filosóficas de relumbrón, fascinó a una buena parte de la generación pasada. Por fortuna, el buen sentido trajo luego la consiguiente reacción, y muchos de aquellos escritores "avanzados" son hoy modelos de corrección en la forma y en

el fondo de sus obras, para la generación presente que, en su mayoría, está atacada del mal de la estravagancia dialéctica y sintáxica. Hace juegos malabares con las palabras a costa de la deformidad del concepto claro y preciso en su afán de seguir ciertas modas extranjeras que repugnan al genio elevado de nuestro incomparable idioma, inventadas por escritores faltos de meollo para producir obras de mérito. Es disculpable ese y otros extravíos de la juventud de ahora, de suyo vehemente y ansiosa de notoriedad, ante la esperanza de que llegará a encontrar el camino del verdadero arte a medida que con el estudio y la meditación fortalezca los conocimientos recibidos en institutos y universidades.

Como la prensa diaria del período evolucionario de ese desorientador movimiento no hiciera por su parte manifestaciones de cambio en su forma artística ni en sus métodos de informaciones, **El Mercurio** creyó llegado el momento de hacerlo al dar comienzo el siglo XX. Le correspondía el deber, por derecho tradicional, lanzar el **sursum corda** con el ejemplo.

Y lo hizo de una manera tan completa y amplia, que mereció el aplauso de todo el país porque marcó otra nueva era en el periodismo nacional.

Desde que **El Mercurio** comenzó a dar la pauta del verdadero diario político y social, que fué en los comienzos de su segunda época, toda la prensa del país fué poco a poco siguiéndola hasta que llegó a uniformarse y ser el patrón obligado. Mas por desgracia escasos fueron los diarios de toda esa etapa que se destacaron con algunas novedades de forma y fondo que les dieran carácter y rompieran la monotonía. La generalidad carecía de redactores idóneos con prestigio literario y de vasta cultura enciclopédica capaces de opinar con ecuanimidad y suficiencia sobre la multitud de asuntos de interés general que se presentan cada día a la consideración del público.

Los editoriales los solían escribir una sola persona, estuviera o no percatada de la materia en actualidad, por lo que esos escritos resultaban generalmente muy extensos y, sobre todo, pesados y monótonos por cierto matiz pedantesco de que casi siempre iban revestidos. No se ocupaban de otra cosa que no fuera de política, como si los demás asuntos no tuvieran importancia para la vida de la nación. No eran variados, breves, concisos y de lenguaje llano, aunque pulcro como los de ahora, comprensibles a lectores de cultura corriente.

Los demás artículos de redacción estaban a la altura grandilicuente de los de la sección editorial; pero esos aparecían de vez en vez y cuando asuntos de trascendencia lo pedían. Hoy son estos escritos muy abundantes porque son los preferidos del público, puesto que tratan de toda clase de materias, desde el comentario político y el problema económico hasta la crítica literaria o artística y la glosa de algún suceso o acto de actualidad. Son esos artículos semejantes a los que en Europa se les dan el nombre de crónicas y que, por lo general, van firmados por reputadas plumas.

Las noticias generales, que en la prensa chilena se denominan de crónica, se dividían en dos secciones: la local y la de provincias. Ambas crónicas eran entonces cortas y en ellas se registraban escasas noticias de importancia secundaria, y muchas de ellas, las sociales, por ejemplo, abarcaban el mayor espacio como si al público le interesara más conocer los nombres de los que habían enviado coronas al difunto y saber lo que habían engullido y trasegado (en francés, por supuesto), quince o veinte amigotes que habían inventado cualquier pretexto para darse una opípara comida, que enterarse extensamente de algún proyecto de creación de una sociedad comercial, industrial, artística, literaria, de beneficencia o de la fundación de un centro de enseñanza, un hospital, una biblioteca, un museo, etc., etc. Con una, o una y media columnas a lo más, creían los periodistas de entonces dejar satisfecha la curiosidad pública sobre el centenar de ocurrencias y asuntos que, antaño como hogaño, han sido y son cada día dignos de mención detallada. Hoy estas secciones, con las de noticias extranjeras, ocupan más de la mitad de las numerosas páginas de un buen diario.

Ya que hemos mentado las noticias del exterior, diremos que hasta que **El Mercurio** no comenzó a contratar amplios servicios de las diversas empresas telegráficas de Europa y América, los diarios chilenos, sin excepción, se limitaban a extractar o a copiar de los canjes los asuntos que creían de interés o que eran de su predilección, y cuando el telégrafo terrestre y después el submarino comenzaron a popularizarse en Chile, publicaban, cuando más durante unos veinte años, media columna de noticias recibidas por esos conductos, y algunos pocos completaban las informaciones extranjeras con las correspondencias que de vez en cuando les enviaban sus colaboradores residentes o viajeros, quienes generalmente trataban de cuestiones políticas con preferencia a las de otros géneros provechosos e instructivos.

Las demás secciones permanentes o periódicas, tales como la de las sesiones de las cámaras legisladoras, los asuntos ministeriales, la literatura y los llenos, pues no habían más, adolecían de defectos. Las dos primeras pecaban de excesiva extensión; la segunda no correspondía con frecuencia al gusto predominante de cada época, y la tercera contenía usualmente trabajos largos que carecían de interés para la generalidad de los lectores. Hoy no se publican textualmente las deliberaciones de las cámaras ni las memorias ministeriales sino en suscintos extractos; la literatura se reserva para los números dominicales con obritas de autores contemporáneos, y los llenos han tomado el carácter de croniquitas sobre ciencia, filosofía, viajes, sucesos raros, modas, pasatiempos, etc., etc. Estas dos últimas secciones son más frecuentes en la segunda edición de los grandes diarios, por ser menos informativos y por su carácter enciclopédico.

Los avisos económicos no estaban clasificados por materias, como ahora, y los demás no tenían páginas determinadas ni lugares fijos en ellas.

Por último, el tamaño de los diarios, en particular desde 1865, empezaron a tomar dimensiones desmesuradas, y no pasaban éstos, generalmente, de cuatro páginas.

El Mercurio vino a romper todos esos moldes con su edición de Santiago, cuyo primer número apareció el 1.o de junio de 1900.

La causa principal de la fundación de este diario la explicó él mismo en los primeros párrafos de su editorial de presentación, en la siguiente forma:

"La edición de Valparaíso no puede llegar a Santiago sino en el expreso de cerca de las once de la noche, hora en que no es dable hacer el reparto de un diario ni encontrarse lectores.

"De esta suerte la distribución del Mercurio ha tenido que efectuarse en Santiago en la mañana del día siguiente al de su salida, y a la misma hora en que ya están en circulación los diarios de la mañana con las noticias telegráficas, recibidas en la noche después de publicado el Mercurio.

"No puede, pues, aprovechar el público en Santiago los sacrificios que el Mercurio hace para proporcionar a sus lectores un servicio extraordinario de noticias telegráficas.

"La edición especial que hoy se empieza a publicar en Santiago permitirá que los lectores de aquí puedan aprovechar con toda oportunidad ese servicio telegráfico.

"La diferencia puede ponerse más de manifiesto con un ejemplo.

"Las noticias telegráficas del 31 de mayo recibidas del extranjero, y del norte y sur de la República, hasta después de las once de la mañana de ese día, no han podido ser conocidas de los lectores de Santiago sino hoy en la mañana, mientras que con la edición especial que aquí se va a tirar se van a conocer a la cinco de la tarde del mismo día en que llegan de fuera.

"Así en el presente número se dan noticias de Europa llegadas a las 3.30 P. M., gracias a la diferencia de horario, pero que se refieren a las noticias o hechos acontecidos hasta las siete de la noche, de la Argentina hasta la 4 P. M. y del norte y sur del país, hasta la misma hora."

En efecto, su sección telegráfica era ya la más amplia de todos los diarios de Chile, pues tenía servicios especiales y exclusivos proporcionados por numerosos corresponsales que enviaban sus informaciones por conducto de las grandes empresas telegráficas del mundo.

A título de curiosidad enumeraremos las diversas agencias que han servido a **El Mercurio** durante sesenta años:

Las primeras noticias que por conducto del telégrafo publicó el diario, fué en el mes de octubre de 1866.

La sección que las contenía se denominaba "**Telegramas**". Debajo de ese título iba, en el primer término, esta frase: "(por vía paralela al ferrocarril)".

Esta sección apareció por primera vez al final de la última columna de una hojita suplementaria correspondiente al domingo 21 del mismo mes y año. Contenía una media docena de líneas con varias noticias de Santiago, desde cuya ciudad las habían enviado.

Durante ese año y todo el siguiente, la extensión de los telegramas nunca pasó de treinta líneas, y no siempre era diaria esta sección.

El 19 de noviembre de 1868 apareció con este epígrafe: "(recibido por la línea del Estado)", y poco después quedó con la denominación de "Telégrafo del Estado", del cual se valen aún los corresponsales de provincias para enviar sus informaciones a **El Mercurio.**

En 1876 aparecieron noticias de Buenos Aires por el "Telégrafo Transandino" que las enviaba para la prensa asociada de Valparaíso. También se publicaban de vez en cuando las que,

para la Bolsa, venían a Chile procedentes de Europa y Estados Unidos por el mismo conducto.

El 5 de abril de 1879 se aumentó el servicio de informaciones nacionales por mediación del "Telégrafo Americano".

El 5 de mayo del mismo año se publicaron por primera vez las noticias trasmitidas por el "Cable Submarino".

La sección fué aumentándose poco a poco hasta que en enero de 1882 se hizo muy completa con las amplias noticias de la Agencia Havas. Desde esta fecha no faltó ningún día la información extranjera.

En diciembre de 1883 comenzaron a salir las noticias del Cable Central llegadas por la vía Galvestón.

En el año 1895 la sección ocupaba diariamente dos o tres columnas, y desde entonces se empezaron a clasificar las noticias por países de procedencia. Además de la Agencia Havas, **El Mercurio** seguía sirviéndose del Telégrafo del Estado, del Telégrafo Transandino y del Telégrafo Americano.

Se ensanchó el servicio, hasta ocupar una página completa, con uno especial y exclusivo de la Agencia Havas enviado por conducto de los cables "Central and South American Telegraph Co." y "West Coat of American Telegraph Company", en 1900.

Por último, el servicio se hizo tan amplio y completo como los mejores de los grandes diarios norteamericanos, pues con él se pueden llenar tres páginas.

En la actualidad sirven a **El Mercurio** "The Associated Press", "United Press" y otras agencias importantes.

A continuación de lo copiado anteriormente, se agregaba esto otro:

"Ya que, para que el público pueda utilizar de una manera más general los sacrificios hechos para darle al "Mercurio" un especial servicio telegráfico, nos hemos visto en el caso de publicar una edición en Santiago, hemos querido aprovechar el aparecimiento de ésta para inaugurar una colaboración ampliamente organizada y en condiciones tales que, ajena a todo espíritu de partido o de sectarismo filosófico o social, tenga un verdadero carácter nacional, y pueda, mediante el concurso de ocho de nuestras más distinguidas ilustraciones, publicar — sobre literatura, ciencias sociales, jurisprudencia, bellas artes, diplomacia, higiene, ciencia militar y ciencia matemática y astronomía —revistas en que estas interesantes materias sean tratadas con mayor detención y profundidad que en los artículos del día, es-

critos al correr de la pluma con la misma improvisada rapidez de los acontecimientos.

"Por lo demás, al dirigirle nuestra primera palabra al público de Santiago en esta edición dedicada especialmente a él, no tenemos para qué explicarle cuáles son los propósitos a que obedece el "Mercurio", porque, aun cuando su circulación ha sido aquí sumamente inferior a la de Valparaíso, no por eso han podido ser desconocidos los propósitos de su misión, que cada día se han acentuado más a medida que han ido también creciendo en importancia, junto con el país, los intereses nacionales que incesantemente llaman nuestra atención."

Después se exponía, en primoroso estilo de factura literaria, el espíritu del tradicional programa de **El Mercurio** que transcribiremos en el capítulo que sigue a éste.

La imprenta de esta edición fué instalada primeramente en la calle de la Bandera, números 257-261, y allí permaneció hasta el 14 de noviembre de 1902, fecha en que se trasladó al palacio comprado por la Empresa a la sucesión de Larraín Zañartu, situado en la calle de la Compañía, esquina de la de Morandé, en donde aún permanece. Este grande y valioso edificio sufrió modificaciones adecuadas, en particular los salones destinados a talleres y maquinarias.

El tamaño de **El Mercurio** de Santiago durante cerca de dos años y medio fué el que tenía el de Valparaíso a principios de 1900: 75.50 cm. de alto por 55 cm. de ancho, porque empleó la prensa Derriey que había usado la edición fundadora. Pero en el mismo día en que quedó instalado en su nuevo local y al propio tiempo lanzó una segunda edición (15 de noviembre), adoptó el que hoy tiene el diario porteño desde el 6 de marzo del año 1900, que es de 58 cm. de alto por 42.50 cm. de ancho, y que ha servido de patrón, no sólo a cuantas ediciones ha publicado, sino a toda la prensa de Chile.

Durante los seis u ocho días primeros de la aparición de **El Mercurio** se estuvo imprimiendo éste en la imprenta del diario "El Porvenir" a causa de que la prensa no había quedado completamente armada para la fecha en que se había fijado la salida del periódico.

El primer número constó de seis páginas, pero los demás fueron de cuatro hasta el año 1902 en que una gran prensa Marinoni le permitió dar hasta dieciséis.

En el primer tiempo hacía la siguiente distribución del

texto: en la primera página iba la sección telegráfica; en la segunda el artículo editorial y los de redacción; en la tercera las noticias de crónica de Santiago y de provincias, y en la cuarta las informaciones comerciales de todo el país y el folletín. Los avisos estaban distribuídos en todo el cuerpo del diario.

Desde el primer número dió en el folletín la célebre novela de Enrique Sienkiewicz "¿Quo Vadis?", vigésima traducción. La versión castellana fué hecha especialmente para **El Mercurio** por don Eduardo Poirier, quien mereció los justicieros elogios que le tributó el literato don Augusto Orrego Luco, contenidos en un extenso artículo publicado en el mismo diario.

De la impresión que en el público y en la prensa de Santiago causó la aparición del nuevo diario que había de hacer la evolución, en todos sentidos, del periodismo nacional, la expresó él mismo en su segundo número, o sea en el correspondiente al 2 de junio de 1900, en esta airosa gacetilla:

UNA TARDE DE BREGA

NUEVE MIL MERCURIOS EN LA CALLE

Una edición agotada

"La entrada del **Mercurio** en Santiago ha sido una entrada triunfal....., aunque nos esté mal el decirlo.

"Atrasado el diario por la inesperada afluencia de avisos y de telegramas, ha salido a la calle a las ocho de la noche y se han agotado en un instante nueve mil ejemplares de seis páginas.

"Hasta las cuatro de la tarde nos llegaban por la línea West Coast telegramas de la última hora de Buenos Aires, haciendo un total de más de tres columnas de servicio telegráfico.

"El gremio de suplementeros (vendedores de diarios) tuvo el heroísmo de esperar cuatro horas, eternas de largas, a que saliera a la calle la edición, probándose con esto el prestigio del **Mercurio** y la ansiedad con que lo esperaba todo Santiago.

"Las cuatro carretonadas de diarios llegadas al mesón volaron a los cuatro extremos de la ciudad impelidas como por un huracán de entusiasmo.

"Aquello era un infierno: gritos, trompadas, estrellones, apóstrofes. Los chicos trepados unos sobre otros; los empleados del diario vendiendo en mangas de camisa, y la prensa del "Porvenir" forzando entusiastamente su motor.

"La entrada del **Mercurio** ha sido, como la esperábamos, un triunfo, un exitazo.

"Agradecemos, por otra parte, los cariñosos saludos que nos han hecho algunos colegas de la prensa, y el **reclame gratuito** que con buena o mala intención nos han hecho otros".

No fué recibido con agrado por los demás periódicos porque vieron en **El Mercurio** un irresistible competidor.

Se cuenta que el propietario de uno de los más antiguos y acreditados periódicos de la capital, al visitar la redacción del nuevo diario, dijo en tono convencido:

"Dentro de unos cuantos meses vendré a la subasta pública que de todo esto se hará, para llevármelo y renovar el menaje de las oficinas de mi diario. . ."

Afortunadamente no ocurrió lo contrario de su vaticinio, porque las instalaciones de **El Mercurio** eran abundantes, modernas y lujosas; pero el viejo periódico de ese jactancioso editor dejó de salir al poco tiempo arruinado por la competencia del nuevo.

Durante los quince primeros días estuvo publicando en la segunda página la siguiente lista del personal más principal de redacción y de administración que le servía:

DIRECTOR, don Jorge Délano.

SUB-DIRECTOR, don Alberto Cariola.

REDACTOR PRINCIPAL, don Hermógenes Pérez de Arce.

REDACTORES, don Humberto Fernández Godoy, don Darío Risopatrón Barros (Martín Rivas) y don Joaquín Díaz Garcés.

COLABORADORES:

Don Augusto Orrego Luco. (Instrucción Pública).

Don Francisco de B. Echeverría. (Ciencias Sociales).

Don Federico Puga Borne. (Higiene y Salubridad).

Don Eliodoro Yáñez, (Jurisprudencia).

Don Vicente Grez. (Letras y Bellas Artes).

Don Miguel Cruchaga. (Asuntos internacionales)

Don Gustavo Walker M. (Cuestiones militares).

Don Alberto Obrecht. (Matemáticas y Astronomía).

SECRETARIO DE REDACCION, don Joaquín Díaz Garcés.

JEFE DE LA SECCION NOTICIOSA, don Eloy T. Caviedes.

CORRESPONSALES LITERARIOS:

En París, Le Passand (du Fígaro).

En Nueva York, don Federico Beelen (Philo-Chile).

En Lima, don Mauricio Larratea Pinto.

La edición de Santiago, como la de Valparaíso, era vespertina; pero desde el momento en que estuvo en estado de funcionar la nueva prensa, una "Marinoni" cuádruple que imprimía por hora 48,000 ejemplares de a ocho páginas cada uno, o 24,000 de a dieciséis, comenzó a salir por la mañana como hasta hoy. En su lugar se fundó **Las Ultimas Noticias de "El Mercurio"**, cuyo primer número salió el 15 de noviembre de 1902.

Esta nueva edición constaba de ocho o diez páginas, según las necesidades, y su espíritu era idéntico al de la matutina.

He aquí el plan de informaciones de **Las Ultimas Noticias**, como hoy se denomina este diario desde el 21 de noviembre de 1904.

"Desde el 1.o de junio de 1900 hemos venido diariamente informando a los lectores de **El Mercurio** de todos los hechos de actualidad ocurridos en Santiago. La información política, la marcha de los negocios diplomáticos, el movimiento administrativo en general, los sucesos de policía, etc., etc., han tenido cada día normal desarrollo en estas columnas, ajustándonos invariablemente a un estricto criterio de verdad y de justicia.

"Desde mañana **El Mercurio** aparecerá dos veces al día, procurando dar en cada una de sus ediciones noticias nuevas y absolutamente fidedignas. Estas serán, además, en la generalidad de los casos, completamente distintas, en una y otra edición, salvo que, por la importancia de la información o por otra causa muy justificada, haya necesidad de reproducir la ya publicada en una de ellas, en cuyo caso se procurará siempre darle mayor desarrollo.

"Nuestro plan consiste en ofrecer al lector de **El Mercurio** y de **Las Ultimas Noticias de "El Mercurio"** (que así se denominará la edición vespertina), o sea el de ambos diarios, un servicio completo de informaciones, de manera que tenga cabal conocimiento de todos los hechos que ocurren en Santiago. El lector de uno u otro de dichos diarios conocerá también todos las noticias, pero solamente en algunas de sus faces".

En los primeros meses se sujetó a este programa; mas poco a poco, pero en breve lapso, fué adquiriendo un carácter determinado muy distinto al de la edición matutina. **El Mercurio** quedó para los editoriales sesudos, los artículos de asuntos trascendentales, la crítica razonada y la gacetilla breve y seria; **Las Ultimas Noticias** acaparó el comentario jocoso, la información superficial, el relato picaresco y la nota alegre. El pri-

mero era todo serenidad, ecuanimidad y juicio; el segundo era todo ingenio, donaire y travesura. Al uno lo preferían los graves señores de la política y de los negocios; al otro lo deseaba ese público heterogéneo que gusta de la frivolidad.

Don Agustín Edwards Mac-Clure había conseguido rodearse de un selecto grupo de escritores y periodistas jóvenes y talentosos. Este ramillete fué el que dió vida y alma a la nueva publicación. Entre los que sobresalieron por su ingenio en ella, debemos mencionar los siguientes, con los seudónimos con que firmaron sus escritos: Carlos Silva Vildósola (Oidor), Joaquín Díaz Garcés (Angel Pino), Carlos Varas (Mont-Calm), Juan Esteban Ortúzar (Feliciano Cabello), Juan Larraín Martínez, Alejandro Murillo Vildósola, Benjamín Vicuña Subercaseaux (San-Val II), Carlos Tomas Vicuña y otros muchos.

Las Ultimas Noticias vino a implantar un género de periódico que nunca había existido ni se conocía en Chile. Mucho antes de que él apareciera, habían habido dos diarios vespertinos de carácter distinto a los de la mañana: "La Libertad Electoral" y "La Tarde"; pero el primero fué político a la devoción del partido opositor al presidente Balmaceda, y el segundo se dedicó más a la literatura amena.

Las Ultimas Noticias tuvo al nacer y continúa teniéndolo, el principio de independencia política de **El Mercurio**, y durante sus primeros años se ocupó de política dándole a sus opiniones un tono menos comedido que su hermano mayor. En el editorial de su primer número mostró su franqueza algo ruda al comentar la crisis ministerial de aquellos días, la anarquía que reinaba en los partidos y la dictadura que ejercía el parlamento.

Acerca de la actitud que por aquel tiempo asumía el Congreso, decía pocos días después en un editorial titulado "Contra los abusos parlamentarios":

"Siempre que se habla de parlamentarismo, es menester advertir previamente que el sistema de anarquía, la dictadura irresponsable de ciento veinte y tantos congresales, a que en Chile se da ese nombre, no es lo que en Inglaterra, cuna del sistema, se conoce por ese nombre.

"Aquí lo inventamos el parlamentarismo a nuestro modo y como reacción contra el autoritarismo presidencial. Y como de costumbre, por salir de un mal caímos en el opuesto, sólo que en este caso, y aunque parezca una enormidad, ya hay gentes que quieren volver a la exageración anterior y sueñan

con los viejos tiempos en que los presidentes de la República combinaban en su cartera la lista de diputados y senadores que debían formar cada Congreso.

"Lo único que ya no parece posible en Chile es quedarse en un justo medio en que el Congreso legisle y el gobierno administre sin que pierda aquél su facultad fiscalizadora, ni se despoje a éste de toda facultad administrativa como ahora sucede en Chile".

Con el transcurso del tiempo **El Mercurio** fué aumentando el número de sus páginas, por lo que se hacía casi innecesario mantener a **Las Ultimas Noticias** en su escueto carácter informativo. Entonces se le dió a esta edición otra modalidad con articulitos sobre ciencia, artes, literatura, modas, pasatiempos, curiosidades, etc., etc., sin dejar de tener el informativo de siempre, pues cuantos sucesos del país y cuantas noticias del extranjero llegan a **El Mercurio** después de su salida, las recoge la edición vespertina.

El 16 de febrero de 1925 se hizo más particular este carácter enciclopédico al reducir su tamaño al de la mitad de la hoja de **El Mercurio,** aunque no disminuyó el espacio, porque salió con el doble número de páginas que contenía antes.

Desde su fundación hasta mediado el año 1915, **Las Ultimas Noticias** no tuvo personal determinado. Parte del que servía a **El Mercurio** lo surtió, y durante trece años sus directores fueron los de este diario, o sean, sucesivamente, los señores Díaz Garcés, Silva Vildósola y Pérez Canto. Cuando este último pasó a dirigir la edición de Valparaíso, don Guillermo Pérez de Arce, que lo substituyó, independizó a **Las Ultimas Noticias,** dándole un personal propio, bajo la dirección de don Miguel Angel Gargari (Nadir), en el mes de julio del año indicado. Hasta esa fecha, desde 1908, el jefe de su sección de informaciones fué el mismo de **El Mercurio,** don Clemente Díaz León, quien desde el año 1922 ejerce el cargo de sub-director de este último diario.

El señor Gargari falleció en 1916 y le reemplazó en la dirección don Augusto Millán, quien después de varios años se retiró para desempeñar un cargo diplomático en Europa. Le substituyó don Manuel J. Ortiz, y a éste don César Silva Cortés. En la actualidad está en la dirección don Víctor Silva Joachan.

Entre sus antiguos redactores y cronistas, mencionaremos a Juan Baeza, Salvador Nicosía, Guillermo Bianchi, Eduardo Veintimilla, Aurelio Díaz Meza, el dibujante Juan Oliver, y otros más, cuya lista sería interminable.

CAPITULO V

AMPLITUD DEL ESPIRUTU DEL PROGRAMA DE "EL MERCURIO"

Situación política de Chile cuando apareció "El Mercurio" en Santiago. —El régimen parlamentario establecido por el presidente don Jorge Montt. — Este sistema suscitó la lucha de los partidos por acaparar el poder. — Opinión de "El Mercurio" acerca del estado político del país al ocurrir el fallecimiento del presidente don Federico Errázuriz Echaurren. — El espíritu del programa del diario al establecerse en la capital. — Consideraciones acerca del periodismo moderno. — Conceptos de don Carlos Silva Vildósola sobre la prensa chilena. — Lo que es "El Mercurio" en el periodismo nacional.

El Mercurio apareció en Santiago varios meses antes de que terminara su período presidencial don Federico Errázuriz Echáurren, sucesor del vice-almirante don Jorge Montt.

Los odios producidos por la revolución de 1891 estaban ya completamente aplacados, pero en cambio se había entablado una turbulenta lucha de partidos por la conquista del gobierno.

Estaba el país en pleno régimen parlamentario, igual que en Inglaterra, España, Francia o Italia. Ese régimen era anticonstitucional en Chile puesto que sólo el presidente de la República estaba facultado para nombrar los gabinetes ministeriales.

Implantó este sistema el presidente don Jorge Montt, uno de los jefes revolucionarios. Como no tenía experiencia política, se encontraba incapacitado para elegir por sí mismo sus ministros, y adoptó la costumbre de llamar al poder a los políticos más sobresalientes que le designaban los partidos que tenían mayoría en el parlamento, tal y como por aquella época lo hacían los reyes y jefes de estado de Europa.

Si la facultad potestativa del presidente de nombrar a sus colaboradores encierra peligros cuando el jefe supremo del país tiene intenciones dictatoriales, funesto resulta el sistema parla-

mentario para la marcha normal de los negocios del estado a causa de las constantes crisis ministeriales que se suscitan cuando los partidos están en pugna aunque sean por motivos insignificantes.

La situación política en Chile era, cuando **El Mercurio** sentó sus reales en la capital, de la siguiente manera que él mismo expuso el 13 de julio de 1901 en el editorial que dedicó al señor Errázuriz Echáurren con motivo de su fallecimiento:

"Si en el interior, el gobierno del señor Errázuriz no ha sido de tan afortunados resultados como sus esfuerzos para darle constantemente un giro amistoso a nuestros negocios con la Argentina, hay que convenir en que ello no fué culpa de él, sino de las circunstancias políticas en que tomó en sus manos la presidencia; porque elegido jefe del Estado por una coalición que casi tenía equilibradas sus fuerzas parlamentarias con una alianza liberal y viceversa, hubo de encontrarse, desde los primeros días de su administración, con fuerzas escasas para imprimirle un rumbo acentuado a su gobierno.

"Presentóse en 1898 una crisis económica y bancaria, precipitada repentinamente por una situación vidriosa de nuestras relaciones exteriores, que hizo sumamente delicada y difícil la actuación del gobierno dentro del Congreso y fuera de él.

"La cuestión económica, particularmente la monetaria, y la que se relacionaba con los deudores hipotecarios dividiendo más todavía a los partidos, hizo más difícil organizar mayorías parlamentarias con suficientes fuerzas para gobernar al país, con la confianza de estar apoyado por una mayoría segura y bien disciplinada, tal como la ha menester el Poder Ejecutivo para desplegar con energías su acción en el bien del país.

"En esta situación de complejidad de las fuerzas que componían la mayoría de gobierno, no había posibilidad de acometer ninguna reforma de gran consideración, porque las fuerzas de gobierno no tenían la cohesión de los propósitos comunes que aún en materias económicas faltaban para proceder con uniformidad.

"Asi fué necesario gobernar, si no siempre capeando temporales, las más veces con el ojo puesto en el horizonte y la zonda en la mano para no encallar en los escollos que se presentaban por todas partes.

"Corrió asi el tiempo. Acercóse el fin del período presidencial, y con él la época de la elección.

"Todos saben, porque es historia de hoy, como el excelentí-

simo señor Errázuriz cumplió su compromiso de honor, de mantenerse escrupulosamente neutral en la lucha".

Como se ve, eran los partidos los que gobernaban de hecho, por lo que **El Mercurio**, al presentarse en el mismo estadio de la lucha para dejar de ser "periódico de provincia", tuvo necesidad de exponer por centésima vez, no su programa independiente que era bien conocido de todos, sino el espíritu de él para que los dueños de la situación no se llamaran a engaño cuando llegara la ocasión de ser combatidos por el diario uno a uno o todos juntos.

Don Hermógenes Pérez de Arce, aquel redactor que tan exactamente interpretó el espíritu del programa periodístico de don Agustín R. Edwards Ross, fué quien trazó los siguientes párrafos que iban a continuación de los que hemos copiado en el capítulo anterior referente a los motivos que impulsaban a nuestro diario a lanzar una edición en la capital:

"Conocida es ya, hasta ser tradicional, la respetuosa y tranquila actitud del **Mercurio** para discutir con serenidad inalterable las más graves materias de orden político, económico, administrativo e internacional, sin salir de los límites de la moderación, por más que en algunos casos tocara a rebato el fervor de la pasión patriótica o del ardimiento de la de partido.

"Esa norma de conducta, que es ya una tradición para **El Mercurio**, no habrá de alterarse jamás; como tampoco habrá de olvidar en ningún caso que el decano de la prensa de Chile no puede afiliarse entre los elementos de agitación que propenden a exaltar las pasiones, sino entre los elementos de orden que tienen que estar siempre del lado de todo aquello que asegure la estabilidad social, política, económica y administrativa, y el cultivo de nuestras relaciones de paz y cordialidad con todas las naciones del mundo; sin que esto signifique que nos desentendamos del abuso, del error o de los extravíos cuando en ellos se incurre en cualquier ramo de nuestra actividad nacional, o en el ejercicio de cualquiera de nuestros poderes públicos, de cuya rectitud en el cumplimiento de sus deberes depende la estabilidad de esos mismos poderes, la de la nación y la prosperidad de todos sus intereses.

"No habrá tampoco de alterarse en lo más mínimo el carácter del **Mercurio**, que es el de una entidad moral consagrada patrióticamente a los intereses del país, sin representación personal de ningún género; de tal suerte que en la redacción de las columnas del **Mercurio** no aparece jamás ni la persona A, ni la

persona B, sino una elevada personalidad moral, impalpable, ya para ser deprimida por los ataques, ya para ser ensalzada por los aplausos.

"Las columnas del **Mercurio** son arsenales donde se forjan armas que jamás puedan herir a las personas, y son a la vez almenas donde sus combatientes no pueden sentirse heridos con los proyectiles envenenados que personalmente pudieren dirigirse del campo contrario".

Y **El Mercurio** continuó en la capital su tradicional programa al margen de los partidos y frente a ellos en la misma arena de la lucha.

Si en determinadas ocasiones pareció después como que se inspiraba en el ideal de alguno, sólo fué en la apariencia. Esta ha consistido en que, cuando tal o cual partido ha obrado en el poder con verdadero celo patriótico y mirando los intereses nacionales por encima de los personales que cada uno entraña, el diario le ha hecho justicia aplaudiendo su actuación sin otra mira que la de estimularlo para que prosiga laborando en la misma forma. Pero cuando él ha notado que ese partido se ha desviado del camino emprendido, le ha salido al paso con la misma independencia con que le había alentado. A inconsecuencia ha sabido esto a los religionarios que creyeron contar con **El Mercurio** en toda ocasión sin percatarse de que la inconsecuencia era de ellos y no del periódico que no obedecía más que a los principios de su programa basado en el esbozo que se trazó en 1833, el cual fué después cristalizado por don Santos Tornero en 1842, y que luego lo amplió espiritualmente don Agustín R. Edwards Ross.

Más tarde, transcurridos veinte años, la vida de la nación se hallaba en distinta situación social, política y financiera y se imponía, por consiguiente, la modernización de algunos puntos del programa espiritual del diario. Por fortuna su nuevo director-propietario, don Agustín Edwards Mac-Clure, era por aquel entonces un joven de espíritu abierto a todas las corrientes progresivas que iban modificando las ideas, las costumbres y el carácter del mundo civilizado, y vió la necesidad de fijar y limitar las amplitudes que su señor padre le había dado al programa. El señor Edwards Mac-Clure hizo con las nobles orientaciones de 1880, lo que el señor Tornero con el esbozo de don José Luis Calle.

Esa fijeza y limitación están en los párrafos copiados. Pero como pudiera parecer extraña esta declaración de principios a la

prensa anticuada que servía ciegamente los intereses particulares de los partidos, hubo necesidad de explicar, a continuación, el carácter de la prensa moderna, a cuyo influjo se habían modificado algunos puntos del amplio programa independiente de **El Mercurio.**

Esta aclaración se encuentra en los hermosos períodos siguientes, que están a continuación de los transcritos antes:

"El diario, decía Ambrosio Montt, es una voz que sale de las "entrañas de la sociedad, como el trueno y el relámpago salen, "resuenan y alumbran desde el seno de la atmósfera"

"En efecto, no hay para qué averiguar quien es el que habla cada vez que se oye esa voz; porque lo importante no es saber qué persona emite las ideas, sino qué valor tiene en sí misma, hasta qué punto interpretan con fidelidad los verdaderos intereses del país y están inspiradas en la justicia, la verdad y el derecho.

"No hay tampoco para qué averiguar si quien emite esas ideas es rico o pobre, nervioso o flemático, creyente o libre-pensador, reaccionario, conservador o reformista.

"Nada importa que adolesca de tales o cuales defectos si sus ideas son buenas; o que esté adornado de brillantes cualidades personales si sus ideas son malas o desacertadas.

"Hay, pues, que combatir o aceptar las ideas, no con relación a la persona que las emite, sino a la propia bondad o malas cualidades intrínsicas de esas mismas ideas.

"Hay quienes llegan a prescindir de las personas que emiten las ideas, esto es, del personal de la redacción; pero creen que a todo diario debe exigírsele que esté afiliado con algunos de los partidos de lucha; y si no lo está, piensan que no deben contar con él la opinión pública, como si la vida nacional estuviese reducida únicamente a la apasionada polémica de los intereses de partido, y el espíritu de ésto debiera predominar en todo.

"El "Times", dice a este propósito un distinguido escritor, es la "reproducción viva de la opinión del pueblo inglés. No es **Tory ni whig,** ni es conservador ni es liberal, ni es **high church,** ni retrógrado ni radical, ni aristócrata, ni plebeyo. Es todo eso y más que eso: es inglés. El 'Times" no ofrece incienso a ningún hombre, a ningún partido, ora los eleva, ora los avate, según lo requiera la gloria y el bienestar de la nación".

"Y todavía agrega el mismo autor:

"El "Times" es el varón justo de Horacio: altivo, desdeñoso del tirano que lo amenaza y de la muchedumbre que lo ul-

traja, incorruptible por orgullo, justo por elevación de alma. No recibe honores del poderoso, ni acepta el oro del rico, ni lo doblega los golpes del violento, ni lo ceduce las artimañas del hábil".

"A esto es a lo que debe tender nuestra prensa: a que cada diario sea una entidad moral en lo cual no aparezca ni para el bien ni el mal, ni para las odiosidades ni los aplausos, las personas que componen su redacción, sino que desaparecen absorvidas en la grande y elevada entidad moral del diario, incapaz de atacar otra cosa que el mal, el error, el abuso, considerados en sí mismos y sin atender de que personas proceden, incapaz también de amar otra cosa que la justicia, la verdad y el derecho; incapaz de censurar por antipatía, por hacer daño o causar molestia ni de aplaudir o tributar honores sólo por lisonja, exagerada solicitud o adhesión fanática.

"Cuando nuestra prensa llegue, en general, a esta altura, se hará sumamente poderosa; porque no hay nada que haga más temibles sus ataques que la moderación, ni nada que haga más valioso sus aplausos que la parsimonia para tributarlos sólo a quienes extrictamente lo merecen".

La renovación material que **El Mercurio** impuso a la prensa de Chile en los primeros años del presente siglo llevó también consigo una revolución espiritual tan saludable como necesaria. Ella está contenida en las ideas orientadoras de los párrafos últimos, las cuales no fueron desatendidas por los colegas.

Si no puede negarse que el carácter de la prensa chilena de fines de la primera mitad de la centuria pasada había cambiado al cristalizarse la cultura literaria iniciada en 1842, también es cierto que aún quedaban resabios en algunos de los periódicos que eran órganos exclusivos de partidos políticos al finalizar el siglo XIX. Pero la uniformidad de carácter se efectuó rápidamente y casi a la vez que el cambio material, y por eso pudo decir con mucha verdad y justicia don Carlos Silva Vildósola en España, que la prensa chilena "es independiente y honrada. En ella una línea notoria deslinda el franco anuncio comercial; pero no admite la publicidad pagada y ofrecida al público como expontáneo producto del diario. No hay dinero que pudiera comprar el concurso de un gran diario chileno para una empresa, una obra, una idea". (*)

(*) Este párrafo y los que le siguen están tomados de la interesante conferencia que, sobre "Periodismo y Letras en Chile", dictó

La prensa actual conserva intacta una de las virtudes que tuvo la primitiva: el patriotismo y el amor racial.

"En esta hora de la evolución de la prensa chilena, agregó el señor Silva Vildósola, se hubiera dicho que se encaminaba hacia la imitación de los diarios norteamericanos. Había importado máquinas de los Estados Unidos, había cambiado su antiguo gran formato a la inglesa por el los diarios de aquel país, había adoptado el sistema de mezclar los anuncios y la lectura como lo hacen los norteamericanos. Eran simples formas externas. No habíamos perdido al modernizar esas formas, la naturaleza íntima de nuestra prensa, en la cual la vivacidad latina se templa con el buen sentido e instinto de moderación de nuestra raza. Cualquiera que sea nuestra admiración por el "esprit" francés, por el genio ponderado de los ingleses, por las energías norteamericanos, seguimos siendo y queremos seguir siendo chilenos, hijos de españoles del norte de la Península.

"Sin afirmar que el diario chileno ha llegado a sus formas definitivas—nada hay definitivo en América y apenas si hay una que otra cosa bien definida—no creo fácil que ellas se modifiquen por mucho tiempo en lo sustancial.

"Sigue siendo nuestra prensa muy celosa de la soberanía de la República en todos los órdenes, muy exclusiva en la atención de sus redactores que no suelen prodigarla a otros asuntos que los que directamente conciernen a Chile, y apasionada hasta la exaltación cuando se trata de sostener las prerrogativas de la raza.

"Pero esto no excluye un vivo interés por saber lo que ocurre sobre la faz de la tierra. Los servicios telegráficos de los grandes diarios chilenos son superiores por su extensión, por su proligidad y por su espíritu general, a los de muchos grandes diarios europeos y sólo se le puede comparar con los ingleses.

"Para mostrar como entendemos el espíritu nacionalista, permítaseme un ejemplo: los colosos periodísticos de Buenos Aires publican artículos notabilísimos de los más célebres escritores italianos o franceses que escriben especialmente para ellos; los diarios chilenos prefieren enviar a Europa y América sus propios modestos redactores que escriben sobre América y Europa con criterio chileno y para uso de los chilenos".

---

el señor Silva Vildósola en el Ateneo Científico, Literario y Artístico, de Madrid, el 14 de febrero de 1914, reproducida en El Mercurio a fines de marzo de ese año.

Este retrato no puede mejorarse por lo cabal y exacto que es a pesar de sus sencillez y concisión. Así han visto a la prensa chilena todos los extranjeros que han residido algunos años en el país. Los extraños pueden apreciar en su justo valor las cosas de otros países porque casi siempre e involuntariamente las comparan con las semejantes del suyo.

En un opúsculo histórico que años ha publicamos, dijimos que la prensa primitiva fué estampando en cada cerebro chileno elevados ideales de una patria sin tutela y vertiendo en cada corazón sentimientos de grandeza que luego habrían de transformar a la patria libre en nación fuerte, rica y culta. Esos ideales y esos sentimientos están hoy arraigados de tal manera en cada ciudadano, que el progreso de su país y el respeto que a éste se le tiene en el mundo civilizado proviene de esa fe y de ese amor que, como dogma sagrado, inculcaron aquellos periódicos hijos de la "Aurora de Chile" a los hombres de la revolución emancipadora, y cuyo espíritu se ha mantenido incólume hasta hoy en la prensa chilena, sin excepción alguna.

Si el alma nacional la formó el periodismo y el periodismo la mantiene, la historia de éste es la historia del Chile espiritual y material. Ambos han progresado simultáneamente, y ambos luchan por los mismos ideales. Conociendo los fastos patrios se conocen los periodísticos.

Si es verdad que no hay país hispano-americano que tenga más unidad racial que el chileno, no es menos cierto que su prensa es de una uniformidad matemática en sentimientos cuando se trata del honor, de la grandeza y de la prosperidad de Chile.

El Mercurio, que nació a los nueve años de haber sido jurada la independencia declarada por el general O'Higgins, fué el heredero del acendrado patriotismo de todos aquellos varones que habían luchado con la pluma, tanto o más eficaz que la espada, por la emancipación política. Y como a poco de su nacimiento quedó representando la noble tradición, se obligó a sí mismo a conservarla y a trasmitirla intacta, con el ejemplo cotidiano, a todos los periódicos que aparecieron después de él. Nuestro diario, además de ser siempre el patrón o modelo de las publicaciones noticiosas y políticas del país, ha sido el mentor patriarcal de las generaciones periodísticas, a quien se le ha oído con fe y se le ha seguido con entusiasmo.

CAPITULO VI

OTRAS EDICIONES DIARIAS DE "EL MERCURIO"

Prosecución del programa de fundaciones de 1900. — En el año 1905 sale en Valparaíso el diario "La Tarde del Mercurio" para completar un extenso plan de informaciones generales.—Se suspende este diario a causa del terremoto de 1906. — En este año se funda "El Mercurio" en Antofagasta para impulsar el desarrollo minero. — Carácter que imprimió este diario a toda la prensa de aquella región. — Sus principales redactores y colaboradores. — Este diario se mantuvo en poder de la Empresa durante dieciocho años con magnífico éxito. — En diciembre de 1925 fué vendido a la Sociedad Chilena de Publicaciones. — El gran incendio de Valdivia en 1909 induce a la Empresa a fundar allí una edición diaria. — Esta deja de salir cuando se normaliza la vida ordinaria de aquela ciudad. — En 1915 se crea en Valparaíso, a petición del público, una edición matutina. — Estado de la prensa porteña antes de la salida de este diario. — Interesante documento que atestigua la absoluta confianza del público en la imparcialidad de "El Mercurio". — Esta edición deja de salir en diciembre de 1920. —En el mes de enero de 1921 aparece el diario "La Estrella" con un carácter especial. — Las modificaciones que ha sufrido esta moderna edición vespertina.

El Mercurio de Santiago, tanto por su amplísimo servicio telegráfico terrestre y sub-marino y su completo plan de informaciones generales como por su magnífico cuerpo de redacción y su selecto grupo de colaboradores, se colocó inmediatamente en el primer lugar de todos los diarios de gran circulación de Chile, por lo que se vió obligado a hacerse matutino a fin de que el público pudiera aprovecharse, desde las primeras horas del día, de todas esas excelencias que lo hacían insustituíble. En su lugar apareció, a los dos años y medio, **Las Ultimas Noticias** con el mismo plan que **El Mercurio.**

Con ambas ediciones se lanzaban todos los días veinte o veinticuatro nutridas páginas de noticias de todo género.

Tal exuberancia de informaciones no podía ser conocida simultáneamente por el público de Valparaíso, pues aunque **El Mercurio** de esa ciudad aumentó el número de sus páginas y contenía en ellas diariamente, además de todas las noticias extranjeras, las informaciones de mayor interés del país, no quería la Empresa que esta edición apareciera inferior a su hija de Santiago. Por este motivo determinó sacar en el puerto una segunda edición. La matriz se empezó a publicar en la mañana, y en su lugar salió **La Tarde del Mercurio**. cuyo primer número apareció el 1.o de febrero de 1905.

La víspera de la salida de este nuevo diario explicaba así la edición fundadora los motivos de su determinación en un artículo titulado **Nuestras dos Ediciones**:

"El deseo de servir a nuestro público de la mejor manera posible nos ha obligado a modificar la forma de publicación de "El Mercurio".

"El constante aumento de avisos que ha estrechado nuestro diario de tal manera que se hace difícil continuar con una sola edición de ocho páginas, so pena de ofrecer un periódico falto en absoluto de animación y movimiento, sin las informaciones y sin la redacción necesaria para un servicio adecuado.

"A fin de salvar estos inconvenientes, la Empresa de "El Mercurio" ha hecho venir de los Estados Unidos una gran prensa rotativa que representa los últimos adelantos en la materia y que nos permitirá dar en Valparaíso un diario de diez, doce, catorce y hasta treintidós páginas en un solo cuerpo, según sean las necesidades.

. . . .

"El Mercurio" será un diario al que procuraremos conservar en lo posible la forma tradicional a que nuestro público se encuentra habituado; permanecerán como antes la redacción, el excelente servicio de información extranjera que nos suministra la vía Galveston y el servicio de informaciones locales, con la positiva ventaja de que las noticias de Santiago serán enviadas hasta la 1 A. M. para el diario que saldrá en ésta al amanecer.

"La Tarde del Mercurio" nos permitirá ofrecer más abundante material de lectura, por la distribución de avisos entre ambos diarios. Será servida por la Vía Havas para la información extranjera y tendrá una forma análoga a la de "Las Ultimas

Noticias", que tan buena acogida ha encontrado en el público de la capital.

. . . .

"Secciones especiales de "sport", vida social, marina, industria, etc., mantendrán a nuestros lectores al corriente de las últimas manifestaciones de la actividad nacional y extranjera en cada una de estas materias.

"Si las noticias del exterior despiertan intereses, no menor es el deseo del público de encontrarse en condiciones de apreciar la vida de las distintas localidades del país. Corresponsales propios transmitirán a "El Mercurio" y a "La Tarde del Mercurio" los sucesos acaecidos en las provincias con la rapidez y el detalle que merece este importante ramo de información.

"Todo lo referente al comercio se tratará con dedicación especial, diariamente se publicará, como hasta ahora, el movimiento de la plaza de Valparaíso, se enviará desde Santiago la cotización de bolsa y de productos agrícolas, de los centros ganaderos el precio de los animales.

"Creemos que la realización de este esfuerzo nos colocará en situación de servir a nuestro público de Valparaíso, en conformidad a las exigencias del periodismo moderno."

La catástrofe del mes de agosto de 1906 obligó a la Empresa a suspender esa edición que tan excelentes servicios prestaba al comercio y público en general. Mas esta obligada suspensión no significaba que desistía de proseguir el magnífico plan de fundaciones de diarios que se había trazado en 1900; antes por el contrario, se creyó en la obligación de acelerar las que tenía en proyecto, como ha podido apreciarse por los párrafos que del artículo del 1.o de enero de 1907 hemos copiado en otro capítulo. Aquel siniestro ni detuvo ni aplazó su desarrollo. Si en Valparaíso, la ciudad más afectada por el terremoto, no necesitaba por el momento la edición suspendida, la fundación de la de Antofagasta, que ya estaba planeada, se llevó a cabo con todo el entusiasmo con que había sido concebida.

En efecto, el 16 de diciembre del mismo año del terremoto apareció la edición norteña tan necesaria en aquella región en donde el periodismo no tenía vida propia.

En el largo editorial de presentación se decía, entre otras cosas, las siguientes:

"Muy conocidos son los ideales de este diario, que, durante su larga vida, no ha tenido otra mira, ni abrigado otras aspira-

ciones que servir en primero y único término el interés público.

... ...

"En los pueblos de la región del norte del país y muy particularmente en esta provincia, tendrá El Mercurio un campo de acción bien interesante, porque son estas poblaciones, sin duda, las que más necesitadas se encuentran de hacerse oir en las esferas oficiales y de mover a su favor la voluntad y el interés de los altos representantes del Estado. Su obra está, pues, bien diseñada y cumplirá el honroso cometido que desde hoy se impone, con entereza, decisión y entusiasmo y haciendo uso de todas sus influencias y energías para que de una vez por todas se conviertan en realidad los vehementes anhelos de progreso que, desde tanto tiempo atrás, vienen preocupando la atención del comercio, de los industriales y de los habitantes todos de esta rica e importante región de la República.

"No es este el momento de enumerar los males que aqueja a Antofagasta, ni de detallar las necesidades y deficiencias que se hacen sentir, poco a poco y a medida que los hechos lo exijan o lo requieran estudiará "El Mercurio", junto con el público, los asuntos que a éste interesen y los que tengan relación con el adelanto y la prosperidad de la provincia.

... ...

"No podríamos prescindir, al hacer este ligero bosquejo de nuestros propósitos y aspiraciones, de dejar constancia del interés sepecialísimo que nos merece todo lo que tiene relación con la suerte y el bienestar de las clases trabajadoras.

"Continuamente agita la atención pública, en el país entero, interesantes problemas que ponen de manifiesto la necesidad impostergable de que se estudie con preferencia la manera de armonizar los intereses de los dueños del capital, que da vida al progreso, con los de aquellos que no tienen otro medio para ganarse el sustento que el vigor del brazo que ejercita en el trabajo diario. Esas luchas que se mantienen con viveza del uno al otro confín del país, deben concluir porque no existe antagonismo entre esas dos entidades igualmente respetables. Ya que en la práctica no ha podido dárseles hasta ahora la armonía que deben tener y que mutuamente necesitan, es preciso que encuentren amparo en la ley y que de ella nazcan los derechos y deberes que a cada cual corresponde.

"Abogaremos, pues, con firmeza, para que se legisle sobre esta importante materia, que es una de las preocupaciones pri-

mordiales de los pueblos y de las sociedades modernas. A este respecto tomaremos posiciones muy firmes, claras y definidas que tengan por base única el bien, la equidad y la justicia para todos los intereses y creeríamos faltar a un debe si descuidáramos este punto tan estrechamente vinculado al prestigio y buen nombre a que el país aspira como nación independiente y soberana, que tiene elevadas concepciones de sus destinos y de la responsabilidad que le cabe en el concierto de las aspiraciones que luchan por la civilización y la cultura."

La Empresa encomendó la redacción de este diario a dos de los más competentes redactores de **El Mercurio** de Santiago: don Guillermo Otero, con el cargo de director y redactor, y don Fernando Murillo, con el de redactor noticioso. Cuando el primero de estos señores falleció en 1913, el segundo se hizo cargo de la dirección. El tercero y último de sus directores fué don Carlos Aníbal Vial, desde el año 1920.

El Mercurio de Antofagasta tuvo siempre un buen cuerpo de redacción y un numeroso grupo de colaboradores, entre ellos Aníbal Echeverría Reyes, Ismael Larraín Mancheño, Fanor Velasco, Carlos Contreras Puebla, Carlos Roberto González, Ginés García Navarro y Manuel García Peláez.

Durante dieciocho años consecutivos fué esta edición el único diario serio que estuvo dedicado exclusivamente a defender los intereses materiales de toda la rica región del norte.

Su crédito de ecuánime fué creciendo de año en año y su norma de conducta sirvió de modelo y de ejemplo a la prensa norteña, más inclinada a la política de partido y al personalismo que a velar por el desarrollo del comercio y de la industria, almas de aquellas provincias mineras.

Este diario hizo algo semejante con esa prensa a lo que **El Mercurio** de Valparaíso hiciera en la época de desorientación del primitivo periodismo chileno: marcar un rumbo determinado.

El Mercurio fué vendido en un cuarto de millón de pesos a la Sociedad Chilena de Publicaciones, según escritura del 7 de diciembre de 1925, extendida ante el notario de Antofagasta don Aliro Parga Ríos.

Desde el 1.o de enero del año siguiente empezó a pertenecer a la nueva Empresa con el nombre de "El Mercurio de Antofagasta". Hasta el día anterior había salido 6,356 veces.

Desde el primer número apareció de ocho páginas con las

mismas informaciones nacionales y extranjeras, igual estilo e idéntico tamaño de las ediciones de Santiago y Valparaíso. Poco a poco fué aumentando el número de páginas hasta llegar al de doce y dieciséis en sus últimos años.

En el mes de diciembre de 1909 un formidable incendio devoró gran parte de la ciudad de Valdivia, la parte precisamente comercial y donde estaban instaladas, entre otras industrias, las imprentas más importantes que editaban o podían editar diarios.

En estas tristes circunstancias, la Empresa de **El Mercurio,** con ese altruísmo patriótico que siempre le ha distinguido, decidió instalar allá, provisionalmente, una imprenta con local propio para publicar una edición que diera aliento al afligido vecindario, "servir los intereses generales e impulsar los recursos y las fuerzas" de la región sureña tan afectada por la catástrofe.

A los tres meses del siniestro aparecía el primer número de **El Mercurio** de Valdivia (31 de marzo de 1910) que, según expresaba en el editorial de presentación, dedicaría "sus mejores energías con la perseverancia, y el entusiasmo que le infunde la seguridad de que, dentro de este marco, llenará cumplidamente la misión que se impone."

A continuación agregaba: "Junto, pues, con servir al público en forma amplia, será "El Mercurio" el más activo agente de los factores que, reunidos, constituyen la base de la prosperidad austral, tales como la industria, el comercio y la agricultura. Procurará en toda circunstancia hacer llegar a las altas esferas gubernativas las voces que permanentemente se levantan demandando para esta zona la ayuda fiscal a que le dan derecho su vitalidad presente y su porvenir lleno de promesas para el engrandecimiento nacional."

De la instalación de la imprenta y de la organización del diario estuvo encargado don Guillermo Pérez de Arce, quien deseoso de que **El Mercurio** fuera genuino intérprete de los sentimientos de la atribulada ciudad y de las necesidades de toda la región sureña, encomendó la redacción y dirección del nuevo diario a los hermanos Osorio Cuellar, antiguos propietarios y redactores de "El Correo de Valdivia", periódico que había sido víctima del grande incendio. D. David asumió la dirección.

El 30 de noviembre de 1911, época en que ya estaba normalizada la situación económica de la desgraciada ciudad, creyó la Empresa que el diario había cumplido con su misión allí y

determinó suspender la edición valdiviana. Iba por el número 604. Además de esto daba la circunstancia de que un incendio habido por aquellos días en la imprenta de **El Mercurio** de Antofagasta y que había destruído parte de sus maquinarias y materiales, obligaba a trasladar a la ciudad norteña los talleres de Valdivia. Esa edición fué siempre de seis páginas de igual tamaño a la de Valparaíso.

El terremoto de 1906 dejó a Valparaíso convertido en un informe montón de ruinas. Pero esta ciudad, la más castigada de la República por toda clase de siniestros, tenía que dar otro nuevo ejemplo de virilidad, y lo hizo en un lapso verdaderamente brevísimo. En 1910 habían desaparecido los restos de la catástrofe, y cinco después estaba convertida en una ciudad nueva, de estilo moderno y con todo el carácter de las más activas y populosas de Europa.

La Empresa de El Mercurio, que siempre ha estado atenta a las necesidades de su querida ciudad, estaba preparándose desde 1914 para lanzar la edición suspendida; pero quería hacerlo de la manera amplia y completa que ha caracterizado siempre cuantas iniciativas propias ha puesto en práctica. Para este fin pidió a Estados Unidos y a Europa maquinarias y materiales apropiados, los que probablemente no estarían aquí en condiciones de trabajar satisfactoriamente hasta el año 1916, que era la fecha en que la Empresa pensaba sacar la indicada edición.

Mientras tanto el comercio, la industria y el pueblo, indiferente a las luchas de partido, echaba de menos un diario matutino que tuviera el mismo carácter independiente que **El Mercurio**. El alto comercio solicitó reiteradas veces a la Empresa que reanudara su antiguo plan de publicar dos ediciones diarias, a fin de tener en las mañanas informaciones comerciales y de índole general que no tuvieran relación con la política partidarista. Esto obedecía a que cuando dejó de aparecer **La Tarde del Mercurio** y la edición fundadora volvió a salir en la tarde, se hicieron monopolizadores de las noticias matutinas dos diarios del partido conservador: "La Unión" y "El Chileno". El primero era, por aquel entonces, de propiedad eclesiástica, y el segundo pretendía representar la opinión de la clase obrera.

El elemento liberal, que era muy numeroso, creyó conveniente contrarrestar la influencia política que esa prensa ejercía, y determinó crear un órgano de su partido. En efecto, el 4 de marzo de 1910 salió el primer número de "El Día de Val-

paraíso", fundado por los senadores don Guillermo Rivera y don Jorge Buchanan. Desde que apareció éste comenzaron los tres diarios una serie de polémicas políticas y personalistas que ocupaba la mayor parte de sus columnas y dejaba la información comercial y de interés general como materia secundaria.

El descontento que reinaba por esto en la masa del público independiente se hizo más profundo cuando en abril de 1915 dejó de salir "El Día de Valparaíso", pues esto significaba que otra vez quedaba dueña del campo una prensa disciplinada que defendía un mismo credo político.

En tan crítico estado, el público independiente reanudó su petición a la Empresa de **El Mercurio**, y aunque ésta prometía acceder a ella tan pronto como estuviera en condiciones para lanzar la edición matutina, esa promesa no calmaba los anhelos. La vehemencia dió origen a la idea de exponer la solicitud en mancomunidad por medio de una breve pero contundente carta suscripta por más de mil doscientas personas de destacada actuación en la vida espiritual y material de Valparaíso. Debemos copiarla porque ella es un documento que demuestra fehacientemente la confianza que el público sensato ha tenido siempre en la conducta seria y ecuánime de **El Mercurio**:

"Señor Director de "El Mercurio":

"Los infrascriptos están seguros de interpretar los deseos y necesidades del puerto y de la provincia de Valparaíso al pedir a la Dirección de "El Mercurio" que acuerde a la brevedad posible publicar una edición de la mañana.

"Los diarios matutinos que se editan actualmente, mantienen su circulación debido sólo a que son los únicos, y a pesar de los graves defectos de que adolecen; el comercio y el público han quedado a merced de una prensa partidarista, que lo informa según conveniencias políticas ocasionales y que, para servir esos especiales intereses, tergiversa los hechos, desfigura la verdad y organiza campañas personales ardientes y, no pocas veces mal intencionadas.

"Una obra de esta naturaleza constituye un perjuicio para los avisadores y el público imparcial, porque retrae a los adversarios y produce la ineficacia comercial de los avisos. Es, además, una amenaza para la cultura general, porque su índole tendenciosa y exclusiva fomenta los odios y las pasiones y desprestigia ante el pueblo la misión civilizadora de la prensa.

"Un puerto de tanto desarrollo y de un porvenir como el de Valparaíso, tiene derecho de contar con diarios serios, verídi-

cos, honrados e imparciales; y a imponerse rápidamente de los hechos universales; la información de la mañana es siempre la más completa y la más inmediata.

"El Mercurio" tiene escrita una larga y no interrumpida tradición que honra al periodismo nacional; su espíritu progresista, discreto y severo, son una garantía para todas las aspiraciones e intereses, y sus equilibradas y definidas tendencias de sano y amplio liberalismo, le dan el justo título de representante de la gran mayoría del país.

"Inspirados en todas estas razones, y de acuerdo con todas las colectividades del puerto y de la provincia, rogamos al señor Director se digne interponer sus decisivos oficios para que la Empresa resuelva la pronta publicación de una segunda edición de "El Mercurio" que se haga por la mañana."

"Valparaíso, septiembre de 1915."

La Empresa de **El Mercurio** que, como hemos dicho antes, no estaba aún en condiciones para lanzar la edición que venía preparando, se vió moralmente obligada a acceder cuanto antes a la petición, y el 12 de octubre de aquel mismo año lanzó el primer número de la edición matutina, no para substituir a "El Día de Valparaíso", sino para cubrir la necesidad que indicaban los que suscribían el documento anterior.

"Mantendremos en ella incólume, decía la Empresa, esas viejas tradiciones de dignidad en el decir y de respeto absoluto en el fondo, a la conciencia y a los sentimientos de los hombres de todas las creencias y de todas las nacionalidades que están dentro de la colectividad porteña."

Esta edición cesó de salir el 31 de diciembre de 1920, cuando iba por el número 1,694, para darle vida a **La Estrella**, diario vespertino pero de distinto carácter al de **El Mercurio.** Este último se convirtió en diario matutino.

En el número inicial de **La Estrella**, salido el 1.o de enero de 1921, se decía entre otras cosas, lo siguiente:

"Nuestras orientaciones fundamentales son ya conocidas del público; aspiramos a cimentar un diario donde resplandezca un bien entendido espíritu de modernidad, y donde junto a la noticia fresca que dicta la vida cuotidiana, pueda encontrar el lector (cualquiera que sea su condición) la nota amable de la crónica ligera o el comentario fundado, hechos ambos con algo más de amor y algo más de iniciativa espiritual que el simple párrafo o artículo de corte clásico, si se nos permite el adjetivo.

"Aspiramos también a crear algunos servicios de utilidad

especial, tales como nuestra página en inglés, como nuestras informaciones cablegráficas, redactadas y glosadas en forma más racional que hasta la que se ha hecho, y con nuestras secciones sobre la actualidad nacional, vida en provincias, etc., con las que creemos llenar un provechoso objetivo regionalista que se hace apremiante en estos momentos.

"Finalmente, y para no prolongar más esta exposición que queremos sea breve y justa, tal cual deseamos que sea en **La Estrella**, aspiramos a desarrollar una obra cultural intensa por medio de la difusión de las actividades intelectuales, literarias y artísticas que no siempre, por desgracia, han logrado la preferencia que merecen en la prensa nacional".

Con el afán de dar al público un periódico vespertino completamente moderno y apropiado al hogar, la Empresa renovó **La Estrella** dándole un tamaño más reducido (el de la mitad de la página de **El Mercurio**), nutriéndolo de informaciones gráficas nacionales y extranjeras y aumentando sus secciones con otras dedicadas a las modas, a la infancia, a los entretenimientos, etc., etc. Esta segunda etapa comenzó el 16 de febrero de 1925, y continúa con gran aceptación.

El director de **La Estrella**, desde su fundación, es el mismo de **El Mercurio**, don Joaquín Lepeley. El primer jefe de crónica de ese diario de la tarde fué don Carlos Alzola, quien en la actualidad es subdirector de la edición matutina desde el comienzo del año 1927. Sus principales editorialistas han sido: don Jorge Vidal de la Fuente, don Alfredo Guillermo Bravo, don Oscar Silva Cortés y don Oscar Guzmán Silva.

CAPITULO VII

SUPLEMENTOS LITERARIOS Y NUMEROS ESPECIALES DE DIVERSO CARACTER

Algunas de las ideas de "El Mercurio" en pro del adelanto nacional que ha puesto el diario en práctica. — Breve noticia del diario "La Epoca", de Santiago, propiedad de don Agustín R. Edwards Ross. — Lista de los más sobresalientes redactores y colaboradores de ese diario. — En "La Epoca" se inició el movimiento literario florecido en 1895. — Este movimiento quedó cristalizado en "El Mercurio" y su revista ilustrada "Zig-Zag". — El carácter de los suplementos de la tercera época del diario. — En el año 1902 sale el primer número con el título de "El Mercurio Ilustrado". — El segundo, con más carácter racial y más enciclopédico, aparecio en 1918. — Causa principal de la desaparición de los suplementos literarios. — Los números extraordinarios y especiales que se han publicado desde 1910 hasta 1927. — Lista de los colaboradores más notables de estos números y de los suplementos.

Muchas y grandes han sido las iniciativas que en pro del adelanto nacional, en todo orden de cosas, ha tenido **El Mercurio** desde que apareció en el estadio de la prensa.

Fué en diversas épocas mentor de los hombres de gobierno, y en no pocas ha orientado a la opinión pública. Su criterio sano ha preponderado siempre porque se lo ha dictado su carácter independiente tan del gusto de los que han mirado todas las cuestiones nacionales exentas de las trabas que imponen los credos políticos.

No han sido pocas las ocasiones en que ha podido ver mejor que nadie la solución de un problema difícil; con frecuencia ha logrado dar consejos que, llevados a la práctica, han mejorado o evitado una crisis, y cuando en los momentos de confusión o de duda nadie ha atinado a ver en el cielo la estrella que oriente

la nave del Estado, él ha permanecido sereno escrutando el horizonte hasta vislumbrar el faro del puerto salvador.

Pero no se ha limitado únicamente a señalar los rumbos que se habían de seguir, sino que cuando ha podido poner por sí mismo en práctica una idea beneficiosa para todos, lo ha hecho sin ayuda de nadie y sin jactancias.

El fué el primero que dió a Chile una publicación diaria noticiosa; él fué el que, con el ejemplo constante de muchos años, inculcó en la prensa chilena el carácter serio, ecuánime y elevado que hoy mantiene sin excepción; él fué el que abrió la época literaria más brillante que ha tenido el país y que sobresalió en toda la América Española; él fué el que inició y dió gran desarrollo a la industria editora de libros de enseñanza y de literatura que tanto ha contribuído a fomentar la instrucción del pueblo; y, en fin, él ha sido, para no enumerar otros muchos hechos con los que ha conquistado otros tantos títulos gloriosos, el que le ha dado a la prensa noticiosa del país el gran desarrollo material y artístico que actualmente tiene con las ediciones diarias que ha lanzado desde 1900 hasta hoy, de las cuales ya hemos dado cuenta.

Pero no se limitó la Empresa editora de esta tercera época del diario a lanzar ediciones noticiosas de forma y fondo semejantes a las europeas, con lo que abrió la era de la grande evolución periodística que Chile ostenta hoy con justificado orgullo ante el extranjero, sino que quiso hacer, además, innovaciones en éste y otro órden de prensa para completar su plan evolutivo y coadyuvar, en cuanto estuviera de su parte, al fomento de la buena y bella lectura y, de paso, no sólo contribuir al desarrollo de las letras nacionales, sino al de estrechar las relaciones entre las colonias extranjeras y nuestro mundo social y mercantil.

Este gran movimiento estuvo preparándose varios años antes en Santiago bajo la protección del señor Edwards Ross.

Hemos dicho en otro lugar que "La Epoca", propiedad de don Agustín R. Edwards desde casi su fundación, tuvo gran influencia en el movimiento literario de 1895. Puede decirse que ese diario marcó una era intelectual en el periodismo chileno, pues además de contener todas las informaciones noticiosas de los demás periódicos, tenía las características del periódico literario. Fué en Chile un precursor de esos grandes diarios modernos de Europa que, al lado de la noticia del suceso escandaloso o vulgar, de la información política, de la reseña de un festival o de

un acto solemne, pone el concienzudo artículo científico, histórico, literario o artístico de reputada pluma.

Vivió ese diario diez o doce años, los suficientes para dar a conocer un selecto núcleo de muchachos talentosos, la mayor parte de los cuales fué pasando paulatinamente a las redacciones de **El Mercurio**, para luego darle prestigio a la gran renovación del periodismo iniciado por nuestro diario en 1900.

Entre los escritores con reputación y los que se iniciaron en el campo de las letras llenando las columnas de "La Epoca" con las flores de sus ingenios, merecen citarse a don Vicente Grez, literato cultísimo que escribió obras de todo género con el mayor lucimiento; don Augusto Orrego Luco, publicista científico que también ha escrito sobre política, artes y literatura y que ocupa un sobresaliente lugar en la historia literaria de Chile; don Máximo Ramón Lira, uno de los mejores periodistas y oradores políticos que ha tenido el país; don Manuel Rodríguez Mendoza, publicista de gran cultura que fundó en ese diario la sección "Letras Nacionales" para que en ella colaborara la juventud que sentía el soplo de la inspiración; don Pedro Balmaceda Toro, que era una positiva esperanza para las letras, fallecido en temprana edad; Alfredo Irarrázaval Zañartu, notable poeta festivo: Ricardo Fernández Montalva, poeta romántico a la manera de M. Acuña, que escribió excelentes obras teatrales; Carlos Luis Hübner, escritor de costumbres; Luis Orrego Luco, periodista de sobresalientes méritos; Vicente Aguirre Vargas, Miguel A. Gargari y otros muchos más. No debemos olvidar a Rubén Darío que empezó a dar a conocer en ese diario sus primeros versos, ni a los notables corresponsales que tenía en el extranjero, entre ellos el emperador del Brasil don Pedro II, al gran poeta español Gaspar Núñez de Arce y al célebre publicista y político francés Julio Simon.

El período más brillante de "La Epoca" fué aquel en que don Agustín R. Edwads Ross era su propietario absoluto. Por esta circunstancia no será osadía ni presunción de nuestra parte afirmar que en el comienzo de la segunda renovación literaria de Chile tiene también **El Mercurio**, por mediación de uno de sus propietarios, su parte gloriosa.

Se recordará que el movimiento clásico-romántico de 1842 fué auspiciado por nuestro diario desde el tiempo en que lo redactaba don Domingo Faustino Sarmiento, y el modernista que empezó a despuntarse en 1887 con los atrevimientos poéticos de Pedro Balmaceda Toro y Rubén Darío en "La Epoca" — movimiento flo-

recíuo en 1895 con la aparición del libro "Ritmos" del gran Pedro Antonio González—, fué consagrado más tarde por la Empresa de **El Mercurio** con los suplementos literarios que publicó desde 1902; los concursos de trabajos en prosa y verso que abrió en 1904, y el ciclo de fundaciones de revistas que inició a principios del año 1905, de todo lo cual nos vamos a ocupar en este capítulo.

Poco después de salir la edición noticiosa de **El Mercurio** en Santiago, la Empresa comenzó a trazar los planes para fundar una gran revista ilustrada de que se carecía en Chile. La idea fué de don Agustín Edwards Mac Clure durante el viaje que hizo en 1901 al extranjero para estudiar la prensa más adelantada y adaptar en sus periódicos los procedimientos, métodos y materiales que fueran precisos para modernizarlos.

De aquel viaje trajo el señor Edwards un buen número de loables iniciativas para los diarios de la Empresa, las que deseaba poner en práctica inmediatamente, aunque no se tenían todos los medios adecuados.

Una de las que de seguida pudo hacerse realidad fué la de la fundación de un suplemento semanal que empezó a salir el 5 de julio de 1902 con el título de **El Mercurio Ilustrado**.

En este periódico se ensayó, por primera vez en las publicaciones de la Empresa, la ilustración artística con fotograbados. Las imprentas de **El Mercurio** no tenían aún talleres para la reproducción de dibujos y fotografías, por cuyo motivo se encargaron los trabajos de esta naturaleza para el suplemento, a la litografía de Babra y Compañía, de Santiago, que los ejecutaba con regular perfección.

La dirección artística del periódico se le encargó al dibujante español don Juan Martín, quien demostró poseer gusto y talento.

El Mercurio Ilustrado constaba de ocho páginas profusamente ilustradas. La primera se dedicaba a la actualidad política, social, científica, histórica o artística; la segunda a informaciones generales del país y del extranjero, y las demás a literatura, ciencias, artes, historia, conocimientos útiles, actualidades gráficas, deportes, modas, etc., etc.

Al principio salía cada sábado en la mañana (el diario aparecía siempre en las tardes), pero a fines de agosto cambió ese día por el lunes.

Por su carácter especial, este periódico fué siempre independiente del diario en su programa y en su vida económica.

La suscripción para provincias era: por un año, $ 2.50, y por un semestre, $ 1.25. El número suelto valía cinco centavos. La misma tarifa de anuncios del diario servía para el suplemento. Los avisos se publicaron siempre en la última página. A pesar de la gran aceptación que tuvo este periódico, el comercio y la industria no demostraron interés en anunciar en él sus productos.

El Mercurio Ilustrado salió poco tiempo. Sacó once números, el último de los cuales apareció el 15 de septiembre del mismo año de su nacimiento.

La causa principal de la suspensión fué la falta de elementos adecuados y de propiedad de la Empresa. Sin embargo, el diario no abandonó el plan trazado, y en cuanto estuvo en condiciones materiales lo volvió a publicar con el título de **El Mercurio. — Suplemento Ilustrado.** Se daba gratis y salía todos los domingos.

Era de la misma índole del que ya hemos descripto, pero más literario y artístico y con más carácter racial y nacional, puesto que colaboraron en él distinguidos escritores españoles, chilenos e hispanoamericanos. Entre las firmas asíduas, mencionaremos las de A. Hernández Catá, Samuel Ossa Borne, Ernesto Montenegro, Antonio Bórquez Solar, M. J. Ortega, Pío Baroja, Javier de Viana, "El Caballero Audaz", Amado Nervo, "Andrenio", "Fray Apenta", M. Ciges Aparicio, Andrés González Blanco, Apeles Mestres, Manuel Pedroso, Pedro Matta, Juan Montalvo, Francisco Rodríguez Marín, S. y J. Alvarez Quintero, Eca de Queiroz, E. Gómez Carrillo, Jacinto Benavente, Gregorio Martínez Sierra, Condesa de Pardo Bazán, Manuel Gutiérrez Nájera, Ricardo León, Manuel Linares Rivas, Rubén Darío, Leopoldo Lugones, Enrique de Mesa, Francisco Villaespesa, Cristóbal de Castro, Fanor Velasco, Antonio Gómez Restrepo, Julio Casares, Santiago Rusiñol, N. Novoa Valdés, José Asunción Silva, Francisco A. de Icaza, Luis de Oteiza, Felipe Sassone, J. Ortíz de Pinedo, José Enrique Rodó, Luis Araquistain, José González Blanco, Concha Espina de Serna, Antonio Orrego Barros, E. Díez Canedo, Joaquín Edwards Bello, R. Blanco Fombona, Ramón Pérez de Ayala, Alberto Mackenna, "Azorín", Julio Cejador, Eduardo Zamacois, Luis de Tapia, Ramón del Valle Inclan, Salvador de Madariaga, Víctor Domingo Silva, José Francés, Gabriel Alcmar, Rufino J. Cuervo, Miguel de Unamuno, Vicente Blasco Ibáñez, Eduardo Barrios, Ramiro de Maeztu, Pedro de Répide, y otros más. También colaboraron firmas extranjeras,

en particular francesas; pero todas ellas en pequeña cantidad

Si valioso era este suplemento por la parte literaria, como puede presumirse por las firmas más constantes que lo adornaron, no lo era menos por la artística, puesto que contenía cada número profusión de grabados. Su tamaño era el de la mitad de la hoja del diario y constaba de ocho páginas, siete de las cuales las ocupaban el texto y las ilustraciones.

Empezó a salir el 6 de enero de 1918 y duró dos años. Tuvo mucha aceptación del público en general y también del comercio y la industria que se sirvieron de él para sus reclamos.

En el año 1920 comenzaron a salir suplementos de diversa índole, en este orden: literario, el 1.o de cada mes; educativo, el 15; jurídico, el 8, y deportivo, todos los domingos. Pero, como desde el año subsiguiente se les dió a los diarios **Las Ultimas Noticias**, de Santiago, y **La Estrella**, de Valparaíso, un amplio carácter enciclopédico, esos suplementos se hicieron innecesarios.

Ya que hemos tratado, aunque brevemente, de estas publicaciones de índole espiritual y que tanto honra a un diario como **El Mercurio**, dedicado exclusivamente a fomentar y defender al desarrollo de la vida material del país, porque la base principal de su programa, desde su fundación, es la de dar informaciones "que tengan una tendencia directa con el comercio", no debemos omitir tampoco la mención, aunque somera también, de algunos de los números extraordinarios que ha publicado desde el año 1910 hasta mediados de 1927, con objeto de conmemorar, unas veces, algún notable acontecimiento histórico nacional, y otras veces con el de dar a conocer las actividades de todo género de varios de los países con que Chile mantiene estrechas relaciones materiales, espirituales y políticas, y a las cuales. además, está moralmente vinculado por intermedio de las numerosas colonias extranjeras que coadyuvan con laboriosos esfuerzos al engrandecimiento de esta nación.

El primer número extraordinario de importancia que lanzó fué en 1910 con motivo de la conmemoración del primer centenario del Cabildo abierto, celebrado en Santiago el 18 de septiembre de 1810, con cuyo memorable acto se inició la era de la lucha por la independencia de Chile proclamada oficialmente, por medio de un decreto del general don Bernardo O'Higgins dado en Concepción, el 1.o de enero de 1818.

Contenía este precioso número 96 páginas, de papel sati-

zado de la mejor calidad, impresas en colores. Su texto se componía de interesantes estudios sobre los primeros actos revolucionarios; de copias facsímiles de venerables documentos de aquel tiempo; de recuerdos de la memorable época de la lucha por la independencia; de semblanzas de los pro-hombres que cristalizaron en el pueblo, con sus propagandas orales y escritas, el ideal de la soberanía nacional y a la de los que consolidaron ese ideal en los campos de batalla; de sucesos y costumbres de los primeros años de la República; de los progresos alcanzados por el país en todo orden de cosas durante un siglo de vida libre, y de otros tópicos relacionados con la historia de la nación.

De entre los autores de reconocida autoridad que colaboraron en este importante número extraordinario, mencionaremos a don José Toribio Medina, don Julio Vicuña Cifuentes, don F. Galdames Lastra, don Luis Merino S., don Luis Uribe C., don Emilio Rodríguez Mendoza y otros. Además, contenía muchos escritos curiosos unos, interesantes otros, que versaban sobre diversas materias, los cuales llevaban las conocidas firmas de Antonio Acosta C., Carlos Varas, Víctor Domingo Silva, Guillermo Yunge. Carlos Sudit, Belisario Díaz Ossa. Rafael Luis Barahona y algunos más.

Otro número importante fué el publicado el 25 de noviembre de 1920 con motivo de la llegada a Valparaíso de la embajada especial enviada por España para conmemorar el cuarto centenario del descubrimiento del Estrecho de Magallanes, presidida por don José Francos Rodríguez, y en la que venía agregado, en representación del rey don Alfonso XIII, el infante español don Fernando María de Baviera y Borbón. Este número constaba de cuarenta páginas profusamente ilustradas, y cuyo texto se refería al acontecimiento histórico que se acababa de conmemorar el 1.o de noviembre del mismo año.

La dirección de **El Mercurio** de Valparaíso, en su deseo de esteriorizar el amor del pueblo chileno por la Madre España, encargó a unos de sus redactores que compusiera el siguiente saludo que fué colocado en el centro del dibujo alegórico que contenía la página de la portada:

"Nobles mensajeros del solar sagrado de nuestros amores:
hijos predilectos de la ilustre España, Madre sin mancilla:
Ínclitos hermanos que llegáis al suelo de Almagro y de Ercilla.
Beso del Pacífico, fimbria de los Andes de oro y de flores.

"Venís a la tierra do natura puso gracias y rigores

para que arraigaran, de los róbledales cuna de Castilla,
temples de Viriato, sangre de los Cides, rasgos de Padilla,
por si se perdiera la mística raza de conquistadores.
"Trémulos los brazos para recibiros tiende el pueblo entero;
descansad en ellos que en su pecho late corazón ibero
y sus besos flores serán que coronen vuestras nobles frentes,
para que al regreso llevéis a la Madre Patria las esencias
de amores filiales puros y perennes, y en las florecencias
sus obras que en Chile, como las reliquias, viven permanentes."

Otro número especial que llamó la atención por su lujo e interesante lectura, fué el dedicado a la Quinta Conferencia Pan-Americana, celebrada en Santiago en el mes de marzo de 1923. Esta edición salió el día 25 y contenía 92 páginas. Los trabajos más notables de su texto se titulaban "Las conferencias pan-americanas que se han verificado anteriormente", "Las materias que serán estudiadas en la Quinta Conferencia Pan-Americana", "La política norteamericana ante la América Latina", "Las naciones que concurren a la Quinta Conferencia Pan-Americana" (resúmenes históricos, geográficos, políticos y económicos de todas las Repúblicas del continente), y "Los Congresos Pre-Panamericanos". Además, contenía artículos sobre sociabilidad obrera de Valparaíso, los hospitales de este puerto, los servicios agrícolas de Chile, el servicio aduanero del país y otras materias de interés nacional.

Pero uno de los números extraordinarios más artísticos de cuantos se han publicado en Chile hasta mediado el año 1927, es sin duda el dedicado a la Exposición flotante de la real nave italiana "Italia", con ocasión de su arribo al puerto de Valparaíso el día 25 de junio de 1924.

Constaba este número de 152 páginas, cada una de las cuales tenía, ocupando toda la cabecera, amplio dibujo simbólico de una ciudad italiana cuyo nombre ostentaba en letras grandes, y en las laterales sendas orlas del ancho de columna.

Su texto se refería a la vida civil, militar, naval, mercantil, industrial, intelectual y artística de Italia, y a informaciones sobre la misión de la nave expositora. La mayor parte de los estudios estaban firmados por distinguidos literatos chilenos e italianos, entre ellos Carlos Silva Vildósola, Daniel de la Vega, Manuel Rivas Vicuña, Julio Pérez Canto, Armando Donoso, Julio Olivares, Fernando Orrego Puelma, Luis Pirandello, Jack La Bolina, Lucio D'Ambra y algunos otros.

El número dedicado a Alemania y a la colonia alemana en Chile es también digno de mención. Apareció el 18 de enero de 1925 en recuerdo del día de la unidad germánica y de la constitución, al propio tiempo, del imperio alemán (1871). Constó de ochenta páginas profusamente ilustradas con retratos de personalidades y vistas de paisajes y monumentos alemanes.

Su texto se componía de interesantes escritos, en su mayor parte firmados por alemanes. Entre ellos se destacaban los titulados "La legislación social y obrera en Alemania", por el doctor Heinrich Brauns; "Gobierno y administración pública", por el doctor Carlos Petersen; "La reforma de la educación y la instrucción pública en Alemania", por el doctor Otto Boelitz; "Las Universidades alemanas", por el doctor Heinrich Sieveking; "La moderna literatura alemana y sus fines", por el doctor Otto Alfred Palitzch; "Bases de la vida económica y del comercio de exportación de Alemania", por el doctor Eduard Rosenbaud; "El intercambio cultural alemán-español", por el doctor B. Schadel; "La iglesia católica en Alemania", por el P. Friedrich Muckermann, y otros trabajos sobre Alemania, la colonia alemana y la influencia germánica en Chile.

Otro extraordinario, que también llamó la atención, no sólo por el arte que en él se derrochó sino por su gran número de páginas, pues constó de 158, fué el publicado el 7 de septiembre de 1925, día en que llegó a Valparaíso S. A. don Eduardo de Windsor, príncipe de Gales y heredero del trono de Gran Bretaña.

Su texto era abundantísimo y de sumo interés. Además de una curiosa reseña histórica de la familia real inglesa y de una extensa biografía del príncipe de Gales, había estudios completos sobre las Universidades y la vida científica, artística y literaria de Gran Bretaña; de las colonias británicas; de la marina de guerra y de la mercante; del comercio, de la industria y de las finanzas del grande imperio; de las relaciones de Chile con Gran Bretaña y de otras materias importantes, sin olvidar las actividades de la colonia británica en Chile y su influencia en la vida de este país. Estos trabajos estaban suscriptos por escritores conocidos y grandes personalidades inglesas y chilenas, tales como Genoveva Parkurst, Fernando Orrego P., Lord Birkenhead, Lord Eutace Percy, E. Altham, el doctor Lucas Sierra, Juan Ossa, Lord Stevenson, Stanley Rice, Robert John Hose, Philip Cunliffe-Lister, A. Neville Chamberlain, Arthur Steel Maitland, Agustín Edwards Mac Clure, Carlos Silva Vildósola, Hugh Ed-

ward Egerton, Luis Gómez Carreño, L. Worthington-Evans, T. W. Walker, Oliver Stewardt, Wilfrid Ashley, Agustín R. Edwards, Joseph Austen Chamberlain, James Ramsay Mac-Donald, D. Lloyd George, Lord Burnham, Rudyard Kipling, S. Bañados C., John Galsworthy, R. B. Petterson, Edwin Cannan, Seigh Lester, Roberto Aldunate L., y algunos más.

Además de estos se publicaron otros números especiales, entre ellos, uno de cincuenta páginas dedicado a la Marina de guerra de Gran Bretaña, con motivo del arribo a Valparaíso, el 7 de agosto de 1924, de una división de cuatro buques de esa nacionalidad; otro en obsequio del príncipe Humberto de Saboya, a su llegada a Valparaíso el 25 de agosto de 1924, y otro especial dedicado a España y a la colectividad española, salido el 17 de mayo de 1925. Este número tenía el tamaño de **La Estrella**, constaba de ochenta páginas y ofrecía la particularidad de contener láminas de papel satinado con vistas de ciudades y de monumentos arquitectónicos y pictóricos más notables de España.

La tercera época de "El Mercurio" se distinguió de las anteriores por la ayuda moral y material que ha prestado a la literatura y al arte. Ha abierto diversos concursos, entre ellos el destinado a la revista "Zig-Zag", el año 1904, del cual trataremos en el próximo capítulo. Patrocinó los primeros juegos florales que se efectuaron en Valparaíso en 1910; los celebrados en esta ciudad durante los años 1911 y 1912, y también los diversos que después costeó el recordado poeta inglés H. E. Swinglehurst. Pero el más importante de todos fué el de novelas abierto en Santiago en 1922. Se recibieron 112, entre largas y cortas, y fueron premiadas las tituladas "Betsabé", de Joaquín Ortega Folch y "Papelucho" de Víctor Domingo Silva, de la primera categoría, y "Ully", de la segunda, escrita por Mariano Latorre. Además, fueron recomendadas las firmadas por Marcelle Auclar, Joaquín Ortega Folch, Mariano Polanco, María V. de Jara, Rafael Maluenda y otros. La mayor parte de estas obras se publicó en el folletín de "El Mercurio" durante el año 1923. Compusieron el jurado los señores Emilio Vaisse (Omer Emeth), Julio Vicuña Cifuentes y Carlos Silva Vildósola.

CAPITULO VIII

FUNDACION DE LA EMPRESA DE LA REVISTA ILUSTRADA "ZIG-ZAG"

La Empresa de "El Mercurio" se decide a fundar una gran imprenta para editar revistas ilustradas por cuenta propia. — Don Agustín Edwards Mac-Clure estudia en Europa y Estados Unidos la parte industrial de esta clase de publicaciones. — Técnicos extranjeros que fueron contratados para dirigir los trabajos artísticos. — Breve reseña histórica del periodismo literario desde 1880 hasta 1905. — Lista de los colaboradores de revistas más destacadas de este interregno. — El primer número de "Zig-Zag" sale el 19 de febrero de 1905. — Programa artístico de esta revista que vino a implantar en Chile el periodismo literario con ilustraciones de actualidades. — Temas del concurso literario abierto por la Empresa de "El Mercurio" para "Zig-Zag". — Interesantes recuerdos de la fundación de la revista, por don Carlos Silva Vildósola. — Los colaboradores literarios y artísticos más constantes. — En 1908 se forma la "Empresa de Zig-Zag", independiente de la de "El Mercurio". — Diez años después la adquiere la "Sociedad de Imprenta y Litografía Universo". — Las revistas fundadas por la Empresa de "Zig-Zag" y las obras más importantes editadas por ella hasta 1919.

Hemos dicho en capítulos anteriores que don Agustín Edwards Mac Clure hizo un largo viaje al extranjero en 1901 para estudiar los métodos y procedimientos de los diarios más importantes de Europa y América a fin de adaptarlos a los dos que entonces editaba la Empresa.

Regresó trayendo un buen caudal de conocimientos que bien pronto se convirtieron en las hermosas realidades que han quedado expuestas ampliamente en otros capítulos. Pero no sólo trajo conocimientos técnicos y materiales modernos para innovar las ediciones de **El Mercurio** y de paso hacer la evolución de la prensa chilena, sino que traía la idea de fundar una gran

imprenta para editar revistas de diversa índole y también cuantas obras de lujo se presentaran.

En ese tiempo era don Agustín muy joven y tomaba los proyectos que concebía, como era natural, con mucho entusiasmo y la vehemencia de su edad. Esta atrevida y a la vez laudable idea fué, desde el primer instante, aplaudida y estimulada por los artistas y literatos que lamentaban los contínuos fracasos de cuantas empresas literarias se formaban. Y a poco de su regreso emprendió un nuevo viaje al extranjero con el exclusivo objeto de conocer la organización y marcha de una revista ilustrada, con carácter literario, y adquirir cuantos elementos se necesitaban.

Contrató, entre otros técnicos de diversas nacionalidades, al dibujante francés M. Paul Dufresne, ex-director de la "Revue de Beaux Arts de París" y del suplemento ilustrado de "Le Petit Journal"; al fotograbador norteamericano Mr. William S. Phillips, empleado principal de la "Philadelphia Photo-chromo-type Engraving Company", de New York, y a un célebre fotógrafo alemán. El primero vino con el cargo de director artístico y el segundo con el de técnico de impresiones en colores. Pasado algún tiempo, quedó éste en calidad de gerente.

En pos de él vinieron numerosas máquinas y todo el material que se precisaba.

Llegado don Agustín a Chile con tan valioso bagaje, se adquirió una extensa propiedad en la calle de Teatinos, en Santiago, en donde se instaló la gran imprenta.

El 19 de febrero de 1905 salió el primer número de **Zig-Zag**, que había de ser, desde entonces hasta hoy, la mejor revista del país.

Antes de proseguir adelante nos parece oportuno abrir un paréntesis para dar una breve reseña del estado del periodismo literario desde el año 1880 hasta el de la aparición de "Zig-Zag". (*)

Los entusiasmos por la gaya ciencia despetados en el último cuarto del siglo XIX se tradujeron en la fundación de unas cuantas revistas de vida más o menos breve; en la formación del Club del Progreso, de carácter científico, y del Ateneo de Santiago, de tendencias literarias; de la creación, en "La Epoca", de la sección de letras y de las tertulias artísticas;

(*) En los capítulos XI y XIV de la segunda parte hemos dado cuenta de las revistas literarias que aparecieron desde 1842 hasta 1862, y desde 1865 hasta 1878, respectivamente.

en la celebración de varios certámenes literarios, entre ellos el que se efectuó a expensas de don Federico Varela, y en el cual se hizo patente la influencia que ejercieron en la juventud los poetas españoles Gustavo Adolfo Becquer y Gaspar Núñez de Arce, que habían desplazado en Chile a sus compatriotas Quintana, Espronceda y Zorrilla.

De las revistas que salieron en quince años, merecen citarse seis u ocho que dejaron huellas en la historia literaria de Chile por la calidad de los publicistas que la fundaron y redactaron y por los jóvenes de valía que en ellas se dieron a conocer. Estas son:

"Revista de Chile", propiedad de don Luis Montt. Fué dirigida por este ilustre bibliófilo, y colaboraron en ella su hermano don Enrique, don Diego Barros Arana, don Gaspar Toro y algunos más. Nació en 1881, vivió un año más o menos.

"La Lectura", que apareció en 1884 y desapareció en el sisiguiente año. La fundó don Rafael Jover y escribieron en ella don Diego Barros Arana, don S. Escuti Orrego, don M. L. Amunátegui y otros literatos conocidos.

"Revista de Artes y Letras", que vivió desde 1884 hasta 1890. Sería interminable la lista de sus colaboradores entre los cuales figuran don Enrique Nercaseaux y Morán, don Francisco Concha Castillo, don P. N. Cruz, don L. Covarrubias y don L. Barros Méndez con mayor número de trabajos.

"Revista del Progreso", órgano del Club del Progreso, fundada en 1888. Escribieron en esta publicación, que solo vivió dos años, los socios jóvenes de esa agrupación. Esta revista y la anterior desaparecieron al declararse la revolución del año 1891.

"La Estrella de Chile", revista histórica, fundada y dirigida por don Rafael Luis Díaz en 1892. Vivió un año.

"La Revista Ilustrada", fundada por doña Mercedes Ibáñez de Medina y don Enrique Hurtado y Arias en 1896. Duró dos años.

"La Revista de Chile", que tuvo por redactores y colaboradores a un numeroso grupo de publicistas y poetas que descollaron, entre ellos Paulino Alfonso, Eduardo Lamas, Samuel A. Lillo, Gustavo A. Holley, Santiago Aldunate B., Alamiro Huidobro, Víctor Bianchi, Javier Figueroa, Domingo Amunátegui, Alberto Mackenna, Roberto Huneeus G., Luis Arrieta y otros. Vivió esta importante publicación desde 1898 hasta 1901.

"Revista del Norte", aparecida en La Serena en 1899, en

calidad de órgano, del Círculo Científico-literario de aquella ciudad. Aparecieron únicamente tres números.

"La Revista Nueva", que dió a conocer a un núcleo de jóvenes entusiastas y talentosos. Comenzó a salir en 1900 y desapareció dos años y medio después.

"Pluma y Lápiz", que implantó entre nosotros un nuevo tipo de revista literaria. En ella iniciaron su carrera una pléyade de escritores de ideas radicales que deseaban romper los antiguos moldes, aunque no estaban afiliados a una determinada escuela literaria y filosófica. Apareció y desapareció en 1900.

Entre los redactores y colaboradores de estas revistas, debemos recordar, además de los ya mentados en este capítulo, los nombres de Eduardo Opazo, Julio Vicuña Cifuentes, Ernesto Reyes, S. Aldunate, Carlos Newman, Francisco Noguera, Rafael Luis Lira, Fanor Velasco, Ricardo Montaner Bello, Daniel Riquelme, Juan Rafael Allende, L. Navarrete Basterrica, Alejandro Fuenzalida G., Nicolás Peña, Benjamín Dávila Larraín, Narciso Tondreau, Juan Coronel (Guerrett), Emilio Rodríguez Mendoza, Abelardo Varela, Benjamín Vicuña Subercaseaux, Gustavo Valledor Sánchez, René Bickles, Federico Gana, Pezoa Véliz, Marcial Cabrera Guerra y otros tantos más, cuyas obras constituyen valiosos tesoros artísticos y literarios.

Entre la mayor parte de estos literatos ya bullía en 1905 una generación nueva de escritores que buscaban una publicación independiente donde poder insertar sus producciones, pues las que salían por aquel entonces apenas alcanzaban a vivir varios meses y, por desgracia, sus editores tenían un criterio tan estrecho y exclusivista, que no admitían en ellas a los escritores noveles de distintos grupos o círculos de los de sus predilecciones.

Y entonces nació "Zig-Zag" con un espíritu tan amplio, que fué, para aquella muchachada ansiosa de notoriedad y gloria, nuncio de una era literaria de criterio ecléctico e independiente.

Esta revista nueva ofrecía la particularidad de darle preferencia a las ilustraciones artísticas sobre la tendencia literaria que pretendía mantener siempre. La transcripción de algunos párrafos de su programa dará idea completa del carácter de ella:

"La difusión del gusto artístico, que hoy es patrimonio común de todos los hombres civilizados y el perfeccionamiento de los medios mecánicos para la reproducción de la naturaleza o de las obras de arte, han dado a las publicaciones periodísticas

ilustradas, una importancia tal, que ya constituyen una verdadera necesidad para todo individuo culto. necesidad tan fuertemente sentida en los países más adelantados, como la de los diarios y sus informaciones del mundo entero.

... ...

"Queremos probar, con esta revista, que es posible producir en Chile, con éxito en todos sentidos, una publicación cuyos dibujos y grabados no sean en nada inferiores a los que ofrecen a públicos más numerosos las revistas ilustradas de los Estados Unidos, Francia e Inglaterra, y cuyo texto de lectura despierte el interés y sirva de solaz al mayor número posible de lectores.

... ...

"Al lado de reproducciones de obras de arte, que nuestros medios mecánicos nos permitirán ofrecer, absolutamente idénticas en dibujo y color a sus originales, "Zig-Zag" hará en sus grabados la historia del mundo, publicando retratos, dibujos, fotografías de sucesos importantes y cuanto en este ramo pueda tener valor artístico o un interés de cualquier otro orden para el público".

... ...

El programa era extenso y estaba pletórico de esperanzas.

Se nombró director del semanario al inolvidable literato y periodista Joaquín Díaz Garcés (Angel Pino), quien se rodeó de un personal joven, inteligente y entusiasta. Entre ellos figuraban el poeta Manuel Magallanes Moure, los novelistas Baldomero Lillo y Fernando Santiván, los cuentistas Augusto Thompson (Halmar) y Enrique Tagle Moreno (Víctor Noir), el poeta festivo Pedro Gil, el periodista Carlos Silva Vildósola, el crítico de arte Nicolás Novoa Valdés; los pintores, dibujantes y grabadores Pedro Subercaseaux, Rafael Correa, Ernesto Molina, Richon Brunet, Nataniel Cox (Pug), Julio Bozo (Moustache), Ramón Huneeus, Valenzuela Llanos, Emilio Dupré, Carlos Zorzi, León Bazín y algunos más. todos sobresalientes.

Como los fundadores de "Zig-Zag" deseaban atraer hacia su revista a todos los escritores nuevos, varios meses antes de que apareciera el primer número abrieron un concurso para, entre los jóvenes que salieran premiados y recomendados. formar un selecto grupo de colaboradores asíduos.

El cartel de este certamen apareció en los diarios de la Empresa en el mes de agosto de 1904, y el fallo se dió en el de noviembre.

Ya que hemos dado a conocer la índole artística de la revista con los párrafos copiados de su programa, creemos pertinente dar también la de su carácter literario transcribiendo los temas de este torneo, al que concurrieron unos trescientos escritores. Helos aquí:

"1.o Un cuento o leyenda corto, cuyo asunto se desarrolle en Chile con personajes chilenos y con absoluta verdad de colorido;

2.o Un artículo histórico, anecdótico, sobre la fundación o primeros años de las ciudades principales del país, prefiriéndose especialmente Santiago, Valparaíso, Concepción, Chillán, Talca, Iquique, Copiapó y Serena;

"3.o Un artículo sobre leyendas o tradiciones populares de carácter religioso, sobre iglesias, imágenes antiguas, etc.; y

4.o Un artículo que contenga breve noticia histórica y de semblanza literaria de una mujer chilena ilustre que haya florecido antes de 1875, ó de un diplomático, político, periodista, hombre de letras o general chileno que hayan actuado antes de 1890."

Se daban varios premios en cada tema. Salieron premiados, en el primero, G. Labarca Hubertson, Baldomero Lillo y la señorita María Viancos; el segundo tema fué declarado sin interés; en el tercero sobresalió Bruno Larraín Barra; y, en el cuarto, Enrique Hurtado y Arias.

Además el jurado escogió treinta y dos trabajos, algunos de los cuales estaban firmados por W. Castro Zamudio, Augusto Thompson, Rafael Luis Gumucio, Nathanael Yáñez Silva, Víctor Domingo Silva, E. Raposo, Januario Espinosa, Waldo Díaz, Honorio Henríquez P., Ricardo Puelma, Luis Ross M., V. Naranjo Jauregui y otros que luego han descollado en el campo de las letras.

Vamos a copiar unos cuantos párrafos de un interesante artículo de don Carlos Silva Vildósola, publicado en el número 1000 de "Zig-Zag", correspondiente al 19 de abril de 1924, en el que se hacen curiosos recuerdos de la fundación de la revista: "Adquirida la propiedad de la calle de Teatinos, 666, que pertenecía a la familia Melo Egaña, se hizo con extraordinaria rapidez la transformación y comenzaron a armarse las prensas y demás talleres, talleres que eran una absoluta novedad en Chile.

"Desde los primeros momentos la obra fué puesta en manos de Joaquín Díaz Garcés, quien sin abandonar su ya pesa-

dísima labor de "El Mercurio" tomó a su cargo la organización de la nueva casa editora y de la revista "Zig-Zag".

"No habrían términos adecuados para dar una idea cabal de la poderosa energía, la imaginación brillante y el talento de periodista que Díaz Garcés mostró en esta labor creadora. Pocos años antes había realizado una obra análoga, cuando fué el alma de la modernización de "El Mercurio" y lanzó por primera vez en Chile un diario nervioso, bien informado y con todo el plan de un gran órgano de opinión de nuestro tiempo, en medio de la rutina adormilada de los colegas de entonces.

"Pero esta vez trabajaba sin antecedentes creando algo que no existía en Chile, ni siquiera en forma rudimentaria. No tenía otros consejeros autorizados que don Agustín Edwards, que había estudiado, sobre todo, la parte industrial, y Mr. Phillips, el fotograbador, que conocía la mecánica de la nueva obra. Durante los últimos días y las últimas noches que precedieron a la aparición de "Zig-Zag", el trabajo fué febril, enloquecedor, en aquella casa de la calle de Teatinos. Díaz Garcés, como el capitán de un barco a la hora de zarpar, no abandonaba el puente ni aún para dormir. Entre mis recuerdos figuran algunas noches en que por no estar aún en funciones la máquina dobladora, todos trabajábamos doblando pliegos a mano con plegadera, al antiguo estilo. Veo el patio de "Zig-Zag", que entonces no estaba cubierto, lleno en la noche de mesas sobre las cuales iban depositando los pliegos impresos para que los plegaran los obreros improvisados que eran, con otros, cuyos nombres he olvidado, Agustín Edwards, Joaquín Díaz, Enrique Tagle, Juan Larraín, Juan Estéban Ortúzar, Vicente Allende. Este último era una especie de lugarteniente de Joaquín Díaz, y durante doce o catorce horas, sin interrupción, atendía a la marcha general del establecimiento. No debo olvidar a Juan Urzúa, entonces un niño, a quien Mr. Phillips iniciaba en el fotograbado y la tricomía, y que ya se revelaba el hombre de extraordinaria energía, austera rectitud y claro talento que ha llegado a ser.

"Entre tanto, todos los muros de Santiago recibían el gran cartel hecho en Estados Unidos: una mujer bellísima, cuya mirada parecía seguir al transeunte, invitaba a leer la revista "Zig-Zag", que en breve aparecería. Y dondequiera que se fijara la vista, en teatros, cafés, muros y cercos, estaciones y kioscos, miles y miles de pequeños carteles preguntaban al santiaguino; "¿Lee usted "Zig-Zag"? "¿Por qué no lee usted "Zig-Zag"? "¿Ha leído usted "Zig-Zag"?

"Jamás se ha hecho en Chile una propaganda semejante. Costó mucho dinero, pero fué remunerativa. Cierto es que fué generosamente ayudada por algunos diarios de Santiago, especialmente "El Ferrocarril" y "El Diario Ilustrado". Con sus burlas, sus ingeniosas predicciones sobre el desastre de la empresa iniciada por el señor Edwards, a quien entonces era moda tratar de imbécil e injuriar en todos los tonos, contribuyeron vigorosamente a la propaganda de "Zig-Zag". La revista vive hoy más próspera que nunca. Algunos de sus burladores murieron hace tiempo.

... ...

"La casa de la calle de Teatinos era un centro social. Las novias iban a su elegante galería para que Fehrenberg y Buzenius, ayudados por Rebolledo, que era entonces muy joven, las retrataran. Los políticos más eminentes acudían a la casa de "Zig-Zag" para retratarse en grupo.

"Zig-Zag" ha sido, en suma, una de las mayores innovaciones que ha experimentado la prensa chilena y representa un progreso moral y material que la historia de la cultura nacional tendrá que reconocer.

"La obra de los fundadores sigue próspera. Aparece hoy más adaptada al ambiente que en sus comienzos, y por tanto más sólida. Desde la iniciación, en su parte gráfica y en sus secciones literarias, "Zig-Zag" ha hecho la educación del público y, sin dejar de buscar sus gustos, ha realizado una labor de cultura y de prestigio para el país."

La revista, desde el primer momento, fué acogida con entusiasmo y admiración porque superaba a las esperanzas que se habían tenido. Por sus ilustraciones en colores, sus dibujos de todas clases, sus perfectos fotograbados y su escogido y variado texto, estaba a la altura de las mejores revistas de Europa. El tamaño era igual al de "L'Illustration", pero en 1909 lo redujo a la mitad, o sea, el que actualmente tiene.

Como la Empresa no se forjaba ilusiones en que únicamente por su excelencia artística y literaria iba a tener la revista desde el primer momento una extensísima circulación, ideó un medio infalible para obtenerla. Recurrió al obsequio valioso a los suscriptores por el sistema del sorteo, del cual daremos noticias en el capítulo X.

Poco después de normalizada la marcha de los talleres y la vida económica de la gran imprenta editora, se constituyó en 1907 la "Empresa de "Zig-Zag", con los mismos propietarios

de la de **El Mercurio,** o sean, don Agustín, don Carlos y don Raúl Edwards, pero sin que en esta sociedad entraran los empleados superiores de la de los diarios que hasta entonces habían estado interesados en las utilidades de la revista.

Desde esa fecha llevó esta Empresa una vida en absoluto independiente de la de **El Mercurio,** hasta que en marzo de 1919 la adquirió la "Sociedad de Imprenta y Litografía Universo", de Valparaíso. Esta entidad industrial compró también los talleres, los cuales continúan editando revistas bajo la antigua denominación de "Empresa de Zig-Zag", la que, dentro de la sociedad propietaria, tiene una vida completamente utónoma. El actual Director-gerente de la "Empresa Zig-Zag" es don Humberto Grez Silva. (*)

Durante los catorce años que esta Empresa perteneció a los hermanos Edwards, fundó por su cuenta las siguientes publicaciones de diverso género y estilo, la mayor parte de las cuales subsisten:

"Corre-Vuela", revista de carácter popular, cuyo primer número salió a principios de enero de 1908, y en la que se admitían las colaboraciones de sus lectores.

"Peneca", semanario dedicado al mundo infantil y redactado en su mayor parte por los alumnos de escuelas y liceos. Nació a fines de noviembre de 1908.

"Familia", gran revista de modas y del hogar con tendencias literarias, en la que empezaron a colaborar las escritoras más distinguidas de Chile. Fué creada en enero de 1909.

"Selecta", lujosa revista mensual de gran tamaño destinada a las ciencias, las artes y la literatura, y cuyos colaboradores eran los ingenios más destacados de nuestros mundo intelectual y artístico. Comenzó en el mes de abril de 1909 y vivió unos tres años. Fué la publicación de su índole más hermosa de cuantas han visto la luz en Chile, comparable únicamente a las lujosas que se publican hoy en Europa.

Además de éstos, publicó también por su cuenta varios magníficos periódicos sobre agricultura, deportes y asuntos ferroviarios. Estas publicaciones tuvieron vida efímera.

(*) Este caballero ingresó en la empresa el año 1907 para ayudar a Mr. William Phillips en la organización financiera de la revista, y poco tiempo después se le dió el cargo que hoy ocupa. El señor Grez Silva ha demostrado talento y actividad en su delicado puesto. Parte de la prosperidad de esta empresa se debe a su celo. Ha fundado varias revistas, entre ellas "Chile Magazine", "Don Fausto" y otras.

También se imprimieron en sus talleres diversas revistas de importancia, entre ella la célebre "Pacífico Magazine", que salía mensualmente y que duró varios años a contar desde el de 1912. Eran propietarios de ella don Joaquín Díaz Garcés y don Alberto Edwards, quienes fueron sus principales redactores.

En todas esas publicaciones colaboraron cuantas plumas lucieron en el período anterior al nacimiento de "Zig-Zag". De los muchos escritores nuevos que descollaron por su ingenio y su talento merecen citarse, además de los mencionados antes, los siguientes: en el cuento delicado, Januario Espinosa, Martín Escobar, Mariano Latorre, Edgardo Garrido Merino, Eduardo Barrios y otros; en el cuento de costumbres populares Enrique Blanco (Chimbarongo), Roberto Alarcón (Galo Pando), Rafael Maluenda y Alejandro Baeza (fray Apenta); en la crónica histórica Enrique Blanchard Chessi, Sady Zañartu, Daniel Riquelme (Conchalí) y Antonio Bórquez Solar; en la crónica artística y literaria Ignacio Pérez Kallen, Eliodoro Astorquiza, Angel Cruchaga Santa María, Eugenio Labarca, Armando Donoso y Luis Estéban Giarda; en las crónicas de viajes y cuestiones internacionales Carlos Varas (Mont-Calm), Luis Popelaire y Alberto Edwards; en la crónica social y de costumbres Miguel Angel Gargari (Nadir), Elvira Santa Cruz (Roxane), Inés Echeverría (Iris) y Tomás Gatica Martínez; en el género humorístico Hugo Donoso (Hugonote), Armando Hinojosa, Richon Brunet, Ismael Parraguez (Misael Guerra); en diversas materias de índoles especiales Rafael Luis Gumucio, Emilio Vaisse (Omer Emeth), Augusto Opazo, Félix Armando Núñez, Jorge Escobar Uribe (Claudio de Alas) y otros muchos, y los poetas Víctor Domingo Silva, Pedro Prado, Carlos Acuña, Daniel de la Vega, María Monvel, Gabriela Mistral, Jorge Huneeus Bezanilla, Carlos R. Mondaca, Antonio Orrego Barros y algunos más.

Entre las obras de importancia que hizo la Empresa de "Zig-Zag", unas por cuenta propia y otras por las de sus autores, mencionaremos las siguientes: "Páginas Chilenas", por Joaquín Díaz Garcés; "En la nieve", por Carlos Silva Vildósola; "Casa grande", "Un idilio nuevo" (reedición) y "En familia", por Luis Orrego Luco; "Historia de Santiago de Chile", por Enrique C. Eberhardt; "El conflicto después de la victoria", por Julio Pérez Canto.

CAPITULO IX

LA ACTUAL EVOLUCION TIPOGRAFICA Y ARTISTICA DE "EL MERCURIO"

La tercera época tipográfica del diario comenzó en 1884. — La primera prensa rotativa de "El Mercurio" fué de la marca "Derriey". —Característica de esta máquina que imprimía periódicos de ocho páginas y que fué instalada en 1883. — Le sucede una prensa "Marinoni", que hizo cambiar el tamaño de "El Mercurio". — La nueva prensa "Marinoni" para diarios de dieciséis páginas. — Se instaló en 1898 y lanzaba 24,000 ejemplares por hora. — Los ser servicios prestados por estas tres prensas a "El Mercurio" en Valparaíso. Santiago, Valdivia y Antofagasta. — En 1904 se adquiere la primera prensa norteamericana "Goss", que funciona en Santiago desde 1907. — Enumeración detallada de las cinco rotativas que de esta marca posee la Empresa. — En 1902 comienza la composición mecánica en "El Mercurio" de Valparaíso con varias linotipias. — La actual presentación tipográfica y artística del diario. — Los progresos materiales y espirituales de "El Mercurio" de hoy son los mismos que ha conquistado Chile. — "El Mercurio" es el espejo de Chile y la sombra que le sigue en todos sus movimientos.

El lector habrá observado que las épocas en que están divididos los asuntos y materias de este libro no comienzan ni terminan generalmente en las mismas fechas. Ello es lógico y natural en toda obra histórica, puesto que los cambios, las evoluciones y las innovaciones que de cada asunto ocurren a través de un largo período, no se efectúan simultáneamente.

Fijámosnos en lo que al respecto sucede en la vida de las naciones. Mientras en un país se efectúa un cambio trascendental en su constitución política, no se nota variación alguna en la literaria, por ejemplo. en tanto que en la artística venía operándose ya, desde varios quinquenios, cierta evolución que no

se manifestó definitivamente hasta un lustro después del cambio constitucional.

En la vida de **El Mercurio** ha sucedido lo mismo dentro de su constante progreso.

Hemos visto ya que, en lo que respecta a la evolución política, social e intelectual que trajo consigo el cambio de dueño de la Empresa en septiembre de 1842, o sea cuando la adquirió don Santos Tornero, no coincide con la tipográfica, porque ésta había empezado dos años antes con don Manuel Rivadeneyra.

Cuando en 1880 adquirió el diario don Agustín R. Edwards Ross, dió comienzo en el mismo día la tercera época económica de la Empresa porque, como hemos consignado en su debido lugar, ésta salió de su precaria situación financiera y al mismo tiempo se convirtió en negocio exclusivamente periodístico. Pero la evolución tipográfica no se inició en ese mismo año sino en el de 1884 para manifestarse dieciséis años después en tal forma revolucionaria con los nuevos dueños, que arrastró a la prensa chilena a seguir de grado o por fuerza las innovaciones que, no sólo en esa parte y en la artística en general impuso **El Mercurio,** sino hasta en el cambio del método, ya anticuado, restringido y sin interés que se empleó en todo el siglo XIX en las informaciones nacionales y extranjeras.

Hizo esto en la presente época de la misma suerte que en la que le precedió había obligado a los demás diarios de importancia, con su recta y firme conducta pública, a que fijaran sus programas con más espíritu de independencia en política partidarista y más preocupación asídua por todas las cuestiones de interés general.

Sus constantes innovaciones materiales en la presente época no han sido nunca manifestaciones de ostentación de su prosperidad. La Empresa actual ha estado y está siempre atenta a los progresos periodísticos del extranjero para ser la primera en adoptarlos en beneficio de sus favorecedores. Este celo redunda en la honra del país en el exterior, porque **El Mercurio** es la cifra resumen del magnífico adelanto en que se halla a la hora de ahora la prensa chilena.

Hemos consignado en otro capítulo que el nuevo dueño que abrió la actual era económica del diario se adentró por la Empresa silenciosamente y sin que durante su período se notaran mucho las importantes innovaciones materiales que se introdujeron en sus talleres. Sin embargo, la etapa comprendida desde 1880 hasta principios de 1900, en que la apariencia ex-

terior del periódico fué idéntica a la del período de los editores Tornero y Letelier, no dejó de ser de una evolución constante.

Creímos lógico cerrar en 1883 la segunda época tipográfica porque hasta ese año se estuvo imprimiendo el diario en prensa plana, y desde principios del subsiguiente en otra de sistema distinto que significaba una completa revolución en el arte de imprimir. Esta máquina obligó a emplearse nuevos métodos en la preparación de los moldes de las páginas. Tal progreso material fué preparando poco a poco el camino de la revolución artística de **El Mercurio**, la cual está hoy en su apogeo floreciente.

En el mes de octubre de 1883 apareció en el diario la noticia de haber adquirido en París un nuevo modelo de prensa rotativa construída en los talleres de Jules Derriey.

He aquí las características de ella, según la descripción que se hacía en el "Bulletin de l'imprimiere et de la librairie", del indicado año:

"La nueva máquina rotativa "Derriey" se distingue de las precedentes en que, gracias a un sistema muy ingenioso, moja automáticamente el papel hasta un grado conveniente y durante el mismo trabajo de la máquina.

"Esta prensa tira un diario de ocho páginas de dimensiones poco más grandes que la del "Temps".

"Una nueva disposición permitirá imprimir y doblar diarios de diverso formato de ocho o cuatro páginas.

"Una vez mojado el papel, pasa la impresión; en seguida, después de cortado por primera vez cada ejemplar de ocho páginas de la medida de 1.57 m. por 1.12 m., cada hoja de ocho páginas es separada en dos partes compuestas de cuatro páginas cada una, que en seguida se superponen y por una nueva disposición son pegadas en su margen de fondo.

... ...

"Estas dos hojas de cuatro páginas así pegadas son colocadas en una máquina de doblar, la cual, por medio de un mecanismo muy felizmente combinado, dobla en dos, en seguida en cuatro en el sentido de la altura de las columnas, después en seis en sentido transversal, y entrega al salir de la máquina los diarios en lotes de cincuenta ejemplares."

Con esta prensa rotativa iniciáronse las implantaciones de nuevos procedimientos tipográficos, idénticos a los empleados por los grandes diarios de Europa y Estados Unidos.

Primeramente se tuvo que adoptar la estereotipía que obligaba la nueva prensa cilíndrica, y poco a poco fueron adquirién-

dose linotipias, crisoles de fundición y otras clases de maquinarias que iban exigiendo los modelos de las prensas modernas que venían a medida que íbase ensanchando el radio de acción de la Empresa.

Cuando se dió comienzo a la construcción del palacio que hoy ocupa **El Mercurio** de Valparaíso en la calle de la Esmeralda, se trajo de Europa una prensa del tipo "Marinoni" capaz de imprimir diarios de a ocho páginas del tamaño usual de los de hoy.

Este edificio se inauguró oficialmente en el mes de abril de 1901; pero desde el 6 de mayo del año anterior empezó a utilizarse esa prensa en la gran sala de máquinas, el primer departamento que se puso en condiciones de elaborar en él cuando aún no se habían terminado los trabajos de edificación, para lo cual se traían de los talleres del antiguo local los moldes de las páginas.

La prensa "Derriey" fué enviada inmediatamente a Santiago para la edición que salió allá en 1900, y cinco años después sirvió para el diario que se fundó en Antofagasta. Esta trabajada y andariega máquina, rota y mohosa, fué vendida como hierro viejo en la ciudad norteña.

La "Marinoni" que substituyó en Santiago a esa venerable prensa fundadora, la trasladaron a Valdivia en 1909 para **El Mercurio**, que allí salió accidentalmente año y medio, y luego pasó a Antofagasta, en donde funcionaba en perfecto estado al ser adquirido el diario por la Sociedad Chilena de Publicaciones el año 1925.

Cuando **El Mercurio** de Santiago se trasladó al local que hoy ocupa en la calle de la Compañía, esquina con la de Morandé, la Empresa adquirió otra prensa "Marinoni", de doble capacidad que la anterior, porque podía imprimir diarios de dieciséis páginas en varios colores. Esta máquina se estrenó el 15 de noviembre de 1902, fecha en que **El Mercurio** de la capital adoptó el tamaño del de Valparaíso y al mismo tiempo lanzaba el primer número de la edición vespertina con el nombre de **Las Ultimas Noticias.** Esta "Marinoni", que por su tamaño se le denominaba "la grande", para diferenciarla de la otra, pasó a Valparaíso a cambio de una prensa del tipo "Goss", de Chicago, que se estaba armando en 1906 cuando sobrevino el terremoto. Esa "Marinoni" fué vendida el año 1918 a una empresa periodística que iba a fundar un diario en Concepción.

La "Goss" de que acabamos de hacer mención, fué la pri-

mera que de ese tipo adquirió la Empresa en 1904. Se destinó a Valparaíso para imprimir **La Tarde del Mercurio,** pero no pudo funcionar allá por haberse suspendido este diario. Actualmente trabaja en perfectísimo estado en Santiago imprimiendo los suplementos en colores que se publican los domingos. Es del modelo de dos pisos o puentes, con cinco cilindros de a ocho páginas cada uno. En ella se pueden imprimir diarios de a treinta y dos páginas, y lanza veinte mil ejemplares por hora. El ancho de su papel es de 1.75 m. Es movida por un motor de 35 caballos.

La segunda "Goss" vino directamente a Santiago en el año 1910. Es de cuatro pisos, lanza 25,000 ejemplares de treinta y dos páginas, y el papel que emplea es de 0.85 cm. Tiene un motor de cincuenta caballos. Está destinada a **Las Ultimas Noticias.**

La tercera llegó a Valparaíso en 1916 para imprimir la edición matutina, y tiene las mismas características que las anteriores.

La cuarta está en Santiago. Se trajo el año 1918 y sirve para imprimir **El Mercurio.** Es de tres pisos; lanza por hora 35,000 ejemplares de a 48 páginas, y es movida por un motor de 75 caballos. Esta gran prensa utiliza varios enormes rollos de papel, cada uno de los cuales pesa más de 600 kilógramos, y su hoja, de un ancho de 1.75 m., tiene una longitud de ocho mil metros más o menos. Estos rollos o carretes se colocan automáticamente en la máquina por medio de un aparato adosado a ella, movido por un motor.

La última, también de tipo "Goss", como las anteriores, se adquirió para **La Estrella** de Valparaíso, y es casi idéntica a la que se instaló en el diario porteño en 1916.

Todas estas prensas tienen un registrador que va anotando uno a uno los ejemplares que imprime, y también otro que, a la vez que los lanza fuera de la máquina, los entrega en lotes de veinticinco, cincuenta o más ejemplares doblados en la forma en que se ofrecen al público.

La impresión en esta clase de prensa es más simple, clara y limpia que en la de tipo "Derriey", ya descripta, y en la "Marinoni". Las inagotables fajas de papel pasan suavemente por los cilindros que contienen dos páginas cada uno; después los aparatos secundarios van pegando las dobles hojas de a cuatro páginas impresas, y luego cortan, doblan, cuentan y lanzan los ejemplares, todo con la rapidez que es de presumir, dado que

pueden obtenerse en una hora 35,000 diarios de a cuarenta y ocho páginas cada ejemplar.

Hace sesenta años que los señores J. Derriey y H. Marinoni presentaron al público, en una exposición universal de París, sus primeras prensas rotativas basadas sobre los estudios, cálculos y ensayos hechos por otros inventores desde principios del siglo pasado. A partir de entonces se ha adelantado tanto en esta clase de impresoras cilíndricas, que es verdaderamente asombroso el progreso que representa en nuestros días el tipo "Goss".

Las demás maquinarias, tales como linotipias, crisoles le fundición de tipos y viñetas para avisos, prensas de extereotipía, etc., etc., que utiliza la Empresa, están en consonancia de modernidad con su progreso tipográfico.

El Mercurio adquirió cuatro linotipias en 1901, las cuales fueron depositadas en los talleres de su nuevo edificio de Valparaíso en el mes de septiembre de ese mismo año; pero trabajaron allí varios meses únicamente, del año 1902, puesto que, en el balance del primer semestre de 1905, aparecen únicamente las dos componedoras mecánicas "Nickols", de fabricación canadiense, que varios años antes se le habían comprado a la imprenta Gillet, de Valparaíso. (*) En el mes de diciembre de ese último año adquirió la Empresa otras cuatro linotipias, modelo N.o 5, de la marca "Mergenthaler Linotype Company", de Nueva York, que aún están trabajando en los talleres de Valparaíso.

Las cuatro linotipias adquiridas en 1901 pasaron a los talleres de Santiago al poco tiempo de su llegada.

En 1912 se trajeron las primeras linotipias del modelo N.o 8, que son las que se usan para el tipo de lectura corriente.

En la actualidad posee más de treinta componedoras mecánicas de todos los modelos de esa marca. La mayor parte de ellas contienen dos, tres o cuatro almacenes de matrices para tipos de

---

(*) Esta imprenta, que tenía talleres en Santiago y Valparaíso, fué la primera en Chile que empleó componedoras mecánicas. Adquirió tres en 1900 y las instaló en Valparaíso. Aunque no dieron el espléndido resultado que se esperaba, en ellas se compuso el texto de "Jurisprudencia Civil y Comercial de la Corte de Apelaciones de Valparaíso", por los abogados don Ricardo Escobar Cerda y don Fidel Muñoz Rodríguez. Esta obra consta de varios tomos, de 150 páginas cada uno, de tamaño 32 x 24 cms. El primer tipógrafo chileno que aprendió a manejar la componedora mecánica fué don Fidel Inda Herrera, de la imprenta Gillet, quien al pasar estas máquinas a **El Mercurio,** ingresó en los talleres de este diario, en donde aún permanece.

seis, siete, ocho, nueve, diez, doce, catorce, veinte, veinticuatro, treinta y treinta y seis puntos.

Si el habilísimo e ingenioso tipógrafo español don Manuel Rivadeneyra, aquel maestro que transformó a muchos rutinarios cajistas chilenos en verdaderos artistas de imprenta, pudiera resucitar ahora, a los cincuenta y cinco años de su fallecimiento, y viera en funciones una máquina de componer de las que se usan hoy, no daría crédito a sus ojos ante el maravilloso mecanismo que encierra. Ella, mediante un teclado parecido al de la máquina de escribir y manejada por un niño, compone con suma rapidez líneas que luego las entrega fundidas en un trozo de metal casi frío, y ella sola, mediante una palanca, distribuye las matrices en los respectivos cajetines del almacén que las contiene. ¡Es un prodigioso milagro de la mecánica moderna!

Los anuncios se hacen, parte mecánicamente y parte a mano; pero seguramente que pronto desaparecerá el procedimiento antiguo desplazado por máquinas especiales para "remiendos".

El 6 de mayo de 1900 cambió por completo la forma exterior del diario debido al nuevo sistema de prensa que se adoptó. En esa fecha dejó el antiguo tamaño de 75 cm. de alto por 55 cm. de ancho que tenía desde mediado el año 1874, para tomar el actual de 58 cm. y 42 cm., respectivamente, y las cuatro tradicionales páginas por las ocho que, como menor número, tuvo desde entonces.

La cabecera fué de tipo semejante al que usa ahora, de 48 puntos, que abarcaba todo el ancho de la página.

A pesar de una transformación tan radical, la distribución del material de texto de lectura y de avisos no se diferenció mucho del modelo que había seguido en la etapa anterior. La primera página, como de costumbre, iba repleta de anuncios y en las demás estos estaban mezclados con artículos e informaciones.

Aunque en el mes de junio de ese año de la transformación material salió **El Mercurio** en Santiago, esta edición se presentó con el mismo tamaño e igual número de páginas que se empleaba en la de Valparaíso antes del mes de mayo, a causa de que la prensa que usó ("Derriey") no le permitió otro más reducido. El 15 de noviembre de 1902 apareció de idéntica forma a la de la edición porteña.

Desde entonces ambos diarios están uniformados porque usan los mismos materiales y se rigen por igual espíritu artístico.

Desde el año 1900 hasta mediado el de 1905, **El Mercurio**

de Valparaíso salió de ocho páginas; después alternó este número con el de diez y algunas veces con el doce, y en 1908 se veían diarios de diez y de doce páginas, por haber abandonado por completo el de a ocho.

En 1912 aparecieron número de diez, doce y catorce; en 1913 tuvieron doce, catorce y dieciséis, y en 1914 fueron frecuentes los diarios de dieciséis y dieciocho páginas.

El Mercurio de Santiago, a pesar de sacar una edición vespertina de a ocho páginas grandes desde 1902, tuvo siempre mayor número de hojas que el diario porteño.

Este, desde el 12 de octubre de 1915, dió otra edición, y entre ambas venía a dar diariamente de dieciocho a veinte páginas.

Hoy se presentan las cuatro ediciones con el número de planas que las circunstancias exigen. Tanto en Santiago como en Valparaíso, **El Mercurio** contiene veinte, veinticuatro, veintiocho o treinta y dos páginas. Por lo general, el número de éstas no es fijo, pero nunca es menor de veinte ni mayor de treinta y dos en días ordinarios.

El nuevo tamaño obligó a dividir la página en seis columnas de 6 cm. de ancho por 52 cm. de alto.

El 1.o de agosto de 1916 apareció con siete columnas de cinco cm., y así continuó hasta 1923, en cuyo mes de octubre ensanchaba un poco el espacio de la composición y dividía la página en ocho columnas de 48 mm. cada una.

La Estrella apareció de ocho páginas del mismo tamaño de las de **El Mercurio,** y así se mantuvo hasta el 15 de febrero de 1925 en que adoptó el de la mitad, que es el que tiene actuamente. Desde su aparición hasta el 12 de noviembre de 1922, el número de sus columnas fué de cinco de a 7 cm., y luego adoptó el mismo de la edición fundadora. Al cambiar más tarde de tamaño, las ocho páginas se convirtieron en dieciséis de a cinco columnas cada una de igual ancho que las de **El Mercurio.**

Las Ultimas Noticias ha tenido las mismas variaciones que **La Estrella** en lo relativo al tamaño, pero no en lo del ancho de sus columnas, que fueron siempre iguales a la de la edición matuiina.

Desde que apareció **El Mercurio** de Valparaíso los títulos de sus artículos y sus secciones de noticias telegráficas del extranjero y de informaciones nacionales, fueron siempre del ancho de la columna, salvo en raras ocasiones excepcionales; pero desde 1900 comenzó a presentarlos de a dos cuando el asunto

era de importancia. En el año 1916 ya era muy común el título de dos, tres, cuatro o más columnas, según la extensión del texto del artículo de redacción y de las informaciones del país y del extranjero. Hoy es obligatorio el título de más de una columna para cualquiera noticia.

La composición mecánica, con su gran variedad de tipos, permite darle a las páginas un bello aspecto artístico. Se emplean en el texto de lectura tipos de seis puntos, de siete, de ocho, de nueve y hasta de diez, blancos y negros, en anchos de dos columnas cuando la importancia de la información lo requiere. Algunas noticias cortas, pero de sumo interés, se componen en cuerpo grande y encerradas en marquitos para llamar la atención del lector.

Los avisos se suelen componer, en su mayor parte, con tipo suelto y van, por lo general, ilustrados con dibujos hechos expresamente para ellos por redactores artísticos.

Si a esta variada y armónica presentación tipográfica agregamos la profusión de grabados que ilustran hoy las informaciones de actualidad y los artículos literarios, científicos, de variedades, etc., etc., todos ellos confeccionados con esmero y simetría, huelga decir que el aspecto de cada página es hermoso. Sin duda alguna que las ediciones de **El Mercurio** son las más estéticas de todos los periódicos chilenos.

El uso del fotograbado en los diarios de la Empresa comenzó parcamente en el año 1902, porque aún carecía de talleres de esa naturaleza; pero desde el momento que la gran imprenta editora de la revista de actualidades "Zig-Zag" pudo hacer "clisées" para diarios, comenzaron a abundar las ilustraciones en **El Mercurio,** en particular en sus ediciones vespertinas. Desde 1916 en que cada periódico tenía ya taller de fotograbado, no han faltado ilustraciones en ningún número.

A fin de que todo suceso nacional o extranjero esté perfectamente documentado e ilustrado con retratos, vista de ciudades, paisajes, edificios, monumentos, escenas, etc., etc., se fundaron en las imprentas de Santiago y Valparaíso grandes archivos. En ellos están catalogadas las fotografías que constantemente se reciben de todas las partes del mundo, de las que, en poco minutos, se hacen los clisées a los tamaños que se precisan y a la hora que se necesitan.

A largos y ténues trazos hemos diseñado el progreso tipográfico y artístico que desde 1884 hasta hoy ha alcanzado **El Mercurio.** La primera etapa de esta época fué evolutiva, y la se-

gunda, que comenzó en 1900, es revolucionaria. La Empresa que en 1898 inició sus trabajos con un capital legado de medio millón de pesos, es la más poderosa de las empresas periodísticas que existen en Chile.

El camino que este periódico ha recorrido en un siglo de existencia ha estado sembrado de obstáculos; pero todos los ha salvado con su propio esfuerzo y la serenidad de su elevado espíritu.

En sus treinta y un mil novecientos y tantos números, seiscientos más que días laborables contiene una centuria, ha vivido pensando y laborando en y por la prosperidad de su patria y vinculándose al progreso de ésta, y así resulta que **El Mercurio** material y espiritual es la perfecta personificación del Chile de nuestros días.

Al contemplar la lozanía y la prosperidad de este antiguo y siempre joven periódico en esta hora, se nos representa imaginativamente toda su larga vida, y no podemos resistir a la tentación de copiar lo que de sí mismo decía en el mes de septiembre de 1843, cuando acababa de surgir de las cenizas del incendio que lo destruyó, porque la frase con que termina el párrafo final puede repetirla hoy **El Mercurio** como expresión exacta de su existencia:

"12 de septiembre de 1827. — Sale a la luz el primer número de este diario en la forma de un medio pliego de papel común, debiendo publicarse dos veces a la semana, y siendo su principal objeto dar al comercio el despacho de aduana, el movimiento marítimo y la inserción de avisos.

"Largo sería referir hoy las alternativas que ha sufrido el **Mercurio** según las varias empresas y redacciones que lo han sostenido, y según las diferentes épocas que ha atravesado. Sólo diremos que conoce perfectamente a todos los partidos políticos que han habido en el país, porque a todos ha pertenecido: ¡hasta federal ha sido el **Mercurio**! Y a todos ha sobrevivido, y de todos se ha emancipado, contentándose con guardar de cada uno de ellos los errores y las buenas doctrinas, los crímenes y las virtudes, y con tomar lecciones que hoy alumbren y dirijan su carrera. Ha sido exaltado y turbulento en tiempo de revolución, esclavo y estacionario en tiempo de gobiernos fuertes, y progresistas e independiente desde que el régimen constitucional ha dejado de ser una ilusión. Puede decirse, pues, que el **Mercurio** es el espejo de Chile, y la sombra que lo sigue en todos sus movimientos."

CAPITULO X

LA VIDA ECONOMICA DE "EL MERCURIO"

Por primera vez en 1881 se clasifican los anuncios por secciones con precios diferentes cada una. — La tarifa de suscripción de 1868 se cambia en 1900 por otra que rigió seis años. — Se uniforman las tarifas de suscripciones y de avisos de todos los diarios de la Empresa. — Aparece la revista "Zig-Zag" con tarifas de suscripciones combinadas con las de los diarios. — Los regalos de edificios, por medio de sorteos, para los suscriptos y lectores de "Zig-Zag" y demás publicaciones de la Empresa de "El Mercurio". — Breve reseña del terremoto de 1906. — Durante esta catástrofe "El Mercurio" de Valparaíso repartió gratuitamente varios suplementos. — Nuevas modificaciones de las tarifas de suscripciones y de avisos. — Cada publicación de la Empresa establece sorteos semanales para obsequiar a sus lectores y suscriptores con valiosos objetos de uso corriente. — Las últimas reformas económicas.

En el capítulo de la primera época que trata de la misma materia que vamos a desarrollar en éste, advertimos al lector curioso lo necesario que era conocer la historia que, en el orden económico, tuvo por aquel entonces **El Mercurio.** La misma recomendación le hacemos ahora, a fin de que pueda completar los conocimientos que ya tiene sobre los grandes esfuerzos que ha hecho hasta ahora el diario para mantenerse por sí mismo con el esplendor que hoy ostenta, ya que hemos demostrado que la mal llamada ayuda del gobierno en la primera época y unos cuantos años de la segunda, fué nula en todos conceptos.

Hecha esta necesaria advertencia, entraremos en materia.

Ya hemos indicado en otro lugar la tarifa de suscripción que se estableció en el año 1868, y la de avisos fijada en el de 1878. La primera subsistió hasta 1900 y la segunda hasta diciembre de 1880.

La guerra del Pacífico trajo por consecuencia la carestía de algunos de los materiales que se importaban de Europa, en particular los de papelería e imprenta, por lo que **El Mercurio** se vió obligado a modificar y también a clasificar los avisos a fin de que la subida de la tarifa de ellos no fuera muy sensible. Esta modificación, que empezó en enero de 1881, fué la siguiente:

Primera sección. — A ella pertenecían los avisos cuya inserción se hacía indistintamente en cualesquiera página y columna del diario, y el avisador tenía derecho a que el primer día se publicara en la sección de **avisos nuevos.** El precio de estos avisos era de diez centavos por línea al día, y por cada inserción subsiguiente cinco centavos.

Segunda sección. — Aquí iban los anuncios que debían publicarse constantemente en la tercera página del diario. Se pagaba la línea a razón de diez centavos al día y por cada uno de más, siete centavos y medio.

Tercera sección. — Se denominaba "Avisos Nuevos". Cada línea valía diez centavos cuantas veces se insertaban.

Cuarta sección. — Iba a la cabeza de la Crónica y el valor de la línea era de treinta centavos por cada vez. Las subsiguientes inserciones costaban veinte centavos cada una. Era esta sección la que hoy se denomina de "Profesionales".

Quinta sección. — Se llamaba de Avisos Económicos y había sido "abierta principalmente para las personas de escasa fortuna", tales como "pequeños industriales, comerciantes, dueños de casa, agricultores, sirvientes, etc., etc." El precio era de diez centavos la línea sin rebaja en las inserciones repetidas. Por el tipo de letra empleado en estos anuncios, se consideraba que en la línea cabían diez palabras, las suficientes para expresar lo que se deseara apelando en todo caso al sistema telegráfico.

La base de la medida de los avisos de las tres primeras secciones, considerando que ellos tendrían letras de diversos tamaños, rayas, viñetas, blancos y separaciones especiales, era un tipo llamado **breviario,** cuyas diez líneas ocupaban veintiocho milímetros.

Los avisos de a dos o más columnas pagaban un veinte por ciento sobre la tarifa correspondiente, y los que se publicaban por meses y por años tenían rebajas especiales que a veces llegaban al cincuenta por ciento.

En 1892 hubo una subida general en los precios, en la siguiente forma:

En la primera sección, por un espacio de diez líneas, $ 1.50, y por cada inserción de más, $ 0.75.

En la segunda, por diez líneas, $ 1.50, y por cada publicación sucesiva, $ 1.10.

En la tercera página, por diez líneas, $ 1.50 cada publicación.

En la cuarta, por cada línea, $ 0.45, y toda inserción de más, $ 0.30.

En la sección de avisos económicos se pedía $ 0.30 por el grupo de dos a veinte palabras.

Las demás condiciones eran iguales a la de la tarifa de 1881.

En los subsiguientes años hasta el de 1900, la tarifa sufrió pequeñas modificaciones. En ese año apareció en la capital una edición de **El Mercurio** con todo lujo y superior, en lo que respecta a su redacción, a cuantos periódicos veían la luz en Chile.

La tarifa de anuncios de este nuevo diario tenía pocas divisiones y era sumamente económica. Así tenía que ser a fin de competir con sus colegas de Santiago.

En crónica valía la línea, $ 0.40;
En tercera página, $ 0.15 la línea; y
En cuarta, $ 0.10.

Durante los primeros años las tarifas de esa edición fueron más bajas que las de la edición matriz; pero, poco a poco y a medida que fué tomando en el público de todo el país la importancia a que era acreedora por sus muchas excelencias sobre sus colegas, fueron elevándose hasta ser ambas semejantes. En la actualidad, dada su gran circulación dentro y fuera de la República, aquella tiene un pequeño porcentaje de recargo sobre la de Valparaíso.

La tarifa de suscripción que empezó a regir el 1.o de julio de 1868, subsistió hasta 1900.

Los precios para 1901 fueron: $ 15 al año; $ 7.50 al semestre; $ 3.75 al trimestre, y $ 1.30 al mes. Así continuó hasta agosto de 1906, a pesar de que desde el 6 de mayo de 1900 el diario cambió de forma. El tamaño fué igual al que tiene actualmente, pero, en cambio, daba ocho páginas en vez de cuatro.

Desde principios de noviembre de 1905, el número de páginas ascendió a diez, y al entrar en el subsiguiente año daba ya, con bastante frecuencia, doce.

El número suelto seguía valiendo cinco centavos.

El 5 de julio de 1902 salió el primer número del semanario **El Mercurio Ilustrado,** cuya tarifa de anuncios fué igual a la del diario. La de sucripción, para fuera de Valparaíso únicamente, era: $ 2.50 al año y $ 1.25 al semestre. El número suelto valía cinco centavos.

El 1.o de febrero de 1905 comenzó a salir una edición más en Valparaíso. La edición fundadora apareció desde ese día en la mañana, y en su lugar salió **La Tarde del Mercurio.** La tarifa era igual, para esta edición, que la que tenía la matutina, pero la suscripción a ambas ediciones valía veinticinco pesos.

Cuando el 19 del mismo mes y año comenzó a circular la revista "Zig-Zag", hubo necesidad de establecer dos clases de tarifas a fin de que se introdujera más fácil y rápidamente en el público.

Para los suscriptores de cualquiera de los diarios de la Empresa, la suscripción anual a la revista era de seis pesos, y para los no suscriptores, diez.

Con el propósito de fomentar la circulación de todos los diarios de la Empresa, y, en particular, de la revista ilustrada "Zig-Zag", la primera que se publicaba en Chile con el carácter literario y con el aspecto gráfico de sus congéneres europeas, se adoptó el sistema de hacer regalos por medio de sorteos anuales.

El primero de estos obsequios fué un magnífico chalet de varios pisos, edificado especialmente en la Avenida de Pedro de Valdivia, de Santiago.

Las condiciones del sorteo eran: el suscriptor de un diario recibía quince boletos, y diez el de la revista. También tenía derecho al sorteo la persona que compraba números sueltos de "Zig-Zag", a la cual se le daba un boleto por cada siete ejemplares distintos. Para que el suscriptor a diario o revista tuviera derecho a este sorteo, el período de su suscripción debía comprender desde el 1.o de marzo hasta el 26 de noviembre de 1905.

He aquí el acta que se levantó con el resultado de este primer sorteo:

"En Santiago de Chile, a primero de enero de mil novecientos seis, ante los notarios que suscriben y en presencia del representante de la revista "Zig-Zag", don Joaquín Díaz G y el gerente de la Empresa de Avisos Comerciales, señor J. Tadeo Lazo J., y ante un numeroso público, se procedió al sorteo de la Villa Zig-Zag que esta revista obsequia a sus lectores.

"En conformidad al programa formado por la Empresa de Avisos Comerciales y aceptado por el "Zig-Zag", se formaron cuarenta números, los que se pusieron en conocimiento del público. De estos cuarenta números se extrajeron diez, los cuales fueron puestos en una urna especial y retirados uno a uno, quedando el último, que era el que debía obtener el premio, el número sesenta mil setecientos trece que, según los libros respectivos, pertenece a don Eduardo Castillo. Los números sorteados fueron extraídos de la urna por niños llamados al efecto de entre el público. Para constancia, se levanta la presente acta por duplicado y firman ante los notarios los señores ya expresados.— Joaquín Díaz G. — J. Tadeo Lazo J. — C. R. Avalos, notario. — Eduardo Reyes L., notario."

Todo marchaba armónicamente por una senda de progreso periodístico y administrativo admirables y en conformidad al amplísimo plan trazado por los propietarios de la Empresa, cuando sobrevino el terremoto del jueves 16 de agosto de 1906 que destruyó por completo en Valparaíso el barrio del Almendral y causó bastantes perjuicios en el del Puerto.

Por fortuna el edificio de la Imprenta y de la redacción, que es el actual de la calle de la Esmeralda, edificado especialmente para **El Mercurio** en 1900, no sufrió daño de consideración; pero como algunas maquinarias experimentaron desperfectos irreparables por el momento y gran parte del personal obrero desapareció entre las ruinas, el diario no pudo salir como de costumbre hasta el 23 de aquel mes.

Sin embargo, el domingo 19 repartió un suplemento gratuito en un hoja de la mitad del tamaño actual, impresa por un solo lado, en el que se decía: "La primera palabra de "El Mercurio" después de la catástrofe espantosa que ha asolado a la ciudad, es de aliento para sus habitantes y para las autoridades, que han reducido las proporciones del cataclismo a menores proporciones. El momento crítico ha pasado ya. Los terremotos análogos ocurridos en otras ciudades permiten casi asegurar que después del primer momento de violencia en las oscilaciones de la tierra, las posteriores van disminuyendo gradualmente de fuerzas hasta desaparecer del todo en un plazo más o menos largo, pero que no debe causar inquietudes."

Desde ese día hasta el en que reapareció en su forma anterior, estuvo dando gratis uno, dos y tres suplementos diarios a fin de informar al público de la magnitud de la catástrofe y,

más que todo, de las órdenes y disposiciones del gobierno de la República y de las autoridades de la ciudad.

Como este siniestro fué una verdadera desgracia nacional que afligió al mundo entero y llenó de luto a todos los hogares de Chile, daremos a conocer algunos pormenores. Nadie mejor que **El Mercurio** puede pintarlos a la vista de tanta ruina y tanta desgracia. He aquí el breve pero completo cuadro del cataclismo inserto en el suplemento del día 20:

"A las 7.50 P. M. del día 16, hora que quedó marcada en el reloj de nuestra imprenta, que se detuvo instantáneamente, se dejó sentir desde el primer instante el terremoto con horrorosa violencia.

"Los edificios se derrumbaban estrepitosamente, no dando gran parte de ellos tiempo a sus moradores para huir, y a las calles caía una lluvia de trozos de muralla, cornisas, chimeneas, etc. Aquello parecía el fin del mundo.

"Un segundo temblor, tan recio como el primero, vino a aumentar el pánico general y a concluir de desvastar los edificios.

"Cinco minutos después estallaban los incendios y la ciudad, que en ese intervalo había permanecido a obscuras, se hallaba ahora iluminada por un resplandor rojizo.

"Cuando el aturdimiento de los primeros instantes pasó, las autoridades, la policía y el Cuerpo de Bomberos, empezaron a poner un poco de orden, salvar a los heridos que quedaban entre las ruinas y a proceder a la extinción de los incendios.

"Para esto último se tropezó con la falta de agua, pues las cañerías habían reventado en varias partes y tenían una insignificante presión.

"Desde esos primeros momentos se hizo, no obstante, lo que se pudo, que no fué mucho, de tal modo que el fuego ha devorado enormes extensiones edificadas.

"Todos los teatros, es decir, el de la Victoria, el nuevo coliseo que construía el señor Ansaldo, y el Nacional, se derrumbaron.

"Este último también se quemó.

"El Club de Setiembre, la Iglesia de la Merced, los nuevos edificios de los Padres Franceses y de las Monjas del Sagrado Corazón, la Gobernación Marítima, el Círculo Naval, la Intendencia y muchos otros edificios públicos, cuya lista daremos después, fueron destruídos por el terremoto.

"Familias enteras, cuya lista también daremos, perecieron entre los escombros de sus casas. El número de víctimas no puede

aún precisarse, pues queda mucha gente enterrada entre las ruinas, pero en ningún caso bajará de 3,000."

Toda la hoja estaba dedicada a dar cuenta detallada de cuanto había sucedido, y contenía, además, las órdenes de las autoridades para restablecer el orden y distribuir los alimentos.

A causa de esta catástrofe que le afectó en sus intereses, **El Mercurio** se vió obligado a suspender su edición vespertina y a fijar la siguiente tarifa de suscripción que comenzó a regir el 1.o de septiembre de aquel inolvidable año: anual, $ 30; semestral, $ 15; trimestral, $ 7.50, y mensual, por medio de tarjetas, $ 2.50. La tarifa para el extranjero era igual, aunque recargada con el importe del franqueo.

El precio del número suelto, desde el 23 de agosto de 1906, fué de diez centavos.

Durante los meses de septiembre y octubre el diario apareció de cuatro, seis, ocho o diez páginas, hasta que desde el 4 de noviembre volvió a las doce de costumbre.

La tarifa de septiembre duró poco tiempo, pues desde enero del siguiente año se rebajó a $ 25, $ 12.50, $ 6.25 y $ 2.10, respectivamente, y así permaneció con pequeñas variaciones durante trece años.

Pasado aquel nefasto semestre del terremoto, la Empresa volvió a su plan de fomento de la circulación de sus publicaciones por medio de regalos a los lectores. El método que se adoptó fué de sorteos semanales independientes de cada periódico y el "Zig-Zag". En Santiago comenzó el 1.o de enero y en Valparaíso en el siguiente mes. He aquí las bases y condiciones de los regalos:

"Las dueñas de casa podrán optar por máquinas de coser, baterías de cocina, servicio de porcelana y de cristales para mesa, plaqués, muebles, etc.

"Los obreros hallarán en los sorteos de "El Mercurio" herramientas para trabajar en sus diversos oficios, piezas de género blanco, trajes de paño, mantos, vestidos de lana, o el reloj de oro que es el sueño de muchos hombres y obreras, o el catre de bronce que completa un menaje y da mejor aspecto a las habitaciones.

"Aquellos que no puedan pagar el precio de las suscripciones a "El Mercurio", encontrarán como premio, suscripciones a esta publicación y a "Zig-Zag", con lo cual un hogar no tiene necesidad de más en materia de lectura sana, amena y de información.

"Habrá, en fin, sillas inglesas y chilenas de montar y útiles para los diversos juegos de "sport" que tanto se practica entre nosotros.

. . . .

"Habrá tres premios por semana y un número de los sorteos por cada dos diarios, de modo que el suscriptor, o el comprador asiduo del diario, tendrá la seguridad de sacarse algo."

A causa, por una parte, de la depreciación de la moneda que obligaba a pagar en oro los derechos aduaneros de los materiales de imprenta, y, por otra, la subida de sueldos y jornales, por encontrarse el país en crítica situación financiera, la Empresa se vió obligada a suspender los regalos a los lectores de todas sus publicaciones. En Valparaíso se hicieron cuarenta y nueve sorteos. El primero se efectuó el 8 de febrero de 1907 y el último el 11 de diciembre de 1908.

En marzo de 1910 salió la edición de **El Mercurio** en Valdivia, cuya tarifa de suscripción era: $ 18 al año; $ 10 al semestre; $ 5 al trimestre; $ 2 al mes, y $ 0.60 a la semana.

Con motivo de la salida de una segunda edición en Valparaíso en 1915, la tarifa sufrió una pequeña modificación. Cada diario valía $ 25 al año, y los dos $ 40; el semestre $ 14, y los dos $ 20; el trimestre $ 8, y los dos $ 12.

La crisis financiera que imperaba en el mundo en 1919 a consecuencia de la guerra europea, obligó a toda la prensa del país a ponerse de acuerdo para elevar las tarifas de suscripciones y la de avisos.

La primera medida que en diciembre de ese año tomaron los diarios de Valparaíso, fué la de vender el número suelto de los domingos a veinte centavos; mas poco beneficio reportaría ésta porque la edición dominal era generalmente de un número de páginas casi doble a la de los demás días.

Desde 1919 fué elevándose poco a poco la tarifa, hasta que en 1921 se fijó así: al año, una edición, $ 50 y dos ediciones 90; al semestre, una edición, $ 26, y dos, $ 47; y, al trimestre, una edición, $ 14, y dos, $ 25. Desde el 3 de mayo del año anterior el número suelto valía veinte centavos.

Como estas subidas no compensaban, se elevó de nuevo, en 1924, a sesenta pesos anuales.

En enero de 1921 fué variado el carácter de la segunda edición y cambiado su nombre de **El Mercurio** por el de **La Estrella**: mas sus tarifas fueron, con pequeñas diferencias, iguales a las de la edición predecesora. Cinco años después cambió de tamaño,

y entonces los precios de suscripción y de anuncios fueron casi la mitad de los establecidos para la edición matutina.

El 15 de marzo de 1925 se empezó a vender el número dominical de **El Mercurio** a treinta centavos, y desde el 7 de mayo del mismo año este precio fué general para los de todos los días de la semana. **La Estrella** se siguió vendiendo a veinte.

Por último, desde el 1.o de enero de 1926 comenzaron a regir estas tarifas: $ 90 anuales para **El Mercurio** y $ 45 para **La Estrella.**

CAPITULO XI

LA REDACCION DESDE EL AÑO 1885 HASTA EL DE 1902

El primer período de la tercera época redactorial comienza con don Manuel Blanco Cuartin y termina con don Luis Barros Borgoño. — Motivo que impulsó a don Manuel Blanco Cuartin a volver a la redacción. — Los candidatos a la presidencia de la República don José Francisco Vergara y don José Manuel Balmaceda. — La causa de la oposición de "El Mercurio" a la candidatura del señor Balmaceda. — La redacción de don Francisco Pinto y Cruz. — "El Mercurio" elogia con entusiasmo las primeras disposiciones gubernativas del señor Balmaceda. — Breve semblanza de este ilustre estadista. — La redacción de don Augusto Orrego Luco. — Las causas políticas de la revolución del año 1891. — "El Mercurio" no salió durante los ocho meses que duró esta guerra civil. — La redacción de don Máximo Ramón Lira. — La redacción de don Hermógenes Pérez de Arce. — Opiniones de "El Mercurio" sobre los períodos presidenciales de los señores don Jorge Montt y don Federico Errázuriz. — Los cronistas, corresponsales y colaboradores más sobresalientes del primer período de la tercera época.

Damos comienzo a la tercera época redactorial de **El Mercurio** en octubre de 1885, porque en esa fecha comenzó nuestro diario una tenaz campaña de oposición a la política del presidente don Domingo Santa María. Casi todos los presidentes anteriores habían señalado y ayudado, de manera más o menos velada, a sus sucesores en el cargo. El señor Santa María también siguió esa práctica tradicional, y dejó al candidato señor Balmaceda disponer de los elementos oficiales en su favor. Por fortuna, el candidato predilecto del primer mandatario, lo era a la vez de algunos partidos, y, por este motivo, sin duda, no se excitaron los ánimos hasta el extremo de manifestar su protesta de

violenta manera. ¡Por menos motivos se habían levantado antaño en armas algunas fracciones políticas!

Cerca de año y medio hacía que don Manuel Blanco Cuartín se hallaba retirado, por enfermedad, de la redacción principal. Le substituía, desde el 1.o de mayo de 1884, el notable historiador y político don Miguel Luis Amunátegui, quien seguía la misma política redactorial que le había trazado al diario el ilustre periodista que lo había servido desde 1870. Pero de pronto, repentinamente y sin que nadie lo pensara, y como si el anuncio de que el señor Santa María deseaba que le sucediera en el puesto una persona de su particular agrado fuera una clarinada de combate, aquel anciano de sesenta y tres años se levantó del sillón en que sus achaques físicos lo tenían postrado y, como los antiguos guerreros que se rejuvenecían al estruendo de las armas y al tremolar de las oriflamas de guerra, requirió con el ardor de mozo inquieto aquella sus tantas veces temida péñola, que en sus férreas manos era tajante espada; montó en su antiguo caballo de combate, su amado **El Mercurio,** y voló a la lucha con la rapidez de un sagitario y con los bríos de un centauro.

Desde este momento y hasta que triunfó la revolución de 1891, **El Mercurio** fué un paladín que no cesó de batallar con ardimiento; de seguida se hizo mentor de los gobernantes de la nueva situación política, y después inició una campaña, que duró muchos años, contra los defectos del régimen parlamentario.

Esta tercera época, como la anterior, se puede dividir en dos períodos: el en que **El Mercurio** se inspiró absolutamente en el programa espiritual que le inculcó don Agustín Edwards Ross, que comienza con la reanudación del señor Blanco Cuartín y termina con la redacción provisional de don Luis Barros Borgoño, y el que da principio a fines de 1902 con don Carlos Silva Vildósola, durante todo el cual el diario se ha regido por las indicaciones de don Agustín Edwards Mac Clure.

En el segundo período los redactores editorialistas han sido varios a la vez, cada uno de ellos especializado en cuestiones distintas. Algunos de esos redactores han sido y son, al mismo tiempo, directores del diario. En el próximo capítulo nos ocuparemos de ellos.

He aquí la lista de los redactores principales del primer período, que abarca diecisiete años, y de los cuales nos vamos a ocupar en el presente capítulo:

Manuel Blanco Cuartin.—Desde el 13 de octubre de 1885 hasta el 30 de mayo de 1886.

Francisco A. Pinto y Cruz.—Desde el 1.o de junio hasta el 30 de noviembre de 1886.

Augusto Orrego Luco.—Desde el 1.o de diciembre de 1886 hasta el 14 de julio de 1890.

Máximo R. Lira.—Desde el 15 de julio de 1890 hasta el 30 de septiembre de 1892.

Hermógenes Pérez de Arce.—Desde el 1.o de octubre de 1892 hasta el 25 de noviembre de 1895, fecha en que fué nombrado ministro de Hacienda.

Ricardo Montaner Bello.—Desde el 1.o de diciembre de 1895 hasta el 25 de septiembre de 1896.

Hermógenes Pérez de Arce. (Segunda vez).— Desde el 26 de septiembre de 1896 hasta el 36 de agosto de 1902, fecha en que falleció.

Luis Barros Borgoño.—Desde el 20 de abril, en que cayó enfermo el señor Pérez de Arce, hasta el 15 de septiembre de 1902.

El primer período redactorial de la tercera época se inició, pues, el 13 de octubre de 1885 con la vuelta de don Manuel Blanco a su antiguo puesto en el diario. Este redactor había apoyado la candidatura del señor Santa María contra la del general Baquedano por la única razón de que aquel político había demostrado poseer dones de gobernante, mientras que este general era tan sólo un soldado victorioso que no se había ocupado jamás de política y, según su parecer, no podría manejar la complicada maquinaria del Estado con el tino de un estadista experimentado. Don Manuel opinaba que el señor Baquedano no tenía las dobles cualidades que tuvo el general Bulnes, a quien, cuarenta años atrás, se le premió sus buenos servicios de guerra con el sillón presidencial de la República.

Su vuelta a la redacción fué acogida de diversa manera por la prensa. Mientras la adicta al gobierno manifestaba ostensiblemente su disgusto, la opositora se congratulaba porque veía en el señor Blanco Cuartin al formidable paladín que lucharía sin descanso en las próximas elecciones. "La Unión", diario de Valparaíso recientemente fundado, (*) celebraba "muy

(*) "La Unión", único diario político que actualmente comparte con **El Mercurio** el favor del público de Valparaíso, fué fundado en ese mismo año por el partido conservador, y su primer número apareció el

de veras verlo formar de nuevo en las filas de la prensa, donde ha conquistado gloria y renombre". A continuación manifestaba que "su silencio duraba demasiado para los que tienen interés en ver discutidos los negocios públicos con el talento y la ilustración de que él ha dado tan brillantes pruebas en su larga labor de diarista". Por último, se complacía en verlo de nuevo en la brecha "aun cuando hayamos de luchar con él. Hay cierto placer en batirse con adversario de esa talla, placer semejante al de marchar unidos en buena compañía".

Dijimos en el capítulo XVI de la segunda parte de esta historia que quizás su regreso a la redacción obedecería al propósito de combatir al señor Santa María y al candidato presidencial que apoyara éste, y estamos por asegurar que lo fué, sin duda, porque hasta los hechos parecen confirmarlo.

Desde el primer momento comenzó una campaña valiente y tenaz como si estuviera en sus mejores tiempos. Cuando comentó la gran asamblea pública que en Santiago efectuaron, el 1.o de enero de 1886, una parte de los radicales, otra de los liberales independientes y los conservadores todos para ponerse de acuerdo en la designación de un candidato de oposición al oficial, afirmó que "los hermosos discursos pronunciados en esa grandiosa asamblea ocuparán mañana una página del largo proceso que el pueblo de Chile ha iniciado ya contra el gobierno del señor Santa María". Esta reunión dió más tarde por resultado la proclamación de don José Francisco Vergara como candidato rival de don José Manuel Balmaceda, que estaba apoyado por las fracciones políticas adheridas al gobierno. (*)

En uno de esos días apareció en "La Patria", de Valparaíso, un artículo en el que se hacía un paralelo de los dos candidatos. **El Mercurio,** que aprovechaba todas las oportunidades para mos-

---

23 de enero. Su primer redactor fué el notabilísimo periodista don Zorobabel Rodríguez, quien le trazó el programa que aún mantiene. Entre los redactores editorialistas que hasta hoy ha tenido, debemos mencionar a los señores Ramón Sotomayor Valdés, Joaquín Walker Martínez, Agustín Barriga, Joaquín Solar Avaria, Manuel Barros Barros, José Ramón Gutiérrez, Rafael Egaña, Juan Enrique Tocornal, Manuel Foster Recabarren, Wenceslao Vial Solar, Alejandro Silva de la Fuente, Roberto Peragallo, Egidio Poblete E., Ramón Merino Benítez, Rafael Luis Gumucio, Jorge Silva y Luis Cruz Almeida. **El Mercurio** del 24 saludó la aparición de este diario con un hermoso artículo editorial.

(*) El señor Balmaceda fué proclamado oficialmente candidato por la Convención liberal-radical-nacional celebrada en Valparaíso el 17 de enero de aquel mismo año.

trar su desagrado por el candidato gobiernista, decía: "Aún separando las cualidades individuales, que entre ambos personajes son enteramente distintas, la circunstancia en que se hallan los coloca en situación tan diversa y tan ventajosa por parte de la alianza, que sería preciso ser muy ciego para no conocer el abismo que separa a los dos combatientes. El señor Balmaceda, dejando a un lado la parte personal, que no debemos ni podemos tocar, es por la sola condición de deber su candidatura al favor presidencial, una entidad que no puede menos de levantar antipatías y resistencias muy difíciles de apoyar, aún contado, como cuenta el gobierno, con todos los elementos propios para seducir y hacerse obedecer. La idea sola de ser candidato impuesto basta para hacerlo odioso".

Desde principios de enero hasta mediados de junio, estuvo apareciendo diariamente, en la cabecera de la sección editorial, el siguiente cartel: **"Candidato a la presidencia de la República, proclamado por la convención liberal-radical, el señor don JOSE FRANCISCO VERGARA".**

Esta candidatura se hizo muy popular porque el señor Vergara se había mostrado el año anterior, en una sesión del Senado, enemigo de la intromisión electoral del señor Santa María. Aparte del apoyo de la convención política, tenía a su favor a los elementos indiferentes y a las logias masónicas del país, de las que era gran maestre. A pesar de todo eso, tuvo que renunciar su candidatura a fines de mayo, en vista de la manifiesta protección del gobierno a la de don José Manuel Balmaceda. (*)

En esos mismos días se retiró para siempre de la redacción Manuel Blanco Cuartin, aquel atleta de la prensa chilena. Se alejó del estadio del diarismo agotado en sus fuerzas físicas pero nó en las intelectuales. Don Agustín Edwards Ross, propietario de **El Mercurio,** lo jubiló con sueldo entero, del que gozó hasta su fallecimiento, acecido en Santiago el 26 de marzo de 1890.

Esta pérdida causó verdadero pesar en la república de las

(*) Don José Francisco Vergara nació en Talca el año 1834 y murió en Viña del Mar en 1889. Fué ingeniero, militar, estadista y escritor. Dirigió la construcción del ferrocarril de Santiago a Quillota y el túnel de San Pedro; estuvo en la guerra de 1879 con el grado de coronel de guardias nacionales; fué varias veces ministro de estado, y fundó y dirigió algunos diarios de importancia. Entre las obras que escribió, merece citarse la titulada "Cartas Políticas", firmada con el seudónimo de Severo Perpena.

letras de Chile, porque si el señor Blanco Cuartin fué el más grande de los periodistas de su tiempo, también estaba considerado como un literato sobresaliente. (*) Toda la prensa le dedicó extensos artículos en los que se elogiaba su labor periodística y literaria y se enaltecía su personalidad moral. **El Mercurio** enlutó sus páginas y reprodujo cuanto se escribió acerca de su ilustre ex-redactor.

Don Francisco Pinto y Cruz, hijo del ex-presidente don Aníbal, ocupó la redacción en los primeros días de junio. El cambio se notó instantáneamente. El señor Pinto y Cruz, a pesar de contar entonces veintiocho años de edad, no tenía la fogosidad del periodista joven ni de vocación. Se había distinguido ya en el profesorado, la política y la literatura, pero no en el diarismo de combate. Cuando aún era alumno del Instituto Nacional, fué uno de los fundadores y de los presidentes de la Academia Literaria, y fundador también de la Escuela Juan Gutemberg, de la que fué profesor. Sirvió en la administración pública de Lima durante la ocupación militar, y en 1882 fué nombrado profesor del Liceo de Valparaíso. Cuando ingresó en **El Mercurio** era diputado por Concepción desde 1884, secretario de la Cámara de Comercio y profesor de la Escuela Naval.

Seis meses estuvo en la redacción, durante los cuales escribió dos o tres editoriales por semana. Estos eran cortos y de estilo sereno y conciliador. Se ocupó de política gubernativa, y era partidario del señor Balmaceda, como lo fué la mayor parte del país durante el primer tiempo de su período presidencial, según se desprende del siguiente párrafo del editorial del 21 de septiembre de 1886:

(*) Pocas fueron las obras que escribió. Las contínuas tareas del diarismo no le dieron tiempo ni reposo para dedicarse por completo a la literatura. En 1857 publicó en un volumen las poesías que había producido desde 1845. También publicó las leyendas "Blanca de Lerma" y "Mackandal". Más tarde dió a la estampa una interesante "Memoria sobre la historia de la filosofía y de la medicina". Entre los diversos estudios que escribió mientras fué redactor de **El Mercurio,** merecen recordarse los titulados "La poesía francesa y española" y "Lo que queda de Voltaire". Cuando se retiró del diario comenzó a escribir una larga e interesante obra que iba a llevar por título "Memorias de mi tiempo", pero un incendio ocurrido en su casa destruyó todo lo que llevaba escrito. En vista de este incidente, se descorazonó y no tuvo la suficiente fuerza de voluntad para escribirla de nuevo. No cabe duda que esta obra hubiera aportado a la historia de Chile un valioso contingente de noticias curiosas.

"Desde el 18 de setiembre tenemos ya nueva administración y comienza para ella su natural tarea de labor y de sacrificios.

"El nuevo presidente no podrá sino sentirse satisfecho de la favorable acogida que han encontrado sus primeros actos, como de las unánimes y justas esperanzas que se cifran en el ejercicio de su gobierno.

"El ministerio que ha designado para que lo acompañe en su trabajo ha sido ya juzgado con anticipación por la mayoría o casi totalidad de la prensa, y este juicio ha sido igualmente favorable y unánime en proclamar que los nuevos ministros son una prenda de paz y de unión, después de la anarquía política en que se han encontrado últimamente los hombres y los partidos de este país.

"Y efectivamente el señor Balmaceda ha andado feliz en la elección de sus secretarios del despacho y ha comenzado por ejecutar un buen acto de gobierno dejando a su primer ministro toda la necesaria libertad en este encargo de composición ministerial".

A continuación enumeraba los méritos de cada uno de los cinco ministros de estado (*), y terminaba el artículo con este párrafo:

"No sabemos hasta qué punto el porvenir venga a confirmar las expectativas que hace formar la composición del nuevo ministerio; pero, sin contar para nuestro juicio con los actos futuros, hacemos los más sinceros votos por que tan legítimas y halagüeñas esperanzas no sean defraudadas y de este modo escriba el señor Balmaceda las páginas de su historia, legando a la posteridad hechos que lo recuerden como el afianzador de un gobierno parlamentario, escrupuloso y activo".

Las esperanzas de buen gobierno que tenían cifradas los liberales, los nacionales y una buena parte de los radicales que habían apoyado la candidatura oficial estaban bien fundadas porque el señor Balmaceda era el único político que encarnaba entonces todas las ansiedades de reformas políticas, sociales y religiosas por su espíritu ampliamente liberal, conciliador y progresista.

(*) Este primer ministerio del señor Balmaceda, que fué acogido con entusiasmo, lo componían los señores don Eusebio Lillo, Interior; don Joaquín Godoy, Relaciones Exteriores; don Pedro Montt, Justicia, Culto e Instrucción; don Agustín Edwards Ross, Hacienda, y don Evaristo Sánchez Fontecilla, Guerra y Marina.

Había comenzado su carrera política veinte años antes de su elevación a la presidencia, y durante ese lapso se había destacado por su facilidad de palabra en los debates parlamentarios; su apoyo a toda reforma constitucional, y sus dotes de gobernante mientras fué ministro del Interior en la administración del señor Santa María. Además, su esmerada educación, su desahogada posición económica y su elegante figura le atraían las simpatías de todos. Por estas y otras excelencias de su carácter, su triunfo fué acatado por la mayor parte del país. Si **El Mercurio** no lo apoyó, fué únicamente por su condición de candidato oficial, como franca y lealmente lo manifestó en los párrafos que antes hemos transcripto de un editorial del mes de enero. El señor Vergara tuvo la adhesión de nuestro diario porque era candidato independiente y opositor a la política del señor Santa María, y porque también era un político de amplias miras liberales que prometía una éra de progreso como el señor Balmaceda. No ignoraba **El Mercurio** que en aquella época de conquistas de reformas, (*) se necesitaba un gobernante de las condiciones que reunían ambos candidatos. Al retirarse el primero, acató al otro porque su programa no estaba en contradicción al suyo. Bien clara y terminantemente expresó **El Mercurio** las cualidades del presidente que necesitaba Chile en aquella época, en los siguientes párrafos del editorial del 1.o de septiembre de 1886, titulado "El nuevo presidente":

"En conformidad a lo dispuesto por el artículo 67 de la Constitución del Estado, el día 30 de agosto se ha reunido el número competente de miembros del Congreso Nacional, y, verificado el escrutinio respectivo (**), se ha proclamado presidente

---

(*) Durante el período del señor Santa María se estableció que se promulgaría toda reforma que aprobara el Congreso por los dos tercios de sus miembros aunque la hubiera rechazado el presidente de la República; se mermaron ciertas atribuciones a los intendentes y gobernadores; se estableció el sufragio universal para todos los chilenos mayores de veinticinco años; se estableció la ley de cementerios laicos a fin de que en ellos pudieran sepultarse los restos de individuos de cualquiera religión; se promulgaron las leyes del matrimonio civil y del registro civil. En ese quinquenio se discutió largamente la antigua cuestión de la separación de la Iglesia y el Estado, pero no se llegó a un acuerdo definitivo.

(**) El señor Balmaceda obtuvo 324 votos y el señor Vergara 6, todos de la provincia de Atacama, la única que no se avino a la renuncia de este candidato.

de la república para el próximo período constitucional a don José Manuel Balmaceda. . . . .

"A este acto han concurrido todos los partidos, afectos y no afectos al actual gobierno y a los antecedentes que han dado lugar al suceso consumado el 30 de agosto; pero al proceder así han dado una alta prueba de civismo y de respeto a la ley postergando al cumplimiento de este importante deber toda consideración o interés político, puesto que en ello, como se ha dicho muy bien, está basada la autoridad, la fuerza y el prestigio de todo partido político. . . . .

"Tenemos, pues, nuevo rey, y en dieciocho días más el señor Balmaceda habrá terciado sobre su pecho la banda presidencial.

"Perfectamente clara es la ruta que el porvenir y los votos de los buenos chilenos señalan al señor Balmaceda, y si tanto ha ambicionado el alto puesto a que hoy llega, nada será más lógico que justificar esa ambición con un buen gobierno, con un gobierno que sea del pueblo y para el pueblo, consiguiendo todavía con tal obra un doble objeto, cual será tejer el velo que ha de ocultar un pasado de recriminaciones y odiosas querellas.

"El anhelo de todos los corazones, expresados por todos los labios en la hora presente, es que el futuro gobierno sea gobierno de reacción contra el orden de cosas que terminará el 18 de septiembre, y el señor Balmaceda, como hombre de inteligencia y de experiencia, habrá de comprender que el prestigio de su nombre dependerá totalmente del cambio de rumbo que todos piden. . . . .

"Sube el señor Balmaceda, como todo gobierno nuevo, en una hora de expectativa y de tregua abierta a las luchas políticas; pero, como ninguno de sus antecesores, tiene él perfectamente indicado el camino que le conviene seguir.

"Correspondería el nuevo presidente a estas justas exigencias del país haciendo gobierno parlamentario, de constante respeto a la ley y deferencia a la opinión; gobierno escrupuloso en el manejo y debida inversión de los fondos públicos y justo y sabio en la constitución del personal administrativo; gobierno que reciba sus inspiraciones y determine sus actos en el consejo de los ciudadanos más honorables, ilustrados y mejores, y que más garantía ofrezcan de no buscar con su conducta su interés personal y mezquino. . . . .

"Esta es la clase de gobierno que se quiere, es decir, una an-

títesis del gobierno personal y de camarilla, en que el jefe de la nación es el árbitro y el dueño caprichoso de los destinos de un pueblo, pero concluyendo también por ser el objeto más odiado al corazón del país que explota y tiraniza.

... ...

"El presidente de la república es el primer servidor de la nación, y en tal carácter no le es lícito hacer el papel de amo, cuando su misión consiste en obedecer a su mandante y servir honradamente la gerencia de los intereses que éste le confía.

"En la fiel e inteligente observancia de este encargo está fundado el prestigio y la fortuna del primer mandatario de la república, y todo acto que no se acomode a este orden de procedimiento tiene que importar un perjuicio al nombre de aquel que mal sirve.

"Puede estar cierto el señor Balmaceda que en esta obra lo acompañará la adhesión de todos los hombres interesados en el bien del país, labrando así la unión de las filas liberales, rotas hoy por la anarquía y por la fuerza de un orden político defectuoso, y preparando días de paz y de fructífera labor para el país.

... ...

"Confíamos en que el nuevo presidente apreciará la significación de estos hechos y querrá para su nombre mejor fortuna y para el país mejor ventura.

"La hora de prueba se acerca y para ella reservamos nuestros primeros juicios".

Hemos trascripto la mayor parte de ese largo editorial porque en él está precisamente la razón que asistió a **El Mercurio** para combatir la política dictatorial que adoptó el señor Balmaceda en las postrimerías de su período. En ese artículos está trazada la línea de conducta que el pueblo deseaba que siguiera el nuevo presidente dadas las facultades que había conquistado el Congreso Nacional y las restricciones que en las suyas había sufrido hasta entonces el poder del primer mandatario. El señor Balmaceda la siguió en un principio con un noble espíritu de conciliación porque quería unir en un solo grupo a todos los partidos de tendencias liberales para que quedara únicamente el conservador en la oposición y así marchar de acuerdo con una gran mayoría parlamentaria. Y dió comienzo a sus anhelos de concordia llamando a varios de los hombres más notables de la oposición liberal a formar parte de sus primeros ministerios.

En sus deseos de estar en paz con todos para desarrollar su programa progresista de gobernante reformador de que había dado tantas pruebas durante el tiempo en que fué ministro, llegó hasta el término de transigir, para hacerse grato a los conservadores, cuando se tuvieron que solucionar algunas de las muchas cuestiones religiosas planteadas en tiempo del señor Santa María, en particular la de la provisión del arzobispado en favor de don Mariano Casanova.

Pero sus intentos de conciliar a la familia liberal fueron inútiles, porque cada partido, dividido en varias fracciones que habían olvidado el credo político fundamental, luchaban por intereses particulares. En este estado anárquico era imposible la duración de los ministerios. El primero que formó y del cual mereció la aprobación de **El Mercurio** y el aplauso de todo el país, como se ha visto por los párrafos copiados del artículo del 21 de septiembre, se mantuvo únicamente dos meses; el que le siguió tampoco duró mucho tiempo, y después se convirtió en costumbre la crisis ministerial aún en períodos más cortos.

Al iniciarse ese desconcierto político tomó don Augusto Orrego Luco el cargo de redactor principal de **El Mercurio.** Es probable que sea suyo el editorial del 1.o de diciembre de 1886, en el que se da cuenta de la caída del primer ministerio balmacedista y de la formación del segundo, en aquellos días. De los cinco ministros del primero, únicamente el de Hacienda permaneció en su puesto, debido a circunstancias especiales que le hacían insustituíble. (*)

El nuevo redactor era una gran personalidad en el diarismo y en la política, y gozaba de mucho prestigio como hombre de ciencia. Había pasado entonces de los treinta y ocho años de edad y estaba en la plenitud de su claro talento. Desde muy joven (1865), cuando aún era alumno del Instituto Nacional, comenzó a demostrar sus cualidades de escritor con algunas colaboraciones literarias en las revistas "El Lincoln" y "El Farol", y cuando aún le faltaban cinco años para doctorarse en medicina

---

(*) "La continuación del señor Edwards al frente de la grande y delicada labor del Ministerio de Hacienda, decía **El Mercurio** de esa fecha en su sección de Santiago, es uno de los más justos motivos de complacencia para la composición del nuevo ministerio. Los aciertos de este funcionario en el breve tiempo que ha sido ministro, sobre todo la feliz contratación del nuevo empréstito internacional con la casa Rothschild, que él ha llevado a efecto, imponían su permanencia en el ministerio de Hacienda para dejar satisfecha a la opinión pública."

ingresó en el cuerpo de redactores de "La Patria", de Valparaíso, el año 1868. Después fué, sucesivamente, colaborador unas veces y redactor otras, de "El Ferrocarril", "Revista de Santiago", "La Revista Chilena", "El Nuevo Ferrocarril" y otros periódicos y diarios de importancia. Pero en donde demostró mayor brillo y grande actividad diarística fué en "La Epoca", de Santiago, propiedad de don Agustín Edwards Ross, y del cual fué don Augusto redactor principal bastante tiempo. Ese diario sobresalió por su carácter literario. En él se agruparon muchos jóvenes de talento que fueron preparando la evolución espiritual chilena que más tarde, en 1895, se declaró triunfante con la obra poética de Pedro Antonio González.

En ese gran diario publicó el señor Orrego Luco notables artículos acerca de la reforma constitucional, tema que estaba de moda, e interesantes estudios y semblanzas de políticos y literatos sobresalientes, tales como José Ignacio Zenteno, Federico Errázuriz Echaurren, José Manuel Balmaceda, Miguel Luis Amunátegui, Domingo Faustino Sarmiento y otros, los cuales fueron recopilados en un libro.

En el lapso de veinte años de escritor había dado a luz bastantes obras científicas, literarias y políticas que le crearon reputación.

También como político su carrera era brillantísima en la fecha en que ingresó en **El Mercurio.** "En 1876 lo vemos ocupar un asiento en la Cámara de Diputados como diputado suplente por Santiago; en 1879 figura como diputado por Constitución; en 1881 fué electo diputado al Congreso por el departamento de Lontué, y más tarde, en dos períodos sucesivos, representante de Cauquenes y Quillota. — En 1886 fué elegido presidente de la Cámara de Diputados, puesto que ocupó durante los años 87 y parte del 88, hasta su ruptura con don José Manuel Balmaceda". (*)

Tres años y medio estuvo el señor Orrego Luco en la redacción principal de nuestro diario, pero su labor en ella fué escasa debido, principalmente, a las muchas obligaciones que le imponían sus cargos políticos en esa época. Durante más de un año de su período redactorial aparecieron escritos suyos sobre instrucción pública y otros tópicos de interés general, sobresa-

---

(*) De "Galería Contemporánea de Hombres Notables de Chile (1850-1901)", por Enrique Amador Fuenzalida.

liendo el número de los dedicados a la política gubernativa y de partido; pero desde mediado el año 1887 comenzaron a ser cada vez más escasos esos artículos. De vez en cuando aparecían en la sección editorial semblanzas de hombres ilustres, tal o cual juicio científico o literario y algún que otro comentario de sucesos internacionales, y raras fueron las ocasiones en que se trató en **El Mercurio** la política nacional; únicamente se ocupaba de esta materia, pero no con la seriedad propia de artículo de fondo, en la antigua sección denominada "Cartas de Santiago", que por esa época la escribía don Pedro Nolasco Préndez con el seudónimo de "Nelusco".

Tal carencia se hizo más visible en 1888. Desde mediados de ese año se fué profundizando la discrepancia entre la mayoría del Congreso y el presidente de la República, la que había de traer el rompimiento completo de ambas entidades y luego la revolución de 1891.

El primer asomo de esa divergencia se manifestó públicamente a fines de agosto de aquel año con motivo de la disolución de la alianza liberal. He aquí cómo explicaba "Nelusco" este acontecimiento en su carta del 3 de septiembre:

"El ministerio, después de declarar terminantemente que exigía de sus amigos una adhesión incondicional y absoluta, manifestó que se creía desligado de todo vínculo o compromiso político con una considerable fracción del partido liberal, (*) con aquella misma que en horas nunca olvidadas contribuyó eficazmente a salvar el orden amenazado junto con la estabilidad de nuestras instituciones y el respeto a las leyes.

"Roto quedó desde aquel momento, a virtud de esa declaración hecha **ex-cátedra** por el ministerio, el programa de unificación del partido liberal, que en época no lejana formaba parte de los más vivos y entusiastas anhelos del actual jefe del Estado.

"Ya sabemos que el gabinete exige adhesiones incondicionales y completas para ser miembro de **su** partido liberal; que por lo tanto no habrán de formar en esas filas cuantos estén dispuestos a mantener dentro del servicio honrado y leal a sus convicciones, la independencia necesaria para juzgar los actos y la conducta de los directores de la política dominante.

(*) El partido Nacional, al cual pertenecía don Agustín Edwards Ross, senador por Valparaíso.

"Hombres de convicciones y de patriotismo, los escomulgados de hoy han hecho de su parte lo posible por conservar la antigua alianza liberal a la que entraron con decisión y sirvieron con entusiasmo en más de una jornada.

"Rota la alianza, sabrán conservar siempre sus invariables tradiciones de rectitud y de entereza, afrontando la crisis, de donde quiera que venga con elevado espíritu, con sereno criterio, con altiva tranquilidad.

"Sobre todas las guerras civiles de los partidos en que las pasiones de unos pocos sirven de elemento explosivo, los liberales de la antigua mayoría buscaron siempre los verdaderos intereses del país.

"Si sus adversarios no han sido bastante diestros para encaminar el liberalismo por la vía ancha y decorosa de la unión entre todos sus miembros; si el ministerio se ha afiliado de preferencia con los que ayer no más hicieron temeraria guerra al grueso de las fuerzas liberales; si busca su apoyo en los disidentes empecinados de la última elección presidencial, el partido que hoy queda alejado del gobierno hará como antes su camino de labor y de trabajo para servir siempre los intereses de la patria."

Ese lamentable suceso fué comentado en este mismo día en un corto editorial titulado "Por qué lo deploramos", en el que se manifestaba con serenidad y razonamientos que ese divorcio era "el signo inequívoco de un triste retroceso, de una dolorosa caída en el pasado", y "la prueba terminante y clara de que volvemos a caer bajo el imperio de la organización personal de los partidos".

Este artículo terminaba diciendo:

"Hombres de estado que tratan en esta forma poco discreta, en medio de arranques oratorios, uno de los más graves negocios de gobierno, se colocan en una situación en que es legítimo sospechar de la tranquilidad de su criterio y de la claridad de sus vistas políticas.

"Y una mayoría que acoge esas declaraciones sin discusión y sin examen, deja sospechar que móviles apasionados o deplorables complacencias sirven de guía a su política.

"En todo caso, esa forma en el procedimiento está revelando que no hay arriba ni abajo hombres que pongan un intervalo de reflexión entre sus pasiones e intereses y los actos más graves de su vida".

Y en esta misma fecha fué cuando **El Mercurio**, que estaba del lado del partido nacional, del partido arbitrariamente expulsado de la alianza liberal por un ministerio, abrió una campaña contra la encubierta política absorvente y los conatos dictatoriales del presidente de la República. Pero esta oposición se hizo lenta y parcamente cada vez que la ocasión era propicia. Hasta enero de 1889 no trató de política. Con motivo de una crisis ministerial, de las muchas que habían ocurrido desde que comenzó el período balmacedista, decía editorialmente el 22 de ese mes que se acababa de presenciar "un singular espectáculo en nuestro mundo político, y casi podríamos decir que asistimos a una profunda y rápida transformación de nuestro sistema de gobierno, que del régimen parlamentario va pasando al régimen presidencial".

Dos meses después, a causa de que "los amigos del gobierno abandonaban sus asientos (del municipio de Santiago) para imposibilitar todo trabajo porque no pueden vencer las honradas resistencias del alcalde", manifestaba que "Tocamos ya al fondo de una situación política que se ha ido desarrollando lentamente y que como caracteres más perceptibles presentaba una omnipotencia presidencial que tocaba los límites de una verdadera dictadura, y una impotencia de los partidos que parecían haber llegado a ese período de disolución estrema en que todas las combinaciones son posibles, en que desaparecen para las alianzas más monstruosas, las resistencias del pudor y hasta las repugnancias del instinto. . . . .

"Esa omnipotencia de la dictadura y esa impotencia de los partidos es lo que el país ha estado viendo desarrollarse en el escenario político durante el curso de los últimos meses.

"A pesar de la esfera enorme que deja la ley a la acción del poder ejecutivo; a pesar de la exorbitancia de las facultades que la carta fundamental ha puesto en manos del jefe del Estado, el poder presidencial se desbordaba y salía fuera de los inmensos dominios de la Constitución y de la ley".

La situación política se iba agravando de día en día; pero **El Mercurio** continuaba su prudente conducta de tratar de ella de tarde en tarde y sólo cuando el caso era de importancia. Con motivo de la formación, en 1890, de la nueva alianza liberal para designar candidato a la presidencia de la República, decía editorialmente el 29 de enero: . . . .

"A estas horas se encuentra ya clara y netamente demarcada la línea divisoria de nuestro rumbo político.

"Las agrupaciones, y hasta las personalidades aisladas, han tomado ya una actitud definitiva, que las circunstancias y el desarrollo de los sucesos sólo podrán acentuar con más viveza.

"Al rededor del nuevo ministerio sólo encontramos el grupo netamente presidencial y los elementos oficiales. Nada más que eso; nada más que ese lastre que se inclina ciega y fatalmente en el sentido de la voluntad presidencial.

"Prescindiendo de ese grupo, el país entero se levanta y entra en lucha para combatir con todas las armas que tiene entre sus manos la tentativa audaz y deplorable que encarna el gabinete en el poder.

"Sólo hay un pequeño grupo conservador que mira con cierta frialdad la situación, y un pequeño grupo ultramontano que quema incienso a los ídolos del día y sobre el cual pesa la perturbadora influencia del patronato, que con sus grandes y deslumbradoras esperanzas gobierna entre nosotros las relaciones de la Iglesia y el Estado.

"La actitud de ese grupo conservador que mira con relativa frialdad el desarrollo que han tomado los sucesos, obedece en parte al cálculo político y en parte también a esa ley del cansancio que domina inevitablemente a los partidos que durante largos años han luchado lejos del poder y en cuyo horizonte asoma una inesperada y vaga perspectiva de fortuna".

Mientras tanto, las grandes reformas materiales y espirituales que se habían iniciado desde el comienzo del período del ilustre estadista, seguían su curso, a pesar de las grandes marejadas que continuamente sobrevenían de la lucha entre los partidos y el poder presidencial, **El Mercurio** reconoció en más de una ocasión los progresos que rápidamente conquistaba el país; pero combatía la política dictatorial del primer mandatario porque ella estaba en pugna con el espíritu de las facultades que a éste le concedía la Constitución. En realidad de verdad, el señor Balmaceda fué víctima de la anarquía de los partidos. En un principio quiso unirlos para formar dos agrupaciones parlamentarias, y a punto estuvo de conseguirlo, pero el egoísmo de los bandos fué un obstáculo insuperable a sus laudables propósitos. En vista de su impotencia, pero deseoso de contar con una mayoría adicta a fin de desarrollar tranquilamente su programa progresista, cayó también en el pecado de intervenir en las elec-

ciones y llegó también a señalar al que había de sucederle en el sillón. Pero así como el señor Santa María logró formar una mayoría parlamentaria que lo apoyó en todo momento, el señor Balmaceda únicamente tuvo a su lado una insignificante minoría de liberales y conservadores tránsfugas.

Uno de los primeros conflictos graves que sobrevinieron de esta pugna fué aquel en que el Congreso le negó al Presidente la autorización para cobrar las contribuciones, a causa de haber designado éste un ministerio de su exclusivo gusto, presidido por don Enrique Salvador Sanfuentes, presunto candidato oficial a la presidencia de la República.

Y vino el mes de julio de 1890 en que, no ya el parlamento y la prensa toda estaban en contra del señor Balmaceda, sino una gran parte del pueblo chileno, cuya representación tomó la ciudad de Santiago en el gran mitin que se efectuó el 13 de ese mes con el objeto de pedirle al primer mandatario de la nación que arreglara en cualquiera forma la divergencia que existía entre él y las cámaras legisladoras. Entre los conceptos que constaban en las conclusiones de esa asamblea popular, había éste que los resumía todos: "Producido el conflicto entre el Congreso y el ministerio que ha tomado las proporciones que conocéis, sólo un camino se presenta abierto para volver a nuestra sólida y bien cimentada paz pública. Y ese camino está en vuestras manos, excelentísimo señor, porque la Constitución os ha colocado en el puesto de un sereno moderador de los choques que produce la contienda de opiniones en la inevitable lucha de los partidos".

Como nuestro único objeto, al copiar lo que se ha leído sobre la política del señor Balmaceda, ha sido el mostrar las causas principales de la revolución de 1891 y no el de historiar ese memorable suceso — que trajo consigo el establecimiento de un pleno régimen parlamentario — para justificar la actitud que **El Mercurio** adoptó frente a los conatos dictatoriales del primer mandatario, y de los que tan enemigo se declaró durante el segundo período presidencial de don Manuel Montt y todo el de don Domingo Santa María, daremos fin a esta breve recopilación de datos con la transcripción de algunas partes de la respuesta verbal que el señor Balmaceda dió a la comisión que le presentó las conclusiones del mitin:

"Elegido presidente, llamé a todos los círculos liberales al ejercicio del poder y me propuse observar una conducta de cons-

tante y respetuosa deferencia al partido conservador. Sólo quería quietud, mucho trabajo y el bienestar de todos mis conciudadanos.

"Después de tres años de gobierno con los círculos políticos parlamentarios, se produjo en enero último la ruptura de la alianza liberal por actos públicos y extraños a mi voluntad.

"Formé entonces el convencimiento de que la unión y la estabilidad del gobierno es imposible con los numerosos círculos en que está dividido una gran parte del Congreso; organicé un ministerio de liberales en enero y a fines de mayo se reorganizó bajo la base de la eliminación absoluta e irrevocable de la que se creía candidatura oficial.

"El ministerio así organizado fué recibido en el congreso con una censura previa y fué condenado antes de ser oído. Poco después la cámara de diputados acordó el aplazamiento del cobro de las contribuciones mientras el presidente de la república no nombrase un ministerio de la confianza del congreso. El senado acordó también en los mismos términos diferir el estudio de los presupuestos.

"Me encuentro, señores, bajo la influencia de una amenaza y de una presión efectiva por el aplazamiento del cobro de las contribuciones.

"Pensad, señores, que soy chileno y que derivo mi mandato no del Congreso sino del pueblo; soy el jefe del gobierno en el interior y representante de la dignidad y del prestigio de Chile en el exterior. En este puesto soy más que un individuo, porque soy representante de uno de los poderes fundamentales del Estado. No puedo abatir mi autoridad ni desplegarla en el ejercicio de mis atribuciones constitucionales y exclusivamente propias ante el poder legislativo tratándose de la elección de mis secretarios de confianza, y asumiendo la responsabilidad de mis propios actos."

A los dos días comentó **El Mercurio** las manifestaciones del señor Balmaceda, demostrando que sus deseos de unificar al partido liberal habían sido siempre "un eterno pretexto de sus cábalas políticas".

"Como una prueba irrecusable de nuestras aserciones, agregaba, nos bastará recordar que sólo han habido dos ministerios de unificación del partido: el ministerio Zañartu y el ministerio de octubre; que los dos que han sido impuestos al presidente de la República, han vivido defendiéndose de sus constantes acechanzas, y que el último ha sido disuelto por la exclusiva voluntad pre-

sidencial. El partido liberal unificado estaría todavía en el gobierno en contra de la voluntad del presidente de la República si no lo hubiera hecho pedazos con sus propias manos para disolver el ministerio de octubre".

Es muy probable que este comentario lo escribiera el notable periodista don Máximo Ramón Lira, quien se hizo cargo de la redacción principal el 15 de julio, y que ya pertenecía al diario desde principios de ese año.

El señor Balmaceda cedió al fin y formó un gabinete de conciliación a gusto de la mayoría; pero poco después renunció éste y fué substituído por otro compuesto de miembros de la minoría en época en que estaba clausurado el Congreso. Como es natural, esta actitud irritó a la oposición; mas como si esto fuera poco para conquistarse la absoluta enemistad de ella, el 1.o de enero de 1891 el presidente lanzó al país un manifiesto para historiar las desavenencias entre él y el parlamento; demostrar, apoyándose en algunos artículos de la Constitución, la razón que le asistía para no someterse a él, y para declarar, por último, que como la ley de presupuestos de aquel año no había sido despachada por el Congreso, cuya "actitud, decía, corresponde al propósito deliberado de no aprobar las leyes constitucionales sino cuando la coalición hubiere triunfado sobre el poder del ejecutivo", él, por sí solo, declaraba vigente para 1891 la misma ley de presupuestos que había regido en el año anterior.

La prensa del día 2 se levantó airada. "El Independiente", "La Epoca" y "La Ley Electoral", de Santiago, "La Patria" y "La Unión", de Valparaíso, "El Sur", de Concepción, y otros diarios importantes de provincias, estuvieron unánimemente de acuerdo en declarar que el presidente Balmaceda iniciaba en ese día "un gobierno sin ley y contra la Constitución del Estado".

El Mercurio del día 3 comentó el manifiesto, rebatiendo, especialmente, todos aquellos puntos históricos que se referían a la unificación del partido liberal, para declarar, en conclusión, "que la causa única del conflicto de poderes que ha concluído con el gobierno constitucional es la perseverancia del señor Balmaceda en propósitos de intervención y su empeño por sacar triunfante la candidatura presidencial de su favorito".

Nuestro diario no volvió a ocuparse editorialmente del asunto hasta el día 7 en que comentó con extensión las facultades potestativas del presidente de la República haciendo razonadas

exégesis de los artículos de la Constitución en que el señor Balmaceda había apoyado su actitud hostil al parlamento.

En la mañana de ese día se declaraba la revolución.

He aquí los párrafos preliminares del artículo en que **El Mercurio** daba cuenta de tan memorable acontecimiento:

EL CONGRESO ANTE LA DICTADURA

La armada nacional apoya al Congreso. — La primera jornada. —Principia el castigo. — Vital importancia del movimiento. — Indecible entusiasmo.

"El sol del 7 de enero ha dado a Valparaíso la más grata nueva que podía esperar el impaciente patriotismo del pueblo chileno: solamente una semana ha vivido tranquila la vergonzosa dictadura que nos deshonraba y ya comienza el castigo de los que, atropellando la Constitución, pretendían violar nuestras garantías y pisotear nuestros derechos de pueblo libre.

"El primer paso, pero paso decisivo, lo ha dado la armada nacional, orgullo de Chile y esperanza de la patria. A ella ha cabido el honor de iniciar el movimiento que debe devolvernos cuanto el usurpador nos ha arrebatado. ¡Gloria a nuestros marinos!"

A continuación enumeraba los buques de guerra que se habían sublevado; la elección del comandante en jefe de todos ellos hecha por la delegación del Congreso, y terminaba copiando la nota de los representantes parlamentarios al país y el oficio en que el capitán de navío don Jorge Montt aceptaba el cargo de comandante en jefe de la escuadra sublevada.

El Mercurio dejó de salir desde el día 8 de enero de 1891 hasta el 31 de agosto del mismo año, ambas fechas inclusives, aunque el 28 de ese último mes publicó un suplemento anunciando el triunfo de la revolución.

El nuevo redactor era un laborioso y atildado diarista que contaba a la sazón cuarenta y cinco años de edad y que llevaba más de veintitrés de vida literaria. Nos referimos a don Máximo Ramón Lira.

En sus comienzos perteneció al partido conservador, y fué redactor durante mucho tiempo del diario "El Independiente".

Cuando ingresó en **El Mercurio**, la lista de sus obras era larga. Había escrito y publicado, entre otras de carácter literario, político y religioso, las novelas "Magdalena" y "Espuma de

mar"; los folletos "La religión y la política", "La comuna y sus enseñanzas", "Los jesuítas y sus doctrinas" y "Los teatros argentinos", y había traducido del francés las novelas "Pobre y plebeya", de Luis Veuillet; "La vuelta al mundo en ochenta días", de Julio Verne, y "El Araucano", de Gustavo Aymard.

Su hoja de servicios políticos y diplomáticos también era importante. Había sido secretario de la embajada chilena en Bolivia y representante diplomático en Buenos Aires; diputado, varias veces; secretario del general don Manuel Baquedano durante la guerra del Pacífico; oficial mayor del ministerio del Interior en 1884, año en que ingresó en el partido liberal, cuyo credo político defendió en los diarios "La Epoca", "Los Debates" y "La Tribuna"; secretario de la Cámara de Diputados en 1889, y se adhirió al bando opositor del presidente Balmaceda.

Su labor en el diario fué muy activa y variada. Su estilo era sencillo y sumamente correcto. Era un verdadero periodista que sabía tratar cualquiera cuestión con claridad y precisión sin los arrequives literarios propios del libro artístico. Durante los primeros meses de ocupar el cargo, el señor Lira se dedicó a combatir la política del señor Balmaceda, y desde el triunfo de la revolución hasta el momento en que dejó el puesto, se consagró a apoyar el nuevo estado de cosas.

En el mes de septiembre de 1892 fué nombrado por "el gobierno, con aprobación unánime del Senado, enviado extraordinario y ministro plenipotenciario en el Brasil". El 5 del mes siguiente se embarcó en Valparaíso para su importante destino. En la gacetilla de crónica que le dedicó **El Mercurio** en ese día, se decía que "avezado en las cuestiones de nuestra alta política, conocedor profundo del país y de la política general americana, será en la República del Brasil un agente grato y celoso custodio de las cordiales relaciones que ligan a Chile con todas las Repúblicas de la América del Sur".

El 1.o del mes de su partida, ocupó el cargo de redactor principal don Hermógenes Pérez de Arce, quien desde noviembre del año anterior desempeñaba el puesto de corresponsal político del diario en Santiago. (*)

Entonces fué cuando la sección editorial, que desde los buenos tiempos de don Manuel Blanco Cuartin no se había

(*) De este ilustre estadista y escritor hemos hecho ya una breve semblanza en el capítulo II de esta parte de la historia del diario. Aquí nos ocuparemos únicamente de su labor periodística.

visto asíduamente con artículos sobre cuestiones de verdadero interés general, comenzó a aparecer todos los días nutrida de concienzudos estudios financieros, económicos, sociales, políticos y legislativos, muchos de los cuales sirvieron de orientación a los hombres de estado. Desde esa fecha hasta fines de noviembre de 1895, no hubo suceso, cuestión o asunto de actualidad que no fuera comentado editorialmente con verdadero conocimientos de las materias puestas a examen. Se trató de la reorganización del ejército, de la enseñanza y de la administración públicas; de industrias tan importantes y de tanto porvenir como la salitrera. la minera y la agrícola; se estudiaron materias, de suyo delicadas, como la conversión metálica, la reglamentación bancaria, el empréstito externo, las relaciones diplomáticas y de crédito financiero y económico en el exterior, y de varias cuestiones internacionales con los países vecinos; y jamás faltaron los claros juicios sobre las cuestiones jurídicas y legislativas que se discutían en el parlamento. Algunos de estos estudios, tales como el titulado "Nuestras relaciones exteriores y su sentido político y financiero", que ocupó cinco largos artículos, y otros sobre problemas económicos, son verdaderos tratados que fueron recopilados en un volumen.

El Mercurio estaba recobrando su antiguo prestigio de mentor con este enciclopédico e incansable editorialista, cuando a mediados de octubre de 1895 sobrevino una crisis ministerial que duró treinta y cinco días, durante los cuales cuatro prestigiosos políticos, entre ellos el presidente de la Cámara de Diputados, fracasaron en la gestión de formar un gabinete a gusto de los grupos de la mayoría. En vista de esta discordancia parlamentaria, el presidente don Jorge Montt tomó a su cargo, por primera vez durante su período, la tarea de formarlo. "La acción del presidente de la República, decía **El Mercurio** en esta ocasión, ha entrado a llenar el vacío que se siente en el gobierno parlamentario a causa del desconcierto entre los grupos de la mayoría del Congreso y no para contradecirla ni violentarla, sino para suplir su acción mientras carece de una vitalidad metódica y bien ordenada que le permita constituir un gabinete con el acuerdo de todos sus grupos."

Este ministerio, que sirvió al señor Montt hasta la terminación de su período presidencial, se componía de los señores don Osvaldo Rengifo, don Adolfo Guerrero, don Gaspar Toro, don Luis Barros Borgoño, don Elías Fernández Albano y don

Hermógenes Pérez de Arce. Este, como era natural, dados sus grandes conocimientos sobre administración pública, tomó la cartera de Hacienda.

Desde el momento en que don Hermógenes se hizo cargo de su puesto ministerial, que fué el 25 de noviembre, dejó de escribir para el periódico, como así lo declaró **El Mercurio** en una gacetilla de crónica local del 14 de diciembre.

Le substituyó en la redacción, con carácter provisional, un joven literato llamado don Ricardo Montaner Bello, quien se había dado a conocer en un certamen efectuado en 1888 con una hermosa composición poética denominada "Canto a los Mecenas de Chile", que obtuvo el primer premio. Había sido cronista del diario "La Tribuna", de Santiago, y colaborador del periódico literario la "Revista del Progreso". Tomó parte activa en la campaña militar de la revolución, en el bando constitucional, con el grado de capitán.

Durante los diez meses que el señor Montaner Bello estuvo al frente de la redacción, únicamente se ocupó de política en artículos breves que aparecían cada tres o cuatro días. En este período se efectuó la elección presidencial, en la que resultó triunfante don Federico Errázuriz Echaurren. Durante la lucha electoral, que fué muy reñida porque entraron en ella todos los partidos agrupados en dos alianzas de iguales fuerzas cada una, la liberal-conservadora y la liberal-democrática, **El Mercurio** se mantuvo independiente. El primer grupo tenía por candidato a don Federico Errázuriz y el segundo a don Vicente Reyes. (*)

He aquí la opinión que a nuestro diario mereció el período presidencial del almirante don Jorge Montt:

"La acción del gobierno del Excmo. señor Montt sobre los partidos políticos, ha sido, sin embargo, bajo cierto punto de vista, de aproximación y de labor común de todos ellos. Exaltado al poder en los días que siguieron a la más grande de nuestras guerras civiles, su gobierno comenzó con el concurso de todos los partidos, puesto que todos también habían contribuído a su elevación al poder, concurso que, en realidad, no le ha faltado durante su período. Salvo la oposición de la fracción del

(*) El primer candidato obtuvo 143 votos y el segundo 139; pero como hubieron algunas reclamaciones que, atendidas o eliminadas, hubiera resultado quizás empate, el Congreso acordó proclamar presidente al que alcanzara mayoría en votación parlamentaria, y resultó favorecido el señor Errázuriz con 62 contra 60 del señor Reyes.

partido liberal adicta al gobierno anterior, no ha tenido otro partido al frente de una oposición sistemática. Todos ellos concibieron la patriótica idea de no obstruir ni entorpecer la acción de un gobierno que, desde el primer día, tenía que ser un gobierno que se dedicara exclusivamente a la tarea de reconstituir y de vigorizar el país después de la profunda conmoción que acababa de sacudirlo y de debilitarlo. En otras circunstancias y dada la situación política que apuntamos, el período de gobierno del señor Montt hubiera sido un período brillante y de mucha aura popular; pero el Excmo. señor Montt no ha tenido a su favor ni los tiempos, ni las circunstancias, ni los medios.

"Su administración, por consiguiente, no ha sido una administración de brillo, sino de labor, y de labor incansable y continua. Año por año ha tenido que ir dando solución a situaciones y problemas premiosos, que se rozan con la vida, el desarrollo y el bienestar de la nación, y que no permitían mayores dilaciones de tiempo."

A continuación hacía referencias a las nuevas leyes que se habían dictado; a las medidas adoptadas para reorganizar la situación económica; al estado en que se encontraba la deuda externa; a la protección que se le estaba dando a las industrias nacionales; a la creación y organización de la guardia nacional, etc., etc., y terminaba manifestando:

"En el transcurso de su gobierno el Excelentísimo señor Montt se mantuvo fiel inquebrantablemente a los principios de política proclamados en la lucha civil del 91. No luchó ni aún intentó influir con los recursos de su puesto sobre las resoluciones del Congreso, cumpliendo así el programa que firmó de su mano antes de tomar las insignias del poder supremo. Su actitud fué la consecuencia de la reacción que se notaba en la opinión pública y que acababa de triunfar en las batallas, contra la ingerencia indebida o la presión que a veces trataba de ejercer el poder ejecutivo sobre el legislativo. Ante la ciencia política ambos extremos son igualmente peligrosos; sin embargo, la actitud del Excelentísimo señor Montt se explica por las circunstancias que han rodeado su período presidencial, particularmente durante sus primeros años.

"Subió al poder rodeado de enemigos, y baja de él sin ser acreedor a tenerlos.

"La labor que se imponía a sus esfuerzos fué inmensa; pero supo cumplirla en todo lo que estaba de su mano.

"Ni propios ni extraños pueden negarle la virtud que será siempre un timbre de gloria para él: su honradez".

La historia está de acuerdo con todos los juicios que **El Mercurio** emitió sobre la administración Montt.

Este artículo, aparecido el 17 de septiembre, es muy probable que fuera del señor Montaner Bello, y quizás también otro del 21 en el que se hacía un comentario a la composición del nuevo ministerio; pero, sin duda alguna, que todos los que se insertaron en la sección editorial desde el 25 en adelante, fueron de don Hermógenes Pérez de Arce.

Con la vuelta de este notable redactor a su antiguo puesto en **El Mercurio**, la sección editorial volvió a cobrar el prestigio que había conquistado desde fines de 1892. Con más bríos que antes, si cabe, se dedicó don Hermógenes a comentar todas las cuestiones políticas, económicas y administrativas que se suscitaban, indicando al mismo tiempo sus ideas propias sobre ellas, hijas de la experiencia conseguida en su larga carrera de empleado público y de hombre de estado. Muchas de esas sugerencias sirvieron de guía a los gobiernos de la administración del señor Errázuriz Echaurren para normalizar la hacienda pública que había quedado exangüe con la guerra civil.

Durante la segunda etapa de la redacción del señor Pérez de Arce, nuestro diario, consecuente con el principio de su programa de servir los intereses del país por encima de las conveniencias de partido, modificó sus ideas con respecto al régimen parlamentario que tanto había defendido. En esta época las cámaras legisladoras comenzaron a erigirse en una entidad despótica que, en más de una ocasión, obstruyó la realización de buenos propósitos. Su carácter está reflejado en los párrafos que hemos transcripto, al comienzo del capítulo V de esta tercera parte, del artículo necrológico que el redactor dedicó el 13 de Julio a don Federico Errázuriz Echaurren. Muchas veces censuró don Hermógenes sus largas e inútiles discusiones y hasta se atrevió a recriminar la actitud dictatorial que algunas veces tomaba. El señor Pérez de Arce inició la campaña contra las demasías del parlamento, la cual fué seguida con tenacidad por don Carlos Silva Vildósola desde que se hizo cargo de la redacción en 1902. Los sucesos de 1924, efectos lógicos y naturales de la anarquía que reinaba en los partidos — en particular en los populares — que causaba los continuos cambios ministeriales y el consiguiente desbarajuste gubernativo en el período presi-

dencial de don Arturo Alessandri, y, por otro lado, los solivian-
tamientos de una parte de la masa obrera, han venido a dar la
razón a estos ilustres periodistas que han sido los primeros en
propugnar el desconcierto parlamentario. La perturbación po-
lítica de ese año era quizás peor que la que trajo la revolución
de. 1891. Por fortuna, el ejército y, la armada se percataron
del peligro y corrieron unidos para evitar la inminente catás-
esta nueva Constitución, promulgada en 1925, se dió fin al
tución política que diera al poder ejecutivo más fuerzas y am-
trofe. De aquí sobrevino la necesidad de elaborar una Consti-
plios poderes para administrar sin trabas parlamentarias. Con
absolutista régimen parlamentario que había gobernado al país
durante treinta y tres años. Y de la patriótica unión de las
fuerzas armadas surgió un hombre de entereza que ha comenzado
a conjurar la tormenta de ideas disolventes que se avecinaba y
a contener la oleada de perturbaciones políticas y sociales que,
desde todas partes, amenaza destruir la paz interna. (*) Si
nuestro diario contribuyó eficazmente al establecimiento de la
Constitución de 1833, no es menos la parte que le corresponde,
aunque indirectamente, en la sancionada y establecida en 1925.

El presidente don Federico Errázuriz Echáurren, gobernó, como don Jorge Montt, entrabado por los partidos, que eran los que en realidad mandaban desde el triunfo de la revolución. A causa de un litigio de límites que existía con la Argentina desde 1847, la guerra con este país vecino era inminente; pero el señor Errázuriz Echáurren supo evitar ese peligro, que desapareció en 1902 con el fallo salomónico del rey de Gran Bretaña.

Ya que hemos dado en otro lugar el juicio que mereció a **El Mercurio** el período presidencial de este ilustre estadista, no estará demás que transcribamos el referente a su personalidad, dado con motivo de su fallecimiento:

"Consagremos estas horas de duelo nacional a pagar nuestro tributo de agradecimiento al hombre que vino a ilustrar su

---

(*) Cuando estaba terminándose esta obra renunció el presidente don Emiliano Figueroa, sucesor del señor Alessandri, y en su lugar, con el cargo de vice-presidente, ocupó su puesto el coronel don Carlos Ibáñez del Campo, a quien se deberá la renovación política y gubernativa del país, según promete su programa de candidato presidencial, y confiadamente se espera por la energía y rectitud que ha demostrado durante el tiempo en que ha sido ministro de estado.

nombre con los servicios prestados a la nación en la presidencia de la República, gastando en sus fatigosas labores su salud, a tal extremo que puede bien decirse que ha sacrificado su vida en homenaje a los grandes intereses de la nación, cuyos problemas políticos, económicos y administrativos pesan a veces con tanta intensidad sobre el hombre que asume su suprema responsabilidad, que el corazón estalla, o el cerebro, ese obrero incesante que ni aún en sueños deja de trabajar en los talleres misteriosos de la cabeza humana, siente agotadas su fuerzas por la intensidad de la obra, y se rinde, al parecer prematuramente, al peso moral de aquella obra que, sin sentir, gasta más que el trabajo material, los más nobles resortes de la máquina humana que le da movimiento a la vida fecunda del espíritu.

"Errázuriz fué a la presidencia a gastar en cuatro años y medio los veinte o más que podían restarle de vida.

"Fué allí a rendir el homenaje de su existencia a la consagración de los grandes intereses de la nación.

"Ese sacrificio es acreedor al agradecimiento del país, que no puede, en estos momentos solemnes, desconocer que a los desvelos del señor Errázuriz en la presidencia de la República débele el país el haberse sobrepuesto a la atmósfera de exaltación que iba envolviendo nuestras relaciones con la Argentina, y el haber suavizado las asperezas de esa atmósfera, como también el haber conseguido que aquellos negocios tan delicados y espinosos hubiesen por fin entrado por un camino firmemente acentuado de paz y de confraternidad.

"Sean cuáles fueren las faltas que pudieren atribuírsele al gobierno del Excelentísimo señor Errázuriz, el hecho culminante para todo el mundo es su hermosa labor para conjurar los peligros en nuestras relaciones con la Argentina, para evitarlos con mano firme, resuelta y enérgica, para suavizar todas sus asperezas y dedicarse con singular constancia y delicadeza a cultivar fraternalmente esas buenas relaciones".

El señor Errázuriz Echáurren falleció el 12 de julio de 1901, dos meses y algunos días antes de terminarse su período. Aunque a fines de junio de ese año se había efectuado la elección presidencial, en la que salió triunfante don Germán Riesco, (*) el puesto de presidente de la República no fué ocupado hasta el 18 de septiembre, según costumbre tradicional.

(*) En el congreso pleno celebrado a fines de agosto, fué procla-

En esta elección no intervino **El Mercurio** ni en pro ni en contra de las dos agrupaciones que se disputaron el poder. He aquí cómo se expresó de los dos candidatos a raíz de ser proclamados en el mes de marzo:

"La convención reunida en Santiago, proclamó ayer candidato para la presidencia de la República al señor don Germán Riesco, quien venía figurando desde algún tiempo atrás entre las personas en quienes una parte considerable de la opinión pública se fijaba como acreedoras a desempeñar la suprema magistratura de la nación.

"No es el señor Riesco una de aquellas grandes personalidades formadas y connaturalizadas con nuestra vida política y administrativa; porque, en cuanto a política, sólo últimamente ha entrado al Congreso, por haber pasado parte considerable de su vida desempeñando altos puestos judiciales, en los cuales dejó luminosa huella de su celo, de su laboriosidad, de su discreción, de sus luces de jurisconsulto y de su hábil acierto para dictaminar en la variedad de materias sujetas al estudio de los fiscales de nuestras Cortes, a quienes les corresponde darle al gobierno su dictamen sobre negocios de grande importancia relacionados con la administración pública y los intereses del Estado.

... ...

"Por sus ideas políticas el señor Riesco, así como el señor Montt, figura entre los elementos moderados del liberalismo, entre aquellos elementos que, colocados en término medio entre las más audaces reformas y los tímidos que las resisten casi hasta la reacción o por lo menos hasta el estacionarismo, han venido, desde muchos años atrás, constituyendo el centro de gobierno tanto en el ejecutivo como en el Congreso, inspirando confianza a la opinión pública en general y sin despertar enconosas rivalidades de los partidos extremos.

"En materias económicas, el señor Riesco está inspirado en tan sanas ideas como las del candidato señor Montt; de suerte que, bajo el aspecto de esta materia de tan grande importancia, el país puede descansar en la confianza de que su porvenir está asegurado, y que no se divisa ni remotamente ninguna nubecilla

---

mado don Germán Riesco presidente de la República por 172 votos populares contra 79 alcanzados por don Pedro Montt, según el escrutinio verificado en esa ocasión.

que amenace perturbaciones en el campo de los negocios económicos, ya sea que se les considere sólo en sus relaciones con los grandes intereses del Estado, ya con el desarrollo y fomento de los de la agricultura, la minería, la industria y el comercio, de los cuales tan inmediatamente depende el bienestar y la prosperidad de todos los hombres de trabajo.

"Tanto en la política como en el gobierno y en la administración, la figura del señor Riesco no alcanza a tener los perfiles acentuados del otro candidato, el señor Montt, que cuenta con treinta años de vida política.

"Ya tenemos, pues, frente a frente, a los dos candidatos proclamados, que se van a disputar el triunfo en la próxima elección presidencial.

"Afortunadamente, se trata de dos hombres de bien, en cuyas manos se puede, sin zozobras, depositar los destinos de la nación, confiando en que quedarán depositados en buenas manos".

El Mercurio continuaba su meritoria labor de señalar a los hombres de gobierno los rumbos que se debían seguir para solucionar los dos grandes problemas que preocupaban al país: el económico-financiero y el suscitado por la antigua cuestión de límites con la Argentina. Además, proseguía señalando los perjuicios que acarreaban las intromisiones de los partidos en la gobernación, y daba su opinión autorizada sobre todos los asuntos de interés que se ponían de actualidad. De pronto fué interrumpida esta constante atención por haber caído enfermo su ilustre editorialista. En el número correspondiente al 23 de abril de 1902 apareció el siguiente aviso, situado al comienzo de la primera columna de la página de redacción:

"A consecuencia de la enfermedad que ha aquejado en las dos últimas semanas al señor redactor de **El Mercurio**, don Hermógenes Pérez de Arce, escribirá desde hoy, y mientras dure su completo restablecimiento, los editoriales del diario don Luis Barros Borgoño. Creemos excusado dar a nuestros lectores dato alguno sobre este caballero, por ser demasiado conocida y estimada su personalidad política y social".

El nuevo redactor tenía cuarenta y tres años de edad y estaba en la cumbre de su prestigio pedagógico, político y literario. En 1876 ingresó de profesor en el Instituto Nacional, y siete años después pasó al Instituto Pedagógico. En 1883 se le nombró jefe de la sección diplomática del ministerio de Relacio-

nes Exteriores, y a fines de ese año desempeñaba una misión reservada cerca del ejército chileno que ocupaba al Perú.

Desde 1884 hasta 1889 fué relator de la Corte Suprema de Justicia, y luego ministro de Guerra y Marina en las postrimerías del período presidencial de don José Manuel Balmaceda. Había tomado parte muy activa en la Revolución, y fué varias veces ministro en diversos gabinetes durante el gobierno de don Jorge Montt.

Si importante había sido su carrera política cuando ingresó en **El Mercurio**, no menos meritoria era hasta entonces su labor literaria, pues había publicado varias interesantes obras de historia y de política, y colaborado en algunas revistas de importancia.

Don Luis Barros Borgoño, que había ingresado en la redacción con carácter provisional, permaneció en ella hasta el 15 de septiembre de aquel año, fecha en que llegó a Santiago don Carlos Silva Vildósola, secretario de la Legación de Chile en Londres, que había sido nombrado, por don Agustín Edwards Mac Clure, sucesor de don Hermógenes Pérez de Arce al fallecer éste el 26 de agosto. Durante su corto período de cinco meses procuró seguir en la redacción la política que aquel inolvidable publicista había trazado al diario. Trató con discreción de todas las cuestiones de actualidad en artículos breves que aparecían cada dos o tres días.

Con don Luis Barros Borgoño terminó el primer período de la tercera época redactorial de **El Mercurio**, porque con don Carlos Silva Vildósola, asesorado por don Agustín Edwards Mac Clure, tomó el diario nuevas orientaciones dentro de su secular programa.

Muchos fueron, en este período de diez y siete años, los literatos y periodistas de talento que prestaron sus servicios a **El Mercurio**, unos como cronistas o gacetilleros, otros como corresponsales y muchos en calidad de colaboradores con sueldo o **ad honoren.** De cada uno de ellos hubiéramos deseado dar detalles, aunque someramente, de las labores que desarrollaron; pero, aparte de que cometeríamos muchas omisiones imperdonables a causa de que **El Mercurio** mantuvo siempre en el anónimo a sus servidores, la tarea sería tan extensa como para formar otro libro voluminoso, sólo mencionaremos, para dar fin el capítulo, a los cronistas y corresponsales que se destacaron por su constancia durante este período. Mas como no consi-

deramos justo omitir los nombres de algunos escritores ilustres que colaboraron, y de los cuales hemos hallado referencias en varios autores y en las mismas páginas del diario, al final de la obra los citaremos en una lista que, por desgracia, no será tan extensa ni tan completa como desearíamos.

Los cronistas de este período y los de las épocas anteriores eran los que hacían las informaciones locales ayudados por uno o dos auxiliares; pero los cronistas de ahora se ocupan con preferencia de recibir y revisar ese mismo material que confeccionan los gacetilleros o reporteros, y de dirigir la compaginación del diario.

El primer cronista que tuvo **El Mercurio**, y que a veces suplió al redactor principal, fué don Ramón Muñoz Cabrera; el segundo, don Pedro Pablo Ortiz; el tercero, don Antonio Carmona; el cuarto, don Bartolomé Riobió, y el quinto don Román Vial, todos los cuales sirvieron al diario en su segunda época y el último alcanzó a la presente, pues falleció en su puesto el año 1896. De él decía el diario en la crónica local del 2 de mayo:

"**Don Román Vial.** — De duelo, duelo justificado cual ninguno, visten hoy estas columnas que durante treinta y siete años llenó día a día don **Román Vial**, el decano del periodismo chileno. El veterano de la prensa ha muerto en su puesto: ayer no más daba sus carillas, sin sospechar quizás que fueran las últimas que le viéramos escribir.

... ...

"El ilustre periodista había nacido en febrero de 1833, y en 1848 comenzaba su carrera desde el humilde puesto de cajista, que abandonó gracias a su constante estudio y perseverancia. Sus gustos literarios se despertaron en él desde niño, nutriendo su clara inteligencia con la lectura de los buenos hablistas, de los más notables escritores españoles y americanos. Así logró formarse un estilo propio, sencillo, fluído y elegante a la vez, que siempre se leía con gusto. Sus artículos de costumbres son un modelo en su género; su estilo festivo formaba contraste con su carácter serio y hasta retraído: cuando escribía parecía rebosar la alegría en cada línea. La extraordinaria circulación anormal en nuestro país, de sus **Costumbres chilenas**, prueban hasta la evidencia cuánto se apreciaban sus producciones literarias, a pesar de ser ya conocidas.

"Si como literato y periodista tuvo méritos indiscutibles,

como individuo fué siempre apreciado y distinguido por cuantos tuvieron la fortuna de tratarlo".

Sucedió a don Román Vial otro antiguo y meritorio servidor del diario: don Federico Zúñiga, quien ingresó de gacetillero cuando casi era niño. Sirvió al periódico treinta años consecutivos, y se retiró de él, enfermo y cansado, a mediados de junio de 1899, pensionado por la Empresa. Falleció a fines de julio del mismo año, dejando gratísimos recuerdos de su labor periodística y literaria.

"Amante del saber, decía **El Mercurio,** hizo del castellano estudios profundos, cuyos frutos, servidos en forma de amena e interesante charla (*), han podido apreciar nuestros lectores hasta poco antes de su muerte, oculta siempre la personalidad del autor bajo un humilde seudónimo: **Juanito.** Pero, a pesar de su sencillez, como contrariando a su modestia, surgía siempre ante el aprecio de los demás su figura intelectual y moral, adornada con el galardón más precioso que puede ostentar un hombre: el de su propio valer".

Sucedió al señor Zúñiga don César Acevedo R., distinguido escritor que ingresó en el diario el año 1895.

También fué jefe de crónica don Eduardo U. Cuevas Millán, que desde 1891 prestó valiosos servicios al periódico.

Don Arturo Ovalle entró en **El Mercurio,** con el cargo de jefe de crónica, en el mes de enero de 1903, y fué reemplazado en 1905 por don Rafael Luis Barahona, de quien haremos mención en otro lugar.

Entre los numerosos auxiliares que tuvo la crónica en ese lapso, muchos fueron los que descollaron por su entusiasmo y su constancia. Entre ellos ocupó el primer lugar don Tomás Julio González, que ingresó en el diario en 1857, cuando apenas contaba catorce años de edad, y que falleció el 6 de septiembre de 1908. En esta fecha desempeñaba los cargos de jefe de las secciones telegráfica y comercial. Fué tipógrafo, corrector de pruebas y gacetillero. Por sus muchos e importantes servicios ingresó en la sociedad editora, y fué jubilado, con sueldo íntegro, tres años antes de su fallecimiento; pero, como estaba tan encariñado con su oficio, siguió prestando sus valiosos servicios en el diario.

(*) Se refiere a sus crónicas tituladas "Pláticas del Lenguaje", con las que demostró ser un eminente gramático.

Otro antiguo y meritorio servidor fué don Antonio M. Carmona, que ingresó en el diario en 1853 y fué, durante más de treinta años, corresponsal noticioso en Santiago. Falleció a principios de 1899, cuando hacía algún tiempo que se hallaba retirado del oficio y gozando de una pensión que le asignó don Agustín Edwards Ross.

De don Eloy T. Caviedes, ya hemos hecho mención en otro lugar.

Durante esta época fueron corresponsales políticos en Santiago los señores don Pedro Nolasco Prendez (Nelusco), don José Joaquín Larraín Zañartu (Athos) y don Miguel Angel Gargari (Nadir).

De los corresponsales en el extranjero, citaremos a don Emilio Castelar, cuya primera correspondencia, fechada el 3 de enero de 1872 en Madrid, fué publicada el 14 de marzo; don José Abelardo Núñez, que escribió desde Estados Unidos; don Máximo Jeria, que envió interesantes informaciones europeas, y don Nicanor Miranda y Rebolledo, que desde Bolivia remitió curiosas cartas.

De entre los redactores que se destacaron, mencionaremos al novelista don Arturo Givovich, que tuvo a su cargo los comentarios de la semana y que publicó bonitos artículos de costumbres; a don José Olegario Reyes, eminente jurisconsulto, y a don Emilio Rodríguez Mendoza, distinguido literato que en 1901 ingresó en **El Mercurio** de Santiago.

Y de los colaboradores, que fueron muchísimos, citaremos al ilustre economista don Agustín Ross; al novelista don Daniel Barros Grez, autor de la famosa novela "Cuatro Remos", que publicó nuestro diario desde el 5 de febrero al 25 de julio de 1883; a don Julio Bañados Espinosa, que escribió una interesante serie de cartas políticas; al excelso poeta don Eduardo de la Barra, que publicó muchos artículos científicos con el seudónimo de "El Doctor Nobody", y a don Benjamín Vicuña Mackenna que fué asiduo colaborador hasta su muerte.

CAPITULO XII

DON AGUSTIN EDWARDS MAC CLURE

Paralelo de la vida de "El Mercurio" y la de Chile durante cien años. Este diario representa la civilización chilena.—Homenaje a los que han contribuído al prestigio moral y periodístico de "El Mercurio".—La superioridad de la prensa chilena ante las de algunos países de la América del Sur.—Las diferentes situaciones de "El Mrecurio" en 1842 y 1900.—El móvil principal que impulsó a don Agustín Edwards para transformar a su diario en todo orden de cosas.—La fundación de "El Mercurio" de Santiago fué el acto revolucionario precursor de la renovación del periodismo chileno.—La preparación técnica de don Agustín Edwards para acometer la transformación total de "El Mercurio".—Con el cambio de domicilio del diario en Santiago se cristaliza el movimiento revolucionario.—Se inicia la transformación de toda la prensa chilena impulsada por "El Mercurio".—El espíritu del ideal de renovación se manifiesta con la multitud de clasificaciones del texto de lectura y con la amplitud de éste.—Enumeración de las divisiones que fueron verdaderas novedades en la prensa chilena.—"El Mercurio" se constituye en universidad del periodismo moderno.—Las pensiones vitalicias a los antiguos empleados y la fundación de los fondos de ahorro y retiro.—Listas de periodistas notables formados en "El Mercurio".—La inagotable actividad de don Agustín Edwards se patentiza con la fundación de la Empresa Editora "Zig-Zag".—Notas biográficas de este ilustre editor, político y diplomático.

Comenzamos a escribir este capítulo a fines del primer trimestre de 1927. Faltan, por consiguiente, cinco o seis meses para llegar al feliz día en que, cien años atrás, tres modestos jóvenes lanzaron al público del reducido pueblo de Valparaíso dos centenares de pequeños pliegos de papel impreso con el nombre de **El Mercurio.**

Jamás pensarían esos propietarios, impresores y editores que su modesta publicación noticiosa podría sobrevivirles y llegar a cumplir un siglo de noble y lozana existencia y ser por ella inmortalizados en la historia del periodismo universal.

Tampoco pudieron imaginarse que su periodiquito, destinado únicamente a servir los intereses de los escasos comerciantes de este puerto sería, a los pocos años de nacer, el órgano oficial de la opinión serena e independiente del pueblo chileno dentro y fuera del país; luego el introductor de las novedades culturales de Europa; de seguida el decano de la prensa hispano-americana; después el innovador perpétuo del periodismo chileno, y, por último, que en el año en que saliera a luz la primera historia completa de su interesantísima vida centenaria ocuparía el tercero o cuarto lugar de entre los diarios que en el mundo se escriben en lengua de Cervantes. (*)

El prestigio moral que en el presente siglo ha conquistado **El Mercurio** en todas partes no debe medirse ni menos apreciarse por el valor que representan los palacios de su propiedad, su ilimitado crédito comercial, sus numerosas máquinas ni por los cien mil ejemplares que diariamente lanza al público con sus cuatro ediciones. Eso sería juzgar de la ilustración científica, artística y literaria de un millonario por sus cuantiosos bienes adquiridos por propio esfuerzo en el trabajo manual y no con el intelectual. Hoy mismo podría formarse una poderosa sociedad editora con cien millones de pesos de capital para fundar un diario que representara los últimos adelantos en tipografía y en los medios más modernos de información, y no hay duda que sería superior, en lo material, a los mejores periódicos; pero, con

(*) El más antiguo es la "Gaceta de Madrid", fundado en 1661. Desde ese año hasta el 2 de abril de 1697, en que adoptó el nombre actual y se hizo órgano oficial del gobierno español, tuvo diversos títulos. Su índole primitiva fué literaria e histórica. Sigue en antigüedad a la "Gaceta de Madrid" el "Diario de Barcelona", fundado por el tipógrafo napolitano Pedro Huson el 1.o de octubre de 1792. Desde sus primeros años fué su propietario y redactor el célebre periodista español don Antonio Brusi y Mirabent. "En los seis azarosos años, desde 1808 a 1814, el "Diario de Barcelona" se publicó en los siguientes idiomas: castellano, francés y castellano, otra vez en castellano sólo, en francés y catalán, sólo en catalán, sólo en francés y, por fin, otra vez en castellano. Este hecho sin precedente en periódico alguno del mundo, puede dar idea de las visicitudes por que atravesó la publicación". (De "El Arte del Periodista", por Rafael Mainar).

toda su opulencia, no tendría el elevadísimo valor moral que ha conquistado **El Mercurio** durante largos años de lucha ni menos inspirar la confianza en sus juicios siempre rectos e independientes. Al público en general y al comercio anunciador en particular, no les interesan principalmente el estado pecuniario de un periódico: sólo buscan en él las informaciones amplias y verídicas del país y del extranjero; las opiniones sensatas y libres sobre cualquiera materia de interés general, y su patriotismo exento de influencias políticas. Podrá haber un momento en que la atención pública se desvíe un poco de esa clase de diarios porque no dé acogida en sus columnas al escándalo sensacional del día en la forma poco decorosa del periódico populachero; mas cuando ha quedado saciada la curiosidad momentánea y se descubre el interés mercantil de éste, sobreviene la reacción y con ella se acrecienta el crédito de aquél. Nuestro diario representa el desarrollo espiritual, la cultura artística y el progreso material del país. Nació en los albores de la República, o sea cuando, a pesar de los cinco reglamentos constitucionales que se habían promulgado desde 1812 hasta 1827, estaba la nación en el período más agudo de su ya larga desorganización política por encontrarse en lucha permanente y encarnizada los nacientes partidos federal, conservador y liberal que tenían ideas empíricas de sus respectivos credos políticos.

Las etapas del crecimiento de la influencia moral, del progreso espiritual y de la prosperidad material de Chile, desde 1827 hasta nuestros días, son las mismas que las de **El Mercurio** en igual lapso de tiempo de su evolución. Pobre y desorientado en todo orden de cosas era nuestro diario cuando nació en un cuarto redondo del barrio de la Matríz, y sin hacienda pública y sin planes fijos en lo legislativo, en lo político y en lo cultural estaba en ese año la nación que había surgido del movimiento autonómico del 18 de septiembre de 1810. Diario y país han ido creciendo y robusteciéndose sincrónicamente, y ambos se han prestado mutua ayuda. La cultura y el progreso que representa el primer número de **El Mercurio** y el adelanto en todo orden de cosas que significa cualquier número de ahora, son las imágenes verdaderas del Chile de 1827 y del de 1927, respectivamente. Las célebres palabras (*) que pronunció Sir Eduardo Jorge

---

(*) "Si tuviera yo que trasmitir a las edades futuras una prueba de la civilización inglesa en el siglo XIX, no escogería ni nuestras

Bulwer-Lytton en 1855 para enaltecer los setenta y dos años gloriosos que entonces llevaba de existencia el diario "The Times", de Londres, (**) podríamos en esta ocasión, no parodiarla, aplicarla literalmente a **El Mercurio** porque este diario es, en la hora presente, el genuino representante de la civilización chilena.

Así como el progreso espiritual y la prosperidad material de Chile es la cifra resumen de la laboriosidad de sus habitantes unidos estrechamente por una misma fe inquebrantable en un brillante porvenir y de un mismo deseo, nunca decaído, de colocar a este país al nivel de las naciones adelantadas, así **El Mercurio** representa el esfuerzo mancomunado, en una continuidad ininterrumpida y tenaz, de miles de cerebros y miles de brazos de hombres inteligentes, desinteresados y altruistas, de la mayor parte de los cuales se ignoran sus gloriosos nombres. Vivieron únicamente luchando por el prestigio del diario sin curarse de la parte de notoriedad que les correspondía en la honrosa fama que diariamente cobraba; desfilaron uno tras otro por la vida en silencio y con modesto talante porque fueron imágenes de cada número de la publicación — su labor cotidiana — que es semejante a la flor de una hora que deja de tener interés en cuanto otra abre sus pétalos para regalar sus frescos colores y sus finos aromas y desaparecieron de la vida anónimamente, como los soldados que ganaron la gran batalla que lleva el nombre del lugar en que se libró y que cubre los de todos los que en ella perecieron. Esos héroes desconocidos son los místicos del periodismo, de esta orden de cruzados, mejor que profesión, en que se necesita el amor del sacerdote, la abnegación del maestro, el desinterés del militar, la experiencia del legislador, la imparcialidad del juez y el patriotismo del gobernante.

De esa falange de luchadores y adalides que consagraron sus laboriosas existencias a la sagrada misión de ilustrar y orientar

---

fábricas, ni nuestros ferrocarriles, ni nuestros edificios públicos, ni aún el magnífico palacio en que estamos; no, para dar esta prueba, me bastaría un solo número de "The Times". Esta frase fué dicha en un discurso parlamentario pronunciado el 27 de marzo del año indicado.

(**) Este famoso diario inglés fué fundado el 13 de enero de 1873 con el nombre de "London Daily Universal Register", que su editor y redactor Juan Walter cambió por el de "The Times", el 1.o de enero de 1788. En la actualidad cuenta ciento cuarenta y cuatro años de ininterrumpida existencia.

la opinión del público en toda clase de materias desde la tribuna libre de **El Mercurio**, se han destacado muchas figuras que la historia ha grabado en las páginas de oro destinadas a los benefactores de Chile. De todas éstas hemos hecho mención en el decurso de nuestro obra con el orgullo propio del pariente que señala a las multitudes el miembro de su familia que ha descollado por su labor en beneficio de todos, no sólo desde las columnas de **El Mercurio**, en donde templaron sus armas y se armaron caballeros del ideal, sino desde los peldaños de las cámaras legisladoras, desde los despachos ministeriales y hasta desde el sillón de la presidencia de la República. Sí, desde todos esos lugares prominentes han laborado los servidores de este diario, porque de ninguna profesión liberal han salido tantos hombres públicos como de la del periodista. El oficio de éste se parece al del médico que, acostumbrado a observar y a estudiar el cuerpo humano, llega a conocer las causas de las enfermedades y los tratamientos convenientes para estirparlas. El periodista, en contacto perpétuo con el público, sabe mejor que nadie las necesidades, los gustos y las opiniones de éste, y por eso puede dirigir los negocios públicos con el acierto que requieren las circunstancias. Y **El Mercurio**, por haber sido siempre el diario más sesudo, ecuánime e independiente de la República, ha dado a las esferas gubernativas y diplomáticas un selecto grupo de hombres que ha contribuído al progreso nacional. A la vez que universidad del periodismo chileno, ha sido y es nuestro diario troquel donde se modelan eminentes estadistas e insignes literatos.

De todas esas figuras ilustres hemos hecho la mención pertinente a sus actuaciones en **El Mercurio**, pero descartando sus actividades en otros campos, como el político, el diplomático y el gubernativo, por no corresponder ellas a la índole de esta historia. Pero como de entre esas figuras destacadas descuellan varias que han sido fortísimas columnas de esta publicación, muchas veces amenazada de muerte y otras tantas libradas de ella por la enteraza de carácter, el entusiasmo y el patriotismo de algunos hombres que consagraron sus vidas a velar por la existencia y el prestigio del diario por el beneficio que reportaba a la República, hemos hecho en sus respectivos lugares estudios más detenidos de sus personalidades para rendirles de este modo el homenaje correspondiente a sus merecimientos y sacarlos también del olvido inmerecido en que los tiene la historia, en par-

ticular la literaria.. Por eso hemos dedicado capítulos especiales a don Santos Tornero, el gran editor, recto y ecuánime, que supo guiar esta frágil nave por el mar proceloso de una política adversa, y que fomentó la ilustración pública con la multitud de obras de todas clases que editó; a don Manuel Blanco Cuartin, el enciclopédico coloso de la prensa chilena del siglo pasado, que acertó a resucitar el antiguo prestigio de **El Mercurio** en época de gran competencia periodística; a don Agustín R. Edwards Ross, el eminente estadista y banquero que, a la par que evitó la desaparición de este diario que se encontraba en completa ruina económica, le inculcó nuevo espíritu a su viejo programa y fomentó la literatura desde su periódico "La Epoca", de Santiago, y, junto a este benefactor, aparecen las nobles figuras de don Jorge **Délano, el gran director y organizador, y don** Hermógenes Pérez de Arce, el humanista escritor que dió nuevas normas en los editoriales, servidores ambos que, unidos por un mismo ideal de progreso periodístico, son considerados los precursores de la opulenta era actual de **El Mercurio**.

A esta galería de hombres ilustres de nuestro diario hemos de agregar ahora la personalidad más sobresaliente de todas, por muchos conceptos, de don Agustín Edwards Mac Clure.

Este nombre tan conocido en las esferas comerciales, industriales y bancarias; políticas, gubernativas y diplomáticas, no es ignorado en el mundo periodístico y literario. Tan conocido y estimado es en tal orden de actividades, que bastaría el de éste tan sólo, si no tuviera renombre en los otros, para figurar en la historia de Chile y en los anales del periodismo universal. En la historia del país, porque ningún editor de diario chileno le ha superado en su labor de renovación completa de la prensa nacional, incluyendo los célebres nombres de Santos Tornero, Juan **Pablo Urzúa y Rafael Jover, y en la extranjera porque su nombre** puede colocarse al lado de los tres John Walter (padre, hijo y nieto) que cimentaron la fama de "The Times".

El valor material y el prestigio moral de **El Mercurio** en la hora presente es obra suya, exclusivamente suya. Obra es ésta de más de un cuarto de siglo de constantes esfuerzos y desvelos de este editor soñador, audaz y progresista que ha hecho evolucionar por la fuerza a la anticuada y estacionaria prensa chilena, la cual se ha podido colocar, gracias a él, al nivel de las más adelantadas de Europa y América. (*)

(*) Tal importancia tiene, que para encarecerla se ha llegado a decir que es superior a la cultura general de Chile. Esta exageración



DON AGUSTIN EDWARDS MAC-CLURE
Renovador de la Prensa Chilena.

En casi todos los capítulos de esta tercera parte de nuestro libro está citado el nombre de don Agustín Edwards Mac Clure al lado de cada novedad y de cada fundación, y de todo progreso material y espiritual de **El Mercurio.** Y asombra la cantidad de energía que representa toda esa labor que el lector ha podido apreciar detenidamente en detalle o en globo. Pero este gigantesco esfuerzo tiene un valor muchísimo mayor del que representa, circunscripto a **El Mercurio,** si se aparta la atención de este círculo para ponerla en los centenares de publicaciones periódicas y diarias que en la actualidad se editan en Chile. Ninguna de las que ya existían antes del presente siglo estaban en el estado progresivo, en todo orden de cosas, en que se encuentran hoy, cuando don Agustín se hizo cargo de la dirección general de la Sociedad de Edwards Hermanos, como se habrá podido apreciar por lo que hemos dicho de ella en el capítulo IV de la presente parte al dar cuenta de la fundación de **El Mercurio** de Santiago. Ese enorme progreso se le debe a su locura de dotar a un diario de un país de cuatro millones escasos de habitantes que importaba el material gráfico, de todos los adelantos en mecánica, en tipografía, en métodos informativos y en procedimientos artísticos que tenían los grandes periódicos de una nación enteramente industrial, como Estados Unidos, de más de cien millones de lectores.

---

es perdonable por el encomio que para esa prensa entraña. Si la cultura de este país no estuviera siquiera al nivel de ella, no subsistiría en la abundancia y en la opulencia, mejor que prosperidad, en que vive desde muchos años atrás. Ante nosotros tenemos la última estadística de la prensa chilena correspondiente a 1925, publicada a fines de 1926 por la Biblioteca Nacional de Santiago, en la cual consta que en ese año se editaban en Chile 280 revistas, 375 periódicos y 94 diarios, que sumaban 749 órganos de publicidad útil y necesaria. Como demostración de la cultura nacional, descompondremos por materias el número de revistas: de filosofía, 2; de religión, 42; de ciencias sociales, 70; de filología, 1; de ciencias puras, 12; de ciencias aplicadas, 34; de bellas artes, 14; de historia y geografía, 1, y de conocimientos generales, 104. En todas las capitales de provincias hay, por lo menos, dos o tres diarios que tienen corresponsales en el país y en el extranjero. Las empresas periodísticas más importantes son: "El Mercurio", con cuatro ediciones diarias; "El Sur", de Concepción, fundada el 15 de noviembre de 1882; "La Unión", de Valparaíso, fundada el 23 de enero de 1885; "El Diario Ilustrado", de Santiago, fundada el 31 de marzo de 1902; "Zig-Zag", que publica seis o siete revistas semanales, fundada el 19 de febrero de 1905; "La Nación", de Santiago, fundada el 14 de enero de 1917. Algunas de estas empresas publican diarios en otras poblaciones.

A consecuencia de esa bendita locura de juventud llena de fe en el porvenir, en este momento histórico es la prensa de Chile superior, en muchos grados, a la del Perú, Bolivia, Ecuador y otros países hispanoamericanos. Si no hubiera tenido la santa locura patriótica de impulsar la instrucción popular por medio de sus diarios y revistas ilustradas, la prensa nacional sería igual a las de esos países o quizás inferior al estado en que hoy se hallan, puesto que tales prensas se han renovado bastante en los últimos años influenciadas por el progreso de la chilena. Este es un acerto que puede comprobarse con las estadísticas en la mano y a la vista de los mejores periódicos de las naciones citadas.

Tal labor, que hoy no llevaría a cabo felizmente hombre alguno que no tuviera la intrepidez de los veinte años y la locura del engrandecimiento como el señor Edwards tuvo al emprender la benefactora empresa de renovar completamente **El Mercurio** y fundar varias ediciones informativas y literarias, es superior a la que don Santos Tornero desarrolló, durante veintidós años consecutivos, a pesar de ser grande. Este editor fué introduciendo mejoras materiales y espirituales a medida que se lo exigían perentoriamente las tímidas competencias de dos o tres colegas que ponían más interés en la propaganda política que en la de fomentar la cultura del pueblo y ponerse a la altura de la prensa extranjera. Se recordará que cuando don Santos tomó posesión efectiva de **El Mercurio,** éste declaró en el editorial del 1.o de septiembre de 1842 que, para no perecer, tenía que renovarse. Así lo hizo, pero con prudencia, sin derroche y con mucho tino para no despertar la emulación de sus colegas que le hubieran podido poner en apurado trance económico si alguno hubiese intentado excederse en lujos mayores de los que por aquel entonces gastaban los periódicos de importancia. Debido a esta competencia nacieron de **El Mercurio** diversos suplementos comerciales y literarios y más tarde las ediciones diarias y periódicas que hemos enumerado en el capítulo IV de la segunda parte de esta historia. Esas publicaciones aparecieron temporalmente por no rendir la suficiente utilidad para su mantenimiento perpétuo. Algunas se anunciaron y no salieron por falta de protección, como "The Valparaíso English Mercury", y otros fueron ensayos desastrosos económicamente, como la edición diaria que, con el nombre de "La Correspondencia", se editó en Santiago para los suscriptores de nuestro diario de esa capital.

Cuando los hermanos don Agustín, don Carlos y don Raúl se posesionaron de la herencia de su señor padre, **El Mercurio** era el más valioso de los diarios de Chile y no tenía competidores de ninguna especie. Don Agustín Edwards Ross lo había dotado de maquinarias modernas, de material nuevo y de personal competentísimo, y siempre estuvo atento a toda clase de innovaciones de a fuera para mantener a su diario en el primer lugar en el país. Por consiguiente, la obra gigantesca ideada y puesta en práctica por su hijo mayor no obedeció a temores de competencia comercial ni intelectual, sino al deseo vehemente de dotar a su patria de un periódico moderno que respondiera a su cultura científica, artística y literaria.

Diecinueve años contaba don Agustín cuando falleció su señor padre. Por ser el mayor de los hijos, a él le correspondía soportar el peso de la dirección de los diversos negocios que heredaban él y sus hermanos. Sin descuidar ninguno de ellos se dedicó con preferencia a prestar atención a la modesta empresa que su señor padre había adquirido por compromiso de amistad y mantenido por patriotismo: **El Mercurio**. Este diario representaba entonces un capital de medio millón de pesos, insignificante suma si se la comparaba con cualquiera de los capitales de las demás empresas que constaban en el testamento. Sin duda alguna que el entusiasmo y el interés que por las cosas espirituales había demostrado siempre don Agustín R. Edwards Ross y por los cuales mereció el título de Mecenas de periodistas y literatos, los había heredado su primogénito. Este, a pesar de haber vivido en un ambiente de alta banca, prefirió ensayar primero las fuerzas de su capacidad mental al iniciarse en la vida del trabajo, y se dedicó a darle impulso a un negocio que en aquella época nadie le veía el provecho pecuniario directo. Se editaban periódicos para que sirvieran los intereses políticos de un partido o las ambiciones de un aspirante a magnate, y se era periodista por excesiva vocación, por extrema necesidad o en espera de pescar, en el río revuelto de la política, un destinito público. Fuera de esas miras interesadas, no se veía negocio en la edición de periódicos ni porvenir en el oficio de periodista.

Decidido a renovar por completo **El Mercurio** y sobre su base levantar una gran empresa periodística como no había existido en Chile, se dedicó a conocer el mecanismo de la imprenta y la organización redactorial y administrativa que estaban en una sola mano. Todos los días presenciaba las distintas faenas

de los talleres y con frecuencia tomaba parte en ellas, y cotidianamente escribía sobre diversos asuntos para el diario. Y a medida que se iba compenetrando de todo el engranaje de la complicada maquinaria de un periódico de gran circulación, iba planeando y preparando, con los materiales que tenía a mano y con los que recibía de a fuera, la transformación del antiguo y sedentario periódico porteño. Y así fué como en el mes de marzo de 1900 lo presentó cambiado y modernizado con el tamaño que actualmente tiene, y al año siguiente lo trasladó al espacioso palacio que para él levantó en la calle de la Esmeralda, el más hermoso y valioso de cuantos existen hoy en esa vía, y así fué también como, en el mes de junio de 1900, fundó en Santiago la edición de **El Mercurio,** con la que infundió pavor a varias empresas periodísticas que disimularon su disgusto pronosticándole un fin desastroso para así aminorar los efectos de la gran propaganda que había precedido a su aparición. Las mofas primero y el silencio absoluto después de realizado el milagro, no convencieron al público del profético fracaso ni de la inutilidad de tanto esfuerzo, toda vez que recibió al nuevo diario de la capital con entusiasmo y decidida aceptación porque era superior, en todos conceptos, a los que hasta entonces se conocían en Chile. Fué un verdadero triunfo proclamado en un silencio profundo por los colegas; silencio tan elocuente que le aseguró el porvenir. Poco después todos los diarios comenzaron a copiar su formato, su sistema informativo y hasta su orden administrativo; siempre en silencio elocuente. Y los que no quisieron o no pudieron seguir la marcha vertiginosa, quedaron resagados y poco después dejaron de existir abandonados de todos, como "El Ferrocarril", el famoso diario que fué en otro tiempo el más temible competidor de **El Mercurio.**

A la vez que hacía esas importantes transformaciones materiales, no descuidaba la reforma de la parte informativa y menos la redactorial del diario. A la primera le dió un amplísimo servicio telegráfico por vía terrestre y marítima de más de diez mil palabras al día, capaces de llenar varias páginas, y a la segunda la amplió considerablemente con un escogido cuerpo de redactores y colaboradores como jamás había tenido periódico alguno en Chile, según se puede ver por la lista que de él hemos dado en el capítulo IV de esta parte. Entre esos escritores descolló muy pronto el activo y fecundísimo literato don Joaquín Díaz Garcés que había sido condiscípulo de don Agustín en el

colegio de San Ignacio, y que ya se distinguía como excelente periodista.

No contento con esta labor que ya representaba excesivo esfuerzo pero que él consideraba el prolegómeno de la gran obra que se había propuesto llevar a feliz término, marchó a Europa a fines de ese mismo año. En París se entrevistó con Mr. Gordon Bennett, el célebre periodista norteamericano, editor propietario del "New York Herald" y dueño de un telégrafo submarino de Europa a América para el servicio exclusivo de sus diarios de Nueva York y París, con el fin de solicitarle un curso completo de organización periodística. De Francia pasó a Inglaterra con el propósito de conseguir del secretario de la Legación Chilena en Londres, que lo era el ya admirable periodista don Carlos Silva Vildósola, que aceptara una plaza de redactor en **El Mercurio** con residencia en Santiago de Chile. Hemos de advertir que el señor Silva Vildósola era ya en aquellos años el periodista más sobresaliente de entre los jóvenes que se dedicaban a escribir para los periódicos, como había demostrado resucitando el prestigio del antiguo diario "El Chileno".

Fácil era conseguir la autorización del señor Bennett para recibir el curso en Estados Unidos; pero el segundo paso era más serio y difícil de lo que a simple vista parecía. Se trataba de convencer a un hombre de más de treinta años, lleno de naturales ilusiones y justificadas esperanzas, porque se iniciaba en la carrera diplomática desde tan importantísimo puesto, a que abandonara el brillante porvenir que tenía abierto ante sí. Don Agustín le contó al señor Silva cuanto había hecho por **El Mercurio** y todo lo que aún se proponía hacer. Se lo contaría como relatan sus alegres aventuras los jóvenes de su edad: jovialmente y sin darle importancia a la seriedad del caso. Otro hombre que no hubiese nacido para periodista y que no sintiera arrebatadora pasión por este oficio, hubiera tratado de loco a aquel jovenzuelo que tenía la audacia de proponerle una aventura tan peligrosa; pero don Carlos Silva manifestó ser entonces tal y como es en la actualidad: hombre sagaz que de un solo golpe de vista penetra en el corazón de sus semejantes y bucea en sus almas, y vió en aquella ocasión a un hombre como él y no al mozalvete caprichoso que le había dado por derrochar en empresas fantásticas la cuantiosa fortuna que había heredado, como lo consideraban casi todos sus compatriotas. Don Carlos aceptó inmediatamente la proposición y dió su palabra, sin mediar con-

trato alguno; de renunciar su brillante puesto diplomático tan pronto como don Agustín lo llamara a Santiago, porque también él había soñado con una empresa periodística de la magnitud que estaba formado aquel muchacho audaz, inteligente y patriota que se sobreponía a los prejuicios.

Inmediatamente pasó a Estados Unidos para ingresar, en calidad de aprendiz de tipógrafo y de periodista, en el "New York Herald". En ese gran establecimiento, verdadera universidad de periodismo moderno, aprendió el manejo de toda clase de linotipias, el de las nuevas rotativas y el de los mejores procedimientos estereotípicos, al mismo tiempo que practicaba todas las labores de las salas de crónica, las de las oficinas de la administración y hasta las de los obradores en donde se empaqueta y despacha el diario. Lo aprendió todo en detalle para estar en pleno conocimiento de la técnica general que luego tendría que dirigir. Y cuando estuvo en posesión del complicado y heterogéneo mecanismo de una empresa de tales proporciones, adquirió la maquinaria que necesitaba y regresó a Chile, con parte de ella y acompañado de varios técnicos en mecánica, para de seguida reanudar la tarea.

Mientras tanto **El Mercurio** de Santiago iba abriéndose camino sin ningún obstáculo de consideración que le interrumpiera su marcha triunfal. Los antiguos y los modernos servidores se aunaban estrechamente para que el buen éxito acompañara al diario en todas sus tentativas de reformas e innovaciones. Don Hermógenes Pérez de Arce en la redacción principal, don Eloy T. Caviedes en la jefatura de la crónica y don Jorge Délano en la dirección general de toda la Empresa, inculcaban a los nuevos compañeros, todos jóvenes y entusiastas, ese nobilísimo espíritu de la constancia en el trabajo, la iniciativa propia en cada labor y el amor al oficio, las tres sobresalientes características de esos hombres que habían envejecido en **El Mercurio** y sobre cuyos hombros descansaba el peso del nuevo orden de cosas.

Todo estaba ya normalizado, como si no hubiera ocurrido nada de particular, gracias a la previsión y al orden con que se había hecho, cuando comenzó de nuevo la actividad febril con la llegada del señor Edwards que traía consigo la vehemencia de su robusta y jovial edad reforzada con el optimismo que había recibido de cuantos hombres de experiencia le habían alentado en su empresa. Todo se movió de nuevo con mayor ímpetu en torno de él como las largas aspas de un inmenso molino en día de viento fuerte.

Como el edificio de la calle de la Bandera, en donde se había fundado **El Mercurio** de la capital, era ya insuficiente para albergar tanta maquinaria y tanto mueble, adquirió en 1902 la casa solariega de la familia Larraín Zañartu, descendiente del marquesado de Montepío, ubicada en la calle de Morandé esquina con la de la Compañía. Esta antigua y señorial mansión fué transformada por completo en poco tiempo. El primer patio, que daba a la última de esas calles, fué convertido en un amplísimo vestíbulo, con luz zenital, amparado de la intemperie por una gran cubierta de cristales, y el segundo en salones de prensas, sobre los cuales se construyó un piso para talleres de linotipias, cajas, estereotipía, etc., etc., y en el resto del edificio se ubicaron las oficinas de redacción, crónicas, administración y otras (*). En este espacioso edificio, que adquirió todo el aspecto y las comodidades de los grandes periódicos de Europa y América, comenzaron a armarse las nuevas máquinas que iban llegando del extranjero, a instalarse los lujosos muebles que se habían construído especialmente para cada departamento, y a notarse el incesante trajinar de un enjambre de empleados y obreros que le daban semejanza de laboriosa colmena.

(*) Este edificio se quemó casi en su totalidad el 4 de noviembre de 1910. El fuego comenzó a las nueve menos cuarto de la mañana, y una hora después se había apoderado de todo el inmenso local. Unicamente se salvaron las murallas exteriores y algunas paredes maestras del interior. El incendio comenzó en el piso en que estaban instaladas las linotipias y los talleres de tipografía, compaginación, estereotipía y fotograbado. Este piso se desplomó, con lo que causó daños a las prensas. Las pérdidas fueron de gran consideración. Sólo unas cuantas máquinas se libraron de las llamas, pero con graves deterioros. A pesar de esta total destrucción, a las pocas horas todas las oficinas de redacción y administración estaban funcionando en la imprenta de "El Día" en donde se confeccionó e imprimió **Las Ultimas Noticias** de aquella y las tardes sucesivas. Tampoco sufrió interrupción la salida de **El Mercurio**. En este incendio, lo mismo que en el ocurrido en la edición de Valparaíso, en marzo de 1920, se quemó una valiosa exposición de cuadros al óleo instalada pocos días antes en el vestíbulo. En esta ocasión el pintor perjudicado fué don Pedro Lira. Un numeroso grupo de estudiantes de leyes se dedicó a salvar de las llamas la biblioteca, los libros de contabilidad y algunos mueblos de valor, junto con otro de empleados del diario. Este generoso y simpático rasgo lo premió el señor Edwards con la donación, al curso de leyes, de su valiosa biblioteca jurídica. A los tres días del siniestro comenzaron las obras de reconstrucción, y al mismo tiempo se encargaron a Estados Unidos toda la maquinaria y todo el material que se había perdido. El nuevo local, que quedó en mejores condiciones que el anterior, fué inaugurado a fines del año 1911.

El 15 de noviembre de 1902 se inauguró el nuevo local con la impresión de **El Mercurio** en el tamaño que usaba el de Valparaíso desde el mes de marzo de 1900. En ese mismo día apareció **Las Ultimas Noticias,** diario vespertino y segunda creación de don Agustín. El acto de la inauguración no tuvo la solemnidad que merecía porque la Empresa estaba de luto: hacía poco que habían fallecido don Hermógenes Pérez de Arce y don Jorge Délano Edwards, las dos columnas principales del gran edificio que había levantado el patriotismo y la fe en el triunfo del señor Edwards Mac Clure. Los puestos de esos ilustres periodistas fueron ocupados **por don Carlos Silva Vildósola y don** Joaquín Díaz Garcés, respectivamente, a quienes les correspondían por sus talentos, sus entusiasmos por la hermosa obra, y por la confianza que inspiraban de que sabrían mantener las tradiciones de actividad, celo y amor al diario que habían cimentado aquellos dos venerables servidores. Además, como también estaban contagiados de la divina locura de don Agustín, ello era suficiente para esperar que en sus manos la gran máquina seguiría andando con la seguridad de la fe y el acertado talento con que había sido puesta en marcha.

Y entonces fué cuando comenzó la gran labor, la labor más difícil y más notable. Lo que se había hecho hasta aquel instante no tenía la importancia de lo que iba a empezarse. Se había renovado todo el material y cambiado el aspecto exterior del diario; pero eso no era la finalidad del ideal que había dado origen a la transformación iniciada en 1900; eso era únicamente el plano sobre el que había de levantarse el nuevo edificio que sirviera de modelo a la prensa nacional, el edificio espiritual que substituyera a la vieja casuca ya anacrónica en los tiempos modernos. Lo que había de hacerse era de mayor trascendencia: era destruir todos los moldes, olvidar todas las fórmulas y crear un nuevo tipo de periodista, para lo cual había necesidad de salir al campo libre, a fin de recibir directamente la luz del sol; aspirar los aires puros que venían de todas partes, y mirar a los cuatro puntos cardinales sin las antiparas de los convencionalismos ni de los prejuicios ancestrales. Era salirse de la vida monótona, sedentaria y nociva que concebía la mente mecanicanizada para entrar a la actividad del vertiginoso movimiento de la vida real; era romper la cordillera que lo dividía todo, que a todo lo aislaba y lo mantenía desunido sin orientaciones y sin ideales; era un intento de modernizar las costumbres sobre los modelos

de afuera; era popularizarlo todo para crear una opinión ecléctica capaz de levantar el pendón de una cruzada de patriotismo sin miras mezquinas ni ideas estrechas basadas sobre leyendas de otros siglos.

Era, en fin, una revolución. Pero, dicho así, con toda sencillez, el concepto no adquiere la importancia que entonces tuvo ni su ulterior trascendencia. Muchas han sido las revoluciones que en diversos órdenes de cosas se han hecho en Chile y casi todas han triunfado porque su pueblo tiene espíritu especial de asimilación y es amante del progreso, y porque siempre ha precedido a cualquier movimiento revolucionario la suficiente evolución doctrinaria que lo ha preparado para recibir lo nuevo sin gran resistencia. Para la que intentaba don Agustín Edwards Mac Clure, ¿se había hecho la evolución necesaria? La contestación negativa es rotunda. La prensa chilena no había cambiado ni modificado sus métodos informativos desde hacía más de cuarenta años, desde los buenos tiempos de los señores Tornero y Urzúa que habían dado más amplitud a las páginas de texto con la introducción de algunas novedades. Unicamente "La Unión" había hecho algo a fines del siglo al aumentar un poco su sección telégrafica del exterior; pero en lo demás, todo era rutinario y ñoño en la prensa de la capital. No la había estimulado los progresos de los grandes diarios argentinos "La Prensa" y "La Nación", fundados, respectivamente, en 1869 y 1870. Por fortuna, el pueblo recibió muy bien la novedad que venía a hacer permanente y de paso a destruir todo lo anticuado y caduco.

Y empezó la segunda tarea, la más árdua y trascendental, la más revolucionaria y problemática, la más difícil y delicada con la modernización de la crónica, que se dividió en secciones y se le agregaron otras desconocidas en la prensa chilena; con la ampliación de las informaciones de provincias y la agrupación, por países, de las noticias extranjeras; con la multiplicidad de los artículos de redacción, que habían de ser de carácter enciclopédico, y con la fijación de determinados temas de interés público, en la sección editorial.

En otro tiempo la crónica ocupaba una o dos columnas, a lo sumo, y en ella se mezclaba toda clase de noticias o suceso local. Don Agustín hizo un número considerable de divisiones de ella, y de ahí nacieron la crónica social, la religiosa, la po-

lítica, la de instrucción, la militar, la policial, la de modas, la artística, la teatral y otras. A éstas agregó varias nuevas, entre ellas la deportiva, con el título de "Vida al aire libre", y que tanto desarrollo había de alcanzar más tarde. Entonces comenzaba la juventud a aficionarse al ciclismo, la natación, la boga, el tennis, y algún otro deporte más que practicaban con preferencia los extranjeros; pero luego fueron cundiendo entre los nacionales las sociedades de balompié (fútbol) y aumentando el número de pugilistas, y esta sección tomó proporciones capaces de cubrir por entero un número de cuatro páginas de los diarios del siglo anterior.

Los artesanos comenzaron a tener su sección con el título de "Vida Obrera", que fué una verdadera novedad. En ella se daba cuenta de todo el movimiento societario del proletariado sin limitación de espacio.

La crónica marítima cobró toda su importancia con la enumeración detallada de la carga de todo buque que entraba y salía de cualquier puerto de la República. Junto a ésta iba la de la aduana, en la misma forma amplia que se redactaba en los suplementos mercantiles que editaba el señor Tornero. La crónica comercial, que sólo la tenían los diarios porteños, la publicaba **El Mercurio** de Santiago con la misma amplitud que el de Valparaíso. En ella se daban precios de al por mayor y menor de los productos del país en cualquiera plaza importante de la República.

Otras de las novedades fué la implantación de la crónica militar, que se hizo célebre por las importantes materias que en ella se trataron referentes a determinadas reformas que en todas las armas del ejército se estaban estudiando.

A la crónica negra o policial se le quitó el aspecto repugnante y nocivo que tenía en la mayor parte de la prensa. **El Mercurio** daba la noticia escueta del caso, a fin de evitar la mala influencia que siempre han ejercido en el populacho los detalles minuciosos de los crímenes. Nuestro diario fué el primero que mantuvo una cruzada contra las publicaciones que explotaban el suceso criminal y escandaloso. Esta campaña ha dado ya sus frutos, puesto que son contadísimos los periódicos de carácter popular que se dedican con preferencia a este género repugnante; los diarios serios siguen el ejemplo de **El Mercurio.** Esta es una de las muchas campañas moralizadoras que nuestro periódico ha emprendido con excelente éxito.

De todas las innovaciones, la que mayormente llamó la atención fué la sección de telegramas del extranjero. Antes publicaba la prensa diaria una o dos columnas de noticias breves y con frecuencia confusas de las grandes ocurrencias de un reducido grupo de países europeos y de otro tanto americanos. El señor Edwards contrató un servicio tan amplio, que podía ocupar con él tres páginas de noticias de todas clases procedentes de cualquiera nación del mundo. Con esta ampliación refrendó **El Mercurio** su programa cosmopolita trazado en 1843. En otro lugar de esta parte hemos dado un breve resumen del servicio telegráfico de nuestro diario, y en él están consignadas las empresas y agencias que se lo han proporcionado y se lo están proporcionando, las cuales son las mejores que existen.

Unida a la anterior sección, descolló la destinada a informaciones de provincias. En cada población de la república se estableció un corresponsal para dar cuenta de todo suceso que ocurriera, sin limitación de espacio. Huelga señalar la importancia de esta sección que vino a poner en contacto directo a los habitantes del país. Estos corresponsales enviaban por telégrafo toda clase de noticias sin perjuicio de remitir por correo crónicas especiales acerca de cualquier tópico relacionado con las necesidades de cada población.

Todas estas secciones subsisten pero aumentadas considerablemente y con una organización perfecta.

Otra gran novedad fué la sección redactorial. Antes se trataban cuestiones políticas, jurídicas, científicas y literarias únicamente en la sección editorial que estaba encomendada a una sola persona. Estará demás advertir que algunas veces ciertos asuntos de esas u otras materias no se exponían con verdadero conocimiento, por más que sus autores fueran don Benjamín Vicuña Mackenna, don Manuel Blanco Cuartin o don Hermógenes Pérez de Arce, por no mentar a otros, todos de cultura enciclopédica. Tal sección se dejó para el comentario momentáneo de las actualidades de trascendencia, a cargo del redactor principal, y se creó la sección redactorial encomendada a un numeroso grupo de redactores y colaboradores especializados cada uno en una materia. De esta manera podía tratarse en forma de estudio concienzudo y acabado cualquier asunto relacionado con la higiene y salubridad públicas, la instrucción primaria y secundaria, las letras y las bellas artes, las ciencias sociales, la jurisprudencia y las leyes, las cuestiones internacionales, la economía

y las finanzas, las matemáticas y la astronomía, el ejército y la armada, la aduana y la marina mercante, las industrias y el comercio y otra infinidad de tópicos que ilustrarían suficientemente al público para orientarle la opinión. Un verdadero programa universitario encomendado a profesionales y técnicos.

La sección editorial adquirió nuevo aspecto con la pluma ágil y elegante de don Carlos Silva Vildósola. El artículo de fondo — como se le llama en Europa al editorial — que, como faro luminoso, orienta a la opinión pública por las tinieblas de todo asunto de interés general, empezó a nutrirse todos los días de pensamientos nuevos expuestos con claridad, lógica y brevedad que guiaban a puerto seguro. El problema de la conversión metálica y el del autoritarismo parlamentario, que habían sido planteados por don Hermógenes Pérez de Arce, resurgieron con entereza y bríos juveniles, y fueron dilucidados con mayor amplitud, con modernas ideas y con bizarra franqueza. El primer problema era muy viejo y se había intentado solucionar por medio de diversas fórmulas impracticables todas ante la pobreza del erario nacional; el segundo era novísimo, pues databa desde el fracaso del ensayo del régimen parlamentario establecido durante el período presidencial de don Jorge Montt, y tenía en su contra a todos los partidos. Una campaña constante de más de veinte años ha dado por resultado la restricción de las facultades de las cámaras legisladoras y la amplitud de las atribuciones del presidente de la República, establecidas en la reforma constitucional del año 1925.

Estas y otras reformas e innovaciones cautivaron al público, y **El Mercurio,** como en otros tiempos, se hizo dueño absoluto de la opinión general.

Esa obra revolucionaria, desconocida y sin precedentes en el país, fué acometida sin titubeos, sin miedos y sin consultar a nadie, porque ninguna persona, como don Agustín Edwards que concibió la idea de realizarla y la planeó por cuenta propia, la conocía como él que la había aprendido prácticamente en la universidad del periodismo moderno. Don Agustín se rodeó de gente joven y talentosa capaz de comprenderlo y de seguirlo en su peligrosa aventura hasta el final. Mozos todos activos y ansiosos de aportar a la gran obra los frutos de sus claras inteligencias abiertas a todas las novedades extranjeras adaptables a la idiosincrasia del país. Estos hombres nuevos tenían por jefes a don Carlos Silva Vildósola, mente equilibrada y nutrida de humanidades capaz de abordar todas las cuestiones de interés

general, y a don Joaquín Díaz Garcés, energía inagotable que a la vez que llevaba el peso de la administración deleitaba al público con sus inimitables artículos que firmaba con el seudónimo de **Angel Pino**.

Algunos antiguos servidores, acostumbrados a la rutinaria vida periodística del siglo anterior, no pudieron resistir aquel movimiento contínuo, aquel incesante trabajo que daba vértigo, aquella constante renovación de todo, aquel derroche de energías físicas y mentales que exigían las dos ediciones cotidianas, de diez o doce páginas cada una, con la multiplicidad de secciones que requerían conocimientos y aptitudes especiales. No pudieron adaptarse al nuevo ambiente aquellos fieles servidores, y se retiraron voluntariamente para dar entrada a jóvenes bien preparados que traían nuevas fuerzas físicas y espirituales que elevarían al diario al nivel de su progreso material. Y junto con los señores Silva Vildósola y Díaz Garcés, ayudantes principales de don Agustín, jefe superior y único conocedor de la técnica de la magna empresa, comenzaron a destacarse los grandes periodistas que durante un cuarto de siglo han creado un nuevo prestigio a **El Mercurio**, muchos de los cuales pasaron después a otras empresas periodísticas para inyectarles la savia de renovación que habían adquirido al lado de don Agustín, de aquel joven incansable y fecundo que cada día ideaba nuevas formas y nuevos procedimientos que personalmente ponía en práctica, ora con la pluma escribiendo gacetillas de crónica o artículos de redacción, ora en mangas de camisa junto a los mesones de la compaginación, ora con la plegadera en la mano doblando diarios en la empaquetaduría y dirigiendo el reparto de las suscripciones de provincias y del extranjero. Fueron muchos los que se graduaron de doctores en disciplinas periodísticas en esta universidad de la prensa chilena, cuyo rector daba el primer ejemplo de actividad en toda clase de faenas desde la más humilde del artesano hasta la más delicada del artista, y también el primer ejemplo de solidaridad y compañerismo que estimulaba al sacrificio en la labor y al amor en la amistad. Cuentan los que trabajaron durante esos febriles días de organización de las nuevas cosas, que no se conocían las horas de salida ni las de descanso. Se comenzaba una labor con la condición de dejarla terminada. Si una máquina no funcionaba bien, se juntaba el trabajo del día con el de la noche hasta que quedaba en perfecto estado. La casa de **El Mercurio** se convirtió en el hogar de muchos de los principales empleados

quiénes almorzaban, comían y hasta dormían allí cuando la faena era larga y penosa. Nadie dejaba quehacer alguno para después. porque todos tenían a orgullo presentar concluída la tarea que se le había encomendado.

Como de entre los empleados y obreros que habían ingresado antes de 1900 había ancianos con muchos años de servicios en **El Mercurio,** don Agustín los jubiló con pensiones vitalicias que aún sigue pagando el diario. Con el propósito de que los jóvenes que quedaban y los que fueran entrando se hicieran constantes en el servicio del periódico y al mismo tiempo dispusieran en cualquier instantes de algún dinero para casos apurados, instituyó las cajas de fondos de retiro y de ahorro. La primera se formaba con un interés anual que la Empresa daba semestralmente y con algunas sumas extraordinarias que la dirección acordaba, y la segunda con un pequeño descuento al primer sueldo aumentado y otro en cada gratificación semestral, más un interés que sobre el capital acumulado abonaba la Empresa. Estos fondos se suprimieron en 1925, o sea cuando se fundó la Caja Nacional de Empleados Públicos y Periodistas.

De entre los periodistas que sobresalieron por sus constantes y largas labores en **El Mercurio** y **Las Ultimas Noticias,** se recuerdan siempre con cariño a los señores Nicolás Novoa Valdés, Juan Larraín Martínez, Darío Risopatrón Barros (Martín Rivas), Guillermo Otero, Humberto Fernández Godoy, Alberto Cariola, Juan Estéban Ortúzar, Luis Navarrete, Carlos Varas (Montt Calm), Benjamín Vicuña Subercaseaux (Tatín), Eduardo García Guerrero, Enrique Tagle Moreno, Daniel Balmaceda, Manuel Magallanes Moure (M. de Avila), Alejandro Murillo Vildósola, Carlos Vicuña Mackenna, Félix Nieto del Río, Luis Popelaire, Juan Baeza, Juan de Dios Jofré, Eduardo Grez Padilla, Luis Ramírez Talavera, Emilio Rodríguez Mendoza, Moisés Vargas, Manuel J. Ortíz, Tomás de la Barra, Nicolás Molinare, Miguel Angel Gargari, Luis de la Carrera, Eduardo Contardo, Zenón Segundo Murillo, Augusto Millán, el doctor Ponce, Salvador Nicosía, Emilio del Villar, Fernando Murillo, Víctor Domingo Silva, Ricardo Donoso, Ernesto Montenegro, etc., y un centenar más que constan en los libros del numeroso personal de la Empresa .Algunos de ellos han fallecido, y muchos se han retirado del periodismo para dedicarse a la carrera diplomática y consular; para desempeñar importantes cargos públicos, o se han acogido al reglamento del Fondo de Retiro, y últimamente a la ley de jubilaciones.

De los que se formaron en los primeros años de este cuarto de siglo fecundo y glorioso del periodismo chileno, y que aún continúan prestando valiosísimos servicios en **El Mercurio,** debemos mencionar a don Guillermo Pérez de Arce, hoy director-gerente y en quien descansa todo el enorme peso de la vasta Empresa; don Emilio Vaisse (Omer Emeth), el crítico maestro y erudito escritor que fundó en Chile la verdadera crítica literaria y a quien las letras chilenas tanto le deben por las sabias orientaciones que está dando, desde veinte años atrás, a la juventud amante de las bellas letras; a don Clemente Díaz León, el simpático y activísimo sub-director que comenzó su carrera en **El Mercurio** desde el humilde puesto de corrector de pruebas y que ha llegado al importante y delicado cargo que desempeña con el mayor celo después de haber pasado por todas las secciones de la crónica; a don Joaquín Lepeley, actual director de **El Mercurio** y **La Estrella** de Valparaíso, que ha hecho rápida y brillante carrera; a don Rafael Luis Barahona, distinguido político, que después de desempeñar diversos cargos de responsabilidad en la edición porteña. fué ascendido a redactor principal de ella; a don Guillermo Tellechea, otro excelente redactor de Santiago; a doña Rosa Varas Valdés, encargada de traducir las novelas del folletín del diario; a don Julio Pérez Canto, redactor principal en cuestiones económicas y financieras, varias veces director de **El Mercurio;** a don Alfredo Briceño, actual administrador de las ediciones de Santiago que ha llegado a tan importante puesto después de laboriosa actuación en la sección administrativa; a don Armando Donoso, joven y brillante escritor, conocido en Europa y América por sus meritísimos estudios literarios que le han colocado en la primera fila de los críticos hispano-americanos; don Francisco J. Díaz, ilustre general que escribe interesantes estudios militares desde que ingresó en el ejército.

Esta segunda y trascendental tarea de renovación quedó cristalizada a fines de 1904. Las dos ediciones de Santiago y la única de Valparaíso marchaban con regularidad matemática. Sobre el modelo que había resultado se inició, a principios del año siguiente, la era de fundaciones de diarios que hemos detallado en el capítulo VI de esta parte de la historia de **El Mercurio.** Aunque esa nueva misión no dejaba de proporcionar quebraderos de cabeza, don Agustín ideó otra empresa tanto o más aventurada, difícil y penosa que la anterior: la instalación de una gran imprenta para editar revistas de actualidades, de literatura y arte. En el capítulo dedicado a la fundación de la

"Empresa de Zig-Zag" está historiada circunstanciadamente esta nueva aventura editorial, que constituye el mayor de los esfuerzos y a la vez el más señalado de los triunfos que se registran en la historia de las revistas literarias e ilustradas de la América del Sur. Antes de emprender esta nueva empresa, estuvo otra vez en Estados Unidos aprendiendo el tecnicismo y la dirección artística y administrativa de esta clase de publicaciones.

Hemos diseñado a largos trazos la labor editorial de don Agustín Edwards. Este breve resumen dará una idea de su gran obra de renovación periodística que entraña otra de transformación espiritual. Si la hubiéramos tenido que reseñar detenidamente y como merece, ella se hubiera salido de los límites de los varios capítulos en que la hemos mostrado para pasar a formar un voluminoso libro que constituiría los fastos completos de todo el movimiento periodístico y mucho del desenvolvimiento literario y artístico de Chile durante un cuarto de siglo.

Tal labor representa desgaste grande de energías mentales y una actividad física asombrosa. Sin embargo, durante el período más febril de ella tuvo tiempo don Agustín para militar en la política activa, luchar en el parlamento, laborar intensamente en el gobierno, representar al país en importantes naciones europeas y escribir bastante para la prensa y para el libro.

En efecto, en 1900, cuando contaba veintidós años de edad, fué elegido diputado al Congreso Nacional por el departamento de Quillota, al cual estuvo representando durante tres períodos consecutivos hasta el año 1912. En 1902 ocupó la vice-presidencia de la Cámara, y al año siguiente se hizo cargo del ministerio de Relaciones Exteriores.

Su carrera política no podía ser más rápida y brillante.

En 1905 volvió a ocupar el mismo cargo ministerial, y a la vez, interinamente, el del ministerio del Interior.

Al año siguiente comenzó su carrera diplomática con el cargo de enviado extraordinario a la boda del rey Alfonso XIII y luego a la coronación de Jorge V de Inglaterra. Después fué, sucesivamente, ministro plenipotenciario en España, Italia, Suiza y Suecia.

En 1909 lo llamó el presidente don Pedro Montt para encomendarle el ministerio de Relaciones Extranjeras, y poco después se hizo cargo del de Hacienda, en cuyo carácter firmó el mensaje que acompañaba a la ley en que el presidente Montt autorizó nuevas emisiones de papel moneda.

Después de dos años de activa labor gubernativa, fué nom-

brado ministro plenipotenciario en Gran Bretaña, cargo que desempeñó brillantemente hasta 1923.

Durante veintiséis años de vida pública ha desempeñado muchas e importantes comisiones de carácter extraordinario que le han acrecentado su reputación en el mundo político y diplomático dentro y fuera de su país.

Ha sido representante de la Cruz Roja Chilena ante el Consejo de la Cruz Roja Internacional residente en Suiza.

Como delegado de la Comisión Chilena en la Liga de las Naciones, durante tres años consecutivos, fué elegido presidente de la tercera asamblea de esa corporación internacional celebrada en el mes de septiembre de 1922.

A principios de 1923 regresó a Chile, y fué nombrado presidente de la Quinta Conferencia Internacional Pan-Americana efectuada en Santiago durante el mes de abril de dicho año.

Por último, el gobierno del presidente Alessandri dió a don Agustín el delicado encargo de representar a Chile ante la Comisión Plebiscitaria que se reunió en Arica durante el segundo semestre de 1925, en conformidad a las bases del Protocolo de Washington firmado el 20 de julio de 1922.

También como escritor tiene el señor Edwards un prestigio consolidado. En su juventud escribió, aparte de los artículos de diario y los cuentos que vieron la luz en El Mercurio, "Lo que vi en España". interesante libro de impresiones de viaje; "Las tres fiestas de Sevilla", descripciones de la vida pintoresca de la gran ciudad andaluza, y otras obras de interés.

CAPITULO XIII

LA REDACCION DESDE EL AÑO 1902 HASTA EL DE 1927

La segunda etapa de la tercera época redactorial la inicia don Carlos Silva Vildósola. — La personalidad de este ilustre periodista al ingresar en "El Mercurio." — Estado del régimen parlamentario en los primeros años del presente siglo. — Resumen del período presidencial de don Germán Riesco. — Los partidos políticos desde 1891 hasta 1924. — Importancia que adquirió "El Mercurio" con el señor Silva Vildósola. — La retirada temporal del director-administrador don Joaquín Díaz Garcés. — Don Carlos Silva Vildósola asume el cargo de director sin dejar el de editorialista principal. — La independencia de "El Mercurio" durante la época en que don Agustín Edwards fué ministro de Estado. — Juicio que mereció a "El Mercurio" la labor presidencial de don Pedro Montt. — Los partidos políticos y el gobierno de don Ramón Barros Luco. — Retiro temporal del señor Silva Vildósola. — Le sustituye el redactor don Julio Pérez Canto. — Los editorialistas don Luis Navarrete, don Juan Larrain y don Guillermo Pérez de Arce. — Los editorialistas de la edición de Valparaíso don Humberto Fernández Godoy, don Guillermo Pérez de Arce y don Rafael Luis Barahona. — Resumen del período presidencial de don Juan Luis Sanfuentes. — Regreso de Europa del señor Silva Vildósola. — Su labor como corresponsal del diario durante la guerra europea. — La candidatura presidencial de don Arturo Alessandri y la actitud de "El Mercurio." — Resumen del período presidencial 1920 - 1925. — "El Mercurio" frente a los últimos acontecimientos políticos. — La labor de don Carlos Silva Vildósola durante un cuarto de siglo.

En el capítulo XI hemos descripto la primera etapa de la tercera época redactorial, que llega hasta el 15 de septiembre de 1902 en que cesó en su cargo de editorialista don Luis Barros Borgoño, sucesor interino del señor Pérez de Arce, y comenzó su período el presidente don Germán Riesco.

El nuevo redactor se llamaba don Carlos Silva Vildósola. joven y brillante periodista que llevaba una rápida y hermosa carrera diplomática.

El señor Silva Vildósola contaba a la sazón treinta años de edad y era ya un escritor consagrado por el público y la crítica. En su infancia, cuando aun era estudiante en el Colegio de San Ignacio en donde cursó los dos últimos años de humanidades, escribió en verso "Una peregrinación al Santuario de Andacollo", que mereció los honores de la inserción en el libro "La iglesia en Chile" que la Academia Literaria de dicho Colegio dedicó al Papa León XIII con motivo de su jubileo sacerdotal celebrado en 1887. Al año siguiente publicó en la "Revista de Artes y Letras", de la capital, una preciosa novela corta intitulada "La Montaña", que más tarde fué reproducida en el folletín del diario "El Chileno". Desde entonces se consagró a las letras y dió a la publicidad artículos costumbristas y algunas poesías que fueron muy bien acogidos, hasta que en 1892 pasó a Concepción para fundar y dirigir el diario conservador "El País". Aquí reveló sus innatas aptitudes de periodista, por lo que poco después, en 1895, se le ofreció el puesto de redactor en "El Chileno," de Santiago, pequeño diario cuyo ejemplar valía a centavo. Con el señor Silva Vildósola, esta publicación, que era de poca importancia política y literariamente considerada, adquirió tal prestigio, que se hizo la más popular de Chile hasta el término de lanzar cincuenta mil ejemplares diarios. En ese periódico se formó el famoso periodista don Joaquín Díaz Garcés, que ingresó dos años después qué don Carlos.

En 1900 dejó el periodismo para seguir la carrera diplomática. En ese año fué nombrado secretario segundo de la Legación Chilena en Londres, y al siguiente se le ascendió a la primera categoría. En estas circunstancias se encontraba cuando don Agustín Edwards Mac Clure lo eligió para que ocupara el puesto de redactor principal de **El Mercurio,** cuyos detalles hemos dado en el capítulo anterior.

Don Carlos continuó la marcha espiritual que le había impreso don Hermógenes Pérez de Arce, aunque modificada en lo político por don Agustín Edwards.

Como se recordará, aquel ilustre editorialista había iniciado una campaña contra el régimen parlamentario, ensayado con la mayor buena fe durante el quinquenio de don Jorge Montt y que fracasó apenas comenzado. Con el redactor que empezaba la ac-

tual etapa redactorial se acentuó esa oposición que **El Mercurio** mantuvo sin decaimiento hasta que consiguió la reforma constitucional de 1925.

No fué esta campaña una misión política: fué un apostolado patriótico encaminado a librar al país de ulteriores trastornos revolucionarios. La constitución de 1833 aseguraba al presidente derechos omnímodos que le fueron quitados paulatinamente hasta convertir al primer mandatario en figura decorativa desde el punto de vista constitucional, y en blanco paciente y sumiso a donde iban a parar todos los tiros de las discordias de los partidos. En realidad de verdad, eran éstos los que mandaban en medio de la anarquía perpetua en que vivían entre sí. Era ese un régimen que hacía de los presidentes "el juguete de las facciones políticas desorganizadas que los entrega maniatados a un juego en que los intereses individuales suelen primar sobre los generales y les estorba toda iniciativa", como decía **El Mercurio** al analizar las causas de la muerte del ilustre presidente don Pedro Montt, víctima del autoritarismo del régimen parlamentario.

En esa ocasión trazó nuestro diario un cuadro verídico, exacto y perfecto de este decantado régimen. Es un precioso estudio, del cual creemos conveniente tomar algunos párrafos que dan completa idea de un estado de cosas que duró unos treinta y tres años y que sin duda estorbó en varias ocasiones la marcha del progreso material del país.

No sólo queremos reproducir esos conceptos escritos bajo la impresión de un instante solemne y conmovedor para que conste la protesta de **El Mercurio**, sino para que la historia general de Chile tome nota del sentir de un periódico que representa la opinión independiente, que es la más ecuánime y sensata. La historia patria se suele escribir en Chile con distinto método del empleado por los historiadores europeos: se prescinde del criterio de la prensa y se acoge el de cualquier personaje político como si el de éste reasumiera el de una parte considerable de la nación:

"¿Qué es un presidente de la República, decía, en nuestras actuales prácticas políticas? Si no se resigna a ser el instrumento de cada uno de los grupos que se suceden en el gobierno, debe afrontar los ataques de todos, el descontento de todos y las maldiciones de todos. . .

"¿Qué debería ser un presidente en el régimen parlamentario normal y correcto? Un poder armónico con el Legislativo,

con su esfera de acción propia en la cual le está reservada la tarea de administrar mientras las cámaras legislan y fiscalizan.

"A estas dificultades del régimen que se halla, como decíamos, en un período de evolución, y que algún día llegará a su equilibrio y perfeccionamiento, es preciso agregar todavía dos elementos que pesan sobre el jefe del Estado como una carga penosa: el ataque crudo y sistemático de la prensa y la murmuración incesante de la opinión más autorizada o más ruidosa, que es la que se forma en la capital, en sus clubes, en sus tertulias y corrillos.

"El Presidente de la República vive en Chile colocado en una altura donde es el blanco de todos los disparos, de todas las acusaciones, de todos los descontentos, sin poder defenderse y sin que, las más de las veces, logre imponer en torno suyo, en medio de la baraunda de las pasiones, el respeto que merecen sus rectas intenciones, su espíritu de trabajo, su celo patriótico.

"Así se comprende que Errázuriz Echaurren falleciera en plena juventud antes de terminar su período; que don Germán Riesco se viera obligado dos veces a abandonar el gobierno, y que don Pedro Montt haya sucumbido bajo el peso de la montaña.

"Hemos hecho de la presidencia un sitio de torturas en el cual nos complacemos en mantener fijas las miradas para que no cese ni un solo día en cinco años la lluvia de ataques, de cargos, de recriminaciones, de denuestos.

"Pasan los cinco años y el ex-presidente, vivo o muerto, va poco a poco recibiendo la reparación, se le reconocen méritos, se le juzga patriota, laborioso, inteligente y honrado. Pero durante el período, son pocos los ciudadanos que se atreven siquiera a negar la efectividad de los abrumadores cargos.

"Un temperamento activo, un hombre preparado, un estadista de raza, un político de principios, un administrador público eminente como don Pedro Montt, lucha contra la mole que lo detiene y que le cierra el paso y que le arroja acusaciones: y la lucha es más reñida y dolorosa mientras mayores son las energías del luchador; pero, al fin, la naturaleza se rinde, se agota y la mole derriba a su víctima.

"En esta hora en que comienza para don Pedro Montt el reconocimiento de lo que fué, de lo que hizo, de lo que pudo haber hecho, es preciso reflexionar sobre las condiciones que hemos creado en torno de la presidencia por nuestras malas prácticas.

"Ha habido momentos en que ese cargo ya no era una jefatura del Estado, no era el centro de un poder público, sino un lugar de tormento, de cruel e implacable tormento, al cual cada ciudadano se cree con el deber de allegar su lanzada".

Como se ha podido ver, el nuevo redactor sabía interpretar la opinión sensata del país.

Emprendió algunas campañas en pro del progreso nacional, y durante el período presidencial de don Germán Riesco mantuvo al diario en la más estricta neutralidad cuando se suscitaban conflictos entre el poder legislativo y el presidencial, como puede apreciarse por estos párrafos del editorial del 17 de septiembre de 1906 en que se juzgó la gestión gubernativa del ilustre mandatario:

"Podemos, sí, sin temor de equivocarnos y seguros de no ser rectificados más tarde, decir que la administración del señor Riesco marcará en la historia de Chile un período de extraordinario desenvolvimiento y de evidente prosperidad. Sea cual fuere la parte que en esos resultados debe atribuirse al Presidente y su Gobierno, o a las solas fuerzas vivas de la nación, es un hecho indudable y que sería insensato negar, que Chile se ha desarrollado en estos cinco años en las condiciones más felices, tanto en el orden económico, como en todos los aspectos de su vitalidad.

"Ha desaparecido la crisis monetaria, por lo menos en sus manifestaciones más violentas; ha renacido la confianza de los capitales; se han producido vigorosos movimientos para invertirlos en la explotación de las riquezas naturales del país y de los vecinos; ha nacido el espíritu de empresa; han brotado rápidamente industrias nuevas, y se ha acrecentado la producción nacional en forma prodigiosa.

. . . .

"El primero de los factores que obraron para devolver su vitalidad económica y facilitar este renacimiento del comercio y las industrias, es la solución del litigio de límites con la República Argentina, que durante cerca de medio siglo había pasado sobre nosotros como una amenaza, como una causa de desconfianza y como una fuente de estériles sacrificios para el Erario. El presidente Riesco fué desde los primeros momentos un convencido partidario de la paz de la solución amistosa, del acercamiento después de la solución. Tuvo la suerte, que no alcanzó su predecesor, aunque había perseguido con la misma intensidad

estos ideales, de verlos realizados y ello constituye una gloria para el período que hoy termina.

"La misma política vemos aplicada al arreglo de la cuestión de límites con Bolivia y liquidación de la situación provisoria que se mantenía desde la guerra. El tratado de paz con este país nos vincula a él por medio de lazos comerciales y económicos de todo género. iniciando una política que es nueva en Sud América y que prestará los más grandes servicios al progreso de estas Repúblicas.

"En la cuestión de Tacna y Arica esta administración no ha logrado avanzar sustancialmente hacia la solución que el país desea, pero se ha preocupado seriamente y con éxito de acentuar en aquella provincia la soberanía de Chile, iniciando obras públicas que servirán su progreso y que la incorporarán más estrechamente a la actividad general de la República.

"Merece mencionarse la parte que durante la administración Riesco ha tomado nuestro país en la vida diplomática americana, pues la política seguida a este respecto ha sido de acercamiento a los Estados Unidos, de vinculación más y más estrecha y simpática con países como el Brasil y la República Argentina, con los cuales tenemos intereses paralelos, y de cordial inteligencia con todas y cada una de las Repúblicas hermanas.

... ...

"Concurren de igual modo al fomento del progreso nacional ciertas grandes obras públicas iniciadas bajo la administración del señor Riesco y algunas de las cuales fueron objeto de un vivo y personal interés del Presidente. De este número son los ferrocarriles trasandinos de Uspallata y de Antuco, el alcantarillado de Santiago, la pavimentación definitiva de la capital. el puerto de Valparaíso, el ferrocarril de Arica a La Paz, el puerto de Talcahuano y otras de menor importancia.

"Todas esas obras serán con el tiempo verdaderos monumentos nacionales, factores grandiosos del progreso y desarrollo del país. Y no será posible separar de ellas el nombre del Presidente bajo cuya administración se iniciaron y que se interesó por su aprobación y ejecución".

Durante este período se habían manifestado con cierta organización interna siete partidos o, mejor dicho, agrupaciones políticas a las órdenes incondicionales de otros tantos jefes que imponían sus opiniones personales, pues en realidad de verdad en Chile no han existido partidos políticos guiados por un credo

con prescindencia personalista como existen en Europa, tanto en los países republicanos como en los monárquicos. Un historiador moderno muy popular y bastante independiente, dice que durante la "dominación conservadora" no hubieron más que dos partidos: conservador y liberal, y durante la "dominación liberal" hubieron cuatro: conservador, liberal, nacional y radical. "Estos tres últimos con frecuencia unidos y considerados como una sola entidad" que constituyeron el llamado "Liberalismo". El mismo autor agrega a continuación: "Desde la revolución de 1891 hasta 1924, se manifestaron siete. A los cuatro anteriores se agregaron el partido liberal democrático, formado por el núcleo político que apoyó al presidente Balmaceda durante la revolución; el partido demócrata constituído antes (1887), pero cuya representación parlamentaria no vino a tener algún influjo sino mucho después, y el grupo liberal independiente, partido sin base popular, reducidísimo, que sólo se dejaba ver en el Congreso, sosteniendo sin programa conocido y según el criterio de sus hombres las ideas que creían convenientes y oportunas".

Como estos siete partidos estaban inspirados por sus respectivos jefes, tenían forzosamente que prescindir de sus programas cada vez que iban a la lucha, puesto que el interés de cada uno era más personal que nacional, como se vió en todas las elecciones que se efectuaron durante el régimen parlamentario. Cuando llegó el tiempo de elegir al que había de suceder al señor Riesco, las siete entidades se dividieron tanto, que las alianzas desaparecieron. Entonces se formaron dos grandes agrupaciones que nombraron candidatos por medio de convenciones: La que primero lo hizo fué la Unión Liberal, compuesta por los partidos liberal, radical y nacional, que eligió casi por unanimidad a don Pedro Montt el 26 de abril de 1906. La segunda, mucho más numerosa, se denominaba Coalición Conservadora Liberal-democrática, que proclamó a don Fernando Lazcano el 10 de mayo.

Triunfó el primer candidato por una gran mayoría.

El Mercurio, que simpatizaba con el partido nacional, se declaró neutral en cuanto comenzó la contienda. Cuando fué proclamada la candidatura del señor Montt hizo resaltar en un largo artículo sus méritos políticos, pero sin recomendar la candidatura. Durante el período electoral dió cabida en sus columnas a las opiniones de todos los partidos.

Cuatro años llevaba el señor Silva Vildósola dando pruebas

de una fecundia asombrosa, de un enciclopedismo riquísimo y, sobre esas excelencias, un criterio bien equilibrado. Escribía tres o más editoriales por día para atender a las dos ediciones de Santiago. Abordaba todas las cuestiones de mayor actualidad con precisión y claridad en artículos breves y correctísimamente escritos. En este escritor se reunía el conocimiento del espíritu del idioma que caracterizaba a don Manuel Blanco Cuartin y el caudal humanístico de don Hermógenes Pérez de Arce.

Con este editorialista ágil, nervioso y de estilo moderno que se hacía leer de todos y se le tenían en cuenta sus consideraciones; con los cuatro o seis redactores que **nutrían** diariamente las columnas de redacción con artículos sobre política, arte y literatura, y con una docena de colaboradores científicos. **El Mercurio** era otra vez el diario más importante y sesudo de la República.

En el año 1907 se retiró temporalmente don Joaquín Díaz Garcés, el ilustre escritor que llevaba el peso de la administración y a la vez dirigía el diario desde 1902. Se retiró para descansar algún tiempo en Europa, desde donde envió una hermosísima serie de artículos espirituales que constituye una de las más valiosas joyas de su extensa labor literaria. Como no había persona alguna con mayor capacidad y autoridad que el señor Silva Vildósola para ponerse al frente de la dirección, a él se le dió ese cargo. La administración se le encomendó a don Guillermo Cienfuegos.

Durante la larga vida de **El Mercurio** ésta era la primera vez que el editorialista principal dirigía la redacción general, y la crónica de informaciones del país y del extranjero. (*) La dirección espiritual seguía a cargo de don Agustín Edwards, quien la llevaba con el mayor celo independiente desde 1898, ateniéndose además a la recomendación de su señor padre, de que "**El Mercurio** debe ser el moderador entre las opiniones extremas". Y de tal manera mantuvo la integridad de su programa, que en las diversas ocasiones en que fué ministro de Estado no sólo dejó siempre que su editorialista juzgase los actos del gobierno en conformidad al tradicional carácter del diario, sino que hasta se negó en varias ocasiones a darle determinadas informaciones acerca de interesantes gestiones de su departamen-

(*) En el capítulo que sigue se describen las evoluciones que han sufrido los principales cargos del personal de **El Mercurio** y las funciones de cada uno en la actualidad.

to ministerial, y rasta llegar al extremo de que todos los diarios de Santiago las publicaban antes que **El Mercurio.**

Bajo la dirección de don Carlos Silva Vildósola el diario ofreció la singular particularidad de una perfecta armonía en todas sus secciones. El comentario editorial estaba perfectamente ajustado al artículo de redacción y a las informaciones de crónica, cosa que con frecuencia no había podido conseguirse en la prensa chilena por la natural razón de que el director y el editorialista eran distintos cargos.

Esta uniformidad en todas las secciones del diario vino en tiempo propicio. El casi inesperado triunfo de don Pedro Montt representaba la ansiedad pública de devolverle al presidente parte de los poderes mermados en vista del fracaso ruidoso del régimen implantado con la revolución de 1891. Y **El Mercurio,** que había sido el primer diario que lo reconoció y el único que levantó protesta por la dictadura intransigente de las cámaras, se puso, con la fusión de los dos cargos, en excelentes condiciones para terminar triunfante su antigua y perpétua campaña.

Y comenzo la lucha tenaz y encarnizada. El editorialista, a pecho descubierto, audaz y bizarro, lanzaba sus proyectiles en defensa de los fueros y el consejo presidencial cada vez que el parlamento ponía trabas al desarrollo del programa progresista que el señor Montt se había trazado y estaba propuesto a llevar a la práctica. El empecinamiento de los grupos de la oposición y la constancia del Presidente en sus laudables propósitos, fueron las causas de la muerte prematura de este ilustre estadista.

Al acaecer su fallecimiento en Alemania (*), a donde había ido a recobrar la salud y las energías gastadas en la desigual contienda que había mantenido durante tres años y medio, **El Mercurio** le dedicó largos editoriales en los días 17 y 18 de agosto, del segundo de los cuales hemos copiado algunos párrafos al referirnos a la dictadura parlamentaria. El primero de ellos es una hermosa semblanza del noble mandatario. He aquí algunos acápites:

"Puede decirse que este hombre extraordinario no tuvo juventud, porque toda ella fué una labor incesante de estudio, una preparación consciente y metódica para las funciones pú-

(*) Don Pedro Montt falleció en Bremen el 16 de agosto de 1910. Se sintió enfermo en el mes de abril del año anterior, y dos meses antes del de su muerte, sufrió un fuerte ataque de asma cardíaca. Esta gravedad fué la que obligó al gobierno a enviarlo al extranjero para que se restableciera.

blicas a que lo llamaba su vocación, a que lo arrastraban sus inclinaciones y que fuertemente lo empujaba el ejemplo de su padre, el ilustre Presidente don Manuel Montt, de cuyas virtudes iba a ser el heredero legítimo.

"Sus estudios prolijos e incesantes, sus viajes por Europa y los Estados Unidos, todo se dirigía en su mente infatigable hacia ese propósito que animó toda su existencia y que fué el objeto de su vida: el servicio del país.

"Tenía a su disposición, para consagrarse de tal manera a la árdua labor, condiciones personales que difícilmente volverán a reunirse en un hombre de nuestra raza, pues unía a una inteligencia clara, una voluntad de hierro, una perseverancia inquebrantable, una memoria de primer orden y un temperamento físico y moralmente resistente.

"Así pudo pasar por los años juveniles inclinado sobre los libros, recorriendo la historia del mundo, penetrando el pensamiento de los filósofos, de los juriconsultos, de los sociólogos. Así pudo continuar más tarde en pleno vigor de la edad viril, la tarea que nunca dejó, de estudiar en los libros y de examinar las condiciones de su país. Así pudo entrar en la política y en la administración, armado desde el primer momento de una preparación excepcional que le dió autoridad, prestigio, situación prominente.

"Su carrera política fué dura y áspera. El temperamento inflexible, la tenacidad de sus propósitos, la rigidez de sus principios, su amor al orden y a la autoridad, tenía que suscitarle dificultades y las halló constantes, numerosas, capaces de haber rendido cualquiera naturaleza que no fuera la vigorosísima de la que estaba dotado.

"Miembro del Congreso, don Pedro Montt se convierte desde el comienzo en uno de los diputados más laboriosos, en el alma de las comisiones, en el centro de una labor de estudio que atrae la consideración y el respeto de sus mismos adversarios.

"Ministro de Estado, se señala por una potencia de trabajo estupenda, que rinde a los más fuertes y que le permite realizar en corto plazo obras que a otros habrían exigido largos años.

... ...

"Los boletines de ambas cámaras están llenos de su labor. Su nombre figura al pie de las leyes más importantes que en los últimos treinta años se han dictado en el país. Su opinión manifestada en discursos de una gran sobriedad y de una lógica vigorosa, hacían opinión y dejaban huellas imborrables. Sus cam-

pañas en favor de reformas prácticas, de la legislación en contra de abusos administrativos y para el mantenimiento de las tradiciones nacionales, tenían una resonancia intensa en todo el país.

"Y fué en la presidencia donde todas sus facultades se desplegaron vigorosamente, donde sus energías se redoblaron, donde su amor al progreso lo empujó como un huracán hacía las más atrevidas empresas, donde se apoderó de su espíritu una especie de sublime locura del servicio público en que iban a naufragar con su salud, sus energías físicas y más tarde su vida.

. . . .

"Podemos decirlo sin vacilar un punto y seguros de que la historia nos dará la razón: Pedro Montt dió a su país en cuatro años de Gobierno un impulso de veinte años de progreso, y se quitó en los azares y amarguras de la presidencia veinte años de su vida.

"Desde hoy su nombre queda incluído en la galería de los grandes Presidentes de Chile, de aquellos que son orgullo de su patria, ejemplo de las generaciones venideras y estímulo para los que quieran cumplir como él lo hizo los más ásperos, más ingratos y más patrióticos deberes".

Sustituyó a don Pedro Montt el vicepresidente don Elías Fernández Albano, quien falleció a principios de septiembre de 1910. Entonces se hizo cargo de la presidencia don Emiliano Figueroa Larraín, distinguido político de quien dijo **El Mercurio** del 23 de diciembre del mismo año, al efectuarse la transmisión del mando, que era "hombre sin ambiciones pero sinceramente patriota, que había probado antes en diversos cargos públicos su preparación para el servicio del país, y su Vicepresidencia le ha servido para demostrar además a sus conciudadanos que tiene la prudencia, el recto criterio, el patriótico anhelo, el espíritu público que se necesitan para que no se interrumpiera la honrosa tradición de los buenos presidentes de Chile".

El señor Figueroa presidió las fiestas del primer centenario de la independencia de Chile y logró armonizar las voluntades durante la elección de presidente de la República.

Sucedió al señor Montt don Ramón Barros Luco, antiguo y prestigioso político que se destacaba de la generalidad de los estadistas por su carácter sereno, recto e independiente. Fué elegido candidato en una convención de liberales, y como todos los partidos estaban en desavenencia y, por consiguiente, inca-

pacitados para organizarse como antes en dos grandes agrupaciones con el fin de entrar disciplinados en la batalla electoral, los conservadores optaron por apoyar al señor Barros Luco, que representaba el término medio por sus ideas moderadas. Y el candidato del liberalismo resultó elegido por unanimidad. Este período habría de ser de tregua entre el Parlamento y la Presidencia; que si ésta había sucumbido en la inicua contienda, su contrincante no había quedado muy bien parado. Por esta razón el nuevo quinquenio tenía que ser de armisticio porque la lección había sido bien dura.

El gobierno del señor Barros Luco se distinguió por su respeto a las Cámaras y su absoluto alejamiento de las influencias de camarillas políticas. Fué el señor Barros Luco "vínculo viviente que unía en la Moneda el presente con pasados y más felices gobiernos", y que puso "al servicio del país, con filosófica tranquilidad, un espíritu sobre el cual no obró jamás la lisonja ni pudo impresionar la pasión ni el pánico".

Para conseguir esta armonía llevó la paz a los partidos, pero en cambio éstos se desorganizaron completamente. El señor Barros Luco, según opinó **El Mercurio**, tuvo que hacerse la "reflexión de que el hombre es siempre el mismo y necesita ser guiado. A él le entregaron el gobierno de la unanimidad y así devuelve un gobierno sujeto a condiciones, fruto de transacción constante entre un Parlamento ensoberbecido y un poder presidencial desmedrado".

Lentamente iba aumentando **El Mercurio** el número de sus páginas y a la vez ensanchando sus numerosas secciones de crónica. Esto significaba para el director atenciones más detenidas y largas en el exámen de los artículos de redacción y en la revisión de ciertas informaciones de crónica, en particular las de los movimientos políticos, tareas que, cada una de por sí, eran pesadas para una sola persona. Y entonces fué cuando se creó el cuerpo de editorialistas, escogido de entre los que servían la redacción. Varios fueron los que se encargaron del comentario editorial de determinadas y delicadas materias, de todos los cuales quedan gratas memorias, singularmente de don Juan Larraín Martínez y de don Luis A. Navarrete, que escribía sobre cuestiones financieras y económicas. Este excelente escritor se distinguió siempre por sus grandes conocimientos en materias administrativas. Cuando era aún muy joven, el presidente Balmaceda lo hizo su secretario particular al notar en él poderosa inteligencia, ex-

tensa cultura y gran discreción. Durante la administración de don Federico Errázuriz fué secretario de la Intendencia General del Ejército, y desde este empleo pasó a la administración del impuesto de alcoholes, y él fué quien dió la pauta para la organización de ese servicio. En el editorial necrológico que le dedicó **El Mercurio** en el mes de febrero de 1910, se dice que en todos los puestos administrativos que estuvo "demostró una preparación extraordinaria y un espíritu para el servicio del Estado que recordaba los funcionarios de otros tiempos".

"Esa preparación extensa y profunda en problemas económicos y administrativos había sido adquirida por Luis Navarrete en sus lecturas constantes de libros y revistas, y abarcaba las grandes teorías clásicas de la economía política y de la ciencia administrativa y el desarrollo de las instituciones modernas en la práctica. Ningún problema de este orden podía sorprenderle, ninguna doctrina le era desconocida, ningún fenómeno social era para él una novedad.

"Apasionado de los libros, vivía sobre ellos, consagrándoles todas las horas que el trabajo para ganarse la vida le dejó libre.

"En 1907 vino a la redacción principal de **El Mercurio**, y estamos ciertos que ningún lector de este diario ha podido olvidar sus sabias y brillantes campañas sobre el puerto de Valparaíso, sobre la regularización de las finanzas nacionales, sobre el sistema tributario, sobre las oficinas de Hacienda, sobre todas las grandes cuestiones que los tres últimos años han agitado la opinión pública.

"A mediados del año último se alejó de nuestro lado para tomar la dirección de "El Heraldo" de Valparaíso, pero precisamente en estos días y llamado por la Dirección de nuestro diario, había vuelto a su labor y había publicado una serie de notables artículos sobre el nuevo impuesto de timbre y papel sellado, trabajo de primer órden que agotó la materia y de cuyas conclusiones claras ajustadas a la verdad científica y fundadas sobre la experiencia de todos los países civilizados, no podrá desprenderse el Congreso cuando reforme, como debe hacerlo, aquella ley.

"El día antes de caer para no levantarse, anunciaba una nueva serie de estudios administrativos, y en vez de estas líneas consagradas a su memoria, ha debido aparecer aquí uno de los artículos con que iluminaba hasta el fondo de los más árduos problemas.

"**El Mercurio** agrega el nombre de Luis Navarrete al de los más eminentes redactores que han ilustrado sus columnas, y al rendir un doloroso homenaje a su memoria, lamenta la pérdida que sufre el país con la muerte de este rombre joven, de clarísimo talento, de excepcional preparación, con un alto espíritu cívico, con una alma buena, generosa y sencilla, en la cual no cupo nunca la falsía y que hasta el último instante de su vida, fugaz y dolorosa, sólo tuvo anhelos para el bien, ternuras para los suyos, interés y entusiasmo para el progreso y felicidad de su patria".

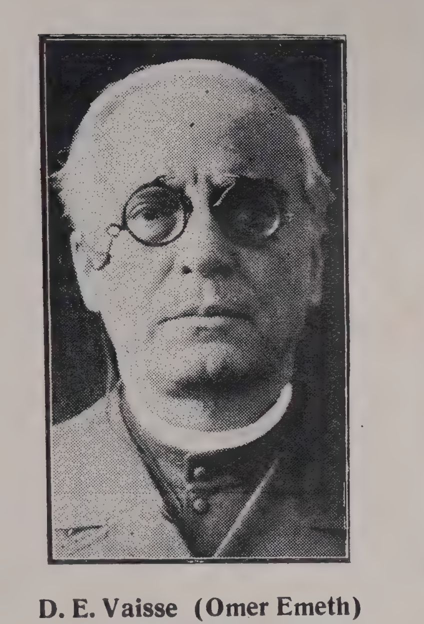
Falleció en Santiago en la madrugada del 28 de febrero de 1910.

El puesto de don Luis A. Navarrete lo ocupó el 1.o de abril de 1911 don Julio Pérez Canto, distinguido diplomático que acababa de dejar el cargo de Encargado de Negocios en el Perú.

El señor Pérez Canto había pasado de los cuarenta años de edad y había desempeñado importantes comisiones en el extranjero. A poco de terminar sus estudios de leyes en la Universidad de Chile, hizo un largo viaje de estudio por Europa. En Londres cursó finanzas y economía política. Al efectuarse la exposición centro-americana, el Gobierno chileno le envió a ella con el cargo de comisario general; después le nombró cónsul en las repúblicas de la América Central; luego fué como delegado a la exposición pan-americana de Buffalo (Estados Unidos), y antes de desempeñar en el Perú el cargo ya indicado, fué cónsul general en Londres.

Como don Carlos Silva Vildósola necesitaba de descanso después de más de ocho años de continua y penosa labor, se le concedió permiso en 1911 para que diera un paseo por Europa en calidad de redactor-corresponsal. Su puesto fué ocupado por el señor Pérez Canto, en el cual permaneció hasta fines de febrero de 1915, en cuyo año se le trasladó a la edición de Valparaíso para sustituir a don Guillermo Pérez de Arce, que pasaba a Santiago de Director-gerente de la Empresa.

Don Julio continuó en la Dirección el sendero trazado por don Carlos Silva Vildósola. En cuanto a su programa sobre cuestiones económicas y financieras, siguió el plan de don Hermógenes Pérez de Arce, ya tradicional en **El Mercurio**. En 1913 abrió una encuesta en pro de la reforma del régimen monetario, en la que tomaron parte distinguidas personalidades de la política y de los negocios. Durante ella se estudiaron materias tan

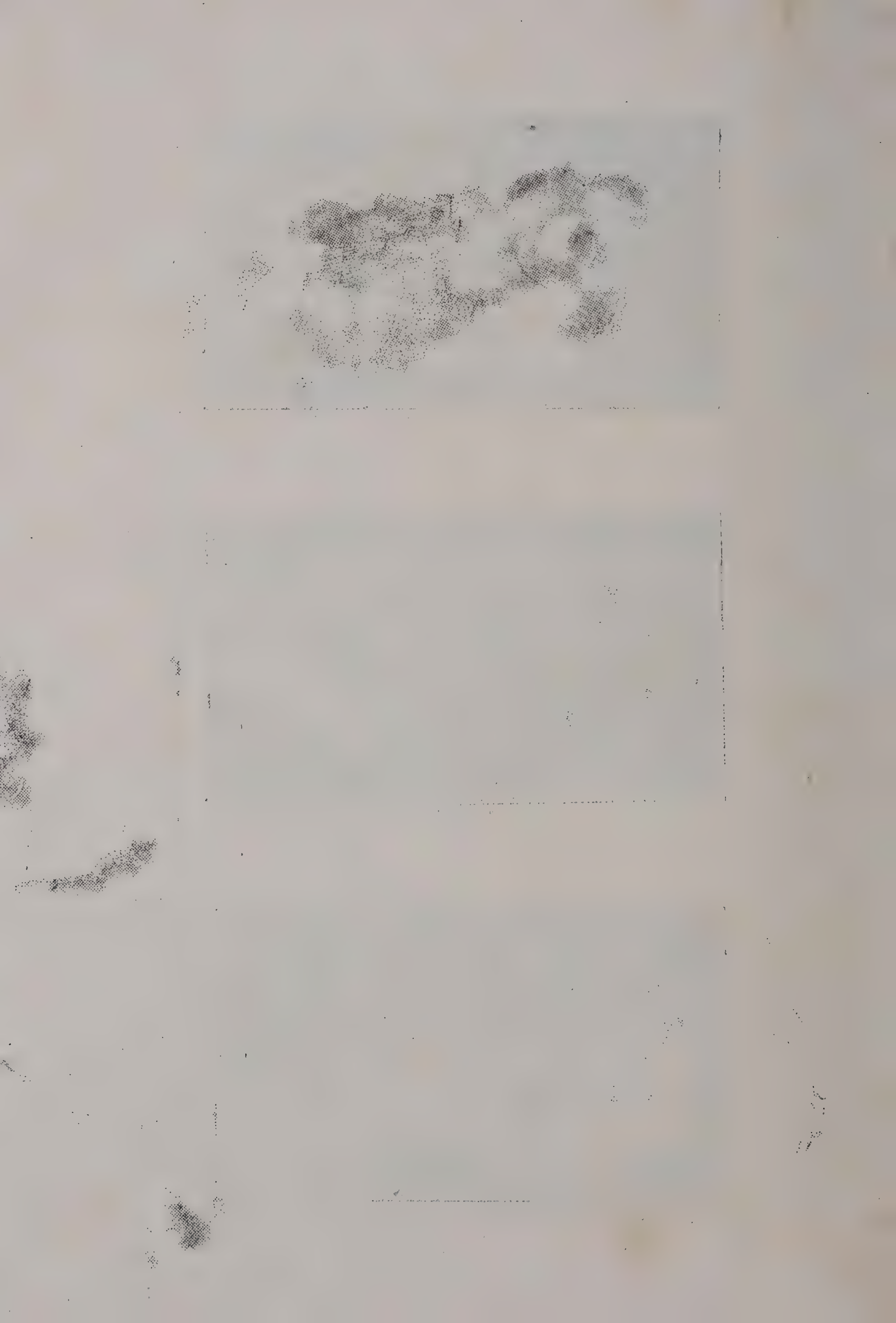


D. E. Vaisse (Omer Emeth)



D. Agustín R. Edwards Budge

D. Julio Pérez Canto



importantes como las dificultades económicas y su origen, movimientos de los depósitos y préstamos bancarios, las emisiones de papel moneda, la estabilidad monetaria, Banco privilegiado, caja de emisión y conversión y otras.

El señor Pérez Canto tuvo un valiosísimo auxiliar en don Joaquín Díaz Garcés, quien por ese tiempo regresó de Europa, en donde había ejercido el cargo de secretario de la Legación Chilena en Bélgica además del de redactor-corresponsal literario de **El Mercurio.**

El señor Díaz Garcés estuvo en el diario hasta 1919 desde 1900. Su labor en él, separada la administrativa, de la que trataremos en el próximo capítulo, es más artística que política. Fué un escritor humorista, de burla sana y fresca. Era su risa como la del hombre contento de la vida y que, por lo mismo, no hería con ella a nadie. "Su carcajada, decía el editorialista señor Silva Vildósola en 1921, resuena del mismo modo entre los espectros caricaturales de los políticos adocenados, o entre los marionetes literarios o artísticos que hace bailar con una alegría comunicativa. Es un sentimental delicado, fino, que no puede dejar pasar un dolor sin compartirlo, que no es capaz de ver una miseria sin acudir en su socorro, que abre su corazón a todas las misericordias y a todas las esperanzas. De ambos elementos, de buen humor y de sensibilidad, está hecha su personalidad. Si algo falta para completarla, es el rasgo patriótico, la comprensión íntima del carácter nacional y la noble disposición de servir a su país y de ayudar a su progreso. Escribía con facilidad pasmosa, sin detenerse ni un punto, sin buscar la frase, seguro de que la expresión adecuada brotaba de su mente junto con la idea, impregnada de ella, una sola cosa con su impresión, y su reflexión rápida y certera. Era, en suma, el más completo y el más vibrante, el más fino temperamento de periodista que haya existido en nuestro país en la presente generación, y uno de los más notables de América y de la lengua española".

En efecto, sus cuentos y sus cuadros de costumbres chilenas, publicados casi todos en **El Mercurio** y **Zig-Zag,** dan cabal idea de su fecundia lozana y de su imaginación esplendorosa. Esta labor artística, unida a sus novelas, a sus artículos europeos y a sus discursos literarios, en particular el muy bellísimo que escribió para su recepción en la Academia Chilena correspondiente a la Real de la Lengua Española, perdurará en la literatura de nuestro tro idioma.

Como hombre, fué un apasionado. Sus ideas políticas le arrastraron, en los últimos días de su vida, a separarse del hogar periodístico que tanto le amaba para luchar por sus convicciones. Fué éste un gesto que fijaba la modalidad principal de su carácter.

Mientras tanto, en la edición porteña habían ocurrido muchos cambios desde 1902 hasta 1915. Aunque la mayor parte de los editoriales que publicaba **El Mercurio** de Santiago se insertaban simultáneamente en el de Valparaíso, este diario tenía un editorialista para las cuestiones locales. A la muerte de don Jorge Délano fué nombrado director-administrador don Humberto Fernández Godoy, quien ocupaba de vez en cuando la sección editorial, hasta que a fines de septiembre de 1904 fué nombrado redactor principal don Guillermo Pérez de Arce, hijo de don Hermógenes, y del que haremos una breve reseña biográfica en el capítulo que seguirá a éste. El 1.o de noviembre de 1912 fué nombrado redactor editorialista el joven abogado don Rafael Luis Barahona que, desde el 1.o de enero de 1905 hasta el 30 de abril de 1908, había ocupado diversos cargos en esta edición, entre ellos el de jefe de crónica y el de sub-administrador. El señor Barahona, que en la actualidad es senador por Valparaíso y Aconcagua, continúa en el mismo cargo, el cual lo desempeña con gran lucimiento.

Durante el quinquenio presidencial de don Ramón Barros Luco, pocos acontecimientos de trascendencia ocurrieron. "Surgida esta administración de la desavenencia de los partidos como medio de ponerse de auerdo en circunstancias extraordinarias para el país, inauguraba por voluntad expresa de los políticos una era de tregua en que debían alternarse los ministerios de administración, universales y presidenciales".

Como desde el punto de vista de política de partido es interesante esta administración, copiaremos algunos de los párrafos del editorial del 23 de diciembre de 1915, porque en él se detalla el origen de la gestación de la candidatura presidencial de don Juan Luis Sanfuentes:

A continuación del párrafo anterior se manifestaba que la candidatura del señor Barros Luco, que "apareció salvadora por la circunstancia de la celebración del centenario de la independencia nacional, que convocaba en Santiago a los embajadores de todas las potencias amigas, será juzgada por la historia como una inconsciente y natural cristalización de todo un sistema que ya

tenía a lo menos quince años de práctica. Los que creían inventar un extraordinario acuerdo, obedecían ciegamente a las fuerzas del medio ambiente, de los intereses creados, de la impotencia de los resortes de gobierno. Se temía vagamente un cambio; todo cambio amenazaba. El "statu quo", el compromiso de mantener las posiciones, he ahí la voluntad más firme de los hombres que dirigieron la convención. Quedaba postergada toda lucha por cinco años. Este armisticio desorganizó considerablemente a los partidos, y en medio de la relajación de la disciplina, de la falta de mayorías combatientes y compactas, la rotativa ministerial comenzó a girar con velocidad siniestra. Entre los dirigentes de la política, uno solo trabaja activamente para colaborar al Gobierno, era éste el más importante actor del acuerdo de 1910, que conocía su espíritu, su honda psicología y sus proyecciones: el presidente de los liberales-democráticos, grupo que acababa de tomar nuevas posiciones entrando a reemplazar, como partido de centro, al liberal-doctrinario, desalojado por la prohibición de pactar coaliciones con los conservadores que las mismas asambleas juveniles habían impuesto a sus dirigentes. Este acto interno partidarista tuvo influencia decisiva en los destinos del Excmo. señor Sanfuentes que hoy asume la presidencia de la República, pues pasaba a ser árbitro de los partidos y era elevado, de jefe de un grupo, a director general de la política. Muy tarde, cuando su candidatura había hecho mucho camino y parecía avasalladora, los liberales resolvieron unirse a los partidos extremos, única solución que les permitían sus propios acuerdos y disciplinar la fuerte combinación de alianza liberal que obtuvo en el país más de la mitad de los ciudadanos electores.

"La lucha postergada en 1910, fué excepcionalmente activa en 1915 y da el poder al más vigilante, activo e inteligente de los consejeros de la pasada administración, como ha ocurrido en Chile siempre que algún acontecimiento anormal y extraordinario no lo impidió.

"Esta es simplemente la característica esencial de las dos administraciones que hoy se encuentran y se confunden. El país no había cambiado durante los cinco años de gobierno del Excmo. señor Barros Luco ninguno de los resortes gastados del Gobierno. Las reformas han sido de índole electoral y municipal. Por esta razón creímos, en la campaña pasada, que una vez más se aconsejaba el acuerdo general que habría evitado perturbaciones que hemos visto y que continuamos viendo".

El lector habrá observado que el juicio que de cada período presidencial hemos estampado hasta ahora, ha sido el que ha merecido a **El Mercurio.** No debíamos hacerlo de otra suerte. Mas ello no ha impedido para que, al mismo tiempo, hayamos consultado el de distintas historias patrias que alcanzan hasta el tiempo del señor Sanfuentes, y nos hemos maravillado al ver que los juicios de éstas coinciden, en sus puntos esenciales, con los de nuestro diario. Esto es una prueba más de su rectitud y de su serena imparcialidad.

La administración del señor Sanfuentes no estuvo a la altura que se esperaba después de un período de transigencia y pasividad, según declaran hoy todos los historiadores y, antes que ellos, **El Mercurio** del 23 de diciembre de 1920.

"Hay siempre el peligro, decía nuestro diario en su primer párrafo, de que el juicio de los contemporáneos sobre un gobierno no está de acuerdo con el que va a emitir la posteridad. Vivas las pasiones e intereses que forman un torbellino alrededor de toda administración, es posible que al juzgarla tengamos delante de los ojos detalles que más tarde parecerán sin importancia y se nos escapen puntos capitales.

"Podemos, sin embargo, establecer como un hecho cierto que la opinión pública, la de la gran masa de los ciudadanos, aun la de muchos que fueron sus amigos, es adversa a la administración que hoy termina. Su impopularidad ha adquirido en los últimos tiempos caracteres visibles. El descontento general por las condiciones políticas, sociales y económicas del país se cristaliza. como es lógico, en la impopularidad de la administración.

"Con mayor o menor fuerza este descontento sigue en los primeros meses de su retiro a todos los presidentes de Chile. No recordamos uno solo, salvo los que han fallecido durante su gobierno, como don Pedro Montt, o inmediatamente después, como algunos otros, que no haya oído quejas y lamentaciones por lo que se consideraba su fracaso como gobernante.

"Así y todo, es preciso reconocer que el sentimiento hostil a la administración que hoy termina es el más fuerte que hayamos conocido en mucho tiempo.

"Descontada la parte que en ese sentimiento tenga el desencanto muy humano por las esperanzas fallidas, por las ilusiones que los pueblos se hacen al iniciarse cada administración, como se las hace cada hombre al iniciar la tarea difícil y larga de

fijar cuál habrá sido la responsabilidad personal del presidente de la República en los errores gubernativos que se le reprochan, y cuál la parte que en justicia corresponde a un Congreso casi todopoderoso y a los partidos indisciplinados que toman una participación tan directa en el Gobierno.

"Por último, para que el juicio sobre la administración Sanfuentes se acercare al que emitirá la historia, sería menester examinar las dificultades que ha tenido, pensar en que se inició cuando comenzaba la guerra mundial, que se vió envuelta en la crisis provocada por esta catástrofe y ha debido padecer todos sus resultados.

"La administración Sanfuentes mantuvo la neutralidad de Chile durante la guerra. Fué, es cierto, una neutralidad puramente negativa, sin orientación y sin una conciencia política de los sucesos. Fué, sin embargo, una neutralidad honrada y tenaz, y aunque nos obligó en 1918 a una evolución demasiado violenta por la falta de rumbos positivos en que habíamos dejado pasar los años anteriores, nos salvó de otros males y respondía en el fondo a la voluntad de la mayoría del país.

"Acaso el mejor servicio prestado por la administración Sanfuentes al país ha sido el retiro de los fondos de conversión depositados en Alemania, operación delicada, hecha con habilidad, con discreción y oportunidad.

"Igualmente se debe a este Gobierno la readquisición de una buena parte de los elementos navales que habríamos debido ceder a comienzos de la guerra y que la opinión pública reclamaba para el mantenimiento de la potencia esencial de nuestra defensa marítima.

"En estos dos últimos actos administrativos, el Presidente puso interés personal, y no hay sino motivos para aplaudir el celo que en ambas ocasiones desplegó.

"Se fundaron esperanzas en que esta administración sería capaz de ejercer una acción eficaz en el manejo de las finanzas. Sea por los tiempos adversos o por otros motivos, los resultados están lejos de haber sido satisfactorios. No tenemos para qué mencionar el deplorable estado actual de la hacienda pública. Basta decir lo que está en la conciencia de todos: que el Presidente de la República no pudo o no supo poner su autoridad, su influjo personal, su ascendiente de político y mandatario, para vencer en el Senado la resistencia a toda tentativa para la adopción de medidas destinadas a estabilizar la moneda.

"El clamor público contra el Gobierno que termina tiene este punto como uno de sus principales capítulos de acusación.

"Sin hacer, por nuestra parte, un cargo especial, establecemos el hecho de que el Presidente que hoy termina su período no ha hecho uso de su influencia y autoridad en los grandes asuntos de interés nacional, ni en las relaciones exteriores, ni en las finanzas, ni en los problemas sociales y económicos que en forma tan aguda nos asaltaban durante estos años tormentosos. Ha preferido dejarlos correr su suerte, un poco al azar, un poco entregados al ir y venir de los ministerios que se sucedían en la Moneda con vertiginosa frecuencia.

"La administración del señor Sanfuentes tiene así el aspecto general de haber vivido al día, sin un plan de conjunto en materia alguna de las de gran interés público, como si cada tarde se liquidara definitivamente la situación y cada mañana todos los negocios nacionales nacieran de nuevo con sorpresa del Presidente.

. . . .

"Hay, por cierto, detalles administrativos, obras públicas, reforma de la enseñanza, leyes útiles, en las cuales se hallaría materia para probar que esta administración no ha sido estéril y ha hecho aún cosas de provecho para el país.

"Nuestro objeto era únicamente señalar, desapasionadamente, las líneas generales, tales como ahora se ven, e indicar lo que nos parece ser la causa fundamental del desacuerdo entre el Gobierno del señor Sanfuentes y el pueblo, la masa de los ciudadanos de diversas clases sociales".

Durante este período presidencial fué director de **El Mercurio** de Santiago don Guillermo Pérez de Arce, que había desempeñado el mismo cargo, desde 1908 hasta 1914, en la edición de Valparaíso. Le servía de auxiliar en la redacción principal don Joaquín Díaz Garcés, que sólo se ocupaba de vez en cuando de algún asunto de interés nacional. Por lo tanto, la conducta neutral que mostró el diario durante todo el tiempo que duró la guerra europea se la imprimió el señor Pérez de Arce a quien, por su cargo de director, le correspondía trazársela.

Una de las páginas más gloriosas que tiene la biografía periodística de don Guillermo es la que corresponde a ese tremendo período en que las pasiones se pusieron de manifiesto. El supo sostener con gran tacto la tradicional independencia de **El Mercurio** en las cuestiones internacionales contra los embates

de los partidarismos, no sólo de los extranjeros residentes en Chile, sino también de los chilenos que se habían dividido en dos bandos, uno en pro y otro en contra de la participación del país en esa horrible conflagración que desquiciaba al mundo. Pocas veces un director de diario se ha visto en situación más difícil para mantenerse independiente y sostener con serenidad los ataques de unos y otros. Por una parte debía mantener, hasta donde fuera posible, el espíritu de neutralidad que el gobierno y el país deseaban y necesitaban conservar a todo trance, y por otra respetaba la libertad de su corresponsal en la campaña europea, don Carlos Silva Vildósola, que escribía con franca simpatía por los aliados. El mismo señor Pérez de Arce, gran admirador y conocedor profundo de la cultura francesa, pues hizo parte de su educación superior en París, simpatizaba con Francia. Fué un prodigio de discreción y de talento haber sabido manejar al diario por entre estos escollos y conservarle el respeto de todos.

Igual sagacidad y criterio recto y sereno mostró en 1920, cuando sobrevinieron las violencias de pasiones y las agitaciones político-sociales de la campaña presidencial de don Arturo Alessandri. Atacado por ambos bandos, asaltado por los odios que entonces se mostraban, viendo todos los peligros que la situación encerraba para el país, el señor Pérez de Arce dió pruebas de un gran sentido de las realidades y de un patriotismo a prueba de amenazas y violencias, haciendo del diario el moderador entre las opiniones extremas. Hubo un momento en que se quedó solo en el estadium; pero no se arredró por eso, y continuó impertérrito en su lugar, consciente de su deber. Solo cuando pasó la tormenta depositó en las seguras manos de don Carlos Silva Vildósola el timon de la nave que había dirigido con tanto acierto durante ocho años.

El señor Carlos Silva Vildósola que, como se ha dicho antes, partió a Europa para regresar el año 1914, no pudo hacerlo porque le sorprendió la guerra cuando se preparaba para asumir su puesto en **El Mercurio.** Y allá quedó en calidad de corresponsal en campaña. Ningún diario hispano-americano tuvo un cronista bélico más activo, más entusiasta y más sincero que **El Mercurio.** Sus artículos fueron discutidos con calor, y no faltaron las consiguientes calumnias al vérsele partidario convencido de uno de los beligerantes. Se esparció la especie de que recibia el oro a manos llenas... y mientras tanto no podía subvenir a las ne-

cesidades más perentorias porque el sueldo que recibía de la Empresa era insuficiente dado la carestía de las subsistencias por aquella época en que tantos millones de brazos habian abandonado los aperos de labranza de campos y las herramientas de las artes para manejar el fusil y el cañon, destructores ciegos de vidas y de cosas. El señor Silva Vildósola, que se habia adelantado a los deseos de la Empresa de **El Mercurio** de servir al diario durante el tiempo que durara la guerra en el instante en que se preparaba para regresar a su patria, soportó todas las molestias y privaciones que el dificil y penoso cargo de corresponsal le acarrearon con el único y loable propósito de ilustrar concienzudamente la opinion de Chile sobre el magno y fratricida acontecimiento que quizas iba a poner fin a una edad del mundo. Porque es un deber de justicia reconocer este sacrificio voluntario, copiaremos a continuación algunos conceptos del hermoso discurso que leyó don Guillermo Perez de Arce en el banquete que se le dió a don Carlos en la noche del 8 de enero de 1920 con motivo de su regreso de Europa:

"Carlos Silva no midió el sacrificio que se le presentaba y adelantándose a cualquiera insinuación resolvió constituirse en corresponsal de guerra de "El Mercurio". Adivinando las tinieblas que podian envolver el criterio de los lejanos habitantes de la América del Sur, quiso entonces decir a los chilenos lo que Víctor Hugo en su genial arranque: "La verdad que guia, fortalece y crea, como suprema claridad, vendrá a alumbrar vuestra noche: esperadla". Así se hizo él cargo de proclamarla entre nosotros; él quiso que en esa ocasion de terribles negaciones de la fraternidad y de toda generosidad espiritual y material, se desmintiera una vez más ante la conciencia de nuestros compatriotas el desalentador pesimismo que dejó estampado Michelet: "Todo avanza y se desarrolla; una sola cosa disminuye: el alma". Y con ademán noble y convencido sostuvo entonces en su mano una antorcha cuyos resplandores iluminaron la conciencia de los chilenos sobre el más grande de los conflictos que han amenazado a la civilización moderna, a la par que la conciencia de los países en lucha y de las potencias neutrales sobre la verdadera actitud de Chile. Su labor interesó asi a todos los chilenos, a todos los hombres de fe en la justicia: más que cooperador de una determinada empresa periodística, fue ciudadano esforzado para difundir los merecimientos de su patria.

"Y vosotros sabeis, señores, con que espontaneidad, con que

entusiasmo, con que talento, con que brillo fue llenada su tarea. Sus crónicas eran el poema alentador que se declamaba en todos los países de habla castellana, que hacían vibrar la sensibilidad y la fé de cuantos las leian; no hubo victoria de la buena causa que él no ensalzara; no hubo crimen que él no estigmatizara; no hubo visicitud que él no consolara. Si Carlos Silva no hubierà sido muchos años antes consagrado como un grande escritor, esa sola labor serena, sistemática y profundamente patriótica, le habria impuesto como un periodista eminente".

Todo esto es cierto. Y no solo se leia con sumo interés en toda la América sino también en Europa. En la prensa española, junto a los notables artículos de Ramiro de Maeztu, el gran corresponsal en el bando aliado, y del notable literato Ricardo León en el germánico, aparecian con frecuencia algunas de las crónicas que del señor Silva Vildósola tomaba de **El Mercurio.** Estuvo varias veces en las lineas de fuego británicas, francesas e italianas; pero la mayor parte del tiempo lo pasó en Suiza, el país neutral que mejor se prestaba para observar el decurso de la contienda por estar situado en medio de los paises en guerra.

El señor Silva Vildósola llegó a Santiago varios meses antes de que comenzara el fragor de la lucha electoral que llevó a don Arturo Alessandri a la presidencia de la República. Reanudó sus labores con el cargo de editorialista principal hasta el año 1923 en que asumió, además, el de director, como antes de que partiera a Europa.

En la eleccion del señor Sanfuentes venció la parte conservadora y en la del señor Alessandri la popular que deseaba hacer innovaciones en muchos órdenes de cosas. En este despertar de las masas del pueblo contribuyeron mucho las agitaciones proletarias que se produjeron en Europa después de la guerra mundial.

Al señor Alessandri lo apoyó la alianza liberal, que estaba en mayoría en la Cámara de Diputados, mientras la otra, la de Senadores, era de la union nacional y ayudaba a don Luis Barros Borgoño. Aunque el triunfo del primer candidato fue contundente, el Senado mantuvo siempre su oposición a don Arturo Alessandri, y tal diversidad parlamentaria le creó a éste una situación muy dificil durante su periodo. **El Mercurio** se mantuvo neutral en las elecciones y aun en el primer tiempo de su gestion gubernativa, aunque desde un principio miró con simpatías la bandera de reformas que enarbolaba el señor Alessandri cuando era candidato. Esta simpatía se cristalizó al ponerse de manifiesto la sistemática

oposicion del Senado a todo cuanto emanaba de la Presidencia que estaba apoyada por una numerosa mayoría del Congreso.

Conocida es de todos, porque es historia de hoy, a que extremos llegó, casi a mediados del año 1924, el "desorden administrativo a que un parlamentarismo desequilibrado condenaba al país y a su Ejecutivo" a vivir en el mayor desconcierto. Si la oposición casi unánime del parlamento a don José Manuel Balmaceda trajo por consecuencia la revolución de 1891, la discrepancia entre diputados y senadores, los unos a favor y los otros en contra de don Arturo Alessandri, no podía por menos que acarrear otra que diera fin a tan inaudita situación. Por fortuna la revolución vino de arriba en forma que evitó derramamiento de sangre y la ruina del país, como sucedió con la anterior.

En las elecciones de diputados y senadores de ese año se manifestó la adhesion del pueblo a don Arturo Alessandri dándole mayorias en el Senado y en el Congreso; pero el nuevo parlamento no se preocupó de estudiar las reformas pendientes y solo se ocupó de discutir el proyecto de la "dieta parlamentaria" que tenia por objeto asignar una gratificacion mensual a senadores y a diputados. Los militares, que desde algún tiempo atrás veian con disgusto lo que sucedia, pidieron al Presidente que vetara ese proyecto de ley y despachara los más urgentes. En vista de esta actitud del ejército, el señor Alessandri puso en la jefatura del ministerio al general don Luis Altamirano, quien obtuvo sin dilaciones la aprobacion de las leyes pendientes. De esta forma comenzó el 5 de septiembre de 1924 el movimiento militar que acabó con una situacion insostenible por más tiempo y que abrió una nueva era de renovación. Tres dias despues renunciaba voluntariamente el Presidente y se constituia una Junta Militar de Gobierno, presidida por el señor Altamirano, cuya primera medida fue la disolucion del Congreso. Por fin caia la entidad dictatorial que durante treinta y tres años había sido un obstáculo para el adelanto del pais. La reforma constitucional de 1925 sepultó al régimen parlamentario nacido de una revolucion.

El señor Alessandri se ausentó del pais con permiso de seis meses. La Junta Militar, acusada de adhesion a la union nacional para la próxima eleccion presidencial, fue sustituida por otra que llamó al poder a don Arturo Alessandri y propuso la reforma de la Constitución del Estado a base de darle al Ejecutivo poder fuerte y amplias atribuciones administrativas.

El Mercurio, que durante todos esos acontecimientos se

congratulaba del desaparecimiento del antiguo régimen contra el que habia mantenido campaña tenaz y permanente desde que fracasó apenas establecido, hizo votos porque el señor Alessandri no desfraudara las nuevas esperanzas que en él cifraba el pueblo que lo había llamado para darle el "pleno ejercicio del poder público sin las limitaciones que establecen las leyes fundamentales, hoy necesariamente suspendidas, sin un Congreso que entraba su accion, en horas de profundo desprestigio de nuestros desorganizados partidos políticos, cuya desorientacion tanto ha perturbado la labor de los últimos presidentes de Chile", como decía en el editorial del 20 de marzo de 1925, dia en que el señor Alessandri regresó al pais.

Después vino la elección presidencial en la que salió triunfante don Emiliano Figueroa, quien asumió el poder en diciembre de aquel año; más tarde, en abril de 1927, resolvió el presidente alejarse por dos meses de sus funciones constitucionales y dejar en su lugar, con el cargo de Vice-Presidente, al coronel don Carlos Ibañez del Campo, distinguido servidor público que habia destacado su recia personalidad desde que se inició el movimiento militar con importantes servicios como ministro de Estado; luego, el 4 de mayo de este año, renunció el señor Figueroa Larrain; pocos dias despues fue proclamado candidato a la presidencia el señor Ibañez del Campo, y el 22 éste fue elegido sin competidor, por una cantidad de votos muy superior a la que se esperaba.

El Mercurio, que durante estos últimos acontecimientos se habia mantenido en la más absoluta neutralidad, comentó favorablemente esta eleccion en forma que demostraba sus simpatias por el programa de trabajo del nuevo presidente. He aquí algunos párrafos:

"Se habia manifestado por muchas personas el temor de que, como no habia actividades de partido, ni una lucha que estimulara a los ciudadanos, ni la organizacion tradicional por medio de la cual se empujaba a los votantes hacia las urnas, y hasta se les recompensaba por haber emitido su voto, habria poco interes por votar. Es cierto que la disposicion legal que pena al ciudadano que se abstiene de hacer uso de su derecho y cumplir su obligacion, tiene que ir matando esa indiferencia con que muchos miraban antes este acto de la vida cívica. Pero, con todo, el número de votantes ha sido mayor de cuantos se pudo esperar, y revela que habia el deseo de manifestar opinion.

. . . .

"En suma, el señor Ibañez ha obtenido votos que representan más de dos tercios de los inscritos en el registro electoral, lo que hubiera sido un resultado en estremo satisfactorio en caso de lucha, y es en las condiciones actuales un testimonio de que el elegido tiene de su parte la voluntad de la mayoria del pais.

"Para el señor Ibañez el acto del domingo con sus resultados significa una nueva situacion personal muy interesante. Hasta ahora habia sido el jefe de una revolucion triunfante que despues, y dentro de un régimen constitucional, continuaba **formando** parte del gobierno. Su posición se amplía ahora enormemente, sin que por ello pierda el señor Ibañez la personalidad que ya tenía. Es ahora el elegido del pueblo; ha recibido por primera vez un mandato popular directo.

"Han votado por él ciudadanos de las mas variadas tendencias, opiniones políticas, categorías sociales. Recibe un mandato que es generoso y muy amplio en su origen y en su alcance.

"Su programa, tal como él mismo lo ha definido en diversas declaraciones públicas de las últimas semanas, es tal, que ningun hombre bien intencionado y patriota puede rehusarlo. Si en conformidad a ese programa y tomando como base su mandato popular, el señor Ibañez da a su gobierno un caracter netamente nacional, si pone atento oído a las aspiraciones de esa opinión pública, de la cual desde el domingo deriva su nueva autoridad de mandatario popular, seguramente el país obtendrá grandes beneficios de su administración y aprovechará las condiciones personales de civismo y de sana inspiración que le reconoce.

"Nuestra gran crisis política y social está lejos de su término. Los pueblos evolucionan con lentitud y dificultades. Pero un presidente de la República armado de las facultades que le confiere la Constitucion, y sin más que ella, apoyado franca y generosamente en la opinión de la mayoría de sus conciudadanos, puede conducir a la nacion a traves de esa crisis hasta el puerto de mejores dias serenos y fécundos."

Hacer la reseña de los veinticinco años consecutivos de labor intensa de don Carlos Silva Vildósola en **El Mercurio** sería materia para un libro. El es el decano de todos los redactores editorialistas que ha tenido el diario desde su fundación. Algunos de los que alcanzaron a más de quince años de servicios perecieron en el ejercicio de sus cargos, y los que no, se retiraron agotados. El continúa escribiendo dos o tres artículos por

día, asiste cotidianamente a su oficina y es el alma de la casa de **El Mercurio** con actividad febril de los treinta años y con la espiritualidad superior que le caracteriza. No hay día que no se comente allí una frase donairosa de este derrochador de ingenio de buena ley, o un gesto altivo de este caballero a la española, de este gran señor que sabe tratar con igual exquisito tacto al empleado superior y al más humilde de los obreros.

Terminaremos esta brevísima semblanza de don Carlos con algunos conceptos que expresó don Guillermo Pérez de Arce en el discurso de que hemos hecho referencia anteriormente:

"Tiene **El Mercurio** la singular fortuna de que sus colaboradores, especialmente aquellos más preciados porque sus cualidades personales son los eslabones más sólidos de su cadena de prestigio, liguen fuertemente su suerte a la del propio diario. En torno de su bandera se agrupan alegremente cobijados bajo sus pliegues cultivando ese programa de independencia, de progreso y de patriotismo que es la profesión de fe de los escritores de esta casa. Así ellos perseveran, como han perseverado tantos otros de nuestros antecesores a quienes sólo el soplo helado de la eternidad puede secar la tinta de una pluma de constante vigilia por los más altos ideales de cultura y de bien general. Y así tengo yo la suerte de hablar desde un cargo que antes honrara con su talento Joaquín Díaz Garcés y como antes Agustín Edwards, cuyas nobles inspiraciones fueron aliento de creación para ampliar esta vieja hoja chilena desde la capital marítima en que naciera en los albores de la República hasta su metrópoli política y social adonde la reclamaban premiosas necesidades de bien público. Todos ellos, unidos a tantos otros, presentes unos, involuntariamente ausentes de esta mesa los demás, todos ellos reclaman con infatigable ardor el llenar ese hondo surco de incesante renovación que labra día a día este viejo heraldo de la causa chilena. Silva Vildósola personifica en el más alto grado esa cualidad de perseverancia y de afanoso interés por la difusión de la cultura; lleva él la pesada carga con la resolución del que ama el trabajo, con la ecuanimidad del varón sabio y justo. Y así en su tarea no escatima sacrificios personales, dando muestras repetidas de incondicional abnegación.

. . . .

"El ama su profesión; emplea con vocación de apóstol las influencias de su pluma, y se basta a sí mismo con las satisfacciones espirituales que germinan de las ideas que siembra. El

periodismo así comprendido lleva envuelta en sí la más incomparable recompensa. Ayer no más leíamos lo que Clemenceau, el político-periodista, decía encogiéndose desdeñosamente de hombros cuando se le incitaba a luchar por ser presidente de su país: "el hombre, exclamaba, que puede esgrimir una pluma para proclamar la verdad y amparar la justicia, es en una democracia más que un presidente: un todopoderoso". El hombre que como Silva Vildósola ha llenado la tarea de escritor y diarista en forma tan constante, tan fecunda y tan universalmente reconocida, no necesita los honores del mundo oficial o las vanidades de la pompa social: su pluma y su talento le señalan en cualquier parte un sitial de honor".

CAPITULO XIV

DIRECTORES Y ADMINISTRADORES

Quiénes han mantenido y mantienen la integridad del programa independiente de "El Mercurio". — Funciones del editor y del redactor editorialista del diario en sus dos primeras épocas. — Lista de las personas que sustituyeron al editor durante esas etapas — Las funciones del editor se dividen, en la presente época, en asesor del espíritu del programa y en director del movimiento de redacción. — Los directores-administradores de "El Mercurio" de Valparaíso y Santiago. — Separación del cargo de director-administrador. — El incendio del edificio de "El Mercurio" porteño en 1919. — La hemeroteca de este diario. — Creación del cargo de director-generente de la Empresa editora. — La labor administrativa de don Joaquín Díaz Garcés. — Los directores don Carlos Silva Vildósola, don Guillermo Pérez de Arce, don Julio Pérez Canto y don Joaquín Lepeley. — Subdirectores y administradores de los diarios de Valparaíso y Santiago. — Noticias biográficas del director-gerente don Guillermo Pérez de Arce.

Por las reseñas que hasta ahora hemos hecho de las labores de cada uno de los editorialistas, se ha podido ver con bastante amplitud la gran influencia que en todo tiempo ha ejercido **El Mercurio** en la vida política, cultural, literaria, legislativa y económica de Chile. Pero esa influencia ha sido siempre más eficaz, más positiva y más fecunda que la de cualquier otro diario importante, toda vez que con su secular programa de absoluta independencia política ha podido inspirar confianza y ser el término medio en toda cuestión y el fiel de la balanza en toda divergencia. Por tener ese carácter tan peculiarísimo desde la lejana época en que cada papel público que nacía se dedicaba

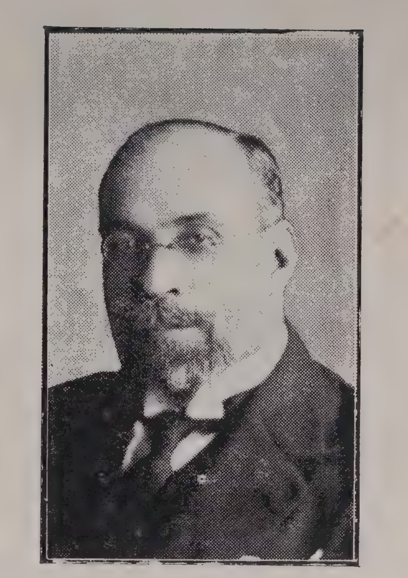
a defender o a combatir con saña credos o principios políticos que tenían por base intereses particulares, sus consejos fueron atendidos por la justicia que entrañaban y sus indicaciones sobre cualquiera materia se atendieron con preferencia a otras porque se las dictaba un patriotismo acendrado o las conveniencias generales del país.

No vamos a insistir en este tópico que nos haría repetir lo que ya hemos expresado en los capítulos correspondientes al nacimiento, desarrollo y amplitud de su programa señero; únicamente deseamos contestar a la pregunta que quizás se haya hecho algún lector en el decurso de esas partes acerca de cómo el diario ha podido mantenerse alejado de la influencia de los partidos cuando la mayor parte de sus editorialistas han estado afiliados a los grupos políticos que más han ambicionado el poder gubernativo. Algo insinuamos al respecto cuando nos referimos al período en que don Santos Tornero fué propietario de **El Mercurio**; ahora vamos a aclarar éste, al parecer, secreto para cuantos ignoran el régimen interno del diario. El público ha tenido siempre la creencia de que los editorialistas han trazado el rumbo de **El Mercurio** en todas sus campañas, por la razón aparente de ser ellos los encargados de exponer la opinión del periódico. Hemos leído con frecuencia, en historias y biografías y hasta en diarios y revistas, fraces como estas: "**El Mercurio**, bajo la dirección de Sarmiento...", "Siendo director de **El Mercurio** el señor Errázuriz...", "Cuando don Manuel Blanco Cuartín dirigía a **El Mercurio**...", y otras semejantes que indican un desconocimiento absoluto de la forma en que nuestro diario ha sido y es guiado espiritualmente. Pocas personas se han dado cuenta de que los editorialistas son únicamente traductores de los pensamientos de la entidad que constituye el diario, pasados por el crisol de su programa, como ya se ha dicho en varios lugares de este libro.

Ha de saberse que los directores de **El Mercurio** durante sus dos primeras épocas, fueron sus editores propietarios. Ellos indicaban a los editorialistas las materias que debían tratar y el punto desde donde debían verlas. Antes de ir los originales a las cajas, los editores los leían y modificaban o suprimían las frases que no estaban en conformidad a sus indicaciones. Si el redactor se avenía a esta censura, seguía su puesto con toda tranquilidad, pero desde el momento en que se creía con derecho a opinar por su propia cuenta desentendiéndose del programa



D. J. Díaz Garcés (Angel Pino)



D. Guillermo Pérez de Arce



D. Carlos Silva Vildósola



tradicional en cuestiones políticas o del parecer del editor, que para el caso era lo mismo, éste le pedía la renuncia del cargo con la cortesía propia entre gente educada, y venía otro escritor a sustituirlo. Los editorialistas eran cantos rodados de río y los editores las peñas inamovibles que tenían su asiento en el programa con que nació **El Mercurio.** El agua corriente de la opinión partidarista arrastraba a los guijarros, pero sólo mojaba a las peñas inconmovibles que la veía indiferente correr ciega hacia el océano inmenso en donde perecería irremisiblemente.

Cuando don Domingo F. Sarmiento escribía editoriales para **El Mercurio** con aquella fogosidad indomable y aquella intransigencia absolutista que tan famoso lo hizo, colaboraba en las mismas columnas el temible "Jotabeche" con artículos contrarios a las teorías reformistas de él y de algunos de sus compatriotas con aquella ironía suave y donairosa que hacía más daño que las irascibilidades del ilustre argentino. ¿Hubiera tolerado que se riesen de él en sus propias barbas aquel altivo gaucho al ser director del diario? ¡En jamás de los jamases! Tal paradoja ocurría porque don Manuel Rivadeneyra, editor del periódico y hombre de carácter enérgico y de espíritu independiente, lo creería necesario. Y no había otra solución para el señor Sarmiento que, o dejar que el simpático Larra chileno se mofara a sus anchas de su sabiduría literaria o abandonar el puesto de redactor que valía la pena de conservarse por lo bien rentado que estaba. Y optó por lo primero, que cuando la necesidad aprieta, el más soberbio abate su orgullo.

Varios editorialistas de mucho prestigio político y literario, entre ellos don Isidoro Errázuriz, tuvieron que abandonar el cargo por no avenirse a las condiciones que les imponían los editores. Parece que don Benjamín Vicuña Mackenna, aunque entró en la redacción con amplia independencia de criterio, tuvo también que dejar el puesto en el instante en que su independencia empezó a coartar la del diario.

Los editores valeron siempre por sus derechos con el mayor celo. A este propósito recordamos que cuando don Ambrosio Montt se retiró del diario, escribió un articulito de despedida, en cuyo comienzo se daba a sí mismo el título de director de **El Mercurio.** Don Santos Tornero, al referir en su libro de memorias las causas de la retirada de aquel escritor, copia dicha despedida en la siguiente forma: "El redactor que desde diciembre de 1852 ha **dirigido** este diario (**ha redactado,** debiera decir)

tiene el honor de indicar, etc., etc." Y estuvo en su derecho al hacer la salvedad intercalada, puesto que él era quien dirigía entonces y dirigió siempre a **El Mercurio,** mientras fué su propietario, por que la ley lo hacía responsable de cuanto en él se insertaba.

En el período en que don Santos Tornero fué propietario de **El Mercurio,** ejercieron accidentalmente sus funciones varias personas de su absoluta confianza, entre ellas su hermano don Eusebio durante los dos viajes que hizo a Europa en los años de 1852 y 1857. En esta última vez dirigió la administración el editorialista don Hilarion Nadal. Más tarde, a principios de 1862, asumió la responsabilidad del editor el distinguido periodista don José Antonio Torres, y a éste le sucedió el conocido político don Buenaventura Sánchez.

El 1.o de noviembre de 1864 don Santos cedió a su hijo don Orestes la dirección del diario, y al disolverse la sociedad "Tornero e Hijos" don Recaredo S. Tornero asumió el puesto de su hermano. A mediados de 1869 tomó la responsabilidad el escritor don Ramón Rivera y Jofré, quien más tarde fué corresponsal de **El Mercurio** en Lima.

Cuando don Recaredo Tornero se asoció en 1870 à don Camilo Letelier, tomó éste aquel derecho que mantuvo hasta su muerte, ocurrida en 1880. Al disolverse en 1875 la sociedad "Tornero y Letelier", pasó **El Mercurio** a ser de propiedad exclusiva de don Rafael Larraín y Moxó, quien siempre estuvo representado en la Empresa por su protegido el señor Letelier. Desde entonces los dueños de **El Mercurio** han sido únicamente sus asesores, porque han confiado la misión de ejercer la censura previa de su texto a personas de talento, ecuanimidad y rectitud, y perfectamente compenetradas del espíritu de su programa tradicional.

Esta división de misiones ha redundado en beneficio de la publicación. Desligado el editor de la penosa e ingrata tarea de revisar minuciosamente los originales de redacción y de indicar la forma en que debe desarrollarse toda información de interés general. puede inculcarle al diario un espíritu más depurado e indicarle orientaciones más elevadas, como sucede desde que don Agustín R. Edwards Ross se hizo cargo de la Empresa.

Desde el tiempo del señor Larraín y Moxó, los administradores fueron, a la vez, directores del diario; pero desde 1914 cada uno de esos cargos están desempeñados por distintas per-

sonas que los ejercen con independencia uno del otro, bajo la vigilancia de un director-gerente.

El primer director-administrador de la tercera época administrativa fué don Camilo Letelier, y el segundo don Jorge Délano Edwards, ayudado por don Alberto Carioia que tuvo ei cargo de sub-director.

El señor Délano dirigió también la edición de Santiago desde su fundación; pero, al acaecer su fallecimiento, a cada diario se le dotó de un director-administrador. El del puerto fué don Humberto Fernández Godoy, y el de la capital don Joaquín Díaz Garcés.

El señor Fernández Godoy comenzó su cometido el 1.o de octubre de 1902 y cesó el 30 de junio de 1904. No se retiró del diario, pues siguió sirviéndolo en el puesto de redactor editorialista. Había ingresado el año 1900.

A éste le sucedió don Juan Estéban Ortúzar, joven periodista que había pertenecido a "Las Ultimas Noticias" desde su fundación. Entró a ejercer el nuevo cargo el 1.o de julio de 1904, y estuvo en él hasta el 30 de abril de 1908, en que se retiró para dedicarse al comercio. Fué un escritor distinguido que se dió a conocer en Santiago con el seudónimo de "Feliciano Cabello".

Tras él vino don Guillermo Pérez de Arce, hijo de don Hermógenes. Don Guillermo pertenecía al cuerpo de redactores editorialistas de Valparaíso desde el mes de octubre de 1904. Comenzó su gestión administrativa el 1.o de mayo de 1908 y la terminó el 28 de febrero de 1914, en cuya fecha fué nomgrado gerente de la Empresa, y en ese mismo año emprendió un viaje de estudio a Estados Unidos y Europa, del que regresó en 1915. Con él acabó la serie de directores-administradores de la edición porteña.

Don Guillermo Pérez de Arce renovó por completo el diario con personal numeroso e idóneo; reorganizó su administración e introdujo importantes mejoras económicas en el personal de empleados y obreros. Fué un gran organizador en un momento en queel diario necesitaba mucho de un impulso de método y orden inteligente. El diario ganó bajo su dirección en prestigio comercial e intelectual. Favoreció con especial empeño todas las campañas para la reforma de la ciudad después del terremoto de 1906, y se puede decir que todos los proyectos de reconstrucción fueron discutidos, criticados y en realidad presentados

en forma definitiva en **El Mercurio**. Se rodeó de grandes simpatías en los círculos del alto comercio y la sociedad.

En los seis años que desempeñó el cargo, demostró poseer las dotes especiales de organizador que distinguieron al señor Délano. Hasta entonces la Empresa no había encontrado al hombre que sustituyera a aquel recordado director. Aunque su bien merecido ascenso a gerente produjo el natural contento en todos los servidores del diario, su traslado a la capital fué muy sentido porque había logrado conquistar el amor de ellos con su bondad.

El 1.o de marzo de 1914 fué nombrado director interino, con el cargo de sub-director, don Joaquín Lepeley C., que hasta entonces, desde 1908, había desempeñado, con mucho lucimiento, el puesto de jefe de crónica. En esa misma fecha se le dió el cargo de administrador a don Emilio Llanos, antiquísimo y meritorio empleado.

En marzo del año siguiente se hizo cargo de la dirección don Julio Pérez Canto, que había desempeñado el mismo puesto en **El Mercurio** de Santiago desde 1911. La labor que desarrolló el señor Pérez Canto durante los cinco años y diez meses que estuvo en Valparaíso, es digno de mención. Introdujo en el texto del diario la ortografía de la Real Academia Española; fundó la nueva edición que empezó a aparecer el 12 de octubre de 1915; renovó el material de los talleres; cambió la presentación artística de las informaciones para darle a **El Mercurio** el mismo aspecto de los grandes diarios de Estados Unidos e implantó otras novedades de importancia.

El el mes de marzo de 1920 se inauguró, con la mayor solemnidad, una gran sala que se había arreglado especialmente en el quinto piso para que en ella se efectuaran exposiciones pictóricas y actos literarios y musicales, libres y gratuitos, con el propósito de coadyuvar al desarrollo del gusto artístico del pueblo. Estrenó esta sala el pintor español don Ramón Palmarola con una exposición de numerosas obras suyas. La exposición fué clausurada el 25 de aquel mes. En la madrugada del día siguiente se produjo un incendio en este lugar. El personal obrero se dió cuenta del siniestro a las tres y media, cuando era materialmente imposible atajar el fuego por los medios ordinarios de que se dispone en un local. El cuerpo de bomberos, tras inauditos esfuerzos, pudo atajar el voraz elemento cuando se enseñoreaba rápidamente de casi todo el edificio y amenazaba

destruir los talleres, que estaban en el segundo piso. El agua inundó el salón de prensas, y tanto éstas como las demás maquinarias sufrieron perjuicios. El numeroso personal de los talleres, a pesar del peligro que corría, continuó sus labores, a fin de que el diario saliera a la hora de costumbre, como así sucedió. Tampoco se interrumpió la salida de la edición de la tarde, en cuyo editorial se decía, entre otras cosas, las siguientes:

"La obra paciente de muchos años, esa tarea de hormigas que los periodistas debemos desarrollar para formar nuestras fuentes de documentación, nuestro archivo y nuestro bagaje ilustrativo, lo hemos visto en esta triste madrugada o desaparecer o deteriorarse hacia la inutilización; pero, conscientes de la imprescindible misión de vocero de opinión que corresponde al antiguo diario porteño, nosotros levantamos nuestros corazones y, confiadamente, tesoneramente, entre las ruinas, nos entregamos, de cara al porvenir, a la labor difícil pero honrosa, de reconquistar lo que la suerte nos ha arrebatado.

"En otras horas de profundo desconcierto y duelo, no solamente para este diario, sino para la ciudad entera, se editaba **El Mercurio** entre los muros desplomados y los continuos remezones de la tierra, para llevar el aliento y el consuelo a todos los ámbitos de Valparaíso. Ahora es esta población la que nos envía la más alentadoras expresiones, y animados por ellas decimos, como en nuestra primera edición de los días aciagos a que nos hemos referido, ¡Sunsum corda!"

Parece que el origem del fuego fué un desperfecto de las instalaciones de la luz eléctrica del quinto piso.

Lo poco que había quedado en pie en los tres pisos superiores se tuvo que derribar, de suerte que, exceptuando la fachada, todo el edificio se construyó de nuevo. Se aprovechó esta oportunidad para darle formas más amplias y modernas a las salas de redacción, crónica y archivo, a los talleres de fotograbado y otras dependencias necesarias. (*)

(*) Este edificio se empezó a construir a fines del año 1899. El sitio en que está ubicado se denominaba la Cueva del Chivato, en la falda del cerro de la Concepción, hoy de la Reina Victoria. En tiempos de la colonia el mar llegaba hasta allí, por lo que la parte plana de Valparaíso estaba dividida en dos. Con el tiempo se fué rellenando esa parte, y cuando la Sociedad de Edwards Hermanos se decidió a levantar esté edificio, el terreno estaba dividido en cuatro lotes, cada uno de distinto dueño. El primer lote fué comprado al contado en el mes de julio de 1899, y los demás en el ducurso del año 1904. Todo el

Muy grandes fueron las pérdidas en todo orden de cosas; pero nada hubiera significado al lado del desaparecimiento de la valiosa colección del diario desde su primer número. Por fortuna, el fuego no pudo penetrar en la bóveda de seguridad en donde se guardaba. Esta pérdida hubiera sido lamentada eternamente, porque esa colección o hemeroteca (*) es para Chile lo que el archivo de Sevilla para la historia del descubrimiento, conquista y colonización de América. En las páginas amarillentas de esta colección de valor inapreciable, están las palpitaciones diarias de un siglo de vida independiente. Ella es la historia viva, clara y elocuente, sin bases de fabulosas y obscuras tradiciones, como las de los pueblos europeos, pues en cualquiera de sus números, por muy antiguo que sea, se percibe el aliento y se nota el ambiente del instante. Nosotros, que hemos ojeado todas sus páginas, sabemos muy bien que la verdadera historia del país está en esta colección.. ¡Cuántas veces, después de leer las obras históricas de Barros Arana, Amunátegui, Vicuña Mackenna y otros, hemos ido a verificar sus noticias en ella, y no pocas veces hemos visto con sorpresa las incomprensiones y tergiversaciones de algunos sucesos de importancia que esos ilustres historiadores han relatado a la luz de documentos fríos y escritos con meditación y sosiego. En la letra de las gacetillas de crónica y en la de los editoriales, trazados a impulsos de impresiones momentáneas y de sentimientos de la época, fluye el espíritu que falta en aquellos papeles oficiales. Hasta en sus páginas de anuncios hay mucho que aprender de las costumbres y la idiosincracia de los tiempos idos y que tanto ayudan para comprender ciertos hechos.

---

terreno costó 164,000 pesos. Hay que tener presente que algunos de los lotes estaban edificados. Este edificio, hecho de cal y canto, es notable por todos conceptos y, a pesar del tiempo transcurrido, es el más hermoso, sólido y valioso de cuantos hay actualmente en la calle de la Esmeralda. Resistió los fuertes remezones del terremoto del año 1906, pues sus cimientos están empetrados en la roca. Fué construído por el ingeniero don Augusto Geizer en conformidad a los planos trazados por el arquitecto don Carlos Barroilhet. Como hemos dicho en otro lugar, este edificio comenzó a utilizarse en el mes de abril de 1901. En la actualidad es propiedad de don Agustín Edwards Mac Clure.

(*) Hemeroteca significa colección o biblioteca de periódicos y diarios. Esta voz no la registra la Real Academia de la Historia en su diccionario de 1925. El nombre de hemeroteca lo inventó el eminente bibliotecario francés Henri Martin.

Aunque el diario tenía a don Rafael Luis Barahona de editorialista desde el año 1912, el señor Pérez Cantos ocupaba con frecuencia la sección editorial de las dos ediciones que dirigía, con estudios económicos y financieros, en cuyas materias es una autoridad reconocida. También, y de vez en cuando, daba a las páginas de redacción interesantes artículos sobre historia y asuntos internacionales. En esta época escribió algunas de sus obras, entre ellas la titulada "El conflicto después de la victoria", cuya numerosa edición fué agotada en cortísimo tiempo.

A causa de que sus hijos tenían que completar su instrucción superior en Santiago, pidió el traslado a **El Mercurio** de allí, en donde, desde enero de 1921, ocupa el puesto de redactor principal en asuntos financieros y económicos. Las campañas que en estas cuestiones ha sostenido la edición porteña y la santiaguina, están bajo su inspiración, reflejo exacto y fiel del tradicional programa de **El Mercurio** con respecto a la regularización de la Hacienda Pública, la estabilidad monetaria, las leyes sociales, el fomento de las industrias, la protección al proletariado, etc., etc.

En su época ocurrió el fallecimiento del administrador don Emilio Llanos, otro de los empleados que habían servido al diario cerca de medio siglo. El señor Llanos entró en **El Mercurio**, en calidad de aprendiz tipógrafo, el año 1868. Poco a poco fué ascendiendo por propios méritos hasta llegar al importante puesto que desempeñaba el 24 de enero de 1918, fecha de su muerte repentina. De él se cuenta lo mismo que de don Tomás Julio González, que cuando la Empresa decidió jubilarlo con sueldo entero, suplicó encarecidamente que lo dejaran seguir trabajando. Y murió como don Jorge Délano, don Eloy T. Caviedes, el señor González y otros: luchando en su puesto. Le sustituyó don Guillermo Urmeneta Prieto, que había ingresado en el diario en el mes de septiembre de 1916 con el cargo de contador.

Como era natural, dadas las mucha muestras de capacidad que había dado don Joaquín Lepeley Contreras en el cargo de sub-director, este inteligente joven fué nombrado substituto del señor Pérez Canto con el beneplácito de todos sus compañeros, que lo habían visto subir poco a poco a tan delicado puesto desde el de ayundante del jefe de crónica.

El señor Lepeley comenzó su carrera periodística antes de cumplir los veinte años de edad y cuando ya había cursado humanidades en el Instituto Nacional. Se inició con el cargo de co-

rresponsal de **El Mercurio** en Los Andes, en donde residía, a principios de 1903. Y tal maña se dió en su cometido, que llamó la atención de don Agustín Edwards Mac Clure, quien mandó llamarlo a Santiago, por intermedio de don Joaquín Díaz Garcés, para ofrecerle una plaza de cronista en la edición de Valparaíso. Es probable que el señor Lepeley titubeara, dada su juventud y el no haberse ejercitado en la profesión en el seno de un diario, pero el señor Edwards le alentó haciéndole ver el porvenir que podría tener en la Empresa si trabajaba con perseverancia, pues no habían sido pocos los empleados que habían llegado a los altos puestos. El señor Edwards, que tiene el don de infundir entusiasmos, despertó en este jovencito el anhelo de surgir en el mundo del periodismo, y he aquí que en el mes de octubre de 1904 comenzó el señor Lepeley sus funciones con tal actividad y acierto que, cuando se pensó en fundar una segunda edición con el nombre de **La Tarde del Mercurio**, a él se le designó para desempeñar el puesto de jefe de crónica de ella con no poco asombro de varios cronistas veteranos que esperaban que a alguno de ellos se le diera tan ambicionado y delicado cargo. Cuando este diario dejó de salir en el mes de agosto de 1906 a causa del terremoto, pasó a ser redactor de la edición matriz y se dedicó a escribir sobre todas las cuestiones de mayor interés que entraban de actualidad. Poco después en octubre de 1908, ocupó el puesto de jefe de crónica de **El Mercurio.**

Antes de dedicarse el señor Lepeley a la carrera periodística, había comenzado estudios universitarios que hubo de suspender a causa de una grave enfermedad que le impidió continuarlos. Como estaba bien preparado, pudo dedicarse a la enseñanza durante los primeros años de su estada en Valparaíso, y fué profesor de historia universal y de gramática española en la Escuela de Aspirante a Ingenieros, el año 1908, y más tarde, en calidad de profesor suplente, dió clases de estas mismas asignaturas en las Escuela Naval.

Don Joaquín Lepeley se hizo cargo de la dirección de las dos ediciones el 1.o de enero de 1921. En ese mismo día la vespertina, fundada en tiempos del señor Pérez Canto, cambió su antiguo nombre por el de **La Estrella**, y también mudó de carácter, el cual hemos descripto en el capítulo VI de esta última parte.

Al señor Lepeley se le deben muchas mejoras e innovaciones de importancia. Ha aumentado el número de páginas de **El Mer-**

curio y las ha ilustrado con profusión, para lo cual fundó, en 1922, un archivo de retratos y vistas de todo género semejante a la de los grandes diarios de Estados Unidos; ha dotado a cada edición de personal de redacción y de crónica adaptado al carácter deellas, y en ambas ha introducido secciones especiales de literatura, artes, ciencias, jurisprudencia y otras de interés y utilidad. A las antiguas secciones de deportes—que en este último tiempo han tomado tanto incremento en el país, — vida obrera, informaciones de provincias, crónica local y otras, les ha dado un carácter especial que se distinguen de las de los demás diarios del país. Las noticias que se dan en ellas son breves, exactas y precisas, sin exageraciones en ninguna de sus partes y con el consiguiente comentario imparcial. Parece como que el deseo del señor Lepeley fuera el de suministrar al lector la noticia escueta, con las aclaraciones del caso, para que él pueda formarse un juicio, independiente de la opinión que pudiera exponer el diario

En una breve biografía que del señor Lepeley se insertó en un folleto "Homenaje a la marina mercante chilena", publicada en 1922, hay algunos conceptos suyos sobre pedismo y las condiciones que debe reunir el periodista, los cuales creemos pertinente reproducir para completar estas breves notas sobre la personalidad del actual director de **El Mercurio** y **La Estrella** de Valparaíso:

"El periodista debe ser honrado, verídico y ecuánime, como primera condición.

"No debe ocultar nunca la verdad ni mirar si ella beneficiará o perjudicará a determinadas personas.

"El periodista debe ser apóstol de la verdad y de la justicia.

"El periódico no debe ser el órgano en donde se vacíe el pensamiento de unos individuos que se crean con derecho a catequizar, sino el receptáculo de la opinión pública. Mi deseo sería que cada día apareciera el diario con noticias e ideas dadas por el público, y así el lector sería el colaborador de su propio diario.

"El periodismo debe ir limpiando los obstáculos que se oponen al progreso de un país.

"El periodista debe reunir las condiciones y cualidades del maestro, del sacerdote, del legislador, del magistrado y del militar para tener el derecho a ser el portavoz del pueblo y hacerse digno de su confianza".

El señor Lepeley, consecuente con estas ideas y compenetrado perfectamente del espíritu del programa tradicional de **El Mercurio,** está dirigiendo las dos ediciones de Valparaíso con el acierto deseado por la Empresa. Le rodea un grupo de periodistas inteligentes y entusiastas que sigue sus indicaciones y consejos con el mayor celo.

Hemos dicho antes que don Joaquín Lepeley fué nombrado subdirector en marzo de 1914. Cuando ascendió al puesto que ocupa actualmente se le dió aquel cargo a don Lauro Pérez Larraín, sucesor, en la jefatura de la crónica, del señor Lepeley.

El señor Pérez Larraín ingresó en la edición de Valparaíso el 1.o de enero de 1906 en calidad de jefe de la corrección de pruebas; pasó poco después a la crónica y fué ascendido a los cargos que hemos enumerado por la entusiasta labor que en cada uno desempeñó. (*)

Don Guillermo Urmeneta Prieto, que había ocupado el puesto de don Emilio Llanos, falleció el 20 de diciembre de 1921, después de sufrir una larga enfermedad que le impidió desempeñar su cargo por espacio de más de un año. Durante este tiempo lo sustituyó don Alfredo Carmona, quien ingresó en la sección administrativa el 5 de agosto de 1913. En ella fué ascendiendo por méritos de actividad y constancia hasta llegar al puesto de administrador. El señor Carmona ha reorganizado su departamento introduciendo métodos ordenados y eficientes.

Con respecto a la edición de Santiago, el movimiento de entrada y de salida de directores y administradores ha sido menor que la de Valparaíso.

Al fallecer don Jorge Délano ocupó su puesto don Joaquín Díaz Garcés, de quien hemos hecho referencias en otro lugar como escritor y periodista. De su labor como director de **El Mercurio** y **Las Ultimas Noticias** van a dar idea los siguientes párrafos del editorial que publicó el diario con motivo del fallecimiento de este ilustre literato ocurrido el 14 de septiembre de 1921:

"Llamado a la redacción, primero, y luego, a la dirección de

(*) En los primeros meses de 1927 presentó la solicitud de su jubilación en conformidad a la ley de retiro de Empleados Públicos y Periodistas, y cuando este libro iba a entrar en prensa, le fué aceptada. Su puesto lo ha ocupado don Carlos Alzola, quien desde principios de año lo desempeñaba interinamente. Este joven e intelijente periodista comenzó su carrera en "El Día de Valparaíso" en 1910. Cinco años después ingresó en 'El Mercurio", en donde se ha distinguido siempre por su celo y su constancia.

"El Mercurio", comienza en este diario la labor enorme, la construcción periodística genial, que el señor Díaz Garcés debía realizar durante veinte años. El viejo diario trasplantado a Santiago se modernizaba, cambiaba su formato, adquiría maquinarias, ensanchaba sus servicios; creaba la grande información extranjera y nacional; fundaba el diario de la tarde, distinto del matutino y con un carácter propio; producía, en suma, una revolución que había de ser el punto de partida de todo el progreso actual de la prensa chilena.

"A la cabeza de ese movimiento, el origen de esa poderosa sacudida, está al lado del propietario de "El Mercurio" don Joaquín Díaz Garcés. Sería menester de mayor espacio que el que estas columnas permiten, para describir el esfuerzo pujante, la energía, la perseverancia, el talento que el señor Díaz Garcés mostró en esos días. Todo era preciso crearlo, porque todo lo que se proyectaba era nuevo en Chile, era desconocido y chocaba con los hábitos y tendencias de este país conservador. Díaz Garcés debía enseñar a escribir, según el nuevo chiterio; hacer un diario con un carácter que nadie había visto antes en Chile; educar su personal, empujarlo, batallar con sus resabios, hacerlo a veces para demostrar cómo se hacía; escribir artículos festivos; organizar más adelante la administración y acabar la jornada de veinticuatro horas en la sala de prensas, dirigiendo el personal que no conocía las nuevas máquinas.

"Sólo los que a su lado trabajan en ese tiempo pueden apreciar hoy la suma de esfuerzos que en esos días juveniles de espléndido vigor y entusiasmos febriles gastó el señor Díaz Garcés.

"No acababa de organizar las dos ediciones de "El Mercurio" cuando iniciaba la de la Empresa "Zig-Zag", otra obra nueva, otro progreso que caía bruscamente sobre un país en que nada existía que pudiera semejarse. Desde la transformación de viejos edificios hasta la contratación del personal, desde la selección del material artístico hasta la redacción de los artículos más variados, desde la administración económica al fotograbado y la reproducción en colores, Díaz Garcés todo lo estudió, todo lo empujó, todo lo impuso a sus empleados y al público con un talento y una consagración enérgica incomparable."

A esas tareas hay que agregar la de la parte financiera, el trabajo más penoso a que debe entregarse en cuerpo y alma un administrador de periódico nuevo. El problema de la búsqueda

y contratación de anuncios es el más difícil, de cuya resolución depende la vida de un diario. Por aquel tiempo de menos competencia comercial e industrial que el presente, el vendedor anunciaba de tarde en tarde y cuando tenía necesidad de desprenderse de mercaderías pasadas de moda, averiadas o que las podía expender a más bajo precio del ordinario en plaza por haberlas adquirido de ocasión. Los anuncios eran de pequeñas dimensiones y se confeccionaban con escaso gusto. El anuncio artístico con dibujos alegóricos como se estilan hoy en los diarios y revistas de gran circulación de Europa, no se conocía en Chile.

Como **El Mercurio** tenía doble o triple número de páginas que antes, había necesitado de adquirir mayor cantidad de avisos a fin de que ellos ayudaran a sufragar los gastos innumerables que representaba cada edición. Antes, cuando los diarios eran órganos de los partidos políticos, estos últimos cubrían sus déficit; pero los independientes, como **El Mercurio**, vivían de lo que les producían los anuncios y las suscripciones únicamente. A los europeos les extraña el sinnúmero de anuncios de los periódicos de empresa de la América Española, y los americanos no se explican de cómo los periódicos de Europa pueden vivir ricos cuando casi alcanzan a tener una página de anuncios. La explicación es muy sencilla. Los de allá usan todas las materias primas nacionales, y el número de lectores es más que suficiente para pagar todos los gastos, mientras que los de acá todo lo tienen que importar, desde el papel hasta los metales de linotipia y esteretipia, y el número de subscriptores es infinitamente inferior al enorme desembolso que representa cada número. Con frecuencia el precio del papel en blanco de cada ejemplar es superior al que paga el comprador de un diario.

Su ímprobo trabajo consistió en convencer al comerciante y al industrial de las ventajas que se obtienen con el anuncio en el periódico, con el buen anuncio de redacción apropiada y llamativa compuesto con arte y gusto. Para esta penosa y difícil tarea se necesitaba don de persuación, paciencia e ingenio. Y buscó a los hombres que tuvieran esas cualidades, los adiestró y los lanzó por esas calles comerciales en propaganda tenaz y constante. Mientras tanto la Empresa ofrecía valiosos regalos a los lectores de todas las ediciones de **El Mercurio** y **Zig-Zag** a fin de que aumentaran las tiradas de ellas para que con su difusión el anuncio fuera todo lo eficaz que se le prometía al anunciante. El resultado no se hizo esperar. Desde que comenzó la campaña

fué aumentando en cada publicación el número de columnas anunciadoras, y muy pronto el de páginas. El vendedor se convenció de la eficacia del anuncio, se habituó a él, y en la actualidad no hay negocio ni industria, por pequeños que sean, que no destinen todos los años una buena cantidad para reclamo en la prensa. Fué esta labor uno de los factores más principales que estimularon a las empresas periodísticas del país para imitar todas las reformas materiales de **El Mercurio**, puesto que vieron la compensación en el anuncio bien presentado, en esa mina inagotable que había descubierto el decano y que estaba al alcance de todos. Sin embargo, ningún diario le ha superado en cantidad de anuncios, puesto que el alto comercio sabe que **El Mercurio** es el diario más reputado y el de mayor circulación en el mundo comercial e industrial de Chile.

Cualquiera de las tareas enumeradas, tomadas con el empeño y la actividad con que él las tomaba, representa un gran desgaste físico y mental. Tantas a la vez tenían que rendir a la naturaleza más joven y robusta. A los cinco años de incesante labor se le concedió un largo permiso que él aprovechó para dar un paseo por Europa, que comenzó a mediados del año 1907 y del cual hemos hecho mención en el capítulo XIII.

Le sucedió don Carlos Silva Vildósola que pertenecía al diario desde el 17 de septiembre de 1902. Entonces el doble cargo que había desempeñado el señor Díaz Garcés se dividió, y don Carlos, sin dejar el de redactor principal, asumió la dirección, y de los dos hizo uno tan completo como jamás se había pensado que pudiera conseguirse, puesto que existía la creencia de que el uno era incompatible con el otro si se quería mantener al diario en absoluta independencia. Desde entonces **El Mercurio** entró en la más perfecta armonía en todas sus secciones. Su ejemplo lo continuaron los que le sucedieron con admirable acierto. A fines de 1919, cuando había terminado por completo la guerra europea, de la que fué perpétuo corresponsal, regresó a Santiago y desde entonces, hasta principios de 1923, se ocupó únicamente de la sección editorial. Pero al crearse en este año el puesto de director-gerente de la Empresa, este príncipe de los periodistas hispano-americanos volvió a tomar el doble cargo que antes tenía, el cual desempeña aún con los bríos y el entusiasmo de sus años juveniles.

El puesto de administrador se le dió en 1917 a don Guillermo

Cienfuegos que había ingresado en la Empresa de Zig-Zag en 1906. Se había preparado para el comercio en la importante casa de compra-venta de propiedades de don Joaquín Díaz Besoain, padre del señor Díaz Garcés, y fué un administrador celoso de sus deberes que trabajó durante veinte años con el mayor entusiasmo por el progreso del diario hasta 1926 en que se retiró voluntariamente al notarse con la salud quebrantada.

Sucedió al señor Cienfuegos el joven e inteligente empleado don Alfredo Briseño que había ingresado en la administración el año 1906. Por su antigüedad en la Empresa, a la que había servido en todo momento con cariño; por sus amplios conocimientos en la complicada maquinaria del departamento administrativo en el que había ido destacándose año por año; por su cultura nada vulgar; por su clara inteligencia, y por su esquisito trato, era el señor Briseño el único indicado y tambien el único merecedor de ocupar tan importante y delicado cargo que desempeña actualmente con el mayor celo.

Como hemos dicho en otro lugar, el substituto del señor Silva Vildósola en la dirección de **El Mercurio** fué el redactor don Julio Pérez Canto, quien fue reemplazado, a fines de febrero de 1915, por don Guillermo Pérez de Arce, la figura más sobresaliente del diario actual, y la que, a pesar de su ingénita modestia, es conocida de todos por la fuerza de sus muchos méritos.

No puede faltar en este libro la biografía, aunque sea breve, de este ilustre director-gerente de la Empresa de **El Mercurio**, en quien don Agustín Edwards Mac Clure, director espiritual del diario, y don Agustn R. Edwards Budge, presidente de la Sociedad Anónima, tienen depositada su confianza, y en quien también el numeroso personal que está bajo sus órdenes toma por modelo de laboriosidad, talento y bondad.

Don Guillermo Pérez de Arce tuvo desde su infancia un espejo de virtudes cívicas en donde mirarse. Siempre vió en su hogar el noble ejemplo del continuo esfuerzo de su señor padre, de aquel ilustre hombre público y escritor que llegó a los altos puestos administrativos por propios méritos desde la humilde condición de maestro de primeras letras de un pueblo del sur de Chile.

Don Guillermo nació en Valdivia, de donde eran sus padres. Sus estudios de humanidades los hizo con todo aprovechamiento en el Instituto Nacional y los de jurisprudencia en la Universidad de Chile. Cuando era estudiante comenzó la carrera de funcionario

público. A los dieciseis años de edad ingresó en el Ministerio de Relaciones Exteriores en calidad de oficial auxiliar, y desde ese cargo fué ascendiendo grado por grado, en el decurso de un lustro, hasta llegar al de jefe del departamento de Colonización y Culto. Su labor en este puesto fué notable.

"Comisionado por el Gobierno a principios de 1895 para practicar una visita de inspección a la colonia de Magallanes, sus dotes naturales y estudioso carácter le permitieron darse cuenta inmediata de toda la importancia que tiene esta región con respecto al porvenir de la República, de sus recursos y necesidades. A su regreso a la capital no gastó retórica en laboriosos cuanto estériles informes. Se puso a la obra y, con un tesón y fé admirables que no esperaban otro premio que la satisfacción patriótica de haber contribuído al adelanto de una sección del territorio nacional, elaboró, propuso y obtuvo para Magallanes una serie de reformas y concesiones que para aquellos que conocen lo engorroso de nuestras tramitaciones administrativas, no tiene ejemplo. Sería largo enumerar aquí los frutos de la labor fecunda de don Guillermo Pérez de Arce en pró de esta localidad, desde que ha sido un anhelo y preocupación constantes; bástenos recordar el estudio y aceptación de muchos de los proyectos de obras públicas en Magallanes, los decretos sobre concesiones de tierras a los industriales y a los colonos, la creación de nuevos servicios públicos, la fundación del Puerto Porvenir, la indemnización a los perjudicados en el incendio del 19 de febrero de 1894, que ha sido el origen de la hoy floreciente colonia chilota de Tres Puentes; la remisión desde el Norte y Sur de la República de setecientos colonos nacionales y casi otros tantos extranjeros; la importantísima resolución recaída en la solicitud de los ocupantes de terrenos fiscales a título provisorio que asegura un estudio concienzudo y justiciero de los derechos de cientos de industriales honrados y laboriosos que, confiando con razón en la proverbial rectitud de la administración chilena, han fundado la mayor parte de los establecimientos ganaderos que constituyen hoy la principal fuente de riqueza para el territorio". (*)

En reconocimiento de tantos servicios valiosos la ciudad de Punta Arenas puso el nombre de Guillermo Pérez de Arce a una de sus calles principales.

(*) Del editorial de "El Magallanes", de Punta Arenas, del 10 de mayo de 1896.

Un año después, en 1895, optaba al título de licenciado en leyes y ciencias políticas con una memoria sobre el tema de "Las inmunidades consulares".

A principios de 1896 fué nombrado secretario de la Agencia de Inmigración de Chile en Europa, a donde partió en el mes de marzo de ese año. Fijó su residencia en Francia, y aprovechó el largo tiempo que allá estuvo para ampliar sus conocimientos jurídicos ingresando en los cursos de la Escuela Libre de Ciencias Políticas y de la Escuela de Derecho, de París.

A su regreso a Chile en 1899, fue nombrado secretario general de la Armada, y al año siguiente comenzó a dar clases de Derecho y Literatura en la Escuela Naval. Desde entonces se dedicó de lleno a escribir para la prensa, en la que colaboró con estudios de diversa índole. Era muy joven cuando manifestó don Guillermo afición a las bellas letras y disposiciones de escritor. Casi en la infancia perteneció a las academias literarias "El Progreso" y "Diego Barros Arana" fundadas por los alumnos internos del Instituto Nacional desde 1885 hasta 1888. En cada sesión que celebraron los miembros de ellas presentó trabajos el señor Pérez de Arce. En ellos, a la vez que se denunciaba como un futuro escritor de estilo claro y conciso, demostraba su vocación pedagógica, pues su mayoría versaba sobre temas de instrucción pública.

La educación del pueblo ha sido siempre su mayor preocupación y tema favorito de sus artículos y conferencias públicas, como lo demuestra el ciclo de conferencias en pro de la enseñanza que, ideado, propuesto y dirigido por él, se efectuó en forma de congreso pedagógico libre en el local de **El Mercurio** de Santiago durante la primera quincena de julio de 1917. En este congreso tomaron parte las personalidades más destacadas de la instrucción pública y también distinguidos literatos y políticos que desarrollaron interesantes temas. La comisión organizadora de esta serie de conferencias la formaron la señorita Brígida Walker, directora de escuela normal; don Pedro Bannen, autor del primer proyecto de instrucción primaria obligatoria; don Rafael Díaz Lira, inspector general de instrucción primaria; don Gilberto Fuenzalida, decano de la Facultad de Teología, rector del Seminario Conciliar y presidente de la Sociedad de Instrucción Primaria Congregacionista; don Claudio Matte, presidente del Congreso de Educación Popular y presidente de la Sociedad de Instrucción Primaria; don Darío E. Salas, profesor de pedagogía

del Instituto Pedagógico; don Máximo Salas Marchant, director de escuela normal; don Eliodoro Flores y don Guillermo Pérez de Arce.

Este congreso popular tuvo repercusión en todo el país y fué causa de un movimiento general en pro de la reforma de la instrucción pública y de una campaña contra el analfabetismo.

El señor Pérez de Arce abrió y cerró el ciclo de conferencias. A fin de dar una idea del concepto que de la misión pedagógica de la prensa tiene don Guillermo, copiaremos a continuación algunos párrafos de su discurso de clausura:

"De dia en dia este rodaje inmenso de la vida moderna que se llama la prensa, crece y se complica exigiendo un incesante renovar de sus órganos para hacerlos llegar hasta el foco mismo de las necesidades públicas y penetrar los más íntimos anhelos de quienes comprenden con altura y previsión el progreso nacional.

"Es así como el diario moderno no puede concebirse sólo como un tribunal de opinión, como un severo juez que pronuncia su fallo sobre las acciones de los hombres a medida que éstas se van produciendo.

"Y si el carácter de informador rápido le obliga a pasar en revista y a dar a conocer los mil hechos que en el universo acaecen de momento en momento, esta es solo una faz de su múltiple acción. Precisa más que esa labor de cronista, siempre amena y útil, la del dilucidador de los grandes problemas sociales, la del que estudia y prevé las necesidades públicas de mayor trascendencia, la del que traza los rumbos que impone el camino del progreso, la del que colabora con gobernantes y gobernados para ilustrarles en sus derechos y en sus obligaciones recíprocas. Y como elemento de luz y de gobierno, esta acción previsora de las necesidades y de los acontecimientos supedita con mucho en utilidad pública a esa otra acción **a posteriori** que da a conocer los hechos pasados, bien que la revelación de éstos se aproveche para el análisis de la bondad de las instituciones como consecuenciales que son de ellas.

"De ahí que veamos como los diarios de nuestros días crecen y se complican para llevar sus tentáculos a todos los ámbitos de un pais y aun del globo terráqueo, y para infiltrarse en las instituciones, en la sociedad y en el modo de ser de los hombres a cuya ilustración sirven.

"Para el ejercicio de tan vasto apostolado necesita la prensa compenetrarse con los demás factores de lucha social. Y cuando

surge un problema que afecte a la vitalidad nacional o que toque las fibras de nuestros sentimientos humanitarios, un elemental deber nos lleva a buscar a los factores interesados, a los que disponen de la experiencia en el punto afectado, a posesionarse de sus aspiraciones, a discutirlas a la luz y relatividad de las demás necesidades sociales, y a tomar nuestro puesto en la demanda para luchar con la fe que da la convicción de la gran causa, por el triunfo de un ideal de la vida nacional.

"Es esto, señoras y señores, lo que ha ocurrido en el presente caso. **El Mercurio** es solo uno de tantos heraldos de las necesidades generales; pero los que servimos sus ideas y las llevamos al público, sentimos tras de nosotros la tradición de 90 años de doctrina de civismo y de lucha por el bienestar general sentadas en sus columnas por muchas decenas de hombres de los más esclarecidos que ha producido la intelectualidad en nuestra vida republicana, muy poco más prolongada que la existencia misma de este órgano que vive porque el público lo ha hecho vivir dándole alientos en las aspiraciones que sirve.

"Colocados una vez más ante el problema, año a año discutido, del analfabetismo. agravado en Chile hasta horizontes pavorosos por otros vicios y enfermedades sociales que en parte son su consecuencia, comprobamos esta vez que las ideas sembradas perseverantemente por **El Mercurio** en favor de la educación primaria obligatoria, habían hecho su camino. Las opiniones se habían aunado y se llegaba al acuerdo de que debía dictarse una declaración legislativa que hiciera efectivo el derecho que tiene la sociedad de exigir a cada uno de los que crecen que se capaciten para su propio sosten y para cooperar al bienestar general, aprovechando los medios de cultura que por su parte las instituciones públicas están en el deber de proporcionarle.

"Empero, comprendíamos que de ahí a la práctica existe un vasto y áspero camino que recorrer. Y aunque fuere fácil avenir las opiniones acerca de la concepción jurídica bajo la cual hubiere de adoptarse la obligación de asistencia escolar, golpeaba nuestra conciencia de chilenos ese medio millón de niños en edad escolar que quedan fuera de la influencia de toda luz y del más rudimentario pulimento para su alma y sus costumbres. ¿Como resignarse a que esa cifra de abandonados de la ciencia y de la validez moral se mantengan por muchos años? ¿Cómo aceptar pasivamente hasta el peligro de que ese guarismo

vergonzante creciera ante nuestra indiferencia, para marcar más hondamente aun el oprobio que merecemos ante la caridad y ante el progreso?

"Esto fué lo que nos arrastró a buscar armas más eficaces, procedimientos más rápidos, que pudieran recomendarse para concluir en el más breve plazo posible con el analfabetismo.

"Quisimos recoger la aspiración que se acentúa entre los chilenos de ver en cada uno de nuestros compatriotas un factor de eficiencia social, para utilizar mejor el clima, suelo y productos de esta patria rica en esos elementos y a la cual, por lo mismo, debemos reclamar para todos sus hijos la conformidad moral que da la instrucción y bienestar material que producen los medios educativos del maestro, del libro y de la escuela. Queremos la felicidad personal como un medio de asegurar la felicidad del hogar y, por encima de éste, la felicidad colectiva. Y para eso reclamamos de la educación el caracter que le daba el filósofo latino: "no estudiemos solo para la escuela, sino para la vida".

"Concebimos una cruzada sacrosanta de redención moral y de alivio físico, destinada a incorporar a la patria como miembros eficientes de su sostén y de su progreso, a los que hasta hoy se desangran en el desamparo y se pierden en la noche obscura de la ignorancia y en el tenebroso desengaño que les hará nacer el culpable abandono de que son víctimas".

Con tan patriótico propósito fué don Guillermo de puerta en puerta solicitando la cooperación de todos los que podían aportar fuerza, y los reunió en la casa de **El Mercurio,** en la vieja casa solariega en que se habían ideado, patrocinado y defendido tantas nobles ideas en pro del progreso espiritual y material de Chile. Y todos acudieron al llamado de este hombre todo corazón en cuyo rostro tranquilo y sereno de rasgos de nobleza y bondad se refleja el alma sencilla del que ha nacido para enseñar y para guiar a sus semejantes por el sendero de la virtud con la palabra y con el ejemplo.

Como éste, muchos han sido los movimientos de opinión que ha levantado el señor Pérez de Arce durante los veintitres años que pertenece al personal superior de **El Mercurio.** En páginas anteriores hemos hecho breves reseñas de sus actuaciones como editorialista, director-administrador y director de redacción del diario, en todas las cuales ha puesto de manifiesto estensa cultura, talento y actividad.

Desde a fines de 1908 en que ingresó en la sociedad de la Empresa de **El Mercurio** en calidad de socio, ha dirigido el movimiento industrial y administrativo de ella con el acierto que manifiesta su actual prosperidad y crédito comercial. Hoy ocupa el más alto puesto, el de Director-Gerente, con amplias facultades para representar la sociedad anónima en todos sentidos. Y todo el negocio gira a su alrededor con armonía y orden admirables.

Si en el primer período de la presente época tuvo **El Mercurio** dos fuertes columnas en don Hermógenes Pérez de Arce y don Jorge Délano, fieles colaboradores de don Agustín R. Edwards Ross, en el segundo período las tiene aún mayores y resistentes, si cabe, en don Carlos Silva Vildósola y don Guillermo Pérez de Arce, que han secundado maravillosamente en un cuarto de siglo el gigantesco plan de renovación del diario ideado y puesto en práctica por don Agustín Edwards Mac Clure.

Dichosa la empresa que, al cumplir un siglo de existencia, se ve próspera, respetada y admirada gracias al esfuerzo de unos cuantos hombres de talento y de amor al progreso.

INDICE GENERAL

PRIMERA PARTE

1827-1842

CAPITULO I

LA PRENSA CHILENA EN EL PERIODO 1812-1842

CAPITULO II

FUNDACION DE "EL MERCURIO"

CAPITULO III

EL PRIMER REDACTOR DEL PERIODICO

CAPITULO IV

EDITORES PROPIETARIOS DE "EL MERCURIO"

CAPITULO V

NACIMIENTO DEL PROGRAMA DEL DIARIO

CAPITULO VI

LA ETAPA DE "EL MERCURIO" PERIODICO

CAPITULO VII

LA INFLUENCIA DE "EL MERCURIO" EN LA CONSTITUCION DEL AÑO 1833

CAPITULO VIII

LA REDACCION DESDE VICUÑA HASTA SARMIENTO

CAPITULO IX

EL PRIMER SINTOMA DE ENERGIA COMBATIVA DEL DIARIO

CAPITULO XIII

LA TIPOGRAFIA EN "EL MERCURIO"

SEGUNDA PARTE

1842-1879

CAPITULO I

EDITORES PROPIETARIOS DE "EL MERCURIO"

CAPITULO II

VIDA ECONOMICA DE "EL MERCURIO"

CAPITULO III

LA AYUDA ECONOMICA DEL DEPARTAMENTO EDITORIAL, LA ENCUARDENACION Y LAS LIBRERIAS

CAPITULO IV

SUPLEMENTOS COMERCIALES Y EDICIONES DIARIAS Y PERIODICAS

CAPITULO V

EL SEGUNDO PERIODO TIPOGRAFICO DE "EL MERCURIO"

CAPITULO VI

EL EDITOR DON SANTOS TORNERO

CAPITULO VII

CRISTALIZACION DEL PROGRAMA DE "EL MERCURIO"

CAPITULO VIII

LA PRENSA SERIA Y "EL MERCURIO" EN 1842

CAPITULO IX

NACIMIENTO DE LA RENOVACION LITERARIA DE 1842

CAPITULO XII

LA REDACCION DURANTE EL PERIODO DE DON SANTOS TORNERO

CAPITULO XIII

LA REDACCION DURANTE EL PERIODO DE DON SANTOS TORNERO

CAPITULO XIV

LA REDACCION DURANTE EL PERIODO DE DON SANTOS TORNERO

CAPITULO XV

LOS EDITORES SUCESORES DE DON SANTOS TORNERO

CAPITULO II

LOS PRECURSORES DEL PERIODO ACTUAL

CAPITULO III

LAS DIVERSAS SOCIEDADES EDITORAS DE "EL MERCURIO"

CAPITULO IV

FUNDACION DE "EL MERCURIO" DE SANTIAGO

CAPITULO V

AMPLITUD DEL ESPIRITU DEL PROGRAMA DE "EL MERCURIO"

CAPITULO VI

OTRAS EDICIONES DIARIAS DE "EL MERCURIO"

CAPITULO VII

SUPLEMENTOS LITERARIOS Y NUMEROS ESPECIALES DE DIVERSO CARACTER

CAPITULO VIII

FUNDACION DE LA EMPRESA DE LA REVISTA ILUSTRADA "ZIG-ZAG"

CAPITULO IX

LA ACTUAL EVOLUCION TIPOGRAFICA Y ARTISTICA DE "EL MERCURIO"

CAPITULO X

LA VIDA ECONOMICA DE "EL MERCURIO"

CAPITULO XI

LA REDACCION DESDE EL AÑO 1885 HASTA EL DE 1902

CAPITULO XII

DON AGUSTIN EDWARDS MAC-CLURE

CAPITULO XIII

LA REDACCION DESDE EL AÑO 1902 HASTA EL DE 1927

CAPITULO XIV

DIRECTORES Y ADMINISTRADORES

INDICE altabético de nombres citados en la obra

TABLA DE ERRATAS

Página	Línea	Dice	Debe decir
XIX	30	puestos	puesto
XXI	31	hombres basados	hombres están basados
42	1	ante	antes
47	41	encontraran	encontrarán
49	10	Con	Como
72	42	Esta Constitución fué jurada en el local del Senado por el	Ella, inspirada por D. Diego Portales y que constituye el
117	19	dice que el señor	dice el señor
140	2	Literario".	de Santiago".
141	20	había	habían
178	19	demuestra	de muestra
178	26	alcanzado	alcanzando
180	7	hubo	hubieron
186	10	1833	1883
191	22	el señor	al señor
196	41	declara	declarara
205	9	dignidad, el cambiar	dignidad cambiar
217	35	marzo	diciembre
223	6	molestó	molestaba
228	35	Agüelles	Argüelles
230	19	facciones	faciones
256	36	aqui las	aqui a las
261	19	siguió el	siguió al
273	2	contantes	constantes
273	15	propietario de don	propietario don
275	10	rechazara	rechaza
277	10	traslado	trasladaba
301	30	ante	antes
305	34	su	sus
306	42	de	del
323	32	reanudarlos	reanudarla
325	11	esclusive	exclusivo
339	28	periodística	periodístico
375	29	sorvieron	sirvieron
376	3	parte	partes
397	2	dilicuente	dilocuente
399	40	enviaba	enviaban
414	2	sus	su
422	42	de	a

ADVERTENCIA.—En la página 222 se dice que, como apéndice de esta obra, se dará la lista de todas las novelas que ha publicado **EL MERCURIO** en su folletín desde 1842 hasta hoy. No ha podido hacerse esto a causa de las desmedidas proporciones que adquiriría el presente volumen. Los lectores que tengan interés en conocérla, pueden verla en la "Revista de bibliografía chilena" que edita la Biblioteca Nacional de Santiago. Esa lista comenzó a aparecer en el número correspondiente al segundo trimestre de 1927 con el título de "Bibliografía de las obras publicadas en "El Mercurio", por J. Peláez Tapia.



IMP. "EL ESFUERZO"
Eyzaguirre 1116

